
AH 5DT4 Z

Bible. N.T. Spanish. Scio de San Miguel. 1823.

EL

NUEVO TESTAMENTO

DE

NUESTRO SEÑOR JESU CRISTO,

TRADUCIDO

DE LA BIBLIA VULGATA LATINA

EN ESPAÑOL

POR EL RMO. P. FELIPE SCIO DE S. MIGUEL,

OBISPO ELECTO DE SEGOVIA.

REIMPRESO

LITERAL Y DILIGENTEMENTE,

CONFORME A LA SEGUNDA EDICION HECHA EN MADRID, AÑO DE 1797,

REVISTA Y CORREGIDA POR SU MISMO TRADUCTOR.

JESUS les dixo: *Errais, no sabiendo las Escrituras.*
S. Mat. Cap. xxii. V. 29.

NUEVA YORK:

EDICION ESTEREOTIPA, POR ELIHU WHITE.

A COSTA DE LA SOCIEDAD AMERICANA DE LA BIBLIA.

Año de 1823.

ORDEN DE LOS LIBROS

DEL NUEVO TESTAMENTO,

CON EL NUMERO DE LOS CAPITULOS.

LAS EPISTOLAS DE LOS APOSTOLES.

EL SANTO EVANGELIO

DE JESU-CRISTO

SEGUN SAN MATEO.

CAPITULO I.

1 LIBRO de la generacion de Jesu-Cristo hijo de David, hijo de Abraham.
2 Abraham engendró á Isaac. Y Isaac engendró á Jacob. Y Jacob engendró á Júdas y á sus hermanos.
3 Y Júdas engendró de Tamar á Fares, y á Zara. Y Fares engendró á Esrón. Y Esrón engendró á Arám.
4 Y Arám engendró á Aminadáb. Y Aminadáb engendró á Naassón. Y Naassón engendró á Salmón.
5 Y Salmón engendró de Rháb á Boóz. Y Boóz engendró de Ruth á Obéd. Y Obéd engendró á Jessé. Y Jessé engendró á David el Rey.
6 Y David el Rey engendró á Salomón, de aquella que fué de Urías.
7 Y Salomón engendró á Roboám. Y Roboám engendró á Abías. Y Abías engendró á Asá.
8 Y Asá engendró á Josafát. Y Josafat engendró á Jorám. Y Jorám engendró á Ozías.
9 Y Ozías engendró á Joatam. Y Joatam engendró á Acaz. Y Acaz engendró á Ezequías.
10 Y Ezequías engendró á Manassés. Y Manassés engendró á Amón. Y Amón engendró á Josías.
11 Y Josías engendró á Jeconías, y á sus hermanos, en la transmigracion de Babilonia.
12 Y despues de la transmigracion de Babilonia, Jeconías engendró á Salatiel. Y Salatiel engendró á Zorobabél.
13 Y Zorobabél engendró á Abiúd. Y Abiúd engendró á Eliacím. Y Eliacím engendró á Azór.
14 Y Azór engendró á Sadóc. Y Sadóc engendró á Aquim. Y Aquim engendró á Eliúd.
15 Y Eliúd engendró á Eleazár. Y Eleazár engendró á Matan. Y Matan engendró á Jacob.
16 Y Jacob engendró á Josef, esposo de María, de la qual nació Jesus, que es llamado el Cristo.
17 De manera que todas las generaciones desde Abraham hasta David, catorce generaciones: y desde David hasta la transmigracion de Babilonia, catorce generaciones: y desde la transmigracion de Babilonia hasta Cristo, catorce generaciones.
18 Y la generacion de Jesu-Cristo fué de esta manera: Que siendo María su madre desposada con Josef, ántes que viviesen juntos, se halló haber concebido en el vientre, de Espíritu Santo.
19 Y Josef su esposo, como

era justo, y no quisiese infamarla, quiso dexarla secretamente.
20 Y estando él pensando en
esto, he aquí que el Angel del Señor le apareció en sueños, diciendo: Josef hijo de David, no temas de recibir á María tu muger; porque lo que en ella ha nacido, de Espíritu Santo es.
21 Y parirá un hijo; y llamarás su nombre Jesus; porque él salvará á su pueblo de los pecados de ellos.
22 Mas todo esto fué hecho, para que se cumpliese lo que habló el Señor por el Profeta, que dice,
23 He aquí la Vírgen concebirá, y parirá hijo; y llamarán su nombre Emmanuel, que quiere decir, Con nosotros Dios.
24 Y despertando Josef del sueño, hizo como el Angel del Señor le habia mandado, y recibió á su muger.
25 Y no le conoció hasta que parió á su hijo Primogénito: y llamó su nombre Jesus.

CAPITULO II.

1 PUES quando hubo nacido Jesus en Betlehem de Judá en tiempo de Heródes el Rey, he aquí unos Magos viniéron del Oriente á Jerusalém,
2 Diciendo: ¿Donde está el Rey de los Judíos, que ha nacido? porque vimos su Estrella en el Oriente, y venimos á adorarle.
3 Y el Rey Heródes, quando lo oyó, se turbó, y toda Jerusalém con él.
4 Y convocando todos los Príncipes de los Sacerdotes y los Escribas del pueblo, les preguntaba, donde habia de nacer el Cristo.
5 Y ellos le dixéron: en Betlehem de Judá: porque así está escrito por el Profeta:
6 Y tú, Betlehem, tierra de Judá, no eres la menor entre las principales de Judá: porque de tí saldrá el Caudillo, que gobernará á mi pueblo de Israél.
7 Entónces Heródes, llamando en secreto á los Magos, se informó de ellos cuidadosamente del tiempo, en que les apareció la Estrella:
8 Y encaminándolos á Betlehem, les dixo: Id, é informaos bien del Niño: y quando le hubiereis hallado, hacédmelo saber, para que yo tambien vaya á adorarle.
9 Ellos, luego que esto oyéron del Rey, se fuéron. Y he aquí la Estrella, que habian visto en el Oriente, iba delante de ellos, hasta que llegando se paró, sobre donde estaba el Niño.
10 Y quando viéren la Estrella, se regocijáron en gran manera.
11 Y entrando en la casa, halláron al Niño con María su madre, y postrándose le adoráron: y abiertos sus tesoros, le ofreciéron dones, oro, incienso y mirra.
12 Y habida respuesta en sueños, que no volviesen á Heródes, se volviéron á su tierra por otro camino.
13 Despues que ellos se fuéron, he aquí un Angel del Señor apareció en sueños á Josef, y le dixo: Levántate, y toma al Niño, y á su madre, y huye á Egipto, y estáte allí hasta que yo te lo diga; porque ha de acontecer, que Heródes busque al Niño para matarle.
14 Levantándose Josef, to-

mó al Niño, y á su madre de
noche, y se retiró á Egípto:
15 Y permaneció allí hasta
la muerte de Heródes: para que
se cumpliese lo que habia habla-
do el Señor por el Profeta, que
dice: De Egípto llamé á mi
Hijo.
16 Entónces Heródes, quan-
do vió, que habia sido burlado
por los Magos, se irritó mucho;
y enviando hizo matar todos los
niños, que habia en Bethlehem
y en toda su comarca de dos
años y abaxo, conforme al tiem-
po, que habia averiguado de los
Magos.
17 Entónces fué cumplido lo
que se habia dicho por Jeremías
el Profeta, que dice:
18 Voz fué oida en Ramá,
lloro, y mucho lamento: Raquel
llorando sus hijos, y no quiso ser
consolada, porque no son.
19 Y *habiendo muerto Heró-
des*, he aquí el Angel del Señor
apareció en sueños á Josef en
Egípto.
20 Diciendo: Levántate, y
toma al Niño, y á su madre, y
vete á tierra de Israél: porque
muertos son, los que querian
matar al Niño.
21 Levantándose *Josef*, to-
mó al *Niño*, y á su *madre*, y se
vino para tierra de Israél.
22 Mas oyendo, que Arque-
láo, reynaba en la Judéa en
lugar de Heródes su padre, te-
mió de ir allá: y avisado en
sueños, se retiró á las tierras de
Galiléa.
23 Y vino á morar en una
ciudad, que se llama Nazareth:
para que se cumpliese lo que
habian dicho los Profetas: Que
será llamado Nazareno.

CAPITULO III.

1 Y en aquellos dias vino
Juan el Bautista pre-
dicando en el desierto de la
Judéa,
2 Y diciendo: Haced peni-
tencia, porque se ha acercado
el reyno de los cielos.
3 Pues este es, de quien ha-
bló el Profeta Isaías, diciendo:
Voz del que clama en el de-
sierto: Aparejad el camino del
Señor: haced derechas sus ve-
redas.
4 Y el mismo Juan tenia un
vestido de pelos de camellos, y
un ceñidor de cuero al rededor
de sus lomos; y su comida eran
langostas y miel silvestre.
5 Entónces salia á él Jerusa-
lém, y toda la Judéa, y toda la
tierra de la comarca del Jordan;
6 Y eran bautizados por él
en el *Jordan*, confesando sus
pecados.
7 Mas viendo, que muchos de
los Fariséos, y de los Sadducéos
venian á su Bautismo, les dixo:
Raza de víboras, ¿quién os ha
enseñado á huir de la ira veni-
dera?
8 Haced pues fruto digno de
penitencia.
9 Y no querais decir dentro
de vosotros: á Abraham tene-
mos por Padre. Porque os digo,
que poderoso es Dios para le-
vantar hijos á Abraham de estas
piedras.
10 Porque ya está puesta la
segúr á la raiz de los árboles.
Pues todo árbol, que no hace
buen fruto, cortado será, y echa-
do en el fuego.
11 Yo en verdad os bautizo
en agua para penitencia: mas el

que ha de venir en pos de mí,
mas fuerte es que yo, cuyo cal-
zado no soy digno de llevar: él
os bautizará en Espíritu Santo, y
en fuego.
12 Su bieldo en su mano está;
y limpiará bien su era; y re-
cogerá su trigo en el granero;
mas quemará las pajas en fuego,
que no se podrá apagar jamas.
13 Entónces vino Jesus de la
Galiléa al Jordan á Juan, para
ser bautizado por él.
14 Mas Juan se lo estorbaba,
diciendo: Yo debo ser bauti-
zado por tí, y tú vienes á mí?
15 Y respondiendo Jesus, le
dixo: Dexa ahora, porque así
nos conviene cumplir toda jus-
ticia. Entónces le dexó.
16 Y despues que Jesus fué
bautizado, subió luego del agua.
Y he aquí se le abriéron los
cielos, y vió al Espíritu de Dios,
que descendia como paloma, y
que venia sobre él.
17 Y he aquí una voz de los
cielos que decia: Este es mi
Hijo el amado, en quien me he
complacido.

CAPITULO IV.

1 ENTONCES Jesus fué
llevado al desierto por
el Espíritu, para ser tentado del
diablo.
2 Y habiendo ayunado qua-
renta dias y quarenta noches,
despues tuvo hambre.
3 Y llegándose á él el tenta-
dor, le dixo: Si eres hijo de
Dios, dí que estas piedras se
hagan panes.
4 El qual le respondió y dixo:
Escrito está: No de solo pan
vive el hombre, mas de toda pa-
labra que sale de la boca de
Dios.
5 Entónces le tomó el diablo,
y le llevó á la santa ciudad, y le
puso sobre la almena del templo,
6 Y le dixo: Si eres hijo de
Dios, échate de aquí abaxo, por-
que escrito está: Que mandó á
sus Angeles acerca de tí, y te
tomarán en palmas, porque no
tropieces en piedra con tu pie.
7 Jesus le dixo: Tambien
está escrito: No tentarás al Se-
ñor tu Dios.
8 De nuevo le subió el diablo
á un monte muy alto; y le mos-
tró todos los reynos del mundo,
y la gloria de ellos,
9 Y le dixo: Todo esto te
daré, si cayendo me adorares.
10 Entónces le dixo Jesus:
Vete, Satanás: porque escrito
está: Al Señor tu Dios adorarás,
y á él solo servirás.
11 Entónces le dexó el diablo:
y he aquí los Angeles llegáron y
le servian.
12 Y quando oyó Jesus, que
Juan estaba preso, se retiró á la
Galiléa:
13 Y dexando la ciudad de
Nazareth, fué á morar á Cafar-
naum, ciudad marítima, en los
confines de Zabulón, y de Nefta-
lí:
14 Para que se cumpliese, lo
que dixo Isaías el Profeta.
15 Tierra de Zabulón, y tier-
ra de Neftalí, camino de la
mar, de la otra parte del Jordán,
Galiléa de los Gentiles,
16 Pueblo, que estaba senta-
do en tinieblas, vió una grande
luz; y á los que moraban en
tierra de sombra de muerte, luz
les nació.
17 Desde entónces comenzó
Jesus á predicar y á decir: Ha-
ced penitencia, porque se ha
acercado el reyno de los cielos.

18 Y yendo Jesus por la ribera de la mar de Galiléa, vió dos hermanos, Simon, que es llamado Pedro, y Andres su hermano, que echaban la red en la mar, (pues eran pescadores,)

19 Y les dixo: Venid en pos de mí, y haré que vosotros seais pescadores de hombres.

20 Y ellos al instante dexadas las redes, le siguiéron.

21 Y pasando de allí, vió otros dos hermanos, Santiago de Zebedéo, y Juan su hermano, en un barco con Zebedéo su padre, que remendaban sus redes; y los llamó.

22 Y ellos al punto dexadas las redes y el padre, le siguiéron.

23 Y andaba Jesus rodeando toda la Galiléa, enseñando en las Sinagogas de ellos, y predicando el Evangelio del reyno; y sanando toda enfermedad, y toda *dolencia en el pueblo.*

24 Y corrió su fama por toda la Siria; y le traéron todos los que lo pasaban mal poseidos de varios achaques y dolores, y los endemoniados, y los lunáticos, y los paralyticos, y los sanó:

25 Y le fuéron siguiendo muchas tropas de la Galiléa, y de Decápolis, y de *Jerusalém*, y de Judéa, y de la otra ribera del Jordán.

CAPITULO V.

1 Y viendo Jesus las gentes, subió á un monte, y despues de haberse sentado, se llegáron á él sus discípulos,

2 Y abriendo su boca, los enseñaba, diciendo:

3 Bienaventurados los pobres de espíritu; porque de ellos es el reyno de los cielos.

4 Bienaventurados los mansos; porque ellos poseerán la tierra.

5 Bienaventurados los que lloran; porque ellos serán consolados.

6 Bienaventurados los que han hambre, y sed de justicia; porque ellos serán hartos.

7 Bienaventurados los misericordiosos; porque ellos alcanzarán misericordia.

8 Bienaventurados los de limpio corazon; porque ellos verán á Dios.

9 Bienaventurados los pacíficos; porque hijos de Dios serán llamados.

10 Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia; porque de ellos es el reyno de los cielos.

11 Bienaventurados sois, quando os maldixeren, y os persiguieren, y dixeren todo mal contra vosotros mintiendo, por mi causa:

12 Gozaos y alegraos, porque vuestro galardon muy grande es en los cielos. Pues así tambien persiguiéron á los Profetas, que fuéron ántes de vosotros.

13 Vosotros sois la sal de la tierra. Y si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? no vale ya para nada, sino para ser echada fuera, y pisada por los hombres.

14 Vosotros sois la luz del mundo. Una ciudad, que está puesta sobre un monte, no se puede esconder.

15 Ni encienden una antorcha, y la ponen debaxo del celemin, sino sobre el candelero, para que alumbre á todos los que están en la casa.

16 A este modo ha de brillar vuestra luz delante de los hom-

bres; para que vean vuestras buenas obras, y den gloria á vuestro Padre, que está en los cielos.

17 No penseis, que he venido á abrogar la Ley, ó los Profetas: no he venido á abrogarlos, sino á darles cumplimiento.

18 Porque en verdad os digo, que hasta que pase el cielo y la tierra, no pasará de la Ley ni un punto, ni una tilde, sin que todo sea cumplido.

19 Por lo qual quien quebrantare uno de estos mandamientos muy pequeños, y enseñare así á los hombres, muy pequeño será llamado en el reyno de los cielos; mas quien hiciere y enseñare, este será llamado grande en el reyno de los cielos.

20 Porque os digo, que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los Escribas y de los Fariséos, no entrareis en el reyno de los cielos.

21 Oisteis que fué dicho á los antiguos: No matarás, y quien matare, obligado quedará á juicio.

22 Mas yo os digo, que todo aquel que se enoja con su hermano, obligado será á juicio; y quien dixere á su hermano raca, obligado será á concilio; y quien dixere insensato, quedará obligado á la gehenna del fuego.

23 Por tanto si fueres á ofrecer tu ofrenda al altar, y allí te acordares, que tu hermano tiene alguna cosa contra tí,

24 Dexa allí tu ofrenda delante del altar, y ve primeramente á reconciliarte con tu hermano; y entónces ven á ofrecer tu ofrenda.

25 Acomódate luego con tu contrario, miéntras que estás con él en el camino: no sea que tu contrario te entregue al juez, y el juez te entregue al ministro; y seas echado en la cárcel.

26 En verdad te digo, que no saldrás de allí, hasta que pagues el último quadrante.

27 Oisteis que fué dicho á los antiguos: No adulterarás.

28 Pues yo os digo, que todo aquel, que pusiere los ojos en una muger para codiciarla, ya cometió adulterio en su corazon con ella.

29 Y si tu ojo derecho te sirve de escándalo, sácale, y échale de tí; porque te conviene perder uno de tus miembros, ántes que todo tu cuerpo sea arrojado al fuego del infierno.

30 Y si tu mano derecha te sirve de escándalo, córtala y échala de tí; porque te conviene perder uno de tus miembros, ántes que todo tu cuerpo vaya al fuego del infierno.

31 Tambien fué dicho: Qualquiera que repudiare á su muger, déle carta de repudio.

32 Mas yo os digo, que el que repudiare á su muger, á no ser por causa de fornicacion, la hace ser adúltera; y el que tomare la repudiada, comete adulterio:

33 Además oisteis que fué dicho á los antiguos: No perjurarás; mas cumplirás al Señor tus juramentos.

34 Pero yo os digo, que de ningun modo jureis, ni por el cielo, porque es el trono de Dios;

35 Ni por la tierra, porque es la peana de sus pies; ni por Jerusalém, porque es la Ciudad del grande Rey;

36 Ni jures por tu cabeza;

porque no puedes hacer un cabello blanco ó negro.
37 Mas vuestro hablar sea, sí, sí; no, no: porque lo que excede de esto, de mal procede.
38 Habeis oido que fué dicho: Ojo por ojo, y diente por diente.
39 Mas yo os digo, que no resistais al mal: ántes si alguno te hiriere en la mexilla derecha, párale tambien la otra.
40 Y á aquel que quiere ponerte á pleyto, y tomarte la túnica, déxale tambien la capa.
41 Y al que te precisare á ir cargado mil pasos, vé con él otros dos mil mas.
42 Da al que te pidiere; y al que te quiera pedir prestado, no le vuelvas la espalda.
43 Habeis oido que fué dicho: Amarás á tu próximo, y aborrecerás á tu enemigo.
44 Mas yo os digo: *Amad á vuestros enemigos*; haced bien á los que os aborrecen; y rogad por los que os persiguen y calumnian:
45 Para que seais hijos de vuestro Padre, que está en los cielos; el qual hace nacer su sol sobre buenos y malos; y llueve sobre justos y pecadores.
46 Porque si amais á los que os aman, ¿qué recompensa tendreis? ¿No hacen tambien lo mismo los Publicanos?
47 Y si saludáreis tan solamente á vuestros hermanos, ¿qué haceis de mas? ¿No hacen esto mismo los Gentiles?
48 Sed pues vosotros perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto.

CAPITULO VI.

1 MIRAD, que no hagais vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos: de otra manera, no tendreis galardon de vuestro Padre, que está en los cielos.
2 Y así quando haces limosna, no hagas tocar la trompeta delante de tí, como los hypócritas hacen en las Sinagogas, y en las calles, para ser honrados de los hombres: En verdad os digo, recibiéron su galardon.
3 Mas tú, quando haces limosna, no sepa tu izquierda, lo que hace tu derecha:
4 Para que tu limosna sea en oculto, y tu Padre, que vé en lo oculto, te premiará.
5 Y quando orais, no sereis como los hypócritas, que aman el orar en pie en las Sinagogas, y en los cantones de las plazas, para ser vistos de los hombres. En verdad os digo, recibiéron su galardon.
6 Mas tú quando orares, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora á tu Padre en secreto; y tu Padre, que vé en lo secreto, te recompensará.
7 Y quando orareis, no hableis mucho, como los Gentiles. Pues piensan, que por mucho hablar serán oidos.
8 Pues no querais asemejaros á ellos: porque vuestro Padre sabe lo que habeis menester, ántes que se lo pidais.
9 Vosotros pues así habeis de orar: Padre nuestro, que estás en los cielos; santificado sea el tu nombre;
10 Venga el tu reyno; hágase tu voluntad, como en el cielo, así tambien en la tierra;
11 Danos hoy nuestro pan sobresubstancial;
12 Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros per-

donamos á nuestros deudores;
13 Y no nos dexes caer en la
tentacion; Mas líbranos de mal.
Amen.
14 Porque si perdonáreis á los
hombres sus pecados, os perdo-
nará tambien vuestro Padre ce-
lestial vuestros pecados:
15 Mas si no perdonáreis á
los hombres, tampoco vuestro
Padre os perdonará vuestros pe-
cados.
16 Y quando ayuneis, no os
pongais tristes como los hypó-
critas. Porque desfiguran sus
rostros, para hacer ver á los
hombres que ayunan. En ver-
dad os digo, que recibiéron su
galardon.
17 Mas tú, quando ayunas,
unge tu cabeza, y lava tu cara:
18 Para no parecer á los hom-
bres que ayunas, sino solamente
á tu Padre, que está en lo escon-
dido: y tu Padre, que vé en lo
escondido, te galardonará.
19 No querais atesorar para
vosotros tesoros en la tierra,
donde orin y polilla los consume;
y en donde ladrones los desen-
tierran, y roban.
20 Mas atesorad para voso-
tros tesoros en el cielo, en don-
de ni los consume orin ni polilla;
y en donde ladrones no los de-
sentierran, ni roban.
21 Porque en donde está tu
tesoro, allí está tambien tu co-
razon.
22 La antorcha de tu cuerpo
es tu ojo. Si tu ojo fuere sen-
cillo, todo tu cuerpo será lumi-
noso.
23 Mas si tu ojo fuere malo,
todo tu cuerpo será tenebroso.
Pues si la lumbre, que hay en tí,
son tinieblas, ¿quán grandes se-
rán las mismas tinieblas?
24 Ninguno puede servir á
dos señores: porque ó aborrece-
rá al uno, y amará al otro; ó al
uno sufrirá, y al otro despecia-
rá. No podeis servir á Dios, y
á las riquezas.
25 Por tanto os digo, no an-
deis afanados para vuestra alma,
qué comereis, ni para vuestro
cuerpo, qué vestireis. ¿No es
mas el alma, que la comida: y
el cuerpo mas que el vestido?
26 Mirad las aves del cielo,
que no siembran, ni siegan, ni
allegan en troxes; y vuestro Pa-
dre Celestial las alimenta. ¿Pues
no sois vosotros mucho mas que
ellas?
27 ¿Y quién de vosotros dis-
curriendo puede añadir un codo
á su estatura?
28 ¿Y por qué andais acongo-
jados por el vestido? Considerad
como crecen los lirios del cam-
po: no trabajan, ni hilan.
29 Ya digo, que ni Salomón
en toda su gloria fué cubierto
como uno de estos.
30 Pues si al heno del campo,
que hoy es, y mañana es echado
en el horno, Dios viste así:
¿quánto mas á vosotros, hombres
de poca fe?
31 No os acongojeis pues, di-
ciendo: ¿Qué comeremos, ó qué
beberemos, ó con qué nos cu-
briremos?
32 Porque los Gentiles se afá-
nan por estas cosas; y vuestro
Padre sabe, que teneis necesi-
dad de todas ellas.
33 Buscad pues primeramente
el reyno de Dios, y su justicia;
y todas estas cosas os serán aña-
didas.
34 Y así no andeis cuidadosos
por el dia de mañana. Porque
el dia de mañana á sí mismo se

traerá su cuidado. Le basta al
dia su propio afan.

CAPITULO VII.

1 NO querais juzgar, para
que no seais juzgados.
2 Pues con el juicio, con que
juzgareis, sereis juzgados: y con
la medida con que midiereis, os
volverán á medir.
3 ¿Por qué pues ves la pajita
en el ojo de tu hermano, y no
ves la *viga en tu ojo?*
4 ¿O como dices á tu herma-
no: Dexa, sacaré la pajita de tu
ojo, y se está viendo una viga en
el tuyo?
5 Hypócrita, saca primero la
viga de tu ojo; y entónces verás
para sacar la mota del ojo de tu
hermano.
6 No deis lo santo á los perros,
ni echeis vuestras perlas delante
de los *puercos: no* sea que las
huellen con sus pies, y revol-
viéndose contra vosotros os des-
pedacen.
7 Pedid, y se os dará; buscad,
y hallareis; llamad, y se os
abrirá.
8 Porque todo el que pide,
recibe; y el que busca, halla;
y al que llama se le abrirá.
9 ¿O quién de vosotros es el
hombre, á quien si su hijo pi-
diere pan, le dará una piedra?
10 ¿O si le pidiere un pez,
por ventura le dará una ser-
piente?
11 Pues si vosotros, siendo
malos, sabeis dar buenas dádivas
á vuestros hijos, ¿quánto mas
vuestro Padre, que está en los
cielos, dará bienes á los que se
los pidan?
12 Y así todo lo que quereis
que los hombres hagan con voso-
tros, hacedlo tambien vosotros
con ellos: porque esta es la Ley
y los Profetas.
13 Entrad por la puerta estre-
cha: porque ancha es la puerta,
y espacioso el camino, que lleva
á la perdicion, y muchos son los
que entran por él.
14 ¡Qué angosta es la puerta,
y qué estrecho el camino, que
lleva á la vida; y pocos son los
que atinan con él!
15 Guardáos de los falsos Pro-
fetas, que vienen á vosotros
con vestidos de ovejas, y dentro
son lobos robadores:
16 Por sus frutos los conoce-
reis. ¿Por ventura cogen uvas
de los espinos, ó higos de los
abrojos?
17 Así todo árbol bueno lleva
buenos frutos; y el mal árbol
lleva malos frutos.
18 No puede el árbol bueno
llevar malos frutos; ni el árbol
malo llevar buenos frutos.
19 Todo árbol, que no lleva
buen fruto, sera cortado, y meti-
do en el fuego.
20 Así pues, por los frutos de
ellos los conocereis.
21 No todo el que me dice,
Señor, Señor, entrará en el rey-
no de los cielos; sino el que hace
la voluntad de mi Padre, que es-
tá en los cielos, ese entrará en el
reyno de los cielos.
22 Muchos me dirán en aquel
dia: Señor, Señor, ¿pues no
profetizamos en tu nombre, y
en tu nombre lanzamos demo-
nios, y en tu nombre hicimos
muchos milagros?
23 Y entónces yo les diré
claramente: Nunca os conocí:
apartáos de mí los que obrais la
iniquidad.
24 Pues todo aquel que oye

estas mis palabras, y las cumple,
comparado será á un varon sabio,
que edificó su casa sobre la peña.
25 Que descendió lluvia, y
viniéron rios, y sopláron vientos,
y diéron impetuosamente en a-
quella casa, y no cayó; porque
estaba cimentada sobre peña.
26 Y todo el que oye estas mis
palabras, y no las cumple, seme-
jante será á un hombre loco, que
edificó su casa sobre arena:
27 Que descendió lluvia, y
viniéron rios, y sopláron vientos,
y diéron impetuosamente sobre
aquella casa, y cayó, y fué su
ruina grande.
28 Y fué, que quando Jesus
hubo acabado estos discursos, se
maravillaban las gentes de su
doctrina.
29 Porque los enseñaba, como
quien tiene autoridad, y no como
los Escribas de ellos, y los Fa-
riséos.

CAPITULO VIII.

1 Y como descendió del
monte, le siguiéron
muchas gentes:
2 Y vino un leproso, y le ado-
raba, diciendo: Señor, si quie-
res, puedes limpiarme.
3 Y extendiendo Jesus la ma-
no, le tocó, diciendo: Quiero.
Sé limpio. Y luego su lepra fué
limpiada.
4 Y le dixo Jesus: Mira, que
no lo digas á nadie; mas vé,
muéstrate al Sacerdote; y ofrece
la ofrenda que mandó Moisés,
en testimonio á ellos.
5 Y habiendo entrado en Ca-
farnaum, se llegó á él un Cen-
turion, rogándole,
6 Y diciendo: Señor, mi sier-
vo paralítico está postrado en
casa, y es reciamente atormen-
tado.
7 Y le dixo Jesus: Yo iré, y
lo sanaré.
8 Y respondiendo el Centu-
rion, dixo: Señor, no soy digno
de que entres en mi casa: mas
mándalo con tu palabra, y será
sano mi siervo.
9 Pues tambien yo soy hom-
bre sugeto á otro, que tenge
soldados á mis órdenes, y digo á
este: Vé, y va; y al otro: Ven,
y viene; y á mi siervo: Haz esto,
y lo hace.
10 Quando esto oyó Jesus, se
maravilló, y dixo á los que le se-
guían: Verdaderamente os digo,
que no he hallado fe tan grande
en Israél.
11 Y os digo, que vendrán
muchos de Oriente, y de Occi-
dente, y se asentarán con Abra-
ham, y Isaac, y Jacob en el rey-
no de los cielos:
12 Mas los hijos del reyno se-
rán echados en las tinieblas exte-
riores: allí será el llanto y el
cruxir de dientes.
13 Y dixo Jesus al Centurion:
Vé, y como creiste, así te sea
hecho. Y fué sano el siervo en
aquella hora.
14 Y habiendo llegado Jesus
á la casa de Pedro, vió á su sue-
gra que yacía en cama, y con
fiebre;
15 Y le tocó la mano, y la
dexó la fiebre; y se levantó y
los servia.
16 Y siendo ya tarde, le pre-
sentáron muchos endemoniados;
y lanzaba con su palabra los es-
píritus; y sanó todos los enfer-
mos:
17 Para que se cumpliera, lo
que fué dicho por el Profeta
Isaías, que dixo: El mismo tomó

nuestras enfermedades, y cargó
con nuestras dolencias.
18 Mas como viese Jesus mu-
chas gentes al rededor de sí,
mandó pasar á la otra parte del
lago.
19 Y llegándose á él un Escri-
ba, le dixo: Maestro, te seguiré
á donde quiera que fueres.
20 Y Jesus le dice: Las rapo-
sas tienen cuevas, y las aves del
cielo nidos; mas el hijo del hom-
bre no tiene en donde recueste
la cabeza.
21 Y otro de sus discípulos le
dixo: Señor, déxame ir primero,
y enterrar á mi padre.
22 Mas Jesus le dice: Sí-
gueme, y dexa que los muertos
entierren á sus muertos.
23 Y entrando él en un barco,
le siguiéron sus discípulos:
24 Y sobrevino luego un
grande alboroto en la mar, *de
modo que las ondas* cubrian el
barco; mas él dormia.
25 Y se llegáron á él sus dis-
cípulos, y le despertáron dicien-
do: Señor, sálvanos, que pere-
cemos.
26 Y Jesus les dice: ¿Qué
temeis hombres de poca fe? Y
levantándose al punto, mandó á
los vientos y á la mar, *y se siguió*
una grande bonanza.
27 Y los hombres se mara-
villáron, y decian: ¿Quién es
este, que los vientos y la mar le
obedecen?
28 Y quando Jesus hubo pa-
sado de la otra parte del lago á
tierra de los Gerasenos, le vi-
niéron al encuentro dos endemo-
niados, que salian de los sepul-
cros, fieros en tal manera, que
ninguno podia pasar por aquel
camino.
29 Y empezáron luego á decir
á gritos: ¿Qué tenemos nosotros
contigo, Jesus Hijo de Dios?
¿Has venido acá á atormentarnos
ántes de tiempo?
30 Y no léjos de ellos andaba
una piara de muchos puercos
paciendo.
31 Y los demonios le rogaban,
diciendo: Si nos echas de aquí,
envíanos á la piara de puercos.
32 Y les dixo: Id. Y ellos
saliéron, y se fuéron á los puer-
cos, y en el mismo punto toda la
piara corrió impetuosamente, y
por un despeñadero se precipitó
en la mar; y muriéron en las
aguas.
33 Y los pastores huyéron;
y venidos á la ciudad, lo contá-
ron todo, y el suceso de los en-
demoniados.
34 Y salió luego toda la ciu-
dad á encontrar á Jesus; y quan-
do le viéron, le rogaban, que
saliese de sus términos.

CAPITULO IX.

1 Y entrando en un barco,
pasó á la otra ribera,
y fué á su ciudad.
2 Y he aquí le presentáron
un paralítico postrado en un le-
cho. Y viendo Jesus la fé de
ellos, dixo al paralítico: Hijo,
ten confianza, que perdonados te
son tus pecados.
3 Y luego algunos de los Es-
cribas dixéron dentro de sí: Este
blasfema.
4 Y como viese Jesus los pen-
samientos de ellos, dixo: ¿Por
qué pensais mal en vuestros co-
razones?
5 ¿Qué cosa es mas fácil,
decir: Perdonados te son tus
pecados; ó decir: Levántate, y
anda?

6 Pues para que sepais, que el hijo del hombre tiene potestad sobre la tierra de perdonar pecados, dixo entónces al paralítico: Levántate, toma tu lecho, y vete á tu casa.
7 Y levantóse, y fuése á su casa.
8 Y quando esto viéron las gentes, temiéron, y loáron á Dios, que dió tal potestad á los hombres.
9 Y pasando Jesus de allí, vió á un hombre, que estaba sentado al Banco, llamado Mateo, y le dixo: Sígueme. Y levantándose le siguió.
10 Y acaeció que estando Jesus sentado á la mesa en la casa, viniéron muchos publicanos y pecadores, y se sentáron á comer con él, y con sus discípulos.
11 Y viendo esto los Fariséos, decian á sus discípulos: ¿Por qué come vuestro Maestro con los publicanos y pecadores?
12 Y oyéndolo Jesus: dixo: Los sanos no tienen necesidad de Médico, sino los enfermos.
13 Id pues, y aprended qué cosa es: Misericordia quiero, y no sacrificio: Porque no he venido á llamar justos, sino pecadores.
14 A esta sazon se llegáron á él los discípulos de Juan, y le dixéron: ¿Por qué nosotros y los Fariséos ayunamos muchas veces, y tus discípulos no ayunan?
15 Y Jesus les dixo: ¿Por ventura pueden estar tristes los hijos del esposo, miéntras que está con ellos el esposo? Mas vendrán dias, en que les será quitado el esposo; y entónces ayunarán.
16 Y ninguno echa remiendo de paño recio en vestido viejo: porque se lleva quanto alcanza del vestido, y se hace peor la rotura.
17 Ní echan vino nuevo en odres viejos. De otra manera, se rompen los odres, y se vierte el vino, y se pierden los odres. Mas echan vino nuevo en nuevos, y así se conserva lo uno y lo otro.
18 Diciéndoles él estas cosas, he aquí un príncipe se llegó á él, y le adoró, diciendo: Señor, ahora acaba de morir mi hija, mas ven, pon tu mano sobre ella, y vivirá.
19 Y levantándose Jesus, le fué siguiendo con sus discípulos.
20 Y he aquí una muger, que padecia fluxo de sangre doce años habia, y llegándose por detrás, tocó la orla de su vestido.
21 Porque decia dentro de sí: Si tocare tan solamente su vestido, seré sana.
22 Y volviéndose Jesus, y viéndola, dixo: Tén confianza, hija, tu fé te ha sanado. Y quedó sana la muger desde aquella hora.
23 Y quando vino Jesus á la casa de aquel Príncipe, y vió los tañedores de fláutas, y una tropa de gente, que hacia ruido, dixo:
24 Retiraos: pues la muchacha no es muerta, sino que duerme. Y se mofaban de él.
25 Y quando fué echada fuera la gente, entró: y la tomó por la mano. Y se levantó la muchacha.
26 Y corrió esta fama por toda aquella tierra.
27 Y pasando Jesus de aquel lugar, le siguiéron dos ciegos gritando, y diciendo: Tén mi-

sericordia de nosotros, hijo de David.

28 Y llegado á la casa, viniéron á él los ciegos. Y les dice Jesus: ¿Creeis, que puedo hacer esto á vosotros? Ellos dixéron: Si Señor.

29 Entónces tocó sus ojos, diciendo: Segun vuestra fe os sea hecho.

30 Y fuéron abiertos sus ojos; y Jesus les amenazó diciendo: Mirad, que nadie lo sepa.

31 Mas ellos, saliendo de allí, lo publicáron por toda aquella tierra.

32 Y luego que saliéron, le presentáron un hombre mudo, poseido del demonio.

33 Y quando hubo lanzado el demonio, habló el mudo, y maravilladas las gentes, decian: Nunca se vió tal cosa en Israél.

34 Mas los Fariséos decian: *En virtud del príncipe de los demonios lanza los demonios.*

35 Y rodeaba Jesus por todas las ciudades, y villas, enseñando en las Sinagogas de ellos, y predicando el Evangelio del reyno, y sanando toda dolencia, y toda enfermedad.

36 Y quando vió aquellas gentes, se compadeció de ellas: porque estaban fatigadas y decaidas, como ovejas, que no tienen pastor.

37 Entónces dice á sus discípulos: La mies verdaderamente es mucha, mas los obreros pocos.

38 Rogad pues al Señor de la mies, que envie trabajadores á su mies.

CAPITULO X.

1 Y habiendo convocado á sus doce discípulos, les dió potestad sobre los espíritus inmundos, para lanzarlos, y para sanar toda dolencia, y toda enfermedad.

2 Y los nombres de los doce Apóstoles son estos. El primero: Simon, que es llamado Pedro, y Andres su hermano;

3 Santiago de Zebedéo, y Juan su hermano; Felipe y Bartolome: Tomas, y Mateo el Publicano; Santiago de Alféo y Tadeo.

4 Simon Cananéo; y Júdas Iscariotes, aquel que lo entregó.

5 A estos doce envió Jesus, mandándoles, y diciendo: No vayais á camino de Gentiles, ni entreis en las ciudades de los Samaritanos:

6 Mas id ántes á las ovejas, que pereciéron de la casa de Israél.

7 Id, y predicad, diciendo: Que se acercó el reyno de los cielos.

8 Sanad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, lanzad demonios: graciosamente recibisteis, dad graciosamente.

9 No poseais oro, ni plata, ni dinero en vuestras faxas:

10 No alforja para el camino, ni dos túnicas, ni calzado, ni baston: porque digno es el trabajador de su alimento.

11 Y en qualquier ciudad ó aldea en que entrareis, preguntad quien hay en ella digno; y estaos allí hasta que salgais.

12 Y quando entreis en la casa, saludadla, diciendo: Paz sea en esta casa.

13 Y si aquella casa fuere digna, vendrá sobre ella vuestra paz: mas sino fuere digna, vuestra paz se volverá á vosotros.

14 Y todo el que no os reci-

biere, ni oyere vuestras palabras, al salir fuera de la casa, ó de la ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies.

15 En verdad os digo: Que será mas tolerable á la tierra de los de Sodoma y de Gomorra en el dia del juicio, que á aquella ciudad.

16 Ved que yo os envio como ovejas en medio de lobos. Sed pues prudentes como serpientes, y sencillos como palomas.

17 Y guardáos de los hombres. Porque os harán comparecer en sus Audiencias, y os azotarán en sus Sinagogas:

18 Y sereis llevados ante los Gobernadores, y los Reyes por causa de mí, en testimonio á ellos, y á los Gentiles.

19 Y quando os entregaren, no penseis cómo, ó qué habeis de hablar: porque en aquella hora os será dado lo que hayais de hablar.

20 Porque no sois vosotros los que hablais, sino el Espíritu de vuestro Padre, que habla en vosotros.

21 Y el hermano entregará á muerte al hermano, y el padre al hijo; y se levantarán los hijos contra los padres, y los harán morir;

22 Y sereis aborrecidos de todos por mi nombre: mas el que perseveráre hasta el fin, este será salvo.

23 Y quando os persiguieren en esa ciudad, huid á la otra. En verdad os digo, que no acabaréis las ciudades de Israél, hasta que venga el Hijo del Hombre.

24 No es el discípulo mas que su Maestro, ni el siervo mas que su Señor.

25 Bástale al discípulo, ser como su Maestro; y al siervo, como su Señor. Si llamáron Beelzebub al padre de familias, ¿quánto mas á sus domésticos?

26 Pues no los temais; porque nada hay encubierto, que no se haya de descubrir; ni oculto, que no se haya de saber.

27 Lo que os digo en tinieblas, decidlo en la luz; y lo que ois á la oreja, predicadlo sobre los tejados.

28 Y no temais á los que matan el cuerpo, y no pueden matar el alma: temed ántes al que puede echar el alma y el cuerpo en el infierno.

29 ¿Por ventura no se venden dos paxarillos por un quarto; y uno de ellos no caerá sobre la tierra sin vuestro padre?

30 Aun los cabellos de vuestra cabeza están todos contados.

31 No temais pues; porque mejores sois vosotros que muchos páxaros.

32 Todo aquel pues que me confesáre delante de los hombres, lo confesaré yo tambien delante de mi Padre, que está en los cielos.

33 Y el que me negáre delante de los hombres, lo negaré yo tambien delante de mi Padre, que está en los cielos.

34 No penseis, que vine á meter paz sobre la tierra: no vine á meter paz, sino espada.

35 Porque vine á separar al hombre contra su padre, y á la hija contra su madre, y á la nuera contra su suegra:

36 Y los enemigos del hombre, los de su casa.

37 El que ama á padre, ó á madre mas que á mí, no es digno de mí. Y el que ama á hijo,

ó á hija mas que á mí, no es digno de mí.

38 Y el que no toma su cruz, y me sigue, no es digno de mí.

39 El que halla su alma, la perderá; y el que perdiere su alma por mí, la hallará.

40 El que á vosotros recibe, á mí recibe; y el que á mí recibe, recibe á aquel que me envió.

41 El que recibe á un Profeta en nombre de Profeta, galardon de Profeta recibirá; y el que recibe á un justo en nombre de justo, galardon de justo recibirá.

42 Y todo el que diere á beber á uno de aquellos pequeñitos un vaso de agua fria tan solamente en nombre de discípulo, en verdad os digo, que no perderá su galardon.

CAPITULO XI.

1 Y acaeció, que quando Jesus acabó de dar estas instrucciones á sus doce discípulos, pasó de allí á enseñar y predicar en las ciudades de ellos.

2 Y como Juan estando en la cárcel oyese las obras de Cristo, envió dos de sus *discípulos*,

3 Y le *dixo*: ¿Eres tú el que ha de venir, ó esperamos á otro?

4 Y respondiendo Jesus, les dixo: Id y contad á Juan lo que habeis oido, y visto.

5 Los ciegos ven, los coxos andan, los lepresos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan, y á los pobres les es anunciado el Evangelio:

6 Y bienaventurado, el que no fuere escandalizado en mí.

7 Y luego que ellos se fuéron, comenzó Jesus á hablar de Juan á las gentes: ¿Qué salisteis á ver al desierto? ¿una caña movida del viento?

8 ¿Mas qué salisteis á ver? ¿un hombre vestido de ropas delicadas? Cierto los que visten ropas delicadas, en casas de Reyes están.

9 ¿Mas qué salisteis á ver? ¿un Profeta? Ciertamente os digo, y aun mas que Profeta.

10 Porque este es, de quien está escrito: He aquí yo envio mi Angel ante tu faz, que aparejará tu camino delante de tí.

11 En verdad os digo: que entre los nacidos de mugeres no se levantó mayor que Juan el Bautista; mas el que menor es en el reyno de los cielos, mayor es que él.

12 Y desde los dias de Juan el Bautista *hasta ahora, el reyno de los cielos padece fuerza*, y los que se la hacen, lo arrebatan.

13 Porque todos los Profetas y la Ley hasta Juan profetizáron:

14 Y si quereis recibir, él es aquel Elías que ha de venir.

15 El que tiene orejas para oir, oyga.

16 ¿Mas á quién diré que es semejante esta generacion? Semejante es á unos muchachos que están sentados en la plaza, y gritando á sus iguales,

17 Dicen: Os cantamos, y no baylasteis; lloramos, y no plañisteis.

18 Porque vino Juan, que ni comia, ni bebia, y dicen: Demonio tiene.

19 Vino el hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: He aquí un hombre gloton, y bebedor de vino, amigo de Publicanos, y de pecadores. Mas la sa-

biduría ha sido justificada por
sus hijos.
20 Entónces comenzó á re-
convenir á las ciudades, en que
fuéron hechas muy muchas de
sus maravillas, de que no habian
hecho penitencia.
21 ¡Ay de tí, Corozain! ¡Ay
de ti, Betsaida! que si en Tí-
ro, y en Sidón se hubieran he-
cho las maravillas que han sido
hechas en vosotras, ya mucho ha
que hubieran hecho penitencia
en cilicio y en ceniza.
22 Por tanto os digo: Que
habrá ménos rigor para Tíro y
Sidón, que para vosotras en el
dia del juicio.
23 ¿Y tú Cafarnaum, por
ventura te alzarás hasta el cielo?
hasta el infierno descenderás.
Porque si en Sodoma se hu-
bieran hecho los prodigios, que
han sido hechos en tí, tal vez
hubieran permanecido hasta este
dia.
24 Por tanto os digo, que en el
dia del juicio habra ménos rigor
para la tierra de Sodoma que
para tí.
25 En aquel tiempo respon-
diendo Jesus, dixo: Doy gloria
á tí, Padre, Señor del cielo y de
la tierra, porque escondiste estas
cosas á los sabios y entendidos,
y las has descubierto á los pár-
vulos.
26 Así es, Padre: porque así
fué de tu agrado.
27 Mi Padre puso en mis ma-
nos todas las cosas. Y nadie
conoce al Hijo, sino el Padre;
ni conoce ninguno al Padre, si-
no el Hijo, y aquel á quien lo
quisiere revelar el Hijo.
28 Venid á mí todos los que
estais trabajados, y cargados, y
yo os aliviaré.
29 Traed mi yugo sobre vo-
sotros, y aprended de mí, que
manso soy, y humilde de cora-
zon, y hallareis reposo para
vuestras almas.
30 Porque mi yugo suave es,
y mi carga ligera.

CAPITULO XII.

1 EN aquel tiempo andaba
Jesus un dia de Sába-
do por unos sembrados; y sus
discípulos, como tuviesen ham-
bre, comenzáron á cortar espi-
gas, y á comer.
2 Y los Fariséos, quando lo
viéron, le dixéron: Mira que
tus discípulos hacen, lo que no
es lícito hacer en Sábado.
3 Pero él les dixo: ¿No ha-
beis leido lo que hizo David,
quando él tuvo hambre, y los
que con él estaban?
4 ¿Cómo entró en la casa de
Dios, y comió los panes de la
proposicion, que no le era lícito
comer, ni á aquellos que con él
estaban, sino á solos los Sacer-
dotes?
5 ¿O no habeis leido en la
Ley, que los Sacerdotes los Sá-
bados en el templo quebrantan
el Sábado, y son sin pecado?
6 Pues dígoos, que aquí está,
el que es mayor que el templo.
7 Y si supieseis qué es: Mi-
sericordia quiero, y no sacrificio;
jamas condenariais á los ino-
centes:
8 Porque el Hijo del hombre
es Señor aun del Sábado.
9 Y habiendo pasado de allí,
vino á la Sinagoga de ellos.
10 Y he aquí un hombre que
tenia la mano seca, y ellos por
acusarle, le preguntáron, dicien-
do: Si es lícito curar en los
Sábados?

11 Y él les dixo: ¿Qué hombre habrá de vosotros, que tenga una oveja, y si esta cayere el Sábado en un hoyo, por ventura no echará mano, y la sacará?

12 ¿Pues quánto mas vale un hombre que una oveja? Así que lícito es hacer bien en Sábados.

13 Entónces dixo al hombre: Extiende tu mano. Y él la extendió, y le fué restituida sana como la otra.

14 Mas los Fariséos saliendo de allí, consultaban contra él, como le harian morir.

15 Y Jesus sabiéndolo, se retiró de aquel lugar; y fuéron muchos en pos de él, y los sanó á todos:

16 Y les mandó, que no le descubriesen.

17 Para que se cumpliese, lo que fué dicho por el Profeta Isaías, que dice:

18 *He aquí mi siervo*, que escogí, mi amado, en quien se agradó mi alma. Pondré mi espíritu sobre él, y anunciará justicia á las gentes.

19 No contenderá, ni voceará, ni oirá ninguno su voz en las plazas:

20 No quebrará la caña que está cascada, ni apagará la torcida que humea, hasta que saque á *victoria* el juicio:

21 Y las gentes esperarán en su nombre.

22 Entónces le traxéron un endemoniado, ciego y mudo, y le sanó; de modo que habló y vió.

23 Y quedaban pasmadas todas las gentes, y decian: ¿Por ventura es este el Hijo de David?

24 Mas los Fariséos, oyéndolo, decian: Este no lanza los demonios sino en virtud de Beelzebub príncipe de los demonios.

25 Y Jesus sabiendo los pensamientos de ellos, les dixo: Todo reyno dividido contra sí mismo, desolado será; y toda ciudad, ó casa dividida contra sí misma, no subsistirá.

26 Y si Satanás echa fuera á Satanás, contra sí mismo está dividido: ¿pues cómo subsistirá su reyno?

27 Y si yo lanzo los demonios en virtud de Beelzebub, ¿en virtud de quién los lanzan vuestros hijos? Por eso serán ellos vuestros jueces.

28 Mas si yo lanzo los demonios por el espíritu de Dios, ciertamente á vosotros ha llegado el reyno de Dios.

29 ¿O como puede alguno entrar en la casa del fuerte, y saquear sus alhajas, si primero no hubiere *atado al fuerte?* y *entónces* saqueará su casa.

30 El que no es conmigo, contra mí es; y el que no allega conmigo, esparce.

31 Por tanto os digo: Todo pecado y blasfemia serán perdonados á los hombres, mas la blasfemia del espíritu no será perdonada.

32 Y todo el que dixere palabra contra el hijo del hombre, perdonada le será; mas el que la dixere contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni en este siglo, ni en el otro.

33 O haced el árbol bueno, y su fruto bueno; ó haced el árbol malo, y su fruto malo: porque el árbol por el fruto es conocido.

34 Raza de víboras, ¿cómo podeis hablar cosas buenas, siendo malos? porque de la abundancia del corazon habla la boca.

35 El hombre bueno del buen tesoro saca buenas cosas; mas

el hombre malo del mal tesoro saca malas cosas.
36 Y dígoos, que de toda palabra ociosa que hablaren los hombres, darán cuenta de ella en el dia del juicio.
37 Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado.
38 Entónces le respondiéron ciertos Escribas y Fariséos, diciendo: Maestro, queremos ver señal de tí.
39 El les respondió diciendo: La generacion mala y adulterina señal pide; mas no le será dada señal, sino la señal de Jonás el Profeta:
40 Porque así como Jonás estuvo tres dias, y tres noches en el vientre de la ballena, así estará el Hijo del hombre tres dias, y tres noches en el corazon de la tierra.
41 Los Ninivitas se levantarán en juicio con esta generacion, y la condenarán: porque hiciéron penitencia por la predicacion de Jonás. Y he aquí en este lugar mas que Jonás.
42 La Reyna del Austro se levantará en juicio con esta generacion, y la condenará: porque vino de los fines de la tierra á oir la sabiduría de Salomón, y he aquí mas que Salomón.
43 Quando el espíritu inmundo ha salido de un hombre, anda por lugares secos, buscando reposo, y no le halla.
44 Entónces dice: Me volveré á mi casa, de donde salí. Y quando viene, hállala desocupada, barrida, y alhajada.
45 Entónces va, y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entran dentro, y moran allí: y lo postrero de aquel hombre es peor que lo primero. Así tambien acontecerá á esta generacion muy mala.
46 Quando estaba todavía hablando á las gentes, he aquí su madre y hermanos estaban fuera, que le querian hablar.
47 Y le dixo uno: Mira que tu madre, y tus hermanos están fuera, y te buscan.
48 Y él respondiendo al que le hablaba, le dixo: ¿Quién es mi madre, y quienes son mis hermanos?
49 Y extendiendo la mano hácia sus discípulos, dixo: Ved aquí mi madre, y mis hermanos.
50 Porque todo aquel que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese es mi hermano, y hermana, y madre.

CAPITULO XIII.

1 EN aquel dia saliendo Jesus de la casa, se sentó á la orilla de la mar.
2 Y se llegáron á él muchas gentes; por manera que entrando en un barco se sentó; y toda la gente estaba en pie á la ribera,
3 Y les habló muchas cosas por parábolas, diciendo: He aquí que salió un sembrador á sembrar.
4 Y quando sembraba, algunas semillas cayéron junto al camino, y viniéron las aves del cielo, y las comiéron;
5 Otras cayéron en lugares pedregosos, en donde no tenian mucha tierra; y naciéron luego, porque no tenian tierra profunda:
6 Mas en saliendo el sol, se quemaron, y se secáron, porque no tenian raiz:
7 Y otras cayéron sobre las espinas; y creciéron las espinas, y las ahogáron.

8 Y otras cayéron en tierra buena, y rendian fruto; una á ciento, otra á sesenta, y otra á treinta.

9 El que tiene orejas para oir, oyga.

10 Y llegándose los discípulos, le dixéron: ¿por qué les hablas por parábolas?

11 El les respondió, y dixo: Porque á vosotros os es dado saber los misterios del reyno de los cielos; mas á ellos no les es dado.

12 Porque al que tiene, se le dará, y tendrá mas; mas al que no tiene, aun lo que tiene, se le quitará.

13 Por eso les hablo por parábolas: porque viendo no vén; y oyendo no oyen, ni entienden.

14 Y se cumple en ellos la profecía de Isaías, que dice: De oido oireis, y no entendereis; y viendo vereis, *y no vereis.*

15 *Porque* el corazon de este pueblo se ha engrosado, y de las orejas oyéron pesadamente, y cerráron sus ojos: para que no vean de los ojos, y oygan de las orejas, y del corazon entiendan, y se conviertan, y los sane.

16 Mas bienaventurados vuestros ojos, porque vén; y vuestras orejas, porque oyen.

17 *Porque* en verdad os digo, que muchos Profetas y justos codiciáron ver lo que veis, y no lo viéron; y oir lo que ois, y no lo oyéron.

18 Vosotros pues oid la parábola del que siembra.

19 Qualquiera que oye la palabra del reyno, y no la entiende, viene el malo, y arrebata lo que se sembró en su corazon: este es el que fué sembrado junto al camino.

20 Mas el que fué sembrado sobre las piedras, este es el que oye la palabra, y por el pronto la recibe con gozo:

21 Pero no tiene en sí raiz, ántes es de poca duracion: y quando le sobreviene tribulacion y persecucion por la palabra, luego se escandaliza.

22 Y el que fué sembrado entre las espinas, este es el que oye la palabra; pero los cuidados de este siglo, y el engaño de las riquezas ahogan la palabra, y queda infructuosa.

23 Y el que fué sembrado en tierra buena, este es el que oye la palabra, y la entiende, y lleva fruto: y uno lleva á ciento, y otro á sesenta, y otro á treinta.

24 Otra parábola les propuso, diciendo: Semejante es el reyno de los cielos á *un hombre, que sembró buena simiente en su campo:*

25 Y miéntras dormian los hombres, vino su enemigo, y sembró zizaña en medio del trigo, y se fué:

26 Y despues que creció la yerba, é hizo fruto, apareció tambien entónces la zizaña.

27 Y llegando los siervos del padre de familias, le dixéron: ¿Señor, por ventura no sembraste buena simiente en tu campo? ¿pues de donde tiene zizaña?

28 Y les dixo: Hombre enemigo ha hecho esto. Y le dixéron los siervos: ¿Quieres que vamos, y la cojamos?

29 No, les respondió: no sea que cogiendo la zizaña, arranqueis tambien con ella el trigo.

30 Dexad crecer lo uno y lo otro hasta la siega; y en el tiempo de la siega diré á los segadores: Coged primeramente la

zizaña, y atadla en manojos para
quemarla; mas el trigo recogedlo en mi granero.
31 Otra parábola les propuso,
diciendo: Semejante es el reyno
de los cielos á un grano de mostaza, que tomó un hombre, y
sembró en su campo:
32 Este en verdad es el menor
de todas las simientes; pero despues que crece, es mayor que
todas las legumbres, y se hace
árbol, de modo que las aves del
cielo vienen á anidar en sus ramas.
33 Les dixo otra parábola.
Semejante es el reyno de los
cielos á la levadura que toma
una muger, y la esconde en tres
medidas de harina, hasta que todo queda fermentado.
34 Todas estas cosas habló
Jesus al pueblo por parábolas;
y no le hablaba sin parábolas:
35 Para que se cumpliese, lo
que habia dicho el Profeta, que
dice: Abriré en parábolas mi
boca; rebosaré cosas escondidas
desde el establecimiento del
mundo.
36 Entónces despedidas las
gentes, se vino á casa; y llegándose á él sus discípulos, le dixéron: Explícanos la parábola
de la zizaña del campo.
37 El les respondió, y dixo:
El que siembra la buena simiente, es el Hijo del hombre;
38 Y el campo es el mundo;
y la buena simiente son los hijos
del reyno; y la zizaña son los
hijos de la iniquidad;
39 Y el enemigo, que la sembró, es el diablo; y la siega, es
la consumacion del siglo; y los
segadores, son los Angeles.
[illegible]r manera que así como
la zizaña, y quemada
al fuego, así será en la consumacion del siglo.
41 Enviará el Hijo del hombre
sus Angeles, y cogerán de su
reyno todos los escándalos, y á
los que obran iniquidad;
42 Y echárloshan en el horno
del fuego: allí será el llanto, y
el crugir de dientes.
43 Entónces los justos resplandecerán como el Sol en el
reyno de su Padre. El que tiene orejas para oir, oyga.
44 Semejante es el reyno de
los cielos á un tesoro escondido
en el campo, que quando lo halla
un hombre, lo esconde; y por el
gozo de ello va, y vende quanto
tiene, y compra aquel campo.
45 Asimismo es semejante el
reyno de los cielos á un hombre
negociante, que busca buenas
perlas:
46 Y habiendo hallado una de
gran precio, se fué, y vendió
quanto tenia, y la compró.
47 Tambien el reyno de los
cielos es semejante á una red,
que echada en la mar, allega todo género de peces:
48 Y quando está llena, la
sacan á la orilla, y sentados allí,
escogen los buenos, y los meten
en vasijas, y echan fuera á los
malos.
49 Así será en la consumacion del siglo: saldrán los Angeles, y apartarán á los malos de
entre los justos,
50 Y los meterán en el horno
del fuego: allí será el llanto, y
el crugir de dientes.
51 ¿Habeis entendido todas
estas cosas? Ellos dixéron: Sí.
52 Y les dixo: Por eso todo
Escriba instruido en el reyno
de los cielos, es semejante á
un padre de familias, que saca

de su tesoro cosas nuevas y viejas.

53 Y quando Jesus hubo acabado estas parábolas, se fué de allí.

54 Y vino á su patria, y los instruia en las Sinagogas de ellos; de modo que se maravillaban, y decian: ¿De donde á este este saber, y maravillas?

55 ¿Por ventura no es este el hijo del Artesano? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos Santiago, y Josef, y Simón, y Júdas?

56 ¿Y sus hermanas no están todas entre nosotros? ¿Pues de donde á este todas estas cosas?

57 Y se escandalizaban en él. Mas les dixo Jesus: No hay Profeta sin honra, sino en su patria, y en su casa.

58 Y no hizo allí muchos milagros, á causa de la incredulidad de ellos.

CAPITULO XIV.

1 EN aquel tiempo Heródes el Tetrarchá oyó la fama de Jesus:

2 Y dixo á sus criados: Este es Juan el Bautista, que resucitó de entre los muertos; y por eso virtudes obran en él.

3 Porque Heródes habia hecho prender á Juan, y atado, ponerle en la cárcel, por causa de Herodías muger de su hermano.

4 Porque le decia Juan: No te es lícito tenerla.

5 Y queriéndole matar, temia al pueblo: porque le miraban como á un Profeta.

6 Mas el dia del nacimiento de Heródes la hija de Herodías danzó delante de todos, y agradó á Heródes.

7 Por lo que prometió con juramento, que le daria todo lo que le pidiese.

8 Y ella prevenida por su madre, dixo: Dame aquí en un plato la cabeza de Juan el Bautista.

9 Y el Rey se entristeció: mas por el juramento, y por los que estaban con él á la mesa, se la mandó dar.

10 Y envió, é hizo degollar á Juan en la cárcel;

11 Y fué traida su cabeza en un plato, y dada á la muchacha; y ella la llevó á su madre.

12 Y viniéron sus discípulos, y tomáron su cuerpo, y lo enterráron; y fuéron á dar la nueva á Jesus.

13 Y quando lo oyó Jesus, se retiró de allí en un barco á un lugar desierto apartado: y habiéndolo oido *las gentes*, le siguiéron á pie de las ciudades.

14 Y quando salió, vió una grande multitud de gente, y tuvo de ellos compasion, y sanó los enfermos de ellos.

15 Y venida la tarde, se llegáron á él sus discípulos, y le dixéron: Desierto es este lugar, y la hora ya es pasada; despacha las gentes, para que pasando á las aldeas, se compren que comer.

16 Y les dixo Jesus: No tienen necesidad de irse: dadles vosotros de comer.

17 Le respondiéron: No tenemos aquí sino cinco panes, y dos peces.

18 Jesus les dixo: Traédmelos acá.

19 Y habiendo mandado á la gente, que se recostase sobre el heno, tomó los cinco panes, y los dos peces; y alzando los ojos al cielo, bendixo, y partió los pa-

nes, y los dió á los discípulos, y los discípulos á las gentes:

20 Y comiéron todos, y se saciáron: y alzáron las sobras, doce cestos llenos de pedazos:

21 Y el número de los que comiéron fué cinco mil hombres, sin contar mugeres, y niños.

22 Y Jesus hizo subir luego á sus discípulos en el barco, y que pasasen ántes que él á la otra ribera del lago, miéntras despedia la gente.

23 Y luego que la despidió, subió á un monte solo á orar. Y quando vino la noche, estaba él allí solo.

24 Y el barco en medio de la mar era combatido de las ondas: porque el viento era contrario.

25 Mas á la quarta vigilia de la noche vino Jesus ácia ellos andando sobre la mar.

26 Y quando le viéron andar sobre la mar, se turbáron, y decian: Que es fantasma. Y de miedo comenzáron á dar voces.

27 Mas Jesus les habló al mismo tiempo, y dixo: Tened buen ánimo: yo soy, no temais.

28 Y respondió Pedro, y dixo: Señor, si tú eres, mándame venir á tí sobre las aguas.

29 Y él le dixo: Ven. Y baxando Pedro del barco, andaba sobre el agua para llegar á Jesus.

30 Mas viendo el viento recio, tuvo miedo: y como empezase á hundirse, dió voces diciendo: Valedme, Señor.

31 Y luego extendiendo Jesus la mano, travó de él, y le dixo: Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?

32 Y luego que entráron en el barco, cesó el viento.

33 Y los que estaban en el barco, viniéron, y le adoráron, diciendo: Verdaderamente Hijo de Dios eres.

34 Y habiendo pasado á la otra parte del lago, fuéron á la tierra de Genesar.

35 Y despues que le conociéron los hombres de aquel lugar, enviáron por toda aquella tierra, y le presentáron todos quantos padecian algun mal:

36 Y le rogaban, que les permitiese tocar siquiera la orla de su vestido. Y quantos la tocáron, quedáron sanos.

CAPITULO XV.

1 ENTONCES se llegáron á él unos Escribas y Fariséos de Jerusalém, diciendo:

2 ¿Por qué tus discípulos traspasan la tradicion de los ancianos? Pues no se lavan las mános, quando comen pan.

3 Y él respondiendo les dixo: ¿Y vosotros por qué traspasais el mandamiento de Dios por vuestra tradicion? pues Dios dixo:

4 Honra al padre y á la madre. Y: Quien maldixere al padre ó á la madre, muera de muerte.

5 Mas vosotros decis: Qualquiera que dixere al padre ó á la madre: todo don que yo ofreciere, á tí aprovechará:

6 Y no honrará á su padre ó á su madre; y habeis hecho vano el mandamiento de Dios por vuestra tradicion.

7 Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, diciendo:

8 Este pueblo con los labios me honra; mas el corazon de ellos léxos está de mí.

9 Y en vano me honran, enseñando doctrinas y mandamientos de hombres.

10 Y habiendo convocado á sí
á las gentes, les dixo: Oid y en-
tended.
11 No ensucia al hombre, lo
que entra en la boca; mas lo
que sale de la boca, eso ensucia
al hombre.
12 Entónces llegándose sus
discípulos, le dixéron: ¿Sabes,
que los Fariséos se han escanda-
lizado, quando han oido esta pa-
labra?
13 Mas él respondiendo dixo:
Toda planta, que no plantó mi
Padre celestial, arrancada será
de raiz.
14 Dexadlos: ciegos son, y
guias de ciegos. Y si un ciego
guia á otro ciego, entrambos
caen en el hoyo.
15 Y respondiendo Pedro le
dixo: Explícanos esa parábola.
16 Y dixo Jesus: ¿Aun tam-
bien vosotros sois sin entendi-
miento?
17 *¿No comprehendeis*, que
toda cosa que entra en la boca,
va al vientre, y es echado en un
lugar secreto?
18 Mas lo que sale de la boca,
del corazon sale, y esto ensucia
al hombre:
19 Porque del corazon salen
los pensamientos malos, homici-
dios, adulterios, *fornicaciones*,
hurtos, *falsos* testimonios, blas-
femias.
20 Estas cosas son las que en-
sucian al hombre; mas el co-
mer con las manos sin lavar, no
ensucia al hombre.
21 Y saliendo Jesus de allí, se
fué á las partes de Tiro y de
Sidón.
22 Y he aquí una muger Ca-
nanéa, que habia salido de aque-
llos términos, y clamaba dicién-
dole: Señor, hijo de David, ten
piedad de mí; mi hija es mala-
mente atormentada del demonio.
23 Y él no le respondió pala-
bra. Y llegándose sus discípu-
los, le rogaban y decian: Despá-
chala, porque viene gritando en
pos de nosotros.
24 Y él respondiendo dixo:
No soy enviado sino á las ovejas,
que pereciéron, de la casa de
Israél.
25 Mas ella vino, y le adoró,
diciendo: Señor, valedme.
26 El respondió, y dixo: No
es bien tomar el pan de los hijos,
y echarlo á los perros.
27 Y ella dixo: Así es, Señor;
mas los perrillos comen de las
migajas, que caen de la mesa de
sus señores.
28 Entónces respondió Jesus,
y le dixo: O muger, grande es
tu fe: *hágase contigo como
quieres. Y desde aquella hora
fué* sana su hija.
29 Y habiendo salido Jesus de
allí, vino junto al mar de Gali-
léa: y subiendo á un monte, se
sentó allí.
30 Y se llegáron á él muchas
gentes, que traian consigo mu-
dos, ciegos, coxos, mancos, y
otros muchos; y los echáron á
sus pies, y los sanó:
31 De manera que se mara-
villaban las gentes, viendo hablar
los mudos, andar los coxos, ver
los ciegos; y loaban en gran
manera al Dios de Israél.
32 Mas Jesus, llamando á sus
discípulos, dixo: Tengo compa-
sion de estas gentes; porque ha
ya tres dias que perseveran con-
migo, y no tienen que comer; y
no quiero despedirlas en ayunas,
porque no desfallezcan en el ca-
mino.
33 Y le dixéron los discípu-

los: ¿Como podremos hallar en
este desierto tantos panes, que
hartemos tan grande multitud de
gente?
34 Y Jesus les dixo: ¿Quan-
tos panes teneis? Y ellos dixé-
ron: Siete, y unos pocos pece-
cillos.
35 Y mandó á la gente recos-
tarse sobre la tierra.
36 Y tomando los siete panes,
y los péces, y dando gracias los
partió, y dió á sus discípulos, y
los discípulos los diéron al pue-
blo.
37 Y comiéron todos, y se
hartáron. Y de los pedazos que
sobráron, alzáron siete espuertas
llenas.
38 Y los que comiéron, fué-
ron quatro mil hombres, sin los
niños y mugeres.
39 Y despedida la gente, en-
tró en un barco; y pasó á los
términos de Magedán.

CAPITULO XVI.

1 Y se llegáron á él los
Fariséos, y los Sad-
ducéos para tentarle; y le rogá-
ron, que les mostrase alguna se-
ñal del cielo.
2 Y él respondió, y les dixo:
Quando va llegando la noche
decis: Sereno hará, porque roxo
está el cielo.
3 Y por la mañana: Tempes-
tad habrá hoy, porque el cielo
triste tiene arreboles.
4 Pues la faz del cielo sabeis
distinguir, ¿y las señales de los
tiempos no podeis saber? La
generacion perversa y adúltera
señal pide; y señal no le será
dada, sino la señal de Jonás el
Profeta. Y los dexó, y se fué.
5 Y pasando sus discípulos á
la otra ribera, se habian olvidado
de tomar panes.
6 Jesus les dixo. Mirad, y
guardaos de la levadura de los
Fariséos, y de los Sadducéos.
7 Mas ellos pensaban, y de-
cian dentro de sí: porque no
hemos tomado panes.
8 Y Jesus conociéndolo, les
dixo: Hombres de poca fé, ¿por
qué estais pensando dentro de
vosotros, que no teneis panes?
9 ¿No comprehendeis aun, ni
os acordais de los cinco panes
para cinco mil hombres, y quán-
tos cestos alzasteis?
10 ¿Ni de los siete panes para
quatro mil hombres, y quántas
espuertas recogisteis?
11 ¿Cómo no comprehendeis,
que no por el pan os dixe: guar-
daos de la levadura de los Fari-
séos, y de los Sadducéos?
12 Entónces entendiéron, que
no habia dicho que se guardasen
de la levadura de los panes, sino
de la doctrina de los Fariséos,
y de los Sadducéos.
13 Y vino Jesus á las partes
de Cesarea de Filipos; y pre-
guntaba á sus discípulos, dicien-
do: ¿Quién dicen los hombres
que es el Hijo del hombre?
14 Y ellos respondiéron: Los
unos, que Juan el Bautista; los
otros, que Elías; y los otros, que
Jeremías, ó uno de los Profetas.
15 Y Jesus les dice: ¿Y vo-
sotros quién decis que soy yo?
16 Respondió Simon Pedro, y
dixo: Tú eres el Cristo, el
Hijo del Dios el vivo.
17 Y respondiendo Jesus, le
dixo: Bienaventurado eres Si-
mon hijo de Juan; porque no te
lo reveló carne ni sangre, sino
mi Padre, que está en los cielos.
18 Y yo te digo, que tú eres

Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.

19 Y á tí daré las llaves del reyno de los cielos. Y todo lo que ligares sobre la tierra, ligado será en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, será tambien desatado en los cielos.

20 Entónces mandó á sus discípulos, que no dixesen á ninguno, que él era Jesus el Cristo.

21 Desde entónces comenzó Jesus á declarar á sus discípulos, que convenia ir él á Jerusalém, y padecer muchas cosas de los ancianos, y de los Escribas, y de los Príncipes de los Sacerdotes, y ser muerto, y resucitar al tercero dia.

22 Y tomándole Pedro aparte, comenzó á increparle, diciendo: Léxos esto de tí, Señor; *no será esto contigo.*

23 Y vuelto ácia Pedro, le dixo: Quítateme delante, Satanás; estorbo me eres; porque no entiendes las cosas que son de Dios, sino las de los hombres.

24 Entónces dixo Jesus á sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de *mí, niéguese* á sí mismo, *y tome* su cruz, y *sígame.*

25 Porque el que su alma quisiere salvar, la perderá; mas el que perdiere su alma por mí, la hallará.

26 ¿Porque qué aprovecha al hombre si ganáre todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué cambio dará el hombre por su alma?

27 Porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre con sus Angeles; y entónces dará á cada uno segun sus obras.

28 En verdad os digo, que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte, hasta que vean al Hijo del hombre venir en su reyno.

CAPITULO XVII.

1 Y despues de seis dias toma Jesus consigo á Pedro, y á Santiago, y á Juan su hermano, y los lleva aparte á un monte alto:

2 Y se transfiguró delante de ellos; y resplandeció su rostro como el Sol; y sus vestiduras se paráron blancas como la nieve.

3 Y he aquí les apareciéron Moisés, y Elías hablando con él.

4 Y tomando Pedro la palabra, dixo á *Jesus:* Señor, bueno es, que nos estemos aquí: si quieres hagamos aquí tres tiendas, una para tí, otra para Moisés, y otra para Elías.

5 El estaba aun hablando, quando vino una nube luminosa que los cubrió. Y he aquí una voz de la nube diciendo: Este es mi Hijo el amado, en quien *yo mucho me he complacido: á él escuchad.*

6 Y quando lo oyeron los discípulos, cayéron sobre sus rostros, y tuviéron grande miedo.

7 Mas Jesus se acercó, y los tocó, y les dixo: Levantaos, y no temais.

8 Y alzando ellos sus ojos, á nadie viéron, sino solo á Jesus.

9 Y al baxar ellos del monte, les mandó Jesus, diciendo: No digais á nadie la vision, hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.

10 Y sus discípulos le pregun-

táron, y dixéron: ¿Pues porqué
dicen los Escribas, que Elías
debe venir primero?
11 Y él les respondió, y dixo:
Elías en verdad ha de venir, y
restablecerá todas las cosas:
12 Mas os digo, que ya vino
Elías, y no le conociéron, ántes
hiciéron con él quanto quisiéron.
Así tambien harán ellos padecer
al Hijo del hombre.
13 Entónces entendiéron los
discípulos, que de Juan el Bau-
tista les habia hablado.
14 Y quando llegó á donde
estaba la gente, vino á él un
hombre, é hincadas las rodillas
delante de él, le dixo: Señor,
apiadate de mi hijo, que es luná-
tico, y padece mucho: pues mu-
chas veces cae en el fuego, y
muchas en el agua.
15 Y lo he presentado a tus
discípulos, y no le han podido
sanar.
16 Y respondiendo Jesus, di-
xo: ¿O generacion incrédula
y depravada? ¿hasta quándo es-
taré con vosotros? ¿hasta quán-
do os sufriré? Traédmele acá.
17 Y Jesus lo increpó, y salió
de él el demonio, y desde aquella
hora fué sano el mozo.
18 Entónces se llegáron á
Jesus los discípulos aparte, y le
dixéron: ¿Por qué nosotros no
le pudimos lanzar?
19 Jesus les dixo: Por vues-
tra poca fé. Porque en verdad
os digo, que si tuviereis fé, quan-
to un grano de mostaza, diréis á
este monte: Pásate de aquí allá,
y se pasará; y nada os será im-
posible.
20 Mas esta casta no se lanza
sino por oracion y ayuno.
21 Y estando ellos en la Gali-
léa, les dixo Jesus: El Hijo del
hombre ha de ser entregado en
manos de los hombres;
22 Y lo matarán, y resucitará
al tercero dia. Y ellos se en-
tristeciéron en extremo.
23 Y como llegáron á Cafar-
naum, viniéron á Pedro los que
cobraban los didrachmas, y le
dixéron: ¿Vuestro Maestro no
paga los didrachmas?
24 Dixo: Sí. Y entrando en
la casa, Jesus le habló primero
diciendo: ¿Qué te parece, Si-
mon? ¿Los Reyes de la tierra
de quién cobran el tributo ó el
censo? ¿De sus hijos, ó de los
extraños?
25 De los extraños, respon-
dió Pedro. Jesus le dixo: Lue-
go los hijos son francos.
26 Mas porque no los escan-
dalicemos, ve á la mar, y echa
el anzuelo: y el primer pez que
viniere, tómalo; y abriéndole la
boca, hallarás un estatero: tó-
malo, y se lo darás por mí, y
por tí.

CAPITULO XVIII.

1 EN aquella hora se lle-
gáron los discípulos á
Jesus, diciendo: ¿Quién piensas
que es mayor en el reyno de los
cielos?
2 Y llamando Jesus á un ni-
ño, lo puso en medio de ellos,
3 Y dixo: En verdad os digo,
que sino os volviereis, é hiciereis
como niños, no entraréis en el
reyno de los cielos.
4 Qualquiera pues que se
humillare como este niño, este
es el mayor en el reyno de los
cielos.
5 Y el que recibiere á un
niño tal en mi nombre, á mí
recibe.

6 Y el que escandalizare á uno de estos pequeñitos, que en mí creen, mejor le fuera que colgasen á su cuello una piedra de molino de asno, y le anegasen en el profundo de la mar.

7 ¡Ay del mundo por los escándalos! Porque necesario es que vengan escándalos; mas ay de aquel hombre, por quien viene el escándalo.

8 Por tanto si tu mano, ó tu pie te escandaliza, córtale, y échale de tí: porque mas te vale entrar en la vida manco ó coxo, que teniendo dos manos ó dos pies, ser echado en el fuego eterno.

9 Y si tu ojo te escandaliza, sácale, y échale de tí: porque mejor te es entrar en la vida con un solo ojo, que tener dos ojos, y ser echado en la gehenna del fuego.

10 *Mirad* que no tengais en poco á uno de estos pequeñitos: porque os digo, que sus Angeles en los cielos siempre ven la cara de mi padre, que está en los cielos.

11 Porque el Hijo del hombre vino á salvar lo que habia perecido.

12 ¿Qué os *parece?* Si tuviere alguno cien ovejas, y se descarriare una de ellas, ¿por ventura no dexa las noventa y nueve en los montes, y va á buscar aquella, que se extravió?

13 Y si aconteciere el hallarla, dígoos en verdad, que se goza mas con ella, que con las noventa y nueve, que no se extraviáron.

14 Así no es la voluntad de vuestro Padre, que está en los cielos, que perezca uno de estos pequeñitos.

15 Por tanto si tu hermano pecare contra tí, ve, y corrígele entre tí y él solo. Si te oyere, ganado habrás á tu hermano.

16 Y si no te oyere, toma aun contigo uno ó dos, para que por boca de dos ó de tres testigos conste toda palabra:

17 Y si no los oyere, dilo á la Iglesia: y si no oyere á la Iglesia, tenlo como un Gentil, y un Publicano.

18 En verdad os digo, que todo aquello que ligareis sobre la tierra, ligado será tambien en el Cielo; y todo lo que desatareis sobre la tierra, desatado será tambien en el Cielo.

19 Dígoos otrosí, que si dos de vosotros se convinieren sobre la tierra, de toda cosa que pidieren, les será hecho *por mi Padre, que está en los Cielos.*

20 Porque donde están dos ó tres congredados en mi nombre, allí estoy en medio de ellos.

21 Entónces Pedro llegándose á él, dixo: ¿Señor, quantas veces pecará mi hermano contra mí, y le perdonaré? ¿hasta siete veces?

22 Jesus le *dice:* No te digo hasta siete, sino hasta setenta veces siete veces.

23 Por esto el reyno de los Cielos es comparado á un hombre Rey, que quiso entrar en cuentas con sus siervos:

24 Y habiendo comenzado á tomar las cuentas, le fué presentado uno, que le debia diez mil talentos:

25 Y como no tuviese con que pagarlos, mandó su señor que fuese vendido él, y su muger, y sus hijos, y quanto tenia, y que se le pagase.

26 Entónces el siervo, arro-

jándose á sus pies, le rogaba, diciendo: Señor, espérame, que todo te lo pagaré.
27 Y compadecido el señor de aquel siervo, le dexó libre, y le perdonó la deuda.
28 Mas luego que salió aquel siervo, halló á uno de sus consiervos, que le debia cien denarios; y travando de él, le queria ahogar, diciendo: Paga lo que me debes.
29 Y arrojándose á sus pies su compañero, le rogaba, diciendo: Ten un poco de paciencia, y todo te lo pagaré.
30 Mas él no quiso; sino que fué, y le hizo poner en la cárcel, hasta que pagase lo que le debia.
31 Y viendo los otros siervos sus compañeros lo que pasaba, se entristeciéron mucho; y fuéron á contar á su señor todo lo que habia pasado.
32 Entónces le llamó su señor, y le dixo: Siervo malo, toda la deuda te perdoné, porque me lo rogaste:
33 ¿Pues no debias tú tambien tener compasion de tu compañero, así como yo la tuve de tí?
34 Y enojado su señor le hizo entregar á los atormentadores, hasta que pagase todo lo que debia.
35 Del mismo modo hará tambien con vosotros mi Padre celestial, si no perdonareis de vuestros corazones cada uno á su hermano.

CAPITULO XIX.

1 Y aconteció, que quando Jesus hubo acabado de decir estas palabras, se fué de la Galiléa, y pasó á los confines de la Judéa de la otra parte del Jordán;
2 Y le siguiéron muchas gentes, y los sanó allí.
3 Y se llegáron á él los Fariséos tentándole, y diciendo: ¿Es lícito á un hombre repudiar á su muger por qualquiera causa?
4 El respondió, y les dixo: ¿No habeis leido, que el que hizo al hombre desde el principio, macho y hembra los hizo? y dixo:
5 Por esto dexará el hombre padre, y madre, y se ayuntará á su muger, y serán dos en una carne.
6 Así que ya no son dos, sino una carne. Por tanto lo que Dios juntó, el hombre no lo separe.
7 Dícenle: ¿Pues por qué mandó Moisés dar carta de divorcio, y repudiarla?
8 Les dixo: Porque Moisés por la dureza de vuestros corazones os permitió repudiar á vuestras mugeres: mas al principio no fué así.
9 Y dígoos, que todo aquel que repudiare á su muger, sino por la fornicacion, y tomare otra, comete adulterio; y el que se casare con la que otro repudió, comete adulterio.
10 Sus discípulos le dixéron: Si así es la condicion del hombre con su muger, no conviene casarse.
11 El les dixo: No todos son capaces de esto, sino aquellos á quienes es dado.
12 Porque hay castrados, que así naciéron del vientre de su madre; y hay castrados, que lo fuéron por los hombres: y hay castrados, que á sí mismos se castráron por amor del reyno de los Cielos. El que puede ser capaz, séalo.

13 Entónces le presentáron unos niños, para que pusiese las manos sobre ellos, y orase: mas los discípulos los reñian.

14 Y Jesus les dixo: Dexad á los niños, y no los estorbeis de venir á mí; porque de los tales es el reyno de los cielos.

15 Y quando les hubo impuesto las manos, se fué de allí.

16 Y vino uno, y le dixo: Maestro bueno, ¿qué bien haré para conseguir la vida eterna?

17 El le dixo: ¿Por qué me preguntas de bien? Solo uno es bueno, que es Dios. Mas si quieres entrar en la vida, guarda los Mandamientos.

18 El le dixo: ¿Quales? Y Jesus le dixo: No matarás; No adulterarás; No hurtarás; No dirás falso testimonio;

19 Honra á tu padre, y á tu madre; y amarás á tu próximo como á tí *mismo.*

20 El mancebo le dice: Yo he guardado todo eso desde mi juventud: ¿qué me falta aun?

21 Jesus le dixo: Si quieres ser perfecto, ve, vende quanto tienes, y dalo á los pobres, y tendrás un tesoro en el Cielo; y ven, sígueme:

22 Y quando oyó el mancebo estas palabras, se fué *triste*; porque tenia muchas posesiones.

23 Y dixo Jesus á sus discípulos: En verdad os digo, que con dificultad entrará un rico en el reyno de los cielos.

24 Y además os digo: Que mas fácil cosa es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reyno de los cielos.

25 Los discípulos, quando oyéron estas palabras, se maravilláron mucho, y dixéron: ¿Pues quien podrá salvarse?

26 Y mirándolos Jesus, les dixo: Esto es imposible para los hombres; mas para Dios todo es posible.

27 Entónces tomando Pedro la palabra, le dixo: He aquí, que nosotros todo lo hemos dexado, y te hemos seguido: ¿qué es pues, lo que tendremos?

28 Y Jesus les dixo: En verdad os digo, que vosotros que me habeis seguido, quando en la regeneracion se sentará el Hijo del hombre en el trono de su magestad, os sentaréis tambien vosotros sobre doce sillas, para juzgar á las doce tribus de Israél.

29 Y qualquiera que dexare casa, ó hermanos, ó hermanas, ó padre, ó madre, ó muger, ó *hijos*, ó *tierras*, por mi nombre, recibirá ciento por uno, y poseerá la vida eterna.

30 Mas muchos primeros serán postreros; y postreros primeros.

CAPITULO XX.

1 SEMEJANTE es el reyno de los Cielos á un hombre Padre de familias, que salió muy de mañana á ajustar trabajadores para su viña.

2 Y habiendo concertado con los trabajadores darles un denario por dia, los envió á su viña.

3 Y saliendo cerca de la hora de tercia, vió otros en la plaza, que estaban ociosos.

4 Y les dixo: Id tambien vosotros á mi viña, y os daré lo que fuere justo.

5 Y ellos fuéron. Volvió á salir cerca de la hora de sexta y de nona, é hizo lo mismo.

6 Y salió cerca de la hora de
vísperas, y halló otros, que se
estaban allí, y les dixo: ¿Qué
haceis aquí todo el dia ociosos?
7 Y ellos le respondiéron:
Porque ninguno nos ha llamado
á jornal. Díceles: Id tambien
vosotros á mi viña.
8 Y al venir la noche, dixo el
dueño de la viña á su mayordo-
mo: Llama los trabajadores, y
págales su jornal, comenzando
desde los postreros hasta los pri-
meros.
9 Quando viniéron los que
habian ido cerca de la hora de
vísperas, recibió cada uno su
denario.
10 Y quando llegáron los pri-
meros, creyéron, que les darian
mas; pero no recibió sino un
denario cada uno.
11 Y tomándole murmuraban
contra el Padre de familias,
12 Diciendo: Estos postreros
sola una hora han trabajado, y
los has hecho iguales á nosotros
que hemos llevado el peso del
dia y del calor.
13 Mas él respondió á uno de
ellos, y le dixo: Amigo, no te
hago agravio: ¿no te concertaste
conmigo por un denario?
14 Toma lo que es tuyo, y
vete: pues yo quiero dar á este
postrero tanto como á tí.
15 ¿No me es lícito hacer lo
que quiero? ¿Acaso tu ojo es
malo, porque yo soy bueno?
16 Así serán los postreros,
primeros; y los primeros, postre-
ros: porque muchos son los lla-
mados, mas pocos los escogidos.
17 Y subiendo Jesus á Jeru-
salém, tomó aparte á los doce
discípulos, y les dixo:
18 Ved que subimos á Jeru-
salém, y el Hijo del hombre será
entregado á los Príncipes de los
Sacerdotes, y á los Escribas, y
le condenarán á muerte,
19 Y le entregarán á los Gen-
tiles para que le escarnezcan, y
azoten, y crucifiquen; mas al
tercero dia resucitará.
20 Entónces se acercó á él
la madre de los hijos del Zebe-
déo con sus hijos, adorándole, y
pidiéndole alguna cosa.
21 El le dixo: ¿Qué quieres?
Ella le dixo: Di que estos mis
dos hijos se sienten en tu reyno,
el uno á tu derecha, y el otro á
tu izquierda.
22 Y respondiendo Jesus, di-
xo: No sabeis lo que pedis. ¿Po-
deis beber el cáliz, que yo he de
beber? Dícenle: Podemos.
23 Díxoles: En verdad be-
beréis mi cáliz: mas el estar
sentados á mi derecha ó á mi
izquierda, no me pertenece á mí
darlo á vosotros, sino á los que
está preparado por mi Padre.
24 Y quando los diez oyéron
esto, se indignáron contra los
dos hermanos.
25 Mas Jesus los llamó á sí,
y dixo: Sabeis que los Príncipes
de las gentes avasallan á sus
pueblos, y que los que son mayo-
res exercen potestad sobre ellos.
26 No será así entre vosotros;
mas entre vosotros todo el que
quiera ser mayor, sea vuestro
criado;
27 Y el que entre vosotros
quiera ser primero, sea vuestro
siervo.
28 Así como el Hijo del hom-
bre no vino para ser servido, sino
para servir, y para dar su vida en
redencion por muchos.
29 Y saliendo ellos de Jeri-
chô, le siguió mucha gente;
30 Y he aquí dos ciegos sen-

tados junto al camino oyéron
que Jesus pasaba, y comenzáron
á gritar diciendo: Señor, Hijo
de David, ten misericordia de
nosotros.
31 Y la gente los reñia para
que callasen. Pero ellos alza-
ban mas el grito, diciendo: Se-
ñor, hijo de David, ten miseri-
cordia de nosotros.
32 Y Jesus se paró, y los lla-
mó, y dixo: ¿Qué quereis que
os haga?
33 Señor, le respondiéron:
que sean abiertos nuestros ojos.
34 Y Jesus compadecido de
ellos, les tocó los ojos. Y vié-
ron en el mismo instante, y le
siguiéron.

CAPITULO XXI.

1 Y quando se acercáron
á Jerusalém, *y llegá-
ron á Bethfage al monte del Oli-
var,* envió entónces Jesus á dos
discípulos,
2 Diciéndoles: Id á esa aldea
que está enfrente de vosotros, y
luego hallaréis una asna atada,
y un pollino con ella: desatadla,
y traédmelos:
3 Y si alguno os dixere algu-
na cosa, respondedle que el Se-
ñor *los* ha menester: y luego los
dexará.
4 Y esto todo fué hecho, para
que se cumpliese lo que habia
dicho el Profeta, que dice:
5 Decid á la hija de Sión: He
aquí tu Rey viene manso para
tí, sentado sobre una asna, y un
pollino hijo de la que está baxo
de yugo.
6 Y fuéron los discípulos, é
hiciéron como les habia man-
dado Jesus.
7 Y traxéron la asna, y el
pollino; y pusiéron sobre ellos
sus vestidos, y le hiciéron sentar
encima.
8 Y una grande multitud de
pueblo tendió tambien sus ropas
por el camino; y otros cortaban
ramos de los árboles, y los ten-
dian por el camino;
9 Y las gentes que iban de-
lante, y las que iban detras, gri-
taban, diciendo: Hosanna al
Hijo de David; bendito, el que
viene en el nombre del Señor·
Hosanna en las alturas.
10 Y quando entró en Jerusa-
lém, se conmovió toda la ciudad,
diciendo: ¿Quien es este?
11 Y los pueblos decian: Este
es Jesus el Profeta de Nazaréth
de Galiléa.
12 Y entró Jesus en el templo
de Dios, y echaba fuera todos
los que vendian y compraban en
el templo; y trastornó las mesas
de los banqueros, y las sillas de
los que vendian palomas;
13 Y les dice: Escrito está:
Mi casa, casa de oracion será
llamada; mas vosotros la habeis
hecho cueva de ladrones.
14 Y viniéron á él ciegos, y
cojos en el templo, y los sanó.
15 Y quando los Príncipes de
los Sacerdotes, y los Escribas
viéron las maravillas que habia
hecho, y los muchachos en el
templo gritando, y diciendo:
Hosanna al Hijo de David, se
indignáron,
16 Y le dixéron: ¿Oyes lo
que dicen estos? Y Jesus les
dixo: Sí. ¿Nunca leísteis, que
de la boca de los niños, y de
los que maman, sacaste perfecta
alabanza?
17 Y dexándolos, se fué fuera
de la ciudad á Betania; y se
estuvo allí.

18 Y por la mañana, quando
volvia á la ciudad, tuvo hambre.
19 Y viendo un árbol de higuera junto al camino, se acercó á ella: y no hallando en ella sino hojas solamente, le dixo: Nunca jamas nazca fruto de tí. Y se secó al punto la higuera.
20 Y viéndolo los discípulos, se maravilláron, y decian: ¿Como se secó al instante?
21 Y respondiendo Jesus, les dixo: En verdad os digo, que si tuviéreis fe, y no dudáreis, no tan solamente haréis esto de la higuera, mas aun si dixéreis á este monte: Quítate, y échate en la mar, será hecho.
22 Y todas las cosas que pidiéreis en la oracion, creyendo, las tendréis.
23 Y habiendo ido al templo, los Príncipes de los Sacerdotes y los ancianos del pueblo se llegáron á él á sazon que estaba enseñando, y le dixéron: ¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿Y quien te dió esta potestad?
24 Respondiendo Jesus les dixo: Quiero yo tambien preguntaros una palabra: y si me la dixéreis, yo tambien os diré, con qué potestad hago estas cosas.
25 ¿El bautismo de Juan de donde era? ¿del Cielo, ó de los hombres? Y ellos pensaban entre sí, diciendo:
26 Si dixéremos, del Cielo, nos dirá: ¿Pues por qué no le creísteis? Y si dixéremos, de los hombres, tememos las gentes: porque todos miraban á Juan como un Profeta.
27 Y respondiéron á Jesus, diciendo: No sabemos. Y les dixo él mismo: Pues ni yo os digo, con que potestad hago estas cosas.
28 ¿Mas que os parece? Un hombre tenia dos hijos, y llegando al primero, le dixo: Hijo, ve hoy, y trabaja en mi viña.
29 Y respondiendo él, le dixo: No quiero. Mas despues se arrepintió, y fué.
30 Y llegando al otro, le dixo del mismo modo: y respondiendo él, dixo: Voy, señor; mas no fué.
31 ¿Quál de los dos hizo la voluntad del padre? Dicen ellos: El primero. Jesus les dice: En verdad os digo, que los Publicanos, y las rameras os irán delante al reyno de Dios.
32 Porque vino Juan á vosotros en camino de justicia, y no le creisteis. Y los Publicanos y las rameras le creyéron: y vosotros, viéndole, ni aun hicísteis penitencia despues, para creerle.
33 Escuchad otra parábola: Habia un Padre de familias, que plantó una viña, y la cercó de vallado, y cavando hizo en ella un lagar, y edificó una torre, y la dió á renta á unos labradores, y se partió léjos.
34 Y quando se acercó el tiempo de los frutos, envió sus siervos á los labradores, para que percibiesen los frutos de ella.
35 Mas los labradores, echando mano de los siervos, hiriéron al uno, matáron al otro, y al otro le apedreáron.
36 De nuevo envió otros siervos en mayor número que los primeros; y los tratáron del mismo modo.
37 Por último les envió su hijo, diciendo: Tendrán respeto á mi hijo.
38 Mas los labradores, quando viéron al hijo, dixéron entre sí: Este es el heredero, venid.

matémosle, y tendremos su herencia.
39 Y travando de él, le echáron fuera de la viña, y le matáron.
40 Pues quando viniere el Señor de la viña, ¿qué hará á aquellos labradores?
41 Ellos dixéron: A los malos destruirá malamente; y arrendará su viña á otros labradores, que le paguen el fruto á sus tiempos.
42 Jesus les dice: ¿Nunca leísteis en las Escrituras: La piedra, que desecháron los que edificaban, esta fué puesta por cabeza de esquina? Por el Señor fué esto hecho, y es cosa maravillosa en nuestros ojos:
43 Por tanto os digo, que quitado os será el reyno de Dios, y será dado á un pueblo que haga los frutos de él.
44 Y *el que* cayere sobre esta piedra, será quebrantado; y sobre quien ella cayere, lo desmenuzará.
45 Y quando los Príncipes de los Sacerdotes y los Fariséos oyéron sus parábolas, entendiéron que de ellos hablaba.
46 Y queriéndole echar mano, temiéron al pueblo; porque le miraban como un Profeta.

CAPITULO XXII.

1 Y respondiendo Jesus, les volvió á hablar otra vez en parábolas, diciendo:
2 Semejante es el reyno de los cielos á cierto Rey, que hizo bodas á su hijo;
3 Y envió sus siervos á llamar á los convidados á las bodas; mas no quisiéron ir.
4 Envió de nuevo otros siervos, diciendo: Decid á los convidados: He aquí he preparado mi banquete, mis toros, y los animales cebados están ya muertos, todo está pronto: venid á las bodas.
5 Mas ellos lo despreciáron, y se fuéron, el uno á su granja, y el otro á su tráfico:
6 Y los otros echáron mano de los siervos; y despues de haberlos ultrajado, los matáron.
7 Y el Rey, quando lo oyó, se irritó, y enviando sus exércitos, acabó con aquellos homicidas, y puso fuego á su ciudad.
8 Entónces dixo á sus siervos: Las bodas ciertamente están aparejadas, mas los que habian sido convidados, no fuéron dignos.
9 Pues id á las salidas de los caminos, y á quantos halláreis, llamadlos á *las* bodas.
10 Y habiendo salido sus siervos á los caminos, congregáron quantos halláron, malos y buenos; y se llenáron las bodas de convidados.
11 Y entró el Rey para ver á los que estaban á la mesa, y vió allí un hombre que no estaba vestido con vestidura de boda.
12 Y le dixo: Amigo, ¿como has entrado aquí no teniendo vestido de boda? Mas él enmudeció.
13 Entónces el Rey dixo á sus Ministros: Atado de pies y de manos, arrojadle en las tinieblas exteriores: allí será el llorar y el crugir de dientes.
14 Porque muchos son los llamados, y pocos los escogidos.
15 Entónces los Fariséos se fuéron, y consultáron entre sí, cómo le sosprenderian en lo que hablase.

16 Y lo envian sus discípulos juntamente con los Herodianos, diciendo: Maestro, sabemos que eres veraz, y que enseñas el camino de Dios en verdad, y que no te cuidas de cosa alguna: porque no miras á la persona de los hombres:
17 Dinos pues, ¿qué te parece, es lícito dar tributo al César, ó no?
18 Mas Jesus, conociendo la malicia de ellos, dixo: ¿Por qué me tentais, hipócritas?
19 Mostradme la moneda del tributo. Y ellos le presentáron un denario.
20 Y Jesus les dixo: ¿Cuya es esta figura, é inscripcion?
21 Dícenle: del César. Entónces les dixo: Pues pagad á César, lo que es del César: y á Dios, lo que es de Dios.
22 Y quando esto oyéron, se maravilláron, y dexándole, se retiráron.
23 En aquel dia se llegáron á él los Sadducéos, que dicen no haber resurreccion: y le preguntáron,
24 Diciendo: Maestro, Moisés dixo: Si muriere alguno que no tenga hijo, su hermano se case con su muger, y levante linage á su hermano.
25 Pues habia entre nosotros siete hermanos: y habiéndose casado el primero, murió: y por no haber tenido sucesion, dexó su muger á su hermano.
26 Y lo mismo el segundo, y el tercero hasta el séptimo.
27 Y despues de todos murió tambien la muger.
28 ¿Pues en la resurreccion, de quál de los siete será muger? porque todos la tuviéron.
29 Y respondiendo Jesus, les dixo: Errais, no sabiendo las Escrituras, ni el poder de Dios.
30 Porque en la resurreccion, ni se casarán ni serán dados en casamiento: sino que serán como Angeles de Dios en el Cielo.
31 Y de la resurreccion de los muertos, ¿no habeis leido las palabras, que Dios os dice:
32 Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob? No es Dios de muertos, sino de vivos.
33 Y oyendo esto las gentes, se maravillaban de su doctrina.
34 Mas los Fariséos, quando oyéron que habia hecho callar á los Sadducéos, se juntáron á consejo:
35 Y le preguntó uno de ellos, que era Doctor de la Ley, tentándole:
36 Maestro, ¿quál es el grande mandamiento en la Ley?
37 Jesus le dixo: Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazon, y de toda tu alma, y de todo tu entendimiento.
38 Este es el mayor, y el primer mandamiento.
39 Y el segundo semejante es á este: Amarás á tu próximo, como á tí mismo.
40 De estos dos madamientos depende toda la Ley, y los Profetas.
41 Y estando juntos los Fariséos, les preguntó Jesus,
42 Diciendo: ¿Qué os parece del Cristo? ¿de quién es hijo? Dícenle: de David.
43 Díceles: ¿Pues como David en espíritu le llama Señor, diciendo:
44 Dixo el Señor á mi Señor: siéntate á mi derecha, hasta que ponga tus enemigos por peana de tus pies?

45 Pues si David le llama
Señor, ¿cómo es su hijo?
46 Y nadie le podia responder
palabra: ni alguno desde aquel
dia fué osado mas á preguntarle.

CAPITULO XXIII.

1 ENTONCES Jesus ha-
bló á la multitud, y á
sus discípulos,
2 Diciendo: Sobre la Cáte-
dra de Moisés se sentáron los
Escribas y los Fariséos.
3 Guardad pues, y haced todo
lo que os dixeren; mas no hagais
segun las obras de ellos; porque
dicen, y no hacen.
4 Pues atan cargas pesadas,
é insoportables, y las ponen so-
bre los hombros de los hombres:
mas ni aun con su dedo las quie-
ren mover.
5 Y hacen todas sus obras por
ser vistos de los hombres. Y
así ensanchan sus filacterias, y
extienden sus franjas.
6 Y aman los primeros lugares
en las cenas, y las primeras sillas
en las Sinagogas,
7 Y ser saludados en la plaza,
y que los hombres los llamen
Rabbí.
8 Mas vosotros no querais ser
llamados Rabbí; porque uno solo
es vuestro Maestro, y vosotros
todos sois hermanos.
9 Y á nadie llameis padre
vuestro sobre la tierra; porque
uno es vuestro Padre, que está
en los Cielos.
10 Ni os llameis Maestros;
porque uno es vuestro Maestro,
el Cristo.
11 El que es mayor entre vo-
sotros, será vuestro siervo.
12 Porque el que se ensalzare,
será humillado; y el que se hu-
millare, será ensalzado.
13 ¡Mas ay de vosotros, Es-
cribas y Fariséos hipócritas, que
cerrais el reyno de los Cielos
delante de los hombres. Pues
ni vosotros entrais, ni á los que
entrarian, dexais entrar!
14 ¡Ay de vosotros, Escribas
y Fariséos hipócritas, que devo-
rais las casas de las viudas, ha-
ciendo largas oraciones; por esto
llevaréis un juicio mas riguroso!
15 ¡Ay de vosotros, Escribas
y Fariséos hipócritas, porque
rodeais la mar y la tierra, por
hacer un prosélito; y despues
de haberle hecho, le haceis dos
veces mas digno del infierno que
vosotros!
16 ¡Ay de vosotros, guias cie-
gos, que decis: Todo el que
jurare por el templo, nada es;
mas el que jurare por el oro del
templo, deudor es!
17 ¡Necios y ciegos! ¿Qué
es mayor, el oro, ó el templo
que santifica al oro?
18 Y todo el que jurare por
el altar, nada es: mas qual-
quiera, que jurare por la ofren-
da, que está sobre él, deudor es.
19 ¡Ciegos! ¿Quál es mayor,
la ofrenda, ó el altar que santi-
fica la ofrenda?
20 Aquel pues que jura por
el altar, jura por él, y por todo
quanto sobre él está.
21 Y todo el que jura por el
templo, jura por él, y por el que
mora en él:
22 Y el que jura por el Cielo,
jura por el trono de Dios, y
por aquel que está sentado sobre
él.
23 ¡Ay de vosotros, Escribas
y Fariséos hipócritas, que diez-
mais la yerba buena, y el eneldo,
y el comino, y habeis dexado las
cosas, que son mas importantes

de la Ley, la *justicia*, y la mi-
sericordia, y la fé! Esto era
menester hacer, y no dexar lo
otro.
24 Guias ciegos, que colais
el mosquito, y os tragais el ca-
mello.
25 ¡Ay de vosotros, Escribas
y Fariséos hipócritas, que lim-
piais lo defuera del vaso y del
plato; y por dentro estais llenos
de rapiña, y de inmundicia!
26 Fariséo ciego, limpia pri-
mero lo interior del vaso, y del
plato, para que sea limpio, lo
que esta fuera.
27 ¡Ay de vosotros, Escribas
y Fariséos hipócritas, que sois
semejantes á los sepulcros blan-
queados, que parecen defuera
hermosos á los hombres, y den-
tro están llenos de huesos de
muertos, y de toda suciedad!
28 Así tambien vosotros, de
fuera os mostrais en verdad jus-
tos á los hombres: mas de dentro
estais llenos de hipocresía, y de
iniquidad.
29 ¡Ay de vosotros, Escribas
y Fariséos hipócritas, que edifi-
cais los sepulchros de los Profe-
tas, y adornais los monumentos
de los justos!
30 Y decis: Si hubiéramos
vivido en los dias de nuestros
padres, no hubiéramos sido sus
compañeros en la sangre de los
Profetas.
31 Y así dais testimonio á
vosotros mismos, de que sois hi-
jos de aquellos, que matáron á
los Profetas.
32 Y llenad vosotros la medi-
da de vuestros padres.
33 Serpientes, raza de víbo-
ras, ¿cómo huiréis del juicio de
la Gehenna?
34 Por esto he aquí yo envio
á vosotros Profetas, y sabios, y
Doctores, y de ellos mataréis, y
crucificaréis, y de ellos azotaréis
en vuestras Sinagogas, y los
perseguiréis de ciudad en ciu-
dad:
35 Para que venga sobre vo-
sotros toda la sangre inocente,
que se ha vertido sobre la tierra,
desde la sangre de Abel el justo
hasta la sangre de Zacarías,
hijo de Baraquías, al qual ma-
tasteis entre el templo y el altar.
36 En verdad os digo, que to-
das estas cosas vendrán sobre
esta generacion.
37 Jerusalém, Jerusalém, que
matas los Profetas, y apedreas á
aquellos que á tí son enviados,
¿quantas veces quise allegar tus
hijos, como la gallina allega sus
pollos debaxo de las alas, y no
quisiste?
38 He aquí, que os quedará
desierta vuestra casa.
39 Porque os digo, que desde
ahora no me vereis, hasta que
digais: Bendito el que viene en
el nombre del Señor.

CAPITULO XXIV.

1 Y habiendo salido Jesus
del templo, se reti-
raba. Y se llegáron á él sus
discípulos, para mostrarle los
edificios del templo.
2 Mas él les respondió, dicien-
do: ¿Veis todo esto? En verdad
os digo, que no quedará aquí
piedra sobre piedra, que no sea
derribada.
3 Y estando sentado él en el
monte del Olivar, se llegáron á
él sus discípulos en secreto, y le
dixéron: Dinos, ¿quándo serán
estas cosas? ¿y qué señal habrá
de tu venida, y de la consuma-
cion del siglo?

4 Y respondiendo Jesus, les
dixo: Guardaos que no os en-
gañe alguno;
5 Porque vendrán muchos en
mi nombre, y dirán: Yo soy el
Cristo; y á muchos engañarán.
6 Y tambien oiréis guerras, y
rumores de guerras: mirad que
no os turbeis. Porque conviene
que esto suceda, mas aun no es
el fin.
7 Porque se levantará gente
contra gente, y reyno contra
reyno; y habrá pestilencias, y
hambres, y terremotos por los
lugares.
8 Y todas estas cosas princi-
pios son de dolores.
9 Entónces os entregarán á
tribulacion, y os matarán; y se-
réis aborrecidos de todas las
gentes por causa de mi nombre.
10 Y muchos entónces serán
escandalizados, y se entregarán
unos á *otros*, y se aborrecerán
entre sí.
11 Y se levantarán muchos
falsos Profetas, y engañarán á
muchos.
12 Y porque se multiplicará
la iniquidad, se resfriará la cari-
dad de muchos.
13 Mas el que perseverare
hasta el fin, este será salvo.
14 Y será predicado este
Evangelio del reyno por todo el
mundo, en testimonio á todas las
gentes: y entónces vendrá el fin.
15 Por tanto, quando viereis
que la abominacion de la desola-
cion, que fué dicha por el Pro-
feta Daniél, está en el lugar
santo, el que lee entienda:
16 Entónces los que estén en
la Judéa, huyan á los montes;
17 Y el que en el tejado, no
descienda á tomar alguna cosa
de su casa;
18 Y el que en el campo, no
vuelva á tomar su túnica.
19 ¡Mas ay de las preñadas,
y de las que crian en aquellos
dias!
20 Rogad pues, que vuestra
huida no suceda en invierno, ó
en sábado:
21 Porque habrá entónces
grande tribulacion, qual no fué
desde el principio del mundo
hasta ahora, ni será.
22 Y si no fuesen abreviados
aquellos dias, ninguna carne
seria salva; mas por los esco-
gidos aquellos dias serán abre-
viados.
23 Entónces si alguno os di-
xere: Mirad, el Cristo está
aquí ó allí, no lo creais.
24 Porque se levantarán fal-
sos Cristos, y falsos Profetas;
y darán grandes señales, y pro-
digios, de *modo* que, si puede
ser, caygan en error aun los es-
cogidos.
25 Ved que os lo he dicho de
antemano.
26 Por lo qual si os dixeren:
He aquí que está en el desierto.
no salgais: mirad que está en
lo mas retirado de la casa, no lo
creais.
27 Porque como el relámpago
sale del Oriente, y se dexa ver
hasta el Occidente, así será
tambien la venida del Hijo del
hombre.
28 Donde quiera que estu-
viere el cuerpo, allí se juntarán
tambien las águilas.
29 Y luego despues de la tri-
bulacion de aquellos dias, el Sol
se obscurecerá, y la Luna no
dará su lumbre, y las estrellas
caerán del cielo, y las virtudes
del cielo serán conmovidas:
30 Y entónces parecerá la

señal del Hijo del hombre en el Cielo; y entónces plañirán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del hombre que vendrá en las nubes del cielo con grande poder y magestad;

31 Y enviará sus Angeles con trompetas, y con grande voz; y allegarán sus escogidos de los quatro vientos, desde lo sumo de los Cielos hasta los términos de ellos.

32 Aprended de la higuera una comparacion: quando sus ramos están ya tiernos, y las hojas han brotado, sabeis que está cerca el Estío:

33 Pues del mismo modo, quando vosotros viereis todo esto, sabed que está cerca á las puertas.

34 En verdad os digo, que no pasará esta generacion, que no sucedan todas estas cosas.

35 El Cielo y la tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán.

36 Mas de aquel dia, ni de aquella hora, nadie sabe, ni los Angeles de los Cielos, sino solo el Padre.

37 Y así como en los dias de Noé, así será tambien la venida del Hijo del hombre.

38 Porque así como en los dias ántes del diluvio se estaban comiendo y bebiendo, casándose y dándose en casamiento, hasta el dia en que entró Noé en el arca,

39 Y no lo entendiéron hasta que vino el diluvio, y los llevó á todos; así será tambien la venida del Hijo del hombre.

40 Entónces estarán dos en el campo; el uno será tomado, y el otro será dexado.

41 Dos mugeres molerán en un molino; la una será tomada, y la otra será dexada.

42 Velad pues, porque no sabeis á qué hora ha de venir vuestro Señor.

43 Mas sabed, que si el Padre de familias supiese á qué hora habia de venir el ladron, velaría sin duda, y no dexaria minar su casa.

44 Por tanto estad apercibidos tambien vosotros; porque á la hora que ménos pensais, ha de venir el Hijo del hombre.

45 ¿Quién, creeis, que es el siervo fiel, y prudente, á quien su señor puso sobre su familia, para que les dé de comer á tiempo?

46 Bienaventurado aquel siervo, á quien hallare su señor así haciendo, quando viniere.

47 En verdad os digo, que le pondrá sobre todos sus bienes.

48 Mas si dixere aquel siervo malo en su corazon: Se tarda mi señor en venir;

49 Y comenzare á maltratar á sus compañeros, y á comer, y beber con los que se embriagan;

50 Vendrá el Señor de aquel siervo el dia que no espera, y á la hora que no sabe;

51 Y lo separará, y pondrá su parte con los hipócritas. Allí será el llorar, y el cruxir de dientes.

CAPITULO XXV.

1 ENTONCES será semejante el reyno de los cielos á diez vírgenes, que tomando sus lámparas, saliéron á recibir al Esposo y á la Esposa.

2 Mas las cinco de ellas eran fátuas, y las cinco prudentes:

3 Y las cinco fátuas, habien-

do tomado sus lámparas, no llevároن consigo aceyte.
4 Mas las prudentes tomáron aceyte en sus vasijas juntamente con las lámparas.
5 Y tardándose el Esposo, comenzáron á cabecear, y se durmiéron todas.
6 Quando á la media noche se oyó gritar: Mirad que viene el Esposo, salid á recibirle.
7 Entónces se levantáron todas aquellas vírgenes, y aderezáron sus lámparas.
8 Y dixéron las fátuas á las prudentes: Dadnos de vuestro aceyte, porque nuestras lámparas se apagan.
9 Respondiéron las prudentes, diciendo: Porque tal vez no alcanze para nosotras y para vosotras, id ántes á los que lo venden, y comprad para vosotras.
10 Y miéntras que ellas fuéron á comprarlo, vino el Esposo; y las que estaban apercibidas, entráron con él á las bodas, y fué cerrada la puerta.
11 Al fin viniéron tambien las otras vírgenes diciendo: Señor, Señor, ábrenos.
12 Mas él respondió, y dixo: En verdad os digo, que no os conozco.
13 Velad, pues, porque no sabeis el dia, ni la hora.
14 Porque así es, como un hombre, que al partirse léjos, llamó á sus siervos, y les entregó sus bienes;
15 Y dió al uno cinco talentos, y al otro dos, y al otro dió uno, á cada uno segun su capacidad; y se partió luego.
16 El que habia recibido los cinco talentos, se fué á negociar con ellos, y ganó otros cinco;
17 Asimismo el que habia recibido dos, ganó otros dos;
18 Mas el que habia recibido uno, fué y cavó en la tierra, y escondió allí el dinero de su señor.
19 Despues de largo tiempo vino el señor de aquellos siervos, y los llamó á cuentas.
20 Y llegando el que habia recibido los cinco talentos, presentó otros cinco talentos, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí otros cinco he ganado demas.
21 Su Señor le dixo Muy bien, siervo bueno y fiel: porque fuiste fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho, entra en el gozo de tu Señor.
22 Y se llegó tambien el que habia recibido los dos talentos, y dixo: Señor, dos talentos me entregaste, aquí tienes otros dos que he ganado.
23 Su Señor le dixo: Bien está, siervo bueno y fiel; porque fuiste fiel sobre lo poco, te pondré sobre lo mucho, entra en el gozo de tu Señor.
24 Y llegando tambien el que habia recibido un talento, dixo: Señor, sé que eres un hombre de récia condicion, siegas en donde no sembraste, y allegas en donde no esparciste:
25 Y temiendo, me fuí, y escondí tu talento en tierra: he aquí tienes lo que es tuyo.
26 Y respondiendo su señor, le dixo: Siervo malo y perezoso, sabias que siego en donde no siembro, y que allego en donde no he esparcido:
27 Pues debiste haber dado mi dinero á los banqueros, y viniendo yo hubiera recibido ciertamente con usura, lo que era mio.

28 Quitadle pues el talento, y dádselo al que tiene diez talentos.
29 Porque será dado á todo el que tuviere, y tendrá mas; mas al que no tuviere, le será quitado aun lo que parece que tiene.
30 Y al siervo inútil echadlo en las tinieblas exteriores: allí será el llorar, y el crugir de dientes.
31 Y quando viniere el Hijo del hombre en su magestad, y todos los Angeles con él, se sentará entónces sobre el trono de su Magestad:
32 Y serán todas las gentes ayuntadas ante él, y apartará los unos de los otros, como el pastor aparta las ovejas de los cabritos:
33 Y pondrá las ovejas á su derecha, y los cabritos á la izquierda.
34 Entónces dirá el Rey á los que estarán á su derecha: Venid benditos de mi Padre, poseed el reyno que os está preparado desde el establecimiento del mundo:
35 Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era huésped, y me hospedásteis;
36 Desnudo, y me cubrísteis; enfermo, y me visitásteis; estaba en la cárcel, y me venísteis á ver.
37 Entónces le responderán los justos, y dirán: Señor, ¿quando te vimos hambriento, y te dímos de comer; ó sediento, y te dímos de beber?
38 ¿Y quando te vimos huésped, y te hospedamos; ó desnudo, y te vestimos?
39 ¿O quando te vimos enfermo, ó en la cárcel, y te fuimos á ver?
40 Y respondiendo el Rey les dirá: En verdad os digo, que en quanto lo hicísteis á uno de estos mis hermanos pequeñitos, á mí lo hicísteis.
41 Entónces dirá tambien á los que estarán á la izquierda: Apartaos de mí malditos al fuego eterno, que está aparejado para el diablo y para sus ángeles.
42 Porque tuve hambre, y no me dísteis de comer; tuve sed, y no me dísteis de beber;
43 Era huésped, y no me hospedásteis; desnudo, y no me cubrísteis; enfermo, y en la cárcel, y no me visitásteis.
44 Entónces ellos tambien le responderán diciendo: Señor, ¿quando te vimos hambriento, ó sediento, ó huésped, ó desnudo, ó enfermo, ó en la cárcel, y no te servimos?
45 Entónces les responderá diciendo: en verdad os digo: que en quanto no lo hicísteis á uno de estos pequeñitos, ni á mí lo hicísteis.
46 E irán estos al suplicio eterno, y los justos á la vida eterna.

CAPITULO XXVI.

1 Y aconteció que quando hubo Jesus acabado todos estos razonamientos, dixo á sus discípulos:
2 Sabeis que de aquí á dos dias será la Pascua, y el Hijo del hombre será entregado para ser crucificado.
3 Entónces se juntáron los príncipes de los sacerdotes, y los magistrados del pueblo en el atrio del príncipe de los sacerdotes, que se llamaba Caifás:

4 Y tuviéron consejo para prender á Jesus con engaño, y hacerle morir.
5 Mas decian: No en el dia de la fiesta, porque acaso no sucediese alboroto en el pueblo.
6 Y estando Jesus en Betania en casa de Simon el leproso,
7 Se llegó á él una muger que traia un vaso de alabastro de unguento precioso, y lo derramó sobre la cabeza de él, estando recostado á la mesa.
8 Y quando lo viéron sus discípulos, se indignáron diciendo: ¿A qué fin este desperdicio?
9 Porque podia esto venderse en mucho precio, y darse á los pobres.
10 Mas entendiéndolo Jesus, les dixo: ¿Por qué sois molestos á esta muger? pues ha hecho conmigo una buena obra.
11 Porque siempre teneis pobres con vosotros: mas á *mí no siempre me teneis.*
12 Porque derramando esta este unguento sobre mi cuerpo, para sepultarme lo hizo.
13 En verdad os digo, que en todo lugar, donde fuere predicado este Evangelio en todo el mundo, se contará tambien, lo que esta ha hecho, para memoria de ella.
14 Entónces se fué uno de los doce, llamado Júdas Iscariotes á los Príncipes de los Sacerdotes:
15 Y les dixo: ¿Qué me quereis dar, y yo os le entregaré? Y ellos le señaláron treinta monedas de plata.
16 Y desde entónces buscaba oportunidad para entregarle.
17 Y el primer dia de los ázymos se llegáron los discípulos á Jesus, y le dixéron: ¿En donde quieres, que dispongamos para que comas la Pascua?
18 Y dixo Jesus: Id á la ciudad á casa de cierta persona, y decidle: El Maestro dice: Mi tiempo está cerca, en tu casa hago la Pascua con mis discípulos.
19 Y los discípulos hiciéron, como Jesus les habia mandado, y dispusiéron la Pascua.
20 Y quando vino la tarde, se sentó á la mesa con sus doce discípulos.
21 Y quando ellos estaban comiendo, dixo: En verdad os digo, que uno de vosotros me ha de entregar.
22 Y ellos muy llenos de tristeza, cada uno comenzó á decir: ¿Por ventura soy yo, Señor?
23 Y él respondió, y dixo: El que mete conmigo la mano en el *plato,* ese es el que me entregará.
24 El Hijo del hombre va ciertamente, como está escrito de él: pero ay de aquel hombre por quien será entregado el Hijo del hombre: mas le valiera á aquel hombre no haber nacido.
25 Y respondiendo Júdas, que le entregó, dixo: ¿Soy yo por ventura, Maestro? Dícele: Tú lo has dicho.
26 Y cenando ellos, tomó Jesus el pan, y lo bendixo, y lo partió, y lo dió á sus discípulos, diciendo: Tomad, y comed: este es mi cuerpo.
27 Y tomando el cáliz, dió gracias, y se les dió, diciendo: Bebed de este todos.
28 Porque esta es mi Sangre del nuevo Testamento, que será derramada por muchos para remision de pecados.
29 Y dígoos, que desde hoy

mas no beberé de *este* fruto de
vid, hasta aquel *dia*, quando le
beba nuevo *con* vosotros en el
reyno de *mi* Padre.
30 Y dicho el Hímno, saliéron al monte del Olivar.
31 Entónces Jesus les dixo:
Todos vosotros padeceréis escándalo en mí esta noche. Porque escrito está: Heriré al Pastor, y se descarriarán las ovejas del rebaño.
32 Mas despues que resucitáre, iré delante de vosotros á la Galiléa.
33 Respondió Pedro, y le dixo: Aunque todos se escandalizaren en tí, yo nunca me escandalizaré.
34 Jesus le dixo. En verdad te digo, que esta noche ántes que cante el gallo, me negarás tres veces.
35 Pedro le dixo: Aunque sea menester morir yo contigo, no te negaré. Y todos los otros discípulos dixéron lo mismo.
36 Entónces fué Jesus con ellos á una granja, llamada Getsemaní, y dixo á sus discípulos: Sentáos aquí, miéntras que yo voy allí, y hago oracion.
37 Y tomando consigo á Pedro, y á los dos hijos de Zebedéo, empezó á entristecerse y angustiarse.
38 Y entónces les dixo: Triste está mi alma hasta la muerte: esperad aquí, y velad conmigo.
39 Y habiendo dado algunos pasos, se postró sobre su rostro, é hizo oracion, y dixo: Padre mio, si es posible, pase de mí este cáliz: mas no como yo quiero, sino como tú.
40 Y vino á sus discípulos, y los halló dormidos, y dixo á Pedro: ¿Así, no habeis podido velar una hora conmigo?
41 Velad, y orad para que no entreis en tentacion. El espíritu en verdad pronto está, mas la carne enferma.
42 Se fué de nuevo segunda vez, y oró, diciendo: Padre mio, sino puede pasar este cáliz sin que yo lo beba, hágase tu voluntad.
43 Y vino otra vez, y los halló dormidos, porque estaban cargados los ojos de ellos.
44 Y los dexó, y de nuevo fué á orar tercera vez, diciendo las mismas palabras.
45 Entónces vino á sus discípulos, y les dixo: Dormid ya, y reposad: ved aquí llegada la hora, y el Hijo del hombre será entregado en manos de pecadores.
46 Levantáos, vamos: ved, que ha llegado el que me entregará.
47 Y estando él aun hablando, he aquí llegó Júdas uno de los doce, y con él una grande tropa de gente con espadas, y con palos, que habian enviado los Príncipes de los Sacerdotes, y los Ancianos del pueblo.
48 Y el que le entregó, les dió señal, diciendo: El que yo besare, él mismo es, prendedle.
49 Y se llegó luego á Jesus, y dixo: Dios te guarde, Maestro. Y le besó.
50 Y Jesus le dixo: ¿Amigo, á qué has venido? Al mismo tiempo llegáron, y echáron mano de Jesus, y le prendiéron.
51 Y uno de los que estaban con Jesus, alargando la mano, sacó su espada, é hiriendo á un siervo del Pontífice, le cortó la oreja.

52 Entónces le dixo Jesus: Vuelve tu espada á su lugar: porque todos los que tomaren espada, á espada morirán.

53 ¿Por ventura piensas, que no puedo rogar á mi Padre, y me dará ahora mismo mas de doce legiones de Angeles?

54 ¿Pues como se cumplirán las Escrituras, de que así conviene que se haga?

55 En aquella hora dixo Jesus á aquel tropel de gente: Como á ladron habeis salido con espadas y con palos á prenderme: cada dia estaba sentado en el templo con vosotros enseñando, y no me prendísteis.

56 Mas esto todo fué hecho, para que se cumpliesen las Escrituras de los Profetas. Entónces le desampararon todos los discípulos, y huyéron.

57 Mas los que tenian preso á Jesus, le lleváron á casa de Caifás el *Príncipe de los* Sacerdotes, en donde se habian juntado los Escribas y los ancianos.

58 Y Pedro le seguia de léjos hasta el Palacio del Príncipe de los Sacerdotes. Y habiendo entrado dentro, se estaba sentado con los sirvientes, para ver el fin.

59 Mas los Príncipes de los Sacerdotes, y *todo* el Concilio buscaban algun falso testimonio contra Jesus, para entregarle á la muerte:

60 Y no le halláron, aunque se habian presentado muchos falsos testigos. Mas por último llegáron dos testigos falsos,

61 Y dixéron: Este dixo: Puedo destruir el templo de Dios, y reedificarlo en tres dias.

62 Y levantándose el Príncipe de los Sacerdotes, le dixo: ¿No respondes nada á lo que estos deponen contra tí?

63 Y Jesus callaba. Y el Príncipe de los Sacerdotes le dixo: Te conjuro por el Dios vivo, que nos digas, si tú eres el Cristo el hijo de Dios.

64 Jesus le dice: Tú lo has dicho; y aun os digo, que vereis desde aquí á poco al Hijo del hombre sentado á la derecha de la virtud de Dios, y venir en las nubes del Cielo.

65 Entónces el Príncipe de los Sacerdotes rasgó sus vestiduras, y dixo: Ha blasfemado: ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? He aquí ahora acabais de oir la blasfemia:

66 ¿Qué os parece? Y ellos respondiendo dixéron: Reo es de muerte.

67 Entónces le escupiéron en la cara, y *le maltratáron* á puñadas, y otros le diéron bofetadas en el rostro,

68 Diciendo: Adivínanos, Cristo, ¿quién es el que te ha herido?

69 Pedro entre tanto estaba sentado fuera en el átrio: y se llegó á él una criada, diciendo: Tú tambien estabas con Jesus el Galiléo.

70 Mas él lo negó delante de todos, diciendo: No sé lo que dices.

71 Y saliendo él á la puerta, le vió otra criada, y dixo á los que estaban allí: Este estaba tambien con Jesus Nazareno.

72 Y negó otra vez con juramento, diciendo: No conozco tal hombre.

73 Y de allí á un poco se acercáron los que estaban allí, y dixéron á Pedro: Seguramente tú tambien eres de ellos:

porque aun tu habla te da bien á conocer.

74 Entónces comenzó á hacer imprecaciones, y á jurar que no conocia á tal hombre. Y cantó luego el gallo.

75 Y Pedro se acordó de la palabra, que le habia dicho Jesus: Antes que cante el gallo, me negarás tres veces. Y habiendo salido fuera, lloró amargamente.

CAPITULO XXVII.

1 Y venida la mañana, todos los Príncipes de los Sacerdotes y los Ancianos del pueblo entráron en consejo contra Jesus, para entregarle á la muerte.

2 Y le lleváron atado, y le entregáron al Presidente Poncio Pilato.

3 Entónces Júdas, que le habia entregado, quando vió que habia sido condenado: movido de arrepentimiento, volvió las treinta monedas de plata á los Príncipes de los Sacerdotes y á los Ancianos,

4 Diciendo: He pecado, entregando la sangre inocente. Mas ellos dixéron: ¿Qué nos importa á nosotros? Viéraslo tú.

5 Y arrojando las monedas de plata en el templo, se retiró, y fué, y se ahorcó con un lazo.

6 Y los Príncipes de los Sacerdotes tomando las monedas de plata, dixéron: No es lícito meterlas en el tesoro, porque es precio de sangre.

7 Y habiendo deliberado sobre ello, compráron con ellas el campo de un alfarero, para sepultura de los extrangeros.

8 Por lo qual fué llamado aquel campo, Haceldama, esto es, campo de sangre, hasta él dia de hoy.

9 Entónces se cumplió lo que fué dicho por Jeremías el Profeta, que dixo: Y tomáron las treinta monedas de plata, precio del apreciado, al qual apreciáron de los hijos de Israël;

10 Y les diéron por el campo del alfarero, así como me lo ordenó el Señor.

11 Y Jesus fué presentado ante el Presidente; y le preguntó el Presidente, y dixo: ¿Eres tú el Rey de los Judíos? Jesus le dice: Tú lo dices.

12 Y como le acusasen los Príncipes de los Sacerdotes, y los Ancianos, nada respondió.

13 Entónces le dice Pilato: ¿No oyes quantos testimonios dicen contra tí?

14 Y no le respondió á palabra alguna, de modo que se maravilló el Presidente en gran manera.

15 Por el dia solemne acostumbraba el Presidente entregar libre al pueblo un preso, el que querian.

16 Y á la sazon tenia un preso muy famoso, que se llamaba Barrabas.

17 Y habiéndose ellos juntado, les dixo Pilato: ¿A quien quereis que os entregue libre? ¿á Barrabas, ó por ventura á Jesus, que es llamado el Cristo?

18 Pues sabia que por envidia le habian entregado.

19 Y estando él sentado en su tribunal, le envió á decir su muger: Nada tengas tú con aquel Justo; porque muchas cosas he padecido hoy en vision por causa de él.

20 Mas los Príncipes de los

Sacerdotes, y los Ancianos persuadiéron al pueblo que pidiese á Barrabas, y que hiciese morir á Jesus.
21 Y el Presidente les respondió, y dixo: ¿A quál de los dos quereis que os entregue libre? Y dixéron ellos: A Barrabas.
22 Pilato les dice: ¿Pues que haré de Jesus, que es llamado el Cristo?
23 Dicen todos: Sea crucificado. El Presidente les dice: ¿Pues que mal ha hecho? Y ellos levantaban mas el grito, diciendo: Sea crucificado.
24 Y viendo Pilato que nada adelantaba, sino que crecia mas el alboroto, tomando agua, se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: Inocente soy yo de la sangre de este Justo; allá os lo veais vosotros.
25 Y respondiendo todo el pueblo, dixo: Sobre *nosotros*, y sobre nuestros hijos sea su sangre.
26 Entónces les soltó á Barrabas; y despues de haber hecho azotar á Jesus, se le entregó para que le crucificasen.
27 Entónces los soldados del Presidente tomando á Jesus para llevarle al pretorio, hiciéron formar al rededor de él toda la cohorte;
28 Y desnudándole, le vistiéron un manto de grana;
29 Y texiendo una corona de espinas, se la pusiéron sobre la cabeza, y una caña en su mano derecha. Y doblando ante él la rodilla, le escarnecian, diciendo: Dios te salve, Rey de los Judíos.
30 Y escupiéndole, tomáron una caña, y le herian en la cabeza.
31 Y despues que lo escarneciéron, le desnudáron del manto, y le vistiéron sus ropas, y lo lleváron á crucificar.
32 Y al salir fuera, halláron un hombre de Cirene, por nombre Simón; á éste obligáron á que cargase con la Cruz de Jesus.
33 Y viniéron á un lugar, llamado Gólgota, esto es, lugar de la Calavera.
34 Y le diéron á beber vino mezclado con hiel. Y habiéndolo probado, no lo quiso beber.
35 Y despues que le hubiéron crucificado, repartiéron sus vestiduras, echando suerte: para que se cumpliese lo que fué dicho por el Profeta, que dice: Se repartiéron mis vestiduras, y sobre mi túnica echáron suerte.
36 Y sentados le hacian la guardia.
37 Y pusiéron sobre su cabeza su causa escrita: ESTE ES JESUS EL REY DE LOS JUDIOS.
38 Entónces crucificáron dos ladrones con él; uno á la derecha, y otro á la izquierda.
39 Y los que pasaban le blasfemaban moviendo sus cabezas,
40 Y diciendo: Ha, tú el que destruyes el templo de Dios, y lo reedificas en tres dias, sálvate á tí mismo: si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz.
41 Asímismo insultándole tambien los Príncipes de los Sacerdotes con los Escribas, y Ancianos, decian:
42 A otros salvó, y á sí mismo no puede salvar: si es el Rey de Israél, descienda ahora de la cruz, y le creemos:
43 Confió en Dios; líbrelo ahora, si le ama; pues dixo: Hijo soy de Dios.

44 Y los ladrones que estaban crucificados con él, le improperaban.

45 Mas desde la hora de sexta hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora de nona.

46 Y cerca de la hora de nona clamó Jesus con grande voz, diciendo: ELI, ELI, LAMMA SABACTHANI? esto es: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?

47 Algunos pues de los que allí estaban, quando esto oyéron, decian: A Elías llama este.

48 Y luego corriendo uno de ellos, tomó una esponja, y la empapó en vinagre, y la puso sobre una caña, y le daba á beber.

49 Y los otros decian: Dexad, veamos si viene Elías á librarle.

50 Mas Jesus clamando segunda vez con grande voz, entregó el espíritu.

51 Y he aquí se rasgó el velo del templo en dos partes de alto á baxo, y tembló la tierra, y se hendiéron las piedras.

52 Y se abriéron los sepulcros; y muchos cuerpos de Santos, que habian muerto, resucitáron.

53 Y saliendo de los sepulcros despues de la resurreccion de él, viniéron á la santa ciudad, y apareciéron á muchos.

54 Mas el Centurion, y los que con él estaban guardando á Jesus, visto el terremoto, y las cosas que pasaban, tuviéron grande miedo, y decian: Verdaderamente Hijo de Dios era este.

55 Y estaban allí muchas mugeres á lo léjos, que habian seguido á Jesus desde Galiléa, sirviéndole:

56 Entre las quales estaba María Magdalena, y María madre de Santiago y de Josef, y la madre de los hijos de Zebedéo.

57 Y quando fué tarde, vino un hombre rico de Arimatéa, llamado Josef, el qual era tambien discípulo de Jesus.

58 Este llegó á Pilato, y le pidió el cuerpo de Jesus. Pilato entónces mandó que se le diese el cuerpo.

59 Y tomando Josef el cuerpo, le envolvió en una sábana limpia.

60 Y lo puso en un sepulcro suyo nuevo, que habia hecho abrir en una peña. Y revolvió una grande losa á la entrada del sepulcro, y se fué.

61 Y María Magdalena, y la otra María, estaban allí sentadas enfrente del sepulcro.

62 Y otro dia, que es el que se sigue al de la Parasceve, los Príncipes de los Sacerdotes y los Fariséos acudiéron juntos á Pilato,

63 Diciendo: Señor, nos acordamos, que dixo aquel impostor, quando todavía estaba en vida: Despues de tres dias resucitaré.

64 Manda pues que se guarde el sepulcro hasta el tercero dia; no sea que vengan sus discípulos, y lo hurten, y digan á la plebe: Resucitó de entre los muertos; y será el postrer error peor que el primero.

65 Pilato les dixo: Guardas teneis, id, y guardadlo como sabeis.

66 Ellos pues fuéron, y para asegurar el sepulcro, selláron la piedra, y pusieron guardas.

CAPITULO XXVIII.

1 MAS en la tarde del
Sábado, al amanecer
el primer dia de la semana, vino
María Magdalena, y la otra María á ver el sepulcro.
2 Y habia habido un grande
terremoto. Porque un Angel
del Señor descendió del Cielo;
y llegando revolvió la piedra, y
se sentó sobre ella;
3 Y su aspecto era como un
relámpago; y su vestidura como
la nieve.
4 Y de temor de él se asombráron los guardas, y quedaron
como muertos.
5 Mas el Angel tomando la
palabra, dixo á las mugeres:
No tengais miedo vosotras; porque sé, que buscais á Jesus, el
que fué crucificado.
6 No está aquí; porque ha
resucitado, como dixo. *Venid,
y ved el lugar donde habia sido
puesto el Señor.*
7 E id luego, decid á sus discípulos que ha resucitado; y he
aquí vá delante de vosotros á
Galiléa: allí le vereis. He
aquí os lo he avisado de antemano.
8 Y saliéron al punto del sepulcro con *miedo y con gozo
grande, y fuéron* corriendo á
dar las nuevas á sus discípulos.
9 Y he aquí Jesus les salió al
encuentro, diciendo: Dios os
guarde. Y ellas se llegáron á
él, y abrazáronle sus pies, y le
adoráron.
10 Entónces les dixo Jesus:
No temais: id, dad las nuevas á
mis hermanos para que vayan á
la Galiléa, allí me verán.
11 Y miéntras ellas iban, he
aquí algunos de los guardas fuéron á la ciudad, y diéron aviso
á los Príncipes de los Sacerdotes
de todo lo que habia pasado.
12 Y habiéndose juntado con
los Ancianos, y tomado consejo,
diéron una grande suma de dinero á los soldados,
13 Diciendo: Decid, que viniéron de noche sus discípulos,
y le hurtáron miéntras que nosotros estábamos durmiendo.
14 Y si llegáre esto á oidos
del Presidente, nosotros se lo
haremos creer, y mirarémos por
vuestra seguridad.
15 Y ellos tomando el dinero,
lo hiciéron conforme habian sido
instruidos. Y esta voz, que se
divulgó entre los Judíos, dura
hasta hoy dia.
16 Y los once discípulos se
fuéron á la Galiléa al monte, á
donde Jesus les habia mandado.
17 Y quando le viéron, le
adoráron: mas algunos dudáron.
18 Y llegando Jesus les habló, diciendo: Se me ha dado
toda potestad en el Cielo y en la
tierra.
19 Id pues, y enseñad á todas
las gentes, bautizándolas en el
nombre del Padre, y del Hijo, y
del Espíritu Santo:
20 Enseñándolas á observar
todas las cosas que os he mandado. Y mirad que yo estoy
con vosotros todos los dias hasta
la consumacion del siglo.

EL SANTO EVANGELIO

DE JESU-CRISTO

SEGUN SAN MÀRCOS.

CAPITULO I.

1 PRINCIPIO del Evangelio de Jesu-Cristo, Hijo de Dios.

2 Así como está escrito en Isaías el Profeta: He aquí yo envio á mi Angel delante de tu faz, que preparará tu camino delante de tí.

3 Voz del que clama en el desierto: Aparejad el camino del Señor; haced derechas sus sendas.

4 Estaba Juan en el desierto bautizando, y predicando el bautismo de penitencia para remision de pecados.

5 Y salia á él toda la tierra de Judéa, y todos los de Jerusalém, y eran bautizados por él en el rio Jordán, confesando sus pecados.

6 Y Juan andaba vestido de pelos de camello, y traia un ceñidor de piel al rededor de sus lomos, y comia langostas y miel silvestre. Y predicaba, diciendo:

7 En pos de mí viene el que es mas fuerte que yo, ante el qual no soy digno de postrarme para desatar la correa de sus zapatos.

8 Yo os he bautizado en agua, mas él os bautizará en Espíritu Santo.

9 Y aconteció, que en aquellos dias Jesus vino de Nazareth de Galiléa: y fué bautizado por Juan en el Jordán.

10 Y subiendo luego del agua, vió los Cielos abiertos, y al Espíritu, en figura de paloma, que descendia y posaba en él mismo.

11 Y se oyó esta voz de los Cielos: Tú eres mi hijo el amado, en tí me he complacido.

12 Y luego el Espíritu le impelió al desierto.

13 Y estuvo en el desierto quarenta dias, y quarenta noches: y le tentó Satanás: y moraba con las fieras, y los Angeles le servian.

14 Mas despues que Juan fué preso, vino Jesus á la Galiléa, predicando el Evangelio del reyno de Dios,

15 Y diciendo: Pues que el tiempo se ha cumplido, y se ha acercado el reyno de Dios: haced penitencia, y creed al Evangelio.

16 Y pasando por la ribera del mar de Galiléa, vió á Simón y á Andres su hermano, que echaban sus redes en la mar, pues éran pescadores.

17 Y Jesus les dixo: Venid en pos de mí, y haré que vosotros seais pescadores de hombres.

18 Y luego dexadas las redes, le siguiéron.

19 Y pasando un poco mas adelante, vió á Santiago hijo de Zebedéo, y á Juan su hermano, que estaban tambien en un barco componiendo las redes:

20 Y luego los llamó. Y ellos, dexando en el barco á Zebedéo

su padre con los jornaleros, le
siguiéron.
21 Y entráron en Cafarnaum:
y luego en los Sábados como
entrase en la sinagoga, los en-
señaba.
22 Y se pasmaban de su doc-
trina: porque los instruia, como
quien tenia potestad, y no como
los Escribas.
23 Y habia en la sinagoga de
ellos un hombre poseido de un
espíritu inmundo, que comenzó
á gritar,
24 Diciendo: ¿Qué tenemos
que ver nosotros contigo, Jesus
Nazareno? ¿Has venido á des-
truirnos? Sé quien eres, el San-
to de Dios.
25 Y le amenazó Jesus, di-
ciendo: Enmudece, y sal del
hombre.
26 Y maltratándole recia-
mente el espíritu *inmundo, y dan-
do grandes alaridos*, salió de él.
27 Y se maravilláron todos,
de tal manera que se pregunta-
ban los unos á los otros, dicien-
do: ¿Qué es esto? ¿Qué nueva
doctrina es esta? Que manda
con imperio aun á los mismos
espíritus inmundos, y le obe-
decen.
28 Y corrió luego su fama por
toda la tierra de la Galiléa.
29 Y saliendo luego de la si-
nagoga, fuéron á casa de Simon,
y de Andrés, con Santiago, y
con Juan.
30 Y la suegra de Simon es-
taba en cama con fiebre: y le
habláron luego de ella.
31 Y acercándose, la tomó
por la mano, y la levantó: y al
momento la dexó la fiebre, y les
servia.
32 Y por la tarde puesto ya
el sol, le traian todos los que
estaban enfermos, y los endemo-
niados:
33 Y toda la ciudad se habia
juntado á la puerta.
34 Y sanó á muchos, que eran
afligidos de diversas enferme-
dades; y lanzaba muchos demo-
nios; y no les permitia decir, que
sabian quien era.
35 Y levantándose muy de
mañana salió, y fué á un lugar
desierto, y hacia allí oracion.
36 Y fué en pos de él Simon,
y los que con él estaban.
37 Y quando le halláron, le
dixéron: Todos te andan bus-
cando.
38 Y les dice: Vamos á las
aldeas, y ciudades mas cercanas,
para predicar tambien allí; por-
que para esto he venido.
39 Y predicaba en las sina-
gogas de ellos, y por toda la Ga-
liléa, y lanzaba los demonios.
40 Y vino á él un leproso,
rogándole: é hincándose de ro-
dillas, le dixo: Si quieres, pue-
des limpiarme.
41 Y Jesus compadecido de
él, extendió su mano; y tocán-
dole, le dixo: Quiero; Sé lim-
pio.
42 Y dicho esto, en el mo-
mento desapareció de él la lepra,
y fué limpio.
43 Y Jesus le amenazó, y
luego le despidió,
44 Y le dice: Cuidado que
no lo digas á nadie; mas vé,
preséntate al Príncipe de los
Sacerdotes, y ofrece por tu lim-
pieza, lo que mandó Moisés en
testimonio á ellos.
45 Mas él, luego que salió,
comenzó á publicar, y divulgar
lo acaecido, de manera que Je-
sus ya no podia entrar manifies-
tamente en la ciudad, sino que

estaba fuera en lugares desiertos,
y acudian á él de todas partes.

CAPITULO II.

1 Y entró otra vez en Ca-
farnaum despues de
algunos dias;
2 Y se sonó que estaba en
una casa, y acudió un tan cre-
cido número de gente, que no
cabia, ni aun á la puerta, y les
hablaba la palabra.
3 Y viniéron á él trayendo
un paralítico, que le conducian
quatro á cuestas.
4 Y como no pudiesen po-
nérsele delante á causa del tro-
pel de la gente, destecháron la
casa en donde estaba; y habien-
do hecho una abertura, descol-
gáron la camilla en que yacía el
paralítico.
5 Y quando Jesus vió la fé
de ellos, dixo al paralítico: Hi-
jo, perdonados te son tus pecados.
6 Y habia allí sentados algu-
nos de los Escribas, que decian
en su interior:
7 ¿Como este hombre habla
así? blasfema. ¿Quién puede
perdonar pecados, sino solo Dios?
8 Jesus, conociendo luego su
interior, y que pensaban de este
modo dentro de sí, les dice:
¿Por qué pensais esto dentro de
vuestros corazones?
9 ¿Qué es mas fácil, decir al
paralítico: Perdonados te son
tus pecados; ó decirle: Leván-
tate, toma tu camilla, y anda?
10 Pues para que sepais, que
el Hijo del hombre tiene potes-
tad en la tierra de perdonar pe-
cados, dice al paralítico,
11 A tí digo: Levántate, to-
ma tu camilla, y vete á tu casa.
12 Y al punto se levantó él;
y tomando su camilla, se fué á
vista de todos; de manera que se
maravilláron todos, y alababan á
Dios, diciendo: Nunca tal cosa
vimos.
13 Y salió otra vez ácia la
mar; y venian á él todas las
gentes, y los enseñaba.
14 Y pasando, vió á Leví hi-
jo de Alféo, que estaba sentado
á la mesa, y le dice: Sígueme.
Y levantándose, le siguió.
15 Y acaeció, que estando
Jesus sentado á la mesa en casa
de él, estaban tambien á la mesa
con Jesus, y con sus discípulos
muchos Publicanos, y pecadores;
porque habia muchos, que tam-
bien le seguian.
16 Y quando los Escribas, y
los Fariséos viéron que comia
con los Publicanos, y pecadores;
decian á sus discípulos: ¿Por
qué vuestro Maestro come, y
bebe con los Publicanos, y con
los pecadores?
17 Quando esto oyó Jesus, les
dixo: Los sanos no tienen ne-
cesidad de Médico, sino los que
están enfermos: pues no he ve-
nido á llamar justos, sino peca-
dores.
18 Y los discípulos de Juan y
los Fariséos que ayunaban, vie-
nen á él, y le dicen: ¿Por qué
los discípulos de Juan y los de
los Fariséos ayunan, y tus dis-
cípulos no ayunan?
19 Y Jesus les dice: ¿Por
ventura los hijos de las bodas
pueden ayunar, miéntras que
está con ellos el Esposo? Todo
el tiempo que tienen consigo al
Esposo, no pueden ayunar.
20 Mas vendrán dias, quando
les será quitado el Esposo; y
entónces ayunáran en aquellos
dias.

21 Ninguno echa en un vestido viejo un remiendo de paño recio: de otra suerte el remiendo nuevo quita de lo viejo, y se hace mayor rotura:

22 Y ninguno echa vino nuevo en odres viejos: de otra manera romperá el vino los odres, y el vino se verterá, y perecerán los odres: mas debe echarse el vino nuevo en odres nuevos.

23 Y acaeció otra vez, que andando el Señor por unos sembrados en el dia de Sábado, sus discípulos se adelantáron, y comenzáron á arrancar espigas.

24 Y los Fariséos le decian: Mira, ¿cómo hacen en Sábado lo que no es lícito?

25 Y él les dixo: ¿No habeis leido jamas, lo que hizo David, quando se halló en necesidad, y los que con él estaban, tuviéron hambre?

26 ¿Como entró en la casa de Dios en tiempo de Abiatár, Príncipe de los Sacerdotes, y comió los panes de la proposicion, de los quales no era lícito comer, sino á los Sacerdotes, y aun dió á los que con él estaban?

27 Y les decia: El Sábado fué hecho por el hombre, y no el hombre por el Sábado.

28 Así que el Hijo del hombre es Señor tambien del Sábado.

CAPITULO III.

1 Y entró Jesus de nuevo en la Sinagoga: y habia allí un hombre que tenia una mano seca.

2 Y le estaban acechando, si sanaria en dia de Sábado, para acusarle.

3 Y dixo al hombre que tenia la mano seca: Levántate en medio.

4 Y les dice: ¿Es lícito en dia de Sábado hacer bien, ó mal? ¿salvar la vida, ó quitarla? Mas ellos callaban.

5 Y mirándolos al rededor con indignacion, condolido de la ceguedad de su corazon, dice al hombre: Extiende tu mano. Y la extendió, y le fué restablecida la mano.

6 Mas los Fariséos saliendo de allí, entráron luego en consejo contra él con los Herodianos, buscando medios de hacerle perecer.

7 Mas Jesus se retiró con sus discípulos ácia la mar; y le fué siguiendo una grande multitud de la Galiléa, y de la Judéa,

8 Y de Jerusalém, y de la Iduméa, y de la otra ribera del Jordán; y los de la comarca de Tiro, y de Sidón en grande número viniéron á él, quando oyéron las cosas que hacia.

9 Y mandó á sus discípulos, que le tuviesen listo un barco en que pudiese entrar, para que el tropel de la gente no le oprimiese.

10 Porque sanaba á muchos; de tal manera que todos los que padecian algun mal, se arrojaban sobre él por tocarle.

11 Y quando los espíritus inmundos le veian, se postraban ante él, y gritando decian:

12 Tú eres el Hijo de Dios. Mas él les amenazaba reciamente, para que no lo descubriesen.

13 Y subiendo á un monte, llamó á sí á los que él quiso: y viniéron á él.

14 Y escogió doce, para que estuviesen con él, y para enviarlos á predicar.

15 Y les dió potestad de sa-

nar enfermedades, y de lanzar
demonios.
16 Y á Simón le puso el nombre de Pedro:
17 Y á Santiago de Zebedéo,
y á Juan hermano de Santiago,
á los quales dió el nombre de
Boanerges, que quiere decir,
hijos de trueno:
18 Y á Andres, y á Felipe,
y á Bartolomé, y á Mateo, y
á Tomas y á Santiago de Alféo, y á Tadeo, y á Simón el
Cananéo,
19 Y á Júdas Iscariotes, que
le entregó.
20 Y viniéron á la casa, y
concurrió de nuevo tanta gente,
que ni aun podian tomar alimento.
21 Y quando lo oyéron los
suyos, saliéron para echarle mano; porque decian: Se ha puesto enagenado.
22 Y los Escribas, que habian baxado de Jerusalém, decian: Tiene á Beelzebúb, y en
virtud del Príncipe de los demonios lanza los demonios.
23 Y habiéndolos convocado,
les decia en parábolas: ¿Cómo
puede Satanás echar fuera á
Satanás?
24 Y si un reyno está dividido contra sí mismo, no puede
durar aquel reyno.
25 Y si una casa estuviere
dividida contra sí misma, no
puede permanecer aquella casa.
26 Y si Satanás se levantare
contra sí mismo, dividido está, y
no podrá durar, ántes está para
acabar.
27 No puede ninguno entrar
en la casa del valiente, y robar
sus alhajas, si primero no ata al
valiente, para poder despues saquear su casa.
28 En verdad os digo, que á
los hijos de los hombres perdonados les serán todos los pecados, y las blasfemias, que profirieren:
29 Mas el que blasfemare contra el Espíritu Santo, nunca jamas tendrá perdon, sino que será
reo de eterno delito.
30 Por quanto decian: Tiene
espíritu inmundo.
31 Y llegáron su madre, y sus
hermanos: y quedándose de la
parte de afuera, le enviáron á
llamar,
32 Y estaba sentado al rededor de él un crecido número
de gente, y le dixéron: Mira,
tu madre, y tus hermanos te
buscan ahí fuera.
33 Y les respondió, diciendo:
¿Quién es mi madre, y mis hermanos?
34 Y mirando á los que estaban sentados al rededor de sí:
He aquí, les dixo, mi madre, y
mis hermanos.
35 Porque el que hiciere la
voluntad de Dios, ese es mi hermano, y mi hermana, y mi
madre.

CAPITULO IV.

1 Y de nuevo se puso á
enseñar á la orilla de
la mar; y se allegáron al rededor de él tantas gentes, que entrándose en un barco, se sentó
dentro en la mar; y toda la gente
estaba en tierra á la orilla:
2 Y les enseñaba muchas cosas por parábolas, y les decia en
su doctrina:
3 Oid: He aquí salió el sembrador á sembrar.
4 Y al tiempo de sembrar,
una parte cayó cerca del cami-

no, y viniéron las aves del cielo, y la comiéron.

5 Y otra cayó sobre pedregales, donde no tenia mucha tierra; y nació luego, porque no habia profundidad de tierra:

6 Mas luego, que salió el Sol, se asolanó: y como no tenia raiz, se secó.

7 Y otra cayó entre espinas, y creciéron las espinas, y la ahogáron, y no dió fruto.

8 Y otra cayó en buena tierra, y dió fruto, que subió, y creció; y uno dió á treinta, otro á sesenta, y otro á ciento.

9 Y decia: Quien tiene orejas para oir, oyga.

10 Y quando estuvo solo, le preguntáron los doce, que estaban con él, de la parábola.

11 Y les dixo: A vosotros es dado saber el misterio del reyno de Dios; mas á los que están fuera, todo se les trata por parábolas:

12 Para que viendo vean, y no vean; y oyendo oygan, y no entiendan; no sea que alguna vez se conviertan, y les sean perdonados los pecados.

13 Y les dixo: ¿No entendeis esta parábola? ¿Pues cómo entenderéis todas las parábolas?

14 El que siembra, siembra la palabra.

15 Y estos son los de junto al camino, en los que la palabra es sembrada; mas quando la han oido, viene al punto Satanás, y quita la palabra que fué sembrada en sus corazones.

16 Y asimismo, estos son los que reciben la simiente en pedregales; los que quando han oido la palabra, luego la reciben con gozo;

17 Mas no tienen raiz en sí, ántes son temporales; y despues en levantándose la tribulacion, y la persecucion por la palabra, luego se escandalizan;

18 Y estos son los que reciben la simiente entre espinas, los que oyen la palabra,

19 Mas los afanes del *siglo*, y la ilusion de las riquezas, y las otras pasiones á que dan entrada, ahogan la palabra, y no da fruto alguno.

20 Y estos son los que reciben la simiente en buena tierra, los que oyen la palabra, y la reciben, y dan fruto, uno á treinta, otro á sesenta, y otro á ciento.

21 Y les decia: ¿Por ventura se trae una antorcha para meterla debaxo de un celemin, ó debaxo de la cama? ¿No la traen para ponerla sobre el candelero?

22 Porque no hay cosa escondida, que no haya de ser manifestada; ni cosa hecha en oculto, que no haya de venir en público.

23 Si alguno tiene orejas para oir, oyga.

24 Y les decia: Atended á lo que vais á oir: Con la medida con que midiéreis, os medirán á vosotros, y se os añadirá.

25 Porque al que tiene, se dará: y al que no tiene, aun lo que tiene, se le quitará.

26 Decia tambien: Tal es el reyno de Dios, como si un hombre echa la semilla sobre la tierra,

27 Y que duerme, y se levanta, de noche y de dia; y la semilla brota, y crece sin que él lo advierta.

28 Porque la tierra de suyo dá fruto, primeramente yerba, despues espiga, y por último grano lleno en la espiga.

29 Y quando ha producido los frutos, luego echa la hoz, porque la siega es llegada.

30 Y decia: ¿Á qué asemejarémos el reyno de Dios? ¿ó con qué parábola lo compararémos?

31 Como un grano de mostaza, que quando se siembra en la tierra, es el menor de todas las simientes, que hay en la tierra:

32 Mas quando fuere sembrado, sube, y crece mas que todas las legumbres, y cria grandes ramas, de modo, que las aves del cielo pueden morar baxo de su sombra.

33 Y así les proponia la palabra con muchas parábolas como estas, conforme á lo que podian oir;

34 Y sin parábola no les hablaba: mas quando estaba aparte con sus discípulos se lo declaraba todo.

35 Y aquel dia, quando fué ya tarde, les dixo: Pasemos enfrente.

36 Y despues de haber despedido la gente, lo tomáron así como estaba en el barco; y habia tambien con él otros barcos.

37 Y se levantó una grande tempestad de viento, que metia las olas en el barco, de manera que este se llenaba de agua.

38 Y el mismo estaba en la popa durmiendo sobre un cabezal; y le despiertan, y le dicen: ¿Maestro, no te se da nada, que perezcamos?

39 Y levantándose amenazó al viento, y dixo á la mar: Calla, enmudece. Y cesó el viento, y sobrevino una grande bonanza.

40 Y les dixo: ¿Por qué estais medrosos? ¿aun no teneis fé? Y tuviéron grande miedo, y decian el uno al otro: ¿Quién piensas, es este, que aun el viento y la mar le obedecen?

CAPITULO V.

1 Y pasáron á la otra orilla de la mar al territorio de los Gerasenos.

2 Y al salir Jesus de la barca, vino luego á él de los sepulcros un hombre con un espíritu inmundo,

3 El qual tenia en los sepulcros su domicilio, y ni aun con cadenas le podia alguno atar:

4 Porque habiéndole atado muchas veces con grillos, y con cadenas, habia roto las cadenas, y despedazado los grillos, y nadie le podia domar.

5 Y de dia y de noche estaba continuamente en los sepulcros y en los montes, dando gritos, é hiriéndose con piedras.

6 Y quando vió á Jesus de léjos, fué corriendo, y le adoró:

7 Y clamando á voz en grito, dixo: ¿Qué tengo yo contigo, Jesus Hijo de Dios Altísimo? te conjuro por Dios, que no me atormentes.

8 Porque le decia: Sal del hombre, espíritu inmundo.

9 Y le preguntaba: ¿Quál es tu nombre? Y le dice: Legion es mi nombre, porqué muchos somos.

10 Y le rogaba mucho, que no le echase fuera de aquella tierra.

11 Habia en aquel lugar paciendo al rededor del monte una grande piara de puercos.

12 Y le rogaban los espíritus, diciendo: Envíanos á los puercos para que entremos en ellos

13 Y Jesus al punto se lo
otorgó. Y saliendo los espíritus
inmundos, entráron en los puer-
cos; y la piara se precipitó con
grande ímpetu en la mar como
hasta dos mil; y se ahogáron en
la mar.
14 Y los que los apacentaban
huyéron, y lo contáron en la
ciudad, y en los campos. Y
saliéron á ver, lo que habia
sucedido;
15 Y vienen á Jesus; y ven
al que habia sido atormentado
del demonio, sentado, vestido, y
en su juicio cabal, y tuviéron
miedo.
16 Y los que lo habian visto,
les contáron todo él hecho como
habia acontecido al endemonia-
do, y lo de los puercos.
17 Y comenzáron á rogarle,
que se retirase de los términos
de ellos.
18 Y quando entró Jesus en
el barco, *comenzó á rogarle el*
que habia *sido* maltratado del
demonio, que le dexase estar
con él:
19 Mas no se lo concedió,
sino que le dixo: Vete á tu casa
á los tuyos, y cuéntales quan
grandes cosas te ha hecho el
Señor, y la misericordia que
contigo ha usado.
20 Y se fué, y comenzó á
publicar en Decápolis quan
grandes cosas le habia hecho Je-
sus: y se maravillaban todos.
21 Y habiendo pasado otra
vez Jesus en un barco á la otra
orilla, se allegó al rededor de él
una grande multitud de pueblo;
y estaba cerca del mar.
22 Y vino uno de los Prín-
cipes de la Sinagoga nombrado
Jairo: y luego que le vió, se
postró á sus pies,
23 Y le rogaba mucho, di-
ciendo: Mi hija está en los últi-
mos. Ven á poner sobre ella la
mano, para que sea salva, y
viva.
24 Y se fué con él, y le
seguia mucha gente, y le apre-
taban.
25 Y una muger, que padecia
un fluxo de sangre doce años
habia,
26 Y que habia pasado mu-
chos trabajos en manos de mu-
chos médicos, y gastado todo lo
que tenia, sin haber adelantado
nada, ántes empeoraba mas:
27 Quando oyó hablar de Je-
sus, llegó por detrás entre la
confusion de la gente, y tocó su
vestidura:
28 Porque decia: Tan sola-
mente con tocar su vestidura,
seré sana.
29 Y en el mismo instante
cesó su fluxo de sangre, y sintió
en su cuerpo, que estaba sana
de aquel azote.
30 Mas Jesus conociendo lue-
go en sí mismo la virtud, que de
él habia salido, volviéndose ácia
la gente, dixo: ¿Quién ha tocado
mi vestidura?
31 Y sus discípulos le decian:
Ves la gente que te está apre-
tando, y dices: ¿Quién me ha
tocado?
32 Y miraba al rededor por
ver á la que esto habia hecho.
33 Entónces la muger me-
drosa, y temblando, sabiendo lo
que le habia acaecido, llegó y se
postró ante él, y le dixo toda la
verdad.
34 Y él le dixo: Hija, tu fé
te ha sanado; vete en paz, y
queda libre de tu azote.
35 Quando aun estaba él ha-
blando, llegáron de casa del

Príncipe de la Sinagoga, y le dixéron: Tu hija es muerta: ¿para qué fatigas mas al Maestro?

36 Mas Jesus, quando oyó lo que decian, dixo al Príncipe de la Sinagoga: No temas; cree solamente.

37 Y no dexó ir consigo á ninguno, sino á Pedro, y á Santiago, y á Juan hermano de Santiago.

38 Y llegan á la casa del Príncipe de la Sinagoga, y vé el ruido, y á los que lloraban, y daban grandes alaridos.

39 Y habiendo entrado, les dixo: ¿Por qué haceis este ruido, y estais llorando? la muchacha no es muerta, sino que duerme.

40 Y se mofaban: Pero él echándolos á todos fuera, toma consigo al padre y á la madre de la muchacha, y á los que con él estaban, y entra donde la muchacha yacia.

41 Y tomando la mano de la muchacha, le dixo: *Talitha cumi*, que quiere decir: Muchacha, á tí te digo, levántate.

42 Y se levantó luego la muchacha, y echó á andar: y tenia doce años: y quedáron atónitos de un grande espanto.

43 Y él mandó con mucha eficacia, que nadie lo supiese, y dixo le dieran de comer á ella.

CAPITULO VI.

1 Y habiendo salido de allí, se fué á su patria: y le seguian sus discípulos:

2 Y llegado el Sábado comenzó á enseñar en la Sinagoga; y muchos que le oian, se maravillaban de su doctrina, diciendo: ¿De dónde á este todas estas cosas? ¿y qué sabiduría es esta que le es dada; y tales maravillas, que por sus manos son obradas?

3 ¿No es este el artesano, el hijo de María, hermano de Santiago, y de Josef, y de Júdas, y de Simón? ¿y sus hermanas no están aquí tambien con nosotros? y se escandalizaban en él.

4 Y Jesus les decia: No hay Profeta sin honor sino en su patria, y en su casa, y entre sus parientes.

5 Y no podia allí hacer milagro alguno; solamente sanó algunos pocos enfermos poniendo sobre ellos las manos:

6 Y estaba maravillado de la incredulidad de ellos, y andaba predicando por todas las aldeas del contorno.

7 Y llamó á los doce; y comenzó á enviarlos de dos en dos, y les daba potestad sobre los espíritus inmundos;

8 Y les mandó que no llevasen nada para el camino, ni alforja, ni pan, ni dinero en la bolsa, sino solamente un bordon;

9 Mas que calzasen sandalias, y que no vistiesen dos túnicas.

10 Y les decia: En qualquiera parte donde entráreis en una casa, permaneced en ella, hasta que salgais de allí:

11 Y todos los que no os recibieren, ni os escucharen, al salir de allí, sacudid el polvo de vuestros pies, en testimonio á ellos.

12 Y saliendo, predicaban que hiciesen penitencia:

13 Y lanzaban muchos demonios, y ungian con óleo á muchos enfermos, y sanaban.

14 Y llegó esto á noticia del

Rey Heródes, porque se habia
hecho notorio su nombre, y de-
cia: Juan el Bautista ha resuci-
tado de entre los muertos; y
por eso virtudes obran en él.
15 Otros decian: Elías es.
Y decian otros: Profeta es, co-
mo uno de los Profetas.
16 Quando lo oyó Heródes,
dixo: Este es aquel Juan que
yo degollé, que ha resucitado de
entre los muertos.
17 Porque el mismo Heródes
habia enviado á prender á Juan,
y le habia hecho aherrojar en la
cárcel á causa de Herodías mu-
ger de Felipe su hermano;
porque la habia tomado por
muger.
18 Porque decia Juan á He-
ródes: No te es lícito tener la
muger de tu hermano.
19 Y Herodías le armaba la-
zos; y le queria hacer morir,
pero no podia.
20 Porque Heródes temia á
Juan, sabiendo que era varon
justo, y santo; y le tenia á cus-
todia, y por su consejo hacia
muchas cosas, y le oia de buena
gana.
21 Hasta que últimamente
llegó un dia favorable, en que
Heródes celebraba el dia de su
nacimiento, dando una cena á
los Grandes de su corte, á los
Tribunos, y á los principales de
la Galiléa;
22 Y habiendo entrado la hija
de Herodías, y danzado, y dado
gusto á Heródes, y á los que con
él estaban á la mesa, dixo el
Rey á la mozuela: Pídeme lo
que quieras, y te lo daré:
23 Y le juró: Todo lo que
me pidieres te daré, aunque sea
la mitad de mi reyno.
24 Y habiendo ella salido,
dixo á su madre: ¿Qué pediré?
Y ella dixo: La cabeza de Juan
el Bautista.
25 Y volviendo luego á en-
trar apresurada adonde estaba el
Rey, pidió diciendo: Quiero que
luego al punto me dés en un
plato la cabeza de Juan el Bau-
tista.
26 Y el Rey se entristeció;
mas por el juramento, y por los
que con él estaban á la mesa, no
quiso disgustarla:
27 Mas enviando uno de su
guardia, le mandó traer la ca-
beza de Juan en un plato. Y le
degolló en la cárcel.
28 Y traxo su cabeza en un
plato, y la dió á la mozuela, y
la mozuela la dió á su madre.
29 Y quando sus discípulos lo
oyéron, viniéron, y tomáron su
cuerpo, y lo pusiéron en un
sepulcro.
30 Y llegándose los Após-
toles á Jesus, le contáron todo
lo que habian hecho, y ense-
ñado.
31 Y les dixo: Venid aparte
á un lugar solitario, y reposad
un poco. Porque eran muchos
los que iban, y venian; y ni aun
tiempo para comer tenian.
32 Y entrando en un barco,
se retiráron á un lugar desierto,
y apartado.
33 Y los viéron muchos como
se iban, y lo conociéron; y con-
curriéron allá á pie de todas las
ciudades, y llegáron ántes que
ellos.
34 Y al desembarcar vió Je-
sus una grande multitud, y tuvo
compasion de ellos; porque eran
como ovejas que no tienen Pas-
tor, y comenzó á enseñarles
muchas cosas.
35 Y como ya fuese muy

tarde, se llegáron á él sus dis-
cípulos, y le dixéron: Desierto
es este lugar, y la hora es ya
pasada;
36 Despídélos, que vayan á
las granjas, y aldeas de la co-
marca á comprar que comer.
37 Y él les respondió, y di-
xo: Dadles vosotros de comer.
Y le dixéron: Irémos á com-
prar pan por doscientos denarios,
y les darémos de comer.
38 Y les dice: ¿Quántos pa-
nes teneis? id, y vedlo. Y ha-
biéndolo visto, dicen: Cinco, y
dos peces.
39 Y les mandó, que los hi-
ciesen recostar á todos por ran-
chos sobre la yerba verde.
40 Y se recostáron en ran-
chos, de ciento en ciento, y de
cincuenta en cincuenta.
41 Y tomando los cinco panes,
y los dos peces, alzando los ojos
al Cielo, bendixo, y partió los
panes, y los dió á sus discípulos,
para que se los pusiesen delante;
y repartió entre todos los dos
peces.
42 Y comiéron todos, y se
hartáron.
43 Y alzáron lo que sobró de
los pedazos, doce cestos llenos,
y de los peces.
44 Y los que comiéron, eran
cinco mil hombres.
45 Y dió luego priesa á sus
discípulos, á que entrasen en el
barco, y que fuesen ántes que él
á Betsaida á la otra parte del
lago, miéntras que él despedia
al pueblo.
46 Y despues que los hubo
despedido, se fué al monte a orar.
47 Y como fuese tarde, estaba
el barco en medio del mar, y él
solo en tierra.
48 Y viéndolos remar con
gran fatiga, porque el viento les
era contrario; y cerca de la
quarta vigilia de la noche vino a
ellos paseando sobre el mar; y
queria dexarlos atras.
49 Mas ellos, quando le vié-
ron andar sobre el mar, pensá-
ron que era fantasma, y co-
menzáron á gritar.
50 Porque todos le viéron, y
se turbáron. Mas luego habló
con ellos, y les dixo: Tened
buen ánimo, yo soy, no temais.
51 Y subió á ellos al barco,
y cesó el viento: y mas y mas
se pasmaban en su interior;
52 Porque todavía no habian
entendido lo de los panes; por
quanto su corazon estaba ofus-
cado.
53 Y quando estuviéron de la
otra parte, fuéron á tierra de
Genesareth, y arrimáron.
54 Y en saliendo del barco,
luego lo conociéron:
55 Y recorriendo toda aquella
comarca, le traian de toda ella
los enfermos en sus camillas,
luego que oyéron que estaba
allí.
56 Y donde quiera que entra-
ba, en aldeas, ó en granjas, ó en
ciudades, ponian los enfermos en
las calles, y le rogaban, que
permitiese tocar siquiera la orla
de su vestido: y quantos le toca-
ban, quedaban sanos.

CAPITULO VII.

1 Y viniéron á él los Fa-
riséos, y algunos de
los Escribas, que habian llegado
de Jerusalém.
2 Y quando viéron comer á
algunos de sus discípulos con
manos comunes, esto es, sin ha-
bérselas lavado, lo vituperáron.

3 Porque los Fariséos, y todos los Judíos, sino se lavan las manos muchas veces, no comen, siguiendo la tradicion de los ancianos;

4 Y quando vuelven de la plaza, no comen, si ántes no se bañan; y guardan muchas cosas que tienen por tradicion, lavatorios de vasos y de jarros, y de vasijas de metal, y de lechos.

5 Y le preguntaban los Fariséos, y los Escribas: ¿Por qué tus discípulos no andan conformes á la tradicion de los ancianos, sino que comen pan sin lavarse las manos?

6 Y él respondió, y les dixo: Hipócritas, bien profetizó Isaías de vosotros, como está escrito: Este pueblo con los labios me honra, mas su corazon está léjos de mí.

7 En vano pues me honran, enseñando doctrinas y mandamientos de hombres.

8 Porque dexando el mandamiento de Dios, os asis de la tradicion de los hombres, el lavar de los jarros, y de los vasos; y haceis otras muchas cosas semejantes á estas.

9 Y les decia: Bellamente haceis vano el mandamiento de Dios por guardar vuestra tradicion.

10 Porque Moisés dixo: Honra á tu padre, y á tu madre. Y: El que maldixere al padre, ó á la madre, muera de muerte.

11 Mas vosotros decis: Basta que el hombre diga á su padre, ó á su madre, qualquier Corban, esto es, el don que yo ofreciere, á tí aprovechará:

12 Y no le permitis hacer ninguna otra cosa mas por el padre, ó por la madre,

13 Invalidando la palabra de Dios por vuestra tradicion, que enseñasteis: y haceis otras muchas cosas semejantes á esta.

14 Y convocando de nuevo al pueblo, les decia: Escuchadme todos, y entended.

15 No hay cosa fuera del hombre, que entrando en él, le pueda ensuciar; mas las que salen de él, esas son las que ensucian al hombre.

16 Si hay quien tenga orejas para oir, oyga.

17 Y luego que dexó la gente, y entró en casa, le preguntaban sus discípulos de la parábola.

18 Y les dixo: ¿Qué vosotros tambien teneis tan poca inteligencia? No comprehendeis, que toda cosa que de fuera entra en el hombre, no le puede hacer immundo.

19 Porque no entra en su corazon, sino que pasa al vientre, y despues se echa en lugares excusados, purgando todas las viandas.

20 Y les decia: Las cosas, que salen del hombre, son las que ensucian al hombre.

21 Porque de lo interior del corazon de los hombres salen los pensamientos malos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios,

22 Los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, las deshonestidades, el ojo maligno, la blasfemia, la soberbia, la locura.

23 Todos estos males de dentro salen, y hacen inmundo al hombre.

24 Y levantándose de allí, se fué á los confines de Tiro y de Sidon: y entrando en una casa, quiso que nadie lo supiese, mas no se pudo encubrir.

25 Porque una muger, que
tenia una hija poseida de un es-
píritu inmundo, quando oyó ha-
blar de él, entró, y se echó á
sus pies.
26 Y la muger era Gentil,
Sirofenisa de nacion. Y le ro-
gaba, que echase de su hija al
demonio.
27 Jesus le dixo: Dexa pri-
mero hartarse los hijos: porque
no es bien tomar el pan de los
hijos, y echarlo á los perros.
28 Mas ella respondió, y di-
xo: Así es, Señor, porque los
cachorrillos comen debaxo de la
mesa, de las migajas de los hijos.
29 Entónces le dixo: Por
esto que has dicho, vé, que el
demonio ha salido de tu hija.
30 Y quando llegó á su casa,
halló á su hija echada sobre la
cama, y que habia salido de ella
el demonio.
31 Y saliendo otra vez de los
confines de Tiro, fué por Sidón
á el mar de Galiléa, atravesando
el territorio de Decápolis.
32 Y le traxéron un sordo y
mudo, y le rogaban que pusiese
la mano sobre él.
33 Y sacándole aparte de en-
tre la gente, le metió los dedos
en sus orejas: y escupiendo, le
tocó su lengua:
34 Y mirando al Cielo, gimió,
y le dixo: Ephphetha, que quiere
decir: Sé abierto.
35 Y luego fuéron abiertas
sus orejas, y fué desatada la li-
gadura de su lengua, y hablaba
bien.
36 Y les mandó que á nadie
lo dixesen. Pero quanto mas
se lo mandaba, tanto mas lo di-
vulgaban:
37 Y tanto mas se maravilla-
ban, diciendo: Bien lo ha hecho
todo: á los sordos ha hecho oir,
y á los mudos hablar.

CAPITULO VIII.

1 EN aquellos dias como
el pueblo hubiese
concurrido otra vez en grande
numero, y no tuviesen que co-
mer, llamando Jesus á sus discí
pulos, les dixo:
2 Compasion tengo de estas
gentes: porque tres dias ha que
están conmigo, y no tienen que
comer:
3 Y si los enviare en ayunas
á su casa, desfallecerán en el
camino: pues algunos de ellos
han venido de léjos.
4 Y sus discípulos le respon-
diéron: ¿De dónde podrá algu-
no hartarlos de pan aquí en esta
soledad?
5 Y les preguntó: ¿Quántos
panes teneis? Ellos dixéron:
Siete.
6 Y mandó á la gente que se
recostase sobre la tierra. Y to-
mando los siete panes, dando
gracias, los partió, y dió á sus
discípulos para que los distri-
buyesen; y los distribuyéron en-
tre la gente.
7 Tenian tambien unos pocos
pececillos; y los bendixo, y
mandó, que tambien se los dis-
tribuyesen.
8 Y comiéron, y se hartáron,
y alzáron de los pedazos que
habian sobrado, siete espuertas.
9 Y eran los que habian co-
mido como quatro mil: y los
despidió.
10 Y entrando luego en el
barco con sus discípulos, pasó al
territorio de Dalmanuta.
11 Y saliéron los Fariséos,
y se pusiéron á disputar con él,

pidiéndole una señal del Cielo por tentarle.
12 Mas Jesus gimiendo en su interior, les dixo: ¿Por qué esta generacion pide señal? En verdad os digo, que no se dará señal á esta generacion.
13 Y dexándolos, volvió á entrar en el barco, y pasó á la otra orilla del lago.
14 Y se habian olvidado de tomar pan; y no tenian consigo sino un pan en el barco.
15 Y les mandó, diciendo: Mirad, y guardaos de la levadura de los Fariséos, y de la levadura de Heródes.
16 Y discurrian entre sí diciendo: Porque no traemos pan.
17 Lo que habiendo conocido Jesus, les dixo: ¿Qué estais pensando, sobre que no teneis pan? ¿aun no conoceis, ni entendeis? ¿todavía teneis ciego vuestro corazon?
18 ¿Teniendo ojos, no veis? ¿y teniendo orejas, no ois? Y no os acordais,
19 Quando partí los cinco panes entre cinco mil, ¿quántas espuertas alzasteis llenas de pedazos? Doce, le respondiéron.
20 Y quando los siete panes entre quatro mil, ¿quántas espuertas alzasteis de pedazos? Siete, le dixéron.
21 Y les decia: ¿pues cómo no entendeis aun?
22 Y viniéron á Betsaida, y le traxéron un ciego; y le rogaban que lo tocase.
23 Y tomando al ciego por la mano, lo sacó fuera de la aldea; y escupiéndole en los ojos, y poniendo las manos encima, le preguntó, si veia algo.
24 Y él alzando los ojos, dixo: Veo los hombres como árboles que andan.
25 Y le puso otra vez las manos sobre los ojos, y comenzó á ver; y fué sano, de modo que veia claramente todas las cosas.
26 Y lo envió á su casa, diciendo: Vete á tu casa; y si entrares en la aldea, á nadie lo digas.
27 Y salió Jesus con sus discípulos por las aldeas de Cesaréa de Filipos; y preguntaba por el camino á sus discípulos, diciéndoles: ¿Quién dicen los hombres que soy yo?
28 Ellos le respondiéron diciendo: Juan el Bautista, otros Elías, y otros como uno de los Profetas.
29 Entónces les dixo: ¿Y vosotros quién decis, que soy yo? Respondió Pedro, y le dixo: Tú eres el Cristo.
30 Y les prohibió con amenazas, que á ninguno dixesen esto de él.
31 Y comenzó á declararles, que convenia que el Hijo del hombre padeciese muchas cosas, y que fuese desechado por los Ancianos, y por los Príncipes de los Sacerdotes, y por los Escribas, y que fuese entregado á la muerte, y que resucitase despues de tres dias.
32 Y claramente decia esta palabra. Entónces Pedro tomándole aparte, comenzó á reñirle.
33 Mas él, volviéndose, y mirando á sus discípulos, amenazó á Pedro, diciendo: Quítateme delante, Satanás, porque no sabes las cosas que son de Dios, sino las que son de los hombres.
34 Y convocando al pueblo con sus discípulos, les dixo: Si alguno quiere seguirme, nié-

guese á sí mismo: y tome su
cruz, y sígame.
35 Porque el que quisiere sal-
var su vida, la perderá: mas el
que perdiere su vida por mí y
por el Evangelio, la salvará.
36 Porque ¿qué aprovechará
al hombre si grangeare todo el
mundo, y pierde su alma?
37 ¿O qué recompensa dará
el hombre por su alma?
38 Y quien se afrentare de
mí, y de mis palabras en medio
de esta generacion adúltera y
pecadora, el Hijo del hombre
tambien se afrentará de él,
quando viniere en la gloria de
su Padre acompañado de los
santos Angeles.
39 Y les decia: En verdad os
digo, que hay algunos de los que
están aquí, que no gustarán la
muerte, hasta que vean el reyno
de Dios, que viene con poder.

CAPITULO IX.

1 Y seis dias despues to-
mó Jesus consigo á
Pedro, y á Santiago, y á Juan;
y los llevó solos á un monte alto
en lugar apartado, y se trans-
figuró en presencia de ellos.
2 Y sus vestidos se tornáron
resplandecientes, y en extremo
blancos como la nieve, tanto,
que ningun batanero sobre la
tierra los puede hacer tan
blancos.
3 Y les apareció Elías con
Moyses: y estaban conversando
con Jesus.
4 Y tomando Pedro la pala-
bra, dixo á Jesus: Maestro,
bien será, que nos estemos aquí;
y hagamos tres tiendas; para tí
una, para Moises otra, y para
Elías otra;
5 Porque no sabia lo que se
decia: pues estaban atónitos de
miedo.
6 Y vino una nube, que les
hizo sombra; y salió una voz de
la nube, que decia: Este es mi
Hijo el muy amado, oidle.
7 Y mirando luego al rede
dor, no viéron mas á nadie con-
sigo, sino solamente á Jesus.
8 Y quando baxaban del
monte, les mandó, que á nadie
dixesen lo que habian visto,
hasta que el Hijo del hombre
hubiese resucitado de entre los
muertos.
9 Y tuviéron el caso en se-
creto, preguntándose entre sí,
qué seria aquello: Quando hu-
biere resucitado de entre los
muertos.
10 Y le preguntáron, dicien-
do: ¿Pues cómo dicen los Fari-
séos, y los Escribas, que Elías
debe venir primero?
11 El les respondió, y dixo:
Elías, quando vendrá primero,
reformará todas las cosas; y
como está escrito acerca del
Hijo del hombre, debe padecer
mucho, y será despreciado.
12 Mas dígoos, que Elías ya
vino, é hiciéron con él quanto
quisiéron, como está escrito
de él.
13 Y viniendo á sus discípu-
los, vió cerca de ellos una
grande multitud de gente, y que
los Escribas estaban disputando
con ellos.
14 Y todo el pueblo viendo á
Jesus, quedó suspenso, y llenos
de temor acudiéron corriendo á
saludarle.
15 Y les preguntó: ¿Qué es
de lo que estais disputando entre
vosotros?
16 Y respondiendo uno de

entre la gente, dixo: Maestro, te he trahido mi hijo, que está poseido de un espíritu mudo:
17 Y donde quiera, que le toma, le tira contra la tierra, y le hace echar espumarajos, y cruxir los dientes, y se va secando: y dixe á tus discípulos, que le lanzasen, y no pudiéron.
18 Jesus les respondió y dixo: ¡O generacion incrédula! ¿Hasta quándo estaré con vosotros? ¿Hasta quándo os sufriré? Traédmele á mí.
19 Y se le traxéron. Y luego que le vió, comenzó el espíritu á atormentarle; y estrellado contra la tierra, se revolcaba echando espumarajos.
20 Y preguntó al padre de él: ¿Quánto tiempo ha que le sucede esto? Y él dixo: Desde la infancia:
21 Y muchas veces le ha arrojado en el fuego, y en las aguas, para acabar con él. Mas si algo puedes, ayúdanos, apiadado de nosotros.
22 Y Jesus le dixo: Si puedes creer, todas las cosas son posibles para el que cree.
23 Y exclamando luego el padre del muchacho, decia con lágrimas: Creo, Señor: ayuda mi incredulidad.
24 Y quando vió Jesus, que la gente iba concurriendo en tropel, amenazó al espíritu inmundo, diciéndole: Espíritu sordo y mudo, yo te mando, sal de él: y no entres mas en él.
25 Entónces dando grandes alaridos, y maltratándolo mucho, salió de él, y quedó como muerto, de manera que muchos decian: Muerto está.
26 Mas tomándole Jesus por la mano, le ayudó á alzarse, y se levantó.
27 Y despues, que entró en la casa, sus discípulos le preguntaban aparte: ¿Por qué no le pudimos nosotros lanzar?
28 Y les dixo: Esta casta con nada puede salir, sino con oracion, y ayuno.
29 Y habiendo partido de allí, camináron mas allá de Galiléa, y no queria, que nadie lo supiese.
30 Y enseñaba á sus discípulos, y les decia: El Hijo del hombre será entregado en manos de hombres, y le harán morir, y despues de muerto resucitará al tercero dia.
31 Pero ellos no entendian esta palabra; y temian el preguntarle.
32 Y llegáron á Cafarnaum. Y quando estaban en la casa, les preguntaba: ¿Qué íbais tratando por el camino?
33 Mas ellos callaban, porque en el camino habian altercado entre sí, sobre quál de ellos seria el mayor.
34 Y sentándose, llamó á los doce, y les dixo: Si alguno quiere ser el primero, será el postrero de todos, y el siervo de todos.
35 Y tomando un niño, le puso en medio de ellos; y despues de haberlo abrazado, les dixo:
36 Qualquiera que recibiere á uno de estos niños en mi nombre, á mí recibe; y todo el que á mí recibiere, no recibe á mí, sino á aquel que me envió.
37 Y le respondió Juan, diciendo: Maestro, hemos visto á uno, que lanzaba demonios en tu nombre, que no nos sigue, y se lo vedamos.

38 Y dixo Jesus: No se lo vedeis; porque no hay ninguno, que haga milagro en mi nombre, y que pueda luego decir mal de mí.

39 Porque el que no es contra vosotros, por vosotros es.

40 Y qualquiera que os diere á beber un vaso de agua en mi nombre, porque sois de Cristo, en verdad os digo, que no perderá su galardon.

41 Y todo aquel que escandalizáre á uno de estos pequeñitos que creen en mí, mas le valdria que se le atase al cuello una piedra de las que mueve un asno, y que se le echara en el mar.

42 Y si tu mano te escandalizare, córtala: mas te vale entrar manco en la vida, que tener dos manos, é ir al infierno, al fuego que nunca se puede apagar:

43 En donde el gusano de aquellos no muere, y el fuego nunca se apaga.

44 Y si tu pie te escandaliza, córtale: mas te vale entrar coxo en la vida eterna, que tener dos pies, y ser echado en el infierno de fuego inextinguible:

45 En donde el gusano de aquellos no muere, y el fuego nunca se apaga.

46 Y si tu ojo te escandaliza, échale fuera: mas te vale entrar tuerto en el reyno de Dios, que tener dos ojos, y ser arrojado en el fuego del infierno:

47 En donde no muere el gusano de aquellos, y el fuego nunca se apaga.

48 Porque todos serán salados con fuego, y toda víctima será salada con sal.

49 Buena es la sal: mas si la sal perdiere su sabor, ¿con qué la sazonaréis? Tened sal en vosotros, y tened paz entre vosotros.

CAPITULO X.

1 Y partiéndose de allí se fué á los términos de la Judéa de la otra parte del Jordán; y volviéron las gentes á juntarse á él; y de nuevo los enseñaba como solia.

2 Y llegándose los Fariséos, le preguntaban por tentarle: Si es lícito al marido repudiar á su muger.

3 Mas el respondiendo, les dixo: ¿Qué os mandó Moises?

4 Ellos dixéron: Moises permitió escribir carta de divorcio, y repudiar.

5 Y Jesus les respondió, y dixo: Por la dureza de vuestro corazon os dexó escrito este mandamiento.

6 Pero al principio de la creacion, macho, y hembra los hizo Dios.

7 Por esto dexará el hombre á su padre, y á su madre, y se juntará á su muger,

8 Y serán dos en una carne. Así que no son ya dos, sino una carne.

9 Pues loque Dios juntó, el hombre no lo sepáre.

10 Y volviéron á preguntarle sus discípulos en casa sobre lo mismo.

11 Y les dixo: Qualquiera que repudiáre á su muger, y se casare con otra, adulterio comete contra aquella.

12 Y si la muger repudiáre á su marido, y se casare con otro, comete adulterio.

13 Y le presentaban unos ni-

ños para que los tocase. Mas los discípulos reñian á los que los presentaban.

14 Y quando lo vió Jesus, lo llevó muy á mal, y les dixo: Dexad los niños venir á mí, y no se lo estorbeis; porque de los tales es el reyno de Dios.

15 En verdad os digo: Que el que no recibiere el reyno de Dios como niño, no entrará en él.

16 Y abrazándolos, y poniendo sobre ellos las manos, los bendecia.

17 Y quando salió para ponerse en camino, corrió uno a él, é hincándosele de rodillas, le preguntaba: Maestro bueno, ¿qué haré para conseguir la vida eterna?

18 Y Jesus le dixo: ¿Por qué me dices bueno? Ninguno bueno, sino solo Dios.

19 Bien sabes los mandamientos: No hagas adulterio: No mates: No hurtes: No digas falso testimonio: No hagas engaño. Honra á tu padre, y á tu madre.

20 Mas él le respondió, diciendo: Maestro, todo esto he guardado desde mi juventud.

21 Y Jesus poniendo en él los ojos, le mostró agrado, y le dixo: Una sola cosa te falta: anda, vende quanto tienes, y dálo á los pobres, y tendrás tesoro en el Cielo; y vén, sígueme.

22 Mas él, afligido al oir esta palabra, se retiró triste; porque tenia muchas posesiones.

23 Y Jesus mirando al rededor, dixo á sus discípulos: ¡Con quánta dificultad entrarán en el reyno de Dios, los que tienen riquezas!

24 Y los discípulos se asombraban de sus palabras. Mas Jesus les respondió otra vez, diciendo: Hijitos, ¡quán dificil cosa es entrar en el reyno de Dios los que confian en las riquezas!

25 Mas fácil cosa es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar el rico en el reyno de Dios.

26 Ellos se maravillaban mas, y se decian unos á otros: ¿Y quién podrá salvarse?

27 Entónces mirándolos Jesus, dixo: Para los hombres cosa es esta, que no puede ser, mas no para Dios: porque para Dios todas las cosas son posibles.

28 Y comenzó Pedro á decirle: He aquí, que nosotros hemos dexado todas las cosas, y te hemos seguido.

29 Respondiendo Jesus, dixo: En verdad os digo, que no hay ninguno, que haya dexado casa, ó hermanos, ó padre, ó madre, ó hijos, ó tierras pcr mí, y por el Evangelio,

30 Que no reciba cien tantos, ahora en este tiempo, casas, y hermanos, y hermanas, y madres, é hijos, y tierras, con persecuciones, y en el siglo venidero la vida eterna.

31 Mas muchos primeros serán postreros, y postreros primeros.

32 Y estaban en el camino para subir á Jerusalém; y Jesus iba delante de ellos, y se maravillaban: y le seguian con miedo. Y volviendo á tomar aparte á los doce, comenzó á decirles las cosas, que habian de venir sobre él.

33 He aquí nosotros subimos

á Jerusalém, y el Hijo del hombre será entregado á los Príncipes de los Sacerdotes, y á los Escribas, y á los Ancianos, y le sentenciarán á muerte, y le entregarán á los Gentiles:
34 Y le escarnecerán, y le escupirán, y le azotarán, y le quitarán la vida: y al tercero dia resucitará.
35 Entónces se llegáron á él Santiago, y Juan hijos de Zebedéo, y le dixéron: Maestro, queremos, que nos concedas todo lo que te pidiéremos.
36 Y él les dixo: ¿Qué quereis que os haga?
37 Y dixéron: Concédenos, que nos sentemos en tu gloria, el uno á tu diestra, y el otro a tu siniestra.
38 Mas Jesus les dixo: No sabeis lo que os pedis: ¿Podeis beber el cáliz que yo bebo? ¿O ser bautizados con el bautismo, con que yo soy bautizado?
39 Y ellos le dixéron: Podemos. Y Jesus les dixo: Vosotros en verdad bebereis el cáliz, que yo bebo; y sereis bautizados con el bautismo, con que yo soy bautizado:
40 Mas sentarse á mi diestra, ó á mi siniestra, no es mio darlo á vosotros, sino á aquellos para quienes está aparejado.
41 Y quando los diez lo oyéron, comenzáron á indignarse contra Santiago y Juan.
42 Mas Jesus los llamó, y les dixo: Sabeis, que aquellos, que se ven mandar á las gentes, se enseñorean de ellas; y los Príncipes de ellas tienen potestad sobre ellas.
43 Mas no es así entre vosotros; ántes el que quisiere ser el mayor, será vuesto criado:
44 Y el que quisiere ser el primero entre vosotros, será siervo de todos.
45 Porque el Hijo del hombre no vino para ser servido; sino para servir, y dar su vida en rescate por muchos.
46 Y fuéron á Jerico, y al salir de Jerico él y sus discípulos y muchas gentes con ellos, Bartiméo el ciego, hijo de Timéo, estaba sentado junto al camino pidiendo limosna.
47 Y quando oyó, que era Jesus Nazareno, comenzó á dar voces, y decir, Jesus, hijo de David, ten misericordia de mí.
48 Y le reñian muchos para que callase. Mas él gritaba mucho mas: Hijo de David, ten misericordia de mí.
49 Y se paró Jesus, y le mandó llamar. Llaman pues al ciego, y le dicen: Ten buen ánimo; levántate, que te llama.
50 El arrojó su capa, y saltando se fué á él.
51 Y tomando Jesus la palabra le dixo: ¿Qué quieres que te haga? Y el ciego le dixo: Maestro, que vea.
52 Y Jesus le dixo: Anda, tu fe te ha sanado: Y luego vió, y le seguia por el camino.

CAPITULO XI.

1 Y quando se acercáron á Jerusalém y á Bethania cerca del monte de las Olivas, envia dos de sus discípulos,
2 Y les dice: Id al lugar que está enfrente de vosotros, y luego que entráreis en él, hallaréis un pollino atado, sobre el que no ha subido aun ningun hombre: desatadlo, y traedlo.

3 Y si alguno os dixere; ¿Qué haceis? decid, que el Señor lo ha menester. y luego os le dexará traer acá.
4 Y fuéron y halláron el pollino atado á la puerta fuera en la encrucijada; y lo desatan.
5 Y algunos de los que estaban allí, les decian: ¿Qué haceis desatando el pollino?
6 Ellos les respondiéron como Jesus les habia mandado, y se lo dexáron.
7 Y traéron el pollino á Jesus, y echáron sobre él sus ropas, y se sentó sobre él.
8 Y muchos tendiéron sus vestidos por el camino; y otros cortaban hojas de los árboles, y las tendian por el camino.
9 Y los que iban delante, y los que seguian detras, daban voces diciendo; Hosanna;
10 Bendito el que viene en el nombre del Señor; Bendito el reyno de nuestro padre David, el qual viene; Hosanna en las alturas.
11 Y entró en Jerusalém en el templo; y despues de haberlo reconocido todo, como fuese ya tarde, se salió á Betania con los doce.
12 Y otro dia, como saliéron de Betania, tuvo hambre.
13 Y viendo á lo léjos una higuera que tenia hojas, fué allá por si hallaria alguna cosa en ella; y quando llegó á ella, nada halló sino hojas; porque no era tiempo de higos.
14 Y respondiendo, le dixo: Nunca mas coma nadie fruto de tí para siempre. Y lo oyéron sus discípulos.
15 Vienen pues á Jerusalém. Y habiendo entrado en el templo, comenzó á echar fuera á los que vendian y compraban en el templo; y trastornó las mesas de los banqueros, y las sillas de los que vendian palomas.
16 Y no consentia que alguno trasportase mueble alguno por el templo;
17 Y les enseñaba, diciendo: ¿No está escrito: Mi casa, casa de oracion será llamada de todas las gentes? Mas vosotros la habeis hecho cueva de ladrones.
18 Quando lo supiéron los Príncipes de los Sacerdotes y los Escribas, buscaban como quitarle la vida; porque le temian, por quanto todo el pueblo estaba maravillado de su doctrina.
19 Y quando vino la tarde, se salió de la ciudad.
20 Y al pasar por la mañana, viéron que la higuera se habia secado de raiz.
21 Y se acordó Pedro, y le dixo: Maestro, cata ahí la higuera que maldixiste, como se ha secado.
22 Y respondiendo Jesus, les dixo: Tened fe de Dios.
23 En verdad os digo, que qualquiera que dixere á este monte: Levántate, y échate en el mar; y no dudare en su corazon, mas creyere que se hará quanto dixere, todo le será hecho.
24 Por tanto os digo, que todas las cosas que pidiéreis orando, creed, que las recibiréis; y os vendrán.
25 Y quando estuviéreis para orar, si teneis alguna cosa contra alguno, perdonadle; para que vuestro Padre, que está en los Cielos, os perdone tambien vuestros pecados.
26 Porque si vosotros no per-

donáreis, tampoco vuestro Padre, que está en los Cielos, os perdonará vuestros pecados.

27 Y volviéron otra vez á Jerusalém. Y andando él por el templo, se llegáron á él los Príncipes de los Sacerdotes, y los Escribas, y los Ancianos;

28 Y le dixéron; ¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿y quién te ha dado esta potestad para hacer esas cosas?

29 Y Jesus les respondió, y dixo: Yo tambien os haré una pregunta, y respondedme; y os diré, con qué autoridad hago estas cosas.

30 ¿El bautismo de Juan era del Cielo, ó de los hombres? Respondedme.

31 Y ellos estaban entre sí pensando, y decian: Si dixéremos, que del Cielo, nos dirá: ¿Por qué no lo creísteis?

32 Si dixéremos, de los hombres, tememos al pueblo. Porque todos estaban persuadidos, que Juan era verdaderamente Profeta.

33 Y respondiéron á Jesus, diciendo: No lo sabemos. Y Jesus les respondió, y dixo: Pues ni yo tampoco os diré, con que autoridad hago estas cosas.

CAPITULO XII.

1 Y comenzó á hablarles por parábolas: Un hombre plantó una viña, y la cercó con vallado, y cavó un lagar, y edificó una torre, y la arrendó á unos labradores, y se fué léjos de su tierra.

2 Y á su tiempo envió uno de sus siervos á los labradores, para que recibiese de los labradores el fruto de la viña.

3 Ellos asiendo de él, le hiriéron, y le enviáron vacío:

4 Y volvió á enviarles otro siervo; y le hiriéron en la cabeza, y le hiciéron muchos escarnios.

5 Y de nuevo envió otro, y le matáron; y otros muchos; de los quales á unos hiriéron, y á otros matáron.

6 Mas como tuviese aun un hijo, á quien amaba tiernamente, se le envió támbien el postrero, diciendo: tendrán respeto á mi hijo.

7 Pero los labradores dixéron entre sí: Este es el heredero; venid, matémosle, y será nuestra la heredad.

8 Y travando de él, le matáron; y le echáron fuera de la viña.

9 ¿Qué hará pues el dueño de la viña? Vendrá, y acabará con los labradores, y dará la viña á otros.

10 ¿No habeis leído esta escritura: La piedra, que desecháron los que edificaban, esta es puesta por la principal de la esquina:

11 Por el Señor ha sido hecho esto; y es cosa maravillosa en nuestros ojos?

12 Y buscaban medios de prenderle: mas temiéron al pueblo; porque entendiéron, qué contra ellos habia dicho esta parábola. Y dexándole, se fuéron.

13 Y le enviáron algunos de los Fariséos y de los Herodianos, para que le tomasen en alguna palabra.

14 Ellos viniendo le dicen: Maestro, sabemos que eres hombre veraz, y que no atiendes á respetos humanos: porque no

miras á los hombres por la apariencia, sino que enseñas el camino de Dios segun verdad: ¿Es lícito dar tributo al César, ó no se lo daremos?

15 El, entendiendo la superchería de ellos, les dixo: ¿Por qué me tentais? traedme acá un denario, para verlo.

16 Y ellos se lo traéron. Y les dixo: ¿Cuya es esta figura, y letrero? Del César, le respondiéron.

17 Y Jesus respondió, y les dixo: Pues dad al César, lo que es del César; y á Dios, lo que es de Dios. Y se maravillaban de ello.

18 Y viniéron á él los Sadducéos, que niegan la resurreccion, y le preguntaban, diciendo:

19 Maestro, Moises nos dexó escrito, que si muriere el hermano de alguno, y dexare muger, y no tuviere hijos, que tome su hermano la muger de él, y que levante linage á su hermano.

20 Pues eran siete hermanos; y el mayor tomó muger, y murió sin dexar sucesion.

21 El segundo la tomó, y murió tambien sin dexar hijos. Y el tercero de la misma manera.

22 Y así mismo la tomáron los siete, y no dexáron hijos. Y la postrera de todos murió tambien la muger.

23 ¿Al tiempo pues de la resurreccion, quando volvieren á vivir, de qual de estos será muger? porque todos siete la tuviéron por muger.

24 Y respondiendo Jesus, les dixo: ¿No veis que errais, porque no comprehendeis las Escrituras, ni la virtud de Dios?

25 Porque quando resuciten rán de entre los muertos, ni se casarán, ni serán dados en casamiento, sino que serán como los Angeles en los Cielos.

26 ¿Y de los muertos que hayan de resucitar, no habeis leido en el libro de Moises, como Dios le habló sobre la zarza, diciendo: Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob?

27 No es Dios de muertos, sino de vivos. Y así vosotros errais mucho.

28 Y se llegó uno de los Escribas, que los habia oido disputar, y viendo que les habia respondido bien, le preguntó qual era el primero de todos los Mandamientos.

29 Y Jesus le respondió: El primer mandamiento de todos es: Escucha Israél, el Señor tu Dios un solo Dios es:

30 Y amarás al Señor tu Dios de todo tu corazon, y de toda tu alma, y de todo tu entendimiento, y de todas tus fuerzas. Este es primer el Mandamiento.

31 Y el segundo semejante es á él: Amarás á tu próximo como á tí mismo. No hay otro Mandamiento mayor que estos.

32 Y le dixo el Escriba: Maestro, en verdad has dicho bien, que uno es Dios, y no hay otro fuera de él.

33 Y que amarle de todo corazon, y de todo entendimiento, y de toda el alma, y de todo poder; y amar al próximo como á sí mismo, es mas que todos los holocaustos, y sacrificios.

34 Jesus, quando vió que habia respondido sabiamente, le dixo: No estás léjos del reyno

de Dios. Y ya ninguno se atrevia á preguntarle.
35 Y respondiendo Jesus decia, enseñando en el templo: ¿Cómo dicen los Escribas, que el Cristo es hijo de David?
36 Porque el mismo David por Espíritu Santo, dice: Dixo el Señor á mi Señor, siéntate á mi derecha, hasta que ponga tus enemigos por tarima de tus pies.
37 Pues el mismo David le llama Señor: ¿De dónde pues es su hijo? Y una grande multitud de pueblo le oia con gusto.
38 Y les decia en su doctrina: Guardaos de los Escribas, que gustan de andar con ropas largas, y que los saluden en las plazas,
39 Y estar en las Sinagogas en las primeras sillas, y en las cenas en los primeros asientos:
40 Que devoran las casas de las viudas con pretexto de largas oraciones: estos serán juzgados con mayor rigor.
41 Y estando Jesus sentado de frente al arca de las ofrendas, estaba mirando como echaban las gentes el dinero en el arca: y muchos ricos echaban mucho.
42 Y vino una pobre viuda, y echó dos pequeñas piezas del valor de un quadrante,
43 Y llamando á sus discípulos, les dixo: En verdad os digo, que mas echó esta pobre viuda, que todos los otros que echáron en el arca.
44 Porque todos han echado de aquello que les sobraba; mas esta de su pobreza echó todo lo que tenia, todo su sustento.

CAPITULO XIII.

1 Y al salir del templo, le dixo uno de sus discípulos: Maestro, mira que piedras, y que fábrica.
2 Y respondiendo Jesus, le dixo: ¿Vés todos estos grandes edificios? No quedará piedra sobre piedra, que no sea derribada.
3 Y estando sentado en el monte del Olivar de cara al templo, le preguntaban aparte Pedro, y Santiago, y Juan, y Andrés:
4 Dinos, ¿quando serán estas cosas? ¿y que señal habrá, quando todas estas cosas comenzarán á cumplirse?
5 Y respondiéndoles Jesus, comenzó á decirles: Guardáos, que nadie os engañe:
6 Porque muchos vendrán en mi nombre, que dirán: yo soy: y engañarán á muchos.
7 Mas quando oyereis de guerras, y de rumores de guerras, no temais; porque conviene, que esto sea; mas aun no será el fin.
8 Porque se levantará gente contra gente, y reyno contra reyno, y habrá terremotos por los lugares, y hambres. Esto será principio de dolores.
9 Mas guardáos á vosotros mismos. Porque os entregarán en los concilios, y sereis azotados en las Sinagogas, y comparecereis ante los Gobernadores y Reyes por mí, en testimonio á ellos.
10 Y ante todas cosas conviene, que sea predicado el Evangelio á todas las gentes.
11 Y quando os llevaren para entregaros, no premediteis lo que habeis de hablar; mas decid lo que os fuere dado en aquella hora; porque no sois vosotros los que hablais, sino el Espíritu Santo.

12 Y el hermano entregará al
hermano á la muerte, y el padre
al hijo; y los hijos se levantarán
contra los padres, y los matarán.
13 Y seréis aborrecidos de
todos por mi nombre. Mas el
que perseverare hasta el fin,
este será salvo.
14 Y quando viéreis la abomi-
nacion de la desolacion estar, en
donde no debe; quien lee, en-
tienda; entónces los que estén
en la Judéa, huyan á los montes:
15 Y el que esté sobre el
tejado, no descienda á la casa,
ni entre dentro para tomar algu-
na cosa de su casa:
16 Y el que estuviere en el
campo, no vuelva atrás para to-
mar su vestido.
17 ¡Mas ay de las preñadas,
y de las que criaren en aquellos
dias!
18 Rogad pues, que no sean
estas cosas en invierno.
19 Porque aquellos dias serán
tribulaciones tales, quales no
fuéron desde el principio de las
criaturas, que hizo Dios hasta
ahora, ni serán.
20 Y si el Señor no hubiera
abreviado aquellos dias, no se
salvaria ninguna carne; mas por
amor de los escogidos, que esco-
gió, abrevió aquellos dias.
21 Entónces si alguno os di-
xere: He aquí está el Cristo,
ó hételo allí, no lo creais.
22 Porque se levantarán fal-
sos Cristos, y falsos Profetas, y
darán señales y portentos, para
engañar, si puede ser, aun á los
escogidos.
23 Estad pues vosotros sobre
aviso: He aquí que todo os lo
dixe de antemano.
24 Mas en aquellos dias, des-
pues de aquella tribulacion, se
obscurecerá el Sol, y la Luna
no dará su resplandor,
25 Y caerán las estrellas del
Cielo, y se moverán las virtudes
que están en los Cielos.
26 Y verán entónces al Hijo
del hombre, que vendrá en las
nubes con gran poder y gloria.
27 Y entónces enviará sus
Angeles, y juntará sus escogidos
de los quatro vientos, desde el
un cabo de la tierra hasta el ca-
bo del Cielo.
28 Y de la higuera aprended
una semejanza. Quando sus ra-
mos están ya tiernos, y las hojas
nacidas, conoceis que está cerca
el Estío:
29 Pues así tambien quando
viéreis, que acontecen estas co-
sas, sabed que está cerca á las
puertas.
30 En verdad os digo, que no
pasará esta generacion, que todo
esto no sea cumplido.
31 El Cielo y la tierra pasarán,
mas mis palabras no pasarán.
32 Mas de aquel dia, y de
aquella hora nadie sabe, ni los
Angeles en el Cielo, ni el Hijo,
sino el Padre.
33 Estad sobre aviso, velad, y
orad; porque no sabeis, quando
será el tiempo.
34 Así como un hombre, que
partiéndose léjos, dexó su casa,
y encargó á cada uno de sus
siervos todo lo que debia hacer,
y mandó al portero, que velase.
35 Velad pues, porque no sa-
beis, quando vendrá el dueño de
la casa; si de tarde, ó á media
noche, ó al canto del gallo, ó á
la mañana.
36 No sea que quando viniere
de repente, os halle durmiendo.
37 Y lo que á vosotros digo,
á todos lo digo: Velad.

CAPITULO XIV.

1 Y dos dias despues era la
Pascua, y los Azi-
mos; y los Príncipes de los Sa-
cerdotes, y los Escribas andaban
buscando como le prenderian
por engaño, y le harian morir.
2 Mas decian: No en el dia
de la fiesta, porque no se mo-
viese alboroto en el pueblo.
3 Y estando Jesus en Beta-
nia en casa de Simon el leproso,
sentado á la mesa, llegó una
muger, que traia un vaso de
alabastro de ungüento muy pre-
cioso de nardo espique, y que-
brando el vaso, derramó el bál-
samo sobre su cabeza.
4 Y algunos de los que habia
allí, lo llevaban muy á mal en-
tre sí mismos, y decian: ¿A
qué fin es este desperdicio de
ungüento?
5 Pues pudiera venderse este
unguento por mas de trescientos
denarios, y darse á los pobres.
Y bramaban contra ella.
6 Mas Jesus dixo: Dexadla:
¿por qué la molestais? buena
obra ha hecho conmigo.
7 Porque siempre teneis po-
bres con vosotros; y quando qui-
siéreis, les podeis hacer bien;
mas á mí no siempre me teneis.
8 Hizo esta lo que pudo; se
adelantó á ungir mi cuerpo para
la sepultura.
9 En verdad os digo, que don-
de quiera que fuere predicado
este Evangelio por todo el mun-
do, tambien lo que esta ha he-
cho será contado en memoria de
ella.
10 Y Júdas Iscariotes, uno de
los doce, fué á los Príncipes de
los Sacerdotes, para entregár-
sele.
11 Ellos, quando lo oyéron,
se holgáron; y prometiéron dar-
le dinero. Y buscaba ocasion
oportuna para entregarle.
12 Y el primer dia de los
Azimos, quando sacrificaban la
Pascua, le dicen sus discípulos:
¿Dónde quieres, que vamos á
disponerte, para que comas la
Pascua?
13 Y envia dos de sus discí-
pulos, y les dice: Id á la ciudad,
y encontraréis un hombre, que
lleva un cántaro de agua, se-
guidle:
14 Y en donde quiera que en-
trare, decid al dueño de la casa,
el Maestro dice: ¿Donde está
el aposento, en donde he de co-
mer la Pascua con mis discí-
pulos?
15 Y él os mostrará un cená-
culo grande, aderezado: dispo-
ned allí para nosotros.
16 Y partiéron los discípulos,
y fuéron á la ciudad; y lo ha-
lláron, como les habia dicho, y
aderezáron la Pascua.
17 Y llegada la tarde, fué con
los doce.
18 Y quando estaban senta-
dos, y comiendo á la mesa, les
dixo Jesus: En verdad os digo,
que uno de vosotros, que come
conmigo, me entregará.
19 Entónces ellos comenzá-
ron á entristecerse, y á decirle
cada uno por sí? Acaso soy yo?
20 Y él les respondió: Uno
de los doce, el que mete conmi-
go la mano en el plato.
21 Y el Hijo del hombre va
en verdad, como está escrito de
él: ¡mas ay de aquel hombre,
por quien será entregado el Hijo
del hombre! Bueno le fuera á
aquel hombre, si nunca hubiera
nacido.

22 Y estando ellos comiendo, tomó Jesus el pan, y bendiciéndolo, lo partió, y les dió, y dixo: Tomad, este es mi cuerpo.

23 Y tomando el cáliz, dando gracias, se lo alargó; y bebiéron de él todos.

24 Y les dixo: Esta es mi sangre del nuevo Testamento, que por muchos será derramada.

25 En verdad os digo, que no beberé ya de este fruto de vid hasta aquel dia, que lo beberé nuevo en el reyno de Dios.

26 Y dicho el hymno, saliéron al monte del Olivar.

27 Y Jesus les dixo: Todos sereis escandalizados en mí esta noche; porque escrito está: Heriré al Pastor, y se descarriarán las ovejas.

28 Mas despues que resucitare, iré ántes que vosotros á Galiléa.

29 Y Pedro le dixo: Aunque todos en tí se escandalicen, mas no yo.

30 Y Jesus le dixo: En verdad te digo, que tú, hoy en esta noche, ántes que el gallo haya cantado dos veces, me negarás tres veces.

31 Pero él con mayor porfia decia: Aunque sea menester que yo muera juntamente contigo, no te negaré. Y lo mismo tambien decian todos.

32 Y fuéron á una heredad, llamada Getsemaní. Y dixo á sus discípulos: Sentaos aquí, miéntras que hago oracion.

33 Y llevó consigo á Pedro, y á Santiago, y á Juan; y comenzó á atemorizarse, y á angustiarse.

34 Y les dixo: Mi alma está triste hasta la muerte; esperad aquí, y velad.

35 Y habiendo ido adelante un poco, se postró en tierra; y pedia, que si ser pudiese, pasase de él aquella hora:

36 Y dixo: Abba padre, todas las cosas te son posibles; traspasa de mí este cáliz: mas no lo que yo quiero, sino lo que tú.

37 Y vino, y los halló durmiendo. Y dixo á Pedro: ¿Simon, duermes? ¿no has podido velar una hora?

38 Velad, y orad, para que no entreis en tentacion. El espíritu en verdad está pronto, mas la carne enferma.

39 Y fué otra vez á orar, diciendo las mismas palabras.

40 Y vuelto, los halló de nuevo dormidos; porque sus ojos estaban cargados, y no sabian, qué responderle.

41 Y vino la tercera vez, y les dixo: Dormid ya, y reposad. Basta; la hora es llegada; ved que el Hijo del hombre va á ser entregado en manos de pecadores.

42 Levantaos, vamos. He aquí el que me ha de entregar, está cerca.

43 Y estando aun él hablando, llega Júdas Iscariotes, uno de los doce, y con él un grande tropel de gente, con espadas, y palos, de parte de los Príncipes de los Sacerdotes, y de los Escribas, y de los Ancianos.

44 Y el traidor les habia dado una señal, diciendo: Aquel que yo besare, aquel es; prendedle, y llevadle con cuidado.

45 Y quando llegó, se acercó luego á él, y dixo: Maestro, Dios te guarde; y le besó.

46 Entónces ellos le echáron las manos, y le prendiéron.

47 Y uno de los que estaban con Jesu-Cristo, sacando la espada, hirió á un siervo del Sumo Sacerdote; y le cortó la oreja.

48 Y tomando Jesus la palabra, les dixo: ¿Como á ladron habeis salido á prenderme con espadas, y con palos?

49 Cada dia estaba con vosotros enseñando en el templo, y no me prendísteis. Mas para que se cumplan las Escrituras.

50 Entónces desamparándole sus discípulos, huyéron todos.

51 Y un mancebo iba en pos de él, cubierto de una sábana sobre el cuerpo desnudo; y le asiéron.

52 Mas él, soltando la sábana, se les escapó desnudo.

53 Y lleváron á Jesus á casa del Sumo Sacerdote; y se juntáron todos los Sacerdotes, y los Escribas, y los Ancianos.

54 Mas Pedro le fué siguiendo á lo léjos hasta dentro del palacio del Sumo Sacerdote; y se estaba sentado al fuego con los Ministros, calentándose.

55 Y los Príncipes de los Sacerdotes, y todo el concilio buscaban algun testimonio contra Jesus para hacerle morir, y no lo hallaban.

56 Porque muchos decian testimonio falso contra él; mas no concordaban sus testimonios.

57 Y levantándose unos, atestiguaban falsamente contra él, diciendo:

58 Nosotros le hemos oido decir: Yo destruiré este templo hecho de mano, y en tres dias edificaré otro no hecho de mano.

59 Y no se concertaba el testimonio de ellos.

60 Y levantándose en medio el Sumo Sacerdote, preguntó á Jesus, diciendo: ¿No respondes alguna cosa, á lo que estos atestiguan contra tí?

61 Mas él callaba, y nada respondió. Le volvió á preguntar el Sumo Sacerdote, y le dixo: ¿Eres tú el Cristo, el Hijo de Dios bendito?

62 Y Jesus le dixo: Yo soy: y vereis al Hijo del hombre sentado á la diestra del poder de Dios, y venir con las nubes del Cielo.

63 Entónces el Sumo Sacerdote, rasgando sus vestiduras, dixo: ¿Qué necesitamos ya de testigos?

64 ¿Habeis oido la blasfemia? ¿Qué os parece? Y le condenáron todos ellos á que era reo de muerte.

65 Y algunos comenzáron á escupirle, y cubriéndole la cara, le daban golpes, y le decian: Adivina: y los Ministros le daban de bofetadas.

66 Y estando Pedro abaxo en el átrio, llegó una de las criadas del Sumo Sacerdote:

67 Y quando vió á Pedro, que se calentaba, clavando en él los ojos, le dixo: Y tú con Jesus Nazareno estabas.

68 Mas él lo negó, y dixo: Ni le conozco, ni sé, lo que dices. Y se salió fuera delante del átrio, y cantó el gallo.

69 Y viéndole de nuevo la criada, comenzó á decir á los que estaban presentes: Este de ellos es.

70 Mas él lo negó otra vez. Y poco despues los que allí estaban, decian á Pedro: Verdaderamente tú de ellos eres; porque eres tambien Galiléo.

71 Y él comenzó á malde-

cirse, y á jurar: No conozco á ese hombre, que decis.

72 Y en el mismo punto cantó el gallo la segunda vez. Y se acordó Pedro de la palabra, que Jesus le habia dicho: Antes que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces. Y comenzó á llorar.

CAPITULO XV.

1 Y luego por la mañana teniendo consejo los Príncipes de los Sacerdotes con los Ancianos, y los Escribas, y todo el concilio, haciendo atar á Jesus, le lleváron, y entregáron á Pilato.

2 Y Pilato le preguntó: ¿Eres tú el Rey de los Judíos? Y él respondiendo le dixo: Tú lo dices.

3 Y los Príncipes de los Sacerdotes le acusaban de muchas cosas.

4 Y Pilato le preguntó otra vez, diciendo: ¿No respondes nada? mira, de quántas cosas te acusan.

5 Mas Jesus ni aun con eso respondió, de modo que se maravillaba Pilato.

6 Pero acostumbraba en el dia de la fiesta dar libertad á uno de los presos, qualquiera que ellos pidiesen.

7 Y habia uno llamado Barrabás, que estaba preso con otros sediciosos, por haber hecho una muerte en una revuelta.

8 Y como concurriese el pueblo, comenzó á pedirle la gracia que siempre les hacia.

9 Y Pilato les respondió, y dixo: ¿Quereis que os suelte al Rey de los Judíos?

10 Porque sabia, que por envidia lo habian entregado los Príncipes de los Sacerdotes.

11 Mas los Pontífices incitáron á la gente, para que les soltase ántes á Barrabás.

12 Y Pilato les respondió, y dixo otra vez: ¿Pues que quereis que haga del Rey de los Judíos?

13 Y ellos volviéron á gritar: Crucifícale.

14 Mas les decia Pilato: ¿Pues que mal ha hecho? Y ellos gritaban mas: Crucifícale.

15 Y Pilato, queriendo contentar al pueblo, les puso en libertad á Barrabás, y despues de haber hecho azotar á Jesus, le entregó, para que le crucificasen.

16 Y los soldados le lleváron al átrio del Pretorio, y convocan toda la cohorte,

17 Y le visten de púrpura, y texiendo una corona de espinas, se la pusiéron.

18 Y comenzáron á saludarle: Dios te salve, Rey de los Judíos.

19 Y le herian en la cabeza con una caña; y le escupian; é hincando las rodillas, le adoraban.

20 Y despues de haberle escarnecido, le desnudáron de la púrpura, y le vistiéron sus ropas; y le sacan fuera para crucificarle.

21 Y compeliéron á uno que pasaba, Simon Cirenéo, que venia de una granja, padre de Alexandro, y de Rufo, á que cargase con la Cruz de Jesus.

22 Y lo llevan á un lugar llamado Gólgota; que se interpreta lugar de la Calavera.

23 Y le daban á beber vino mezclado con mirra, y no lo tomó.

24 Y despues de haberle crucificado, repartiéron sus ropas, echando suertes sobre ellas, para ver lo que llevaria cada uno.
25 Era pues la hora de tercia, quando le crucificáron.
26 Y el título de su causa tenia esta inscripcion: EL REY DE LOS JUDIOS.
27 Y crucificáron con él dos ladrones; el uno á su derecha, y el otro á su izquierda.
28 Y se cumplió la Escritura, que dice: Y fué contado con los malos.
29 Y los que pasaban, blasfemaban de él, moviendo sus cabezas, y diciendo: Ah, el que derribas el templo de Dios, y en tres dias lo reedificas:
30 Sálvate á tí mismo, y desciende de la Cruz.
31 Y de esta manera, escarneciéndole tambien los Príncipes de los Sacerdotes con los Escribas, decian unos á otros: A otros salvó, á sí mismo no puede salvar.
32 El Cristo, el Rey de Israél descienda ahora de la Cruz, para que lo veamos, y creamos. Tambien los que estaban crucificados con él, le denostaban.
33 Y quando fué hora de sexta, se cubrió de tinieblas toda la tierra hasta la hora de nona.
34 Y á la hora de nona exclamó Jesus con grande voz, diciendo: ELOI, ELOI, LAMMA SABACTHANI? que quiere decir: ¿Dios mio, Dios mio, por qué me has desamparado?
35 Y algunos, de los que estaban presentes, quando lo oyéron, decian: Mirad, á Elías llama.
36 Y corriendo uno, y empapando una esponja en vinagre, y atándola en una caña, le daba á beber, diciendo: Dexad, veamos si viene Elías á quitarle.
37 Mas Jesus, dando una grande voz, espiró.
38 Y se rasgó el velo del templo en dos partes, de alto á baxo.
39 Y quando el Centurion, que estaba enfrente, vió, que así clamando habia espirado, dixo: Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios.
40 Y habia tambien allí unas mugeres mirando de léjos: entre las quales estaba María Magdalena, y María madre de Santiago el menor, y de Josef, y Salomé:
41 Las quales, quando estaba en Galiléa, le seguian, y le servian; y otras muchas, que juntamente con él habian subido á Jerusalém.
42 Y quando se hizo ya tarde, pues era la Parasceve, que es la víspera del Sábado,
43 Vino Josef de Arimatéa, ilustre Senador, que tambien él esperaba el reyno de Dios, y entró osadamente á Pilato, y pidió el cuerpo de Jesus.
44 Y Pilato se maravillaba de que tan pronto hubiese muerto: y llamando al Centurion, le preguntó, si era ya muerto.
45 Y despues que lo supo del Centurion, dió el cuerpo á Joseph.
46 Y Josef compró una sábana, y quitándole, lo envolvió en la sábana, y lo puso en un sepulcro, que estaba abierto en piedra, y arrimó una losa á la boca del sepulcro.
47 Y María Magdalena, y María madre de Josef miraban, donde le ponian.

CAPITULO XVI.

1 Y como pasó el sábado,
María Magdalena, y
María madre de Santiago, y Sa-
lomé compráron aromas para ir
á embalsamar á Jesus.
2 Y muy de mañana el pri-
mero de los sábados vienen al
sepulcro, salido ya el Sol.
3 Y decian entre sí: ¿Quién
nos quitará la losa de la puerta
del sepulcro?
4 Mas reparando, viéron re-
vuelta la losa; porque era muy
grande.
5 Y entrando en el sepulcro,
viéron un mancebo sentado al
lado derecho, cubierto de una
ropa blanca, y se pasmáron.
6 El les dice: No os asusteis;
Buscais á Jesus Nazareno, el
que fué crucificado: ha resuci-
tado; no está aquí; ved aquí el
lugar, en donde le pusiéron.
7 Mas id, y decid á sus discí-
pulos, y á Pedro, que va delante
de vosotros á Galiléa: allí lo ve-
reis, como os dixo.
8 Y ellas saliendo huyéron
del sepulcro; porque las habia
tomado temor y espanto, y á na-
die dixéron nada, porque esta-
ban poseidas de miedo.
9 Mas habiendo resucitado por
la mañana, el primer dia de la
semana, apareció primeramente
á María Magdalena, de la qual
habia lanzado siete demonios.
10 Ella lo fué á decir, á los
que habian estado con él, que
estaban afligidos, y llorando.
11 Y ellos, quando oyéron
que estaba vivo, y que ella le
habia visto, no lo creyéron.
12 Mas despues de esto se
mostró en otra forma á dos de
ellos, que iban á una aldea:
13 Y estos fuéron á decirlo á
los otros; y tampoco los cre-
yéron.
14 Finalmente estando senta-
dos á la mesa los once, se les
apareció; y les afeó su incredu-
lidad, y dureza de corazon; por
no haber creido á los que le ha-
bian visto resucitado.
15 Y les dixo: Id por todo el
mundo, y predicad el Evangelio
á toda criatura.
16 El que creyere, y fuére
bautizado, será salvo; mas el
que no creyere, será condenado.
17 Y estas señales seguirán á
los que creyeren: Lanzarán de-
monios en mi nombre; hablarán
nuevas lenguas;
18 Quitarán serpientes; y si
bebieren alguna cosa mortífera,
no les dañará; pondrán las manos
sobre los enfermos, y sanarán.
19 Y el Señor Jesus despues
que les habló, fué recibido arri-
ba en el Cielo, y está sentado á
la diestra de Dios.
20 Y ellos saliéron, y predi-
cáron en todas partes, obrando
el Señor con ellos, y confirman-
do su doctrina con los milagros,
que la acompañaban.

EL SANTO EVANGELIO

DE JESU-CRISTO

SEGUN SAN LUCAS.

CAPITULO I.

1 YA que muchos han in-
tentado poner en ór-
den la narracion de las cosas,
que entre nosotros han sido cum-
plidas;
2 Como nos las contáron los
que desde el principio las viéron
por sus ojos, y fuéron ministros
de la palabra;
3 Me ha parecido tambien á
mí, despues de haberme muy
bien informado, como pasáron
desde el principio, escribírtelas
por órden, ó buen Teófilo.
4 Para que conozcas la ver-
dad de aquellas cosas, en que
has sido instruido.
5 Hubo en los dias de Heró-
des, Rey de Judéa, un Sacer-
dote nombrado Zacârías, de la
suerte de Abías; y su muger de
las hijas de Aaron; y el nombre
de ella Elisabeth.
6 Y eran ambos justos delante
de Dios, caminando irreprehen-
siblemente en todos los manda-
mientos y estatutos del Señor,
7 Y no tenian hijo; porque
Elisabeth era estéril; y ambos
eran abanzados en sus dias.
8 Y aconteció, que exercien-
do Zacârías su ministerio de
Sacerdote delante de Dios en el
órden de su vez,
9 Segun la costumbre del Sa-
cerdocio, salió por su suerte á
poner el incienso, entrando en
el templo del Señor;
10 Y toda la muchedumbre
del pueblo estaba fuera orando
á la hora del incienso.
11 Y se le apareció el Angel
del Señor, puesto en pie á la
derecha del altar del incienso.
12 Y Zacârías al verle se
turbó, y cayó temor sobre él.
13 Mas el Angel le dixo: No
temas, Zacârías; porque tu ora-
cion ha sido oida; y tu muger
Elisabeth te parirá un hijo, y
llamarás su nombre Juan;
14 Y tendrás gozo y alegría,
y se gozarán muchos en su naci-
miento;
15 Porque será grande delan-
te del Señor; y no beberá vino,
ni sidra; y será lleno de Espíritu
Santo aun desde el vientre de su
madre;
16 Y á muchos de los hijos de
Israél convertirá al Señor el
Dios de ellos;
17 Porque él irá delante de
él con el espíritu, y virtud de
Elías, para convertir los cora-
zones de los padres á los hijos, y
los incrédulos á la prudencia de
los justos, para aparejar al Señor
un pueblo perfecto.
18 Y dixo Zacârías al An-
gel: ¿En que conoceré esto?
porque yo soy viejo, y mi muger
está abanzada en dias.
19 Y respondiendo el Angel,
le dixo: Yo soy Gabriél, que
asisto delante de Dios; y soy en-
viado á hablarte, y á traerte
esta feliz nueva.

20 Y tú quedarás mudo, y no podrás hablar hasta el dia en que esto sea hecho; porque no creiste á mis palabras, las quales se cumplirán á su tiempo.

21 Y el pueblo estaba esperando á Zacàrías; y se maravillaban, de que se tardase él en el templo.

22 Y quando salió, no les podia hablar; y entendiéron, que habia visto vision en el templo. Y él se lo significaba por señas, y quedó mudó.

23 Y quando fuéron cumplidos los dias de su ministerio, se fué á su casa:

24 Y despues de estos dias concibió Elisabeth su muger, y se estuvo escondida cinco meses, diciendo:

25 Porque el Señor me hizo esto en los dias, en que atendió á quitar mi oprobrio de entre los hombres.

26 Y al sexto mes el Angel Gabriel fué enviado de Dios á una ciudad de Galiléa, llamada Nazaréth,

27 A una Vírgen desposada con un varon, que se llamaba Joseph, de la casa de David, y el nombre de la Vírgen era María.

28 Y habiendo entrado el Angel, á donde estaba, dixo: Dios te salve, llena de gracia: El Señor es contigo: Bendita tú entre las mugeres.

29 Y quando ella esto oyó, se turbó con las palabras de él; y pensaba, qué salutacion fuese esta.

30 Y el Angel le dixo: No temas, María; porque has hallado gracia delante de Dios:

31 He aquí, concebirás en tu seno, y parirás un hijo, y llamarás su nombre Jesus.

32 Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y le dará el Señor Dios el trono de David su padre; y reynará en la casa de Jacob por siempre;

33 Y no tendrá fin su reyno.

34 Y dixo María al Angel: ¿Como será esto, porque no conozco varon?

35 Y respondiendo el Angel, le dixo: El Espíritu Santo vendrá sobre tí, y te hará sombra la virtud del Altísimo. Y por eso lo Santo, que nacerá de tí, será llamado Hijo de Dios.

36 Y he aquí Elisabeth tu parienta, tambien ella ha concebido un hijo en su vejez; y este es el sexto mes á ella, que es llamada la estéril:

37 Porque no hay cosa alguna imposible para Dios.

38 Y dixo María: He aquí la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra. Y se retiró el Angel de ella.

39 Y en aquellos dias levantándose María, fué con priesa á la montaña, á una ciudad de Judá:

40 Y entró en casa de Zacàrías, y saludó á Elisabeth.

41 Y quando Elisabeth oyó la salutacion de María, la criatura dió saltos en su vientre: Y fué llena Elisabeth de Espíritu Santo:

42 Y exclamó en alta voz, y dixo: Bendita tú entre las mugeres, y bendito el fruto de tu vientre.

43 ¿Y de donde esto á mí, que la madre de mi Señor venga á mí?

44 Porque he aquí luego que llegó la voz de tu salutacion á mis oidos, la criatura dió saltos de gozo en mi vientre

45 Y bienaventurada la que
creiste; porque cumplido será,
lo que te fué dicho de parte del
Señor.
46 Y dixo María: Mi alma
engrandece al Señor,
47 Y mi espíritu se regocijó
en Dios mi Salvador;
48 Porque miró la baxeza de
su esclava: pues ya desde ahora
me dirán bienaventurada todas
las generaciones;
49 Porque me ha hecho grandes cosas, el que es poderoso; y
santo el nombre de él.
50 Y su misericordia de generacion en generacion sobre
los que le temen.
51 Hizo valentía con su brazo; esparció á los soberbios del
pensamiento de su corazon.
52 Destronó á los poderosos,
y ensalzó á los humildes.
53 Hinchió de bienes á los
hambrientos; y á los ricos dexó
vacíos.
54 Recibió á Israél su siervo,
acordándose de su misericordia.
55 Así como habló á nuestros
padres, á Abraham, y á su descendencia por los siglos.
56 Y María se detuvo con ella
como tres meses; y se volvió á
su casa.
57 Mas á Elisabeth se le cumplió el tiempo de parir, y parió
un hijo.
58 Y oyéron sus vecinos, y
parientes, que el Señor habia
señalado con ella su misericordia; y se congratulaban con ella.
59 Y aconteció que al octavo
dia viniéron á circundidar al niño; y le llamaban del nombre de
su padre, Zacârías.
60 Y respondiendo su madre,
dixo: De ningun modo, sino Juan será llamado.
61 Y le dixéron: Nadie hay
en tu linage, que se llame con
este nombre.
62 Y preguntaban por señas
al padre del niño, cómo queria
que se le llamase.
63 Y pidiendo una tableta,
escribió, diciendo: Juan es su
nombre. Y se maravilláron todos.
64 Y luego fué abierta su boca, y su lengua, y hablaba bendiciendo á Dios.
65 Y vino temor sobre todos
los vecinos de ellos; y se extendiéron todas estas cosas por
todas las montañas de la Judéa:
66 Y todos los que las oian,
las conservaban en su corazon,
diciendo: ¿Quién pensais, que
será este niño? Porque la mano
del Señor era con él.
67 Y Zecârías su padre fué
lleno de Espíritu Santo, y profetizó, diciendo:
68 Bendito el Señor Dios de
Israél, porque visitó, é hizo la
redencion de su pueblo:
69 Y nos alzó el cuerno de
salud en la casa de David su
siervo.
70 Como habló por boca de
sus Santos Profetas, que ha habido de todo tiempo:
71 Salud de nuestros enemigos, y de mano de todos los que
nos aborrecen;
72 Para hacer misericordia
con nuestros padres, y acordarse
de su santo testamento.
73 El juramento, que juró á
nuestro padre Abraham, que él
daria á nosotros;
74 Para que librados de las
manos de nuestros enemigos, le
sirvamos sin temor,
75 En santidad, y en justicia
delante de él mismo, todos los
dias de nuestra vida.

76 Y tú, Niño, Profeta del Altísimo serás llamado; porque irás ante la faz del Señor, para aparejar sus caminos;

77 Para dar conocimiento de salud á su pueblo para la remision de sus pecados;

78 Por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, con que nos visitó de lo alto el Oriente,

79 Para alumbrar, á los que están de asiento en tinieblas, y en sombra de muerte; para enderezar nuestros pies á camino de paz.

80 Y el niño crecia, y era fortificado en espíritu; y estuvo en los desiertos hasta el dia, que se manifestó á Israél.

CAPITULO II.

1 Y aconteció en aquellos dias, que salió un edicto de César Augusto, para que fuese empadronado todo el mundo:

2 Este primer empadronamiento fué hecho por Círino, Gobernador de la Síria:

3 E iban todos á empadronarse cada uno á su ciudad.

4 Y subió tambien Josef de Galiléa de la ciudad de Nazaréth, á Judéa, á la ciudad de David, que se llama Betlehém; porque era de la casa y familia de David;

5 Para empadronarse con su esposa María, que estaba preñada.

6 Y estando allí, aconteció, que se cumpliéron los dias en que habia de parir.

7 Y parió á su Hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo recostó en un pesebre; porque no habia lugar para ellos en el meson.

8 Y habia unos pastores en aquella comarca, que estaban velando, y guardando las velas de la noche sobre su ganado.

9 Y he aquí se puso junto á ellos un Angel del Señor, y la claridad de Dios los cercó de resplandor, y tuviéron grande temor.

10 Y les dixo el Angel: No temais; porque he aquí os anuncio un grande gozo, que será á todo el pueblo:

11 Que hoy os es nacido el Salvador, que es el Cristo Señor, en la ciudad de David.

12 Y esta os será la señal: Hallaréis al Niño envuelto en pañales, y echado en un pesebre.

13 Y súbitamente apareció con el Angel una tropa numerosa de la milicia celestial, que alababan á Dios, y decian:

14 Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad.

15 Y aconteció, que luego que los Angeles se retiráron de ellos al Cielo, los pastores se decian los unos á los otros: Pasemos hasta Bethlehém, y veamos esto, que ha acontecido, lo qual el Señor nos ha mostrado.

16 Y fuéron apresurados, y halláron á María, y á Josef, y al Niño echado en el pesebre.

17 Y quando esto viéron, entendiéron lo que se les habia dicho acerca de aquel Niño.

18 Y todos los que lo oyéron, se maravilláron; y tambien de lo que les habian referido los pastores.

19 Mas María guardaba todas estas cosas, confiriéndolas en su corazon.

Publicanos, para que los bautizase, y le dixéron: ¿Maestro, qué haremos?
13 Y él les dixo: No exîjais mas de lo que os está ordenado.
14 Le preguntaban tambien los soldados, diciendo: ¿Y nosotros que haremos? Y les dixo: No maltrateis á nadie, ni le calumnieis, y contentaos con vuestro sueldo.
15 Y como el pueblo creyese, y todos pensasen en sus corazones, si por ventura Juan era el Cristo:
16 Respondió Juan, y dixo á todos: Yo en verdad os bautizo en agua; mas vendrá otro mas fuerte que yo, de quien no soy digno de desatar la correa de sus zapatos: él os bautizará en Espíritu Santo, y fuego:
17 Cuyo bieldo está en su mano, y limpiará su era, y allegará el trigo en su granero, y la paja quemará con fuego, que no se apaga.
18 Y así anunciaba otras muchas cosas al pueblo en sus exhortaciones.
19 Mas Heródes el Tetrarcâ, siendo reprehendido por él á causa de Herodías muger de su hermano, y de todos los males, que Heródes habia hecho,
20 Añadió á todos tambien este de hacer encerrar á Juan en la cárcel.
21 Y aconteció, que como recibiese el bautismo todo el pueblo, tambien fué bautizado Jesus, y estando él orando, se abrió el Cielo:
22 Y baxó sobre él el Espíritu Santo en figura corporal, como paloma; y se oyó esta voz del Cielo: Tú eres mi Hijo el amado, en tí me he complacido.
23 Y el mismo Jesus comenzaba á ser como de treinta años, hijo, segun se creia, de Josef, que lo fué de Helí, que lo fué de Matat,
24 Que lo fué de Leví, que lo fué de Melchi, que lo fué de Janne, que lo fué de Josef,
25 Que lo fué de Matatías, que lo fué de Amós, que lo fué de Nahum, que lo fué de Heslí, que lo fué de Nagge,
26 Que lo fué de Mahath, que lo fué de Matatías, que lo fué de Semei, que lo fué de Josef, que lo fué de Judá,
27 Que lo fué de Joanna, que lo fué de Resa, que lo fué de Zorobabél, que lo fué de Salatiél, que lo fué de Neri,
28 Que lo fué de Melchi, que lo fué de Addí, que lo fué de Cosán, que lo fué de Helmadán, que lo fué de Her,
29 Que lo fué de Jesus, que lo fué de Eliezer, que lo fué de Jorim, que lo fué de Matat, que lo fué de Leví,
30 Que lo fué de Simeón, que lo fué de Júdas, que lo fué de Josef, que lo fué de Jonás, que lo fué de Eliaquim.
31 Que lo fué de Melea, que lo fué de Menna, que lo fué de Matata, que lo fué de Natán, que lo fué de David,
32 Que lo fué de Jessé, que lo fué de Obed, que lo fué de Booz, que lo fué de Salmón, que lo fué de Naassón,
33 Que lo fué de Aminadab, que lo fué de Arám, que lo fué de Esron, que lo fué de Farés, que lo fué de Júdas,
34 Que lo fué de Jacob, que lo fué de Isaac, que lo fué de Abraham, que lo fué de Tare, que lo fué de Nacór,

35 Que lo fué de Sarug, que
lo fué de Ragau, que lo fué de
Faleg, que lo fué de Heber, que
lo fué de Salé,
36 Que lo fué de Cainán, que
lo fué de Arfaxad, que lo fué de
Sem, que lo fué de Noé, que lo
fué de Lamech,
37 Que lo fué de Matusalé,
que lo fué de Henoch, que lo
fué de Jared, que lo fué de Ma-
laleel, que lo fué de Cainán,
38 Que lo fué de Henós, que
lo fué de Seth, que lo fué de
Adám, que lo fué de Dios.

CAPITULO IV.

1 MAS Jesus lleno de Es-
píritu Santo, se vol-
vió del Jordán, y fué llevado por
el Espíritu al desierto
2 Y estuvo allí quarenta dias,
y le tentaba el diablo. Y no
comió nada en aquellos dias; y
pasados estos, tuvo hambre.
3 Y le dixo el diablo: Si Hi-
jo de Dios eres, dí á esta piedra,
que se vuelva pan.
4 Y Jesus le respondió: Es-
crito está: Que no vive el hom-
bre de solo pan, mas de toda pa-
labra de Dios.
5 Y le llevó el diablo á un
monte elevado, y le mostró todos
los reynos de la redondez de la
tierra en un momento de tiempo,
6 Y le dixo: Te daré todo
este poder, y la gloria de ellos;
porque á mí se me han dado, y
á quien quiero, los doy.
7 Por tanto, si postrado me
adoráres, serán todos tuyos.
8 Y respondiendo Jesus, le
dixo: Escrito está: A tu Señor
Dios adorarás, y á él solo ser-
virás.
9 Y le llevó á Jerusalém, y
lo puso sobre la almena del tem-
plo, y le dixo: Si eres el Hijo
de Dios, échate de aquí abaxo.
10 Porque escrito está, que á
sus Angeles mandó de tí, que te
guarden;
11 Y que te sostengan en sus
manos, para que no hieras tu pie
en alguna piedra.
12 Y respondiendo Jesus, le
dixo: Dicho está: No tentarás
al Señor tu Dios.
13 Y acabada toda tentacion,
se retiró de él el diablo hasta el
tiempo.
14 Y volvió Jesus en virtud
del Espíritu á Galiléa; y la fa-
ma de él se divulgó por toda la
tierra.
15 Y él enseñaba en las Si-
nagogas de ellos, y era aclamado
de todos.
16 Y fué á Nazaréth, en don-
de se habia criado, y entró segun
su costumbre el dia de Sábado
en la Sinagoga, y se levantó á
leer.
17 Y le fué dado el libro de
Isaías el Profeta. Y quando
desarrolló el libro, halló el lu-
gar, en donde estaba escrito:
18 El Espíritu del Señor sobre
mí; por lo que me ha ungido,
para dar buenas nuevas á los po-
bres me ha enviado, para sanar
á los quebrantados de corazon,
19 Para anunciar á los cauti-
vos redencion, y á los ciegos
vista, para poner en libertad á
los quebrantados, para publicar
el año favorable del Señor, y el
dia del galardon.
20 Y habiendo arrollado el
libro, se lo dió al ministro, y se
sentó. Y quantos habia en la
Sinagoga, tenian los ojos clava-
dos en él.
21 Y les empezó á decir:

Hoy se ha cumplido esta Escritura en vuestras orejas.

22 Y todos le daban testimonio; y se maravillaban de las
palabras de gracia, que salian
de su boca, y decian: ¿No es
este el hijo de Joseph?

23 Y les dixo: Sin duda me
direis esta semejanza: Médico
cúrate, á tí mismo; todas aquellas grandes cosas, que oimos
decir que hiciste en Cafarnaum,
hazlas tambien aquí en tu patria.

24 Y dixo: En verdad os digo, que ningun Profeta es acepto en su patria.

25 En verdad os digo, que
muchas viudas habia en Israél
en los dias de Elías, quando fué
cerrado el Cielo por tres años, y
seis meses, quando hubo una
grande hambre por toda la tierra;

26 Mas á ninguna de ellas fué
enviado Elías, sino á una muger
viuda en Sarepta de Sidonia.

27 Y muchos leprosos habia
en Israél en tiempo de Eliséo
Profeta; mas ninguno de ellos
fué limpiado, sino Naamán de
Syria.

28 Y fuéron en la Sinagoga
todos llenos de saña, oyendo esto.

29 Y se levantáron, y lo echáron fuera de la ciudad; y lo llevároa hasta la cumbre del monte,
sobre el qual estaba edificada su
ciudad, para despeñarlo.

30 Mas él, pasando por medio
de ellos, se fué.

31 Y baxó á Cafarnaum ciudad de la Galiléa, y allí los enseñaba en los Sábados.

32 Y se maravillaban de su
doctrina, porque era con autoridad su palabra.

33 Y habia en la Sinagoga
[illegible]mbre poseido de un demonio inmundo, y exclamó en voz
alta,

34 Diciendo: Déxanos, ¿qué
tienes tú con nosotros, Jesus de
Nazaréth? ¿has venido á destruirnos? conozco bien, quien
tú eres, el Santo de Dios.

35 Y Jesus le increpó, y dixo: Enmudece, y sal de él. Y
el demonio derribándolo en medio, salió de él, y no le hizo daño alguno.

36 Y quedáron todos llenos
de espanto, y se hablaban los
unos á los otros, diciendo: ¿Qué
cosa es esta, porque con poder,
y con virtud manda á los espíritus inmundos, y salen?

37 Y sonaba la fama de él por
todos los lugares de la comarca.

38 Y saliendo Jesus de la Sinagoga, entró en casa de Simon:
Y la suegra de Simon padecia
recias fiebres; y le rogáron por
ella.

39 E inclinándose ácia ella,
mandó á la fiebre; y la fiebre la
dexó. Y ella se levantó luego,
y les servia.

40 Y quando el Sol se puso,
todos los que tenian enfermos de
diversas enfermedades, se los
traian. Y él, poniendo las manos sobre cada uno de ellos, los
sanaba.

41 Y salian de muchos los demonios, gritando, y diciendo:
Que tú eres el Hijo de Dios; y
los reñia, y no les permitia decir,
que sabian, que él era el Cristo.

42 Y quando fué de dia, salió
para irse á un lugar desierto;
y las gentes le buscaban, y fuéron hasta donde él estaba; y le
detenian, para que no se apartase de ellos.

43 El les dixo: A las otras
ciudades es menester tambien

que yo anuncie el reyno de Dios;
pues para esto he sido enviado.
44 Y predicaba en las Sinagogas de la Galiléa.

CAPITULO V.

1 Y aconteció que atropellándose la gente, que
acudia á él para oir la palabra
de Dios, él estaba á la orilla del
lago de Genesaréth.
2 Y vió dos barcos, que estaban á la orilla del lago; y los
pescadores habian saltado en
tierra, y lavaban sus redes.
3 Y entrando en uno de estos
barcos, que era de Simón, le rogó, que le apartase un poco de
tierra. Y estando sentado enseñaba al pueblo desde el barco.
4 Y luego que acabó de hablar, dixo á Simón: Entra mas
adentro, y soltad vuestras redes
para pescar.
5 Y respondiendo Simón, le
dixo: Maestro, toda la noche
hemos estado trabajando, sin haber cogido nada; mas en tu palabra soltaré la red.
6 Y quando esto hubiéron hecho, cogiéron un tan crecido
número de peces, que se rompia
su red.
7 Y hiciéron señas á los otros
compañeros, que estaban en el
otro barco, para que viniesen á
ayudarlos. Ellos viniéron, y de
tal manera llenáron los dos barcos, que casi se sumergian.
8 Y quando esto vió Simón
Pedro, se arrojó á los pies de
Jesus, diciendo: Señor, apártate
de mí, que soy un hombre pecador.
9 Porque él, y todos los que
con él estaban, quedáron atónitos de la presa de los peces, que
habian cogido:
10 Y asimismo Santiago, y Juan, hijos de Zebedéo, que eran
compañeros de Simón. Y dixo
Jesus á Simón: No temas; desde aquí en adelante serás pescador de hombres.
11 Y tirados los barcos á tierra, lo dexáron todo, y le siguiéron.
12 Y aconteció, que estando
en una de aquellas ciudades, vino un hombre cubierto de lepra,
y quando vió á Jesus, se echó
rostro por tierra, y le rogó, diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme.
13 Y él extendiendo la mano,
le tocó diciendo: Quiero: Sé
limpio. Y luego desapareció de
él la lepra.
14 Y le mandó, que no lo
dixese á ninguno; mas vé, le
dixo, y muéstrate al Sacerdote,
y ofrece por tu limpieza, como
mandó Moysés, en testimonio á
ellos.
15 Y tanto mas se extendia
su fama; y acudian en tropas
los pueblos por oirle, y para ser
curados de sus enfermedades.
16 Mas él se retiraba al desierto á orar.
17 Y aconteció, que un dia
él estaba sentado enseñando. Y
habia tambien sentados allí unos
Fariséos, y Doctores de la Ley,
que habian venido de todos los
pueblos de la Galiléa, y de Judéa, y de Jerusalém; y la virtud
del Señor obraba para sanarlos.
18 Y viniéron unos hombres,
que traian sobre un lecho un
hombre, que estaba paralítico;
y le querian meter dentro, y ponerle delante de él.
19 Mas no hallando por donde poderlo meter por el tropel
de la gente, subiéron sobre el

techo, y por el tejado le descolgáron con el lecho, poniéndolo en medio delante de Jesus.

20 Y quando vió la fé de ellos, dixo: Hombre, perdonados te son tus pecados.

21 Y los Escribas, y Fariséos comenzáron á pensar, y decir: ¿Quién es este, que habla blasfemias? ¿Quién puede perdonar pecados, sino solo Dios?

22 Y Jesus, como entendió los pensamientos de ellos, les respondió, y dixo: ¿Qué pensais en vuestros corazones?

23 ¿Qué es mas fácil, decir: Perdonados te son tus pecados; ó decir: Levántate, y anda?

24 Pues para que sepais, que el Hijo del hombre tiene potestad sobre la tierra de perdonar pecados, dixo al paralítico: A tí digo, levántate, toma tu lecho, y vete á tu casa.

25 Y se levantó luego á vista de ellos, y tomó el lecho, en que yacia; y se fué á su casa, dando gloria á Dios.

26 Y quedáron todos pasmados, y glorificaban á Dios; y penetrados de temor, decian: Maravillas hemos visto hoy.

27 Y despues de esto salió, y vió á un publicano llamado Leví, que estaba sentado al banco, y le dixo: Sígueme.

28 Y levantándose dexó todas sus cosas, y le siguió.

29 Y le hizo Leví un grande banquete en su casa, y asistió á él un grande número de publicanos, y de otros, que estaban sentados con ellos á la mesa.

30 Mas los Fariséos, y los Escribas de ellos estaban murmurando, y decian á los discípulos de Jesus: ¿Por qué comeis, y bebeis con los publicanos, y pecadores?

31 Y Jesus les respondió, y dixo: Los sanos no necesitan de médico, sino los que están enfermos.

32 No soy venido á llamar á los justos á penitencia, sino á los pecadores.

33 Y ellos le dixéron: ¿Por qué los discípulos de Juan ayunan tanto, y oran, y tambien los de los Fariséos; y los tuyos comen y beben?

34 A los quales él dixo: ¿Por ventura podeis hacer, que los hijos del Esposo ayunen, miéntras con ellos está el Esposo?

35 Mas vendrán dias, en que el Esposo les será quitado, y entónces ayunarán en aquellos dias.

36 Y les decia una semejanza: No pone nadie remiendo de paño nuevo en vestido viejo; porque de otra manera el neuevo rompe el viejo; y además no cae bien remiendo nuevo con el viejo.

37 Y ninguno echa vino nuevo en odres viejos, porque de otra manera el vino nuevo romperá los odres, el vino se derramará, y se perderán los odres.

38 Mas el vino nuevo se debe echar en odres nuevos; y lo uno y lo otro se conserva.

39 Y ninguno, que bebe de lo añejo, quiere luego lo nuevo; porque dice: Mejor es lo añejo.

CAPITULO VI.

1 Y aconteció un Sábado segundo primero, que como pasase por los sembrados, sus discípulos cortaban espigas, y estregándolas entre las manos, las comian.

2 Y algunos de los Fariséos les decian: ¿Por qué haceis lo que no es lícito en los sábados?
3 Y Jesus, tomando la palabra, les respondió: ¿Ni aun esto habeis leido, que hizo David, quando tuvo hambre él, y los que con él estaban?
4 ¿Como entró en la casa de Dios, y tomó los panes de la proposicion, y comió, y dió a los que con él estaban; aunque no podian comer de ellos, sino solos los Sacerdotes?
5 Y les decia: El Hijo del hombre es Señor tambien del sábado.
6 Y aconteció, que otro sábado entró tambien en la Sinagoga, y enseñaba. Y habia allí un hombre, que tenia seca la mano derecha.
7 Y los Escribas, y los Fariséos le estaban acechando, por ver, si curaria en sábado; para hallar de que acusarlo.
8 Mas él sabia los pensamientos de ellos, y dixo al hombre, que tenia la mano seca: Levántate, y ponte en medio. Y él levantándose, se puso en pie.
9 Y Jesus les dixo: Os pregunto, ¿es lícito en sábados hacer bien, ó hacer mal; salvar la vida, ó quitarla?
10 Y mirándolos á todos al rededor, dixo al hombre: Tiende tu mano. El la tendió, y fué sana la mano.
11 Y ellos se llenáron de furor, y hablaban los unos con los otros, que harian de Jesus.
12 Y aconteció en aquellos dias, que salió al monte á hacer oracion, y pasó toda la noche orando á Dios.
13 Y quando fué de dia, llamó á sus discípulos, y escogió doce de ellos, que nombró Apostoles;
14 A Simon, á quien dió el sobrenombre de Pedro, y á Andrés su hermano, á Santiago, y a Juan, á Felipe, y á Bartholomé,
15 A Matéo, y á Tomás, á Santiago de Alféo, y á Simon, llamado el Zelador,
16 A Júdas hermano de Santiago, y á Júdas Iscariotes, que fué el traidor.
17 Y descendiendo con ellos, se paró en un llano, y la compañía de sus discípulos, y de un grande gentío de toda la Judéa, y de Jerusalém, y de la marina, y de Tíro, y de Sidón,
18 Que habian venido á oirle, y á que los sanase de sus enfermedades. Y los que eran atormentados de espíritus inmundos, eran sanos.
19 Y toda la gente procuraba tocarle; porque salia de él virtud, y los sanaba á todos.
20 Y él, alzando los ojos ácia sus discípulos, decia: Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el reyno de Dios.
21 Bienaventurados los que ahora teneis hambre; porque hartos sereís: Bienaventurados los que ahora llorais; porque reiréis.
22 Bienaventurados seréis, quando os aborrecieren los hombres, y os apartaren de sí, y os ultrajaren, y desecharen vuestro nombre, como malo, por el Hijo del hombre;
23 Gozaos en aquel dia, y regocijaos; porque vuestro galardon grande es en el Cielo; porque de esta manera trataban á los Profetas los padres de ellos.
24 ¡Mas ay de vosotros los

ricos, porque *teneis* vuestro con-
suelo!
25 ¡Ay de vosotros, los que
estais hartos; porque tendréis
hambre! ¡Ay de vosotros, los
que ahora reis; porque gemiréis,
y *lloraréis*!
26 ¡Ay de vosotros, quando
os bendixeren los hombres; por-
que así hacian á los falsos Pro-
fetas los padres de ellos!
27 Mas dígoos á vosotros, que
lo oís: Amad á vuestros enemi-
gos; haced bien á los que os
quieren mal;
28 Bendecid á los que os mal-
dicen, y orad por los que os ca-
lumnian.
29 Y al que te hiriere en una
mexilla, preséntale tambien la
otra. Y al que te quitare la
capa, no le impidas llevar tam-
bien la túnica.
30 Da á todos los que te pi-
dieren; y al que tomare lo que
es tuyo, no se lo vuelvas á pedir.
31 Y lo que quereis que ha-
gan á vosotros los hombres, eso
mismo haced vosotros á ellos.
32 Y si amais á los que os
aman, ¿que mérito tendréis?
porque los pecadores tambien
aman á los que los aman á
ellos.
33 Y si hiciéreis bien á los
que os hacen bien, ¿que mérito
tendréis? porque los pecadores
tambien hacen esto.
34 Y si prestareis á aquellos,
de quienes esperais recibir, ¿qué
mérito tendréis? porque tam-
bien los pecadores prestan unos
á otros, para recibir otro tanto.
35 Amad pues á vuestros ene-
migos; haced bien, y dad pres-
tado, sin esperar por eso nada;
y vuestro galardon será grande,
seréis hijos del Altísimo; por-
que él es bueno aun para los in-
gratos y malos.
36 Sed pues misericordiosos,
como tambien vuestro Padre es
misericordioso.
37 No juzgueis, y no seréis
juzgados; no condeneis, y no se-
réis condenados. Perdonad, y
séreis perdonados.
38 Dad, y se os dará; buena
medida, y apretada, y remecida,
y colmada darán en vuestro se-
no. Porque con la misma me-
dida con que midiereis, se os
volverá á medir.
39 Y les decia tambien una
semejanza: ¿Acaso podrá un
ciego guiar á otro ciego? ¿no
caerán ambos en el hoyo?
40 No es el discípulo sobre el
Maestro; mas será perfecto to-
do aquel, que fuere como su
Maestro.
41 ¿Y por que miras la mota
en el ojo de tu hermano; y no
reparas en la viga, que tienes en
tu ojo?
42 ¿O como puedes decir á
tu hermano: Déxame, herma-
no, sacarte la mota de tu ojo, no
viendo tú la viga, que hay en tu
ojo? Hipócrita, saca primero la
viga de tu ojo, y despues verás,
para sacar la mota del ojo de tu
hermano.
43 Porque no es buen árbol,
el que cria frutos malos; ni mal
árbol, el que lleva buenos frutos.
44 Pues cada árbol es cono-
cido por su fruto. Porque ni
cogen higos de espinos, ni ven-
dimian uvas de zarzas.
45 El hombre bueno del buen
tesoro de su corazon saca bien
y el hombre malo del mal tesoro
saca mal. Porque de la abun-
dancia del corazon habla la boca.
46 ¿Por que pues me llamais

Señor, Señor, y no haceis lo que digo?

47 Todo el que viene á mí, y oye mis palabras, y las cumple, os mostraré á quien es semejante:

48 Semejante es á un hombre, que edifica una casa, el qual cavó, y ahondó, y cimentó sobre la piedra; y quando vino una avenida de aguas, dió impetuosamente la inundacion sobre aquella casa, y no pudo moverla; porque estaba fundada sobre piedra.

49 Mas el que oye, y no hace, semejante es á un hombre, que fabrica su casa sobre tierra sin cimiento, y contra la qual dió impetuosamente la corriente, y luego cayó; y fué grande la ruina de aquella casa.

CAPITULO VII.

1 Y quando acabó de decir todas sus palabras al pueblo, que las oia, se entró en Cafarnaum.

2 Y habia allí muy enfermo y casi á la muerte un criado de un Centurion; que era muy estimado de él.

3 Y quando oyó hablar de Jesus, envió á él unos Ancianos de los Judíos, rogándole, que viniese á sanar á su criado.

4 Y ellos, luego que llegáron á Jesus, le hacian grandes instancias, diciéndole: Merece, que le otorgues esto.

5 Porque ama á nuestra nacion; y él nos ha hecho una Sinagoga.

6 Y Jesus iba con ellos. Y quando estaba cerca de la casa, envió á él el Centurion sus amigos, diciéndole: Señor, no te tomes este trabajo, que no soy digno, de que entres dentro de mi casa.

7 Por lo qual ni aun me he creido yo digno de salir á buscarte; pero mándalo cón una palabra, y será sano mi criado.

8 Porque tambien yo soy un Oficial subalterno, que tengo soldados á mis órdenes; y digo á este: Ve, y va; y al otro: Ven, y viene; y á mi siervo: Haz esto, y lo hace.

9 Quando lo oyó Jesus, quedó maravillado; y vuelto ácia el pueblo, que le iba siguiendo, dixo: En verdad os digo, que ni en Israél he hallado una fé tan grande.

10 Y quando volviéron á casa los que habian sido enviados, halláron sano al criado, que habia estado enfermo.

11 Y aconteció despues, que iba á una ciudad, llamada Naím; y sus discípulos iban con él, y una grande muchedumbre de pueblo.

12 Y quando llegó cerca de la puerta de la ciudad, he aqui que sacaban fuera á un difunto, hijo único de su madre, la qual era viuda; y venia con ella mucha gente de la ciudad.

13 Luego que la vió el Señor, movido de misericordia por ella, le dixo: No llores.

14 Y se acercó, y tocó el féretro. Y los que lo llevaban, se paráron. Y dixo: Mancebo, á tí digo, levántate.

15 Y se sentó el que habia estado muerto, y comenzó á hablar. Y le dió á su madre.

16 Y tuviéron todos grande miedo, y glorificaban á Dios, diciendo: Un gran Profeta se ha levantado entre nosotros; y Dios ha visitado á su pueblo.

17 Y la fama de este milagro corrió por toda la Judéa, y por toda la comarca.

18 Y contáron á Juan sus discípulos todas estas cosas.

19 Y Juan llamó dos de sus discípulos, y los envió á Jesus, diciendo: ¿Eres tú el que ha de venir, ó esperamos á otro?

20 Y como viniesen estos hombres á él, le dixéron: Juan el Bautista nos ha enviado á tí, y dice: ¿Eres tú el que ha de venir, ó esperamos á otro?

21 Y Jesus en aquella misma hora sanó á muchos de enfermedades, y de llagas, y de espíritus malignos, y dió vista á muchos ciegos.

22 Y despues les respondió, diciendo: Id, y decid á Juan, lo que habeis oido, y visto: Que los ciegos ven, los coxos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan, á los pobres es anunciado el Evangelio:

23 Y bienaventurado es el que no fuere escandalizado en mí.*

24 Y quando se hubiéron ido los mensageros de Juan, comenzó á decir á las gentes de Juan: ¿Que salísteis á ver en el desierto? ¿una caña movida del viento?

25 ¿Mas que salísteis á ver? ¿un hombre vestido de ropas delicadas? Ciertamente los que visten ropas preciosas, y viven en delicias, en las casas de los Reyes están.

26 ¿Mas que salísteis á ver? ¿un Profeta? En verdad os digo, y mas que Profeta:

27 Este es, del que está escrito: He aquí envio mi Angel delante de tu faz, que aparejará tu camino delante de tí.

28 Porque yo os digo, que entre los nacidos de mugeres, no hay mayor Profeta, que Juan el Bautista; mas el que es menor en el reyno de Dios, es mayor que él.

29 Y todo el pueblo, y los Publicanos, que le oyéron, diéron gloria á Dios, los que habian sido bautizados con el bautismo de Juan.

30 Mas los Fariséos, y los Doctores de la Ley despreciáron el consejo de Dios en daño de sí mismos; los que no habian sido bautizados por él.

31 Y dixo el Señor: ¿Pues á quien diré, que se semejan los hombres de esta generacion, y á quien se parecen?

32 Semejantes son á los muchachos, que están sentados en la plaza hablando entre sí, y diciendo: Os hemos cantado con flautas, y no baylásteis; os hemos endechado, y no llorásteis.

33 Porque vino Juan el Bautista, que ni comia pan, ni bebia vino, y decís: Demonio tiene.

34 Vino el Hijo del hombre, que come, y bebe, y decís: He aquí un hombre gloton, y bebedor de vino, amigo de Publicanos, y de pecadores.

35 Mas la sabiduria ha sido justificada por todos sus hijos.

36 Y le rogaba un Fariséo, que fuese á comer con él; y habiendo entrado en la casa del Fariséo, se sentó á la mesa.

37 Y una muger pecadora, que habia en la ciudad, quando supo que estaba á la mesa en casa del Fariséo, llevó un vaso de alabastro, lleno de unguento:

38 Y poniéndose á sus pies en pos de él, comenzó á regarle con lágrimas los pies, y los enju-

gaba con los cabellos de su cabeza, y le besaba los pies, y los ungia con el ungüento.
39 Y quando esto vió el Fariséo, que le habia convidado, dixo entre sí mismo: Si este hombre fuera Profeta, bien sabria quien, y qual es la muger, que le toca; porque pecadora es.
40 Y Jesus le respondió, diciendo: Simon, te quiero decir una cosa. Y él respondió: Maestro, dí.
41 Un acreedor tenia dos deudores; el uno le debia quinientos denarios, y el otro cincuenta.
42 Mas como no tuviesen de que pagarle, se los perdonó á entrambos. ¿Pues qual de los dos le ama mas?
43 Respondió Simón, y dixo: Pienso, que aquel, á quien mas perdonó. Y Jesus le dixo: Rectamente has juzgado.
44 Y volviéndose ácia la muger, dixo á Simón: ¿Ves esta muger? Entré en tu casa, no me diste agua para los pies; mas esta con sus lágrimas ha regado mis pies, y los ha enjugado con sus cabellos.
45 No me diste beso; mas esta, desde que entró, no ha cesado de besarme los pies.
46 No ungiste mi cabeza con óleo; mas esta con ungüento ha ungido mis pies.
47 Por lo qual te digo: Que perdonados le son sus muchos pecados, porque amó mucho. Mas al que ménos se perdona, ménos ama.
48 Y dixo á ella: Perdonados te son tus pecados.
49 Y los que comian allí, comenzáron á decir entre sí: ¿Quién es este, que aun los pecados perdona?
50 Y dixo á la muger: Tu fé te ha hecho salva: Vete en paz.

CAPITULO VIII.

1 Y aconteció despues, que Jesus caminaba por ciudades y aldéas, predicando y anunciando el reyno de Dios, y los doce con él,
2 Y tambien algunas mugeres, que habia él sanado de espíritus malignos, y de enfermedades; María, que se llama Magdalena, de la qual habia echado siete demonios,
3 Y Juana muger de Chûza Procurador de Heródes, y Susanna, y otras muchas, que le asistian de sus haciendas.
4 Y como hubiese concurrido un crecido número de pueblo, y acudiesen solícitos á él de las ciudades, les dixo por semejanza:
5 Un hombre salió á sembrar su simiente; y al sembrarla, una parte cayó junto al camino, y fué hollada, y la comiéron las aves del Cielo.
6 Y otra cayó sobre piedra; y quando fué nacida, se secó porque no tenia humedad.
7 Y otra cayó entre espinas, y las espinas, que naciéron con ella, la ahogáron.
8 Y otra cayó en buena tierra; y nació, y dió fruto á ciento por uno. Dicho esto, comenzó á decir en alta voz: Quien tiene orejas de oir, oyga.
9 Sus discípulos le preguntaban, que parábola era esta.
10 El les dixo: A vosotros es dado saber el misterio del rey

no de Dios, mas á los otros por
parábolas; para que viendo no
vean, y oyendo no entiendan.
11 Es pues esta parábola: La
simiente es la palabra de Dios.
12 Y los que junto al camino,
son aquellos que la oyen; mas
luego viene el diablo, y quita la
palabra del corazon de ellos,
porque no se salven creyendo.
13 Mas los que sobre la pie-
dra; son los que reciben con
gozo la palabra, quando la oyé-
ron; y estos no tienen raices;
porque á tiempo creen, y en el
tiempo de la tentacion vuelven
atras.
14 Y la que cayó entre espi-
nas; estos son, los que la oyé-
ron, pero despues en lo sucesivo
quedan ahogados de los afanes,
y de las riquezas, y deleytes de
esta vida, y no llevan fruto.
15 Mas la que cayó en buena
tierra; estos son, los que oyendo
la palabra con corazon bueno
y muy sano la retienen, y llevan
fruto en paciencia.
16 Nadie enciende una antor-
cha, y la cubre con alguna vasi-
ja, ó la pone debaxo de la cama;
mas la pone sobre el candelero,
para que vean la luz los que
entran.
17 Porque no hay cosa encu-
bierta, que no haya de ser mani-
festada; ni escondida, que no
haya de ser descubierta, y ha-
cerse pública.
18 Ved pues, como ois. Por-
que á aquel que tiene, le será
dado; y al que no tiene, aun
aquello mismo, que piensa tener,
le será quitado.
19 Y viniéron á él su madre,
y sus hermanos, y no podian lle-
gar á él por la mucha gente.
20 Y le dixéron: Tu madre
y tus hermanos están fuera, que
te quieren ver.
21 Mas él respondió, y les
dixo: Mi madre, y mis herma-
nos son aquellos, que oyen la
palabra de Dios, y la guardan.
22 Y aconteció, que un dia
entró él, y sus discípulos en un
barco, y les dixo: Pasemos á la
otra ribera del lago. Y se par-
tiéron.
23 Y miéntras ellos navega-
ban, él se durmió, y sobrevino
una tempestad de viento en el
lago, y se henchian de agua, y
peligraban.
24 Y llegándose á él, le des-
pertáron, diciendo: Maestro, que
perecemos. Y él levantándose
increpó al viento, y á la tempes-
tad del agua, y cesó; y fué he-
cha bonanza.
25 Y les dixo: ¿Donde está
vuestra fé? Y ellos llenos de te-
mor se maravilláron, y decian
los unos á los otros: ¿Quien
piensas es este, que así manda
á los vientos y al mar, y le obe-
decen?
26 Y navegáron á la tierra de
los Gerasenos, que está enfrente
de la Galiléa.
27 Y luego que saltó en tier-
ra, fué á él un hombre, que
tenia demonio hacia largo tiem-
po, y no vestia ropa alguna, ni
habitaba en casa, sino en los
sepulcros.
28 Este, luego que vió á Je-
sus, se postró delante de él, y
exclamando en alta voz, dixo:
¿Que tienes que ver conmigo,
Jesus Hijo del Dios Altísimo?
Ruégote, que no me atormentes.
29 Porque mandaba al espí-
ritu inmundo, que saliese del
hombre; porque mucho tiempo
habia que le arrebataba; y aunque

le tenian encerrado, y atado con
cadenas y con grillos, rompia las
prisiones, y acosado del demonio
huia á los desiertos.
30 Y Jesus le preguntó, y di-
xo: ¿Que nombre tienes tú?
Y él respondió: Legion; porque
habian entrado en él muchos de-
monios.
31 Y le rogaban, que no les
mandase ir al abismo.
32 Andaba allí una grande
piara de cerdos paciendo en el
monte; y le rogaban, que les
permitiese entrar en ellos. Y se
lo permitió.
33 Saliéron pues los demonios
del hombre, y entráron en los
cerdos; y luego los cerdos se
arrojáron por un despeñadero
impetuosamente en el lago, y
se ahogáron.
34 Quando esto viéron los pas-
tores, huyéron, y lo dixéron en
la ciudad, y por las granjas.
35 Y saliéron á ver lo que
habia sido, y viniéron á Jesus;
y halláron sentado al hombre, de
quien habian salido los demonios,
que estaba ya vestido, y en su
juicio á los pies de él, y tuviéron
grande miedo.
36 Y les contáron los que lo
habian visto, como habia sido li-
brado de la legion:
37 Y le rogó toda la gente
del territorio de los Gerasenos,
que se retirase de ellos; porque
tenian grande miedo. Y él su-
bió en el barco, y se volvió.
38 Y el hombre, de quien
habian salido los demonios, le
rogaba por estar con él. Mas
Jesus lo despidió, y dixo:
39 Vuélvete á tu casa, y
cuenta quan grande merced ha
hecho Dios contigo. Y fué
diciendo por toda la ciudad,
quanto bien le habia hecho
Jesus.
40 Y aconteció, que habiendo
vuelto Jesus, le recibiéron las
gentes; pues todos le estaban
esperando.
41 Y vino un hombre, llamado
Jairo, que era Príncipe de la
Sinagoga; y postrándose á los
pies de Jesus, le rogaba, que
entrase en su casa,
42 Porque tenia una hija úni-
ca como de doce años, y esta se
estaba muriendo. Y miéntras
que él iba, le apretaban las
gentes.
43 Y una muger padecia flu-
xo de sangre doce años habia, y
habia gastado quanto tenia en
médicos, y de ninguno pudo ser
curada:
44 Se acercó á él por las es-
paldas, y tocó la orla de su ves-
tido; y en el mismo punto cesó
el fluxo de su sangre.
45 Y dixo Jesus: ¿Quien me
ha tocado? Y negándolo todos,
dixo Pedro, y los que con él es-
taban: Maestro, las gentes te
aprietan, y oprimen, y dices:
¿Quien me ha tocado?
46 Y dixo Jesus: Alguno me
ha tocado; porque yo he cono-
cido, que ha salido virtud de mí.
47 Quando la muger se vió
así descubierta, vino temblando,
y se postró á sus pies; y decla-
ró delante de todo el pueblo la
causa, por que le habia tocado;
y como habia sido luego sanada.
48 Y él le dixo: Hija, tu fé
te ha sanado; vete en paz.
49 Aun no habia acabado de
hablar, quando vino uno al Prín-
cipe de la Sinagoga, y le dixo:
Muerta es tu hija, no le molestes.
50 Mas Jesus, quando esto
oyó, dixo al padre de la mucha-

cha: No temas, cree tan sola-
mente, y será sana.
51 Y quando llegó á la casa,
no dexó entrar consigo á ningu-
no, sino á Pedro, y á Santiago,
y á Juan, y al padre, y á la ma-
dre de la muchacha.
52 Y todos lloraban, y la pla-
ñian. Y él dixo: No lloreis, no
es muerta la muchacha, sino que
duerme.
53 Y se le burlaban, sabien-
do, que era muerta.
54 Mas él la tomó por la ma-
no, y dixo en alta voz: Mucha-
cha, levántate.
55 Y volvió el espíritu á ella,
y se levantó luego. Y mandó,
que le diesen de comer.
56 Y sus padres quedáron es-
pantados, y él les mandó, que á
nadie dixesen lo que habia sido
hecho.

CAPITULO IX.

1 Y llamando á los doce
Apóstoles, les dió vir-
tud y potestad sobre todos los
demonios, y que sanasen enfer-
medades.
2 Y los envió á predicar el
reyno de Dios, y á sanar los en-
fermos.
3 Y les dixo: No lleveis na-
da para el camino, ni baston, ni
alforja, ni pan, ni dinero, ni ten-
gais dos túnicas.
4 Y en qualquiera casa en
que entrareis, allí permaneced,
y no salgais de allí.
5 Y todos los que no os reci-
bieren; al salir de aquella ciu-
dad, sacudid aun el polvo de
vuestros pies en testimonio con-
tra ellos.
6 Y habiendo salido, iban de
pueblo en pueblo, predicando el
Evangelio, y sanando por todas
partes.
7 Y llegó á noticia de He-
ródes el Tetrarcâ todo lo que
hacia Jesus, y quedó como sus-
penso, porque decian
8 Algunos: Que Juan ha re-
sucitado de entre los muertos;
y otros: Que Elías habia apare-
cido; y otros: Que un Profeta
de los antiguos habia resucitado.
9 Y dixo Heródes: Yo de-
gollé á Juan: ¿Quién pues es
este, de quien oygo tales cosas?
y procuraba verle.
10 Y vueltos los Apóstoles, le
contáron quanto habian hecho;
y tomándolos consigo aparte, se
fué á un lugar desierto, que es
del territorio de Betsaida.
11 Y quando las gentes lo su-
piéron, le siguiéron; y Jesus los
recibió, y les hablaba del reyno
de Dios, y sanaba á los que lo
habian menester.
12 Y el dia habia comenzado
ya á declinar: Quando llegán-
dose á él los doce, le dixéron:
Despide á estas gentes, para que
vayan á las aldéas, y granjas de
la comarca, se alverguen, y ha-
llen que comer; porque aquí es-
tamos en un lugar desierto.
13 Y les dixo: Dadles voso-
tros de comer. Y dixéron ellos:
No tenemos mas de cinco panes
y dos peces; á no ser que vamos
nosotros á comprar viandas para
toda esta gente.
14 Porque eran como unos
cinco mil hombres. Y él dixo
á sus discípulos: Hacedlos sen-
tar en ranchos de cincuenta en
cincuenta.
15 Y así lo executáron. Y
los hiciéron sentar á todos.
16 Y tomando los cinco panes,
y los dos peces, alzó los ojos al

Cielo, los bendixo, y partió; y
dió á sus discípulos, para que los
pusiesen delante de las gentes.
17 Y comiéron todos, y se sa-
ciáron. Y alzáron lo que les
sobró, doce cestos de pedazos.
18 Y aconteció, que estando
solo orando, se hallaban con él
sus discípulos; y les preguntó, y
dixo: ¿Quien dicen las gentes,
que soy yo?
19 Y ellos respondiéron, y
dixéron: Juan el Bautista, y
otros Elías, y otros, que resucitó
alguno de los antiguos Profetas.
20 Y les dixo: ¿Y vosotros
quien decis, que soy yo? Res-
pondiendo Simon Pedro, dixo:
El Cristo de Dios.
21 El entónces les amenazó,
y mandó, que no lo dixesen á
nadie,
22 Diciéndoles: Es necesario,
que el Hijo del hombre padezca
muchas cosas, y que sea dese-
chado de los Ancianos, y de los
Príncipes de los Sacerdotes, y
de los Escribas; y qué sea en-
tregado á la muerte, y que resu-
cite al tercero dia.
23 Y decia á todos: Quien en
pos de mí quiere venir, niéguese
á sí mismo, y tome su cruz cada
dia, y sígame.
24 Porque el que quisiere sal-
var su alma, la perderá; y quien
perdiere su alma por amor de
mí, la salvará.
25 ¿Porque qué aprovecha un
hombre, si grangeáre todo el
mundo, y se pierde él á sí mis-
mo, y se daña á sí mismo?
26 Porque el que se afrentare
de mí, y de mis palabras, se a-
frentará de él el Hijo del hom-
bre, quando viniere con su ma-
gestad, y con la del Padre, y de
los santos Angeles.
27 Mas dígoos en verdad:
Que algunos hay aquí, que no
gustarán la muerte, hasta que
vean el reyno de Dios.
28 Y aconteció como ocho di-
as despues de estas palabras, que
tomó consigo á Pedro, y á San-
tiago, y á Juan, y subió á un
monte á orar.
29 Y entretanto que hacia
oracion, la figura de su rostro se
hizo otra; y sus vestidos se tor-
náron blancos, y resplandecien
tes.
30 Y he aquí que hablaban
con él dos varones. Y estos
eran Moisés, y Elías,
31 Que apareciéron en ma-
gestad; y hablaban de su salida,
que habia de cumplir en Jeru-
salém.
32 Mas Pedro, y los que con
él estaban, se hallaban cargados
de sueño; y dispertando viéron
la gloria de Jesus, y á los dos
varones, que con él estaban.
33 Y quando se apartáron de
él, dixo Pedro á Jesus: Maestro,
bueno es que nos estemos aquí;
y hagamos tres tiendas, una para
tí, y otra para Moisés, y otra
para Elías; no sabiendo, lo que
se decía.
34 Y quando él estaba dicien-
do esto, vino una nube, y los
cubrió; y tuviéron miedo, en-
trando ellos en la nube.
35 Y vino una voz de la nube,
diciendo: Este es mi Hijo el
amado, á él oid.
36 Y al salir esta voz, hallá-
ron solo á Jesus, y ellos calláron,
y á nadie dixéron en aquellos
dias cosa alguna, de las que ha-
bian visto.
37 Y otro dia baxando ellos
del monte, les vino al encuentro
una grande tropa de gente,

38 Y he aquí un hombre de la
turba clamó, diciendo: Maestro,
te ruego, que atiendas á mi hijo,
porque yo no tengo otro:
39 Y he aquí que un espíritu
le toma, y súbitamente da voces;
y le tira por tierra, y le que-
branta haciéndole echar espu-
ma, y apénas se aparta de él,
despedazándole:
40 Y rogué á tus discípulos,
que le echasen fuera, y no pu-
diéron.
41 Y respondiendo Jesus, di-
xo: ¡O generacion infiel y per-
versa! ¿hasta quando estaré con
vosotros, y os sufriré? Trae acá
tu hijo.
42 Y quando se acercaba, le
tiró el demonio en tierra, y le
maltrató.
43 Mas Jesus increpó al es-
píritu inmundo, y sanó al mucha-
cho, y se le volvió á su padre.
44 Y se pasmaban todos del
gran poder de Dios; y maravi-
llándose todos de todas las cosas
que hacia, dixo á sus discípulos:
Poned en vuestros corazones es-
tas palabras: El Hijo del hom-
bre ha de ser entregado en ma-
nos de hombres.
45 Mas ellos no entendian es-
ta palabra, y les era tan obscura,
que no la comprehendian; y te-
mian de preguntarle acerca de
ella.
46 Y les vino tambien el pen-
samiento, quién de ellos seria el
mayor.
47 Mas Jesus, viendo lo que
pensaban en su corazon, tomó
un niño, y lo puso junto á sí,
48 Y les dixo: El que reci-
biere á este niño en mi nombre,
á mí recibe; y qualquiera que á
mí recibiere, recibe á aquel, que
me envió: Porque el que es me-
nor entre todos vosotros, este es
el mayor.
49 Entónces Juan, tomando
la palabra, dixo: Maestro, he-
mos visto á uno, que lanzaba los
demonios en tu nombre, y se lo
vedamos; porque no te sigue
con nosotros.
50 Y Jesus le dixo: No se lo
vedeis; porque el que no es con-
tra vosotros, por vosotros es.
51 Y como se acercase el
tiempo de su Asuncion, hizo
firme semblante de ir á Jeru-
salém.
52 Y envió delante de sí men-
sageros: ellos fuéron, y entráron
en una ciudad de los Samarita-
nos, para prevenirle posada.
53 Y no le recibiéron, por
quanto hacia semblante de ir á
Jerusalém.
54 Y quando lo viéron San-
tiago, y Juan sus discípulos,
dixéron: ¿Señor, quieres que
digamos, que descienda fuego
del Cielo, y los acabe?
55 Mas él, volviéndose ácia
ellos, los riñó, diciendo: No sa-
beis, de que espíritu sois.
56 El Hijo del hombre no ha
venido á perder las almas, sino á
salvarlas. Y se fuéron á otra
aldea.
57 Y aconteció, que yendo
ellos por el camino, dixo uno á
Jesus: Yo te seguiré á donde
quiera que fueres.
58 Jesus le dixo: Las raposas
tienen cuevas, y las aves del
Cielo nidos; mas el Hijo del
hombre no tiene donde recline
la cabeza.
59 Y á otro dixo: Sígueme.
Y él respondió: Señor, déxame
ir ántes á enterrar á mi padre.
60 Y Jesus le dixo: Dexa
que los muertos entierren á sus

muertos; mas tú ve, y anuncia
el reyno de Dios.
61 Y otro le dixo: Te seguiré, Señor; mas primeramente déxame ir á dar disposicion de lo que tengo en mi casa.
62 Jesus le dixo: Ninguno, que pone su mano en el arado, y mira atrás, es apto para el reyno de Dios.

CAPITULO X.

1 Y despues de esto señaló el Señor tambien otros setenta y dos; y los envió de dos en dos delante de sí á cada ciudad y lugar, á donde él habia de venir.
2 Y les decia: La mies ciertamente es mucha, mas los trabajadores pocos. Rogad pues al Señor de la mies, que envie trabajadores á su mies.
3 Id: He aquí que yo os envio, como corderos en medio de lobos.
4 No lleveis bolsa, ni alforja, ni calzado, ni saludeis á ninguno por el camino.
5 En qualquiera casa que entráreis, primeramente decid: Paz sea á esta casa:
6 Y si hubiere allí hijo de paz, reposará sobre él vuestra paz; y si no, se volverá á vosotros.
7 Y permaneced en la misma casa, comiendo y bebiendo lo que ellos tengan; porque el trabajador digno es de su salario. No paseis de casa en casa.
8 Y en qualquiera ciudad en que entráreis, y os recibieren, comed lo que os pusieren delante:
9 Y curad á los enfermos, que en ella hubiere, y decidles: Se ha acercado á vosotros el reyno de Dios.
10 Mas si en la ciudad en que entráreis, no os recibieren, saliendo por sus plazas, decid:
11 Aun el polvo, que se nos ha pegado de vuestra ciudad, sacudimos contra vosotros: Sabed no obstante, que se ha acercado el reyno de Dios.
12 Os digo, que en aquel dia habrá ménos rigor para Sodoma, que para aquella ciudad.
13 ¡Ay de tí, Corozain! ¡ay de tí Betsaida! que si en Tíro, y en Sidón se hubieran hecho los milagros, que se han hecho en vosotras, tiempo ha que sentados en cilicio y en ceniza, hubieran hecho penitencia.
14 En verdad para Tíro, y Sidón habrá en el juicio ménos rigor, que para vosotras.
15 Y tú Cafarnaum, ensalzada hasta el Cielo, hasta el infierno serás sumergida.
16 Quien á vosotros oye, á mí me oye; y quien á vosotros desprecia, á mí me desprecia. Y el que á mí me desprecia, desprecia á aquel, que me envió.
17 Y volviéron los setenta y dos con gozo, diciendo: Señor, aun los demonios se nos sujetan en tu nombre.
18 Y les dixo: Veia á Satanás como un relámpago, que caia del Cielo.
19 Veis, que os he dado potestad de pisar sobre serpientes, y escorpiones, y sobre todo el poder del enemigo; y nada os dañará.
20 Mas en esto no os goceis, porque los espíritus os están sujetos; ántes gozaos, de que vuestros nombres están escritos en los Cielos.

21 Quando el fuerte armado guarda su atrio, en paz están todas las cosas, que posee.

22 Mas si sobreviniendo otro mas fuerte que él, le venciere, le quitará todas sus armas, en que fiaba, y repartirá sus despojos.

23 El que no es conmigo, contra mí es; y el que no coge conmigo, esparce.

24 Quando el espíritu inmundo ha salido de un hombre, anda por lugares secos buscando reposo; y quando no lo halla, dice: Me volveré á mi casa, de donde salí.

25 Y quando vuelve, la halla barrida, y alhajada.

26 Entónces va, y toma consigo otros siete espíritus, peores que él, y entran dentro, y moran allí. Y lo postrero de aquel hombre es peor que lo primero.

27 Y aconteció, que diciendo él esto, una muger de en medio del pueblo levantó la voz, y le dixo: Bienaventurado el vientre que te traxo, y los pechos, que mamaste.

28 Y él dixo: Antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan.

29 Y como las gentes acudiesen de todas partes, comenzó á decir: Esta generacion, generacion malvada es; señal pide, y señal no le será dada, sino la señal del Profeta Jonás.

30 Porque así como Jonás fué señal á los de Nínive, así tambien el Hijo del hombre lo será á esta generacion.

31 La Reyna de Mediodia se levantará en juicio contra los hombres de esta generacion, y los condenará; porque vino de los fines de la tierra á oir la sabiduría de Salomón; y he aquí mas que Salomón en este lugar.

32 Los hombres de Nínive se levantarán en juicio contra esta generacion, y la condenarán: porque hiciéron penitencia á la predicacion de Jonás; y he aquí mas que Jonás en este lugar.

33 Ninguno enciende una antorcha, y la pone en un lugar escondido, ni debaxo de un celemin; sino sobre un candelero, para que los que entran vean la luz.

34 La antorcha de tu cuerpo es tu ojo. Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo será resplandeciente; mas si fuere malo, tambien tu cuerpo será tenebroso.

35 Mira pues, que la lumbre que hay en tí, no sean tinieblas.

36 Y así si todo tu cuerpo fuere resplandeciente, sin tener parte alguna de tinieblas, todo él será luminoso, y te alumbrará como una antorcha de resplandor.

37 Y quando estaba hablando, le rogó un Fariséo, que fuese á comer con él. Y habiendo entrado, se sentó á la mesa.

38 Y el Fariséo comenzó á pensar, y decir dentro de sí, por qué no se habria lavado ántes de comer.

39 Y el Señor le dixo. Ahora vosotros los Fariséos limpiais lo defuera del vaso, y del plato: mas vuestro interior está lleno de rapiña, y de maldad.

40 Necios, ¿el que hizo lo que está de fuera, no hizo tambien lo que está de dentro?

41 Esto no obstante, lo que resta, dad limosna; y todas las cosas os son limpias.

42 ¡Mas ay de vosotros, Fa

riséos, que diezmais la yerba
buena, y la ruda, y toda hortaliza, y traspasais la justicia, y el amor de Dios! Pues era necesario hacer estas cosas, y no dexar aquellas.
43 ¡Ay de vosotros, Fariséos; que amais los primeros asientos en las Sinagogas, y ser saludados en las plazas!
44 ¡Ay de vosotros, que sois como los sepulcros, que no parecen, y no lo saben los hombres, que andan por encima!
45 Y respondiendo uno de los Doctores de la Ley, le dixo: Maestro, diciendo estas cosas, nos afrentas tambien á nosotros.
46 Y él dixo: ¡Y ay de vosotros, Doctores de la Ley; que cargais los hombres de cargas, que no pueden llevar, y vosotros ni aun con uno de vuestros dedos tocais las cargas!
47 ¡Ay de vosotros, que edificais los sepulcros de los Profetas; y vuestros padres los matáron!
48 Verdaderamente dais á entender, que consentis en las obras de vuestros padres; porque ellos en verdad los matáron, mas vosotros edificais sus sepulcros.
49 Por eso dixo tambien la sabiduría de Dios: Les enviaré Profetas y Apóstoles, y de ellos matarán, y perseguirán:
50 Para que sea pedida á está generacion la sangre de todos los Profetas, que fué derramada desde el principio del mundo,
51 Desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacárías, que pereció entre el altar, y el templo. Así os digo, que pedida será á esta generacion.
52 ¡Ay de vosotros, Doctores de la Ley, que os alzásteis con la llave de la ciencia! vosotros no entrásteis, y habeis prohibido á los que entraban.
53 Y diciéndoles estas cosas, los Fariséos, y los Doctores de la Ley comenzáron á instar porfiadamente, y á importunarle con muchas preguntas,
54 Armándole lazos, y procurando cazar de su boca alguna cosa para poderle acusar.

CAPITULO XII.

1 Y como se hubiesen juntado al rededor de Jesus muchas gentes, de modo que unos á otros se atropellaban, comenzó á decir á sus discípulos: Guardáos de la levadura de los Fariséos, que es hipocresía.
2 No hay cosa encubierta, que no se haya de descubrir; ni cosa escondida, que no se haya de saber.
3 Porque las cosas, que dixísteis en las tinieblas, á la luz serán dichas; y lo que hablásteis á la oreja en los aposentos, será pregonado sobre los texados.
4 A vosotros pues amigos mios os digo: Que no os espanteis de aquellos, que matan el cuerpo, y despues de esto no tienen mas que hacer.
5 Mas yo os mostraré á quién habeis de temer; temed á aquel, que despues de haber quitado la vida, tiene poder de arrojar al infierno, así os digo, á este temed.
6 ¿No se venden cinco paxarillos por dos quartos, y ni uno de ellos está en olvido delante de Dios?
7 Y aun los cabellos de vuestra cabeza todos están contados. Pues no temais; porque de mas estima sois vosotros, que muchos paxarillos.

8 Y tambien os digo: Que todo aquel, que me confesáre delante de los hombres, el Hijo del hombre lo confesará tambien á él delante de los Angeles de Dios:

9 Mas el que me negare delante de los hombres, negado será delante de los Angeles de Dios.

10 Y todo el que profiere una palabra contra el Hijo del hombre, perdonado le será; mas á aquel, que blasfemáre contra el Espíritu Santo, no le será perdonado.

11 Y quando os llevaren á las Sinagogas, y á los Magistrádos, y á las Potestades, no andeis cuidadosos, como, ó qué habeis de responder, ó decir.

12 Porque el Espíritu Santo os mostrará en aquella hora lo que convendrá decir.

13 Y uno del pueblo le dixo: Maestro, dí á mi hermano, que parta conmigo la herencia.

14 Mas él le respondió: ¿Hombre, quien me ha puesto por juez, ó repartidor entre vosotros?

15 Y les dixo: Mirad, y guardáos de toda avaricia; porque la vida de cada uno no está en la abundancia de las cosas, que posee.

16 Y les contó una parábola, diciendo: El campo de un hombre rico habia llevado abundantes frutos:

17 Y él pensaba entre sí mismo, y decia: ¿Que haré, porque no tengo en donde encerrar mis frutos?

18 Y dixo: Esto haré: Derribaré mis graneros, y los haré mayores; y allí recogeré todos mis frutos, y mis bienes:

19 Y diré á mi alma: Alma, muchos bienes tienes allegados para muchísimos años; descansa, come, bebe, ten banquetes.

20 Mas Dios le dixo: Necio, esta noche te vuelven á pedir el alma: ¿lo que has allegado, para quien será?

21 Así es el que atesora para sí, y no es rico en Dios.

22 Y dixo á sus discípulos: Por tanto os digo: No andeis solícitos para vuestra alma, que comeréis, ni para el cuerpo, que vestiréis.

23 Mas es el alma, que la comida, y el cuerpo mas que el vestido.

24 Mirad los cuervos, que no siembran, ni siegan, ni tienen despensa, ni granero, y Dios los alimenta. ¿Pues quanto mas valeis vosotros, que ellos?

25 ¿Y quien de vosotros, por mucho que lo piense, puede añadir á su estatura un codo?

26 Pues si lo que es ménos no podeis: ¿por que andais afanados por las otras cosas?

27 Mirad los lirios como crecen; que ni trabajan, ni hilan; pues os digo, que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de estos.

28 Pues si á la yerba, que hoy está en el campo, y mañana se hecha en el horno, Dios viste así; ¿quanto mas á vosotros de poquísima fé?

29 No andeis pues afanados por lo que habeis de comer, ó beber; y no andeis elevados:

30 Porque todas estas son cosas, por las que andan afanadas las gentes del mundo. Y vuestro Padre sabe, que de estas teneis necesidad.

31 Por tanto, buscad prime

ramente el reyno de Dios, y su justicia; y todas estas cosas os serán añadidas.
32 No temais, pequeña grey; porque á vuestro Padre plugo daros el reyno.
33 Vended lo que poseeis, y dad limosna. Haceos bolsas, que no se envejecen, tesoro en los Cielos, que jamas falta; á donde el ladron no llega, ni roe la polilla.
34 Porque donde está vuestro tesoro, allí tambien estará vuestro corazon.
35 Tened ceñidos vuestros lomos, y antorchas encendidas en vuestras manos:
36 Y sed vosotros semejantes á los hombres, que esperan á su señor, quando vuelva de las bodas; para que quando viniere, y llamare á la puerta, luego le abran.
37 Bienaventurados aquellos siervos, que hallare velando el Señor, quando viniere: En verdad os digo, que se ceñirá, y los hará sentar á la mesa, y pasando los servirá.
38 Y si viniere en la segunda vela, y si viniere en la tercera vela, y así los halláre, bienaventurados son los tales siervos.
39 Mas esto sabed, que si el padre de familias supiese la hora, en que vendria el ladron, velaria sin duda, y no dexaria minar su casa.
40 Vosotros pues estad apercibidos; porque á la hora, que no pensais, vendrá el Hijo del hombre.
41 Y Pedro le dixo: ¿Señor, dices esta parábola á nosotros, ó tambien á todos?
42 Y dixo el Señor: ¿Quién, crees, que es el mayordomo fiel y prudente, que puso el Señor sobre su familia, para que les dé la medida de trigo en tiempo?
43 Bienaventurado aquel siervo, que quando el Señor viniere, le hallare así haciendo.
44 Verdaderamente os digo, que le pondrá sobre todo quanto posee.
45 Mas si dixere el tal siervo en su corazon: Se tarda mi Señor de venir, y comenzare á maltratar á los siervos, y á las criadas, y á comer, y á beber, y á embriagarse:
46 Vendrá el Señor de aquel siervo el dia, que no espera, y á la hora que no sabe, y le apartará, y pondrá su parte con los desleales.
47 Porque aquel siervo, que supo la voluntad de su Señor, y no se apercibió, y no hizo conforme á su voluntad, será muy bien azotado:
48 Mas el que no la supo, y hizo cosas dignas de castigo, poco será azotado. Porque á todo aquel, á quien mucho fué dado, mucho le será demandado; y al que mucho encomendáron, mas le pedirán.
49 Fuego vine á poner en la tierra: ¿Y que quiero, sino que arda?
50 Con bautismo es menester que yo sea bautizado: ¿y como me angustio, hasta que se cumpla?
51 ¿Pensais, que soy venido á poner paz en la tierra? Os digo, que no, sino division:
52 Porque de aquí adelante estarán cinco en una casa divididos, los tres estarán contra los dos, y los dos contra los tres;
53 Estarán divididos el padre contra el hijo, y el hijo con-

2 Y he aquí un hombre hydrópico estaba delante de él.

3 Y Jesus dirigiendo su palabra á los Doctores de la Ley, y á los Fariséos, les dixo: ¿Si es lícito curar en Sábado?

4 Mas ellos calláron. El entónces le tomó, le sanó, y le despidió.

5 Y les respondió, y dixo: ¿Quien hay de vosotros, que viendo su asno, ó su buey caido en un pozo, no le saque luego en dia de Sábado?

6 Y no le podian replicar á estas cosas.

7 Y observando tambien, como los convidados escogian los primeros asientos en la mesa, les propuso una parábola, y dixo:

8 Quando fueres convidado á bodas, no te sientes en el primer lugar, no sea que haya allí otro convidado mas honrado que tú,

9 Y que venga aquel, que te convidó á tí y á él, y te diga: Da el lugar á este; y que entónces tengas que tomar el último lugar con vergüenza.

10 Mas quando fueres llamado, ve, y siéntate en el último puesto; para que quando venga el que te convidó, te diga: Amigo, sube mas arriba. Entónces serás honrado delante de los que estuvieren contigo á la mesa.

11 Porque todo aquel, que se ensalza, humillado será; y el que se humilla, será ensalzado.

12 Y decia tambien al que le habia convidado: Quando das una comida, ó una cena, no llames á tus amigos, ni á tus hermanos, ni á tus parientes, ni á tus vecinos ricos, no sea que te vuelvan ellos á convidar, y te lo paguen.

13 Mas quando haces convite, llama á los pobres, lisiados, coxos, y ciegos:

14 Y serás bienaventurado, porque no tienen con que corresponderte; mas te se galardonará en la resurreccion de los justos.

15 Quando uno de los que comian á la mesa oyó esto, le dixo: Bienaventurado el que comerá pan en el reyno de Dios.

16 Y él le dixo: Un hombre hizo una grande cena, y convidó á muchos.

17 Y quando fué la hora de la cena, envió uno de sus siervos á decir á los convidados, que viniesen, porque todo estaba aparejado.

18 Y todos á una comenzáron á excusarse. El primero le dixo: He comprado una granja, y necesito ir á verla; te ruego, que me tengas por excusado.

19 Y dixo otro: He comprado cinco yuntas de bueyes, y quiero ir á probarlas; te ruego, que me tengas por excusado.

20 Y dixo otro: He tomado muger, y por eso no puedo ir allá.

21 Y volviendo el siervo, dió cuenta á su señor de todo esto. Entónces ayrado el padre de familias, dixo á su siervo: Sal luego á las plazas, y á las calles de la ciudad; y traeme acá quantos pobres, y lisiados, y ciegos, y coxos hallares.

22 Y dixo el siervo: Señor, hecho está, como lo mandaste, y aun hay lugar.

23 Y dixo el Señor al siervo: Sal á los caminos, y á los cercados; y fuérzalos á entrar, para que se llene mi casa.

24 Os digo, que ninguno de aquellos hombres, que fuéron llamados, gustará mi cena.

25 Y muchas gentes iban con
él, y volviéndose, les dixo:
26 Si alguno viene á mí, y no
aborrece á su padre, y madre, y
muger, é hijos, y hermanos, y
hermanas, y aun tambien su vi-
da, no puede ser mi discípulo.
27 Y el que no lleva su cruz
á cuestas, y viene en pos de mí,
no puede ser mi discípulo.
28 ¿Porque quien de vosotros
queriendo edificar una torre, no
cuenta primero de asiento los
gastos, que son necesarios, vien-
do si tiene para acabarla?
29 No sea que despues que
hubiere puesto el cimiento, y no
la pudiere acabar, todos los que
lo vean, comiencen á hacer bur-
la de él,
30 Diciendo: ¿Este hombre
comenzó á edificar, y no ha po-
dido acabar?
31 ¿O qué Rey queriendo sa-
lir á pelear contra otro Rey, no
considera ántes de asiento, si
podrá salir con diez mil hom-
bres á hacer frente al que viene
contra él con veinte mil?
32 De otra manera, aun quando
el otro está léjos, envia su emba-
xada, pidiéndole tratados de paz.
33 Pues así qualquiera de vo-
sotros, que no renuncia á todo lo
que posee, no puede ser mi dis-
cípulo.
34 Buena es la sal. Mas si
la sal perdiere su sabor, ¿con
que será sazonada?
35 No es buena, ni para la
tierra, ni para el muladar; mas
la echarán fuera: Quien tiene
orejas de oir, oiga.

CAPITULO XV.

1 Y se acercaban á él los
Publicanos, y pecado-
res, para oirle.
2 Y los Fariséos, y los Escri-
bas murmuraban, diciendo: Es-
te recibe pecadores, y come con
ellos.
3 Y les propuso esta parábola,
diciendo:
4 ¿Quien de vosotros es el
hombre, que tiene cien ovejas,
y si perdiere una de ellas, no
dexa las noventa y nueve en el
desierto, y va á buscar la que
se habia perdido, hasta que la
halle?
5 Y quando la hallare, la pone
sobre sus hombros gozoso:
6 Y viniendo á casa, llama á
sus amigos, y vecinos, dicién-
doles: Dadme el parabien, por-
que he hallado mi oveja, que se
habia perdido.
7 Os digo, que así habrá mas
gozo en el Cielo sobre un peca-
dor que hiciere penitencia, que
sobre noventa y nueve justos,
que no han menester penitencia.
8 ¿O que muger que tiene
diez drachmas, si perdiere una
drachma, no enciende el candil,
y barre la casa, y la busca con
cuidado hasta hallarla?
9 Y despues que la ha halla-
do, junta las amigas, y vecinas,
y dice: Dadme el parabien, por-
que he hallado la drachma, que
habia perdido.
10 Así os digo, que habrá go-
zo delante de los Angeles de Di-
os por un pecador que hace pe-
nitencia.
11 Mas dixo: Un hombre tu-
vo dos hijos:
12 Y dixo el menor de ellos á
su padre: Padre, dame la parte
de la hacienda, que me toca.
Y él les repartió la hacienda.
13 Y no muchos dias despues,
juntando todo lo suyo el hijo me-
nor, se fué léjos á un pais muy

distante, y allí malrotó todo su
haber, viviendo disolutamente.
14 Y quando todo lo hubo
gastado, vino una grande hambre en aquella tierra, y él comenzó á padecer necesidad.
15 Y fué, y se arrimó á uno
de los ciudadanos de aquella tierra; el qual le envió á su cortijo á guardar puercos.
16 Y deseaba henchir su vien-
tre de las mondaduras, que los puercos comian; y ninguno se las daba.
17 Mas volviendo sobre sí,
dixo: ¡Quántos jornaleros en la casa de mi padre tienen el pan de sobra, y yo me estoy aquí muriendo de hambre!
18 Me levantaré, é iré á mi
padre, y le diré: Padre, pequé contra el Cielo, y delante de tí;
19 Ya no soy digno de ser
llamado hijo tuyo; hazme como á uno de tus jornaleros.
20 Y levantándose se fué para
su padre. Y como aun estuviese léjos, le vió su padre, y se movió á misericordia; y corriendo á él, le echó los brazos al cuello, y le besó.
21 Y el hijo le dixo: Padre,
he pecado contra el Cielo, y delante de tí; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo.
22 Mas el padre dixo á sus
criados: Traed aquí prontamente la ropa mas preciosa, y vestidle, y ponedle anillo en su mano, y calzado en sus pies:
23 Y traed un ternero ceba-
do, y matadlo, y comamos, y celebremos un banquete;
24 Porque este mi hijo era
muerto, y ha revivido; se habia perdido, y ha sido hallado. Y comenzáron á celebrar el banquete.
25 Y su hijo el mayor estaba
en el campo; y quando vino, y se acercó á la casa, oyó la sinfonía, y el côro;
26 Y llamando á uno de los
criados, le preguntó que era aquello.
27 Y este le dixo: Tu her-
mano ha venido, y tu padre ha hecho matar un ternero cebado; porque le ha recobrado salvo.
28 El entónces se indignó, y
no queria entrar: mas saliendo el padre, comenzó á rogarle.
29 Y él respondió á su padre,
y dixo: He aquí tantos años ha que te sirvo, y nunca he traspasado tus mandamientos, y nunca me has dado un cabrito, para comerle alegremente con mis amigos:
30 Mas quando vino este tu
hijo, que ha gastado su hacienda con rameras, le has hecho matar un ternero cebado.
31 Entónces el padre le dixo:
Hijo, tú siempre estás conmigo, y todos mis bienes son tuyos;
32 Pero razon era celebrar
un banquete, y regocijarnos; porque este tu hermano era muerto, y revivió; se habia perdido, y ha sido hallado.

CAPITULO XVI.

1 Y decia tambien á sus
discípulos: Habia un hombre rico, que tenia un mayordomo; y este fué acusado delante de él, como disipador de sus bienes.
2 Y le llamó, y le dixo: ¿Qué
es esto, que oygo decir de tí? da cuenta de tu mayordomía; porque ya no podrás ser mi mayordomo.
3 Entónces el mayordomo di-

xo entre sí: ¿Que haré, porque
mi señor me quita la mayordo-
mía? Cavar no puedo; de men-
digar tengo vergüenza.
4 Yo sé lo que he de hacer,
para que quando fuere removido
de la mayordomía, me reciban
en sus casas.
5 Llamó pues á cada uno de
los deudores de su señor, y dixo
al primero: ¿Quanto debes á mi
señor?
6 Y este le respondió: Cien
barriles de aceyte. Y le dixo:
Toma tu escritura, y siéntate
luego, y escribe cincuenta.
7 Despues dixo á otro: ¿Y tú
quanto debes? Y él respondió:
Cien coros de trigo. El dixo:
Toma tu vale, y escribe ochenta.
8 Y loó el Señor al mayordo-
mo infiel, porque lo hizo cuer-
damente; porque los hijos de
este siglo mas sabios son en su
generacion que los hijos de la
luz.
9 Y yo os digo: Que os ganeis
amigos de las riquezas de iniqui-
dad; para que quando fallecie-
reis, os reciban en las eternas
moradas.
10 El que es fiel en lo menor,
tambien lo es en lo mayor; y el
que es injusto en lo poco, tam-
bien es injusto en lo mucho.
11 Pues si en las riquezas in-
justas no fuísteis fieles: ¿quien
os fiará lo que es verdadero?
12 Y si no fuísteis fieles en lo
ageno: ¿lo que es vuestro, quien
os lo dará?
13 Ningun siervo puede ser-
vir á dos señores; porque ó abor-
recerá al uno, y amará al otro;
ó al uno se llegará, y al otro des-
preciará: no podeis servir á Di-
os, y á las riquezas.
14 Mas los Fariséos, que eran
avaros, oían todas estas cosas; y
le escarnecian.
15 Y les dixo: Vosotros sois
los que os vendeis por justos de-
lante de los hombres; mas Dios
conoce vuestros corazones; por-
que lo que los hombres tienen
por sublime, abominacion es de-
lante de Dios.
16 La Ley, y los Profetas
hasta Juan; desde entónces es
anunciado el reyno de Dios, y
todos hacen fuerza contra él.
17 Y mas fácil cosa es pasar
el Cielo y la tierra, que caer un
solo tilde de la Ley.
18 Qualquiera que dexa su
muger, y toma otra, hace adul-
terio; y tambien el que se casa
con la que repudió el marido,
comete adulterio.
19 Habia un hombre rico, que
se vestia de púrpura y de lino
finísimo, y cada dia tenia con-
vites espléndidos.
20 Y habia allí un mendi-
go llamado Lázaro, que yacia
á la puerta del rico, lleno de
llagas,
21 Deseando hartarse de las
migajas, que caían de la mesa del
rico, y ninguno se las daba; mas
venian los perros, y le lamian
las llagas.
22 Y aconteció, que quando
murió aquel pobre, lo lleváron
los Angeles al seno de Abraham.
Y murió tambien el rico, y fué
sepultado en el infierno.
23 Y alzando los ojos, quando
estaba en los tormentos, vió de
léjos á Abraham, y á Lázaro en
su seno:
24 Y él, levantando el grito,
dixo: Padre Abraham, compa-
décete de mí, y envia á Lázaro,
que moje la extremidad de su
dedo en agua, para refrescar mi

lengua, porque soy atormentado
en esta llama.
25 Y Abraham le dixo: Hijo,
acuérdate, que recibiste tus bie-
nes en tu vida, y Lázaro tam-
bien males; pues ahora es él
aquí consolado, y tú atormen-
tado.
26 Fuera de que hay una sima
impenetrable entre nosotros y
vosotros; de manera que los que
quisieren pasar de aquí á voso-
tros, no pueden, ni de ahí pasar
acá.
27 Y dixo: Pues te ruego,
padre, que lo envies á casa de
mi padre.
28 Porque tengo cinco her-
manos, para que les dé testimo-
nio, no sea que vengan ellos
tambien á este lugar de tormen-
tos.
29 Y Abrahám le dixo: Tie-
nen á Moysés, y á los Profetas;
oyganlos.
30 Mas él dixo: No, padre
Abrahám; mas si alguno de los
muertos fuere á ellos, harán pe-
nitencia.
31 Y Abrahám le dixo: Si no
oyen á Moisés, y á los Profetas,
tampoco creerán, aun quando al-
guno de los muertos resucitere.

CAPITULO XVII.

1 Y dixo á sus discípulos:
Imposible es, que no
vengan escándalos; ¡mas ay de
aquel, por quien vienen!
2 Mas le valdria, que le pu-
siesen al cuello una piedra de
molino, y le lanzasen en el mar,
que escandalizar á uno de estos
pequeñitos.
3 Mirad por vosotros: Si pe-
care tu hermano contra tí, cor-
rígele; y si se arrepintiere, per-
dónale.
4 Y si pecare contra tí siete
veces al dia, y siete veces al dia
se volviere á tí, diciendo: Me
pesa, perdónale.
5 Y dixéron los Apóstoles al
Señor: Auméntanos la fé.
6 Y dixo el Señor: Si tuvié-
reis fé, como un grano de mos-
taza, diréis á este moral: Ar-
ráncate de raiz, y trasplántate
en el mar; y os obedecerá.
7 ¿Y quien de vosotros tenien-
do un siervo, que ara, ó guarda
el ganado, quando vuelve del
campo, le dice: Pasa luego, sién-
tate á la mesa:
8 Y no le dice ántes: Dis-
ponme de cenar, y ponte á ser-
virme, miéntras que como, y
bebo; que despues comerás tu
y beberás?
9 ¿Por ventura debe agrade-
cimiento á aquel siervo, porque
este hizo lo que le mandó?
10 Pienso que no. Asi tam-
bien vosotros, quando hiciéreis
todas las cosas, que os son man-
dadas, decid: Siervos inútiles
somos; lo que debiamos hacer,
hicimos.
11 Y aconteció, que yendo él
á Jerusalém, pasaba por medio
de Samaria, y de Galiléa.
12 Y entrando en una aldea,
saliéron á él diez hombres lepro-
sos, que se paráron de léjos:
13 Y alzáron la voz, diciendo:
Jesus maestro, ten misericordia
de nosotros.
14 El quando los vió, dixo:
Id, mostraos á los Sacerdotes.
Y aconteció, que miéntras iban,
quedáron limpios.
15 Y uno de ellos, quando vió,
que habia quedado limpio, vol-
vió glorificando á Dios á grandes
voces,
16 Y se postró en tierra á los

pies de Jesus, dándole gracias; y este era Samaritano.
17 Y respondió Jesus, y dixo: ¿Por ventura no son diez los que fuéron limpios? ¿y los nueve donde están?
18 No hubo quien volviese, y diese gloria á Dios, sino este extrangero.
19 Y le dixo: Levántate, vete, que tu fé te ha hecho salvo.
20 Y preguntándole los Fariséos: ¿Quando vendrá el reyno de Dios? les respondió, y dixo: El reyno de Dios no vendrá con muestra exterior:
21 Ni dirán: Helo aquí, ó helo allí; porque el reyno de Dios está dentro de vosotros.
22 Y dixo á sus discípulos: Vendrán dias, quando desearéis ver un dia del Hijo del hombre, y no lo veréis.
23 Y os dirán: Vedle aquí, ó vedle allí. No querais ir, ni le sigais.
24 Porque como el relámpago, que relumbrando en la region inferior del Cielo, resplandece desde la una hasta la otra parte; así tambien será el Hijo del hombre en su dia.
25 Mas primero es menester, que él padezca mucho, y que sea reprobado de esta generacion.
26 Y como fué en los dias de Noé, así tambien será en los dias del Hijo del hombre.
27 Comian, y bebian; los hombres tomaban mugeres, y las mugeres maridos, hasta el dia en que entró Noé en el arca, y vino el diluvio, y acabó con todos.
28 Asimismo como fué en los dias de Lot: Comian, y bebian; compraban, y vendian; plantaban, y hacian casas.
29 Y el dia, que salió Lot de Sodoma, llovió fuego y azufre del Cielo, y los mató á todos:
30 De esta manera será el dia en que se manifestará el Hijo del hombre.
31 En aquella hora el que estuviere en el tejado, y tuviere sus alhajas dentro de la casa, no descienda á tomarlas; y el que en el campo, así mismo no torne atras.
32 Acordaos de la muger de Lot.
33 Todo aquel que procuráre salvar su vida, la perderá; y quien la perdiere, la vivificará.
34 Os digo, que en aquella noche dos estarán en un lecho, el uno será tomado, y el otro dexado.
35 Dos mugeres estarán moliendo juntas; la una será tomada, y la otra dexada; dos en el campo; el uno será tomado, y el otro dexado.
36 Respondiéron, y le dixéron: ¿En dónde Señor?
37 Y él les dixo: Do quiera que estuviere el cuerpo, allí tambien se congregarán las águilas.

CAPITULO XVIII.

1 Y les decia tambien esta parábola, que es menester orar siempre, y no desfallecer,
2 Diciendo: Habia un Juez en cierta ciudad, que ni temia á Dios, ni respetaba á hombre alguno;
3 Y habia en la misma ciudad una viuda, que venia á él, y le decia: Hazme justicia de mi contrario.

4 Y él por *mucho* tiempo no quiso. Pero *despues* de esto dixo entre sí: *Aunque* ni temo á Dios, ni á hombre tengo respeto,
5 Todavía, porque me es importuna esta viuda, le haré justicia, porque no venga tantas veces, que al fin me muela.
6 Y dixó el Señor: Oid lo que dice el injusto Juez.
7 ¿Pues Dios no hará venganza de sus escogidos, que claman á él dia y noche? ¿y tendrá paciencia en ellos?
8 Os digo, que presto los vengará. Mas quando viniere el Hijo del hombre, ¿pensais que hallará fé en la tierra?
9 Y dixo tambien esta parábola á unos, que fiaban en sí mismos, como si fuesen justos, y despreciaban á los otros:
10 Dos hombres subiéron al templo á orar; el uno Fariséo, y el otro Publicano.
11 El Fariséo estando en pie, oraba en su interior de esta manera: Dios, gracias te doy, porque no soy como los otros hombres, robadores, injustos, adúlteros; así como este Publicano.
12 Ayuno dos veces en la semana; doy diezmos de todo lo que poseo.
13 Mas el Publicano, estando léjos, no osaba ni aun alzar los ojos al Cielo; sino que heria su pecho, diciendo: Dios, muéstrate propicio á mí pecador.
14 Os digo, que este, y no aquel, descendió justificado á su casa: Porque todo hombre, que se ensalza, será humillado; y el que se humilla, será ensalzado.
15 Y le traian tambien niños, para que los tocase. Y quando lo viéron los discípulos, los reñian.
16 Mas Jesus los llamó, y dixo: Dexad, que vengan á mí los niños, y no los impidais; porque de los tales es el reyno de Dios:
17 En verdad os digo: Que el que no recibiere el reyno de Dios, como niño, no entrará en él.
18 Y le preguntó un hombre principal, diciendo: Maestro bueno, ¿que haré para poseer la vida eterna?
19 Y Jesus le dixo: ¿Por que me llamas bueno? ninguno hay bueno, sino solo Dios.
20 Sabes los Mandamientos: No matarás; No fornicarás; No hurtarás; No dirás falso testimonio; Honra á tu padre, y á tu madre.
21 El dixo: Todo esto he guardado desde mi juventud.
22 Quando esto oyó Jesus, le dixo: Aun te falta una cosa; vende todo quanto tienes, y dalo á pobres, y tendrás un tesoro en el Cielo; y ven, y sígueme.
23 Quando él oyó esto, se entristeció; porque era muy rico.
24 Y Jesus le dixo, quando le vió triste: ¡Quán dificultosamente entrarán en el reyno de Dios los que tienen los dineros!
25 Porque mas fácil cosa es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reyno de Dios.
26 Y dixéron los que lo oian: ¿Pues quién puede salvarse?
27 Les dixo: Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios.
28 Y dixo Pedro: Bien ves, que nosotros hemos dexado todas las cosas, y te hemos seguido.
29 El les dixo: En verdad os digo, que ninguno hay, que haya dexado casa, ó padres, ó herma-

nos, ó muger, ó hijos por el reyno de Dios,
30 Que no haya de recibir mucho mas en este tiempo, y en el siglo venidero la vida eterna.
31 Y tomó Jesus aparte á los doce, y les dixo: Mirad, vamos á Jerusalém, y serán cumplidas todas las cosas, que escribiéron los Profetas del Hijo del hombre.
32 Porque será entregado á los Gentiles, y será escarnecido, y azotado, y escupido.
33 Y despues que le azotaren, le quitarán la vida, y resucitará al tercero dia.
34 Mas ellos no entendiéron nada de esto; y esta palabra les era escondida; y no entendian, lo que les decia.
35 Y aconteció, que acercándose á Jericó, estaba un ciego sentado cerca del camino, pidiendo limosna.
36 Y quando oyó el tropel de la gente que pasaba, preguntó que era aquello.
37 Y le dixéron, que pasaba Jesus Nazareno.
38 Y dixo á voces: Jesus Hijo de David, ten misericordia de mí.
39 Y los que iban delante le reñian, para que callase. Mas él gritaba mucho mas: Hijo de David, ten misericordia de mí.
40 Y Jesus parándose, mandó que se le traxesen. Y quando estuvo cerca, le preguntó,
41 Diciendo: ¿Que quieres que te haga? Y él respondió: Señor, que vea.
42 Y Jesus le dixo: Vee, tu fe te ha hecho salvo.
43 Y luego vió, y le seguia glorificando á Dios. Y quando vió esto todo el pueblo, dió loor á Dios.

CAPITULO XIX.

1 Y habiendo entrado Jesus, pasaba por Jericó.
2 Y he aquí un hombre llamado Zaquéo; y este era uno de los principales entre los Publicanos, y rico:
3 Y procuraba ver á Jesus, quien fuese; y no podia por la mucha gente, porque era pequeño de estatura.
4 Y corriendo delante, se subió en un árbol cabrahigo para verle; porque por allí habia de pasar.
5 Y quando llegó Jesus á aquel lugar, alzando los ojos, le vió, y le dixo: Zaquéo, desciende presto, porque es menester hospedarme hoy en tu casa.
6 Y él descendió apresurado; y le recibió gozoso.
7 Y viendo esto todos, murmuraban, diciendo, que habia ido á posar á casa de un pecador.
8 Mas Zaquéo, presentándose al Señor, le dixo: Señor, la mitad de quanto tengo doy á los pobres; y si en algo he defraudado á alguno, le vuelvo quatro tantos mas.
9 Y Jesus le dixo: Hoy ha venido la salud á esta casa; porque él tambien es hijo de Abraham.
10 Pues el Hijo del hombre vino á buscar, y á salvar lo que habia perecido.
11 Oyendo ellos esto, prosiguió diciéndoles una parábola, con ocasion de estar cerca de Jerusalém; y porque pensaban que luego se manifestaria el reyno de Dios.
12 Dixo pues: Un hombre noble fué á una tierra distante

para recibir allí un reyno, y despues volverse.
13 Y habiendo llamado á diez de sus siervos, les dió diez minas, y les dixo: Traficad entretanto que vengo.
14 Mas los de su ciudad le aborrecian; y enviando en pos de él una embaxada, le dixéron: No queremos que reyne este sobre nosotros.
15 Y quando volvió, despues de haber recibido el reyno, mandó llamar á aquellos siervos, á quienes habia dado el dinero, para saber lo que habia negociado cada uno.
16 Llegó pues el primero, y dixo: Señor, tu mina ha ganado diez minas.
17 Y le dixo: Está bien, buen siervo; pues que en lo poco has sido fiel, tendrás potestad sobre diez ciudades.
18 Y vino otro, y dixo: Señor, tu mina ha ganado cinco minas.
19 Y dixo á este: Tú tenla sobre cinco ciudades.
20 Y vino el tercero, y dixo: Señor, aquí tienes tu mina, la qual he tenido guardada en un lienzo:
21 Porque tuve miedo de tí, que eres hombre recio de condicion; llevas lo que no pusiste, y siegas lo que no sembraste.
22 Entónces él le dixo: Mal siervo, por tu propia boca te condeno: Sabias, que yo era hombre recio de condicion, que llevo lo que no puse, y siego lo que no sembré:
23 ¿Pues por que no diste mi dinero al banco, para que quando volviese lo tomara con las ganancias?
24 Y dixo á los que estaban ·: Quitadle la mina, y dádsela al que tiene las diez minas.
25 Y ellos le dixéron: Señor, que tiene diez minas.
26 Pues yo os digo, que á todo aquel que tuviere, se le dará, y tendrá mas; mas al que no tiene, se le quitará aun lo que tiene.
27 Y en quanto á aquellos mis enemigos, que no quisiéron que yo reynase sobre ellos, traedmelos acá, y matadlos delante de mí.
28 Y dicho esto, iba delante subiendo á Jerusalém.
29 Y aconteció, que quando llegó cerca de Betfage, y de Betania al monte, que se llama del Olivar, envió dos de sus discípulos,
30 Diciendo: Id á esa aldea, que está enfrente; y luego que entráreis en élla, hallaréis un pollino de asna atado, sobre el qual nunca se sentó hombre alguno; desatadlo, y traedlo.
31 Y si alguno os preguntáre: ¿Por que lo desatais? le responderéis así: Porque el Señor lo ha menester.
32 Fuéron pues los que habian sido enviados, y halláron el pollino, que estaba como les habia dicho.
33 Y quando desataban al pollino, le dixéron sus dueños: ¿Por que desatais al pollino?
34 Y ellos respondiéron: Porque el Señor le ha menester.
35 Y lo traéron á Jesus. Y echando sobre el pollino sus ropas, pusiéron encima á Jesus.
36 Y yendo él así, tendian sus vestidos por el camino.
37 Y quando se acercó á la baxada del monte del Olivar, todos los discípulos en tropas, llenos de gozo comenzáron á ala-

bar á Dios en alta voz por todas
las maravillas que habian visto,
38 Diciendo: Bendito el Rey
que viene en el nombre del Se-
ñor, paz en el Cielo, y gloria en
las alturas.
39 Y algunos de los Fariséos,
que estaban entre la gente, le
dixéron: Maestro, reprehende
á tus discípulos.
40 El les respondió: Os digo,
que si estos callaren, las piedras
darán voces.
41 Y quando llegó cerca, al
ver la ciudad, lloró sobre ella,
diciendo:
42 ¡Ah si tú reconocieses, si-
quiera en este tu dia, lo que
puede traerte la paz! mas aho-
ra está encubierto de tus ojos.
43 Porque vendrán dias con-
tra tí, en que tus enemigos te
cercarán de trincheras, y te
pondrán cerco, y te estrecharán
por todas partes:
44 Y te derribarán en tierra,
y á tus hijos, que están dentro
de tí, y no dexarán en tí piedra
sobre piedra; por quanto no co-
nociste el tiempo de tu visita-
cion.
45 Y habiendo entrado en el
templo, comenzó á echar fuera á
todos los que vendian, y com-
praban en él,
46 Diciéndoles: Escrito está:
Mi casa, casa de oracion es.
Mas vosotros la habeis hecho
cueva de ladrones.
47 Y cada dia enseñaba en el
templo. Mas los Príncipes de
los Sacerdotes, y los Escribas, y
los principales del pueblo le que-
rian matar:
48 Y no sabian, que hacerse
con él. Porque todo el pueblo
estaba embelesado quando le
oia.

CAPITULO XX.

1 Y aconteció un dia, que
estando él en el tem-
plo instruyendo al pueblo, y e-
vangelizando, se juntáron los
Príncipes de los Sacerdotes, y
los Escribas con los Ancianos,
2 Y le habláron de esta mane-
ra: ¿Dinos con que autoridad
haces estas cosas? ¿ó quien es
el que te dió esta potestad?
3 Y Jesus respondió, y les
dixo: Yo tambien os haré una
pregunta. Respondedme:
4 ¿El bautismo de Juan era
del Cielo, ó de los hombres?
5 Ellos pensaban dentro de
sí, diciendo: Si dixéremos, que
del Cielo, dirá: ¿Pues por que
no le creisteis?
6 Y si dixéremos: De los
hombres, nos apedreará todo el
pueblo; pues tiene por cierto,
que Juan era Profeta.
7 Y respondiéron que no sa-
bian de donde era.
8 Y les dixo Jesus: Pues ni
yo os digo, con que potestad
hago estas cosas.
9 Y comenzó á decir al pue-
blo esta parábola: Un hombre
plantó una viña, y la arrendó á
unos labradores; y él estuvo
ausente por muchos tiempos.
10 Y en una ocasion envió
uno de sus siervos á los labra-
dores, para que le diesen del
fruto de la viña. Mas ellos le
hiriéron, y le enviáron vacío.
11 Y volvió á enviar otro sier-
vo. Mas ellos hiriéron tambien
á este, y ultrajándole, lo enviá-
ron vacío.
12 Y volvió á enviar á otro
tercero; á quien ellos del mismo
modo hiriéron, y le echáron
fuera.

13 Y dixo el Señor de la viña:
¿Que haré? enviaré á mi amado
hijo; puede ser, que quando le
vean, le tengan respeto.
14 Quando le viéron los la-
bradores, pensáron entre sí, y
dixéron: Este es el heredero,
matémosle, para que sea nuestra
la heredad.
15 Y sacándole fuera de la
viña, le matáron. ¿Que hará
pues con ellos el dueño de la
viña?
16 Vendrá, y destruirá estos
labradores, y dará su viña á
otros. Y como ellos lo oyéron,
le dixéron: Nunca tal sea.
17 Y él mirándolos, dixo:
¿Pues que es esto, que está es-
crito: La piedra, que desechá-
ron los que edificaban, esta vi-
no á ser la principal de la es-
quina?
18 Todo aquel, que cayere
sobre aquella piedra, quebran-
tado será; y sobre quien ella
cayere, le desmenuzará.
19 Y los Príncipes de los Sa-
cerdotes, y los Escribas le que-
rian echar mano en aquella ho-
ra, mas temiéron al pueblo;
porque entendiéron, que contra
ellos habia dicho esta parábola.
20 Y acechándole enviáron
malsines, que se fingiesen justos,
para sorprehenderle en alguna
palabra, y entregarle á la juris-
diccion, y potestad del Presi-
dente.
21 Estos pues le preguntáron,
diciendo: Maestro, sabemos,
que hablas, y enseñas recta-
mente; y que no tienes respeto
á persona, sino que enseñas en
verdad el camino de Dios:
22 ¿Nos es lícito pagar el tri-
buto á César, ó no?
23 Y él, entendiendo la astu-
cia de ellos, les dixo: ¿Por que
me tentais?
24 Mostradme un denario.
¿Cuya es la figura, y el letrero,
que tiene? De Cesar, le res-
pondiéron ellos.
25 Y les dixo: Pues dad á
César lo que es de César; y á
Dios lo que es de Dios.
26 Y no pudiéron reprehender
sus palabras delante del pueblo;
ántes maravillados de su res-
puesta, calláron.
27 Además se llegáron algu-
nos de los Sadducéos, que nie-
gan la resurreccion, y le pre-
guntáron,
28 Diciendo: Maestro, Moi-
sés nos dexó escrito: Si muriere
el hermano de alguno teniendo
muger, y sin dexar hijos, que se
case con ella el hermano, y le-
vante linage á su hermano.
29 Pues eran siete hermanos,
y tomó muger el mayor, y murió
sin hijos.
30 Y la tomó el segundo, y
murió tambien sin hijo.
31 Y la tomó el tercero. Y
así sucesivamente todos siete, los
quales muriéron sin dexar su-
cesion.
32 Y á la postre de todos mu-
rió tambien la muger.
33 ¿Pues en la resurreccion
de quál de ellos será muger?
pues todos siete la tuviéron por
muger.
34 Y Jesus les dixo: Los hi-
jos de este siglo se casan, y son
dados en casamiento:
35 Mas los que serán juzga-
dos dignos de aquel siglo, y de
la resurreccion de los muertos,
ni se casarán, ni serán dados en
casamiento:
36 Porque no podrán ya mas
morir; por quanto son iguales á

los Angeles, é hijos son de Dios,
quando son hijos de la resurrec-
cion.
37 Y que los muertos hayan
de resucitar, lo mostró tambien
Moisés, quando junto á la zarza
llamó al Señor, el Dios de Abra-
ham, y el Dios de Isaac, y el
Dios de Jacob.
38 Y no es Dios de muertos,
sino de vivos; porque todos
viven á él.
39 Y respondiendo algunos de
los Escribas, le dixéron: Maes-
tro, bien has dicho.
40 Y no se atreviéron á pre-
guntarle ya mas.
41 Y él les dixo: ¿Como di-
cen, que el Cristo es hijo de
David?
42 Y el mismo David dice en
el libro de los Psalmos: Dixo el
Señor á mi Señor: Siéntate á
mi derecha,
43 Hasta que ponga á tus ene-
migos, por peana de tus pies.
44 Luego David le llama Se-
ñor: ¿pues como es su hijo?
45 Y oyéndolo todo el pueblo,
dixo á sus discípulos:
46 Guardáos de los Escribas,
que quieren andar con ropas ta-
lares, y gustan de ser saludados
en las plazas, y de las primeras
sillas en las Sinagogas, y de los
primeros asientos en los con-
vites:
47 Que devoran las casas de
las viudas, pretextando larga
oracion. Estos recibirán mayor
condenacion.

CAPITULO XXI.

1 Y estando mirando, vió
los ricos, que echaban
sus ofrendas en el gazofilacio.
2 Y vió tambien una viuda
pobrecita, que echaba dos pe-
queñas monedas.
3 Y dixo: En verdad os digo,
que esta pobre viuda ha echado
mas que todos los otros.
4 Porque todos estos han echa-
do para las ofrendas de Dios, de
lo que les sobra; mas esta de su
pobreza ha echado todo el sus-
tento, que tenia.
5 Y dixo á algunos, que de-
cian del templo, que estaba ador-
nado de hermosas piedras, y de
dones:
6 Estas cosas que veis, ven-
drán dias, quando no quedará
piedra sobre piedra, que no sea
demolida.
7 Y le preguntáron, y dixé-
ron: ¿Maestro, quando será es-
to? ¿y que señal habrá, quando
esto comenzare á ser?
8 El dixo: Mirad, que no
seais engañados; porque muchos
vendrán en mi nombre, dicien-
do; yo soy, y el tiempo está
cercano; guardáos pues de ir en
pos de ellos.
9 Y quando oyéreis guerras
y sediciones, no os espanteis;
porque es necesario, que esto
acontezca primero, mas no será
luego el fin.
10 Entónces les decia: Se
levantará gente contra gente, y
reyno contra reyno.
11 Y habrá grandes terremo-
tos por los lugares, y pestilencias,
y hambres, y habrá cosas espanto-
sas, y grandes señales del Cielo.
12 Mas ántes de todo esto os
prenderán, y perseguirán, en-
tregándoos, á las Sinagogas, y á
las cárceles, y os llevarán á los
Reyes, y á los Gobernadores,
por mi nombre:
13 Y esto os acontecerá en
testimonio.

14 Tened pues fixo en vues-
tros corazones de no pensar án-
tes como habeis de responder.
15 Porque yo os daré boca y
saber, al que no podrán resistir,
ni contradecir todos vuestros ad-
versarios.
16 Y seréis entregados de
vuestros padres, y hermanos, y
parientes, y amigos, y harán mo-
rir á algunos de vosotros;
17 Y os aborrecerán todos por
mi nombre.
18 Mas no perecerá un ca-
bello de vuestra cabeza.
19 Con vuestra paciencia po-
seeréis vuestras almas.
20 Pues quando viéreis á
Jerusalém cercada de un exér-
cito, entónces sabed que su de-
solacion está cerca:
21 Entónces los que están en
la Judéa, huyan á los montes;
y los que en medio de ella, sál-
ganse; y los que en los campos,
no entren en ella.
22 Porque estos son dias de
venganza, para que se cumplan
todas las cosas que están escri-
tas.
23 ¡Mas ay de las preñadas y
de las que dan de mamar en
aquellos dias! Porque habrá
grande apretura sobre la tierra,
é ira para este pueblo.
24 Y caerán á filo de espada;
y serán llevados en cautiverio á
todas las naciones; y Jerusalém
será hollada de los Gentiles;
hasta que se cumplan los tiem-
pos de las naciones.
25 Y habrá señales en el Sol,
y en la Luna, y en las estrellas;
y en la tierra consternacion de
las gentes, por la confusion que
causará el ruido del mar y de
sus ondas.
26 Quedando los hombres yer-
tos por el temor y recelo de las
cosas, que sobrevendrán á todo
el universo; porque las virtudes
de los Cielos serán conmovidas:
27 Y entónces verán al Hijo
del hombre venir sobre una nube
con grande poder y magestad.
28 Quando comenzáren pues
á cumplirse estas cosas, mirad,
y levantad vuestras cabezas;
porque cerca está vuestra re-
dencion.
29 Y les dixo una semejanza:
Mirad la higuera, y todos los
árboles:
30 Quando ya producen de sí
el fruto, entendeis que cerca es-
tá el Estío.
31 Así tambien vosotros, quan-
do viéreis hacerse estas cosas,
sabed que cerca está el reyno
de Dios.
32 En verdad os digo, que no
pasára esta generacion, hasta
que todas estas cosas sean he-
chas.
33 El Cielo y la tierra pasa-
rán; mas mis palabras no pasa-
rán.
34 Mirad pues por vosotros,
no sea que vuestros corazones
se carguen de glotonería y de
embriaguez, y de los afanes de
esta vida; y que venga de re-
pente sobre vosotros aquel dia:
35 Porque así como un lazo
vendrá sobre todos los que están
sobre la haz de toda la tierra.
36 Velad pues orando en todo
tiempo, para que seais dignos de
evitar todas estas cosas, que han
de ser, y de estar en pie delante
del Hijo del hombre.
37 Y estaba enseñando de dia
en el templo; y de noche se
salia, y lo pasaba en el monte,
llamado del Olivar.
38 Y todo el pueblo ma-

drugaba, por venir á oirle en el templo.

CAPITULO XXII.

1 Y estaba ya cerca la fiesta de los Azimos, que es llamada Pascua:
2 Y los Príncipes de los Sacerdotes, y los Escribas buscaban, como harian morir á Jesus; mas temian al pueblo.
3 Y Satanás entró en Júdas, que tenia por sobrenombre Iscariotes, uno de los doce.
4 Y fué, y trató con los Príncipes de los Sacerdotes, y con los Magistrados de como se lo entregaria.
5 Y se holgáron, y concertáron de darle dinero.
6 Y quedó con ellos de acuerdo. Y buscaba sazon, para entregarlo sin concurso de gentes.
7 Vino pues el dia de los Azimos, en que era menester matar la Pascua.
8 Y envió á Pedro y á Juan, diciendo: Id á aparejarnos la Pascua, para que comamos.
9 Y ellos dixéron: ¿ En donde quieres que la aparejemos?
10 Y les dixo: Luego que entreis en la ciudad, encontraréis un hombre, que lleva un cántaro de agua; seguidle hasta la casa, en donde entráre,
11 Y decid al Padre de familias de la casa: El Maestro te dice: ¿ En donde está el aposento, donde tengo de comer la Pascua con mis discípulos?
12 Y él os mostrará una grande sala aderezada, disponedla allí.
13 Y ellos fuéron, y lo halláron así como les habia dicho, y preparáron la Pascua.
14 Y quando fué hora, se sentó á la mesa, y los doce Apóstoles con él.
15 Y les dixo: Con deseo he deseado comer con vosotros esta Pascua, ántes que padezca.
16 Porque os digo, que no comeré mas de ella hasta que sea cumplida en el reyno de Dios.
17 Y tomando el cáliz, dió gracias, y dixo: Tomad, y distribuidlo entre vosotros:
18 Porque os digo, que no beberé mas de fruto de vid, hasta que venga el reyno de Dios.
19 Y habiendo tomado el pan, dió gracias, y lo partió, y se lo dió, diciendo: Este es mi cuerpo, que es dado por vosotros; esto haced en memoria de mí.
20 Y asimismo el cáliz, despues de haber cenado, diciendo: Este cáliz es el nuevo Testamento en mi sangre, que será derramada por vosotros.
21 Pero ved ahí que la mano del que me entrega, conmigo está á la mesa.
22 Y en verdad el Hijo del hombre va, segun lo que está decretado: ¡ Mas ay de aquel hombre, por quien será entregado!
23 Y ellos comenzáron á preguntarse unos á otros, quál de ellos seria, el que esto habia de hacer.
24 Y se movió tambien entre ellos contienda, quál de ellos parecia ser el mayor.
25 Mas él les dixo: Los Reyes de las gentes se enseñorean de ellas; y los que tie-

nen poder sobre ellas, son llamados bienhechores.
26 Mas vosotros no así; ántes el que es mayor entre vosotros, hágase como el menor; y el que precede, como el que sirve.
27 ¿Porque qual es mayor, el que está sentado á la mesa, ó el que sirve? ¿no es mayor el que está sentado á la mesa? Pues yo estoy en medio de vosotros, así como el que sirve.
28 Mas vosotros sois los que habeis permanecido conmigo en mis tentaciones:
29 Y por esto dispongo yo del reyno para vosotros, como mi Padre dispuso de él para mí,
30 Para que comais y bebais á mi mesa en mi reyno, y os senteis sobre tronos, para juzgar á las doce tribus de Isráel.
31 Y dixo mas el Señor: Simón, Simón, mira, que Satanás os ha pedido para zarandearos como trigo:
32 Mas yo he rogado por tí, que no falte tu fé; y tú, una vez convertido, confirma á tus hermanos.
33 El le dixo: Señor, aparejado estoy para ir contigo aun á cárcel, y á muerte.
34 Mas Jesus le dixo: Te digo, Pedro, que no cantará hoy el gallo, sin que tres veces hayas negado que me conoces. Y les dixo:
35 Quando os envié sin bolsa, y sin alforja, y sin calzado, ¿por ventura os faltó alguna cosa?
36 Y ellos respondiéron: Nada. Luego les dixo: Pues ahora quien tiene bolsa, tómela; y tambien alforja; y el que no la tiene, venda su túnica, y compre espada.
37 Porque os digo, que es necesario que se vea cumplido en mí aun esto que está escrito: Y fué contado con los iniquos. Porque las cosas, que miran á mí, tienen su cumplimiento.
38 Mas ellos respondiéron: Señor, he aquí dos espadas. Y él les dixo: Basta.
39 Y saliendo, se fué, como solia, al monte de las Olivas. Y le fuéron tambien siguiendo sus discípulos.
40 Y quando llegó al lugar, les dixo: Haced oracion, para que no entreis en tentacion.
41 Y se apartó él de ellos, como un tiro de piedra; y puesto de rodillas, oraba,
42 Diciendo: Padre, si quieres, traspasa de mí este cáliz: Mas no se haga mi voluntad, sino la tuya.
43 Y le apareció un Angel del Cielo, que le confortaba. Y puesto en agonía, oraba con mayor vehemencia.
44 Y fué su sudor, como gotas de sangre, que coria hasta la tierra.
45 Y como se levantó de orar, vino á sus discípulos, y los halló durmiendo de tristeza.
46 Y les dixo: ¿Por qué dormis? levantaos, y orad, para que no entreis en tentacion.
47 Y quando estaba él aun hablando, se dexó ver una quadrilla de gente; y el que era llamado Júdas, uno de los doce, iba delante de ellos; y se acercó á Jesus para besarle.
48 Mas Jesus le dixo: ¿Júdas, con beso entregas al Hijo del hombre?
49 Y quando viéron los que estaban con él, lo que iba á suceder, le dixéron: Señor, ¿herimos con espada?

50 Y uno de ellos hirió á un siervo del Príncipe de los Sacerdotes, y le cortó la oreja derecha.
51 Mas Jesus, tomando la palabra, dixo: Dexad hasta aquí. Y le tocó la oreja, y le sanó.
52 Y dixo Jesus á los Príncipes de los Sacerdotes, y á los Magistrados del templo, y á los ancianos, que habian venido allí: ¿Como á ladron habeis salido con espadas y con palos?
53 Habiendo estado cada dia con vosotros en el templo, no extendisteis las manos contra mí; mas esta es vuestra hora, y el poder de las tinieblas.
54 Y echando mano de él, le lleváron á la casa del Príncipe de los Sacerdotes; y Pedro le seguia á lo léjos.
55 Y habiendo encendido fuego en medio del átrio, y sentándose ellos al rededor, estaba tambien Pedro en medio de ellos.
56 Una criada, quando le vió sentado á la lumbre, lo miró con atencion, y dixo: Y este con él estaba.
57 Mas él lo negó, diciendo: Muger, no le conozco.
58 Y un poco despues, viéndole otro, dixo: Y tú de ellos eres. Y dixo Pedro: Hombre, no soy.
59 Y pasada como una hora, afirmaba otro y decia: En verdad este con él estaba; porque es tambien Galiléo.
60 Y dixo Pedro: Hombre, no sé lo que dices. Y en el mismo instante, quando él estaba aun hablando, cantó el gallo.
61 Y volviéndose el Señor, miró á Pedro. Y Pedro se acordó de la palabra del Señor, como le habia dicho: Antes que el gallo cante, me negarás tres veces:
62 Y saliendo Pedro fuera, lloró amargamente.
63 Y aquellos, que tenian á Jesus, le escarnecian, hiriéndole.
64 Y le vendáron los ojos, y le herian en la cara, y le preguntaban, y decian: ¿Adivina, quien es el que te hirió?
65 Y decian otras muchas cosas blasfemando contra él.
66 Y quando fué de dia se juntáron los ancianos del pueblo, y los Príncipes de los Sacerdotes, y los Escribas, y lo lleváron á su concilio, y le dixéron: Si tú eres el Cristo, dínoslo.
67 Y les dixo: Si os lo dixere, no me creeréis:
68 Y tambien si os preguntare, no me responderéis, ni me dexaréis.
69 Mas desde ahora el Hijo del hombre estará sentado á la diestra de la virtud de Dios.
70 Dixéron todos: ¿Luego tú eres el Hijo de Dios? El dixo: Vosotros decis, que yo lo soy.
71 Y ellos dixéron: ¿Que necesitamos mas testimonio? pues nosotros mismos lo habemos oido de su boca.

CAPITULO XXIII.

1 Y se levantó toda aquella multitud, y lo lleváron á Pilato.
2 Y comenzáron á acusarle, diciendo: A este hemos hallado pervirtiendo á nuestra nacion, y vedando dar tributo á César, y diciendo que él es el Cristo Rey.

3 Y Pilato le preguntó, y
dixo: ¿Eres tú el Rey de los
Judíos? Y él le respondió, di-
ciendo: Tú lo dices.
4 Dixo Pilato á los Príncipes
de los Sacerdotes, y á la gente:
Ningun delito hallo en este
hombre.
5 Mas ellos insistian, dicien-
do: Tiene alborotado el pueblo
con la doctrina, que esparce
por toda la Judéa, comenzando
desde la Galiléa hasta aquí.
6 Pilato, que oyó decir Ga-
liléa, preguntó si era de Ga-
liléa.
7 Y quando entendió, que era
de la jurisdiccion de Heródes, le
remitió á Heródes, el qual á la
sazon se hallaba tambien en
Jerusalém.
8 Y Heródes, quando vió á
Jesus, se holgó mucho. Porque
de largo tiempo le habia deseado
ver, por haber oido decir de él
muchas cosas, y esperaba verle
hacer algun milagro.
9 Le hizo pues muchas pre-
guntas. Mas él nada le res-
pondia.
10 Y estaban los Príncipes
de los Sacerdotes, y los Escri-
bas acusándole con grande ins-
tancia.
11 Y Heródes con sus solda-
dos le despreció; y escarne-
ciéndole, le hizo vestir de una
ropa blanca, y le volvió á enviar
á Pilato.
12 Y aquel dia quedáron ami-
gos Heródes, y Pilato; porque
ántes eran enemigos entre sí.
13 Pilato pues llamó á los
Príncipes de los Sacerdotes, y á
los Magistrados, y al pueblo,
14 Y les dixo: Me habeis
esentado este hombre, como
ertidor del pueblo, y ved
que preguntándole yo delante de
vosotros, no hallé en este hom-
bre culpa alguna de aquellas, de
que le acusais.
15 Ni Heródes tampoco;
porque os remití á él, y he aquí
que nada se ha probado, que
merezca muerte.
16 Y así le soltaré despues
de haberle castigado.
17 Y debia soltarles uno en el
dia de la fiesta.
18 Y todo el pueblo dió voces
á una, diciendo: Haz morir á
este, y suéltanos á Barrabas,
19 Este habia sido puesto en
la cárcel por cierta sedicion
acaecida en la ciudad, y por un
homicidio.
20 Y Pilato les habló de
nuevo, queriendo soltar á Jesus.
21 Mas ellos volvian á dar
voces, diciendo: Crucifícale,
crucifícale.
22 Y él tercera vez les dixo:
¿Pues que mal ha hecho este?
Yo no hallo en él ninguna causa
de muerte; le castigaré pues, y
le soltaré.
23 Mas ellos insistian pidien-
do á grandes voces, que fuese
crucificado, y crecian mas sus
voces.
24 Y Pilato juzgó, que se hi-
ciera lo que ellos pedian.
25 Y les soltó al que por se-
dicion, y homicidio habia sido
puesto en la cárcel, al qual ha-
bian pedido; y entregó á Jesus
á la voluntad de ellos.
26 Y quando le lleváron, to-
máron un hombre de Cirene,
llamado Simon, que venia de
una granja; y le cargáron la
cruz, para que la llevase en pos
de Jesus.
27 Y le seguia una grande
multitud de pueblo, y de mu-

geres, las quales lo plañian, y
lloraban.
28 Mas Jesus, volviéndose
ácia ellas, les dixo: Hijas de
Jerusalém, no lloreis sobre mí;
ántes llorad sobre vosotras mis-
mas, y sobre vuestros hijos.
29 Porque vendrán dias, en
que dirán: Bienaventuradas las
estériles, y los vientres, que no
concibiéron, y los pechos que no
diéron de mamar.
30 Entónces comenzarán á
decir á los montes: Caed sobre
nosotros; y á los collados: Cu-
bridnos.
31 Porque si en el árbol
verde hacen esto, ¿en el seco,
que se hará?
32 Y llevaban tambien con
él otros dos, que eran malhe-
chores, para hacerlos morir.
33 Y quando llegáron al lu-
gar, que se llama de la Cala-
vera, le crucificáron allí; y á
los ladrones, uno á la derecha, y
otro á la izquierda.
34 Mas Jesus decia: Padre,
perdónalos; porque no saben lo
que hacen. Y dividiendo sus
vestidos, echáron suertes.
35 Y el pueblo estaba miran-
do, y los Príncipes juntamente
con él, le denostaban, y decian:
A otros hizo salvos, sálvese á sí
mismo, si este es el Cristo, el
escogido de Dios.
36 Le escarnecian tambien
los soldados, acercándose á él, y
presentándole vinagre,
37 Y diciendo: Si tú eres el
Rey de los Judíos, sálvate á tí
mismo.
38 Y habia tambien sobre él
un título escrito en letras Grie-
gas, Latinas, y Hebraicas:
ESTE ES EL REI DE LOS
JUDIOS.
39 Y uno de aquellos la
drones, que estaban colgados, le
injuriaba, diciendo: Si tú eres
el Cristo, sálvate á tí mismo, y
á nosotros.
40 Mas el otro respondiendo,
le reprehendió, diciendo: Ni
aun tú temes á Dios, estando en
el mismo suplicio.
41 Y nosotros en verdad por
nuestra culpa, porque recibimos
lo que merecen nuestras obras;
mas este ningun mal ha hecho.
42 Y decia á Jesus: Señor,
acuérdate de mí, quando vinie-
res á tu reyno.
43 Y Jesus le dixo: En ver-
dad te digo, que hoy serás con-
migo en el Paraiso.
44 Y era ya casi la hora de
sexta, y toda la tierra se cubrío
de tinieblas hasta la hora de
nona.
45 Y se obscureció el Sol; y
el velo del templo se rasgó por
medío.
46 Y Jesus, dando una grande
voz, dixo: Padre, en tus manos
encomiendo mi espíritu. Y di-
ciendo esto, espiró.
47 Y quando vió el Centuri-
on lo que habia acontecido, glo-
rificó á Dios, diciendo: Ver-
daderamente este hombre era
justo.
48 Y todo el gentío, que
asistia á este espectácnlo, y
veía lo que pasaba, se volvia,
dándose golpes en los pechos.
49 Y todos los conocidos de
Jesus, y las mugeres, que le ha-
bian seguido de Galiléa, esta-
ban de léjos mirando estas cosas.
50 Y he aquí un varon llama-
do Josef, el qual era Senador,
varon bueno y justo,
51 Que no habia consentido
en el consejo, ni en los hechos

lante de ellos, tomó las sobras,
y se las dió.
44 Y les dixo: Estas son las
palabras, que os hablé, estando
aun con vosotros, que era nece-
sario, que se cumpliese todo lo
que está escrito de mí en la ley
de Moisés, y en los Profetas, y
en los Salmos.
45 Entónces les abrió el sen-
tido, para que entendiesen las
Escrituras.
46 Y les dixo: Así está es-
crito, y así era menester, que el
Cristo padeciese, y resucitase
al tercero dia de entre los
muertos:
47 Y que se predicase en su
nombre penitencia y remision
de pecados á todas las nacion-
es, comenzando de Jerusalém.
48 Y vosotros testigos sois de
estas cosas.
49 Y yo envio al prometido
de mi Padre sobre vosotros;
mas vosotros permaneced aquí
en la ciudad, hasta que seais
vestidos de la virtud de lo alto.
50 Y los sacó fuera hasta Be-
thania; y alzando sus manos,
los bendixo.
51 Y aconteció, que mién-
tras los bendecia, se partió de
ellos, y era llevado al Cielo.
52 Y ellos, despues de haberle
adorado, se volviéron á Jerusa-
lém con grande gozo:
53 Y estaban siempre en el
templo loando y bendiciendo á
Dios. Amen.

EL SANTO EVANGELIO

DE JESU-CRISTO

SEGUN SAN JUAN.

CAPITULO I.

1 EN el principio era el
Verbo, y el Verbo era
con Dios, y el Verbo era Dios.
2 Este era en el principio con
Dios.
3 Todas las cosas fuéron he-
chas por él; y nada de lo que
fué hecho, se hizo sin él,
4 En él estaba la vida, y la
vida era la luz de los hombres:
5 Y la luz en las tinieblas
resplandece; mas las tinieblas
no la comprehendiéron.
6 Fué un hombre enviado de
Dios, que tenia por nombre Juan.
7 Este vino en testimonio, pa-
ra dar testimonio de la luz, para
que creyesen todos por él.
8 No era él la luz, sino para
que diese testimonio de la luz.
9 Era la luz verdadera, que
alumbra á todo hombre, que
viene á este mundo.
10 En el mundo estaba, y el
mundo por él fué hecho, y no le
conoció el mundo.
11 A lo suyo vino, y los suyos
no le recibiéron.
12 Mas á quantos le recibié-
ron, les dió poder de ser hechos
hijos de Dios, á aquellos que
creen en su nombre:
13 Los quales son nacidos no
de sangres, ni de voluntad de
carne, ni de voluntad de varon,
mas de Dios.
14 Y el Verbo fué hecho car-

ne, y habitó entre nosotros; y vimos la gloria de él, gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.

15 Juan da testimonio de él, y clama, diciendo: Este era el que yo dixe: El que ha de venir en pos de mí, ha sido engendrado ántes de mí; porque primero era que yo.

16 Y de su plenitud recibimos nosotros todos, y gracia por gracia.

17 Porque la ley fué dada por Moises; mas la gracia, y la verdad fué hecha por Jesu-Cristo.

18 A Dios nadie le vió jamas. El Hijo Unigénito, que está en el seno del Padre, él mismo lo ha declarado.

19 Y este es el testimonio de Juan, quando los Judíos enviáron á él de Jerusalém Sacerdotes, y Levitas á preguntarle: ¿Tú quien eres?

20 Y confesó, y no negó; y confesó: Que yo no soy el Cristo.

21 Y le preguntáron: ¿Pues que cosa? ¿Eres tú Elías? Y dixo: No soy. ¿Eres tú el Profeta? Y respondió: No.

22 Y le dixéron: ¿Pues quién eres, para que podamos dar respuesta á los que nos han enviado? ¿Que dices de tí mismo?

23 El dixo: Yo soy voz del que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor, como dixo Isaías Profeta.

24 Y los que habian sido enviados, eran de los Fariséos.

25 Y le preguntáron, y le dixéron: ¿Pues por que bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el Profeta?

26 Juan les respondió, y dixo: Yo bautizo en agua; mas en medio de vosotros estuvo, á quien vosotros no conoceis.

27 Este es el que ha de venir en pos de mí, que ha sido engendrado ántes de mí; del qual yo no soy digno de desatar la correa del zapato.

28 Esto aconteció en Betania de la otra parte del Jordan, en donde estaba Juan bautizando.

29 El dia siguiente vió Juan á Jesus venir á él, y dixo: He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita el pecado del mundo.

30 Este es aquel, de quien yo dixe: En pos de mí viene un varon, que fué engendrado ántes de mí; porque primero era que yo.

31 Y yo no le conocia, mas para que sea manifestado en Israél, por eso vine yo á bautizar en agua.

32 Y Juan dió testimonio, diciendo: Que ví el Espíritu que descendia del Cielo como paloma, y reposó sobre él.

33 Y yo no le conocia; mas aquel que me envió á bautizar en agua, me dixo: Sobre aquel que tú vieres descender el Espíritu, y reposar sobre él, este es el que bautiza en Espíritu Santo.

34 Y yo le ví; y dí testimonio, que este es el Hijo de Dios.

35 El dia siguiente otra vez estaba Juan, y dos de sus discípulos.

36 Y mirando á Jesus que pasaba, dixo: He aquí el Cordero de Dios.

37 Y lo oyéron hablar dos de sus discípulos, y siguiéron á Jesus.

38 Y volviéndose Jesus, y viendo que le seguian, les dixo: ¿Que buscais? Ellos le dixéron:

Rabbí, que quiere decir Maestro, en donde moras?

39 Les dixo: Venid, y vedlo. Ellos fuéron, y viéron en donde moraba, y se quedáron con él aquel dia; era entónces como la hora de las diez.

40 Y Andres hermano de Simon Pedro era uno de los dos, que habian oido decir esto á Juan, y que habian seguido á Jesus.

41 Este halló primero á su hermano Simon, y le dixo: Hemos hallado al Messías. (Que quiere decir el Cristo.)

42 Y le llevó á Jesus. Y Jesus le miró, y dixo: Tú eres Simon hijo de Joná; tú serás llamado Cefas, que se interpreta Pedro.

43 El dia siguiente quiso ir á Galiléa, y halló á Felipe. Y Jesus le dixo: Sígueme.

44 Era Felipe de Betsaida, ciudad de Andres, y de Pedro.

45 Felipe halló á Natanaél, y le dixo: Hallado hemos á aquel, de quien escribió Moisés en la Ley, y los Profetas, á Jesus, el hijo de Josef, el de Nazaréth.

46 Y Natanaél le dixo: ¿De Nazaréth puede haber cosa buena? Felipe le dixo: Vén, y veelo.

47 Vió Jesus á Natanaél, que venia á buscarle, y dixo de él: He aquí un verdadero Israelita, en quien no hay engaño.

48 Natanaél le dixo: ¿De donde me conoces? Respondió Jesus, y le dixo: Antes que Felipe te llamára, quando estabas debaxo de la higuera, te ví.

49 Natanaél le respondió, y dixo: Maestro, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israél.

50 Jesus respondió, y le dixo: Porque te dixe, que te ví debaxo de la higuera, crees; mayores cosas que estas verás.

51 Y le dixo: En verdad, en verdad os digo, que veréis el Cielo abierto, y los Angeles de Dios subir, y descender sobre el Hijo del hombre.

CAPITULO II.

1 Y de allí á tres dias se celebráron unas bodas en Caná de Galiléa; y estaba allí la Madre de Jesus.

2 Y fué tambien convidado Jesus, y sus discípulos á las bodas.

3 Y llegando á faltar vino, la Madre de Jesus le dice: No tienen vino.

4 Y Jesus le dixo: ¿Muger, que nos va á mí y á tí? aun no es llegada mi hora.

5 Dixo la Madre de él á los que servian: Haced quanto él os dixere.

6 Y habia allí seis hydrias de piedra conforme á la purificacion de los Judíos, y cabian en cada una dos ó tres cántaros.

7 Y Jesus les dixo: Llenad las hídrias de agua. Y las llenáron hasta arriba.

8 Y Jesus les dixo: Sacad ahora, y llevad al Maestresala. Y le lleváron.

9 Y luego que gustó el Maestresala el agua hecha vino, y no sabia de donde era, aunque los que servian lo sabian porque habian sacado el agua; llamó al esposo el Maestresala,

10 Y le dixo: Todo hombre sirve primero el buen vino; y despues que han bebido bien, entónces da el que no es tan

bueno; mas tú guardaste el
buen vino hasta ahora.
11 Este fué el primer milagro,
que hizo Jesus en Caná de Ga-
liléa; y manifestó su gloria, y
creyéron en él sus discípulos.
12 Despues de esto se fué á
Cafarnaum él, y su Madre, y sus
hermanos, y sus discípulos; y
estuviéron allí no muchos dias.
13 Y estaba cerca la Pascua
de los Judíos, y subió Jesus á
Jerusalém:
14 Y halló en el templo ven-
diendo bueyes, y ovejas, y palo-
mas, y á los cambistas sentados.
15 Y haciendo de cuerdas co-
mo un azóte, los echó á todos
del templo, y las ovejas, y los
bueyes, y arrojó por tierra el
dinero de los cambistas, y der-
ribó las mesas.
16 Y dixo á los que vendian
las palomas: Quitad esto de aquí,
y la casa de mi Padre no la ha-
gais casa de tráfico.
17 Y se acordáron sus discí-
pulos, que está escrito: El zelo
de tu casa me comió.
18 Y los Judíos le respondié-
ron, y dixéron: ¿Que señal nos
muestras, de que haces estas
cosas?
19 Jesus les respondió, y di-
xo: Destruid este templo, y en
tres dias lo levantaré.
20 Los Judíos le dixéron:
¿En quarenta y seis años fué
hecho este templo, y tú lo le-
vantarás en tres dias?
21 Mas él hablaba del templo
de su cuerpo.
22 Y quando resucitó de en-
tre los muertos, se acordáron sus
discípulos, que por esto lo decia,
y creyéron á la Escritura, y á
la palabra, que dixo Jesus.
23 Y estando en Jerusalém
en el dia solemne de la Pascua,
muchos creyéron en su nombre,
viendo los milagros que hacia.
24 Mas el mismo Jesus no se
fiaba de ellos, porque los conocia
á todos,
25 Y porque él no habia me-
nester, que alguno le diese tes-
timonio del hombre; porque sa-
bia por sí mismo lo que habia en
el hombre.

CAPITULO III.

1 Y habia un hombre de
los Fariséos, llamado
Nicodemo, Príncipe de los Ju-
díos.
2 Este vino á Jesus de noche,
y le dixo: Rabbí, sabemos, que
eres Maestro venido de Dios;
porque ninguno puede hacer es-
tos milagros que tú haces, si
Dios no estuviere con él.
3 Jesus respondió, y le dixo:
En verdad, en verdad te digo,
que no puede ver el reyno de
Dios, sino aquel que renaciere
de nuevo.
4 Nicodemo le dixo: ¿Como
puede un hombre nacer, siendo
viejo? ¿por ventura puede vol-
ver al vientre de su madre, y
nacer otra vez?
5 Jesus respondió: En ver-
dad, en verdad te digo, que no
puede entrar en el reyno de
Dios, sino aquel que fuere re-
nacido de agua y de Espíritu
Santo.
6 Lo que es nacido de carne,
carne es; y lo que es nacido de
espíritu, espíritu es.
7 No te maravilles, porque te
dixe; os es necesario nacer otra
vez.
8 El espíritu donde quiere
sopla; y oyes su voz, mas no

sabes de donde viene, ni á donde
va; así es todo aquel que es na-
cido de espíritu.
9 Respondió Nicodemo, y le
dixo: ¿Como puede hacerse esto?
10 Respondió Jesus, y le di-
xo: ¿Tú eres Maestro en Is-
raél, y esto ignoras?
11 En verdad, en verdad te
digo, que lo que sabemos, eso
hablamos; y lo que hemos visto,
atestiguamos, y no recibis nues-
tro testimonio.
12 Si os he dicho cosas terre-
nas, y no las creeis, ¿como
creeréis, si os dixere las celes-
tiales?
13 Y ninguno subió al Cielo,
sino el que descendió del Cielo,
el Hijo del hombre, que está en
el Cielo.
14 Y como Moisés levantó la
serpiente en el desierto; así
tambien es necesario, que sea
levantado el Hijo del hombre:
15 Para que todo aquel, que
cree en él, no perezca, sino que
tenga vida eterna.
16 Porque de tal manera amó
Dios al mundo, que dió á su
Hijo Unigénito; para que todo
aquel que cree en él, no pe-
rezca, sino que tenga vida
eterna.
17 Porque no envió Dios su
Hijo al mundo para juzgar al
mundo, sino para que el mundo
se salve por él.
18 Quien en él cree, no es
juzgado; mas el que no cree, ya
ha sido juzgado; porque no cree
en el nombre del Unigénito
Hijo de Dios.
19 Mas este es el juicio;
que la luz vino al mundo, y los
hombres amaron mas las tinie-
blas, que la luz; porque sus
obras eran malas.
20 Porque todo hombre, que
obra mal, aborrece la luz, y no
viene á la luz, para que sus
obras no sean reprehendidas:
21 Mas el que obra verdad,
viene á la luz, para que parez-
can sus obras, porque son he-
chas en Dios.
22 Despues de esto vino Je-
sus con sus discípulos á la tierra
de Judéa; y allí se estaba con
ellos, y bautizaba.
23 Y Juan bautizaba tam-
bien en Ennon junto á Salim;
porque habia allí muchas aguas;
y venian, y eran bautizados
allí.
24 Porque Juan aun no habia
sido puesto en la cárcel.
25 Y se movió una qüestion
entre los discípulos de Juan y
los Judíos acerca de la purifica-
cion.
26 Y fuéron á Juan, y le di-
xéron: Maestro, el que estaba
contigo de la otra parte del Jor-
dan, de quien tú diste testimo-
nio, mira que él bautiza, y to-
dos vienen á él.
27 Respondió Juan, y dixo:
No puede el hombre recibir
algo, si no le fuere dado del
Cielo.
28 Vosotros mismos me sois
testigos de que dixe: Yo no soy
el Cristo, sino que soy enviado
delante de él.
29 El que tiene la Esposa, es
el Esposo; mas el amigo del Es-
poso, que está con él, y le oye,
se llena de gozo con la voz del
Esposo. Así pues este mi gozo
es cumplido.
30 Es necesario, que él crez-
ca, y que yo mengüe.
31 El que de arriba viene,
sobre todos es. El que es de
la tierra, terreno es, y de la

tierra habla. El que viene del
Cielo, sobre todos es.
32 Y lo que vió, y oyó, eso
testifica; y nadie recibe su testimonio.
33 El que ha recibido su testimonio, confirmó que Dios es
verdadero.
34 Porque el que Dios envió,
las palabras de Dios habla;
porque Dios no le da el espíritu
por medida.
35 El Padre ama al Hijo, y
todas las cosas puso en sus
manos.
36 El que cree en el Hijo,
tiene vida eterna; mas el que
no da crédito al Hijo, no verá la
vida, sino que la ira de Dios está
sobre él.

CAPITULO IV.

1 Y quando entendió Jesus, que los Fariséos
habian oido, que él hacia mas
discípulos, y bautizaba mas que
Juan,
2 Aunque Jesus no bautizaba, sino sus discípulos:
3 Dexó la Judéa, y se fué
otra vez á Galiléa.
4 Debia por tanto pasar por
Samaria.
5 Vino pues á una ciudad de
Samaria, que se llamaba Sichâr; cerca del campo, que dió
Jacob á su hijo Josef.
6 Y estaba allí la fuente de
Jacob. Jesus pues cansado del
camino, estaba así sentado sobre la fuente. Era como la
hora de sexta.
7 Vino una muger de Samaria á sacar agua. Jesus le dixo:
Dáme de beber.
8 Porque sus discípulos habian ido á la ciudad á comprar
de comer.
9 Y aquella muger Samaritana le dixo: ¿Como tú, siendo
Judío, me pides de beber á mí,
que soy muger Samaritana?
porque los Judíos no tienen
trato con los Samaritanos.
10 Respondió Jesus, y le dixo: Si supieses el dón de Dios,
y quien es el que te dice: Dame
de beber; tú de cierto le pidieras
á él, y te daria agua viva.
11 La muger le dixo: Señor,
no tienes con que sacarla, y el
pozo es hondo; ¿de donde pues
tienes el agua viva?
12 ¿Por ventura eres tú mayor que nuestro padre Jacob, el
qual nos dió este pozo, y él bebió de él, y sus hijos, y sus ganados?
13 Jesus respondió, y le dixo:
Todo aquel que bebe de esta
agua, volverá á tener sed; mas
el que bebiere del agua que yo
le daré, nunca jamas tendrá sed:
14 Pero el agua que yo le
daré, se hará en él una fuente
de agua, que saltará hasta la
vida eterna.
15 La muger le dixo: Señor,
dame esa agua, para que no
tenga sed, ni venga aquí á sacarla.
16 Jesus le dixo: Ve, llama
á tu marido, y ven acá.
17 La muger respondió, y dixo: No tengo marido: Jesus le
dixo: Bien has dicho, nó tengo
marido:
18 Porque cinco maridos has
tenido; y el que ahora tienes,
no es tu marido: Esto has dicho
con verdad.
19 La muger le dixo: Señor,
veo que tú eres Profeta.
20 Nuestros padres en este
monte adoráron, y vosotros decis, que en Jerusalém está el

lugar en donde es menester
adorar.
21 Jesus le dixo: Muger,
creeme, que viene la hora, en
que ni en este monte, ni en Je-
rusalém adoraréis al Padre.
22 Vosotros adorais lo que no
sabeis; nosotros adoramos lo
que sabemos, porque la salud
viene de los Judíos.
23 Mas viene la hora, y ahora
es quando los verdaderos adora-
dores adorarán al Padre en es-
píritu y en verdad. Porque el
Padre tambien busca tales, que
le adoren.
24 Dios es espíritu; y es me-
nester que aquellos que le ado-
ran, le adoren en espíritu y en
verdad.
25 La muger le dixo: Yo sé
que viene el Messías, que se
llama Cristo; y quando viniere
él, nos declarará todas las cosas.
26 Jesus le dixo: Yo soy,
que hablo contigo.
27 Y al mismo tiempo llega-
ron sus discípulos, y se maravi-
llaban de que hablaba con una
muger. Pero ninguno le dixo:
¿Que preguntas, ó que hablas
con ella?
28 La muger pues dexó su
cántaro, y se fué á la ciudad, y
dixo á aquellos hombres:
29 Venid, y ved á un hombre
que me ha dicho todas quantas
cosas he hecho; si quizá es este
el Cristo?
30 Saliéron entónces de la
ciudad, y viniéron á él.
31 Entre tanto le rogaban
sus discípulos, diciendo: Maes-
tro, come.
32 Jesus les dixo: Yo tengo
para comer un manjar, que vo-
sotros no sabeis.
33 Decian pues los discípulos
unos á otros: ¿Si le habrá trai-
do alguno de comer?
34 Jesus les dixo: Mi comi-
da es, que haga la voluntad del
que me envió, y que cumpla su
obra.
35 ¿No decis vosotros, que
aun hay quatro meses hasta la
siega? Pues yo os digo: Alzad
vuestros ojos, y mirad los cam-
pos, que están ya blancos para
segarse.
36 Y el que siega, recibe jor-
nal, y allega fruto para la vida
eterna; para que se gocen á una,
el que siembra, y el que siega.
37 Porque en esto el refran
es verdadero; que uno es el que
siembra, y otro es el que siega.
38 Yo os he enviado á segar
lo que vosotros no labrásteis;
otros lo labráron, y vosotros ha-
beis entrado en sus labores.
39 Y creyéron en él muchos
Samaritanos de aquella ciudad
por la palabra de la muger, que
atestiguaba, diciendo: Que me
ha dicho todo quanto he hecho.
40 Mas como viniesen á él los
Samaritanos, le rogáron que se
quedase allí. Y se detuvo allí
dos dias.
41 Y creyéron en él muchos
mas por la predicacion de él.
42 Y decian á la muger: Ya
no creemos por tu dicho; porque
nosotros mismos le hemos oido,
y sabemos, que este es verdade-
ramente el Salvador del mundo.
43 Y dos dias despues salió
de allí, y se fué á la Galiléa.
44 Porque el mismo Jesus dió
testimonio, que un Profeta no es
honrado en su patria.
45 Y quando vino á la Gali-
léa, le recibiéron los Galiléos,
porque habian visto todas las co-
sas que habia hecho el dia de la

fiesta en Jerusalém; pues ellos tambien habian asistido á la fiesta.
46 Vino pues otra vez á Cana de Galiléa, en donde habia hecho el agua vino. Y habia en Cafarnaum un señor de la Corte, cuyo hijo estaba enfermo.
*47 Este habiendo oido que Jesus venia de la Judéa á la Galiléa, fué á él, y le rogaba, que descendiese, y sanase á su hijo; porque se estaba muriendo.
48 Y Jesus le dixo: Si no viéreis milagros y prodigios, no creeis.
49 El de la Corte le dixo: Señor, ven ántes que muera mi hijo.
50 Jesus le dixo: Vé, que tu hijo vive. Creyó el hombre á la palabra que le dixo Jesus, y se fué.
51 Y quando se volvia, saliéron á él sus criados, y le diéron nuevas, diciendo, que su hijo vivia.
52 Y les preguntó la hora, en que habia comenzado á mejorar. Y le dixéron: Ayer á las siete le dexó la fiebre.
53 Y entendió entónces el padre, que era la misma hora, en que Jesus le dixo: Tu hijo vive; y creyó él, y toda su casa.
54 Este segundo milagro hizo Jesus otra vez, quando vino de la Judéa á la Galiléa.

CAPITULO V.

1 DESPUES de estas cosas, era el dia de fiesta de los Judíos, y subió Jesus á Jerusalém.
2 Y en Jerusalém está la Piscina Probática, que en Hebréo se llama Betsaida, la qual tiene cinco pórticos.
3 En estos yacia grande muchedumbre de enfermos, ciegos, coxos, paralíticos, esperando el movimiento del agua.
4 Porque un Angel del Señor descendia en cierto tiempo á la Piscina; y se movia el agua. Y el que primero entraba en la Piscina despues del movimiento del agua, quedaba sano de qualquier enfermedad que tuviese.
5 Y estaba allí un hombre, que habia treinta y ocho años, que estaba enfermo.
6 Y quando Jesus vió, que yacia aquel hombre, y conoció, que estaba ya de mucho tiempo, le dixo: ¿Quieres ser sano?
7 El enfermo le respondió: Señor, no tengo hombre, que me meta en la Piscina, quando el agua fuere revuelta; porque entre tanto que yo voy, otro entra ántes que yo.
8 Jesus le dixo: Levántate, toma tu lecho, y anda.
9 Y luego fué sano aquel hombre, y tomo su camilla, y caminaba. Y era Sábado aquel dia.
10 Dixéron entónces los Judíos al hombre, que habia sido sanado: Sábado es, y no te es lícito llevar tu camilla.
11 Les respondió: Aquel, que me sanó, me dixo: Toma tu camilla, y anda.
12 Entónces le preguntáron: ¿Quien es aquel hombre, que te dixo: Toma tu camilla, y anda?
13 Y el que habia sido sanado, no sabia quien era; porque Jesus se habia retirado del tropel de gente que habia en aquel lugar.

14 Despues le halló Jesus en el templo, y le dixo: Mira, que ya estás sano; no quieras pecar mas, porque no te acontezca alguna cosa peor.

15 Fué aquel hombre, y dixo á los Judíos, que Jesus era el que le habia sanado.

16 Por esta causa los Judíos perseguian á Jesus, porque hacia estas cosas en Sábado.

17 Y Jesus les respondió: Mi Padre obra hasta ahora, y yo obro.

18 Y por esto los Judíos tanto mas procuraban matarle; porque no solamente quebrantaba el Sábado, sino porque tambien decia, que era Dios su Padre, haciéndose igual á Dios. Y así Jesus respondió, y les dixo:

19 En verdad, en verdad os digo: Que el Hijo no puede hacer por sí cosa alguna, sino lo que viere hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hiciere, lo hace tambien igualmente el Hijo.

20 Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra todas las cosas, que él hace; y mayores obras, que estas le mostrará, de manera que os maravilleis vosotros.

21 Porque así como el Padre resucita los muertos, y les da vida; así el Hijo da vida á los que quiere.

22 Y el Padre no juzga á ninguno; mas todo el juicio ha dado al Hijo,

23 Para que todos honren al Hijo, como honran al Padre; quien no honra al Hijo, no honra al Padre, que le envió.

24 En verdad, en verdad os digo: Que el que oye mi palabra, y cree á aquel, que me envió, tiene vida eterna, y no viene á juicio, mas pasó de muerte á vida.

25 En verdad, en verdad os digo: Que viene la hora, y ahora es, quando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren, vivirán.

26 Porque así como el Padre tiene vida en sí mismo, así tambien dió al Hijo el tener vida en sí mismo:

27 Y le dió poder de hacer juicio, porque es Hijo del hombre.

28 No os maravilleis de esto, porque viene la hora, quando todos los que están en los sepulcros, oirán la voz del Hijo de Dios:

29 Y los que hiciéron bien, irán á resurreccion de vida; mas los que hiciéron mal, á resurreccion de juicio.

30 No puedo yo de mí mismo hacer cosa alguna. Así como oigo, juzgo; y mi juicio es justo; porque no busco mi voluntad, sino la voluntad de aquel que me envió.

31 Si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es verdadero.

32 Otro es el que da testimonio de mí; y sé que es verdadero el testimonio que da de mí.

33 Vosotros enviásteis á Juan; y dió testimonio á la verdad.

34 Mas yo no tomo testimonio de hombre; pero digo esto, para que vosotros seais salvos.

35 El era una antorcha, que ardia y alumbraba. Y vosotros quisísteis por breve tiempo alegraros con su luz.

36 Pero yo tengo mayor testimonio que Juan. Porque las obras, que el Padre me dió que

cumpliese; las mismas obras
que yo hago dan testimonio de
mí, que el Padre me ha enviado:
37 Y el Padre que me envió,
él dió testimonio de mí; y vosotros nunca habeis oido su voz,
ni habeis visto su semejanza.
38 Ni teneis en vosotros estable su palabra; porque al que
él envió, á este vosotros no
creeis.
39 Escudriñad las Escrituras, en las que vosotros creeis
tener la vida eterna; y ellas
son las que dan testimonio de mí:
40 Y no quereis venir á mí,
para que tengais vida.
41 No recibo gloria de hombres.
42 Mas yo os he conocido,
que no teneis el amor de Dios
en vosotros.
43 Yo vine en nombre de mi
Padre, y no me recibís; si otro
viniere en su nombre, á aquel
recibiréis.
44 ¿Como podeis creer vosotros, que recibís la gloria los
unos de los otros, y no buscais
la gloria que de solo Dios viene?
45 No penseis que yo os he de
acusar delante del Padre; otro
hay que os acusa, Moisés, en
quien vosotros esperais.
46 Porque si creyéseis á
Moisés, tambien me creeríais á
mí; pues él escribió de mí.
47 Mas si á sus escritos no
creeis, ¿como creeréis á mis
palabras?

CAPITULO VI.

1 DESPUES de esto pasó
Jesus á la otra parte
de la mar de Galiléa, que es de
Tiberíades;
2 Y le seguia una grande multitud de gente, porque veían los
milagros que hacia sobre los enfermos.
3 Subió pues Jesus á un monte; y se sentó allí con sus discípulos.
4 Y estaba cerca la Pascua,
dia de la fiesta de los Judíos.
5 Y habiendo alzado Jesus los
ojos, y viendo que venia á él
una tan gran multitud, dixo á
Felipe: ¿De donde compraré-
mos pan, para que coman estos?
6 Esto decia por probarle;
porque él sabia lo que habia de
hacer.
7 Felipe le respondió: Doscientos denarios de pan no les
bastan, para que cada uno tome
un poco.
8 Uno de sus discípulos, Andres, hermano de Simón Pedro,
le dixo:
9 Aquí hay un muchacho, que
tiene cinco panes de cebada, y
dos peces: ¿mas que es esto para tanta gente?
10 Y dixo Jesus: Haced sentar la gente. En aquel lugar
habia mucho heno. Y se sentáron á comer, como en número
de cinco mil hombres.
11 Tomó pues Jesus los panes; y habiendo dado gracias,
los repartió entre los que estaban sentados; y asimismo de los
peces, quanto querian.
12 Y quando se hubiéron saciado, dixo á sus discípulos:
Recoged los pedazos, que han
sobrado, que no se pierdan.
13 Y así recogiéron, y llenáron doce canastos de pedazos
de los cinco panes de cebada,
que sobráron á los que habian
comido,
14 Aquellos hombres, quando
viéron el milagro que habia

hecho Jesus, decian: Este es verdaderamente el Profeta que ha de venir al mundo.

15 Y Jesus quando entendió que habian de venir para arrebatarle, y hacerle Rey, huyó otra vez al monte él solo.

16 Y como se hiciese tarde, descendiéron sus discípulos al mar.

17 Y habiendo entrado en un barco, pasáron de la otra parte del mar ácia Cafarnaum; y era ya obscuro; y no habia venido Jesus á ellos.

18 Y se levantaba el mar con el viento recio, que soplaba.

19 Y quando hubiéron remado como unos veinte y cinco ó treinta estadios, viéron á Jesus andando sobre el mar, y que se acercaba al barco, y tuviéron miedo.

20 Mas él les dice: Yo soy, no temais.

21 Y ellos quisiéron recibirle en el barco; y el barco llegó luego á la tierra, á donde iban.

22 El dia siguiente la gente que estaba de la otra parte del mar, vió que no habia allí sino un solo barco, y que Jesus no habia entrado en el barco con sus discípulos, sino que sus discípulos se habian ido solos.

23 Y llegáron otros barcos de Tiberíade, cerca del lugar en donde habian comido el pan, despues de haber dado gracias el Señor.

24 Pues quando vió la gente que no estaba allí Jesus, ni sus discípulos, entráron en los barcos, y fuéron á Cafarnaum en busca de Jesus.

25 Y quando le halláron de la otra parte del mar, le dixéron: ¿Maestro, quando llegaste acá?

26 Jesus les respondió, y dixo: En verdad, en verdad os digo: Que me buscais, no por los milagros que vísteis, mas porque comísteis del pan, y os saciásteis.

27 Trabajad no por la comida que perece, mas por la que permanece para vida eterna, la que os dará el Hijo del hombre. Porque á este señaló el Padre el Dios.

28 Y le dixéron: Que harémos para hacer las obras de Dios?

29 Respondió Jesus, y les dixo: Esta es la obra de Dios, que creais en aquel que él envió.

30 Entónces le dixéron: ¿Pues que milagro haces, para que lo veamos, y te creamos? ¿que obras tú?

31 Nuestros padres comiéron el manná en el desierto, como está escrito: Pan del Cielo les dió á comer.

32 Y Jesus les dixo: En verdad, en verdad os digo: Que no os dió Moisés pan del Cielo, mas mi Padre os da el pan verdadero del Cielo.

33 Porque el pan de Dios es aquel que descendió del Cielo, y da vida al mundo.

34 Ellos pues le dixéron: Señor, dános siempre este pan.

35 Y Jesus les dixo: Yo soy el pan de la vida; el que á mí viene, no tendrá hambre; y el que en mí cree, nunca jamas tendrá sed.

36 Mas ya os he dicho, que me habeis visto, y no creeis.

37 Todo lo que me da el Padre, á mí vendrá; y aquel que á mí viene, no le echaré fuera:

38 Porque descendí del Cielo, no para hacer mi voluntad, sino

la voluntad de aquel que me
envió.
39 Y esta es la voluntad de
aquel Padre, que me envió:
Que nada pierda de todo aquello
que él me dió, sino que lo resu-
cite en el último dia.
40 Y la voluntad de mi Padre,
que me envió es esta: Que todo
aquel que vé al Hijo, y cree en
él, tenga vida eterna, y yo le
resucitaré en el último dia.
41 Los Judíos pues murmu-
raban de él, porque habia dicho:
Yo soy el pan vivo, que descendí
del Cielo.
42 Y decian: ¿No es este Je-
sus el hijo de Josef, cuyo pa-
dre y madre nosotros conoce-
mos? ¿Pues como dice este:
Que del Cielo descendí?
43 Mas Jesus respondió, y les
dixo: No murmureis entre vo-
sotros.
44 Nadie puede venir á mí,
si no le traxere el Padre que me
envió; y yo le resucitaré en el
postrimero dia.
45 Escrito está en los Profe-
tas: Y serán todos enseñados de
Dios. Todo aquel, que oyó del
Padre, y aprendió, viene á mí.
46 No porque alguno ha visto
al Padre, sino aquel que vino de
Dios, este ha visto al Padre.
47 En verdad, en verdad os
digo: Que aquel que cree en
mí, tiene vida eterna.
48 Yo soy el pan de la vida.
49 Vuestros padres comiéron
el manná en el desierto, y murié-
ron.
50 Este es el pan, que des-
ciende del Cielo; para que el
que comiere de él, no muera.
51 Yo soy el pan vivo, que
descendí del Cielo.
52 Si alguno comiere de este
pan, vivirá eternamente, y el
pan que yo daré, es mi carne
por la vida del mundo.
53 Comenzáron entónces los
Judíos á altercar unos con otros,
y decian: ¿Como nos puede dar
este su carne á comer?
54 Y Jesus les dixo: En ver-
dad, en verdad os digo: Que si
no comiereis la carne del Hijo
del hombre, y bebiereis su san-
gre, no tendréis vida en vosotros.
55 El que come mi carne, y
bebe mi sangre, tiene vida eter-
na; y yo le resucitaré en el úl-
timo dia:
56 Porque mi carne verdade-
ramente es comida; y mi sangre
verdaderamente es bebida.
57 El que come mi carne, y
bebe mi sangre, en mí mora, y
yo en él.
58 Como me envió el Padre
viviente, y yo vivo por el Padre;
así tambien el que me come, él
mismo vivirá por mí.
59 Este es el pan, que des-
cendió del Cielo. No como el
manná, que comiéron vuestros
padres, y muriéron. Quien come
este pan, vivirá eternamente.
60 Esto dixo en la Sinagoga,
enseñando en Cafarnaum.
61 Mas muchos de sus discí-
pulos, que esto oyéron, dixéron:
Duro es este razonamiento, ¿y
quien lo puede oir?
62 Y Jesus sabiendo en sí
mismo, que murmuraban sus dis-
cípulos de esto, les dixo: ¿Esto
os escandaliza?
63 ¿Pues que si viéreis al
Hijo del hombre subir adonde
estaba ántes?
64 El espíritu es el que da
vida; la carne nada aprovecha.
Las palabras que yo os he dicho,
espíritu y vida son.

65 Mas hay algunos de vosotros, que no creen. Porque Jesus sabia desde el principio quienes eran los que no creian, y quien le habia de entregar.

66 Y decia: Por esto os he dicho, que ninguno puede venir á mí, si no le fuere dado de mi Padre.

67 Desde entónces muchos de sus discípulos volviéron atrás, y no andaban ya con él.

68 Y dixo Jesus á los doce: ¿Y vosotros quereis tambien iros?

69 Y Simon Pedro le respondió: ¿Señor, á quien irémos? tú tienes palabras de vida eterna.

70 Y nosotros hemos creido y conocido, que tú eres el Cristo el Hijo de Dios.

71 Jesus les respondió: ¿No os escogí yo á los doce, y el uno de vosotros es diablo?

72 Y hablaba de Júdas Iscariotes, hijo de Simón; porque este, que era uno de los doce, le habia de entregar.

CAPITULO VII.

1 Y despues de esto andaba Jesus por la Galiléa, porque no queria pasar á la Judéa, por quanto los Judíos le buscaban para matarle.

2 Y estaba próxîma la fiesta de los Judíos, llamada de los tabernáculos.

3 Y sus hermanos le dixéron: Quítate de aquí, y vé á la Judéa, para que tus discípulos vean tambien las obras que haces.

4 Pues ninguno hace cosa en oculto, y procura ser conocido en lo público; si esto haces, manifiéstate al mundo.

5 Porque ni aun sus hermanos creían en él.

6 Y Jesus les dixo: Mi tiempo aun no ha venido; mas vuestro tiempo siempre está preparado.

7 No puede el mundo aborreceros á vosotros; mas á mí me aborrece; porque yo doy testimonio de él, que sus obras son malas.

8 Subid vosotros á esta fiesta; yo no subo todavía á esta fiesta; porque mi tiempo no es aun cumplido.

9 Habiendo dicho esto, se quedó él en la Galiléa.

10 Mas despues que sus hermanos hubiéron subido, él entónces subió tambien á la fiesta no públicamente, mas como en oculto.

11 Y los Judíos le buscaban el dia de la fiesta, y decian: ¿En donde está aquel?

12 Y habia grande murmullo acerca de él entre la gente. Porque los unos decian: Bueno es. Y los otros: No, ántes engaña á las gentes.

13 Pero ninguno hablaba abiertamente de él por miedo de los Judíos.

14 Y al medio de la fiesta subió Jesus al templo, y enseñaba.

15 Y se maravillaban los Judíos, y decian: ¿Como sabe este letras, no habiéndolas aprendido?

16 Jesus les respondió, y dixo; Mi doctrina no es mia, sino de aquel que me ha enviado.

17 El que quisiere hacer su voluntad, conocerá de la doctrina, si es de Dios, ó si yo hablo de mí mismo.

18 El que de sí mismo habla, busca su propria gloria; mas el que busca la gloria de aquel que le envió, este veráz es, y no hay en él injusticia.

19 ¿Por ventura no os dió
Moisés la ley; y ninguno de
vosotros hace la ley?
20 ¿Por qué me quereis ma-
tar? Respondió la gente, y di-
xo: Demonio tienes: ¿quien te
quiere matar?
21 Jesus les respondió, y di-
xo: Hice una obra, y todos os
maravillais.
22 Por esto os dió Moisés la
circuncision; no porque ella es
de Moisés, sino de los Padres,
y circuncidais al hombre en Sá-
bado.
23 ¿Si recibe el hombre la
circuncision en Sábado, porque
no se quebrante la ley de Moi-
sés; os ensañais contra mí, por-
que sané en Sábado á todo un
hombre?
24 No juzgueis segun lo que
aparece, mas juzgad justo juicio.
25 Y decian algunos de Je-
rusalém: ¿No es este el que
buscan para matarle?
26 Pues ved aquí que habla
en público, y no le dicen nada.
¿Por ventura han reconocido
los Príncipes, que este es el
Cristo?
27 Mas este sabemos de donde
es; y quando viniere el Cristo,
ninguno sabe de donde sea.
28 Y Jesus alzaba la voz en
el templo, enseñando, y diciendo:
Vosotros me conoceis, y sabeis
de donde soy; empero yo no vine
de mí mismo, mas es veraz el
que me envió, á quien vosotros
no conoceis.
29 Yo le conozco, porque de
él soy, y él me envió.
30 Y le querian prender; mas
ninguno le echó la mano, porque
todavía no era llegada su hora.
31 Y muchos del pueblo cre-
yéron en él, y decian: ¿Quando
viniere el Cristo, hará mas mi-
lagros que los que este hace?
32 Oyéron los Fariséos estos
murmullos que habia en el pue-
blo acerca de él; y los Prín-
cipes de los Sacerdotes, y los
Fariséos enviáron ministros para
que le prendiesen.
33 Y Jesus les dixo: Aun es-
taré con vosotros un poco de
tiempo; y voy á aquel que me
envió.
34 Me buscaréis, y no me
hallaréis; y donde yo estoy, vo-
sotros no podeis venir.
35 Dixéron los Judíos entre
sí mismos: ¿A donde se ha de
ir este, que no le hallarémos?
¿querrá ir á las gentes que están
dispersas, y enseñar á los Gen-
tiles?
36 ¿Que palabra es esta, que
dixo: Me buscaréis, y no me
hallaréis; y donde yo estoy, vo-
sotros no podeis venir?
37 Y en el último grande dia
de la fiesta estaba allí Jesus, y
decia en alta voz: Si alguno
tiene sed, venga á mí, y beba.
38 El que cree en mí, como
dice la Escritura, de su vientre
correrán rios de agua viva.
39 Esto dixo del Espíritu, que
habian de recibir los que creye-
sen en él; porque aun no habia
sido dado el Espíritu, por quanto
Jesus no habia sido aun glori
ficado.
40 Muchas pues de aquellas
gentes habiendo oido estas pala-
bras, decian: Este verdadera-
mente es el Profeta.
41 Otros decian: Este es el
Cristo. Mas algunos decian:
¿Pues que de la Galiléa ha de
venir el Cristo?
42 ¿No dice la Escritura:
Que del linage de David, y del

castillo de Betlehém, en donde
estaba David, ha de venir el
Cristo?
43 Así que habia disension en
el pueblo acerca de él.
44 Y algunos de ellos le que-
rian prender, mas ninguno puso
las manos sobre él.
45 Volviéron los Ministros á
los Príncipes de los Sacerdotes
y á los Fariséos. Y estos les
dixéron: ¿Por que no le habeis
traido?
46 Respondiéron los Minis-
tros: Nunca así habló hombre,
como este hombre.
47 Los Fariséos les replicá-
ron: ¿Pues que vosotros habeis
sido tambien seducidos?
48 ¿Por ventura ha creido en
él alguno de los Príncipes, ó de
los Fariséos?
49 Sino esas gentes del vulgo,
que no saben la Ley; malditas
son.
50 Nicodemo, aquel que vino
á Jesus de noche, que era uno
de ellos, les dixo:
51 ¿Por ventura nuestra Ley
juzga á un hombre, sin haberle
oido primero, y sin informarse de
lo que ha hecho?
52 Le respondiéron, y dixé-
ron: ¿Eres tú tambien Galiléo?
Escudriña las Escrituras, y en-
tiende, que de la Galiléa no se
levantó jamas Profeta.
53 Y se volviéron cada uno á
su casa.

CAPITULO VIII.

1 Y se fué Jesus al monte
del Olivar:
2 Y otro dia de mañana vol-
vió al templo, y vino á él todo
el pueblo, y sentado los ense-
ñaba.
3 Y los Escribas y los Fari-
séos le traéron una muger sor-
prehendida en adulterio; y la
pusiéron en medio,
4 Y le dixéron: Maestro, es-
ta muger ha sido ahora sorpre-
hendida en adulterio.
5 Y Moisés nos mandó en la
Ley apedrear á estas tales.
¿Pues tú que dices?
6 Y esto lo decian tentándole,
para poderle acusar. Mas Je-
sus inclinado ácia abaxo, escri-
bia con el dedo en tierra.
7 Y como porfiasen en pre-
guntarle, se enderezó, y les di-
xo: El que entre vosotros esté
sin pecado, tire contra ella la
piedra el primero.
8 E inclinándose de nuevo,
continuaba escribiendo en tierra.
9 Ellos quando esto oyéron,
se saliéron los unos en pos de
los otros, y los mas Ancianos los
primeros; y quedó Jesus solo, y
la muger que estaba en pie en
medio.
10 Y enderezándose Jesus, le
dixo: ¿Muger en donde están
los que te acusaban? ¿ninguno
te ha condenado?
11 Dixo ella: Ninguno, Se-
ñor. Y dixo Jesus: Ni yo tam-
poco te condenaré: Vete, y no
peques ya mas.
12 Y otra vez les habló Jesus,
diciendo: Yo soy la luz del
mundo; el que me sigue, no
anda en tinieblas, mas tendrá la
lumbre de la vida.
13 Y los Fariséos le dixéron:
Tú das testimonio de tí mismo;
tu testimonio no es verdadero.
14 Jesus les respondió, y
dixo: Aunque yo de mí mismo
doy testimonio, verdadero es mi
testimonio; porque sé de donde
vine, y á donde voy; mas voso-

tros no sabeis de donde vengo, ni á donde voy.
15 Vosotros juzgais segun la carne; mas yo no juzgo á ninguno:
16 Y si juzgo yo, mi juicio es verdadero, porque no soy solo; mas yo y el Padre, que me envió.
17 Y en vuestra Ley está escrito, que el testimonio de dos hombres es verdadero.
18 Yo soy, el que doy testimonio de mí mismo; y testimonio dá de mí el Padre, que me envió.
19 Y le decian: ¿En donde está tu Padre? Respondió Jesus: Ni me conoceis á mí, ni á mi Padre; si me conociéseis á mí, en verdad conociérais tambien á mi Padre.
20 Estas palabras dixo Jesus en el gazofilacio, enseñando en el templo; y ninguno le echó mano, porque no habia venido aun su hora.
21 Y en otra ocasion les dixo Jesus: Yo me voy, y me buscaréis, y moriréis en vuestro pecado. A donde yo voy, vosotros no podeis venir.
22 Y decian los Judíos: ¿Por ventura se matará á sí mismo, pues ha dicho: A donde yo voy, vosotros no podeis venir?
23 Y les decia: Vosotros sois de abaxo; yo soy de arriba. Vosotros sois de este mundo; yo no soy de este mundo.
24 Por eso os dixe, que moriréis en vuestros pecados; porque sino creyéreis que yo soy, moriréis en vuestro pecado.
25 Y le decian: ¿Tú, quien eres? Jesus les dixo: El Principio, el mismo que os hablo.
26 Muchas cosas tengo que decir de vosotros, y que juzgar; mas el que me envió, es verdadero; y yo, lo que oí de él, eso hablo en el mundo.
27 Y no entendiéron, que á su Padre llamaba Dios.
28 Jesus pues les dixo: Quando alzáreis al Hijo del hombre, entónces entenderéis, que yo soy, y que nada hago de mí mismo; mas como mi Padre me mostró, esto hablo:
29 Y el que me envió, conmigo está, y no me ha dexado solo; porque yo hago siempre lo que á él agrada.
30 Diciendo él estas cosas, creyéron muchos en él.
31 Y decia Jesus á los Judíos, que en él habian creido: Si vosotros perseveráreis en mi palabra, verdaderamente seréis mis discípulos:
32 Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.
33 Le respondiéron: Linage somos de Abraham, y nunca servimos á ninguno; ¿pues como dices tú: Seréis libres?
34 Jesus les respondió: En verdad, en verdad os digo; que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado.
35 Y el esclavo no queda en casa para siempre; mas el hijo queda para siempre.
36 Pues si el hijo os hiciere libres, verdaderamente seréis libres.
37 Yo sé, que sois hijos de Abraham; mas me quereis matar, porque mi palabra no cabe en vosotros.
38 Yo digo lo que vi en mi Padre; y vosotros haceis lo que visteis en vuestro padre.
39 Respondiéron, y le dixéron; Nuestro padre es Abraham. Jesus les dixo: Si sois

hijos de Abraham, haced las
obras de Abraham.
40 Mas ahora me quereis matar, siendo hombre, que os he dicho la verdad, que oí de Dios: Abraham no hizo esto.
41 Vosotros haceis las obras de vuestro padre. Y ellos le dixéron: Nosotros no somos nacidos de fornicacion; un Padre tenemos, que es Dios.
42 Y Jesus lés dixo: Si Dios fuese vuestro Padre, ciertamente me amaríais. Porque yo de Dios salí y vine; y no de mí mismo, mas él me envió.
43 ¿Por que no entendeis este mi lenguage? Porque no podeis oir mi palabra.
44 Vosotros sois hijos del diablo; y quereis cumplir los deseos de vuestro padre: él fué homicida desde el principio, y no permaneció en la verdad; porque no hay verdad en él: quando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de la mentira.
45 Mas aunque yo os digo la verdad, no me creeis.
46 ¿Quien de vosotros me argüirá de pecado? ¿Si os digo verdad, por que no me creeis?
47 El que es de Dios, oye las palabras de Dios. Por eso vosotros no las ois, porque no sois de Dios.
48 Los Judíos respondiéron, y le dixéron: ¿No decimos bien nosotros, que tú eres Samaritano, y que tienes demonio?
49 Jesus respondió: Yo no tengo demonio; mas honro á mi Padre, y vosotros me habeis deshonrado.
50 Y yo no busco mi gloria; hay quien la busque, y juzgue.
51 En verdad, en verdad os digo: Que el que guardáre mi palabra, no verá muerte para siempre.
52 Los Judíos le dixéron: Ahora conocemos, que tienes demonio. Abraham murió y los Profetas, y tú dices: El que guardáre mi palabra, no gustará muerte para siempre.
53 ¿Por ventura eres tú mayor que nuestro padre Abraham, el qual murió, y los Profetas, que tambien muriéron? ¿Quien te haces á tí mismo?
54 Jesus les respondió: Si yo me glorifico á mí mismo, mi gloria nada es: mi Padre es el que me glorifica; el que vosotros decis, que se vuestro Dios,
55 Y no le conoceis; mas yo le conozco: Y si dixere, que no le conozco, seré mentiroso como vosotros. Mas le conozco, y guardo su palabra.
56 Abraham vuestro padre deseó con ansia ver mi dia; le vió, y se gozo.
57 Y los Judíos le dixéron: ¿Aun no tienes cincuenta años, y has visto á Abraham?
58 Jesus les dixo: En verdad, en verdad os digo, que ántes que Abraham fuese yo soy.
59 Tomáron entónces piedras para tiráselas; mas Jesus se escondió, y salió del templo.

CAPITULO IX.

1 Y al pasar Jesus, vió un hombre ciego de nacimiento:
2 Y le preguntáron sus discípulos: ¿Maestro, quien pecó, este, ó sus padres, para haber nacido ciego?
3 Respondió Jesus: Ni este pecó, ni sus padres; mas para

que las obras de Dios se manifiesten en él.
4 Es necesario que yo obre
las obras de aquel que me envió, miéntras que es de dia;
vendrá la noche, quando nadie
podrá obrar.
5 Miéntras que estoy en el
mundo, luz soy del mundo.
6 Quando esto hubo dicho,
escupió en tierra, é hizo lodo
con la saliva, y ungió con el lodo sobre los ojos del ciego.
7 Y le dixo: Vé, lávate en
la piscina de Siloé, (que quiere
decir Enviado.) Se fué pues, y
se lavó, y volvió con vista.
8 Los vecinos, y los que le
habian visto ántes pedir limosna,
decian: ¿No es este el que estaba sentado, y pedia limosna?
Los unos decian: Este es.
9 Y los otros: No es ese,
sino que se le parece. Mas él
decia: Yo soy.
10 Y le decian: ¿Como te
fuéron abiertos los ojos?
11 Respondió él: Aquel hombre, que se llama Jesus, hizo
lodo; y ungió mis ojos, y me
dixo: Vé á la piscina de Siloé,
y lávate. Y fuí, me lavé, y veo.
12 Y le dixéron: ¿En donde
está aquel? Respondió él: No sé.
13 Lleváron á los Fariséos al
que habia sido ciego.
14 Y era Sábado, quando hizo Jesus el lodo, y le abrió los
ojos.
15 Y de nuevo le preguntaban los Fariséos, como habia recibido la vista. Y él les dixo:
Lodo puso sobre mis ojos, y me
lavé, y veo.
16 Y decian algunos de los
Fariséos: Este hombre no es de
Dios, pues que no guarda el Sábado. Y otros decian: ¿Como
puede un hombre pecador hacer
estos milagros? Y habia discension entre ellos.
17 Y vuelven á decir al ciego: ¿Y tú que dices de aquel
que abrió tus ojos? Y él dixo:
Que es Profeta.
18 Mas los Judíos no creyéron de él, que hubiese sido ciego, y que hubiese recibido la
vista, hasta que llamáron á los
padres del que habia recibido la
vista:
19 Y les preguntáron, y dixéron: ¿Es este vuestro hijo, el
que vosotros decís que nació
ciego? ¿Pues como vé ahora?
20 Sus padres les respondiéron, y dixéron: Sabemos, que
este es nuestro hijo, y que nació
ciego:
21 Mas no sabemos como
ahora tenga vista; ó quien le
haya abierto los ojos, nosotros
no lo sabemos: preguntadlo á
él; edad tiene, que hable él
por sí mismo.
22 Esto dixéron los padres
del ciego, porque temian á los
Judíos; porque ya habian acordado los Judíos, que si alguno
confesase á Jesus por Cristo,
fuese echado de la Sinagoga.
23 Por eso dixéron sus padres: Edad tiene, preguntadle
á él.
24 Volviéron pues á llamar al
hombre, que habia sido ciego, y
le dixéron: Dá gloria á Dios;
nosotros sabemos que ese hombre es pecador.
25 El les dixo: Si es pecador,
no lo sé; una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo.
26 Y ellos le dixéron: ¿Que
te hizo? ¿Como te abrió los
ojos?
27 Les respondió: Ya os lo

he dicho, y lo habeis oido; ¿ por
que lo quereis oir otra vez?
¿ por ventura quereis vosotros
tambien haceros sus discípulos?
28 Y le maldixéron, y dixéron: Tú seas su discípulo; que
nosotros somos discípulos de
Moysés.
29 Nosotros sabemos que habló Dios á Moisés; mas este no
sabemos de donde sea.
30 Aquel hombre les respondió, y dixo: Cierto que es esta
cosa maravillosa, que vosotros
no sabeis de donde es, y abrió
mis ojos.
31 Y sabemos que Dios no
oye á los pecadores; mas si alguno es temeroso de Dios, y
hace su voluntad, á este oye.
32 Nunca fué oido, que abriese
alguno los ojos de uno que nació
ciego.
33 Si este no fuese de Dios,
no pudiera hacer cosa alguna.
34 Respondiéron, y le dixéron: ¿ En pecado eres nacido
todo, y tú nos enseñas? Y le
echáron fuera.
35 Oyó Jesus, que le habian
echado fuera; y quando le halló,
le dixo: ¿ Crees tú en el Hijo
de Dios?
36 Respondió él, y dixo:
¿ Quien es, Señor, para que crea
en él?
37 Y Jesus le dixo: Y le has
visto, y el que habla contigo, ese
mismo es.
38 Y él dixo: Creo, Señor.
Y postrándose, le adoró.
39 Y dixo Jesus: Yo vine á
este mundo para juicio; para
que vean los que no vén, y los
que vén sean hechos ciegos.
40 Y le oyéron algunos de los
Fariséos, que estaban con él, y
le dixéron: ¿ Pues que nosotros
somos tambien ciegos?
41 Jesus les dixo: Si fuéseis
ciegos, no tendríais pecado; mas
ahora porque decis: Vemos;
por eso permanece vuestro pecado.

CAPITULO X.

1 EN verdad, en verdad os
digo: Que el que no
entra por la puerta en el aprisco
de las ovejas, mas sube por otra
parte, aquel es ladron y salteador.
2 Mas el que entra por la
puerta, pastor es de las ovejas.
3 A este abre el portero, y
las ovejas oyen su voz, y á las
ovejas propias llama por su nombre, y las saca.
4 Y quando ha sacado fuera
sus ovejas, vá delante de ellas;
y las ovejas le siguen, porque
conocen su voz.
5 Mas al extraño no le siguen, ántes huyen de él; porque no conocen la voz de los extraños.
6 Este proverbio les dixo Jesus. Mas ellos no entendiéron
lo que les decia.
7 Y Jesus les dixo otra vez:
En verdad, en verdad os digo,
que yo soy la puerta de las
ovejas.
8 Todos quantos viniéron, ladrones son y salteadores, y no
no los oyéron las ovejas.
9 Yo soy la puerta. Quien
por mí entrâre, será salvo; y
entrará, y saldrá, y hallará
pastos.
10 El ladron no viene, sino
para hurtar, y para matar, y para destruir. Yo he venido para
que tengan vida, y para que la
tengan en mas abundancia.

11 Yo soy el buen Pastor. El buen pastor da su vida por sus ovejas.
12 Mas el asalariado, y que no es el pastor, del que no son propias las ovejas, vé venir al lobo, y dexa las ovejas, y huye; y el lobo arrebata, y esparce las ovejas:
13 Y el asalariado huye, porque es asalariado, y porque no tiene parte en las ovejas.
14 Yo soy el buen Pastor; y conozco mis ovejas, y las mias me conocen.
15 Como el Padre me conoce, así conozco yo al Padre; y pongo mi alma por mis ovejas.
16 Tengo tambien otras ovejas, que no son de este aprisco; es necesario que yo las traiga, y oirán mi voz, y será hecho un solo aprisco, y un pastor.
17 Por eso me ama el Padre; porque yo pongo mi alma para volverla á tomar.
18 No me la quita ninguno; mas yo la pongo por mí mismo; poder tengo para ponerla, y poder tengo para volverla á tomar: Este mandamiento recibí de mi Padre.
19 Y hubo nuevamente disension entre los Judíos por estas palabras.
20 Y decian muchos de ellos: Demonio tiene, y está fuera de sí; ¿por que le escuchais?
21 Otros decian: Estas palabras no son de endemoniado; ¿por ventura puede el demonio abrir los ojos de los ciegos?
22 Y se celebraba en Jerusalém la fiesta de la Dedicacion; y era invierno.
23 Y Jesus se paseaba en el templo por el pórtico de Salomón.
24 Y los Judíos le cercáron, y le dixéron: ¿Hasta quando nos acabas el alma? si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente.
25 Jesus les respondió: Os lo digo, y no me creeis; las obras que yo hago en nombre de mi Padre, estas dan testimonio de mí:
26 Mas vosotros no creeis, porque no sois de mis ovejas.
27 Mis ovejas oyen mi voz; y yo las conozco, y me siguen:
28 Y yo les doy vida eterna, y no perecerán jamas, y ninguno las arrebatará de mi mano.
29 Lo que me dió mi Padre, es sobre todas las cosas; y nadie lo puede arrebatar de la mano de mi Padre.
30 Yo y el Padre somos una cosa.
31 Entónces los Judíos tomáron piedras para apedrearle.
32 Jesus les respondió: Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre, ¿por quál obra de ellas me apedreais?
33 Los Judíos le respondiéron: No te apedreamos por la buena obra, sino por la blasfemia; y porque tú, siendo hombre, te haces Dios á ti mismo.
34 Jesus les respondió: ¿No está escrito en vuestra ley: Yo dixe, Dioses sois?
35 Pues si llamó Dioses á aquellos, á quienes vino la palabra de Dios, y la Escritura no puede faltar:
36 A mí, que el Padre santificó, y envió al mundo, vosotros decís: ¿Que blasfemo; porque he dicho, soy Hijo de Dios?
37 Si no hago las obras de mi Padre, no me creais.
38 Mas si las hago, aunque á mí no me querais creer, creed á

las obras; para que conozcais, y creais que el Padre está en mí, y yo en el Padre.
39 Y ellos querian prenderle: mas se salió de entre sus manos.
40 Y se fué otra vez á la otra ribera del Jordán á aquel lugar, en donde primero estaba bautizando Juan; y se estuvo allí.
41 Y viniéron á él muchos, y decian: Juan en verdad no hizo ningun milagro.
42 Mas todas las cosas que Juan dixo de éste, eran verdaderas. Y muchos creyéron en él.

CAPITULO XI.

1 Y habia un enfermo llamado Lázaro de Betania, aldea de María y de Marta su hermana.
2 Y María era la que habia ungido al Señor con ungüento, y limpiado sus pies con sus cabellos; cuyo hermano Lázaro estaba enfermo.
3 Enviáron pues sus hermanas á decir á Jesus, Señor, he aquí el que amas está enfermo.
4 Y quando lo oyó Jesus, les dixo: Esta enfermedad no es para muerte, sino para gloria de Dios, para que sea glorificado el Hijo de Dios por ella.
5 Y amaba Jesus á Marta, y á María su hermana, y á Lázaro.
6 Y quando oyó que estaba enfermo, se detuvo aun dos dias en aquel lugar.
7 Y pasados estos dixo á sus discípulos: Vamos otra vez á Judéa.
8 Los discípulos le dixéron: ¿Maestro, ahora querian apedrearte los Judíos, y vas allá otra vez?
9 Jesus respondió: ¿Por ventura no son doce las horas del dia? El que anduviere de dia, no tropieza, porque vé la luz de este mundo:
10 Mas si anduviere de noche, tropieza, porque no hay luz en él.
11 Esto dixo, y despues les dixo: Lázaro nuestro amigo duerme; mas voy á dispertarle del sueño.
12 Y dixéron sus discípulos: Señor, si duerme, será sano.
13 Mas Jesus habia hablado de su muerte; y ellos entendiéron que decia del dormir de sueño.
14 Entónces Jesus les dixo abiertamente: Lázaro es muerto:
15 Y me huelgo por vosotros de no haber estado allí, para que creais. Mas vamos á él.
16 Dixo entónces Tomás, llamado Didimo, á los otros condiscípulos: Vamos tambien nosotros, y muramos con él.
17 Vino pues Jesus, y halló que habia ya quatro dias que estaba en el sepulcro.
18 Y Betania distaba de Jerusalém como unos quince estadios.
19 Y muchos Judíos habian venido á Marta y á María, para consolarlas de su hermano.
20 Marta pues quando oyó que venia Jesus, le salió á recibir; mas María se quedó en casa.
21 Y Marta dixo á Jesus: Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto:
22 Mas tambien sé ahora, que todo lo que pidieres á Dios, te lo otorgará Dios.
23 Jesus le dixo: Resucitará tu hermano.

24 Marta le díce: Bien sé
que resucitará en la resurreccion
en el último dia.
25 Jesus le dixo: Yo soy la
resurreccion y la vida: el que
cree en mi, aunque hubiere
muerto, vivirá;
26 Y todo aquel, que vive, y
cree en mí, no morirá jamas.
¿Crees esto?
27 Ella le dixo: Sí Señor, yo
he creido, que tú eres el Cristo
el Hijo de Dios vivo, que has
venido á este mundo.
28 Y dicho esto, fué y llamó
en secreto á María su hermana,
y dixo: El Maestro está aquí, y
te llama.
29 Ella quando lo oyó, se le-
vantó luego, y fué á él.
30 Porque Jesus aun no ha-
bia llegado á la aldea, sino que se
estaba en aquel lugar en donde
Marta habia salido á recibirle.
31 Los Judíos pues que es-
taban en la casa con ella, y la
consolaban, quando viéron que
María se habia levantado apre-
surada, y habia salido, la siguié-
ron, diciendo: Al sepulcro va á
llorar allí.
32 Y María quando llegó á
donde Jesus estaba, luego que
le vió, se postró á sus pies, y le
dice: Señor, si hubieras estado
aquí, mi hermano no hubiera
muerto.
33 Jesus quando la vió lloran-
do, y que tambien lloraban los
Judíos que habian venido con
ella, gimió en su ánimo, y se
turbó á sí mismo,
34 Y dixo: ¿En donde le
pusísteis? Le dicen: Ven, Se-
ñor, y lo verás.
35 Y lloró Jesus.
36 Y dixéron entónces los
Judíos: Ved como le amaba.
37 Y algunos de ellos dixé-
ron: ¿Pues este, que abrió los
ojos del que nació ciego, no
pudiera hacer que este no mu-
riese?
38 Mas Jesus gimiendo otra
vez en sí mismo, fué al sepulcro.
Era una gruta; y habian puesto
una losa sobre ella.
39 Dixo Jesus: Quitad la losa.
Marta, que era hermana del
difunto, le dice: Señor, ya hiede,
porque es muerto de quatro dias.
40 Jesus le dixo: ¿No te he
dicho, que si creyeres, verás la
gloria de Dios?
41 Quitáron pues la losa; y
Jesus alzando los ojos á lo alto,
dixo: Padre, gracias te doy
porque me has oido.
42 Yo bien sabia que siempre
me oyes; mas por el pueblo,
que está al rededor, lo dixe;
para que crean que tú me has
enviado.
43 Y habiendo dicho esto,
gritó en alta voz, diciendo: Lá-
zaro, ven fuera.
44 Y en el mismo punto salió
el que habia estado muerto, ata-
dos los pies y las manos con ven-
das, y cubierto el rostro con un
sudario. Jesus les dixo: De-
satadle, y dexadle ir.
45 Muchos pues de los Ju-
díos, que habian venido á ver á
María y á Marta, y viéron lo
que hizo Jesus, creyéron en él.
46 Mas algunos de ellos se
fuéron á los Fariséos, y les dixé-
ron lo que habia hecho Jesus.
47 Y los Príncipes de los Sa-
cerdotes, y los Fariséos juntá-
ron concilio, y decian: ¿Que
hacemos, porque este hombre
hace muchos milagros?
48 Si lo dexamos así, creerán
todos en él; y vendrán los Ro-

manos, y arruinarán nuestra ciudad y nacion.

49 Mas uno de ellos, llamado Caifás, que era el Sumo Pontífice de aquel año, les dixo: Vosotros no sabeis nada,

50 Ni pensais que os conviene, que muera un hombre por el pueblo, y no que toda la nacion perezca.

51 Mas esto no lo dixo de sí mismo; sino que siendo Sumo Pontífice aquel año, profetizó, que Jesus habia de morir por la nacion,

52 Y no solamente por la nacion, mas tambien para juntar en uno los hijos de Dios, que estaban dispersos.

53 Y así desde aquel dia pensáron como le darian la muerte.

54 Por lo qual no se mostraba ya Jesus en público entre los Judíos, sino que se retiró á un territorio cerca del desierto á una ciudad, llamada Efrem; y allí moraba con sus discípulos.

55 Y estaba ya cerca la Pascua de los Judíos; y muchos de aquella tierra subiéron á Jerusalém ántes de la Pascua, para purificarse.

56 Y buscaban á Jesus; y se decian unos á otros, estando en el templo: ¿Que os parece, de que no haya venido á la fiesta? Y los Príncipes de los Sacerdotes, y los Fariséos habian dado mandamiento, que si alguno sabia en donde estaba, lo manifestase, para prenderle.

CAPITULO XII.

1 JESUS pues seis dias ántes de la Pascua vino á Betania, en donde habia muerto Lázaro, al que Jesus resucitó.

2 Y le diéron allí una cena; y Marta servia, y Lázaro era uno de los que estaban sentados con él á la mesa.

3 Entónces María tomó una libra de ungüento de nardo puro de gran precio, y ungió los pies de Jesus, y le enxugó los pies con sus cabellos; y se llenó la casa del olor del ungüento.

4 Y dixo uno de sus discípulos, Júdas Iscariotes, el que le habia de entregar:

5 ¿Por que no se ha vendido este ungüento por trescientos denarios, y se ha dado á pobres?

6 Y dixo esto, no porque él cuidase de los pobres, sino porque era ladron, y teniendo sus bolsillos, traía lo que se echaba en ellos.

7 Y dixo Jesus: Dexadla que lo guarde para el dia de mi entierro.

8 Porque á los pobres siempre los teneis con vosotros; mas á mí no siempre me teneis.

9 Entendió pues un crecido número de Judíos, que Jesus estaba allí; y viniéron, no solamente por causa de él, sino tambien por ver á Lázaro, al que habia resucitado de entre los muertos.

10 Y los Príncipes de los Sacerdotes pensáron matar tambien á Lázaro:

11 Porque muchos por él se separaban de los Judíos, y creían en Jesus.

12 Y el dia siguiente una grande muchedumbre de gente, que habia venido á la fiesta, quando oyéron que venia Jesus á Jerusalém,

13 Tomáron ramos de palmas, y saliéron á recibirle, y clamaban: Hosanna, bendito el que

viene en el nombre del Señor, el Rey de Israél.

14 Y halló Jesus un jumentillo, y se sentó sobre él, como está escrito:

15 No temas, hija de Sion; he aquí tu Rey, que viene sentado sobre un pollino de una asna.

16 Esto no entendiéron sus discípulos al principio; mas quando fué glorificado Jesus, entónces se acordáron, que estaban estas cosas escritas de él, y que le hiciéron estas cosas.

17 Y daba testimonio la mucha gente, que estaba con Jesus, de quando llamó á Lázaro del sepulcro, y le resucitó de entre los muertos.

18 Y por esto viniéron á recibirle las gentes; porque hábian oido, que él habia hecho este milagro:

19 Mas los Fariséos dixéron unos á otros: ¿No veis, que nada adelantamos? mirad que todo el mundo se va en pos de él.

20 Y habia allí algunos Gentiles de aquellos, que habian subido á adorar en el dia de la fiesta.

21 Estos pues se llegáron á Felipe, que era de Betsaida de Galiléa, y le rogaban, diciendo: Señor, queremos ver á Jesus.

22 Vino Felipe, y lo dixo á Andres; y Andres, y Felipe lo dixéron á Jesus.

23 Y Jesus les respondió, diciendo: Viene la hora, en que sea glorificado el Hijo del hombre.

24 En verdad, en verdad os digo, que si el grano de trigo, que cae en la tierra, no muriere, él solo queda; mas si muriere, mucho fruto lleva.

25 Quien ama su alma, la perderá; y quien aborrece su alma en este mundo, para vida eterna la guarda.

26 Si alguno me sirve, sígame; y en donde yo estoy, allí tambien estará mi ministro. Y si alguno me sirviere, le honrará mi Padre.

27 Ahora mi alma está turbada. ¿Y que diré? Padre, sálvame de esta hora. Mas por eso he venido á esta hora.

28 Padre, glorifica tu nombre. Entónces vino una voz del Cielo, que dixo: Ya lo he glorificado, y otra vez lo glorificaré.

29 Las gentes que estaban allí, quando oyéron la voz, decian que habia sido un trueno. Otros decian: Un Angel le ha hablado.

30 Respondió Jesus, y dixo: No ha venido esta voz por mi causa, sino por causa de vosotros.

31 Ahora es el juicio del mundo; ahora será lanzado fuera el Príncipe de este mundo.

32 Y si yo fuere alzado de la tierra, todo lo atraeré á mí mismo.

33 Y decia esto, para mostrar de que muerte habia de morir.

34 La gente le respondió: Nosotros habemos oido de la Ley, que el Cristo permanece para siempre; ¿pues como dices tú, conviene que sea alzado el Hijo del hombre? ¿Quien es este Hijo del hombre?

35 Jesus les dixo: Aun hay en vosotros un poco de luz. Andad, miéntras que teneis luz, porque no os sorprehendan las tinieblas: Y el que anda en tinieblas, no sabe á donde vá.

36 Miéntras que teneis luz,
creed en la luz, para que seais
hijos de luz. Esto dixo Jesus;
y se fué, y se escondió de
ellos.
37 Mas aunque habia hecho á
presencia de ellos tantos mila-
gros, no creían en él:
38 Para que se cumpliese la
palabra del Profeta Isaías, que
dixo: ¿Señor, quien ha creido á
nuestro oído? ¿y á quien ha
sido revelado el brazo del Señor?
39 Por esto no podian creer,
porque dixo Isaías en otro lugar:
40 Les cegó los ojos, y les
endureció el corazon, para que
no vean de los ojos, ni entien-
dan de corazon, y se conviertan,
y los sane.
41 Esto dixo Isaías, quando
vió su gloria, y habló de él.
42 Con todo eso aun de los
Príncipes muchos creyéron en
él; mas por causa de los Fari-
séos no lo manifestaban, por no
ser echados de la Sinagoga;
43 Porque amáron mas la
gloria de los hombres, que la
gloria de Dios.
44 Y Jesus alzó la voz, y di-
xo: Quien cree en mí, no cree
en mí, sino en aquel que me
envió.
45 Y el que me vé á mí, vé á
aquel que me envió.
46 Yo he venido luz al mun-
do, para que todo aquel que en
mí cree, no permanezca en ti-
nieblas.
47 Y si alguno oyere mis pa-
labras, y no las guardare, no le
juzgo yo. Porque no he venido
á juzgar al mundo, sino á salvar
al mundo.
48 El que me desprecia, y no
recibe mis palabras, tiene quien
le juzgue; la palabra que he
hablado, ella le juzgará en el
dia postrimero.
49 Porque yo no he hablado
de mí mismo; mas el Padre que
me envió, el me dió manda-
miento de lo que tengo de decir,
y de lo que tengo de hablar.
50 Y sé, que su mandamiento
es la vida eterna. Pues lo que
yo hablo, como el Padre me lo
ha dicho, así lo hablo.

CAPITULO XIII.

1 ANTES del dia de la
fiesta de la Pascua, sa-
biendo Jesus que era venida su
hora de pasar de este mundo al
Padre; habiendo amado á los
suyos, que estaban en el mundo,
los amó hasta el fin.
2 Y acabada la cena, como el
diablo hubiese ya puesto en el
corazon á Júdas hijo de Simón
Iscariotes, que lo entregase;
3 Sabiendo Jesus que el Pa-
dre le habia dado todas las cosas
en las manos, y que de Dios ha-
bia salido, y á Dios iba;
4 Se levanta de la cena, y se
quita sus vestiduras; y tomando
una toalla, se la ciñó.
5 Echó despues agua en un
lebrillo, y comenzó á lavar los
pies de los discípulos, y á lim-
piarlos con la toalla, con que
estaba ceñido.
6 Vino pues á Simón Pedro,
Y Pedro le dice: ¿Señor, tú me
lavas á mí los pies?
7 Respondió Jesus, y le dixo:
Lo que yo hago, tú no lo sabes
ahora, mas lo sabrás despues.
8 Pedro le dice: No me la-
varás los pies jamás. Jesus le
respondió: Si no te lavare, no
tendrás parte conmigo.
9 Simon Pedro le dice: Se-

ñar, no solamente mis pies, mas las manos tambien y la cabeza.
10 Jesus le dice: El que está lavado, no necesita sino lavar los pies, pues está todo limpio. Y vosotros limpios estais, mas no todos.
11 Porque sabia quien era el que le habia de entregar: por eso dixo: No todos estais limpios.
12 Y despues que les hubo lavado los pies, y hubo tomado su ropa, volviéndose á sentar á la mesa, les dixo: ¿Sabeis lo que he hecho con vosotros?
13 Vosotros me llamais Maestro, y Señor; y bien decis; porque lo soy.
14 Pues si yo, el Señor, y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros tambien debeis lavar los pies los unos á los otros.
15 Porque exemplo os he dado, para que como yo he hecho á vosotros, vosotros tambien hagais.
16 En verdad, en verdad os digo: El siervo no es mayor que su Señor; ni el enviado es mayor, que aquel que le envió.
17 Si esto sabeis, bienaventurados seréis si lo hiciéreis.
18 No hablo de todos vosotros; yo sé los que escogí; mas para que se cumpla la Escritura: El que come el pan conmigo, levantará contra mí su calcañar.
19 Desde ahora os lo digo, ántes que sea, para que quando fuere hecho, creais que yo soy.
20 En verdad, en verdad os digo: El que recibe al que yo enviare, á mí me recibe; y quien me recibe á mí, recibe á aquel que me envió.
21 Quando esto hubo dicho Jesus, se turbó en el espíritu; y protestó, y dixo: En verdad, en verdad os digo: Que uno de vosotros me entregará.
22 Y los discípulos se miraban los unos á los otros, dudando de quien decia.
23 Y uno de sus discípulos, al qual amaba Jesus, estaba recostado á la mesa en el seno de Jesus.
24 A este pues hizo una seña Simon Pedro, y le dixo: ¿Quien es de quien habla?
25 El entónces recostándose sobre el pecho de Jesus, le dixo: ¿Señor, quien es?
26 Jesus le respondió: Aquel es, á quien yo diere el pan mojado. Y mojando el pan, se lo dió á Júdas, hijo de Simon Iscariotes.
27 Y tras el bocado entró en él Satanás. Y Jesus le dixo: Lo que haces, hazlo presto.
28 Mas ninguno de los que estaban á la mesa supo por que se lo decia.
29 Porque algunos pensáron, que porque Júdas traia la bolsa, le habia dicho Jesus: Compra lo que habemos menester para el dia de la fiesta; ó que diese algo á los pobres.
30 Y quando él hubo tomado el bocado, se salió luego fuera. Y era de noche.
31 Y como hubo salido, dixo Jesus: Ahora es glorificado el Hijo del hombre; y Dios es glorificado en él.
32 Si Dios es glorificado en él, Dios tambien lo glorificará á él en sí mismo; y luego le glorificará.
33 Hijitos, aun estoy un poco con vosotros. Me buscaréis, y así como dixe á los Judíos: Adonde yo voy, vosotros no p-

deis venir, lo mismo digo ahora
á vosotros.
34 Un Mandamiento nuevo os
doy: Que os ameis los unos á
los otros, así como yo os he ama-
do, para que vosotros os ameis
tambien entre vosotros mismos.
35 En esto conocerán todos
que sois mis discípulos, si tuvié-
reis caridad entre vosotros.
36 Simon Pedro le dixo: ¿Se-
ñor, á donde vas? Respondió
Jesus: Adonde yo voy, no me
puedes ahora seguir; mas me
seguirás despues.
37 Pedro le dice: ¿Por que
no te puedo seguir ahora? mi
alma pondré por tí.
38 Jesus les respondió: Tu
alma pondrás por mí? En ver-
dad, en verdad te digo: Que no
cantará el gallo, sin que me
hayas negado tres veces.

CAPITULO XIV.

1 NO se turbe vuestro
corazon. Creeis en
Dios, creed tambien en mí.
2 En la casa de mi Padre hay
muchas moradas: si así no fue-
ra, yo os lo hubiera dicho. Pues
voy á aparejaros el lugar.
3 Y si me fuere, y os apare-
járe lugar, vendré otra vez, y
os tomaré á mí mismo, para que
en donde yo estoy, esteis tam-
bien vosotros.
4 Tambien sabeis á donde yo
voy, y sabeis el camino.
5 Thomás le dice: ¿Señor,
no sabemos á donde vas; pues
como podemos saber el camino?
6 Jesus le dice: Yo soy el
camino, y la verdad, y la vida:
Nadie viene al Padre, sino por
mí.
7 Si me conociéseis á mí,
ciertamente conociérais tambien
á mi Padre; y desde ahora le
conoceréis, y lo habeis visto.
8 Felipe le dice: Señor,
muéstranos al Padre, y nos basta.
9 Jesus le dice: ¿Tanto tiem-
po ha que estoy con vosotros, y
no me habeis conocido? Felipe,
el que me vé á mí, vé tambien
al Padre. ¿Como pues tú dices:
Muéstranos al Padre?
10 ¿No creeis que yo estoy
en el Padre, y el Padre en mí?
Las palabras que yo os hablo, no
las hablo de mi mismo. Mas el
Padre, que está en mí, él hace
las obras.
11 ¿No creeis que yo estoy en
el Padre, y el Padre en mí?
12 Y sino creedlo por las mis-
mas obras. En verdad, en ver-
dad os digo: El que en mí cree,
él tambien hará las obras que yo
hago, y mayores que estas hará;
porque yo voy al Padre.
13 Y todo lo que pidiéreis al
Padre en mi nombre, yo lo haré;
para que sea el Padre glorifica-
do en el Hijo.
14 Si algo me pidiéreis en mi
nombre, lo haré.
15 Si me amais, guardad mis
mandamientos.
16 Y yo rogaré al Padre, y os
dará otro Consolador, para que
more siempre con vosotros,
17 El Espíritu de la verdad,
á quien no puede recibir el
mundo, porque ni lo ve, ni lo
conoce; mas vosotros lo cono-
ceréis, porque morará con voso-
tros, y estará en vosotros.
18 No os dexaré huérfanos,
vendré á vosotros.
19 Todavía un poquito; y el
mundo ya no me ve. Mas vo-
sotros me veis; porque yo vivo,
y vosotros viviréis.

20 En aquel dia vosotros co-
noceréis que yo estoy en mi Pa-
dre, y vosotros en mí, y yo en
vosotros.
21 Quien tiene mis manda-
mientos, y los guarda, aquel es
el que me ama. Y el que me
ama, será amado de mi Padre; y
yo le amaré, y me le manifes-
taré á mí mismo.
22 Le dice entónces Júdas,
no aquel Iscariotes: ¿Señor, que
es le causa, que te has de mani-
festar á nosotros, y no al mundo?
23 Jesus respondió, y le dixo:
Si alguno me ama, guardará mi
palabra, y mi Padre le amará, y
vendrémos á él, y harémos mo-
rada en él.
24 El que no me ama, no
guarda mis palabras. Y la pa-
labra que habeis oido, no es mia;
sino del Padre, que me envió.
25 Estas cosas os he hablado
estando con vosotros.
26 Y el Consolador, el Espí-
ritu Santo, que enviará el Pa-
dre en mi nombre, él os enseña-
rá todas las cosas, y os recorda-
rá todo aquello que yo os hu-
biere dicho.
27 La paz os dexo, mi paz os
doy; no os la doy yo como la da
el mundo. No se turbe vuestro
corazon, ni se acobarde.
28 Ya habeis oido que os he
dicho: Voy, y vengo á vosotros.
Si me amáseis, os gozaríais cier-
tamente, porque voy al Padre;
porque el Padre es mayor que yo.
29 Y ahora os lo he dicho án-
tes que sea; para que lo creais,
quando fuere hecho.
30 Ya no hablaré con voso-
tros muchas cosas, porque viene
el Príncipe de este mundo, y no
tiene nada en mí.
31 Mas para que el mundo
conozca que amo al Padre, y
como me dió el mandamiento el
Padre, así hago. Levantaos,
y vamos de aquí.

CAPITULO XV.

1 YO soy la verdadera vid,
y mi Padre es el La-
brador.
2 Todo sarmiento que no
diere fruto en mí, lo quitará; y
todo aquel que diere fruto, lo
limpiará, para que dé mas fruto.
3 Vosotros ya estais limpios
por la palabra, que os he ha-
blado.
4 Estad en mí; y yo en voso-
tros. Como el sarmiento no
puede de sí mismo llevar fruto,
si no estuviere en la vid; así ni
vosotros, si no estuviéreis en mí.
5 Yo soy la vid, vosotros los
sarmientos; el que está en mí, y
yo en él, este lleva mucho fruto;
porque sin mí no podeis hacer
nada.
6 El que no estuviere en mí,
será echado fuera, así como el
sarmiento, y se secará, y lo co-
gerán, y lo meterán en el fuego,
y arderá.
7 Si estuviéreis en mí, y mis
palabras estuvieren en vosotros,
pediréis quanto quesiéreis, y os
será hecho.
8 En esto es glorificado mi
Padre, en que lleveis mucho
fruto, y en que seais mis discí-
pulos.
9 Como el Padre me amó, así
tambien yo os he amado. Per-
severad en mi amor.
10 Si guardáreis mis mandá-
mientos, perseveraréis en mi
amor; así como yo tambien he
guardado los mandamientos de
mi Padre, y estoy en su amor.

11 Estas cosas os he dicho;
para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido.
12 Este es mi mandamiento,
que os ameis los unos á los otros,
como yo os amé.
13 Ninguno tiene mayor amor
que este, que es poner su vida
por sus amigos.
14 Vosotros sois mis amigos,
si hiciéreis las cosas que yo os
mando.
15 No os llamaré ya siervos,
porque el siervo no sabe lo que
hace su señor. Mas á vosotros
os he llamado amigos; porque os
he hecho conocer todas las cosas, que he oido de mi Padre.
16 No me elegísteis vosotros
á mí; mas yo os elegí á vosotros, y os he puesto para que
vayais, y lleveis fruto, y que
permanezca vuestro fruto; para
que os dé el Padre todo lo que
le pidiéreis en mi nombre.
17 Esto os mando, que os
ameis los unos á los otros.
18 Si el mundo os aborrece,
sabed que me aborreció á mí
ántes que á vosotros.
19 Si fuerais del mundo, el
mundo amaria lo que era suyo;
mas porque no sois del mundo,
ántes yo os escogí del mundo,
por eso os aborrece el mundo.
20 Acordaos de mi palabra,
que yo os he dicho: El siervo
no es mayor que su señor. Si á
mí han perseguido, tambien os
perseguirán á vosotros; si mi
palabra han guardado, tambien
guardarán la vuestra.
21 Mas todas estas cosas os
harán por causa de mi nombre;
porque no conocen á aquel que
me ha enviado.
22 Si no hubiera venido ni les
hubiera hablado, no tendrian pecado; mas ahora no tienen excusa de su pecado.
23 El que me aborrece, tambien aborrece á mi Padre.
24 Si no hubiese hecho entre
ellos obras, que ningun otro ha
hecho, no tendrian pecado; mas
ahora, y las han visto, y me
aborrecen á mí y á mi Padre.
25 Mas para que se cumpla la
palabra que está escrita en su
Ley: Que me aborreciéron de
grado.
26 Pero quando viniere el
Consolador que yo os enviaré
del Padre, el Espíritu de verdad,
que procede del Padre, él dará
testimonio de mí.
27 Y vosotros daréis testimonio, porque estais conmigo desde
el principio.

CAPITULO XVI.

1 ESTO os he dicho, para
que no os escandaliceis.
2 Os echarán de las Sinagogas; mas viene la hora en que
qualquiera que os mate, pensará
que hace servicio á Dios.
3 Y os harán esto, porque no
conociéron al Padre, ni á mí.
4 Mas esto os he dicho; para
que quando viniere la hora, os
acordeis de ello, que yo os lo
dixe.
5 No os dixe estas cosas al
principio, porque estaba con vosotros. Mas ahora voy á aquel
que me envió; y ninguno de vosotros me pregunta: ¿A donde
vás?
6 Antes porque os he dicho
estas cosas, la tristeza ha ocupado vuestro corazon.
7 Mas yo os digo la verdad,

que conviene á vosotros que yo
me vaya: porque si no me fuere,
no vendrá á vosotros el Consola-
dor; mas si me fuere, os lo en-
viaré.
8 Y quando él viniere, argüi-
rá al mundo de pecado, y de jus-
ticia, y de juicio.
9 De pecado ciertamente;
porque no han creido en mí.
10 Y de justicia; porque voy
al Padre, y ya no me veréis:
11 Y de juicio; porque el
Príncipe de este mundo ya es
juzgado.
12 Aun tengo que deciros
muchas cosas; mas no las podeis
llevar ahora.
13 Mas quando viniere aquel
Espíritu de verdad, os enseñará
toda la verdad; porque no ha-
blará de sí mismo, mas hablará
todo lo que oyere, y os anuncia-
rá las cosas que han de venir.
14 El me glorificará; porque
de lo mio tomará, y lo anunciará
á vosotros.
15 Todas quantas cosas tiene
el Padre, mias son. Por eso os
dixe, que de lo mio tomará, y
lo anunciará á vosotros.
16 Un poco, y ya no me ve-
réis; y otro poco, y me veréis;
porque voy al Padre.
17 Entónces algunos de sus
discípulos se dixéron unos á
otros: ¿Que es esto que nos
dice: Un poco, y no me veréis;
y otro poco, y me veréis, y por-
que voy al Padre?
18 Y decian: ¿Que es esto
que nos dice, Un poco? no sabe-
mos lo que dice.
19 Y entendió Jesus que le
querian preguntar, y les dixo:
Disputais entre vosotros de esto
que dixe: Un poco, y no me ve-
réis; y otro poco, y me veréis.
20 En verdad, en verdad os
digo: Que vosotros lloraréis, y
gemiréis, mas el mundo se go-
zará; y vosotros estareis tristes,
mas vuestra tristeza se conver-
tirá en gozo.
21 La muger quando pare es-
tá triste, porque viene su hora;
mas quando ha parido un niño,
ya no se acuerda del apuro, por
el gozo de que ha nacido un
hombre en el mundo.
22 Pues tambien vosotros
ahora ciertamente teneis triste-
za; mas otra vez os he de ver,
y se gozará vuestro corazon; y
ninguno os quitará vuestro gozo.
23 Y en aquel dia no me pre-
guntaréis nada. En verdad, en
verdad os digo: Que os dará el
Padre todo lo que le pidiéreis en
mi nombre.
24 Hasta aquí no habeis pe-
dido nada en mi nombre. Pedid,
y recibiréis, para que vuestro
gozo sea cumplido.
25 Estas cosas os he hablado
en parábolas. Viene la hora en
que ya no os hablaré por pará-
bolas; mas os anunciaré clara-
mente de mi Padre.
26 En aquel dia pediréis en
mi nombre; y no os digo que yo
rogaré al Padre por vosotros.
27 Porque el mismo Padre os
ama, porque vosotros me amas-
teis, y habeis creido que yo salí
de Dios.
28 Salí del Padre, y vine al
mundo: otra vez dexo el mundo,
y voy al Padre.
29 Sus discípulos le dicen:
He aquí ahora hablas clara-
mente, y no dices ningun pro-
verbio.
30 Ahora conocemos, que sa-
bes todas las cosas, y que no es
menester, que nadie te pregun-

te: en esto creemos, que has
salido de Dios.
31 Jesus les respondió: ¿Ahora creeis?
32 He aquí viene, y ya es
venida la hora, en que seais esparcidos cada uno por su parte,
y que me dexeis solo; mas no
estoy solo, porque el Padre está
conmigo.
33 Esto os he dicho, para que
tengais paz en mí. En el mundo tendreis apretura; mas tened
confianza, que yo he vencido al
mundo.

CAPITULO XVII.

1 ESTAS cosas dixo Jesus; y alzando los ojos
al Cielo, dixo: Padre, viene la
hora, glorifica á tu Hijo, para
que tu Hijo te glorifique á tí.
2 Como le has dado poder sobre toda carne, para que todo lo
que le diste á él, les dé á ellos
vida eterna.
3 Y esta es la vida eterna:
Que te conozcan á tí solo Dios
verdadero, y á Jesu-Cristo á
quien enviaste.
4 Yo te he glorificado sobre
la tierra; he acabado la obra,
que me diste á hacer.
5 Ahora pues, Padre, glorifícame tú en tí mismo con aquella
gloria, que tuve en tí, ántes que
fuese el mundo.
6 He manifestado tu nombre
á los hombres, que me diste del
mundo: Tuyos eran, y me los
diste á mí, y guardáron tu palabra.
7 Ahora han conocido, que
todas las cosas, que me diste, de
tí son.
8 Porque les he dado las palabras, que me diste; y ellos las
han recibido, y han conocido
verdaderamente, que yo salí de
tí, y han creido, que tú me enviaste.
9 Yo ruego por ellos. No
ruego por el mundo; sino por estos, que me diste, porque tuyos
son:
10 Y todas mis cosas son tuyas
y las tuyas son mias; y en ellas
he sido clarificado.
11 Y ya no estoy en el mundo, mas estos están en el mundo,
y yo voy á tí. Padre santo,
guarda por tu nombre á aquellos,
que me diste; para que sean
una cosa, como tambien nosotros.
12 Miéntras que yo estaba
con ellos, los guardaba en tu
nombre. Guardé á los que me
diste, y no pereció ninguno de
ellos, sino el hijo de perdicion,
para que se cumpliese la Escritura.
13 Mas ahora voy á tí, y hablo esto en el mundo, para que
tengan mi gozo cumplido en sí
mismos.
14 Yo les dí tu palabra, y el
mundo los aborreció, porque no
son del mundo, como tampoco
yo soy del mundo.
15 No te ruego, que los quites
del mundo, sino que los guardes
de mal.
16 No son del mundo, así como tampoco yo soy del mundo.
17 Santifícalos con tu verdad.
Tu palabra es la verdad.
18 Como tú me enviaste al
mundo, tambien yo los he enviado al mundo.
19 Y por ellos yo me santifico á mí mismo; para que ellos
sean tambien santificados en
verdad.
20 Mas no ruego tan solamente por ellos, sino tambien

por los que han de creer en mí
por la palabra de ellos:
21 Para que sean todos una
cosa, así como tú, Padre, en mí,
y yo en tí, que tambien sean
ellos una cosa en nosotros; para
que el mundo crea, que tú me
enviaste.
22 Yo les he dado la gloria,
que tú me diste; para que sean
una cosa, como tambien noso-
tros somos una cosa.
23 Yo en ellos, y tú en mí;
para que sean consumados en
una cosa; y que conozca el
mundo, que tú me has enviado,
y que los has amado, como tam-
bien me amaste á mi:
24 Padre, quiero que aquellos,
que tú me diste, estén conmigo
en donde yo estoy; para que
vean mi gloria, que tú me diste;
porque me has amado ántes del
establecimiento del mundo.
25 Padre justo, el mundo no
te ha conocido; mas yo te he
conocido; y estos han conocido,
que tú me enviaste.
26 Y les hice conocer tu nom-
bre, y se lo haré conocer; para
que el amor, con que me has
amado, esté en ellos, y yo en
ellos.

CAPITULO XVIII.

1 QUANDO Jesus hubo
dicho estas cosas, sa-
lió con sus discípulos de la otra
parte del arroyo de Cedron, en
donde habia un huerto, en el
qual entró él, y sus discípulos.
2 Y Júdas, que lo entregaba,
sabia tambien aquel lugar; por-
que muchas veces concurria allí
Jesus con sus discípulos.
3 Júdas pues, habiendo toma-
do una cohorte, y los Alguaciles
de los Pontífices, y de los Fari-
séos, vino allí con linternas, y
con hachas, y con armas.
4 Mas Jesus, sabiendo todas
las cosas, que habian de venir
sobre él, se adelantó, y les dixo:
¿A quien buscais?
5 Le respondiéron: A Jesus
Nazareno. Jesus les dice: Yo
soy. Y Júdas, aquel que lo
entregaba, estaba tambien con
ellos.
6 Luego pues que les dixo:
Yo soy, volviéron atrás, y ca-
yéron en tierra.
7 Mas les volvió á preguntar:
¿A quien buscais? Y ellos dixé-
ron: A Jesus Nazareno.
8 Respondió Jesus: Os he di-
cho que yo soy; pues si me bus-
cais á mí, dexad ir á estos.
9 Para que se cumpliese la
palabra, que dixo: De los que
me diste, á ninguno de ellos
perdí.
10 Mas Simón Pedro, que te-
nia una espada, la sacó, é hirió
á un siervo del Pontífice, y le
cortó la oreja derecha. Y el
siervo se llamaba Malco.
11 Jesus entónces dixo á Pe-
dro: Mete tu espada en la vay-
na. ¿El Cáliz, que me ha dado
el Padre, no lo tengo de beber?
12 La cohorte pues, y el Tri-
buno, y los Ministros de los Ju-
díos prendiéron á Jesus, y le
atáron:
13 Y le lleváron primero á
Anás, porque era suegro de
Caifás, el qual era Pontífice de
aquel año.
14 Y Caifás era el que habia
dado el consejo á los Judíos,
que convenia que muriese un
hombre por el pueblo.
15 Simon Pedro, y otro discí-
pulo seguian á Jesus. Y aquel

discípulo era conocido del Pontífice, y entró con Jesus en el átrio del Pontífice.

16 Mas Pedro estaba fuera á
la puerta. Y salió el otro discípulo, que era conocido del Pontífice, y lo dixo á la portera, é hizo entrar á Pedro.

17 Y dixo á Pedro la criada
portera: ¿No eres tú tambien de los discípulos de ese hombre? Dice él: No soy.

18 Los criados, y los Minis-
tros estaban en pie á la lumbre, porque hacia frio, y se calentaban; y Pedro se estaba tambien en pie calentándose con ellos.

19 El Pontífice pues preguntó
á Jesus sobre sus discípulos, y sobre su doctrina.

20 Jesus le respondió: Yo
manifiestamente he hablado al mundo; yo siempre he enseñado en la Sinagoga, y en el templo, adonde concurren todos los Judíos, y nada he hablado en oculto.

21 ¿Que me preguntas á mi?
Pregunta á aquellos, que han oido lo que yo les hablé; he aquí estos saben lo que yo he dicho.

22 Quando esto hubo dicho,
uno de los Ministros que estaba allí, dió una bofetaba á Jesus, diciendo: ¿Así respondes al Pontífice?

23 Jesus le respondió: Si he
hablado mal, dá testimonio del mal; mas si bien, ¿por que me hieres?

24 Y Anás lo envió atado al
Pontífice Caifás.

25 Estaba pues allí en pie Si-
mon Pedro calentándose. Y le dixéron: ¿No eres tú tambien de sus discípulos? Negó él, y dixo: No soy.

26 Dícele uno de los criados
del Pontífice, pariente de aquel, á quien Pedro habia cortado la oreja: ¿No te ví yo á tí en el huerto con él?

27 Y otra vez negó Pedro;
y luego cantó el gallo.

28 Llevan pues á Jesus desde
casa de Caifás al pretorio. Y era por la mañana; y ellos no entráron en el pretorio, por no contaminarse, y por poder comer la Pascua.

29 Pilato pues salió fuera á
ellos, y dixo: ¿Que acusacion traeis contra este hombre?

30 Respondiéron, y le dixéron.
Si este no fuera malhechor, no te le hubiéramos entregado.

31 Pilato les dixo entónces:
Tomadle allá vosotros, y juzgadle segun vuestra Ley. Y los Judíos le dixéron: No nos es lícito á nosotros matar á alguno.

32 Para que se cumpliese la
palabra, que Jesus habia dicho, señalando de que muerte habia de morir.

33 Volvió pues á entrar Pila-
to en el pretorio, y llamó á Jesus, y le dixo: ¿Eres tú el Rey de los Judíos?

34 Respondió Jesus: Dices
tú esto de tí mismo, ó te lo han dicho otros de mí?

35 Respondió Pilato: ¿Soy
acaso yo Judío? Tu nacion, y los Pontífices te han puesto en mis manos: ¿que has hecho?

36 Respondió Jesus: Mi rey-
no no es de este mundo: si de este mundo fuera mi reyno, mis Ministros sin duda pelearian, para que yo no fuera entregado á los Judíos; mas ahora mi reyno no es de aquí.

37 Entónces Pilato le dixo:
¿Luego Rey eres tú? Respondió Jesus: Tú dices que yo soy Rey.

Yo para esto nací, y para esto
vine al mundo, para dar testimo-
nio á la verdad; todo aquel que
es de la verdad, escucha mi voz.
38 Pilato le dice: ¿Que cosa
es verdad? Y quando esto hubo
dicho, salió otra vez á los Ju-
díos, y les dixo: Yo no hallo en
él ninguna causa.
39 Costumbre teneis vosotros
que os suelte uno en la Pascua:
¿Quereis pues que os suelte al
Rey de los Judíos?
40 Entónces volviéron á gri-
tar todos diciendo: No á este,
sino á Barrabas. Y Barrabas
era un ladron.

CAPITULO XIX.

1 PILATO pues tomó en-
tónces á Jesus, y azo-
tóle.
2 Y los soldados texiendo una
corona de espinas, se la pusiéron
sobre la cabeza, y le vistiéron
un manto de púrpura.
3 Y venian á él, y decian:
Dios te salve, Rey de los Judíos;
y le daban de bofetadas.
4 Pilato pues salió otra vez
fuera, y les dixo: Ved que os le
saco fuera, para que sepais que
no hallo en él causa alguna.
5 Y salió Jesus llevando una
corona de espinas, y un manto
de púrpura. Y Pilato les dixo:
Ved aquí el hombre.
6 Y quando le viéron los Pon-
tífices, y los Ministros daban vo-
ces diciendo: Crucifícale, cru-
cifícale. Pilato les dice: To-
madle allá vosotros, y crucifi-
cadle; porque yo no hallo en él
causa.
7 Los Judíos le respondiéron:
Nosotros tenemos ley, y segun
la ley debe morir, porque se hizo
Hijo de Dios.
8 Quando Pilato oyó estas pa-
labras, temió mas.
9 Y volvió á entrar en el pre-
torio, y dixo á Jesus: ¿De
donde eres tú? Mas Jesus no le
dió respuesta.
10 Y Pilato le dice: ¿A mí
no me hablas? ¿no sabes que
tengo poder para crucificarte, y
que tengo poder para soltarte?
11 Respondió Jesus: No ten-
drias poder alguno sobre mí, sino
te hubiera sido dado de arriba.
Por tanto, el que á tí me ha en-
tregado, mayor pecado tiene.
12 Y desde entónces procu-
raba Pilato soltarle. Mas los
Judíos gritaban diciendo: Si á
este sueltas, no eres amigo de
César; porque todo aquel que
se hace Rey, contradice á César.
13 Pilato pues quando oyó
estas palabras, sacó fuera á Je-
sus, y se sentó en su Tribunal
en el lugar que se llama Lithós-
trotos, y en el Hebréo Gabbatha.
14 Y era el dia de la prepa-
racion de la Pascua, y como la
hora de sexta, y dice á los Ju-
díos: Ved aquí vuestro Rey.
15 Y ellos gritaban: Quita,
quita, crucifícale. Les dice Pi-
lato: ¿A vuestro Rey he de cru-
cificar? respondiéron los Pontí-
fices: No tenemos Rey, sino á
César.
16 Y entónces se lo entregó
para que fuese crucificado. Y
tomáron á Jesus, y le sacáron
fuera.
17 Y llevando su Cruz á cues-
tas, salió para aquel lugar, que
se llama Calvario; y en Hebréo
Gólgotha:
18 Y allí le crucificáron, y
con él á otros dos, de una parte
y otra, y á Jesus en medio.
19 Y Pilato escribió tambien

un título, y le puso sobre la
Cruz. Y lo escrito era : Jesus
Nazareno, Rey de los Judíos.
20 Y muchos de los Judíos
leyéron este título ; porque es-
taba cerca de la ciudad el lugar
en donde crucificáron á Jesus.
Y estaba escrito en Hebréo, en
Griego, y en Latin.
21 Y decian á Pilato los Pon-
tífices de los Judíos : No escri-
bas Rey de los Judíos ; sino que
él dixo : Rey soy de los Judíos.
22 Respondió Pilato : Lo que
he escrito, he escrito.
23 Los soldados, despues de
haber crucificado á Jesus, tomá-
ron sus vestiduras, (y las hicié-
ron quatro partes, para cada sol-
dado su parte) y la túnica. Mas
la túnica no tenia costura, sino
que era toda texida desde arriba.
24 Y dixéron unos á otros :
No la partamos, mas echemos
suertes sobre ella, cuya será ;
para que se cumpliese la Escri-
tura, que dice : Repartiéron mis
vestidos entre sí, y echaron
suerte sobre mi vestidura. Y
los soldados ciertamente hicié-
ron esto.
25 Y estaban junto á la Cruz
de Jesus su Madre, y la herma-
na de su Madre María de Cleo-
fas, y María Magdalena.
26 Y como vió Jesus á su
Madre, y al discípulo que ama-
ba, que estaba allí, dixo á su
Madre ; Muger, he ahí tu hijo.
27 Despues dixo al discípulo.
He ahí tu Madre. Y desde
aquella hora el discípulo la re-
cibió por suya.
28 Despues de esto sabiendo
Jesus, que todas las cosas eran
ya cumplidas, para que se cum-
pliese la Escritura dixo : Sed
tengo.
29 Habia allí un vaso lleno
de vinagre. Y ellos poniendo al
rededor de un hisopo una espon-
ja empapada en vinagre, se la
aplicáron á la boca.
30 Y luego, que Jesus tomó
el vinagre, dixo : Consumado
es. E inclinando la cabeza, dió
el espíritu.
31 Y los Judíos (porque era
la Parasceve, para que no que-
dasen los cuerpos en la cruz el
Sábado, porque aquel era el
grande dia de Sábado) rogáron á
Pilato, que les quebrasen las
piernas, y que fuesen quitados.
32 Viniéron pues los Soldados ;
y quebráron las piernas al pri-
mero, y al otro, que fué crucifi-
cado con él.
33 Mas quando viniéron á Je-
sus, viéndole ya muerto, no le
quebrantáron las piernas :
34 Mas uno de los Soldados
le abrió el costado con una lan-
za, y salió luego sangre y agua.
35 Y el que lo vió, dió testi-
monio, y verdadero es el testi-
monio de él ; y él sabe que dice
verdad, para que vosotros tam-
bien creais.
36 Porque estas cosas fuéron
hechas, para que se cumpliese
la Escritura : No desmenuzaréis
hueso de él.
37 Y tambien dice otra Es-
critura : Verán en el que tras-
pasáron.
38 Despues de esto Josef de
Arimatéa (que era discípulo de
Jesus, aunque oculto por miedo
de los Judíos) rogó á Pilato, que
le permitiese quitar el cuerpo de
Jesus. Y Pilato se lo permitió.
Vino pues, y quitó el cuerpo de
Jesus.
39 Y Nicodemo, el que habia
ido primeramente de noche á

Jesus, vino tambien, trayendo una confeccion como de cien libras, de mirra, y de aloé.

40 Y tomáron el cuerpo de Jesus, y lo atáron en lienzos con aromas, así como los Judíos acostumbran sepultar.

41 Y en aquel lugar, en donde fué crucificado, habia un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el que aun no habia sido puesto alguno.

42 Allí pues por causa de la Parasceve de los Judíos, porque estaba cerca el sepulcro, pusiéron á Jesus.

CAPITULO XX.

1 Y el primer dia de la semana vino María Magdalena de mañana al sepulcro, quando aun era obscuro, y vió quitada la losa del sepulcro.

2 Y fué corriendo á Simon Pedro, y al otro discípulo, á quien amaba Jesus, y les dixo: Han quitado al Señor del sepulcro, y no sabemos en donde le han puesto.

3 Salió pues Pedro, y aquel otro discípulo, y fuéron al sepulcro.

4 Y corrian los dos á la par; mas el otro discípulo se adelantó corriendo mas apriesa que Pedro, y llegó primero al sepulcro.

5 Y habiéndose abaxado, vió los lienzos puestos; mas no entró dentro.

6 Llegó pues Simon Pedro, que le venia siguiendo, y entró en el sepulcro, y vió los lienzos puestos,

7 Y el sudario, que habia tenido sobre la cabeza, no puesto con los lienzos, sino envuelto en un lugar aparte.

8 Entónces entró tambien el otro discípulo, que habia llegado primero al sepulcro; y vió, y creyó:

9 Porque aun no entendian la Escritura, que era menester, que él resucitára de entre los muertos.

10 Y se volviéron otra vez los discípulos á su casa.

11 Pero María estaba fuera llorando junto al sepulcro. Y estando así llorando, se abaxó, y miró ácia el sepulcro:

12 Y vió dos Angeles vestidos de blanco, sentados, el uno á la cabecera, y el otro á los pies, en donde habia sido puesto el cuerpo de Jesus.

13 Y le dixéron: ¿Muger, por que lloras? Díceles: Porque se han llevado de aquí á mi Señor, y no sé donde le han puesto:

14 Y quando esto hubo dicho, se volvió á mirar atras, y vió á Jesus, que estaba en pie; mas no sabia que era Jesus.

15 Jesus le dice: ¿Muger, por que lloras? ¿á quien buscas? Ella creyendo que era el hortelano, le dixo: Señor, si tú lo has llevado de aquí, dime en donde lo has puesto; y yo lo llevaré.

16 Jesus le dice: María. Vuelta ella, le dice: Rabboni (que quiere decir Maestro.)

17 Jesus le dice: No me toques, porque aun no he subido á mi Padre; mas vé á mis hermanos, y diles: Subo á mi Padre, y vuestro Padre, á mi Dios, y vuestro Dios.

18 Vino María Magdalena dando las nuevas á los discípulos: Que he visto al Señor, y esto me ha dicho.

19 Y como fué la tarde de

aquel dia, el primero de la se-
mana, y estando cerradas las
puertas, en donde se hallaban
juntos los discípulos por miedo
de los Judíos, vino Jesus, y se
puso en medio, y les dixo: Paz
á vosotros.
20 Y quando esto hubo dicho,
les mostró las manos y el costa-
do. Y se gozáron los discípulos,
viendo al Señor.
21 Y otra vez les dixo: Paz
á vosotros. Como el Padre me
envió, así tambien yo os envio.
22 Y dichas estas palabras,
sopló sobre ellos, y les dixo:
Recibid el Espíritu Santo:
23 A los que perdonáreis los
pecados, perdonados les son; y
á los que se los retuviéreis, les
son retenidos.
24 Pero Tomás uno de los
doce, que se llamaba Didimo,
no estaba con ellos quando vino
Jesus.
25 Y los otros discípulos le
dixéron: Hemos visto al Señor.
Mas él les dixo: Si no viere en
sus manos la hendidura de los
clavos, y metiere mi dedo en el
lugar de los clavos, y metiere
mi mano en su costado, no lo
creeré.
26 Y al cabo de ocho dias,
estaban otra vez sus discípulos
dentro, y Tomás con ellos; vino
Jesus cerradas las puertas, y se
puso en medio, y dixo: Paz á
vosotros.
27 Y despues dixo á Tomás:
Mete aquí tu dedo, y mira mis
manos, y da acá tu mano, méte-
la en mi costado; y no seas in-
crédulo, sino fiel.
28 Respondió Tomás, y le di-
xo: Señor mio y Dios mio.
29 Jesus le dixo: Porque me
has visto, Tomás, has creido:
Bienaventurados los que no vié-
ron, y creyéron.
30 Otros muchos milagros
hizo tambien Jesus en presencia
de sus discípulos, que no están
escritos en este libro.
31 Mas estos han sido escri
tos, para que creais que Jesus
es el Cristo, el Hijo de Dios; y
para que creyendo, tengais vida
en su nombre.

CAPITULO XXI.

1 DESPUES se mostró
Jesus otra vez á sus
discípulos en el mar de Tibería-
des: Y se mostró así:
2 Estaban juntos Simón Pe-
dro y Tomás, llamado Didimo,
y Natanaél, que era de Caná
de Galiléa, y los hijos de Zebe-
déo, y otros dos de sus discípulos.
3 Simon Pedro les dice: Voy
á pescar. Le dicen: Vamos
tambien nosotros contigo. Sa-
liéron pues, y subiéron en un
barco; y aquella noche no co-
giéron nada.
4 Mas quando vino la maña-
na, se puso Jesus á la ribera;
pero no conociéron los discípulos
que era Jesus.
5 Y Jesus les dixo: ¿Hijos,
teneis algo de comer? Le res-
pondiéron: No.
6 Les dice: Echad la red á
la derecha del barco, y hallaréis.
Echáron la red; y ya no la po-
dian sacar por la muchedumbre
de los peces.
7 Dixo entónces á Pedro
aquel discípulo á quien amaba
Jesus: El Señor es. Y Simón
Pedro quando oyó que era el
Señor, se ciño su túnica (porque
estaba desnudo) y se echó en el
mar.

8 Y los otros discípulos viniéron con el barco (porque no estaban léjos de tierra, sino como doscientos codos) tirando de la red con los peces.
9 Y luego que saltáron en tierra viéron brasas puestas, y un pez sobre ellas, y pan.
10 Jesus les dice: Traed acá de los peces, que cogísteis ahora.
11 Entónces subió Simón Pedro, y traxo la red á tierra llena de grandes peces, ciento y cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red.
12 Jesus les dice: Venid, comed. Y ninguno de los que comian con él osaba preguntarle: ¿Tú quien eres? sabiendo que era el Señor.
13 Llega pues Jesus, y tomando el pan se le da, y asimismo del pez.
14 Esta fué ya la tercera vez que se manifestó Jesus á sus discípulos, despues que resucitó de entre los muertos.
15 Y quando hubiéron comido, dice Jesus á Simón Pedro: ¿Simón hijo de Juan, me amas mas que estos? Le responde: Sí Señor, tú sabes que te amo. Le dice: Apacienta mis corderos.
16 Le dice segunda vez: ¿Simón hijo de Juan, me amas? Le responde: Sí Señor, tú sabes que te amo. Le dice: Apacienta mis corderos.
17 Le dice tercera vez: ¿Simón hijo de Juan, me amas? Pedro se entristeció, porque le habia dicho la tercera vez: ¿Me amas? y le dixo: Señor, tú sabes todas las cosas; tú sabes que te amo. Le dixo: Apacienta mis ovejas.
18 En verdad, en verdad te digo, que quando eras mozo, te ceñías, é ibas á donde querias; mas quando ya fueres viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará á donde tú no quieras.
19 Esto dixo, señalando con que muerte habia de glorificar á Dios; y habiendo dicho esto, le dice: Sígueme.
20 Volviéndose Pedro vió que le seguia aquel discípulo, a quien amaba Jesus, y que en la cena estuvo recostado sobre su pecho, y le habia dicho: ¿Señor, quien es el que te entregará?
21 Y quando Pedro le vió, dixo á Jesus: ¿Señor, y este que?
22 Jesus le dixo: Así quiero que él quede hasta que yo venga, ¿que te va á tí? tú sígueme.
23 Salió pues esta palabra entre los hermanos, que aquel discípulo no muere. Y no le dixo Jesus: No muere; sino: Así quiero que quede hasta que yo venga, ¿á tí que te va?
24 Este es aquel discípulo, que da testimonio de estas cosas, y escribió estas cosas; y sabemos que su testimonio es verdadero.
25 Otras muchas cosas hay tambien que hizo Jesus; que si se escribiesen una por una, me parece que ni aun en el mundo cabrian los libros, que se habrian de escribir.

LOS HECHOS

DE LOS APOSTOLES.

CAPITULO I.

1 HE hablado, ó Teofilo,
en mi primer discurso
de todas las cosas, que Jesus co-
menzó á hacer, y enseñar,
2 Hasta el dia, en que despues
de haber instruido por el Es-
píritu Santo á los Apóstoles, que
habia escogido, fué recibido ar-
riba:
3 A los quales se mostró tam-
bien vivo despues de su Pasion
con muchas pruebas, aparecién-
doseles por quarenta dias, y ha-
blándoles del reyno de Dios.
4 Y comiendo con ellos, les
mandó que no se fuesen de Je-
rusalém, sino que esperasen la
promesa del Padre, que oísteis,
dixo, de mi boca:
5 Porque Juan en verdad bau-
tizó en agua, mas vosotros seréis
bautizados en Espíritu Santo, no
mucho despues de estos dias.
6 Entónces los que se habian
congregado, le preguntaban, di-
ciendo: ¿Señor, si restituirás en
este tiempo el reyno á Israél?
7 Y les dixo: No toca á voso-
tros saber los tiempos ó los mo-
mentos, que puso el Padre en su
propio poder:
8 Mas recibiréis la virtud del
Espíritu Santo, que vendrá so-
bre vosotros, y me seréis testigos
en Jerusalém, y en toda la Ju-
déa, y Samaria, y hasta las ex-
tremidades de la tierra.
9 Y quando esto hubo dicho,
viéndolo ellos, se fué elevando;
y le recibió una nube, que le
ocultó á sus ojos.
10 Y estando mirando al Cielo
quando él se iba, he aquí se pu-
siéron al lado de ellos dos va-
rones con vestiduras blancas,
11 Los quales tambien les di-
xéron: ¿Varones Galiléos, que
estais mirando al Cielo? este
Jesus, que de vuestra vista se
ha subido al Cielo, así vendrá,
como le habeis visto ir al Cielo.
12 Entónces se volviéron á
Jerusalém desde el monte lla-
mado del Olivar, que está cerca
de Jerusalém, camino de un
Sábado.
13 Y quando entráron, subié-
ron al cenáculo, en donde esta-
ban Pedro y Juan, Santiago y
Andrés, Felipe y Tomas, Bar-
tolomé y Matéo, Santiago de
Alféo, y Simon el Zeloso, y Jú-
das hermano de Santiago.
14 Todos estos perseveraban
unánimes en oracion con las mu-
geres, y con María Madre de
Jesus, y con los hermanos de
él.
15 En aquellos dias levantán-
dose Pedro en medio de los her-
manos (y eran los que estaban
allí juntos como unos ciento y
veinte hombres) dixo:
16 Varones hermanos, era
necesario que se cumpliese la
Escritura, que predixo el Espí-
ritu Santo por boca de David
acerca de Júdas, que fué el cau-
dillo de aquellos que prendiéron
á Jesus:
17 El que era contado con
nosotros, y tenia suerte en este
ministerio.
18 Este pues poseyó un cam-
po del precio de la iniquidad, y
colgándose reventó por medio;

y se derramáron todas sus en-
trañas.
19 Y se hizo notorio á todos
los moradores de Jerusalém, así
que fué llamado aquel campo en
su propia lengua, Haceldama,
que quiere decir, campo de san-
gre.
20 Porque escrito está en el
Libro de los Salmos: Sea he-
cha desierta la habitacion de
ellos, y no haya quien more en
ella; y tome otro su Obispado.
21 Conviene pues, que de es-
tos varones, que han estado en
nuestra compañía todo el tiempo
que entró y salió con nosotros el
Señor Jesus,
22 Comenzando desde el bau-
tismo de Juan hasta el dia en
que fué tomado arriba de entre
nosotros, que uno sea testigo con
nosotros de su resurreccion.
23 Y señaláron á dos, á Josef,
que era llamado Barsabas, y te-
nia por sobrenombre el Justo; y
á Matías.
24 Y orando dixéron: Tú,
Señor, que conoces los corazones
de todos, muéstranos de estos dos
qual has escogido,
25 Para que tome el lugar de
este ministerio y Apostolado, del
qual por su prevaricacion cayó
Júdas para ir á su lugar.
26 Y les echáron suertes, y
cayó la suerte sobre Matías, y
fué contado con los once Após-
toles.

CAPITULO II.

1 Y quando se cumplian
los dias de Pentecos-
tes, estaban todos unánimes en
un mismo lugar:
2 Y vino de repente un es-
truendo del Cielo, como de vien-
to, que soplaba con ímpetu, y
llenó toda la casa en donde esta-
ban sentados.
3 Y se les apareciéron unas
lenguas repartidas como de fue-
go, y reposó sobre cada uno de
ellos:
4 Y fuéron todos llenos de
Espíritu Santo, y comenzáron á
hablar en varias lenguas, como el
Espíritu Santo les daba que ha-
blasen.
5 Y residian entónces en Je-
rusalém Judíos, varones religio-
sos de todas las naciones que hay
debaxo del Cielo.
6 Y hecha esta voz, acudió
mucha gente, y quedó pasmada,
porque los oia hablar cada uno
en su propia lengua.
7 Y estaban todos atónitos, y
se maravillaban, diciendo: ¿No
veis que son Galiléos todos estos
que hablan?
8 ¿Pues como los oímos noso-
tros hablar cada uno en nuestra
lengua, en que nacimos?
9 Partos y Medos, y Elamí-
tas, y los que moran en la Me-
sopotamia, en Judéa y Capado-
cia, Ponto y Asia,
10 En Frígia y Panfilia,
Egipto, y tierras de la Libia,
que está comarcana á Cirene, y
los que han venido de Roma,
11 Judíos tambien, y Prosé-
litos, Cretenses, y Arabes; los
habemos oído hablar en nues-
tras lenguas las grandezas de
Dios.
12 Se pasmaban pues todos, y
se maravillaban, diciendo unos á
otros: ¿Que quiere ser esto?
13 Mas otros burlándose de-
cian: Estos llenos estan de
mosto.
14 Mas Pedro en compañía
de los once, puesto en pie alzó

su voz, y les dixo: Varones de
Judéa, y todos los que habitais
en Jerusalém, esto os sea noto-
rio, y oid con atencion mis pala-
bras.
15 Porque estos no estan em-
briagados, como vosotros pen-
sais, siendo la hora de tercia del
dia:
16 Mas esto es lo que fué di-
cho por el Profeta Joél:
17 Y acontecerá en los pos-
treros dias, dice el Señor, que
yo derramaré de mi Espíritu so-
bre toda carne; y profetizarán
vuestros hijos, y vuestras hijas,
y vuestros mancebos verán vi-
siones, y vuestros ancianos soña-
rán sueños.
18 Y ciertamente en aquellos
dias derramaré de mi Espíritu
sobre mis siervos y sobre mis
siervas, y profetizarán;
19 Y daré maravillas arriba
en el Cielo y señales abaxo en
la tierra, sangre y fuego, y va-
por de humo.
20 El Sol se convertirá en ti-
nieblas y la Luna en sangre,
ántes que venga el dia del Señor
grande é ilustre.
21 Y acontecerá, que todo
aquel que invocáre el nombre
del Señor, será salvo.
22 Varones de Israél, escu-
chad estas palabras: A Jesus
Nazareno, varon aprobado por
Dios entre vosotros con virtudes
y prodigios y señales, que Dios
obró por él en medio de voso-
tros, como tambien vosotros sa-
beis,
23 A este que por determina-
do consejo y presciencia de Dios
fué entregado, le matasteis, cru-
cificándole por manos de mal-
vados;
24 Al qual Dios ha resucita-
do, sueltos los dolores de la
muerte, por quanto era imposi-
ble ser detenido de ella.
25 Porque David dice de él:
Veía siempre al Señor delante
de mí; porque él está á mi de-
recha, para que yo no sea mo-
vido:
26 Por esto se alegró mi co-
razon, y se regocijó mi lengua,
y además mi carne reposará en
esperanza:
27 Porque no dexarás mi al-
ma en el sepulcro, ni permitirás
que tu Santo vea corrupcion.
28 Me hiciste conocer los ca-
minos de la vida; y me henchi-
rás de gozo con tu presencia.
29 Varones hermanos, séame
lícito deciros con libertad del
Patriarca David, que murió, y
fué enterrado; y su sepulcro está
entre nosotros hasta el dia de
hoy:
30 Siendo pues Profeta, y sa-
biendo que con juramento le ha-
bia Dios jurado, que del fruto de
sus lomos se sentaria sobre su
trono:
31 Previéndolo habló de la
resurreccion del Cristo, que ni
fué dexado en el sepulcro, ni su
carne vio corrupcion.
32 A este Jesus resucitó Dios,
de lo qual somos testigos todos
nosotros.
33 Así que ensalzado por la
diestra de Dios, y habiendo re-
cibido del Padre la promesa del
Espíritu Santo, ha derramado
sobre nosotros á este, á quien
vosotros veis y oís.
34 Porque David no subió á
los Cielos; y dice con todo eso:
Dixo el Señor á mi Señor: Sién-
tate á mi diestra,
35 Hasta que ponga tus ene-
migos por tarima de tus pies.

36 Por *tanto* sepa certisimamente toda la casa de Israél, que Dios hizo Señor y Cristo á este Jesus, á quien vosotros crucificásteis.

37 Y oidas estas cosas, se compungiéron de corazon, y dixéron á Pedro y á los otros Apóstoles: Varones hermanos, ¿que haremos?

38 Y Pedro les dixo: Arrepentíos, y cada uno de vosotros sea bautizado en el nombre de Jesu-Cristo para remision de vuestros pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo.

39 Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están léjos, quantos llamáre á sí el Señor nuestro Dios.

40 Con otras muchísimas razones lo atestiguó, y los exhortaba, diciendo: Salvaos de esta generacion depravada.

41 Y los que recibiéron su palabra, fuéron bautizados; y fuéron añadidas aquel dia cerca de tres mil personas.

42 Y ellos perseveraban en la doctrina de los Apóstoles, y en la comunicacion de la fraccion del pan, y en las oraciones.

43 Y toda persona tenia temor; y los Apóstoles hacian muchos prodigios y señales en Jerusalém, y en todos habia un gran temor.

44 Y todos los que creían, estaban unidos, y tenian todas las cosas comunes.

45 Vendian sus posesiones y haciendas, y las repartian á todos, conforme la necesidad de cada uno.

46 Y diariamente perseveraban unánimemente en el templo; y partiendo el pan por las casas, tomaban la comida con alegría y sencillez de corazon,

47 Alabando á Dios, y hallando gracia con todo el pueblo. Y el Señor aumentaba cada dia los que se habian de salvar en esta unidad.

CAPITULO III.

1 PEDRO y Juan iban al templo á la oracion á hora de nona.

2 Y traian á un hombre, que era coxo desde el vientre de su madre; al qual ponian cada dia á la puerta del templo llamada la Hermosa, para que pidiese limosna á los que entraban en el templo.

3 Este quando vió á Pedro y á Juan que iban á entrar en el templo, rogaba que le diesen limosna.

4 Y Pedro fixando en él los ojos juntamente con Juan, le dixo: Míranos.

5 Y él los miraba con atencion, esperando recibir de ellos alguna cosa.

6 Y Pedro dixo: No tengo oro ni plata; pero lo que tengo, esto te doy: En el nombre de Jesu-Cristo Nazareno levántate, y anda.

7 Y tomándole por la mano derecha, le levantó, y en el mismo punto fuéron consolidados sus pies, y sus plantas.

8 Y dando un salto se puso en pie, y echó á andar; y entró con ellos en el templo andando, y saltando, y alabando á Dios.

9 Y todo el pueblo le vió andando, y loando á Dios.

10 Y conocian que él era el mismo que se sentaba á la puerta Hermosa del templo á la li-

mosna; y quedáron llenos de espanto, y como fuera de sí por lo que á aquel habia acontecido.

11 Y estando asido de Pedro, y de Juan, vino apresuradamente á ellos todo el pueblo al pórtico que se llama de Salomón, atónitos.

12 Y viendo esto Pedro, dixo al pueblo: Varones Israelitas, ¿por que os maravillais de esto, ó por que poneis los ojos en nosotros, como si por nuestra virtud ó poder hubiéramos hecho andar á este?

13 El Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob, el Dios de nuestros Padres ha glorificado á su Hijo Jesus, á quien vosotros entregásteis, y negásteis delante de Pilato, juzgando él que se debia librar.

14 Mas vosotros negásteis al Santo, y al Justo; y pedísteis que se os diese un hombre homicida:

15 Y matásteis al Autor de la vida, á quien Dios resucitó de entre los muertos; de lo qual nosotros somos testigos.

16 Y en la fé de su nombre, ha confirmado su nombre á este que vosotros habeis visto, y conoceis, y la fé que es por él, le ha dado esta entera sanidad á vista de todos vosotros.

17 Y ahora, hermanos, yo sé que lo hicísteis por ignorancia, como tambien vuestros Príncipes.

18 Pero Dios, lo que de ántes tenia anunciado por boca de todos los Profetas, que padeceria su Cristo, así lo ha cumplido.

19 Arrepentios pues, y convertios, para que vuestros pecados os sean perdonados:

20 Para que quando vinieren los tiempos del refrigerio delante del Señor, y enviáre á aquel Jesu-Cristo, que á vosotros fué predicado,

21 Al qual ciertamente es menester que el Cielo reciba hasta los tiempos de la restauracion de todas las cosas, las quales habló Dios por boca de sus Santos Profetas, que han sido desde el siglo.

22 Porque Moisés dixo: Profeta os levantará el Señor vuestro Dios de entre vuestros hermanos, como á mí: A él oireis en todo quanto os dixere.

23 Y acontecerá, que toda alma, que no oyere á aquel Profeta, será exterminada del pueblo.

24 Y todos los Profetas desde Samuél, y quantos despues han hablado, anunciáron estos dias.

25 Vosotros sois los hijos de los Profetas, y del testamento, que ordenó Dios á nuestros padres, diciendo á Abraham: Y en tu simiente serán benditas todas las familias de la tierra.

26 Dios resucitando á su Hijo, os le ha enviado primeramente á vosotros para que os bendiga, á fin de que cada uno se aparte de su maldad.

CAPITULO IV.

1 Y estando ellos hablando al pueblo, sobreviniéron los Sacerdotes, y el Magistrado del templo, y los Saducéos,

2 Pesándoles de que enseñasen al pueblo, y de que predicasen en Jesus la resurreccion de los muertos:

3 Y les echáron mano, y los metiéron en la cárcel hasta el otro dia; porque era ya tarde,

4 Mas muchos de los que habian oido la predicacion, creyéron, y fué el número de los varones cinco mil.

5 Y acaeció, que al dia siguiente se juntáron en Jerusalém los Príncipes de ellos, y los Ancianos, y los Escribas,

6 Y Anás el Príncipe de los Sacerdotes, y Caifás, y Juan, y Alexandro, y todos quantos eran del linage sacerdotal:

7 Y haciéndolos presentar en medio, les preguntáron: ¿Con que poder, ó en nombre de quien habeis hecho vosotros esto?

8 Entónces Pedro lleno de Espíritu Santo, les dixo: Príncipes del pueblo, y vosotros Ancianos, escuchad:

9 Puesto que hoy se nos pide razon del beneficio hecho á un hombre enfermo por virtud de quien este ha sido sanado,

10 Sea notorio á todos vosotros, y á todo el pueblo de Israél, que en el nombre de nuestro Señor Jesu-Cristo Nazareno, á quien vosotros crucificásteis, y á quien Dios resucitó de entre los muertos, por virtud de él está sano este delante de vosotros.

11 Esta es la piedra, que ha sido reprobada de vosotros los arquitectos, que ha sido puesta por cabeza del ángulo:

12 Y no hay salud en ningun otro. Porque no hay otro nombre debaxo del Cielo, dado á los hombres, en que nos sea necesario ser salvos.

13 Ellos viendo la firmeza de Pedro, y de Juan, entendiendo que eran hombres sin letras, é idiotas, se maravillaban, y los conocian que habian estado con Jesus:

14 Y viendo estar tambien con ellos el hombre que habia sido sanado, no podian decir nada en contra.

15 Mas les mandáron salir fuera de la junta; y conferian entre sí,

16 Diciendo: Que haremos á estos hombres? porque han hecho un milagro notorio á quantos moran en Jerusalém; patente es, y no lo podemos negar.

17 Todavía para que no se divulgue mas en el pueblo, amenacémosles que en adelante no hablen mas á hombre alguno en este nombre.

18 Y llamándolos, les intimáron que nunca mas hablasen, ni enseñasen en el nombre de Jesus.

19 Entónces Pedro y Juan respondiendo, les dixéron: Si es justo delante de Dios oiros á vosotros ántes que á Dios, juzgadlo vosotros:

20 Pues no podemos dexar de hablar las cosas, que habemos visto y oido.

21 Ellos entónces amenazándoles, los dexáron ir libres, no hallando achaque para castigarlos por miedo del pueblo, porque todos ensalzaban este glorioso hecho en lo que habia acontecido.

22 Por quanto tenia ya mas de quarenta años el hombre, en quien habia sido hecho aquel prodigio de sanidad.

23 Puestos ellos en libertad, viniéron á los suyos; y les contáron quanto les habian dicho los Príncipes de los Sacerdotes, y los Ancianos.

24 Y quando lo oyéron, todos unánimes levantáron la voz á Dios, y dixéron: Señor, tú eres el que hiciste el Cielo y la tier-

ra, el mar, y todo lo que hay en ellos:

25 Que en Espíritu Santo por boca de nuestro padre David tu siervo, dixiste: ¿Por que bramáron las gentes, y los pueblos pensáron cosas vanas?

26 Se levantáron los Reyes de la tierra, y los Príncipes se juntáron en uno contra el Señor, y contra su Cristo.

27 Porque verdaderamente se ligáron á una en esta ciudad contra tu Santo Hijo Jesus, al que ungiste, Heródes y Poncio Pilato con los Gentiles, y con los pueblos de Irsaél,

28 Para hacer lo que tu mano y tu consejo decretáron, que se hiciese.

29 Y ahora, Señor, pon los ojos en sus amenazas, y concede á tus siervos, que con toda libertad hablen tu palabra,

30 Extendiendo tu mano á sanar las enfermedades, y á que se hagan maravillas y prodigios en el nombre de tu Santo Hijo Jesus.

31 Y quando hubiéron orado, tembló el lugar en donde estaban congregados; y fuéron todos llenos de Espíritu Santo, y hablaban la palabra de Dios con firmeza.

32 Y de la muchedumbre de los creyentes el corazon era uno, y el alma una; y ninguno de ellos decia ser suyo propio nada de lo que poseia, sino que todas las cosas les eran comunes.

33 Y con grande fortaleza daban los Apóstoles testimonio de la Resurreccion de Jesu-Cristo nuestro Señor; y habia mucha gracia en todos ellos.

34 Y no habia ninguno necesitado entre ellos; porque quantos poseían campos ó casas, las vendian, y traían el precio de lo que vendian,

35 Y lo ponian á los pies de los Apóstoles; y se repartia á cada uno segun lo que habia menester.

36 Y Josef, á quien los Apóstoles daban el sobrenombre de Bernabé (que quiere decir hijo de consolacion) Levita, natural de Chipre,

37 Como tuviese un campo, lo vendió, y llevó el precio, y púsolo ante los pies de los Apóstoles.

CAPITULO V.

1 Y un varon por nombre Ananías con su muger Safíra vendió un campo,

2 Y defraudó del precio del campo, consintiéndolo su muger; y llevando una parte, la puso á los pies de los Apóstoles.

3 Y dixo Pedro: ¿Ananías, por que tentó Satanás tu corazon para que mintieses tú al Espíritu Santo, y defraudases del precio del campo?

4 ¿No es verdad, que conservándolo quedaba para tí, y vendido lo tenias en tu poder? ¿Por que pues pusiste en tu corazon esta cosa? Tú no mentiste á los hombres, sino á Dios.

5 Ananias, luego que oyo estas palabras, cayó y espiró; y vino un gran temor sobre todos los que lo oyéron.

6 Y levantándose unos mancebos, lo retiráron; y llevándole lo enterráron.

7 Y de ahí como al cabo de tres horas, entró tambien su muger, no sabiendo lo que habia acaecido,

8 Y Pedro le dixo: ¿Dime, muger, vendísteis por tanto la heredad? Y ella dixo: Sí, por tanto.

9 Y Pedro á ella: ¿Por que os habeis concertado para tentar al Espíritu del Señor? He aquí a la puerta los pies de los que han enterrado á tu marido, y te llevarán á tí.

10 Al punto cayó ante sus pies, y espiró. Y habiendo entrado los mancebos, la halláron muerta, y la lleváron á enterrar con su marido.

11 Y sobrevino un gran temor en toda la Iglesia, y en todos los que oyéron estas cosas.

12 Y por las manos de los Apóstoles se hacian muchos milagros y prodigios en el pueblo; y estaban todos unánimes en la galería de Salomon.

13 Y ninguno de los otros osaba juntarse con ellos; mas el pueblo los honraba en grande manera.

14 Y se aumentaba mas el número de hombres y de mugeres, que creían en el Señor,

15 Tanto que sacaban los enfermos á las calles, y los ponian en camillas y lechos, para que quando pasase Pedro, al ménos su sombra tocase á alguno de ellos, y quedasen libres de sus enfermedades.

16 Y acudia tambien á Jerusalém mucha gente de las ciudades comarcanas, trayendo los enfermos, y los que eran atormentados de los espíritus inmundos; los quales eran curados.

17 Mas levantándose el Príncipe de los Sacerdotes y todos los que con él estaban, (que es la secta de los Saducéos) se llenáron de zelo.

18 Y prendiéron á los Apóstoles, y los pusiéron en la cárcel pública.

19 Mas el Angel del Señor abriendo de noche las puertas de la cárcel, y sacándolos fuera, les dixo:

20 Id, y presentándoos en el templo, predicad al pueblo todas las palabras de esta vida.

21 Ellos quando esto oyéron, entráron de mañana en el templo, y enseñaban. Mas llegando el Príncipe de los Sacerdotes, y los que estaban con él, convocáron el Concilio y á todos los Ancianos de los hijos de Israél; y enviáron á la cárcel, para que los traxesen.

22 Mas quando fuéron los Ministros, y abriendo la cárcel no los halláron, volviéron á dar el aviso,

23 Diciendo: La cárcel ciertamente hallamos muy bien cerrada, y los guardas que estaban delante de las puertas; mas habiéndolas abierto, no hallamos dentro á ninguno.

24 Quando esto oyéron el Magistrado del templo y los Príncipes de los Sacerdotes, estaban en duda de lo que se habria hecho de ellos.

25 Pero al mismo tiempo llegó uno que les dixo: Mirad, aquellos hombres que metísteis en la cárcel, están en el templo, y enseñan al pueblo.

26 Entónces fué el Magistrado con sus Ministros, y los traxo sin violencia; porque temian al pueblo que no los apedrease.

27 Y luego que los traxéron, los presentáron en el Concilio; Y el Príncipe de los Sacerdotes les preguntó,

28 Diciendo: Con expreso precepto os mandamos, que no enseñaseis en este nombre; y ved que habeis llenado á Jerusalém de vuestra doctrina; y quereis echar sobre nosotros la sangre de ese hombre.

29 Y respondiendo Pedro y los Apóstoles, dixéron: Es menester obedecer á Dios ántes que á los hombres.

30 El Dios de nuestros padres resucitó á Jesus, á quien vosotros matásteis poniéndole en un madero.

31 A este ensalzó Dios con su diestra por Príncipe y por Salvador, para dar arrepentimiento á Israél, y remision de pecados.

32 Y nosotros somos testigos de estas palabras, y tambien el Espíritu Santo, que ha dado Dios á todos los que le obedecen.

33 Quando esto oyéron rebentaban, y consultaban como les darian la muerte.

34 Mas levantándose en el Concilio un Fariséo, llamado Gamaliél, Doctor de la Ley, hombre de respeto en todo el pueblo, mandó que saliesen fuera aquellos hombres por un breve rato.

35 Y les dixo: Varones Israelitas, mirad bien por vosotros, y atended á lo que vais á hacer con esos hombres.

36 Porque ántes de ahora hubo un cierto Teodas, diciendo, que él era alguien; y hubo como unos quatrocientos hombres que le siguiéron; y despues lo matáron; y quantos le diéron crédito, fuéron disipados y reducidos á nada.

37 Despues de este se levantó Júdas el Galiléo en el tiempo del empadronamiento, y arrastró tras sí al pueblo; mas él pereció tambien, y fuéron dispersos todos quantos le siguiéron.

38 Pues ahora os digo, que no os metais con esos hombres, y que los dexeis; porque si este consejo ó esta obra viene de los hombres, se desvanecerá:

39 Mas si viene de Dios, no la podreis deshacer, porque no parezca que quereis resistir á Dios. Y ellos siguiéron su consejo.

40 Y habiendo llamado á los Apóstoles, despues de haberlos hecho azotar, les mandáron que no hablasen mas en el nombre de Jesus, y los soltáron.

41 Pero ellos saliéron gozosos de delante del Concilio, porque habian sido hallados dignos de sufrir afrentas por el nombre de Jesus.

42 Y cada dia no cesaban de enseñar y de predicar á Jesu-Cristo en el templo y por las casas.

CAPITULO VI.

1 EN aquellos dias creciendo el número de los discípulos, se movió murmuracion de los Griegos contra los Hebréos, de que sus viudas eran despreciadas en el servicio de cada dia.

2 Por lo qual los doce convocando la multitud de los discípulos, dixéron: No es justo que dexemos nosotros la palabra de Dios, y que sirvamos á las mesas.

3 Escoged pues, hermanos, de entre vosotros siete varones de buena reputacion, llenos de Espíritu Santo y de sabiduría, á los quales encargarémos esta obra.

4 Y nosotros atenderémos de
continuo á la oracion, y á la ad-
ministracion de la palabra.
5 Y pareció bien á toda la
junta esta proposicion. Y eli-
giéron á Estevan, hombre lleno
de fé, y de Espíritu Santo, y á
Felipe, y á Procôro, y á Nica-
nór, y á Timón, y á Parmenas,
y á Nicolás prosélito de An-
tiochîa.
6 A estos pusiéron delante de
los Apóstoles; y orando pusiéron
las manos sobre ellos.
7 Y crecia la palabra del Se-
ñor, y se multiplicaba mucho el
número de los discípulos en Je-
rusalém. Y una grande multi-
tud de los Sacerdotes obedecia
tambien á la fé.
8 Mas Estevan, lleno de gra-
cia, y de fortaleza, hacia grandes
prodigios, y milagros en el pue-
blo.
9 Y algunos de la Sinagoga,
que se llama de los Libertinos, y
de los Cirenéos, y de los Alexan-
drinos, y de aquellos que eran de
Cilicia, y de Asia, se levantáron
á disputar con Estevan:
10 Mas no podian resistir á la
sabiduría, y al Espíritu, que ha-
blaba.
11 Entónces sobornáron á al-
gunos, que dixesen que ellos le
habian oido decir palabras de
blasfemia contra Moisés, y con-
tra Dios.
12 Y conmoviéron al pueblo,
y á los Ancianos, y á los Escri-
bas; y conjurados, lo arrebatá-
ron, y lo lleváron al Concilio,
13 Y presentáron testigos fal-
sos, que dixesen: Este hombre
no cesa de hablar palabras con-
tra el lugar santo, y contra la
Ley.
14 Porque le hemos oido de-
cir: Que ese Jesus Nazareno
destruirá este lugar, y cambiará
las tradiciones, que nos dió Moy-
sés.
15 Y fixando en él los ojos
todos quantos estaban en el Con-
cilio, viéron su rostro como ros-
tro de un Angel.

CAPITULO VII.

1 ENTONCES el Sumo
Sacerdote dixo: ¿Si
eran así estas cosas?
2 El dixo: Varones herma-
nos, y padres, escuchad: El Di-
os de la gloria apareció á nues-
tro padre Abraham quando esta-
ba en la Mesopotamia, ántes que
morase en Cáran,
3 Y le dixo: Sal de tu tierra,
y de tu parentela, y vén á la
tierra, que te mostraré.
4 Entónces salió de la tierra
de los Caldéos, y moró en Cá-
ran. Y despues que murió su
padre, lo traspasó á esta tierra,
en donde vosotros ahora morais.
5 Y no le dió heredad en ella,
ni aun el espacio de un pie; mas
le prometió que se la daria á él
en posesion, y á su posteridad
despues de él, quando no tenia
hijo.
6 Y le dixo Dios: Que su
descendencia seria moradora en
tierra agena, y que la reducirian
á servidumbre, y la maltratarian
por espacio de quatrocientos
años:
7 Mas yo juzgaré la gente, á
quien ellos hubieren servido, di-
xo Dios. Y despues de esto
saldrán, y me servirán á mí en
este lugar.
8 Y le dió testamento de la
circuncision; y así engendró á
Isaac, y le circuncidó al cabo de

51 Duros de cerviz, é incircuncisos de corazones y de orejas, vosotros resistis siempre al Espíritu Santo, como vuestros padres, así tambien vosotros.

52 ¿A qual de los Profetas no persiguiéron vuestros padres? Ellos matáron á los que anunciaban la venida del Justo, del qual vosotros ahora habeis sido traidores, y homicidas:

53 Que recibísteis la Ley por ministerio de Angeles, y no la guardásteis.

54 Al oir tales cosas rebentaban en su interior, y cruxian los dientes contra él.

55 Mas como él estaba lleno de Espíritu Santo, mirando al Cielo, vió la gloria de Dios, y á Jesus que estaba en pie á la diestra de Dios. Y dixo: He aquí veo los Cielos abiertos, y al Hijo del hombre que está en pie á la diestra de Dios.

56 Mas ellos clamando á grandes voces, tapáron sus orejas, y todos de un ánimo arremetiéron impetuosamente contra él.

57 Y sacándole fuera de la ciudad, le apedreaban; y los testigos pusiéron sus ropas á los pies de un mancebo, que se llamaba Saulo.

58 Y apedreaban á Estevan, que oraba y decia: Señor Jesus, recibe mi espíritu.

59 Y puesto de rodillas, clamó en voz alta, diciendo: Señor, no les imputes este pecado. Y quando esto hubo dicho, durmió en el Señor. Y Saulo era consenciente de su muerte.

CAPITULO VIII.

1 Y en aquel dia se movió una grande persecucion en la Iglesia, que estaba en Jerusalém; y fuéron todos esparcidos por las provincias de la Judéa y de Samaria, salvo los Apóstoles.

2 Y unos hombres piadosos lleváron á enterrar á Estevan, é hiciéron grande llanto sobre él.

3 Mas Saulo asolaba la Iglesia entrando por las casas, y sacando con violencia hombres y mugeres, las hacia poner en la cárcel.

4 Y los que habian sido esparcidos, iban de una parte á otra anunciando la palabra de Dios.

5 Y Felipe descendiendo á una ciudad de Samaria, les predicaba á Cristo.

6 Y las gentes escuchaban atentamente lo que decia Felipe, oyéndole de un ánimo, y viendo los milagros que hacia.

7 Porque muchos de los que tenian espíritus inmundos, salian dando grandes voces.

8 Y muchos paralíticos y coxos fuéron curados.

9 Por lo qual hubo grande gozo en aquella ciudad. Habia allí un varon por nombre Simon, que ántes habia sido mago en la ciudad, engañando las gentes de Samaria, diciendo que él era una gran persona:

10 Y le daban oídos todos desde el menor hasta el mayor, diciendo: Este es la virtud de Dios, que se llama grande.

11 Y le atendian; porque con sus artes mágicas los habia entontecido mucho tiempo.

12 Mas habiendo creído lo que Felipe les predicaba del reyno de Dios, se bautizaban en el nombre de Jesu-Cristo hombres y mugeres.

13 Simon entónces creyó él

tambien; y despues que fué bautizado, se llegó á Felipe. Y viendo los grandes prodigios y milagros que se hacian, estaba atónito de admiracion.

14 Y quando oyéron los Apóstoles, que estaban en Jerusalém, que Samaria habia recibido la palabra de Dios, les enviáron á Pedro y á Juan.

15 Los quales llegados que fuéron, hiciéron por ellos oracion para que recibiesen el Espíritu Santo.

16 Porque no habia venido aun sobre ninguno de ellos, sino que habian sido solamente bautizados en el nombre del Señor Jesus.

17 Entónces ponian las manos sobre ellos, y recibian el Espíritu Santo.

18 Y como vió Simon, que por la imposicion de las manos de los Apóstoles se daba el Espíritu Santo, les ofreció dinero,

19 Diciendo: Dadme á mí tambien esta potestad, que reciba el Espíritu Santo todo aquel á quien yo impusiere las manos. Y Pedro le dixo:

20 Tu dinero sea contigo en perdicion; porque has creido que el dón de Dios se alcanzaba por dinero.

21 No tienes tú parte ni suerte en este ministerio; porque tu corazon no es recto delante de Dios.

22 Haz pues penitencia de esta tu malicia; y ruega á Dios, si por ventura te será perdonado este pensamiento de tu corazon.

23 Porque veo que tú estás en hiel de amargura, y en lazo de iniquidad.

24 Y respondiendo Simon, dixo: Rogad vosotros por mí al Señor, para que no venga sobre mí ninguna cosa de las que habeis dicho.

25 Y ellos despues de haber dado testimonio y anunciado la palabra del Señor, se volviéron á Jerusalém, y predicaban por muchos lugares de los Samaritanos.

26 Y el Angel del Señor habló á Felipe, diciendo: Levántate, y vé ácia el mediodia por la via, que desciende de Jerusalém á Gaza; esta es desierta.

27 Y levántandose, fué. Y he aquí un varon Etíope, Eunuco, Valído de Candace Reyna de Etíopia, el qual era Superintendente de todos sus tesoros, y habia venido para adorar en Jerusalém:

28 Y se volvia sentado sobre su carro, é iba leyendo al Profeta Isaías.

29 Y el Espíritu dixo á Felipe: Acércate, y llégate á ese carro.

30 Y acercándose Felipe, le oyó que leía en el Profeta Isaías, y le dixo: ¿Entiendes lo que lees?

31 El respondió: ¿Y como puedo, si no hay alguno que me lo explique? Y rogó á Felipe que subiese, y se sentase con él.

32 Y el lugar de la Escritura, que leía, era este: Como oveja fué llevado al matadero, y como cordero mudo delante del que le trasquila, así él no abrió su boca.

33 En su abatimiento su juicio fué ensalzado. ¿Su generacion quien la contará, porque quitada será su vida de la tierra?

34 Y respondiendo el Eunuco á Felipe, dixo: Ruégote ¿de quien dixo esto el Profeta? ¿de sí mismo, ó de algun otro?

35 Y abriendo Felipe su boca,
y dando principio por esta Escritura, le anunció á Jesus.
36 Y yendo por el camino,
llegáron á un lugar donde habia agua, y dixo el Eunuco: He aquí agua, ¿que impide que yo sea bautizado?
37 Y dixo Felipe: Si crees
de todo corazon, bien puedes. Y él respondió, y dixo: Creo, que Jesu-Cristo es el Hijo de Dios.
38 Y mandó parar el carro;
y descendiéron los dos al agua, Felipe y el Eunuco, y le bautizó.
39 Y quando saliéron del
agua, el Espíritu del Señor arrebató á Felipe, y no le vió mas el Eunuco. Y se fué gozoso por su camino.
40 Y Felipe se halló en Azo-
to, y pasando predicaba el Evangelio á todas las ciudades, hasta que llegó á Cesaréa.

CAPITULO IX.

1 SAULO pues respirando
aun amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, se presentó al Príncipe de los Sacerdotes,
2 Y le pidió cartas para las
Sinagogas de Damasco, con el fin de llevar presos á Jerusalém á quantos hallase de esta profesion, hombres y mugeres.
3 Y yendo por el camino,
aconteció que estando ya cerca de Damasco, repentinamente le rodeó un resplandor de luz del Cielo.
4 Y cayendo en tierra, oyó
una voz que le decia: Saulo, Saulo, ¿por que me persigues?
5 El dixo: ¿Quien eres, Señor? Y él: Yo soy Jesus, á quien tú persigues; dura cosa te es cocear contra el aguijon.
6 Y temblando, y despavorido,
dixo: Señor: ¿que quieres que yo haga?
7 Y el Señor á él: Levántate, y entra en la ciudad, y allí te se dirá lo que te conviene hacer. Y los hombres que le acompañaban, quedáron atónitos oyendo bien la voz, y no viendo á ninguno.
8 Saulo se levantó de tierra,
y abiertos los ojos no veía nada. Y ellos llevándole por la mano, le metiéron en Damasco.
9 Y estuvo allí tres dias sin
ver, y no comió ni bebió.
10 Y en Damasco habia un
discípulo por nombre Ananías; y le dixo el Señor en vision: Ananías. Y él respondió: Heme aquí, Señor.
11 Y el Señor á él: Levántate, y vé al barrio que se llama Derecho; y busca en casa de Júdas á uno de Tarso llamado Saulo; porque he aquí está orando.
12 (Y vió un hombre por nom-
bre Ananías, que entraba á él, y que le imponia las manos para que recobrase la vista.)
13 Y respondió Ananías: Se-
ñor, he oido decir á muchos de este hombre quántos males hizo á tus Santos en Jerusalém:
14 Y este tiene poder de los
Príncipes de los Sacerdotes de prender á quántos invocan tu nombre.
15 Mas el Señor le dixo: Vé,
porque este me es un vaso escogido para llevar mi nombre delante de las gentes y de los Reyes y de los hijos de Israél.
16 Porque yo le mostraré

quantas cosas le es necesario
padecer por mi nombre.
17 Y fué Ananías, y entró en
la casa; y poniendo las manos
sobre él, dixo: Saulo hermano,
el Señor Jesus, que te apareció
en el camino por donde venias,
me ha enviado para que recobres
la vista, y seas lleno de Espíritu
Santo.
18 Y al instante se cayéron
de sus ojos unas como escamas,
y recobró la vista; y levantándose
fué bautizado.
19 Y despues que tomó alimento,
recobró las fuerzas; y
estuvo algunos dias con los discípulos,
que estaban en Damasco.
20 Y luego predicaba en las
Sinagogas á Jesus, que este es
el Hijo de Dios.
21 Y se pasmaban todos los
que le oían, y decian: ¿Pues no
es este el que perseguia en Jerusalém
á los que invocaban ese
nombre; y por esto vino acá
para llevarlos presos á los Príncipes
de los Sacerdotes?
22 Mas Saulo mucho mas se
esforzaba, y confundia á los Judíos
que moraban en Damasco,
afirmando que este es el
Cristo.
23 Y como pasáron muchos
dias, los Judíos tuviéron juntos
consejo para matarle.
24 Mas Saulo fué advertido
de sus asechanzas. Y guardaban
las puertas de noche y de
dia, para matarle.
25 Y los discípulos tomándole
de noche, y metiéndole en una
espuerta, le descolgáron por el
muro.
26 Y quando vino á Jerusalém
queria juntarse con los discípulos;
mas todos se temian de
él, no creyendo que era discípulo.
27 Entónces Bernabé tomándole
consigo, lo llevó á los Apóstoles;
y les contó como habia
visto al Señor en el camino, y
que le habia hablado, y como
despues habia predicado en Damasco
libremente en el nombre
de Jesus.
28 Y estaba con ellos en Jerusalém,
entrando y saliendo, y
hablando con libertad en el nombre
del Señor.
29 Hablaba tambien con los
Gentiles, y disputaba con los
Griegos; y ellos trataban de
matarle.
30 Y quando lo entendiéron
los hermanos, le acompañaron
hasta Cesaréa, y le enviáron á
Tarso.
31 La Iglesia entónces tenia
paz por toda la Judéa y Galiléa
y Samaria, y se propagaba caminando
en el temor del Señor,
y estaba llena del consuelo del
Espíritu Santo.
32 Acaeció pues que visitando
Pedro á todos, llegó á los santos,
que moraban en Lidda.
33 Y halló allí un hombre,
por nombre Eneas, y habia ocho
años que yacia en un lecho, porque
estaba paralítico.
34 Y Pedro le dixo: Eneas,
el Señor Jesu-Cristo te sana;
levántate, y hazte la cama. Y
en el momento se levantó.
35 Y le viéron todos los moradores
de Lidda, y de Sarona;
y se conviertiéron al Señor.
36 Habia tambien en Joppe
una discípula, por nombre Tabita,
que quiere decir Dorcas.
Esta era llena de buenas obras y
de limosnas, que hacia.
37 Y acaeció en aquellos dias,

que enfermó y murió. Y despues que la hubiéron lavado, la pusiéron en el cenáculo.

38 Y como Lidda estaba cerca de Joppe, oyendo los discípulos, que Pedro estaba allí, le enviáron dos hombres, rogándole: No te detengas de venir hasta nosotros.

39 Y levantándose Pedro, se fué con ellos. Y luego que llegó, le llevároa al cenáculo; y le cercáron todas las viudas llorando, y mostrándole las túnicas y los vestidos, que les hacia Dorcas.

40 Mas Pedro, habiéndolos hecho salir á todos fuera, poniéndose de rodillas, hizo oracion; y volviéndose ácia el cuerpo, dixo: Tabita, levántate. Y ella abrió sus ojos; y viendo á Pedro, se sentó.

41 Le dió la mano, y la levantó. Y llámando á los santos y á las viudas, se la entregó viva.

42 Y se publicó esto por toda Joppe; y creyéron muchos en el Señor.

43 Y así fué, que Pedro permaneció muchos dias en Joppe en casa de un curtidor llamado Simon.

CAPITULO X.

1 Y habia en Cesaréa un hombre por nombre Cornelio, Centurion de una compañia; que se llama Itálica,

2 Religioso y temeroso de Dios con toda su casa, que hacia muchas limosnas al pueblo, y estaba orando á Dios incesantemente.

3 Este vió en vision manifiestamente, como á eso de la hora de nona, que un Angel de Dios entraba á él, y le decia: Cornelio.

4 Y él fixando en él los ojos, poseido de temor, dixo: ¿Que es, Señor? Y le dixo: Tus oraciones y tus limosnas han subido en memoria delante de Dios.

5 Envia pues ahora hombres á Joppe, y haz venir acá á un cierto Simon, que tiene por sobrenombre Pedro:

6 Este posa en casa de un cierto Simon curtidor, que tiene su casa junto á el mar; él te dirá lo que te conviene hacer.

7 Y luego que se retiró el Angel, que le hablaba, llamó á dos de sus domésticos, y á un soldado temeroso de Dios, de áquellos que estaban á sus órdenes.

8 Y habiéndoles contado todo esto, los envió á Joppe.

9 Y el dia siguiente, yendo ellos su camino, y estando ya cerca de la ciudad, subió Pedro á lo alto de la casa á hacer oracion cerca de la hora de sexta.

10 Y sintiéndose con hambre, quiso desayunarse. Y miéntras se lo aparejaban, le sobrevino un exceso de espíritu.

11 Y vió el Cielo abierto, y que descendia un vaso, como un grande lienzo, que atado por los quatro cabos, era abaxado del Cielo á la tierra,

12 En el que habia de todos los quadrúpedos, y de los reptiles de la tierra, y de las aves del Cielo.

13 Y vino á él una voz que le dixo: Levántate, Pedro, mata, y come.

14 Y dixo Pedro: No Señor, porque nunca comí ninguna cosa comun, ni impura.

15 Y otra vez la voz á él:

Lo que Dios ha purificado, no lo
llames tú comun.
16 Y esto se repitió hasta tres
veces; y luego el vaso se volvió
al Cielo.
17 Y miéntras Pedro dudaba
entre sí que seria la vision, que
habia visto; he aquí los hom-
bres, que habia enviado Cor-
nelio, que preguntando por la
casa de Simon, llegáron á la
puerta.
18 Y habiendo llamado, pre-
guntaban, si estaba allí hospeda-
do Simon, el que tiene por so-
brenombre Pedro.
19 Y pensando Pedro en la
vision, le dixo el Espíritu: He
ahí tres hombres que te buscan.
20 Levántate, pues, baxa, y
vé con ellos sin dudar; porque
yo los he enviado.
21 Y descendiendo Pedro á
los hombres, les dixo: Vedme
aquí, yo soy el que buscais;
¿que es la causa por que habeis
venido?
22 Y ellos dixéron: El Cen-
turion Cornelio, hombre justo y
temeroso de Dios, y que tiene el
testimonio de toda la nacion de
los Judíos, recibió respuesta del
santo Angel, que te hiciese lla-
mar á su casa, y que escuchase
tus palabras.
23 Pedro pues, haciéndolos
entrar, los hospedó. Y el dia
siguiente se levantó, y se fué con
ellos; y algunos de los her-
manos le acompañáron desde
Joppe.
24 Y otro dia despues entró
en Cesaréa. Y Cornelio los es-
taba esperando, habiendo convi-
dado á sus parientes y mas ínti-
mos amigos.
25 Y acaeció, que quando
Pedro estaba para entrar le sa-
lió Cornelio a recibir, y derri
bándose á sus pies, le adoró.
26 Mas Pedro le alzó, y dixo:
Levántate, que yo tambien soy
hombre.
27 Y entró hablando con él,
y halló muchos que se habian
juntado:
28 Y les dixo: Vosotros sa-
beis como es cosa abominable
para un Judío el juntarse ó alle-
garse á extrangero; mas Dios
me ha mostrado, que á ningun
hombre llamase comun ó in-
mundo.
29 Y por esto sin dificultad
he venido, luego que me has lla-
mado. Pregunto pues, ¿por que
causa me habeis hecho venir?
30 Y dixo Cornelio: Hoy
hace quatro dias que estaba
orando en mi casa á hora de no-
na, y he aquí se me puso delante
un varon con una ropa blanca, y
me dixo:
31 Cornelio, oida es tu ora-
cion, y tus limosnas han venido
en memoria delante de Dios.
32 Envia pues á Joppe, y haz
llamar á Simon, que tiene por
sobrenombre Pedro; este posa
en casa de Simon el curtidor
junto á el mar.
33 Y luego envié á buscarte;
y tú has hecho bien en venir.
Y ahora nosotros todos estamos
en tu presencia para escuchar
todas las cosas que el Senor te
ha mandado.
34 Entónces Pedro abrió su
boca, y dixo: Verdaderamente
reconozco, que Dios no es acep-
tador de personas;
35 Mas en qualquiera gente,
del que le teme, y obra justicia,
se agrada.
36 Dios envió palabra á los
hijos de Israél, anunciándoles

paz por Jesu-Cristo: (este es el Señor de todos.)
37 Vosotros sabeis la palabra que ha sido hecha por toda la Judéa; y comenzando desde la Galiléa despues del bautismo que predicó Juan,
38 A Jesus de Nazaréth; como Dios le ungió de Espíritu Santo, y de virtud, el qual anduvo haciendo bienes, y sanando á todos los oprimidos del diablo, porque Dios era con él.
39 Y nosotros somos testigos de todo quanto hizo en la region de los Judíos, y en Jerusalém; al qual ellos matáron, colgándolo en un leño.
40 A este le resucitó Dios al tercero dia, y quiso que se manifestase,
41 No á todo el pueblo, sino á los testigos que Dios habia ordenado ántes; á nosotros, que comimos, y bebimos con él, despues que resucitó de entre los muertos.
42 Y nos mandó que predicásemos al pueblo, y que diésemos testimonio de que él es el que Dios ha puesto por Juez de vivos, y de muertos.
43 A este dan testimonio todos los Profetas, que todos los que crean en él, recibirán perdon de los pecados por su nombre.
44 Estando aun diciendo Pedro estas palabras, descendió el Espíritu Santo sobre todos quantos oian la palabra.
45 Y se espantáron los fieles que eran de la circuncision, y habian venido con Pedro, de que la gracia del Espíritu Santo se difundiese tambien sobre los Gentiles.
46 Porque los oian hablar en lenguas, y decir grandes cosas de Dios.
47 Entónces respondió Pedro: ¿Por ventura puede alguno impedir el agua del bautismo á estos, que han recibido el Espíritu Santo, así como nosotros?
48 Y mandó que fuesen bautizados en el nombre del Señor Jesu-Cristo. Entónces le rogáron que se quedase con ellos algunos dias.

CAPITULO XI.

1 Y oyéron los Apóstoles, y los hermanos, que estaban en la Judéa, que tambien los Gentiles habian recibido la palabra de Dios.
2 Y quando Pedro pasó á Jerusalém, disputaban contra él los que eran de la circuncision,
3 Diciendo: ¿Por que entraste á gentes que no son circuncidadas, y comiste con ellas?
4 Y Pedro tomando las cosas desde el principio, se las declaró por su órden, diciendo:
5 Yo estaba orando en la ciudad de Joppe, y ví en un éxtasis una vision, que descendia un vaso como un grande lienzo, que por los quatro cabos era abaxado del Cielo, y vino hasta mí.
6 Y como yo lo estuviese mirando y contemplando, ví allí animales terrestres de quatro pies, y fieras, y reptiles, y aves del Cielo.
7 Y oí tambien una voz, que me decia: Levántate, Pedro, mata, y come.
8 Y dixe: No haré, Señor; porque nunca entró en mi boca cosa comun ó inmunda.
9 Y me respondió otra vez la voz del Cielo: Lo que Dios

ha purificado, tú no lo llames
comun.
10 Y esto fué hecho por tres
veces; y se volvió todo esto al
Cielo.
11 Y he aquí que luego lle-
gáron tres varones á la casa en
donde yo estaba, enviados á mí
de Cesaréa.
12 Y me dixo el Espíritu, que
fuese con ellos, no dudando na-
da. Y viniéron tambien conmi-
go estos seis hermanos, y entra-
mos en casa de aquel varon.
13 Y nos contó como habia
visto en su casa al Angel, que
se le puso delante, y le dixo:
Envia á Joppe, y haz venir á
Simón, que tiene por sobrenom-
bre Pedro,
14 El que te dirá palabras,
por las quales serás salvo tú, y
toda tu casa.
15 Y quando comencé á ha-
blar, descendió el Espíritu Santo
sobre ellos, así como sobre noso-
tros al principio.
16 Y me acordé entónces de
las palabras del Señor, como él
habia dicho: Juan en verdad
bautizó en agua, mas vosotros
seréis bautizados en Espíritu
Santo.
17 Pues si Dios dió á aquellos
la misma gracia, que á nosotros
que creimos en el Señor Jesu-
Cristo: ¿quien era yo, que pu-
diese estorbar á Dios?
18 Quando esto hubiéron
oido, calláron; y glorificáron á
Dios, diciendo: De manera que
Dios tambien ha concedido pe-
nitencia á los Gentiles para vida.
19 Y los otros, que habian
sido esparcidos por la tribula-
cion que habia acaecido por
causa de Estevan, llegáron hasta
Fenicia, y Chipre, y Antiochía,
no predicando á otros la pala-
bra, sino solo á los Judíos.
20 Y entre ellos habia algu-
nos de Chipre, y de Cirene; los
quales quando entráron en An-
tiochía, hablaban tambien á los
Griegos, y anunciaban al Señor
Jesus.
21 Y la mano del Señor era
con ellos; y un grande número
de creyentes se convirtió al Se-
ñor.
22 Y llegó la fama de estas
cosas á oidos de la Iglesia que
estaba en Jerusalém; y enviá-
ron á Antiochía á Bernabé.
23 El quando llegó, y vió la
gracia de Dios, se gozó; y ex-
hortaba á todos á perseverar en
el Señor en el propósito de su
corazon:
24 Porque era varon bueno,
y lleno de Espíritu Santo, y de
fé. Y se allegó al Señor grande
número de gente.
25 Y desde allí se fué Ber-
nabé a Tarso en busca de Sau-
lo; y quando le hubo hallado, le
llevó á Antiochía.
26 Y estuviéron todo aquel
año en esta Iglesia; é instruyé-
ron una grande multitud de gen-
te, de manera, que en Antiochía
fuéron primero los discípulos lla-
mados Cristianos.
27 Y en estos dias descendié-
ron de Jerusalém á Antiochía
unos Profetas:
28 Y levantándose uno de
ellos, por nombre Agabo, daba á
entender por espíritu, que habia
de haber una grande hambre por
todo el mundo; esta vino en
tiempo de Claudio.
29 Y los discípulos, cada uno
segun sus facultades, resolviéron
enviar algun socorro á los her-
manos que moraban en la Judéa:

30 Lo que executáron, enviándolo á los Ancianos por mano de Bernabé, y de Saulo.

CAPITULO XII.

1 Y en el mismo tiempo el Rey Heródes envió tropas para maltratar á algunos de la Iglesia.

2 Y mató á cuchillo á Santiago hermano de Juan.

3 Y viendo que hacia placer á los Judíos, pasó tambien á prender á Pedro. Eran entónces los dias de los Azimos.

4 Y habiéndole hecho prender, le puso en la cárcel, y le dió á guardar á quatro piquetes de quatro soldados cada uno, queriendo sacarle al pueblo despues de la Pascua.

5 Y miéntras que Pedro era así guardado en la cárcel, la Iglesia hacia sin cesar oracion á Dios por él.

6 Mas quando Heródes le habia de sacar, aquella misma noche estaba Pedro durmiendo entre dos soldados, aherrojado con dos cadenas; y los guardas estaban delante de la puerta guardando la cárcel.

7 Y he aquí sobrevino el Angel del Señor, y resplandeció lumbre en aquel lugar, y tocando á Pedro en el lado, le despertó, y dixo: Levántate pronto. Y cayéron las cadenas de sus manos.

8 Y el Angel le dixo: Cíñete, y cálzate tus sandalias. Y lo hizo así. Y le dixo: Echate encima tu ropa, y sígueme.

9 Y salió, y le iba siguiendo; y no sabia que fuese verdad lo [illegible] hacia el Angel; mas pen- que él veía vision.

10 Y pasando la primera y la segunda guardia, llegáron á la puerta de hierro, que vá á la ciudad, la que se les abrió de suyo. Y habiendo salido, pasáron una calle; y luego se apartó de él el Angel.

11 Entónces Pedro volviendo en sí, dixo: Ahora sé verdaderamente que el Señor ha enviado su Angel, y me ha librado de mano de Heródes, y de toda la expectacion del pueblo de los Judíos.

12 Y considerando esto, fué á casa de María la madre de Juan, que tenia por sobrenombre Márcos, en donde estaban muchos congregados, y orando.

13 Y tocando él á la puerta del patio, una muchacha llamada Rhode salió á escuchar.

14 Y luego que conoció la voz de Pedro, de gozo no abrió la puerta, sino que corrió dentro, y dió nuevas que estaba Pedro á la puerta.

15 Y ellos le dixéron: Tú estás loca. Pero ella afirmaba que así era. Y ellos decian: Su Angel es.

16 Entretanto Pedro continuaba llamando; y habiéndole abierto, le viéron, y quedáron pasmados.

17 Y como él les hiciese señal con la mano que callasen, les contó el modo con que el Señor le habia sacado de la cárcel, y dixo: Haced saber esto á Santiago y á los hermanos. Y saliendo de allí, se fué á otro lugar.

18 Y quando fué de dia, hubo un grande alboroto entre los soldados, sobre lo que se habia hecho de Pedro.

19 Y Heródes habiéndole hecho buscar, y no hallándole, ex-

áminados los guardas, los mandó llevar; y pasó de Judéa á Cesaréa, en donde se quedó.
20 Estaba ayrado contra los de Tiro, y de Sidon. Mas ellos de comun acuerdo viniéron á él, y habiendo ganado á Blasto, que era Camarero del Rey, solicitaban la paz, porque las tierras de ellos eran abastecidas del Rey.
21 Y un dia señalado Heródes vestido de trage Real, se sentó en el tribunal, y les hacia su razonamiento.
22 Y el pueblo le aplaudia diciendo: Voces de Dios, y no de hombre.
23 Y al punto le hirió el Angel del Señor, por quanto no habia dado la honra á Dios; y comido de gusanos espiró.
24 Mas la palabra del Señor crecia, y se multiplicaba.
25 Y Bernabé y Saulo se volviéron de Jerusalém despues de haber cumplido su ministerio, y lleváron consigo á Juan, que tenia el sobrenombre de Márcos.

CAPITULO XIII.

1 HABIA pues en la Iglesia, que estaba en Antiochía, Profetas y Doctores, y entre ellos Bernabé y Simón, que era llamado Niger, y Lucio de Cirene, y Manahen, hermano de leche de Heródes el Tetrarca, y Saulo.
2 Y estando ellos ministrando al Señor, y ayunando, les dixo el Espíritu Santo: Separadme á Saulo, y á Bernabé para la obra, á que los he destinado.
3 Entónces ayunando y orando, é imponiéndoles las manos, los enviáron.
4 Y ellos enviados así por el Espíritu Santo, fuéron á Seleucia; y desde allí navegáron hasta Chipre.
5 Y quando llegáron á Salamina, predicaban la palabra de Dios en las Sinagogas de los Judíos. Y tenian tambien á Juan en el ministerio.
6 Y habiendo atravesado toda la isla hasta Pafo, halláron un hombre Mago, falso Profeta, Judío, llamado Barjesús,
7 El qual estaba con el Procónsul Sergio Paulo varon prudente. Este, habiendo hecho llamar á Bernabé y á Saulo, deseaba oir la palabra de Dios.
8 Mas Elimas el Mago (porque así se interpreta su nombre) se les oponia, procurando apartar al Procónsul de la fé.
9 Mas Saulo, que es tambien llamado Pablo, lleno de Espíritu Santo, fixando en él los ojos,
10 Dixo: O lleno de todo engaño y de toda astucia, hijo del diablo, enemigo de toda justicia no cesarás de trastornar los caminos derechos del Señor.
11 Mas he aquí ahora sobre tí la mano del Señor, y serás ciego, que no verás el Sol hasta cierto tiempo. Y luego cayó en él obscuridad y tiniéblas, y volviéndose de todas partes, buscaba quien le diese la mano.
12 El Procónsul entónces, quando vió este hecho, abrazó la fé, maravillado de la doctrina del Señor.
13 Y Pablo con sus compañeros saliéron de Pafo, y fuéron por mar á Perges de Panfilia. Mas Juan apartándose de ellos, se volvió á Jerusalém.
14 Y ellos pasando por Perges, fuéron á Antiochía de Pisidia; y

habiendo entrado en la Sinagoga
un dia de Sábado, tomáron a-
siento.
15 Y despues de la leccion de
la Ley y de los Profetas, les en-
viáron á decir los Príncipes de
la Sinagoga: Varones hermanos,
si teneis que decir alguna pala-
bra de exhortacion al pueblo,
decid.
16 Y levantándose Pablo, y
haciendo con la mano señal de
silencio, dixo: Varones Israeli-
tas, y los que temeis á Dios, oid:
17 El Dios del pueblo de Is-
raél escogió á nuestros padres,
y ensalzó al pueblo, siendo ellos
extrangeros en tierra de Egipto,
de donde los sacó con brazo
sublime,
18 Y soportó las costumbres
de ellos en el desierto por espa-
cio de quarenta años.
19 Y destruyendo siete na-
ciones en tierra de Canaan,
distribuyó entre ellos por suerte
aquella tierra,
20 Casi quatrocientos y cin-
cuenta años despues; y en se-
guida les dió Jueces hasta el
Profeta Samuél.
21 Y despues pidiéron Rey;
y les dió Dios á Saul hijo de Cis,
varon de la Tribu de Benjamin,
por quarenta años.
22 Y quitado este, les levantó
por Rey á David, á quien dió
testimonio, diciendo: He halla-
do á David hijo de Jessé, hom-
bre segun mi corazon, que hará
todas mis voluntades.
23 Y del linage de este segun
la promesa ha traido Dios á Is-
raél el Salvador Jesus.
24 Habiendo Juan predicado
ántes de su venida bautismo de
penitencia á todo el pueblo de

25 Y quando Juan cumplia
su carrera, decia: No soy yo,
el que pensais que yo soy, mas
he aquí que viene en pos de mí
aquel de quien no soy yo digno
de desatar el calzado de los pies.
26 Varones hermanos, hijos
del linage de Abraham, y los
que entre vosotros temen á Dios,
á vosotros es enviada la palabra
de esta salud.
27 Porque los que moraban
en Jerusalém, y los Príncipes
de ella, no conociendo á este, ni
á las voces de los Profetas, que
cada Sábado se leen, las cum-
pliéron sentenciándole:
28 Y no hallando en él nin-
guna causa de muerte, pidiéron
á Pilato, que se le quitase la
vida.
29 Y quando hubiéron cum-
plido todas las cosas, que esta-
ban escritas de él, quitándole
del madero, le pusiéron en un
sepulcro.
30 Mas Dios le resucitó al
tercero dia de entre los muer-
tos; y le viéron muchos dias
aquellos,
31 Que subiéron juntamente
con él de la Galiléa á Jerusa-
lém; los quales hasta ahora dan
testimonio de él al pueblo.
32 Y nosotros os anunciamos
aquella promesa, que fué hecha
á nuestros padres:
33 La qual ciertamente ha
cumplido Dios á nuestros hijos,
resucitando á Jesus, como tam-
bien está escrito en el Salmo se-
gundo: Tú eres mi Hijo, yo hoy
te he engendrado.
34 Y que le haya resucitado
de entre los muertos para nunca
mas volver á corrupcion, lo dixo
de esta manera: Os daré las co-
sas santas de David firmes.

35 Y por esto dice tambien
en otro lugar: No permitirás
que tu Santo vea corrupcion.
36 Porque David en su tiem-
po habiendo servido, segun la
voluntad de Dios murió; y fué
puesto con sus padres, y vió cor-
rupcion.
37 Pero aquel, que Dios ha
resucitado de entre los muertos,
no vió corrupcion.
38 Séaos pues notorio, varo-
nes hermanos, que por este se os
annncia remision de pecados, y
de todo lo que no pudísteis ser
justificauos por la Ley de Moi-
sés,
39 En este es justificado todo
aquel que cree.
40 Pues guardaos que no ven-
ga sobre vosotros, lo que dixéron
los Profetas:
41 Mirad menospreciadores,
y maravillaos, y desapareced;
que yo obro una obra en vues-
tros dias, obra que no creereis,
si alguno os la contáre.
42 Y al salir ellos les rogaban
que al otro Sábado les dixesen
estas palabras.
43 Y despedida la Sinagoga,
muchos de los Judíos y Proséli-
tos temerosos de Dios siguiéron
á Pablo y á Bernabé; y estos
con sus razones los exhortaban á
perseverar en la gracia de Dios.
44 Y el siguiente Sábado con-
currió casi toda la ciudad á oir
la palabra de Dios.
45 Y quando los Judíos vié-
ron las gentes, se llenáron de
zelo, y contradecian á lo que
Pablo decia, blasfemando.
46 Entónces Pablo y Bernabé
les dixéron con firmeza: A vo-
sotros convenia que se hablase
primero la palabra de Dios; mas
porque la desechais, y os juzgais
indignos de la vida eterna, desde
este punto nos volvemos á los
Gentiles.
47 Porque el Señor así nos lo
mandó: Yo te he puesto para
lumbre de las gentes, para que
seas en salud hasta el cabo de
la tierra.
48 Quando esto oyéron los
Gentiles, se gozáron, y glorifi-
caban la palabra del Señor; y
creyéron quantos habian sido
predestinados para la vida eterna.
49 Y la palabra del Señor se
esparcia por toda la tierra.
50 Mas los Judíos concitáron
á algunas mugeres devotas é
ilustres, y á los principales de la
ciudad, y moviéron una perse-
cucion contra Pablo, y Bernabé;
y los echáron de sus términos.
51 Ellos entónces, sacudien-
do el polvo de sus pies contra
ellos, se fuéron á Iconio.
52 Y los discípulos estaban
llenos de gozo, y de Espíritu
Santo.

CAPITULO XIV.

1 Y acaeció en Iconio, que
entráron juntos en la
Sinagoga de los Judíos, y allí
predicáron, de manera que
creyó un crecido número de
Judíos, y de Griegos.
2 Mas los Judíos que no
creyéron, levantáron é irritáron
el ánimo de los Gentiles contra
sus hermanos.
3 Y por esto se detuviéron
allí mucho tiempo, trabajando
con confianza en el Señor, que
daba testimonio á la palabra de
su gracia, concediendo que se
hiciesen por sus manos prodigios
y milagros.
4 Y se dividiéron las gentes

de la ciudad; y los unos eran
por los Judíos, y los otros por
los Apóstoles.
5 Mas como los Gentiles, y
los Judíos con sus caudillos se
amotinasen para ultrajarlos, y
apedrearlos,
6 Entendiéndolo ellos, huyé-
ron á Listra, y Derbe, ciudades
de Licaonia, y á toda aquella
comarca, y allí predicaban el
Evangelio.
7 Y en Listra habia un
hombre lisiado de los pies, coxo
desde el vientre de su madre, el
qual nunca habia andado.
8 Este oyó predicar á Pablo.
Quien poniendo en él los ojos, y
viendo que tenia fé para ser sano,
9 Dixo en alta voz: Levántate derecho sobre tus pies. Y
él saltó, y andaba.
10 Y las gentes quando vié-
ron lo que Pablo habia hecho,
levantáron su voz, y dixéron en
lengua Licaónica: Han des-
cendido á nosotros Dioses en
forma de hombres.
11 Y llamaban á Bernabé Jú-
piter, y á Pablo Mercurio; por-
que él era el que llevaba la pa-
labra.
12 Tambien el Sacerdote de
Júpiter, que estaba á la entrada
de la ciudad, trayendo ante las
puertas toros, y guirnaldas, que-
ria sacrificar con el pueblo.
13 Y quando lo oyéron los
Apóstoles Bernabé, y Pablo,
rasgando sus vestiduras, saltá-
ron en medio de las gentes, dan-
do voces,
14 Y diciendo: ¿Varones,
por que haceis esto? Nosotros
hombres somos tambien morta-
les así como vosotros, y os pre-
dicamos que de estas cosas vanas
os convirtais al Dios vivo, que
hizo el Cielo, y la tierra, y el
mar, y todo quanto hay en
ellos:
15 El que en los siglos pasa-
dos ha permitido á todos los Gen-
tiles andar en sus caminos.
16 Y nunca se dexó á sí mis-
mo sin testimonio, haciendo bien
del Cielo, dando lluvias, y tiem-
pos favorables para los frutos,
llenando nuestros corazones de
mantenimiento, y de alegría.
17 Y diciendo esto, apénas
pudiéron apaciguar las gentes,
que no les sacrificasen.
18 Mas sobreviniéron algunos
Judíos de Antiochía, y de Iconio;
y habiendo ganado la voluntad
del pueblo, y apedreando á Pa-
blo, le sacáron arrastrando fuera
de la ciudad, creyendo que es-
taba muerto.
19 Mas rodeándole los discí-
pulos, se levantó, y entró en la
ciudad; y al dia siguiente se
partió con Bernabé á Derbes.
20 Y habiendo predicado el
Evangelio en aquella ciudad, y
enseñado á muchos, se volvié-
ron á Listra, y á Iconio, y á
Antiochía,
21 Confirmando los corazones
de los discípulos, exhortándolos
á perseverar en la fé; y que por
muchas tribulaciones nos es ne-
cesario entrar en el reyno de
Dios.
22 Y despues que hubiéron
ordenado Presbíteros en cada
Iglesia de ellos, y hubiéron he-
cho oracion con ayunos, los en-
comendáron al Señor, en quien
habian creido.
23 Y atravesando la Pisidia,
fuéron á Panfilia,
24 Y anunciando la palabra
del Señor en Perges, descendié-
ron á Atalia

25 Y desde allí navegáron á Antiochía, de donde habian sido encomendados á la gracia de Dios para la obra que habian acabado.

26 Y habiendo llegado, y congregado la Iglesia, contáron todas las cosas que Dios habia hecho con ellos, y como habia abierto la puerta de la fé á los Gentiles.

27 Y se detuviéron con los discípulos no poco tiempo.

CAPITULO XV.

1 Y viniéron algunos de la Judéa que enseñaban á los hermanos: Si no os circuncidais segun el rito de Moysés, no podeis ser salvos.

2 Y despues que Pablo, y Bernabé disputáron fuertemente contra ellos sin convencerlos, resolviéron que fuesen Pablo, y Bernabé, y algunos de los otros á los Apóstoles, y Presbíteros de Jerusalém sobre esta qüestion.

3 Ellos pues enviados por la Iglesia, pasáron por la Fenicia, y por Samaria, contando la conversion de los Gentiles; y daban grande gozo á todos los hermanos.

4 Y quando llegáron á Jerusalém, fuéron recibidos por la Iglesia, y por los Apóstoles, y por los Presbíteros, á quienes referian todas las cosas que Dios habia hecho con ellos.

5 Mas se levantáron algunos de la secta de los Fariséos, que habian creido, diciendo: Que era necesario que ellos fuesen circuncidados, y que se les mandase tambien guardar la ley de Moisés.

6 Y se congregáron los Apóstoles, y Presbiteros para tratar de esta controversia.

7 Y despues de un maduro exámen, levantándose Pedro, les dixo: Varones hermanos, vosotros sabeis que desde los primeros dias ordenó Dios entre nosotros que por mi boca oyesen los Gentiles la palabra del Evangelio, y que creyesen.

8 Y Dios que conoce los corazones, dió testimonio, dándoles á ellos tambien el Espíritu Santo, como á nosotros.

9 Y no hizo diferencia entre nosotros y ellos, habiendo purificado con la fé sus corazones.

10 ¿ Ahora pues por que tentais á Dios, poniendo un yugo sobre las cervices de los discípulos, que ni nuestros padres, ni nosotros pudimos llevar?

11 Mas creemos ser salvos por la gracia del Señor Jesu-Cristo, así como ellos.

12 Y calló toda la multitud; y escuchaban á Bernabé y á Pablo, que les contaban quan grandes señales y prodigios habia hecho Dios entre los Gentiles por ellos.

13 Y despues que calláron, respondió Santiago, y dixo: Varones hermanos, escuchadme.

14 Simón ha contado como Dios primero visitó á los Gentiles para tomar de ellos un pueblo para su nombre.

15 Y con esto concuerdan las palabras de los Profetas, como está escrito:

16 Despues de esto volveré, y reedificaré el tabernáculo de David, que cayó; y repararé sus ruinas, y le alzaré:

17 Para que el resto de los hombres busque á Dios, y todas

las gentes sobre las que ha sido invocado mi nombre, dice el Señor que hace estas cosas.
18 Conocida es al Señor su obra desde el siglo.
19 Por lo qual yo juzgo, que no se inquiete á los Gentiles, que se convierten á Dios,
20 Sino que se les escriba que se abstengan de las contaminaciones de los ídolos, y de fornicacion, y de cosas ahogadas, y de sangre.
21 Porque Moisés desde tiempos antiguos tiene en cada ciudad quien le predique en las Sinagogas, en donde es leido cada Sábado.
22 Entónces pareció bien á los Apóstoles, y á los Presbíteros con toda la Iglesia elegir varones de ellos, y enviarlos á Antiochìa con Pablo y Bernabé, á Júdas, que tenia el sobrenombre de Barsabas, y á Silas, varones principales entre los hermanos,
23 Y les escribiéron por mano de ellos así. Los Apóstoles, y los Presbíteros hermanos, á los hermanos que son de los Gentiles, y están en Antiochìa, y en Syria, y en Cilicia, salud.
24 Por quanto habemos oido que algunos que han salido de nosotros, trastornando vuestros corazones, os han turbado con palabras, sin habérselo mandado:
25 Congregados en uno, nos ha parecido escoger varones, y enviarlos á vosotros con nuestros muy amados Bernabé y Pablo,
26 Hombres que han entregado sus vidas por el nombre de nuestro Señor Jesu-Cristo.
27 Enviamos pues á Júdas y á Silas, los quales os dirán tambien de palabra esto mismo.
28 Porque ha parecido al Espíritu Santo, y á nosotros, de no poner sobre vosotros mas carga que estas cosas necesarias:
29 Que os abstengais de cosas sacrificadas á ídolos, y de sangre, y de ahogado, y de fornicacion; de lo qual si os guardáreis, hareis bien. Dios sea con vosotros.
30 Ellos pues despachados de esta suerte, fuéron á Antiochìa; y habiendo juntado á los fieles, entregáron la carta.
31 Y quando la hubiéron leido, se gozáron de aquel consuelo.
32 Y Júdas y Silas, que eran Profetas, consoláron con muchas palabras á los hermanos, y los confirmáron en la fé.
33 Y despues de haberse detenido allí algun tiempo, los hermanos los despacháron en paz á los que los habian enviado.
34 Silas no obstante tuvo por bien quedarse allí; y se fué Júdas solo á Jerusalém.
35 Y Pablo y Bernabé se estaban en Antiochìa, enseñando, y predicando con otros muchos la palabra del Señor.
36 Y de allí á algunos dias dixo Pablo á Bernabé: Volvamos á visitar los hermanos por todas las ciudades, en donde hemos predicado la palabra del Señor, para ver como les va.
37 Y Bernabé queria tambien llevar consigo á Juan, que tenia por sobrenombre Márcos.
38 Mas Pablo le rogaba y decia, que pues se habia separado de ellos desde Panfilia, y no habia ido con ellos á la obra, no era bien que fuese admitido.

39 Y hubo tal desavenencia
entre ellos, que se separáron el
uno del otro, y Bernabé llevó
consigo á Márcos, y se fué por
mar á Chipre.
40 Y Pablo habiendo escogi-
do á Silas, se partió, encomen-
dado á la gracia de Dios por los
hermanos.
41 Y anduvo por la Siria, y
por Cilicia, confirmando las Igle-
sias; mandando que se observa-
sen los reglamentos de los Após-
toles y de los Presbiteros.

CAPITULO XVI.

1 Y llegó á Derbe y á Lis-
tra. Y habia allí un
discípulo por nombre Timotéo,
hijo de una muger fiel de Judéa,
y de padre Gentil.
2 De este daban buen testi-
monio los hermanos que estaban
en Listra y en Iconio.
3 Pablo quiso que este fuese
en su compañía; y le tomó y le
circuncidó por causa de los Ju-
díos, que habia en aquellos lu-
gares. Porque todos sabian que
su padre era Gentil.
4 Y quando pasaban por las
ciudades, les enseñaban que
guardasen los decretos, que ha-
bian sido establecidos por los
Apóstoles y por los Presbiteros,
que estaban en Jerusalém.
5 Y las Iglesias eran confir-
madas en la fé, y crecian en nú-
mero cada dia.
6 Y atravesando la Frigia, y
la provincia de Galacia, les vedó
el Espíritu Santo que predicasen
la palabra de Dios en el Asia.
7 Y quando llegáron á Mi-
sia, querian ir á Bitinia, y no
los dexó el Espíritu de Jesus.
8 Y despues de haber atra-
vesado la Misia, baxáron á
Troade:
9 Y de noche fué mostrada
vision á Pablo; se le puso de-
lante un hombre Macedonio,
que le rogaba, y decia: Pasa á
Macedonia, y ayúdanos.
10 Y luego que tuvo la vision,
procuramos ir á Macedonia, cer-
tificados que Dios nos habia lla-
mado para que les predicásemos
el Evangelio.
11 Por lo que embarcándonos
en Troade, navegamos derecha-
mente á Samotracia, y el dia
siguiente á Nápoles:
12 Y desde allí á Filipos,
que es una colonia, y ciudad
principal de aquella parte de
Macedonia. Y en esta ciudad
nos detuvimos algunos dias con-
ferenciando.
13 Y un dia de los Sábados
salimos fuera de la puerta junto
al rio, en donde parecia que se
hacia la oracion; y sentándonos
allí, hablábamos á las mugeres,
que habian acudido.
14 Y una muger llamada Li-
dia, de la ciudad de los Tiati-
ros, que comerciaba en púrpura,
temerosa de Dios oyó; y abrió
el Señor su corazon, para que
atendiese á lo que decia Pablo.
15 Y quando fué bautizada
ella con su familia, rogó, y dixo:
Si habeis hécho juicio que yo
soy fiel al Señor, entrad en mi
casa, y posad allí. Y nos obli-
gó á ello.
16 Acaeció pues, que yendo
nosotros á la oracion, nos en-
contró una muchacha que tenia
espíritu de Piton, y daba mu-
cho que ganar á sus amos adi-
vinando.
17 Ella siguiendo á Pablo y
á nosotros, daba voces diciendo:

Estos hombres son siervos del
Dios excelso, que os anuncian el
camino de la salud.
18 Y esto lo hacia muchos
dias. Mas Pablo indignado ya
se volvió, y dixo al espíritu: Te
mando en el nombre de Jesu-
Cristo que salgas de ella. Y en
la misma hora salió.
19 Y quando viéron sus amos
que se les habia escapado la es-
peranza de su ganancia, echan-
do mano de Pablo y de Silas,
los lleváron al Juzgado á los
Príncipes;
20 Y presentándolos á los Ma-
gistrados, dixéron: Estos hom-
bres son Judíos, y alborotan
nuestra ciudad;
21 Y predican ritos, que á
nosotros no nos es lícito recibir
ni guardar, siendo Romanos.
22 Y el pueblo se atropelló
contra ellos; y los Magistrados
haciéndoles rasgar las túnicas,
los mandáron azotar con varas.
23 Y despues de haberles da-
do muchos golpes, los metiéron
en la cárcel, mandando al car-
celero que los tuviese á buen
recaudo.
24 El luego que recibió esta
órden, los puso en un calabozo,
y les apretó los pies en el cepo.
25 Mas á media noche pues-
tos en oracion Pablo y Silas,
alababan á Dios; y los que esta-
ban presos, los oían.
26 Y súbitamente se sintió un
terremoto tan grande, que se
moviéron los cimientos de la
cárcel; y se abriéron luego to-
das las puertas, y fuéron sueltas
las prisiones de todos.
27 Y habiendo despertado el
carcelero, quando vió abiertas
las puertas de la cárcel, desen-
vaynó la espada, y se queria ma-
tar, pensando que se habian hui
do los presos.
28 Mas Pablo clamó en alta
voz, diciendo: No te hagas nin-
gun mal, porque todos estamos
aquí.
29 El entónces pidió una luz,
y entró dentro; y temblando se
arrojó á los pies de Pablo y de
Silas:
30 Y sacándolos fuera, les di-
xo: ¿Señores, que es lo que de-
bo yo hacer para ser salvo?
31 Y ellos le dixéron: Cree
en el Señor Jesus, y serás salvo
tú y tu casa.
32 Y le predicáron la palabra
del Señor, y á todos los que es-
taban en su casa.
33 Y tomándolos en aquella
misma hora de la noche, les lavó
las llagas; é inmediatamente
fué bautizado él y toda su fa-
milia.
34 Y habiéndolos llevado á
su casa, les puso la mesa, y se
alegró con todos los de su casa
creyendo en Dios.
35 Y quando fué de dia, le
enviáron los Magistrados á decir
por los Alguaciles: Dexa ir li-
bres á esos hombres.
36 Y el carcelero dió aviso de
esto á Pablo: Los Magistrados
han enviado órden para que os
ponga en libertad; pues ahora
salid, é id en paz.
37 Entónces Pablo les dixo:
¿Azotados públicamente, sin for-
ma de juicio, siendo Romanos,
nos pusiéron en la cárcel, y aho-
ra nos echan fuera en secreto?
No será así; mas vengan,
38 Y saquennos ellos mismos.
Y los Alguaciles hiciéron saber
estas palabras á los Magistrados.
Y ellos temiéron, quando oyéron
que eran Romanos:

39 Y viniéron pidiéndoles perdon, y sacándolos, les rogaban que saliesen de la ciudad.

40 Y luego que saliéron de la cárcel, entráron en casa de Lidia, y visitando á los hermanos, los consoláron, y se fuéron.

CAPITULO XVII.

1 Y quando hubiéron pasado por Anfipolis y Apolonia, llegáron á Tesalonica, en donde habia una Sinagoga de Judíos.

2 Y Pablo entró á ellos segun su costumbre, y por tres sábados disputaba con ellos sobre las Escrituras,

3 Declarando y mostrando que habia sido necesario que Cristo padeciese, y resucitase de entre los muertos; y este es Jesu-Cristo, el que yo os anuncio.

4 Y creyéron algunos de ellos, y se juntáron con Pablo y con Silas, como tambien una grande multitud de temerosos de Dios, y de los Gentiles, y no pocas mugeres ilustres.

5 Mas los Judíos, movidos de zelo, y tomando consigo algunos de la plebe, hombres malos, y haciendo gente, levantáron la ciudad; y asediáron la casa de Jasón, queriendo presentarlos al pueblo.

6 Y no hallándolos, traxéron violentamente á Jasón y á algunos de los hermanos á los Magistrados de la ciudad, gritando: Estos son los que alborotan la ciudad, y viniéron acá,

7 A los quales ha acogido Jasón, y todos estos hacen contra los decretos de César, diciendo que hay otro Rey, que es Jesus.

8 Y alborotáron al pueblo y á los principales de la ciudad al oir estas cosas.

9 Mas recibida satisfaccion de Jasón, y de los otros, dexáronlos ir libres.

10 Y los hermanos, luego que llegó la noche, enviáron á Pablo y á Silas á Beréa; y quando llegáron, entráron en la Sinagoga de los Judíos.

11 Y estos eran mas nobles que los de Tesalonica, pues recibiéron la palabra con toda afirmacion, escudriñando todo el dia atentamente las Escrituras, si estas cosas eran así.

12 Y así muchos de ellos creyéron con muchas mugeres Gentiles de calidad, y no pocos hombres.

13 Mas quando los Judíos de Tesalonica supiéron que Pablo habia tambien predicado en Beréa la palabra de Dios, fuéron allá á turbar y levantar el pueblo.

14 Y los hermanos luego al punto hiciéron salir á Pablo para que fuese hasta el mar; mas Silas y Timotéo se quedáron allí.

15 Y los que acompañaban á Pablo, le lleváron hasta Atenas; y despues de haber recibido sus órdenes para Silas y Timotéo, que muy presto viniésen á él, se fuéron.

16 Y miéntras que Pablo los esperaba en Atenas, se inflamaba su espíritu dentro de sí mismo, viendo la ciudad entregada á la idolatría.

17 Y así disputaba en la Sinagoga con los Judíos y con los Prosélitos, y en la plaza cada dia con los que se le ponian delante.

18 Y algunos Filósofos Epicuréos y Estoicos disputaban

con él, y unos decian: ¿Que nos quiere decir este sembrador de palabras? Y otros: Parece que es predicador de nuevos dioses; porque les anunciaba á Jesus, y la resurreccion.

19 Y asiéndole lo lleváron al Areópago, diciendo: ¿No podemos saber que doctrina nueva es esta, que predicas?

20 Porque metes en nuestras orejas ciertas novedades: Pues queremos saber que quiere ser esto.

21 (Y los Atenienses todos, y los forasteros que allí moraban, no entendian en otra cosa, sino en decir, ó en oir algo de nuevo.)

22 Pablo pues, puesto en pie en medio del Areópago, dixo: Varones Atenienses, en todas las cosas os veo como mas supersticiosos.

23 Porque pasando, y viendo vuestros simulacros, hallé tambien una ara, en que estaba escrito: AL DIOS NO CONOCIDO. A aquel pues, que vosotros adorais sin conocerle, ese es el que yo os anuncio.

24 El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que hay en él, este siendo Señor de Cielo y de tierra, no mora en templos hechos de mano;

25 Ni es servido por manos de hombres, como si necesitase de alguna cosa, pues él mismo da á todos vida, y respiracion, y todas las cosas:

26 Y de uno solo hizo todo el linage humano, para que habitase en toda la haz de la tierra, señalando el órden de los tiempos, y los términos de su habitacion,

27 Para que buscasen á Dios, si por ventura le pudiesen tocar ó hallar, aunque no está léjos de cada uno de nosotros.

28 Porque en él mismo vivimos, y nos movemos, y somos; como dixéron tambien algunos de vuestros Poetas: Porque de él tambien somos linage.

29 Siendo pues linage de Dios, no debemos pensar que la Divinidad es semejante á oro, ó plata, ó piedra, labrada por arte, ó industria de hombre.

30 Y Dios disimulando los tiempos de esta ignorancia, denuncia ahora á los hombres, que todos en todo lugar hagan penitencia;

31 Por quanto ha establecido dia, en el qual ha de juzgar al mundo segun justicia, por aquel varon que habia determinado, dando certidumbre á todos, resucitándole de entre los muertos.

32 Y quando oyéron la resurreccion de los muertos, los unos hacian burla, y los otros dixéron: Te oirémos otra vez sobre esto.

33 Así Pablo salió de enmedio de ellos.

34 Mas algunos creyéron, y se allegáron á él; entre los quales fué Dionisio Areopagita, y una muger por nombre Damaris, y otros con ellos.

CAPITULO XVIII.

1 DESPUES de esto salió de Atenas, y fué á Corinto.

2 Y hallando allí un Judío por nombre Aquila, natural de Ponto, que poco ántes habia llegado de Italia, y á Priscila su muger (porque habia mandado Claudio salir de Roma á todos los Judíos) se allegó á ellos.

3 Y por quanto era de su mismo oficio, estaba con ellos, y trabajaba; (porque su oficio era de hacer tiendas.)

4 Y disputaba cada Sábado en la Sinagoga; y haciendo entrar en sus discursos el nombre del Señor Jesus, convencia á los Judíos, y á los Griegos.

5 Y quando viniéron de Macedonia Silas, y Timotéo, Pablo predicaba incesantemente, dando testimonio á los Judíos que Jesus era el Cristo.

6 Mas contradiciendo ellos, y blasfemando, sacudió sus vestidos, y les dixo: Vuestra sangre sea sobre vuestra cabeza; yo estoy limpio, desde ahora me voy á los Gentiles.

7 Y partiéndose de allí, entró en casa de uno, que se llamaba Tito Justo, temeroso de Dios, cuya casa estaba contigua á la Sinagoga.

8 Y Crispo, que era el Príncipe de la Sinagoga, creyó en el Señor con todos los de su casa; y muchos de los Corintios que oyéndole creian, y eran bautizados.

9 Y dixo el Señor á Pablo de noche en vision: No temas, mas habla, y no calles:

10 Porque yo soy contigo; y nadie te se acercará para dañarte; porque tengo mucho pueblo en esta ciudad.

11 Y se detuvo allí un año y seis meses enseñándoles la palabra de Dios.

12 Y siendo Galion Procónsul de la Acaya, los Judíos se levantáron de acuerdo contra Pablo, y le lleváron al tribunal,

13 Diciendo: Que este persuade á los hombres que sirvan á Dios contra la Ley.

14 Y como Pablo comenzase á abrir su boca, dixo Galion á los Judíos: Si fuese algun agravio, ó enorme crímen, os oiria, o Judíos, segun derecho.

15 Mas si son qüestiones de palabra, y de nombres, y de vuestra Ley, vedlo allá vosotros; porque yo no quiero ser Juez de estas cosas.

16 Y los hizo salir de su tribunal.

17 Entónces ellos echándose sobre Sostenes Príncipe de la Sinagoga, le daban golpes delante del tribunal, sin que Galion hiciese caso de ello.

18 Mas Pablo habiendo permanecido allí aun muchos dias, despidiéndose de los hermanos, se fué por mar á la Syria (y con él Priscila, y Aquila) y se habia hecho cortar en Cencris el cabello; porque tenia voto.

19 Y llegó á Efeso, y los dexó allí. Y entrando él en la Sinagoga, disputaba con los Judíos.

20 Y rogándole ellos que se quedase allí mas tiempo, no consintió en ello,

21 Sino que despidiéndose de ellos, y diciéndoles: Otra vez volveré á vosotros queriendo Dios, se partió de Efeso.

22 Y descendiendo á Cesaréa, subió á saludar la Iglesia, y desde allí pasó á Antiochía.

23 Y habiendo estado allí algun tiempo, partió y anduvo por órden la tierra de Galacia, y la Frigia, fortaleciendo á todos los discípulos.

24 Y vino á Efeso un Judío por nombre Apolo, natural de Alexandría, hombre eloqüente, y muy docto en las Escrituras.

25 Este era instruido en el camino del Señor; y hablaba

con fervor de espíritu, y enseñaba con diligencia lo que pertenecia á Jesus, y solamente conocia él bautismo de Juan.

26 Este pues comenzó á hablar con libertad en la Sinagoga. Y quando le oyéron Priscila, y Aquila, le lleváron consigo, y le declaráron mas particularmente el camino del Señor.

27 Y queriendo él ir á la Acaya, habiéndole alentado á ello los hermanos, escribiéron á los discípulos que le recibiesen. Y quando estuvo allí, fué de mucho provecho á los que habian creido.

28 Porque con gran vehemencia convencia públicamente á los Judíos, mostrándoles por las Escrituras, que Jesus era el Cristo.

CAPITULO XIX

1 Y aconteció que estando Apolo en Corinto, Pablo despues de haber atravesado las provincias superiores, vino á Efeso, y halló algunos discípulos:

2 Y les dixo: Quando abrazasteis la fé, recibísteis el Espíritu Santo? Y ellos le respondiéron: Antes ni aun hemos oido, si hay Espíritu Santo.

3 Y él les dixo: ¿Pues en que habeis sido bautizados? Ellos dixéron: En el bautismo de Juan.

4 Y dixo Pablo: Juan bautizó al pueblo con bautismo de penitencia, diciendo: Que creyesen en aquel que habia de venir despues de él, esto es, en Jesus.

5 Oidas estas cosas, fuéron bautizados en el nombre del Señor Jesus.

6 Y habiéndoles Pablo puesto las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo, y hablaban en lenguas, y profetizaban.

7 Y eran todos como doce personas.

8 Y entrando en la Sinagoga, habló con libertad por espacio de tres meses, disputando, y persuadiendo del reyno de Dios.

9 Mas como algunos se endureciesen y no creyesen, maldiciendo el camino del Señor delante de la multitud, apartándose de ellos, separó los discípulos, disputando cada dia en la escuela de un cierto Tirano.

10 Y esto fué por dos años, de tal manera que todos los que moraban en Asia, oían la palabra del Señor, Judíos y Gentiles.

11 Y Dios hacia virtudes extraordinarias por mano de Pablo:

12 Tanto que aun quando los sudarios de su cuerpo y las faxas se aplicaban á los enfermos, los dexaban las enfermedades, y salian los espíritus malignos.

13 Y algunos Judíos exôrcistas, que andaban de una parte á otra tentáron á invocar el nombre del Señor Jesus sobre los que estaban poseidos de los espíritus malignos, diciendo: Conjúroos por Jesus, el que Pablo predica.

14 Y los que hacian esto eran siete hijos de un Judío Príncipe de los Sacerdotes, llamado Sceva.

15 Mas el espíritu maligno les respondió diciendo: Conozco á Jesus, y sé quien es Pablo: ¿mas vosotros quien sois?

16 Y el hombre en quien estaba el espíritu maligno, saltando sobre ellos, y apoderándose de dos, prevaleció contra ellos,

de tal manera que desnudos y
heridos huyéron de aquella casa.
17 Y esto fué manifiesto á to-
dos los Judíos y Gentiles que
moraban en Efeso; y cayó te-
mor sobre todos ellos, y era en-
salzado el nombre del Señor
Jesus.
18 Y muchos de los que ha-
bian creido, venian confesando
y denunciando sus hechos.
19 Y muchos de aquellos que
habian seguido las artes vanas,
traxéron los libros, y los quemá-
ron delante de todos; y calcula-
do su valor, se halló, que subia
á cincuenta mil denarios.
20 De este modo crecia mu-
cho, y tomaba nuevas fuerzas la
palabra de Dios.
21 Y cumplidas estas cosas,
propuso Pablo por espíritu de ir
á Jerusalém, atravesando la Ma-
cedonia y la Acaia, diciendo:
Porque despues que estuviere
allí es necesario tambien que yo
vea a Roma.
22 Y habiendo enviado á Ma-
cedonia á dos de los que le asis-
tian, Timotéo y Erasto, él se
mantuvo por algun tiempo en
Asia.
23 Mas en aquel tiempo so-
brevino un alboroto no pequeño
acerca del camino del Señor.
24 Porque un Platero llama-
do Demetrio, que hacia de plata
templos de Diana, daba no poco
que ganar á los artífices:
25 A los quales habiendo con-
vocado, y tambien á los que tra-
bajaban en semejantes obras, di-
xo: Varones, vosotros sabeis la
ganancia que nos resulta de esta
Maestría:
26 Y estais viendo y oyendo
que no tan solamente en Efeso,
mas por toda Asia retrae con
sus persuasiones este Pablo mu-
chas gentes, diciendo: Que no
son Dioses los que son hechos de
manos.
27 Por lo qual no solamente
corre peligro que nuestra profe-
sion venga en descrédito, sino
que el templo de la grande Dia-
na sea tenido en nada, y co-
mience á ir por tierra la mages-
tad de aquella á quien toda el
Asia y el mundo adora.
28 Oido esto, se llenáron de
ira, y alzáron el grito diciendo:
Grande Diana la de Efeso.
29 Y se llenó toda la ciu-
dad de confusion, y todos á una
arremetiéron al teatro, arreba-
tando á Gaio y Aristarco Ma-
cedonios, compañeros de Pablo.
30 Y queriendo Pablo salir al
pueblo, no le dexáron los dis-
cípulos.
31 Y tambien algunos de los
principales de Asia, que eran
sus amigos, le enviáron á rogar
que no se presentase en el tea-
tro:
32 Y otros gritaban otro:
Porque la concurrencia era con-
fusa; y los mas no sabian por
que se habian juntado.
33 Y sacáron á Alexandro de
entre la gente, llevándolo á em-
pellones los Judíos. Y Alexan-
dro pidiendo silencio con la
mano, queria dar razon al pue-
blo.
34 Y quando conociéron que
él era Judío, todos á una voz
gritáron por espacio de casi dos
horas: Grande Diana la de los
Efesios.
35 Entónces el Escribano ha-
biendo apaciguado á la gente, di-
xo: Varones de Efeso, ¿quien
de los hombres hay que no sepa
que la ciudad de Efeso es hon-

radora de la grande Diana, é hija de Jupiter?

36 Y pues á esto no se puede contradecír, conviene que os sosegueis, y que nada hagais inconsideradamente.

37 Porque estos hombres que habeis traido aquí, ni son sacrílegos, ni blasfemos contra vuestra Diosa.

38 Mas si Demetrio y los oficiales que están con él tienen alguna querella contra alguno, Audiencia pública hay, y Procónsules hay, acúsense los unos á los otros.

39 Y si demandais algo sobre otros negocios en legitimo ayuntamiento, se podrá despachar.

40 Porque hay peligro de que nos acusen de sediciosos por lo de hoy; no habiendo ninguna causa, por la qual podamos dar razon de este concurso. Y habiendo dicho esto, despidió la junta.

CAPITULO XX.

1 Y despues que cesó el alboroto, llamando Pablo a los discípulos, y haciéndoles una exhortacion, se despidió de ellos, y se partió para ir á Macedonia.

2 Y despues que hubo andado aquellas tierras, y de haberles exhortado allí con muchas palabras, se vino á la Grecia:

3 En donde habiendo estado tres meses, le fuéron puestas asechanzas por los Judíos, estando él para navegar á la Siria; y así acordó volverse por Macedonia.

4 Y le acompañáron Sopatro de Beréa, hijo de Pirro, y de los de Tesalonica Aristarco, y Segundo, y Gaio Derbéo, y Timotéo; y de los de Asia Tichico, y Trofimo.

5 Estos fuéron delante, y nos esperáron en Troade:

6 Y nosotros despues de los dias de los Azimos nos hicimos á la vela desde Filipos, y llegamos á ellos á Troade en cinco dias, y nos detuvimos allí siete dias.

7 Y el primer dia de la semana, habiéndonos juntado para partir el pan, Pablo que se habia de ir al otro dia, disputaba con ellos, y fué alargando el discurso hasta media noche.

8 Y habia muchas lámparas en el cenáculo, en donde estábamos congregados.

9 Y un mancebo por nombre Eutico se sentó sobre una ventana, y como se durmiese profundamente entre tanto que Pablo prolongaba su razonamiento, llevado del sueño, cayó abaxo desde el tercer alto de la casa, y lo alzáron muerto.

10 Al qual habiendo descendido Pablo, se recostó sobre él, y abrazándole dixo: No os turbeis, que su alma en él está.

11 Y subiendo y partiendo el pan, comió, y les habló largamente hasta que fué de dia, y despues se fué.

12 Y lleváron vivo al mancebo, de lo que recibiéron extraordinario consuelo.

13 Mas nosotros entrando en el navío, fuimos á Assón, para recibir de allí á Pablo; porque así lo habia él dispuesto, debiendo hacer el viage por tierra.

14 Y habiéndose juntado con nosotros en Assón, le tomamos, y fuimos á Mitilene.

15 Y navegando desde allí el

dia siguiente, nos pusimos enfrente de Chio, y al otro tomamos puerto en Samos, y en el siguiente llegamos á Mileto.

16 Porque Pablo habia determinado pasar adelante de Efeso por no detenerse en la Asia; pues se apresuraba quanto le era posible, por celebrar en Jerusalém el dia de Pentecostes.

17 Y enviando desde Mileto á Efeso, llamó á los Ancianos de la Iglesia.

18 Ellos viniéron á él, y estando todos juntos, les dixo: Vosotros sabeis desde el primer dia que entré en el Asia, de que manera me he portado todo el tiempo que he estado con vosotros,

19 Sirviendo al Señor con toda humildad y con lágrimas y con tentaciones, que me viniéron por las asechanzas de los Judíos:

20 Como nada que os fuese útil me he retraido de decíroslo, y de enseñaros en público y por las casas,

21 Predicando á los Judíos y á los Gentiles la conversion á Dios, y la fé en nuestro Señor Jesu-Cristo.

22 Y ahora he aquí que yo constreñido del Espíritu, voy á Jerusalém; no sabiendo las cosas, que allí me han de acontecer;

23 Sino lo que el Espíritu Santo me asegura por todas las ciudades, diciendo, que me aguardan en Jerusalém prisiones y tribulaciones.

24 Mas no temo ninguna de estas cosas, ni hago mi propia vida mas preciosa que á mí mismo, con tal que acabe mi carrera, y el ministerio de la palabra, que recibí del Señor Jesus, para dar testimonio del Evangelio de la gracia de Dios.

25 Y ahora he aquí yo sé que no veréis mas mi cara todos vosotros, por los quales he pasado predicando el reyno de Dios.

26 Por tanto os protesto en este dia, que estoy limpio de la sangre de todos.

27 Porque no he rehusado el anunciaros todo el consejo de Dios.

28 Mirad por vosotros y por toda la grey, en la qual el Espíritu Santo os ha puesto por Obispos para gobernar la Iglesia de Dios, la qual él ganó con su sangre.

29 Yo sé, que despues de mi partida entrarán á vosotros lobos arrebatadores, que no perdonarán á la grey.

30 Y de entre vosotros mismos se levantarán hombres, que dirán cosas perversas, para llevar discípulos tras de sí.

31 Por tanto velad, teniendo en memoria, que por tres años no he cesado noche y dia de amonestar con lágrimas á cada uno de vosotros.

32 Y ahora os encomiendo á Dios, y á la palabra de su gracia, á aquel que es poderoso para edificar, y daros heredad entre todos los que son santificados.

33 No he codiciado plata, ni oro, ni vestido de ninguno, como

34 Vosotros mismos lo sabeis; porque estas manos me han subministrado las cosas necesarias á mí, y á los que están conmigo.

35 En todo os he mostrado que trabajando de esta manera, conviene recibir los enfermos, y acordarse de aquellas palabras que dixo el Señor: Cosa mas

bienaventurada es dar, que recibir.

36 Y habiendo dicho esto, se hincó de rodillas, é hizo oracion con todos ellos.

37 Y se levantó grande llanto entre todos; y derribándose sobre el cuello de Pablo, le besaban,

38 Afligidos en gran manera por la palabra que habia dicho, que no verian mas su cara. Y le fuéron acompañando hasta el navío.

CAPITULO XXI.

1 Y habiéndonos hecho á la vela despues que nos separamos de ellos, fuimos camino derecho á Coos, y el dia siguiente á Rodas, y desde allí á Pátara.

2 Y habiendo hallado un navío que pasaba á Fenicia, entramos en él, y nos hicimos á la vela.

3 Y habiendo avistado á Chipre, dexándola á la izquierda, continuamos nuestro rumbo ácia la Siria, y arribamos á Tiro; porque el navío habia de dexar allí su carga.

4 Y como hallásemos discípulos, nos detuvimos allí siete dias: Y decian á Pablo por el Espíritu, que no subiese á Jerusalém.

5 Y pasados estos dias, salimos de allí, acompañándonos todos con sus mugeres y con sus hijos hasta fuera de la ciudad, y puestos de rodillas en la ribera, hicimos oracion.

6 Y despidiéndonos unos de otros, entramos en el navío; y ellos se volviéron á sus casas.

7 Nosotros, concluida nuestra navegacion, de Tiro pasamos á Tolemaida; y habiendo saludado á los hermanos, nos detuvimos un dia con ellos.

8 Y al dia siguiente partiendo de allí, llegamos á Cesaréa. Y entrando en casa de Felipe el Evangelista, que era uno de los siete, nos hospedamos en su casa.

9 Y tenia este quatro hijas vírgenes, que profetizaban.

10 Y durante la mansion que hicimos allí por algunos dias, llegó de la Judéa un Profeta, por nombre Agabo.

11 Este como vino á nosotros, tomó el ceñidor de Pablo, y atándose los pies y las manos, dixo: Esto dice el Espíritu Santo: Así atarán los Judíos en Jerusalém al varon, cuyo es este cíngulo, y lo entregarán en manos de los Gentiles.

12 Quando oimos esto, nosotros, y los que eran de aquel lugar, le rogábamos que no subiese á Jerusalém.

13 Entónces Pablo respondió diciendo: ¿Que haceis llorando, y quebrantándome el corazon? Porque yo estoy aparejado no solo para ser atado, sino tambien para morir en Jerusalém por el nombre del Señor Jesus.

14 Y viendo que no le podíamos persuadir, no le importunamos mas, diciendo: Hágase la voluntad del Señor.

15 Despues de estos dias habiéndonos prevenido, subimos á Jerusalém.

16 Y algunos de los discípulos viniéron tambien con nosotros desde Cesaréa, los quales llevaban consigo á un Mnasón de Chipre, discípulo antiguo, para hospedarnos en su casa.

17 Y quando llegamos á Je-

rusalém, los hermanos nos recibiéron de buena voluntad.

18 Y el dia siguiente Pablo entró con nosotros á Santiago, en cuya casa se juntáron todos los ancianos.

19 Y habiéndolos saludado, les contó una por una todas las cosas que Dios habia hecho entre los Gentiles por su ministerio.

20 Y quando ellos lo oyéron, glorificaban á Dios, y le dixéron: Bien ves, hermano, quantos millares de Judíos son los que han creido, y todos son zeladores de la Ley.

21 Y han oido decir de tí, que enseñas á los Judíos, que están entre los Gentiles, que dexen á Moisés, diciendo: Que no deben circuncidar á sus hijos, ni andar segun los ritos.

22 ¿Pues que se ha de hacer? De Cierto es menester que la multitud se junte; porque oirán que tú has venido.

23 Haz pues lo que te vamos á decir: Tenemos aquí quatro varones, que tienen voto sobre sí.

24 Toma estos contigo, santifícate con ellos, y hazles la costa, para que se raygan las cabezas; y sabrán todos, que es falso quanto de tí oyéron, y que por el contrario sigues tú guardando la Ley.

25 Y acerca de aquellos que creyéron de los Gentiles, nosotros hemos escrito, ordenando, que se abstengan de lo que fuere sacrificado á los ídolos, y de sangre, y de ahogado, y de fornicacion.

26 Entónces Pablo tomando consigo aquellos hombres, y purificado con ellos el dia siguiente entró en el templo, haciendo saber el cumplimiento de los dias de la purificacion, hasta que se hiciese la ofrenda por cada uno de ellos.

27 Y quando se acaban los siete dias, los Judíos que estaban allí del Asia, quando le viéron en el templo, alborotáron todo el pueblo, y le echáron mano, diciendo á gritos:

28 Varones de Israél, favor: Este es aquel hombre, que por todas partes enseña á todos contra el pueblo y contra la Ley, y contra este lugar, y demas de esto ha introducido los Gentiles en el templo, y ha profanado este santo lugar.

29 Porque habian visto andar con él por la ciudad á Trofimo de Efeso, y creyéron que le habia metido Pablo en el templo.

30 Y se conmovió toda la ciudad, y concurrió el pueblo. Y travando de Pablo, le arrastráron fuera del templo, y luego fuéron cerradas las puertas.

31 Y queriéndole matar, fué dado aviso al Tribuno de la cohorte, que toda Jerusalém estaba en alboroto.

32 El tomó luego soldados y centuriones, y corrió allá. Ellos, quando viéron al Tribuno y á los Soldados, cesáron de herir á Pablo.

33 Entónces se llegó el Tribuno, le prendió, y le mandó atar con dos cadenas; y le preguntó quien erá, y que habia hecho.

34 Y entre el tropel de la gente los unos gritaban uno, y los otros otro. Viendo pues que no podia saber cosa cierta por causa del alboroto, lo mandó llevar á la fortaleza.

35 Y quando llegó á las gra-

das, fué necesario que los soldados le llevasen en peso por la violencia del pueblo.

36 Porque le seguia la multitud de pueblo gritando: Quítale la vida.

37 Y quando comenzaban ya á meter á Pablo en la fortaleza, dixo al Tribuno: ¿Me es permitido hablarte dos palabras? Y él respondió: ¿Sabes el Griego?

38 ¿Eres tú quizá aquel Egipcio que pocos dias ha moviste un alboroto, y llevaste al desierto quatro mil hombres salteadores?

39 Y Pablo le dixo: Yo en verdad soy hombre Judío, ciudadano de Tarso, noble ciudad de la Cilicia. Mas te ruego que me permitas hablar al pueblo.

40 Y quando se lo permitió el Tribuno, poniéndose en pie sobre las gradas, hizo señal al pueblo con la mano; y habiendo quedado todos en silencio, habló Pablo en lengua Hebréa, diciendo:

CAPITULO XXII.

1 VARONES hermanos y padres, oid la razon que al presente os doy.

2 Y quando oyéron que les hablaba en lengua Hebréa, le escucháron con mayor silencio.

3 Y dixo: Yo soy Judío, que nací en Tarso de Cilicia, pero me crié en esta ciudad, instruido á los pies de Gamaliel segun verdad en la Ley de nuestros padres, zelador de la Ley, así como todos vosotros los sois el dia de hoy:

4 Que perseguí este camino hasta la muerte, prendiendo y metiendo en cárceles hombres y mugeres,

5 Como el Príncipe de los Sacerdotes y todos los Ancianos me son testigos, de los quales habiendo tambien tomado cartas para los hermanos iba á Damasco, con el fin de traerlos de allí atados á Jerusalém para que fuesen castigados.

6 Y acaeció que quando yo iba, y estaba ya cerca de Damasco al medio dia, me ví rodeado súbitamente de una grande luz del Cielo:

7 Y cayendo en tierra, oí una voz que me decia: Saulo, Saulo, ¿por que me persigues?

8 Y yo respondí: ¿Quien eres Señor? Y me dixo: Yo soy Jesus Nazareno, á quien tú persigues.

9 Y los que estaban conmigo viéron en verdad la luz; mas no oyéron la voz del que hablaba conmigo.

10 Y dixe: ¿Que haré, Señor? Y el Señor me respondió: Levántate, y vé a Damasco; y allí te será dicho todo lo que te conviene hacer.

11 Y como no viese por la claridad de aquella luz, me lleváron de la mano los compañeros, y me conduxéron á Damasco.

12 Y un cierto Ananías, varon segun la ley, de quien daban testimonio todos los Judíos que allí moraban,

13 Viniendo á mí, y poniéndoseme delante, me dixo: Saulo hermano, recibe la vista. Y en el mismo punto le ví á él.

14 Y él me dixo: El Dios de nuestros Padres te ha predestinado para que conocieses su voluntad, y vieses al Justo, y oyeses la voz de su boca:

15 Porque tú serás testigo

suyo delante de todos los hombres de las cosas que has visto y has oido.

16 Y ahora ¿ que te detienes? Levántate, y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre.

17 Y así fué, que quando volví á Jerusalém, y estaba orando en el templo, fuí arrebatado fuera de mí,

18 Y le ví que me decia: Date priesa, y sal presto de Jerusalém ; porque no recibirán tu testimonio de mí.

19 Y yo dixe: Señor, ellos mismos saben que yo era el que encerraba en cárceles, y azotaba por las Sinagogas á los que creían en tí:

20 Y quando se derramaba la sangre de Estevan, testigo tuyo, yo estaba presente, y lo consentia, y guardaba las ropas de los que le mataban.

21 Y me dixo: Vé porque yo te enviaré á las naciones de léjos.

22 Y le habian escuchado hasta esta palabra, mas levantáron entónces el grito, diciendo: Quita del mundo á un tal hombre ; porque no es justo que él viva.

23 Y como ellos diesen alaridos, y echasen de sí sus ropas, y arrojasen polvo al ayre,

24 Mandó el Tribuno meterle en los Reales, y que le azotasen, y diesen tormento, para saber por que causa clamaban así contra él.

25 Y quando le hubiéron apretado con correas, dixo Pablo al Centurion que estaba allí: ¿Os es licito á vosotros azotar á un hombre Romano, y sin ser condenado?

26 Quando lo oyó el Centurion, fué al Tribuno, y le dió aviso, diciendo: Mira lo que vas á hacer, porque este hombre es Ciudadano Romano.

27 Y viniendo el Tribuno, le dixo: ¿Dime si tú eres Romano? Y él dixo: Sí.

28 Y respondió el Tribuno: Yo por una grande suma alcancé este privilegio de Ciudadano. Pues yo, respondió Pablo, lo soy de nacimiento.

29 Al punto pues se apartáron de él los que le habian de dar el tormento; y aun el Tribuno entró en temor luego que supo que era Ciudadano Romano, por haberle hecho atar.

30 Y el dia siguiente queriendo saber de cierto la causa que tenian los Judios para acusarle, le hizo desatar, y mandó que se juntasen los Sacerdotes y todo el Concilio, y sacando á Pablo, le presentó delante de ellos.

CAPITULO XXIII.

1 PABLO pues poniendo los ojos en el Concilio, dixo: Varones hermanos, hasta este dia me he portado yo delante de Dios con toda buena conciencia.

2 Y Ananías, Príncipe de los Sacerdotes, mandó á los que estaban junto á él que le hiriesen en la boca.

3 Entónces Pablo le dixo: Dios te herirá á tí, pared blanqueada. ¿Tú estás sentado para juzgarme segun la Ley, y me mandas herir contra la Ley?

4 Y los que estaban allí, dixéron: ¿Maldices al sumo Sacerdote de Dios?

5 Y dixo Pablo: No sabia,

hermanos, que es Príncipe de los
Sacerdotes; porque escrito está:
No maldecirás al Príncipe de tu
pueblo.
6 Y sabiendo Pablo, que la
una parte era de los Saducéos, y
la otra de Fariséos, dixo en alta
voz en el Concilio: Hermanos,
yo soy Fariséo, hijo de Fariséos,
de la esperanza y de la resurrec-
cion de los muertos soy yo juz-
gado.
7 Y quando esto dixo, se mo-
vió una grande disension entre
los Fariséos, y los Saducéos, y
se dividió la multitud.
8 Porque los Saducéos dicen,
que no hay resurreccion, ni An-
gel, ni Espíritu; mas los Fari-
séos confiesan lo uno y lo otro.
9 Hubo pues grande voceria.
Y levantándose algunos de los
Fariséos, altercaban, diciendo:
No hallamos mal ninguno en este
hombre; ¿quanto mas, si le ha
hablado Espíritu, ó Angel?
10 Y por la grande disension
que habia, temiendo el Tribuno
que ellos no despedazasen á Pa-
blo, mandó que viniesen los sol-
dados, y que le sacasen de en
medio de ellos, y que le llevasen
á la fortaleza.
11 Y la noche siguiente apa-
reciéndosele el Señor, le dixo:
Ten constancia, porque así co-
mo has dado testimonio de mí en
Jerusalém, conviene que lo des
tambien en Roma.
12 Y quando fué de dia, se
coligáron algunos de los Judíos,
y se maldixéron, diciendo: Que
no comerian ni beberian, hasta
que matasen á Pablo.
13 Y eran mas de quarenta
hombres los que habian hecho
esta conjuracion:
14 Los quales fuéron á los
Príncipes de los Sacerdotes, y
á los Ancianos, y dixéron: No-
sotros nos hemos obligado so
pena de maldicion á no gustar
bocado, hasta que matemos á
Pablo.
15 Pues ahora vosotros con el
Concilio significad al Tribuno
que os le saque fuera, como que
quereis conocer con mas certi-
dumbre de su causa. Y noso-
tros estaremos esperando para
matarle ántes que llegue.
16 Y quando oyó esta conspi-
racion un hijo de la hermana de
Pablo, fué, y entró en la forta-
leza, y dió aviso á Pablo.
17 Y Pablo, llemando á uno
de los Centuriones, dixo: Lleva
este mozo al Tribuno, porque
tiene cierto aviso que darle.
18 Y tomándole él consigo, le
llevó al Tribuno, y dixo: El
preso Pablo me rogó que tra-
xese á tí este mozo, porque tiene
algo que hablarte.
19 Y tomándole el Tribuno
de la mano, y retirándole aparte,
le preguntó: ¿Que es lo que
tienes que decirme?
20 Y él dixo; los Judíos han
concertado rogarte, que mañana
presentes á Pablo al Concilio,
como que quieren inquirir de él
alguna cosa mas cierta:
21 Mas tú no los creas, por-
que hay mas de quarenta de
ellos, que lo acechan, y han ju-
rado so pena de maldicion, que
no comerán ni beberán, hasta
que le maten; y ahora están ya
apercibidos, aguardando que tú
se lo prometas.
22 Entónces el Tribuno des-
pidió al mozo, y le mandó que á
nadie dixese que le habia dado
aviso de esto.
23 Y llamando dos Centurio-

nes, les dixo: Tened prontos
doscientos soldados, que vayan
hasta Cesaréa, y setenta de á
caballo y doscientas lanzas des-
de la hora tercera de la noche:
24 Y aparejad cabalgaduras en
que sea conducido Pablo á ca-
ballo con toda seguridad al Go-
bernador Felix.
25 (Porque temió no se le ar-
rebatasen los Judíos, y le mata-
sen, y despues le calumniasen á
él de haber recibido dinero:)
26 Y escribió una carta en es-
tos términos: CLAUDIO Lisias
al Optimo Gobernador Felix
salud.
27 A este hombre, que pren-
diéron los Judíos, y estaban á
punto de matarle, sobreviniendo
yo con la tropa le libré, enten-
diendo que era Romano:
28 Y queriendo saber el de-
lito de que le acusaban, le llevé
al Concilio de ellos.
29 Y hallé, que le acusaban
sobre qüestiones de la ley de
ellos, sin haber en él delito al-
guno que mereciese muerte, ó
prision.
30 Y habiéndoseme avisado
que los Judíos le tenian puestas
asechanzas, le envié á tí, inti-
mando tambien á los acusadores,
que acudan á tí. Ten salud.
31 Los soldados pues, con-
forme á la órden que tenian, to-
máron á Pablo, y le lleváron de
noche á Antipatride.
32 Y el dia siguiente dexando
á los de á caballo que fuesen
con él, se volviéron á la guar-
nicion.
33 Y quando llegáron á Ce-
saréa, entregáron la carta al
Gobernador, y presentáron tam-
bien á Pablo delante de él.
34 Y habiéndola leido, y pre-
guntado de que provincia era; y
sabido que era de Cilicia,
35 Le dixo: Te oiré quando
vinieren tus acusadores. Y dió
órden que fuese guardado en el
pretorio de Heródes.

CAPITULO XXIV.

1 Y de allí á cinco dias
vino Ananías el Prín-
cipe de los Sacerdotes con algu-
nos Ancianos, y con un cierto
Tértulo orador, y comparecié-
ron ante el Gobernador contra
Pablo.
2 Y citando á Pablo, comenzó
Tértulo á acusarle, diciendo:
Como sea que nosotros por tí vi-
vamos en grande paz, y muchas
cosas sean corregidas por tus
providencias;
3 En todo tiempo y lugar lo
reconocemos, Optimo Felix, con
todo hacimiento de gracias.
4 Mas por no detenerte mu-
cho tiempo, te ruego, que segun
tu clemencia nos oigas un breve
rato.
5 Hemos hallado que este
hombre es pestilencial, y que
levanta sediciones á los Judíos
por todo el mundo, y es cabeza
de la secta sediciosa de los Na-
zarenos:
6 El qual intentó además pro
fanar el templo. Y habiéndole
prendido, le quisimos juzgar se-
gun nuestra ley.
7 Mas sobreviniendo el Tri-
buno Lisias, con gran violencia
nos le quitó de las manos,
8 Mandando que acudiesen á
tí sus acusadores. De él po-
drás tú mismo juzgando, tomar
conocimiento de todas estas co-
sas de que le acusamos.
9 Y tambien los Judíos aña-
diéron, diciendo que esto era así.

10 Mas Pablo, haciéndole señal el Gobernador que hablase, respondió: Sabiendo que eres Juez de esta nacion muchos años ha, con buen ánimo satisfaré por mí.

11 Porque puedes fácilmente saber, que no hay mas de doce dias que yo subí á Jerusalém á adorar:

12 Y ni me halláron en el templo disputando con alguno, ni haciendo concurso de gente, ni en las Sinagogas,

13 Ni en la ciudad; ni te pueden probar las cosas de que ahora me acusan.

14 Pero confieso esto delante de tí, que segun la secta que ellos dicen heregía, sirvo yo á mi Padre y Dios, creyendo todas las cosas que están escritas en la Ley, y en los Profetas:

15 Teniendo esperanza en Dios, como ellos mismos esperan, que ha de ser la resurreccion de los justos, y de los pecadores.

16 Y por esto procuro tener siempre mi conciencia sin tropiezo delante de Dios, y de los hombres.

17 Y despues de muchos años vine á mi gente á hacer limosnas, y ofrendas, y votos.

18 Y en esto me halláron purificado en el templo; no con gente, ni con alboroto.

19 Y estos fuéron unos Judíos de Asia, que debian comparecer ante tí, y acusarme, si tenian algo contra mí:

20 O estos mismos digan, si halláron en mí maldad alguna, quando yo comparecí en el Concilio,

21 Sino solo de estas palabras, que proferí en alta voz estando en medio de ellos: Por la resurreccion de los muertos soy yo juzgado hoy de vosotros.

22 Felix pues, sabiendo ciertamente las cosas de este camino, los remitió á otro tiempo, diciendo: Quando viniere el Tribuno Lisias, os daré audiencia.

23 Y le mandó guardar á un Centurion, y que tuviese alivio, y que no vedase á ninguno de los suyos entrar á asistirle.

24 Y despues de algunos dias vino Felix con Drusila su muger, que era Judía; y llamó á Pablo, y le oyó hablar de la fé, que es en Jesu-Cristo.

25 Mas como disputase Pablo de la justicia, y de la castidad, y del juicio que ha de venir, espantado Felix, dixo: Por ahora vete, que quando fuere menester te volveré á llamar:

26 Esperando asimismo, que Pablo le daria dinero; y por eso le hacia llamar muchas veces, y hablaba con él.

27 Mas al cabo de dos años, tuvo Felix por sucesor á Pórcio Festo. Y queriendo ganar la gracia de los Judíos, dexó á Pablo en prisiones.

CAPITULO XXV.

1 FESTO pues, entrado en la provincia, al cabo de tres dias subió de Cesarêa á Jerusalém.

2 Y los Príncipes de los Sacerdotes, y los principales de los Judíos acudiéron á él contra Pablo; y le rogaban,

3 Pidiendo favor contra él, para que le mandase venir á Jerusalém, poniéndole asechanzas para asesinarle en el camino.

4 Mas Festo les respondió,

que estaba guardado Pablo en Cesaréa; y que él quanto ántes partiria.

5 Y los principales, dixo, de vosotros vengan conmigo; y si hay algun delito en este hombre, acúsenle.

6 Y habiéndose detenido entre ellos no mas de ocho ó diez dias, baxó á Cesaréa; y el dia siguiente se sentó en el tribunal, y mandó traer á Pablo.

7 Y quando fué llevado, le rodeáron los Judíos, que habian venido de Jerusalém, acusándole de muchos y graves delitos, que no podian probar,

8 Y Pablo se defendia, diciendo: En nada he pecado, ni contra la Ley de los Judíos, ni contra el templo, ni contra César.

9 Mas Festo, queriendo congraciarse con los Judíos, respondió á Pablo, y dixo: ¿Quieres subir á Jerusalém, y ser allí juzgado de estas cosas delante de mí?

10 Y Pablo dixo: Ante el tribunal de César estoy, donde conviene que sea juzgado; ningun mal he hecho yo á los Judíos, como tú lo sabes mejor.

11 Y si les he hecho algun agravio, ó cosa digna de muerte, no rehuso morir; mas si nada hay de aquello, de que estos me acusan, ninguno me puede entregar á ellos; al César apelo.

12 Entónces Festo, despues de haber hablado con el Concilio, respondió: ¿Al César has apelado? al César irás.

13 Y pasados algunos dias, el Rey Agrippa y Berenice viniéron á Cesaréa á saludar á Festo.

14 Y deteniéndose allí muchos dias, Festo dió noticia al Rey de Pablo, diciendo: Felix dexó aquí un cierto preso,

15 Sobre el qual, quando estuve en Jerusalém, acudiéron á mí los Príncipes de los Sacerdotes, y los Ancianos de los Judíos, pidiendo que le condenase.

16 A los quales respondí: Que no es costumbre de los Romanos condenar á ningun hombre, sin que el acusado tenga presentes á sus acusadores, y sin darle lugar de defensa para justificarse de los cargos.

17 Y habiendo ellos acudido acá sin la menor dilacion, al otro dia me senté en mi tribunal, y mandé traer á este hombre.

18 A quien, estando presentes sus acusadores, ningun delito opusiéron, de los que yo sospechaba:

19 Solamente tenian contra él algunas qüestiones sobre su supersticion, y sobre un cierto Jesus difunto, el qual Pablo afirmaba vivir.

20 Y dudando yo de semejante qüestion, le dixe, si queria ir á Jerusalém, y allí ser juzgado de estas cosas.

21 Mas apelando Pablo, que se le reservase para el juicio de Augusto, mandé que le guardasen, hasta que yo le envie al César.

22 Entónces Agrippa dixo á Festo: Yo tambien queria oir á ese hombre. Y respondió él: Pues mañana le oirás.

23 Y al otro dia viniendo Agrippa y Berenice con grande ostentacion, y habiendo entrado en la Audiencia con los Tribunos, y con las personas principales de la ciudad, fué presentado Pablo por órden de Festo.

24 Y dixo Festo: Rey Agrip-

pa, y todos los que aquí estais
con nosotros, veis á este hombre
contra quien todo el pueblo de
los Judíos hizo recurso á mí en
Jerusalém, pidiendo á grandes
voces, que no convenia que él
viviese mas.
25 Y yo he hallado, que no
ha hecho cosa alguna digna de
muerte. Mas habiendo él mismo
apelado á Augusto, he determinado
enviársele.
26 Del qual no tengo cosa
cierta, que escribir al Señor.
Por lo qual os lo he presentado,
y mayormente á tí, ó Rey Agrippa,
para tener que escribirle
despues de hecha la informacion.
27 Porque me parece sinrazon
enviar un hombre preso, y
no informar de las acusaciones,
que le hacen.

CAPITULO XXVI.

1 Y dixo Agrippa á Pablo:
Te se permite hablar
por tí mismo. Entónces Pablo,
extendiendo la mano, comenzó
á dar razon de sí.
2 Debiendo yo hacer hoy mi
defensa en tu presencia, ó Rey
Agrippa, de todo quanto me acusan
los Judíos, me tengo por dichoso.
3 Mayormente que tú sabes
todas las cosas, y las costumbres,
y qüestiones que hay entre los
Judíos; por lo qual yo te suplico,
que me oigas con paciencia.
4 Y en verdad la vida, que
hice en Jerusalém entre los de
mi nacion desde el principio de
mi juventud, la saben todos los
Judíos,
5 Los quales me conocen desde
mis principios (si quieren dar
de ello testimonio) porque yo segun
la secta mas segura de nuestra
religion viví Fariséo.
6 Y ahora soy acusado en juicio
por esperar la promesa, que
fué hecha por Dios á nuestros
padres:
7 La qual nuestras doce tribus,
sirviendo á Dios de noche y
de dia, esperan ver cumplida.
Por esta esperanza, ó Rey, soy
acusado de los Judíos.
8 ¿Pues que se tiene por cosa
increible entre vosotros, que
Dios resucite los muertos?
9 Y yo en verdad habia pensado,
que debia hacer la mayor
resistencia contra el nombre de
Jesus Nazareno.
10 Y así lo hice en Jerusalém,
y yo encerré en cárceles á
muchos Santos, habiendo recibido
poder de los Príncipes de los
Sacerdotes; y quando los hacian
morir, consentí tambien en
ello.
11 Y muchas veces castigándolos
por todas las sinagogas, los
forzaba á blasfemar. Y enfureciéndome
mas y mas contra ellos,
los perseguia hasta en las ciudades
extrañas.
12 En las quales cosas, yendo
á Damasco con poder y comision
de los Príncipes de los Sacerdotes,
13 Al medio dia ví, ó Rey, en
el camino una lumbre del cielo,
que sobrepujaba el resplandor
del Sol, que me rodeó á mí, y á
los que iban conmigo.
14 Y habiendo caido todos nosotros
en tierra, oí una voz que
me decia en lengua Hebréa,
Saulo, Saulo, ¿por que me persigues?
Dura cosa te es cocear
contra el aguijon.
15 Y yo dixe: ¿Quien eres,
Señor? Y el Señor dixo: Yo

soy Jesus, á quien tú persigues.
16 Mas levántate, y está sobre tus pies; porque por esto te he aparecido, para ponerte por ministro y testigo de las cosas, que has visto, y de las que yo te mostraré en mis apariciones.
17 Librándote del Pueblo y de los Gentiles, á los quales yo te envio ahora,
18 Para que les abras los ojos, y se conviertan de las tinieblas á la luz, y del poder de Satanás á Dios, y para que reciban perdon de sus pecados, y suerte entre los Santos por la fé, que es en mí.
19 Por lo qual, ó Rey Agrippa, no fuí desobediente á la vision celestial.
20 Sino que prediqué primeramente á los de Damasco, y despues en Jerusalém, y por toda la tierra de Judéa, y á los Gentiles, que hiciesen penitencia, y se convirtiesen á Dios, haciendo obras dignas de penitencia.
21 Por esta causa, estando yo en el templo, me prendiéron los Judíos, y me quisiéron matar.
22 Mas asistido del socorro de Dios, permanezco hasta el dia de hoy, dando testimonio de ello á chicos y á grandes, no diciendo otras cosas fuera de aquellas, que dixéron los Profetas y Moisés, que habian de acontecer,
23 Que el Cristo habia de padecer, que habia de ser el primero de la resurreccion de los muertos, para anunciar la luz al pueblo y á las gentes.
24 Diciendo él estas cosas en su defensa, dixo Festo en alta voz: Estás loco, Pablo; las muchas letras te sacan fuera de sentido.
25 Y Pablo: No estoy yo loco, dixo, Optimo Festo; mas digo palabras de verdad y de cordura.
26 Porque de estas cosas tiene conocimiento el Rey, en cuya presencia hablo con toda libertad; pues creo que nada de ello se le encubre. Porque no han sido hechas estas cosas en algun rincon.
27 ¿Crees, ó Rey Agrippa, á los Profetas? Yo sé, que sí crees.
28 Entónces Agrippa dixo á Pablo: Por poco me persuades á hacerme Cristiano.
29 Y Pablo: Plugiese á Dios que por poco y por mucho, no tan solamente tú, sino tambien todos quantos me oyen, fuéseis hechos hoy tales, qual yo soy, salvo estas prisiones.
30 Y se levantó el Rey, y el Gobernador, y Berenice, y los que estaban sentados junto á ellos.
31 Y retirándose de allí, hablaban los unos con los otros, diciendo: Este hombre no ha hecho cosa por la qual deba morir, ni estar preso.
32 Y Agrippa dixo á Festo: Podia este hombre darse por libre, si no hubiera apelado al César.

CAPITULO XXVII.

1 MAS como fué determinado enviarle por mar á Italia, y que Pablo fuese entregado con otros presos á un Centurion llamado Julio de la cohorte Augusta,
2 Entrando en un navío Adrumetino, nos hicimos á la vela,

costeando las tierras de Asia, y llevando en nuestra compañía á Aristarco Macedonio de Tesalónica.

3 Y el dia siguiente arribamos á Sidón; y Julio tratando á Pablo con humanidad, le permitió ir á sus amigos, para que se proveyese de lo necesario.

4 Y quando movimos de allí, fuimos navegando por debaxo de Chipre, porque eran los vientos contrarios.

5 Y habiendo pasado la mar de Cilicia y de Panfilia, llegamos á Listra, que es de la Licia:

6 Y hallando allí el Centurion un navío de Alexandría, que iba á Italia, nos trasportó á él.

7 Y como muchos dias navegásemos lentamente, y apénas pudiésemos avistar á Gnido, siéndonos contrario el viento, fuimos costeando la Isla de Candía junto á Salmón:

8 Y navegando con mucho trabajo lo largo de la costa, llegamos á un lugar, que se llama Buenos-puertos, cerca del qual estaba la ciudad de Talassa.

9 Y como se hubiese gastado mucho tiempo, y no fuese ya segura la navegacion, por quanto era ya pasado el ayuno, Pablo los alentaba,

10 Diciéndoles: Varones, veo que la navegacion comienza á ser muy trabajosa, y con mucho daño, no solamente del navío, y de su carga, mas aun de nuestras vidas.

11 Pero el Centurion daba mas crédito al Piloto, y al Maestre de la nave, que á lo que Pablo decia.

12 Y como el puerto no fuese bueno para invernar, los mas fuéron de parecer que se saliese de allí por si se podia arribar á Fenice, para invernar en ella, por ser un puerto de Candía, que mira al Africo, y al Coro.

13 Y corriendo viento de Mediodia, pensando tener ya logrado su intento, levantando anclas desde Assón, iban costeando la Candía.

14 Mas de allí á poco dió contra la nave un viento tempestuoso, llamado Euroaquilon.

15 Y siendo ella arrebatada, y no pudiendo resistir al viento, éramos llevados, dexada la nave á los vientos.

16 Y arrojados de la corriente á una pequeña isla, llamada Cauda, apénas pudimos ganar el esquife.

17 Y recogiéndole, se valian de todos los medios, ciñendo el navío, y temerosos de dar en la Sirte, caladas las velas, eran así llevados.

18 Y agitados de lo recio de la tormenta, el dia siguiente alijáron:

19 Y al tercero dia arrojáron tambien con sus manos los aparejos de la nave.

20 Y no pareciendo por muchos dias Sol ni estrellas, y amenazados de una tempestad deshecha, teníamos ya perdida toda la esperanza de nuestra salud.

21 Y habiendo estado mucho tiempo sin comer, se levantó entónces Pablo en medio de ellos, y dixo: Hubiera sin duda convenido, ó varones, siguiendo mi consejo, no haber salido de Candía, y evitar este peligro, y daño.

22 Mas ahora os amonesto que tengais buen ánimo. Por-

que no perecerá ninguno de vosotros, sino solamente el navío.

23 Porque esta noche me apareció el Angel de Dios, de quien yo soy, y á quien sirvo,

24 Diciendo: No temas, Pablo; es necesario que comparezcas delante de César; y he aquí que Dios te ha hecho gracia de todos los que navegan contigo.

25 Por lo qual, varones, tened buen ánimo; porque confio en Dios que será así como se me ha dicho.

26 Mas es necesario que demos en una isla.

27 Y quando llegó la noche del dia catorce, como navegásemos por el mar Adriático, los marineros cerca de la media noche sospecháron que se les descubria alguna tierra.

28 Y echando la sonda, halláron veinte pasos; despues un poco mas adelante, halláron quince pasos.

29 Y temiendo que diésemos en algun escollo, echáron quatro áncoras desde la popa, y deseaban que viniese el dia.

30 Y los marineros queriendo huir del navío, echáron el esquife en la mar, con pretexto de querer largar las anclas de proa,

31 Dixo Pablo al Centurion, y á los soldados: Si estos hombres no permanecen en el navío, vosotros no podeis salvaros.

32 Entónces los soldados cortáron las amarras del esquife, y lo dexáron perder.

33 Y quando comenzó á aparecer el dia, rogaba Pablo á todos que comiesen algo, diciendo: Catorce dias ha que estais esperando en ayunas, y sin tomar nada.

34 Por tanto por vuestra salud os ruego que comais; porque no perecerá ni un solo cabello de la cabeza de ninguno de vosotros.

35 Y dicho esto, tomando pan, dió gracias á Dios en presencia de todos; y partiéndole, comenzó á comer.

36 Con esto tomáron todos aliento, y comiéron tambien ellos.

37 Y todas las personas que ibamos en el navío eramos doscientas y setenta y seis.

38 Y saciados de comida, alijaban el navío, arrojando el trigo á la mar.

39 Y aunque se hizo de dia, no conociéron la tierra; solamente veian una ensenada que tenia ribera, y pensaban como podrian encallar allí el navío.

40 Y alzando las anclas, se dexaban llevar de la mar; y largando tambien las ataduras de los gobernalles, y alzada la vela del artemon para tomar el viento, iban ácia la playa.

41 Mas dando en un lugar de dos aguas, encalláron el navío; y hincada la proa, estaba sin moverse, y la popa se abria con los golpes de la mar.

42 Entónces el parecer de los soldados fué que matasen á los presos; porque ninguno huyese, escapándose á nado.

43 Mas el Centurion, queriendo salvar á Pablo, vedó que no lo hiciesen; y mandó, que los que supiesen nadar, se arrojasen los primeros, y que saliesen á tierra:

44 Y los demas fuéron sacados unos en tablas, y otros sobre los despojos del navío; y así se logró, que todos saliesen salvos á tierra.

CAPITULO XXVIII.

1 Y estando ya en salvo, supimos que la isla se llamaba Melita. Y los Bárbaros nos tratáron con mucha humanidad.

2 Porque encendiendo una grande hoguera, nos reparáron á todos á causa de la lluvia que estaba encima, y del frio.

3 Y habiendo allegado Pablo una porcion de sarmientos, y metiéndolos en el fuego, saltó por el calor una víbora, y le travó de la mano.

4 Y quando los Bárbaros viéron la bestia colgando de su mano, se decian los unos á los otros: Este hombre ciertamente es un homicida, pues habiendo escapado de la mar, la venganza no le dexa vivir.

5 Mas él sacudió la vívora en el fuego, y no sintió mal ninguno.

6 Pero ellos creían que se iria hinchando, y que caeria muerto de repente. Mas despues de haber esperado largo rato, quando viéron que no le sobrevenia mal ninguno, mudando de parecer, decian que él era Dios.

7 Y en aquellos lugares habia unas tierras del Príncipe de la isla, que se llamaba Publio, el qual nos hospedó en su casa tres dias, y nos trató muy bien.

8 Y acaeció que el padre de Publio se hallaba á la sazon en cama afligido de fiebres, y dysenteria. Entró Pablo á verle; y haciendo oracion, y poniendo sobre él las manos, le sanó.

9 Y hecho esto, venian quantos en la isla tenian enfermedades, y quedaban sanos:

10 Los quales asimismo nos hiciéron muchas honras, y quando nos embarcamos, nos proveyéron de todo lo necesario.

11 Y despues de tres meses entramos en un navío de Alexandría, que habia pasado el invierno en la isla, que tenia por divisa á Castor y á Polux.

12 Y como llegamos á Siracusa, nos detuvimos allí tres dias.

13 Costeando desde allí fuimos á Regio; y teniendo otro dia viento meridional, llegamos el segundo á Puzol;

14 Donde hallados algunos hermanos, nos rogáron que estuviésemos en su compañía siete dias; y en seguida venimos á Roma.

15 Y quando lo oyéron los hermanos, nos saliéron á recibir hasta el Foro de Apio, y las tres posadas; y quando los vió Pablo, dió gracias á Dios, y tomó aliento.

16 Y como llegamos á Roma, le permitiéron á Pablo estar en casa particular con un soldado que le guardase.

17 Y tres dias despues convocó Pablo á los principales de los Judíos. Y estando juntos, les dixo: Varones hermanos, aunque yo nada he hecho contra el Pueblo, ni contra los ritos paternos, fuí preso en Jerusalém, y entregado en manos de los Romanos:

18 Los quales habiéndose informado de mí, me quisiéron dar por libre, no hallando cosa por la que yo debiese morir.

19 Mas oponiéndose los Judíos, me ví obligado á apelar á César; no como que yo tenga de que acusar á mi nacion.

20 Pues por esto os he llamado, para veros y hablaros; por-

que por la esperanza de Israél estoy rodeado de esta cadena.

21 Entónces ellos le respondiéron: Nosotros ni hemos recibido cartas de la Judéa sobre tí, ni ninguno de los hermanos vino á avisarnos ó decirnos mal ninguno de tí.

22 Mas quisiéramos oir de tí que es lo que entiendes; pues de esta secta nos es notorio, que en todas partes se le contradice.

23 Y ellos habiéndole señalado dia, viniéron en gran número á él á su alojamiento; á los quales predicaba dando testimonio del reyno de Dios, y demostraba lo que está dicho de Jesus por la Ley de Moisés, y por los Profetas, desde la mañana hasta la tarde.

24 Y algunos creían lo que se les decia, y otros no lo creían.

25 Y como no estuviesen entre sí acordes, estaban para retirarse, quando les dixo Pablo esta palabra: Bien habló el Espíritu Santo por el Profeta Isaías á nuestros Padres,

26 Diciendo: Vé á ese pueblo, y díles: De oido oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no percibiréis.

27 Porque se ha embotado el corazon de este pueblo, y de los oídos oyéron pesadamente, y apretáron sus ojos; porque no vean de los ojos, y oigan de los oidos, y entiendan del corazon, y se conviertan, y los sane.

28 Pues os hago saber á vosotros que á los Gentiles es enviada esta salud de Dios, y ellos oirán.

29 Y acabando de decir esto, se saliéron de allí los Judíos, teniendo entre sí grande contienda.

30 Y Pabló permaneció dos años enteros en la casa, que tenia alquilada; y recibia á todos los que venian á verle,

31 Predicando el reyno de Dios, y enseñando las cosas que son del Señor Jesu-Cristo con toda libertad, sin prohibicion.

EPISTOLA
DE SAN PABLO
A LOS ROMANOS.

CAPITULO I.

1 PABLO, siervo de Jesu-Cristo, llamado Apóstol, escogido para el Evangelio de Dios,

2 El qual habia prometido ántes por sus Profetas en las santas Escrituras.

3 Acerca de su Hijo, que le fué hecho del linage de David segun la carne,

4 El que ha sido predestinado Hijo de Dios con poder segun el espíritu de santificacion por la resurreccion de Jesu-Cristo Señor nuestro de entre los muertos:

5 Por el qual habemos recibido gracia, y Apostolado para

que se obedezca á la fé en todas
las gentes por su nombre,
6 Entre las que tambien vo-
sotros sois llamados de Jesu-
Cristo:
7 A todos los que están en
Roma, amados de Dios, llamados
santos. Gracia á vosotros, y
paz de Dios nuestro Padre, y del
Señor Jesu-Cristo.
8 Primeramente doy gracias
á mi Dios por Jesu-Cristo acer-
ca de todos vosotros; porque
vuestra fé es divulgada por todo
el mundo.
9 Porque Dios, á quien sirvo
en mi espíritu en el Evangelio
de su Hijo, me es testigo, que
sin cesar hago mencion de voso-
tros,
10 Rogándole siempre en mis
oraciones, que me abra por fin
algun camino favorable, siendo
esta su voluntad, para ir á voso-
tros.
11 Porque os deseo ver, para
comunicaros alguna gracia espi-
ritual con que seais confirmados:
12 Esto es, para consolarme
juntamente con vosotros por
aquella fé que tenemos los unos
y los otros, vuestra y mia.
13 Mas no quiero que igno-
reis, hermanos, que muchas ve-
ces he propuesto ir á vosotros (y
he sido impedido hasta ahora)
para lograr tambien algun fruto
entre vosotros, como entre las
otras naciones.
14 Soy deudor á Griegos, y á
Bárbaros, á sabios, y á igno-
rantes:
15 Y así (quanto está en mí)
estoy pronto para anunciar el
Evangelio á vosotros, que estais
en Roma.
16 Pues no me avergüenzo
del Evangelio: Que es virtud de
Dios para salud á todo el que
cree; al Judío primero, y al
Griego.
17 Porque la justicia de Dios
se descubre en él de fé en fé,
como está escrito: Que el justo
vive de fé.
18 Porque la ira de Dios se
manifiesta del cielo contra toda
la impiedad, é injusticia de
aquellos hombres, que detienen
la verdad de Dios en injusticia:
19 Puesto que lo que se puede
conocer de Dios, les es manifies-
to á ellos. Porque Dios se lo
manifestó.
20 Porque las cosas de él in-
visibles, se ven despues de la
creacion del mundo, considerán-
dolas por las obras criadas; aun
su virtud eterna, y su divinidad;
de modo que son inexcusables.
21 Pues aunque conociéron á
Dios, no le glorificáron como á
Dios, ó diéron gracias; ántes se
desvaneciéron en sus pensamien-
tos, y se obscureció su corazon
insensato:
22 Porque teniéndose ellos
por sabios, se hiciéron necios.
23 Y mudáron la gloria del
Dios incorruptible en semejanza
de figura de hombre corruptible,
y de aves, y de quadrúpedos, y
de sierpes.
24 Por lo qual los entregó
Dios á los deseos de su corazon,
á la inmundicia; de modo que
deshonráron sus cuerpos en sí
mismos:
25 Los quales mudáron la ver-
dad de Dios en la mentira; y
adoráron, y sirviéron á la cria-
tura ántes que al Criador, el
qual es bendito por los siglos.
Amen.
26 Por esto los entregó Dios
á pasiones vergonzosas. Porque

sus mugeres mudáron el natural
uso, en otro uso que es contra
naturaleza.
27 Y asimismo los hombres
dexáron el natural uso de las
mugeres, y ardiéron en sus de-
seos mutuamente, haciendo unos
con otros cosas nefandas, y re-
cibiendo en sí mismos la paga
que era debida á su pecado.
28 Y como no diéron pruebas
de que conociesen á Dios, así
los entregó Dios á un réprobo
sentido, para que hiciesen cosas,
que no convienen,
29 Llenos de toda iniquidad,
de malicia, de fornicacion, de
avaricia, de maldad; llenos de
envidia, de homicidios, de con-
tiendas, de engaño, de maligni-
dad; chismosos,
30 Murmuradores, aborreci-
dos de Dios, injuriadores, sober-
bios, altivos, inventores de ma-
les, desobedientes á sus padres,
31 Necios, inmodestos, malé-
volos, sin fé, sin misericordia:
32 Los que habiendo conoci-
do la justicia de Dios, no enten-
diéron, que los que tales cosas
hacen, son dignos de muerte; y
no tan solamente los que estas
cosas hacen, sino tambien los
que consienten á los que las
hacen.

CAPITULO II.

1 POR lo qual eres inex-
cusable, tú hombre,
qualquiera que juzgas. Porque
en lo mismo en que juzgas á
otro, á tí mismo te condenas;
porque haces esas mismas cosas,
que juzgas.
2 Porque sabemos, que el jui-
cio de Dios es segun verdad
contra aquellos que hacen tales
cosas.
3 Y tú, hombre, que juzgas á
aquellos que hacen tales cosas,
y executas las mismas, ¿piensas
que escaparás del juicio de
Dios?
4 ¿O menosprecias las rique
zas de su bondad, y paciencia, y
longanimidad? ¿No sabes, que
la benignidad de Dios te convida
á penitencia?
5 Mas por tu dureza y cora-
zon impenitente, atesoras para
tí ira en el dia de la ira, y de la
revelacion del justo juicio de
Dios,
6 El qual retribuirá á cada
uno segun sus obras:
7 Esto es, con la vida eterna,
á los que perseverando en hacer
obras buenas, buscan gloria, y
honra, é inmortalidad;
8 Mas con ira, é indignacion,
á los que son de contienda, y
que no se rinden á la verdad,
sino que obedecen á la injus-
ticia.
9 Tribulacion y angustia será
sobre toda alma de hombre, que
obra mal; del Judío primera-
mente, y del Griego:
10 Mas gloria, y honra, y paz
á todo obrador del bien; al Ju-
dío primeramente, y al Griego:
11 Porque no hay acepcion de
personas para con Dios.
12 Porque todos los que sin
Ley pecáron, sin Ley perece-
rán; y quantos en Ley pecáron,
por Ley serán juzgados.
13 Porque no son justos de-
lante de Dios los que oyen la
Ley, mas los hacedores de la
Ley serán justificados.
14 Porque quando los Gen-
tiles que no tienen Ley natu-
ralmente hacen las cosas de la
Ley, estos tales que no tienen
Ley, ellos son Ley á sí mismos:

15 Que demuestran la obra de la Ley escrita en sus corazones, dando testimonio á ellos su misma conciencia, y los pensamientos de dentro, que unas veces los acusan, y otras los defienden,

16 En el dia, en que Dios juzgará las cosas ocultas de los hombres segun mi Evangelio por Jesu-Cristo.

17 Mas si tú, que llevas el sobrenombre de Judío, y reposas sobre la Ley, y te glorías en Dios,

18 Y sabes su voluntad, y distingues lo que es mas provechoso, instruido por la Ley,

19 Y te tienes por guia de ciegos, lumbre de aquellos que están en tinieblas,

20 Doctor de ignorantes, Maestro de niños, que tienes la regla de la ciencia y de la verdad en la Ley.

21 Tú pues, que á otro enseñas, no te enseñas á tí mismo; tú que predicas, que no se ha de hurtar, hurtas;

22 Tú, que dices que no se haga adulterio, lo cometes; tú, que abominas los ídolos, los adoras sacrílegamente;

23 Tú, que te glorías en la Ley, deshonras á Dios quebrantando la Ley.

24 (Porque el nombre de Dios por vosotros es blasfemado entre las Gentes, así como está escrito.)

25 La circuncision en verdad aprovecha, si guardares la Ley; mas si quebrantares la Ley, tu circuncision se convirtió en prepucio.

26 Pues si el incircunciso guardare los preceptos de la Ley; ¿no es cierto, que su prepucio será estimado como circuncision?

27 Y si el que naturalmente es incircunciso, cumple perfectamente la Ley, te juzgará á tí, que con la letra y con la circuncision eres transgresor de la Ley.

28 Porque no es Judío el que lo es manifiestamente; ni es circuncision, la que se hace exteriormente en la carne:

29 Mas es Judío, el que lo es en lo interior; y la circuncision de corazon es en espíritu, y no en letra; cuya alabanza no es de los hombres, sino de Dios.

CAPITULO III.

1 QUE pues tiene de mas el Judío? ¿ó que provecho el de la circuncision?

2 Mucho en todas maneras. Primero porque les fuéron confiados los oráculos de Dios.

3 ¿Pues que si algunos de ellos no creyéron? ¿Por ventura su incredulidad hará vana la fidelidad de Dios? No por cierto.

4 Porque Dios es veraz; y todo hombre falaz, como está escrito: Para que seas reconocido fiel en tus palabras; y venzas, quando seas juzgado.

5 Pues si nuestra injusticia encarece la justicia de Dios, ¿que dirémos? ¿Es por ventura Dios injusto, que castiga en ira?

6 (Como hombre hablo:) No por cierto; de otra manera, ¿como juzgará Dios á este mundo?

7 Porque si la verdad de Dios por mi mentira creció á gloria suya; ¿por que soy yo todavía juzgado como pecador?

8 Y no (como somos denosta-

dos, y como algunos dicen, que
decimos nosotros) que hagamos
males, para que vengan bienes;
la condenacion de los quales es
justa.
9 Pues que ¿tenemos nosotros
alguna ventaja sobre ellos?
En ninguna manera. Porque
ya hemos probado, que Judíos y
Gentiles están todos debaxo de
pecado,
10 Así como está escrito: No
hay ninguno justo:
11 No hay quien entienda, no
hay quien busque á Dios.
12 Todos se desviáron, á una
se hiciéron inútiles; no hay
quien haga bien, no hay ni uno
solo.
13 La garganta de ellos es sepulcro
abierto, con sus lenguas
fabricaban engaños; veneno de
áspides baxo los labios de ellos:
14 Cuya boca está llena de
maldicion y de amargura:
15 Veloces los pies de ellos,
para derramar sangre:
16 Quebranto y calamidad en
los caminos de ellos:
17 Y no conociéron camino
de paz:
18 No hay temor de Dios delante
de los ojos de ellos.
19 Sabemos pues, que quanto
la Ley dice, á aquellos que en
la Ley están lo dice; para que
toda boca sea cerrada, y todo el
mundo se sujete á Dios:
20 Porque por las obras de la
Ley no será justificado ningun
hombre delante de él; porque
por la Ley es el conocimiento
del pecado.
21 Mas ahora sin la Ley se
ha manifestado la justicia de
Dios; atestiguada por la Ley, y
por los Profetas:
22 Y la justicia de Dios es
por la fé de Jesu-Cristo para todos,
y sobre todos los que creen
en él; porque no hay distincion:
23 Pues todos pecáron, y
tienen necesidad de la gloria de
Dios.
24 Justificados gratuitamente
por la gracia del mismo, por la
redencion, que es en Jesu-Cristo,
25 A quien Dios ha propuesto
en propiciacion por la fé en su
sangre, á fin de manifestar su
justicia por la remision de los
pecados pasados;
26 En la paciencia de Dios,
para demostrar su justicia en
este tiempo; á fin que él sea
hallado justo, y justificador de
aquel, que tiene la fé de Jesu-Cristo.
27 ¿Donde está pues el motivo
de su gloria? Excluida queda.
¿Por que ley? ¿De las
obras? No; sino por la Ley de
la fé.
28 Y así concluimos, que es
justificado el hombre por la fé,
sin las obras de la Ley.
29 ¿Por ventura Dios es solamente
de los Judíos? ¿no lo es
tambien de los Gentiles? Sí
por cierto, es tambien de los
Gentiles.
30 Porque en verdad un solo
Dios es, que por la fé justifica la
circuncision, y por la fé el prepucio.
31 ¿Destruimos pues la Ley
por la fé? No por cierto: ántes
establecemos la Ley.

CAPITULO IV.

1 ¿PUES que dirémos que
halló Abraham nuestro
padre segun la carne?
2 Porque si Abraham fué jus-

tificado por las obras, tiene de que gloriarse, mas no delante de Dios.

3 ¿Que es pues lo que dice la Escritura? Abraham creyó á Dios; y le fué imputado á justicia.

4 Y al que obra, no se le cuenta el jornal por gracia, sino por deuda.

5 Mas al que no obra, y cree en aquel que justifica al impío, su fé le es imputada á justicia segun el decreto de la gracia de Dios.

6 Como tambien David declara la bienaventuranza del hombre á quien Dios atribuye justicia sin obras.

7 Bienaventurados aquellos, cuyas maldades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos.

8 Bienaventurado el varon á quien no imputó el Señor pecado,

9 ¿Pues esta bienaventuranza está tan solamente en la circuncision, ó tambien en el prepucio? pues decimos que la fé fué imputada á Abraham á justicia.

10 Pues como le fué imputada, ¿en la circuncision, ó en el prepucio? No en la circuncision, sino en el prepucio.

11 Y recibió la señal de la circuncision, como sello de la justicia de la fé, que tuvo en el prepucio; á fin que fuese padre de todos los que creen estando en el prepucio, y que tambien á ellos les sea imputado á justicia:

12 Y sea Padre de la circuncision, no solamente á aquellos que son de la circuncision, sino á los que siguen las pisadas de la fé, que tuvo nuestro padre Abraham ántes de ser circuncidado.

13 Porque la promesa á Abraham, ó á su posteridad, que seria heredero del mundo, no fué por la Ley, sino por la justicia de la fé.

14 Porque si los de la Ley son los herederos; queda aniquilada la fé, y la promesa sin valor.

15 Porque la Ley obra ira; puesto que en donde no hay Ley, no hay quebrantamiento.

16 Y así es por la fé, á fin que por gracia la promesa sea firme á toda su posteridad, no tan solo al que es de la Ley, sino tambien al que es de la fé de Abraham, que es padre de todos nosotros,

17 (Como está escrito: Yo te he constituido Padre de muchas gentes) delante de Dios, á quien habia creído, el qual da vida á los muertos, y llama las cosas que no son, como las que son.

18 El creyó en esperanza contra esperanza, que seria Padre de muchas gentes, segun lo que se le habia dicho: Así será tu linage.

19 Y no se enflaqueció en la fé, ni consideró su propio cuerpo ya amortiguado, siendo ya de casi cien años, ni que la virtud de concebir se habia extinguido en Sara:

20 Tampoco vaciló, ni tuvo la menor desconfianza en la promesa de Dios; ántes se fortificó en la fé, dando gloria á Dios:

21 Teniendo por muy cierto, que tambien es poderoso para cumplir todo quanto habia prometido.

22 Y por esto le fué tambien imputado á justicia.

23 Y no está escrito solamente por él, que le fué imputado á justicia:
24 Mas tambien por nosotros, á quienes será imputado si creemos en aquel, que resucitó de entre los muertos á Jesu-Cristo nuestro Señor,
25 El qual fué entregado por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificacion.

CAPITULO V.

1 JUSTIFICADOS pues por la fé, tengamos paz con Dios por nuestro Señor Jesu-Cristo:
2 Por el qual tenemos tambien la entrada por la fé á esta gracia en la qual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de los hijos de Dios.
3 Y no solamente esto, mas nos gloriamos tambien en las tribulaciones, sabiendo que la tribulacion obra paciencia,
4 Y la paciencia prueba, y la prueba esperanza:
5 Y la esperanza no trae confusion; porque la caridad de Dios está difundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que se nos ha dado.
6 ¿Pues á que fin Cristo, quando aun estabamos enfermos, murió á su tiempo por unos impíos?
7 Porque apénas hay quien muera por un justo; aunque alguno se atreva á morir por un bienhechor.
8 Mas Dios hace brillar su caridad en nosotros; porque aun quando éramos pecadores, en su tiempo.
9 Murió Cristo por nosotros: Pues mucho mas ahora que somos justificados por su sangre, serémos salvos de la ira por él mismo.
10 Porque si siendo enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo; mucho mas estando ya reconciliados, serémos salvos por su vida.
11 Y no tan solamente esto; mas nos gloriamos tambien en Dios por nuestro Señor Jesu-Cristo, por quien ahora hemos recibido la reconciliacion.
12 Por tanto así como por un hombre entró el pecado en este mundo, y por el pecado la muerte; así tambien pasó la muerte á todos los hombres por aquel, en quien todos pecáron.
13 Porque hasta la Ley el pecado estaba en el mundo; mas no era imputado el pecado quando no habia Ley.
14 Esto no obstante reynó la muerte desde Adam hasta Moysés, aun en aquellos que no habian pecado con una transgresion semejante á la de Adam, el que es figura de aquel que habia de venir.
15 Mas no es el don como el pecado. Porque si por el pecado de uno muriéron muchos; mucho mas la gracia de Dios y el don por la gracia de un solo hombre, que es Jesu-Cristo, abundó sobre muchos.
16 Y no fué el don, como el pecado por uno. Porque el juicio á la verdad fué de un pecado para condenacion; mas la gracia fué de muchos delitos para justificacion.
17 Porque si por el pecado de uno reynó la muerte por un solo hombre, mucho mas reynarán en vida por un solo Jesu-Cristo,

los que reciben la abundancia de la gracia, y del don, y de la justicia.

18 Pues como por el pecado de uno solo cayéron todos los hombres en condenacion; así tambien por la justicia de uno solo, irán todos los hombres en justificacion de vida.

19 Porque como por la desobediencia de un solo hombre muchos fuéron hechos pecadores, así tambien serán muchos hechos justos por la obediencia de uno solo.

20 Y sobrevino la Ley, para que abundase el pecado. Mas quando creció el pecado, sobrepujó la gracia.

21 Para que como reynó el pecado para muerte, así tambien reyne la gracia por justicia para vida eterna por Jesu-Cristo nuestro Señor.

CAPITULO VI.

1 ¿PUES que dirémos? ¿Perseverarémos en el pecado, para que crezca la gracia?

2 No lo permita Dios; porque los que hemos muerto al pecado, ¿como vivirémos aun en él?

3 ¿O no sabeis, que todos los que hemos sido bautizados en Jesu-Cristo, hemos sido bautizados en su muerte?

4 Porque somos sepultados con él en muerte por el bautismo; para que como Cristo resucitó de muerte á vida por la gloria del Padre; así tambien nosotros andemos en novedad de vida.

5 Porque si fuimos plantados juntamente con él á la semejanza de su muerte; lo seremos tambien á la de su Resurreccion,

6 Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre ha sido crucificado juntamente con él, para que sea destruido el cuerpo del pecado, y no sirvamos ya mas al pecado.

7 Porque el que es muerto, libre está del pecado.

8 Y si somos muertos con Cristo; creemos, que juntamente viviremos tambien con Cristo:

9 Ciertos, que habiendo Cristo resucitado de entre los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñoreará mas de él.

10 Porque en quanto al haber muerto por el pecado, murió una vez; mas en quanto al vivir vive para Dios.

11 Así tambien vosotros consideraos, que estais de cierto muertos al pecado, pero vivos para Dios en nuestro Señor Jesu-Cristo.

12 Por tanto no reyne el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que obedezcais á sus concupiscencias.

13 Ni ofrezcais vuestros miembros al pecado por instrumentos de iniquidad; mas ofrecéos á Dios, como resucitados de los muertos; y vuestros miembros á Dios, como instrumentos de justicia.

14 Porque el pecado no os dominará; puesto que no estais baxo de la Ley, sino de la gracia.

15 ¿Pues que? ¿pecarémos, porque no estamos baxo de la Ley, sino baxo de la gracia? No lo permita Dios.

16 ¿No sabeis, que á quien os ofreceis por siervos para obedecerle, sois siervos del mismo, á quien obedeceis, ó del pecado

para muerte, ó de la obediencia para justicia?

17 Pero gracias á Dios, que fuísteis siervos del pecado; mas habeis obedecido de corazon á aquella forma de doctrina, á que habeis sido entregados.

18 Y libertados del pecado, habeis sido hecho, siervos de la justicia.

19 Cosa humana os digo por la flaqueza de vuestra carne; que como para maldad ofrecisteis vuestros miembros, que sirviesen á la inmundicia, y á la iniquidad, así para santificacion ofreced ahora vuestros miembros, que sirvan á la justicia.

20 Porque quando erais siervos del pecado, fuísteis libres de la justicia.

21 ¿Y que fruto tuvísteis entónces en aquellas cosas, de que ahora os avergonzais? Pues el fin de ellas es muerte.

22 Mas ahora que estais libres del pecado, y que habeis sido hechos siervos de Dios, teneis vuestro fruto en sanctificacion, y por fin la vida eterna.

23 Porque los gages del pecado son muerte; mas la gracia de Dios es vida perdurable en nuestro Señor Jesu-Cristo.

CAPITULO VII.

1 ¿POR ventura ignorais, hermanos (pues hablo con los que saben la Ley) que la Ley tiene señorío sobre el hombre todo el tiempo que vive?

2 Porque la muger que está sujeta á marido, miéntras que vive el marido, atada está á la Ley; mas quando muere su marido, suelta queda de la Ley del marido.

3 Pues si viviendo el marido, fuere hallada con otro hombre, será llamada adúltera; mas si muriere su marido, libre es de la Ley del marido; de manera que no es adúltera si estuviere con otro marido.

4 Así tambien vosotros, hermanos míos, muertos estais á la Ley por el cuerpo de Cristo, para que seais de otro, del que resucitó de entre los muertos, á fin de que demos fruto á Dios.

5 Porque miéntras estábamos en la carne, los afectos de los pecados, que eran por la Ley, obraban en nuestros miembros, para dar fruto á la muerte.

6 Mas ahora sueltos estamos de la Ley de muerte, en la qual estábamos presos, para que sirvamos en novedad de espíritu, y no en vegez de letra.

7 ¿Pues que dirémos? ¿La Ley es pecado? En ninguna manera. Mas yo no conocí al pecado, sino por la Ley; porque no conocia la concupiscencia, si la Ley no dixera: No codiciarás.

8 Y el pecado, tomando ocasion por el mandamiento, obró en mí toda concupiscencia; porque sin la Ley el pecado estaba muerto.

9 Y yo vivia sin Ley en algun tiempo; mas quando vino el mandamiento, revivió el pecado.

10 Y yo he sido muerto; y el mandamiento que me era para vida, fué hallado serme para muerte.

11 Porque el pecado, tomando ocasion del mandamiento, me engañó, y por él me mató.

12 Y así la Ley en verdad es santa; y el mandamiento santo y justo, y bueno.

13 ¿Luego lo que es bueno se ha hecho muerte para mí? No por cierto; sino que el pecado, para mostrarse pecado, engendró en mí la muerte por lo bueno; á fin que el pecado se haga sobremanera maligno por el mandamiento.

14 Porque sabemos que la Ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido debaxo del pecado.

15 Porque lo que hago, no lo entiendo; porque no hago lo bueno que quiero; mas lo malo que aborrezco, aquello hago.

16 Y si lo que yo no quiero, aquello hago; apruebo la Ley, como buena.

17 De manera que yo ya no obro aquello, sino el pecado que mora en mí.

18 Porque sé, que no mora en mí, esto es, en mi carne, lo bueno. Porque el querer lo bueno, está en mí; mas no alcanzo como cumplirlo.

19 Porque lo bueno que quiero, esto no lo hago; mas lo malo que no quiero, esto hago.

20 Y si hago lo que no quiero, ya no lo obro yo, sino el pecado que mora en mí.

21 Así queriendo yo hacer el bien, hallo la ley, de que el mal reside en mí:

22 Porque yo me deleyto en la Ley de Dios, segun el hombre interior:

23 Mas veo otra ley en mis miembros, que contradice á la ley de mi voluntad, y me lleva esclavo á la ley del pecado, que está en mis miembros.

24 ¡Miserable hombre de mí! ¿Quien me librará del cuerpo de esta muerte?

25 La gracia de Dios por Jesu-Cristo nuestro Señor. Luego yo mismo con el espíritu sirvo á la Ley de Dios; y con la carne á la ley del pecado.

CAPITULO VIII.

1 PUES ahora nada de condenacion tienen los que están en Jesu-Cristo; los quales no andan segun la carne.

2 Porque la Ley del espíritu de vida en Jesu-Cristo me libró de la ley del pecado y de la muerte.

3 Porque lo que era imposible á la Ley, en quanto era debilitada por la carne, enviando Dios á su Hijo en semejanza de carne de pecado, aun del pecado condenó al pecado en la carne,

4 Para que la justificacion de la Ley se cumpliese en nosotros, que no andamos segun la carne, sino segun el espíritu.

5 Porque los que son segun la carne, gustan de las cosas de la carne; mas los que son segun el espíritu, perciben las cosas que son del espíritu.

6 Porque la prudencia de la carne es muerte; mas la prudencia del espíritu es vida y paz.

7 Porque el saber de la carne es enemigo de Dios; puesto que no está sujeto á la Ley de Dios; ni tampoco puede.

8 Mas los que viven segun la carne no pueden agradar á Dios.

9 Y vosotros no estais en la carne, sino en el espíritu; si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Mas el que no tiene el Espíritu de Cristo, este tal no es de él.

10 Y si Cristo está en vosotros, el cuerpo verdaderamente

está muerto por el pecado, mas
el espíritu vive por la justicia.
11 Y si el espíritu de aquel
que resucitó á Jesus de entre los
muertos mora en vosotros, el
que resucitó á Jesu-Cristo de
entre los muertos, vivificará
tambien vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora
en vosotros.
12 Por tanto, hermanos, somos deudores, no á la carne, para que vivamos segun la carne;
13 Porque si viviéreis segun
la carne, moriréis; mas si por el
espíritu hiciéreis morir los hechos de la carne, viviréis.
14 Porque todos los que son
movidos por el Espíritu de Dios,
los tales son hijos de Dios.
15 Porque no habeis recibido
el espíritu de servidumbre para
estar otra vez con temor, sino
que habeis recibido el espíritu
de adopcion de hijos, por el qual
clamamos: Abba, Padre.
16 Porque el mismo Espíritu
dá testimonio á nuestro espíritu,
que somos hijos de Dios.
17 Y si hijos, tambien herederos; herederos verdaderamente de Dios, y coherederos de
Cristo: pero si padecemos con
él, para que seamos tambien glorificados con él.
18 Porque entiendo, que no
son de comparar los trabajos de
este tiempo con la gloria venidera, que se manifestará en nosotros.
19 Porque el gran deseo de la
criatura espera la manifestacion
de los hijos de Dios.
20 Porque la criatura está sujeta á la vanidad, no de su grado, sino por aquel, que la sometió con esperanza:
21 Y porque la misma criatura será librada de la servidumbre de la corrupcion á la libertad gloriosa de los hijos de Dios.
22 Porque sabemos que todas
las criaturas gimen, y están de
parto hasta ahora.
23 Y no solo ellas, mas tambien nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu,
aun nosotros gemimos dentro de
nosotros, esperando la adopcion
de hijos de Dios, la redencion de
nuestro cuerpo.
24 Porque en la esperanza
hemos sido hechos salvos. Pues
la esperanza que se ve, no es esperanza; porque lo que uno ve,
¿como lo espera?
25 Y si lo que no vemos, esperamos, por paciencia lo esperamos.
26 Y asimismo el Espíritu
ayuda tambien á nuestra flaqueza; porque no sabemos lo que
habemos de pedir, como conviene; mas el mismo Espíritu pide
por nosotros con gemidos inexplicables.
27 Y él que escudriña los corazones, sabe le que desea el
Espíritu; porque él segun Dios
pide por los Santos.
28 Y sabemos tambien, que á
los que aman á Dios, todas las
cosas les contribuyen al bien, á
aquellos, que segun su decreto
son llamados santos.
29 Porque los que conoció en
su presciencia, á estos tambien
predestinó, para ser hechos conformes á la imágen de su Hijo,
para que él sea el primogénito
entre muchos hermanos.
30 Y á los que predestinó, á
estos tambien llamó; y á los que
llamó, á estos tambien justificó;
y á los que justificó, á estos tambien glorificó.

31 ¿Pues que diremos á estas
cosas? Si Dios es por nosotros,
¿quien será contra nosotros?
32 El que aun á su propio
Hijo no perdonó, sino que le en-
tregó por todos nosotros; ¿como
no nos donó tambien con él to-
das las cosas?
33 ¿Quien pondrá acusacion
contra los escogidos de Dios?
Dios es el que justifica,
34 ¿Quien es el que conde-
nará? Jesu-Cristo es el que mu-
rió, ántes el que tambien resu-
citó, el que está á la diestra de
Dios, el que tambien intercede
por nosotros.
35 ¿Pues quien nos separará
del amor de Cristo? tribulacion?
ó angustia? ó hambre? ó des-
nudez? ó peligro? ó persecu-
cion? ó espada?
36 (Así como está escrito:
Porque por tí somos entregados
á la muerte cada dia; somos re-
putados como ovejas para el ma-
tadero.)
37 Mas en todas estas cosas
vencemos por aquel que nos
amó.
38 Por lo qual estoy cierto,
que ni muerte, ni vida, ni An-
geles, ni Principados, ni Virtu-
des, ni cosas presentes, ni veni-
deras, ni fortaleza,
39 Ni altura, ni profundidad,
ni otra criatura nos podrá apar-
tar del amor de Dios, que es en
Jesu-Cristo Señor nuestro.

CAPITULO IX.

1 VERDAD digo en Cris-
to, no miento, dán-
dome testimonio mi conciencia
en el Espíritu Santo,
2 Que tengo muy grande tris-
teza, y continuo dolor en mi co-
razon.
3 Porque deseaba yo mismo
ser anatema por Cristo, por
amor de mis hermanos, que son
mis deudos segun la carne,
4 Que son los Israelitas, de
los quales es la adopcion de los
hijos, y la gloria, y la alianza, y
la legislacion, y el culto, y las
promesas:
5 Cuyos padres son los mis-
mos, de quienes desciende tam-
bien Cristo segun la carne, que
es Dios sobre todas las cosas
bendito en los siglos. Amen.
6 Y no que la palabra de Dios
haya faltado; porque no todos
los que son de Israél, estos son
Israelitas:
7 Ni los que son linage de
Abraham, todos son hijos; mas
de Isaac te será llamado linage:
8 Esto es, no los que son hijos
de la carne, estos son hijos de
Dios; sino los que son hijos de
la promesa, son contados por
descendientes.
9 Porque la palabra de la pro-
mesa es esta: Por este tiempo
vendré, y Sara tendrá un hijo.
10 Y no solamente ella, mas
tambien Rebecca de un ayunta-
miento que tuvo con Isaac nues-
tro padre concibió.
11 Porque no habiendo aun
nacido, ni hecho bien ni mal,
(para que segun la eleccion per-
maneciese el decreto de Dios,)
12 No por las obras, sino por
el que llama, le fué dicho á ella:
13 Que el mayor serviria al
menor, conforme á lo que está
escrito: Amé á Jacob, y abor-
recí á Esaú.
14 ¿Pues que diremos? ¿Por
ventura hay en Dios injusticia?
No por cierto.
15 Porque á Moisés dice:
Me compadeceré de aquel de

quien me compadezco; y haré misericordia de aquel de quien me compadeceré.

16 Luego no es del que quiere, ni del que corre, sino que es de Dios, que tiene misericordia.

17 Porque dice la Escritura á Faraón: Para esto mismo te levanté, para mostrar en tí mi poder, y que sea anunciado mi nombre por toda la tierra.

18 Luego tiene misericordia de quien quiere, y al que quiere endurece.

19 Pero me dirás: ¿ Pues de que se queja? porque ¿quien resiste á su voluntad?

20 O hombre, ¿quien eres tú, para altercar con Dios? Por ventura dirá el vaso de barro al que lo labró; ¿por que me hiciste así?

21 ¿O no tiene potestad el alfarero de hacer de una misma masa un vaso para honor, y otro para ignominia?

22 Y que, si queriendo Dios mostrar su ira, y hacer manifiesto su poder, sufrió con mucha paciencia los vasos de ira, aparejados para muerte,

23 A fin de mostrar las riquezas de su gloria sobre los vasos de misericordia, que preparó para gloria.

24 Que somos nosotros, á quienes llamó no solo de los Judíos, mas tambien de los Gentiles;

25 Así como dice en Oseas: Llamaré pueblo mio, al que no era mi pueblo; y amado, al que no era amado; y que alcanzó misericordia, al que no habia alcanzado misericordia.

26 Y acontecerá que en el lugar en que les fué dicho: No sois pueblo mio vosotros, allí serán llamados hijos del Dios vivo.

27 Isaías clama tambien sobre Israél: Si fuere el número de los hijos de Israél como la arena de la mar, las reliquias serán salvas.

28 Porque palabra consumadora, y abreviadora en justicia; porque palabra abreviada hará el Señor sobre la tierra:

29 Y así como ántes dixo Isaías: Si el Señor de los Exércitos no nos hubiera dexado posteridad, tornados hubiéramos sido como Sodoma, y semejantes seriamos á Gomorrha.

30 ¿Pues que diremos? Que los Gentiles, que no seguian justicia, han alcanzado justicia, y la justicia que es por fé.

31 Mas Israél, que seguia la ley de justicia, no ha llegado á la ley de justicia.

32 ¿Por que causa? Porque no por fé, sino como por obras: pues tropezáron en la piedra del escándalo.

33 Así como está escrito: He aquí yo pongo en Sión piedra de tropiezo, y piedra de escándalo; y todo aquel que cree en él, no será confundido.

CAPITULO X.

1 HERMANOS, el buen deseo de mi corazon, y mi oracion á Dios es, para que ellos tengan salud.

2 Pues yo les doy testimonio, que ellos tienen zelo de Dios, mas no segun ciencia.

3 Por quanto no conociendo la justicia de Dios, y queriendo establecer la suya propia, no se someten á la justicia de Dios.

4 Porque Cristo es el fin de

la Ley, para justificar á todo el
que cree.
5 Porque Moisés escribió,
que el hombre, que hiciere la
justicia que es de la Ley, vivirá en ella.
6 Mas la justicia que es de la
fé dice así: No digas en tu corazon: ¿Quien subirá al cielo?
esto es, á traer de le alto á
Cristo:
7 ¿O quien descenderá al
abismo? esto es, para volver á
traer á Cristo de entre los muertos.
8 ¿Mas que dice la Escritura? Cerca está la palabra en tu
boca, y en tu corazon; esta es
la palabra de la fé, que predicamos.
9 Porque si confesares con tu
boca al Señor Jesus, y creyeres
en tu corazon, que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvo.
10 Porque de corazon se cree
para justicia; mas de boca se
hace la confesion para salud.
11 Porque dice la Escritura:
Todo el que cree en él, no será
confundido.
12 Porque no hay distincion
de Judío y de Griego; puesto
que uno mismo es el Señor de
todos, rico para con todos los que
le invocan.
13 Porque todo aquel que
invocare el nombre del Señor,
será salvo.
14 ¿Pues como invocarán á
aquel en quien no creyéron?
¿O como creerán á aquel que
no oyéron? ¿Y como oirán sin
predicador?
15 ¿Y como predicarán, si no
fueren enviados? así como está
escrito: ¡Que hermosos los pies
de los que anuncian el Evangelio de paz, de los que anuncian
los bienes!
16 Pero no todos obedecen al
Evangelio. Porque Isaías dice:
Señor, ¿quien creyó á nuestro
oído?
17 Luego la fé es por el oído,
y el oído por la palabra de
Cristo.
18 Mas pregunto: ¿Que no
han oído? Sí ciertamente, pues
por toda la tierra salió el sonido
de ellos, y hasta los cabos de la
redondez de la tierra la palabra
de ellos.
19 Mas pregunto: ¿Pues que
Israél no le ha conocido? Moisés dice el primero: Yo os provocaré á zelos con una que no
es gente; yo os moveré á ira
con una gente ignorante.
20 Y Isaías osa decir: Fuí
hallado de los que no me buscaban; claramente me descubrí á
los que no preguntaban por mí.
21 Y á Israél dice: Todo el
dia abrí mis manos á un pueblo
incrédulo y rebelde.

CAPITULO XI.

1 DIGO pues: ¿Por ventura ha desechado
Dios á su pueblo? No por cierto; porque tambien yo soy Israelita del linage de Abraham,
de la tribu de Benjamin.
2 No ha desechado Dios á
su pueblo, al que conoció en su
presciencia. ¿O no sabeis lo que
dice de Elías la Escritura, como
se queja á Dios contra Israél?
3 Señor, matáron tus Profetas, derribáron tus altares; y yo
he quedado solo, y me buscan
para matarme.
4 ¿Mas que le dice la respuesta de Dios? Me he reserva-

do siete mil varones, que no han
doblado las rodillas delante de
Baal.
5 Pues así tambien en este
tiempo, los que se han reservado
de ellos, segun la eleccion de la
gracia, se han hecho salvos.
6 Y si por gracia; luego no
por obra; de otra manera la
gracia ya no es gracia.
7 ¿ Pues que? lo que busca-
ba Israél, esto no lo alcanzó;
mas los escogidos lo alcanzáron;
y los demas fuéron cegados:
8 Así como está escrito: Les
dió Dios espíritu de remordi-
miento; ojos para que no vean,
y orejas para que no oigan hasta
hoy dia.
9 Y David dice: La mesa de
ellos se les convierta en lazo, y
en presa, y en escándalo, y en
paga.
10 Escurecidos sean los ojos
de ellos para que no vean; y
agovia cada vez mas su espinazo.
11 Pues digo: ¿Que tropе-
záron de manera que cayésen?
No por cierto. Mas por el pe-
cado de ellos vino la salud á los
Gentiles, para incitarlos á la
imitacion.
12 Y si el pecado de ellos son
las riquezas del mundo, y el me-
noscabo de ellos las riquezas de
los Gentiles; ¿ quanto mas la
plenitud de ellos?
13 Porque con vosotros hablo,
Gentiles: Miéntras que yo sea
Apóstol de las Gentes, honraré
mi ministerio,
14 Por si de algun modo pue-
do mover á emulacion á los de
mi nacion, y hacer que se salven
algunos de ellos.
15 Porque si la pérdida de
ellos es la reconciliacion del
mundo, ¿ que será su restable-
cimiento, sino vida de los muer-
tos?
16 Y si el primer fruto es san-
to, lo es tambien la masa; y si
la raiz es santa, tambien los ra-
mos.
17 Y si algunos de los ramos
fuéron quebrados, y tú siendo
acebuche, fuiste ingerido en
ellos, y has sido hecho partici-
pante de la raiz, y de la grosura
de la oliva,
18 No te jactes contra los ra-
mos. Porque si te jactas, tú no
sustentas á la raiz, sino la raiz
á tí,
19 Pero dirás: Los ramos
han sido quebrados, para que yo
sea ingerido.
20 Bien; por su incredulidad
fuéron quebrados; mas tú por la
fé estás en pie; pues no te en-
grias por eso, mas ántes teme.
21 Porque si Dios no perdo-
nó á los ramos naturales; ni
ménos te perdonará á tí.
22 Mira pues la bondad y la
severidad de Dios; la severidad
para con aquellos que cayéron;
y la bondad de Dios para conti-
go, si permanecieres en la bon-
dad; de otra manera serás tú
tambien cortado.
23 Y aun ellos, si no perma-
necieren en la incredulidad, se-
rán ingeridos; pues Dios es po-
deroso para ingerirlos de nuevo.
24 Porque si tú fuiste cortado
del natural acebuche, y contra
natura has sido ingerido en buen
olivo; ¿ quanto mas aquellos,
que son naturales, serán ingeri-
dos en su propio olivo?
25 Mas no quiero, hermanos,
que ignoreis este misterio (por-
que no seais sabios en vosotros
mismos) que la ceguedad ha ve-
nido en parte á Israél, hasta que

haya entrado la plenitud de las
Gentes,
26 Y que así todo Israél se
salvase, como está escrito: Ven-
drá de Sión el Libertador, que
desterrará la impiedad de Jacob.
27 Y esta será mi alianza con
ellos, quando quitare sus peca-
dos.
28 En verdad segun el Evan-
gelio son enemigos por causa de
vosotros; mas segun la eleccion
son muy amados por causa de
sus padres.
29 Pues los dones y vocacion
de Dios son inmutables.
30 Porque como tambien vo-
sotros en algun tiempo no creís-
teis á Dios, y ahora habeis al-
canzado misericordia por la in-
credulidad de ellos:
31 Así tambien estos ahora no
han creido en vuestra misericor-
dia; para que ellos alcancen
tambien misericordia.
32 Porque Dios todas las co-
sas encerró en incredulidad, pa-
ra usar con todos de misericor-
dia.
33 ¡O profundidad de las ri-
quezas de la sabiduría y de la
ciencia de Dios! ¡Quan incom-
prehensibles son sus juicios, é
impenetrables sus caminos!
34 Porque ¿quien entendió
la mente del Señor? ¿O quien
fué su consejero?
35 ¿O quien le dió á él pri-
mero, para que le sea recom-
pensado?
36 Porque de él, y por él, y
en él son todas las cosas; á él
sea gloria en los siglos. Amen.

CAPITULO XII.

1 Y así os ruego, herma-
nos, por la misericor-
dia de Dios, que ofrezcais vues-
tros cuerpos á Dios en hostia
viva, santa, agradable á Dios,
que es el culto racional que le
debeis.
2 Y no os conformeis con este
siglo, sino reformaos en novedad
de vuestro espíritu; para que
experimenteis qual es la volun-
tad de Dios buena, y agradable,
y perfecta.
3 Pues por la gracia que me
ha sido dada, digo á todos los
que están entre vosotros, que no
sepan mas de lo que conviene
saber, sino que sepan con tem-
planza; y cada uno, como Dios
le repartió la medida de la fé.
4 Porque de la manera que
en un cuerpo tenemos muchos
miembros, mas todos los miem-
bros no tienen una misma ope-
racion:
5 Así muchos somos un solo
cuerpo en Cristo, y cada uno
miembro los unos de los otros.
6 Mas tenemos dones diferen-
tes segun la gracia, que nos ha
sido dada; ya sea profecía segun
la proporcion de la fé,
7 O ministerio en adminis-
trar, ó el que enseña en doc-
trina;
8 El que amonesta en exhor-
tar, el que reparte en sencillez,
el que preside en solicitud, el
que hace misericordia en ale-
gría.
9 El amor sea sin fingimien-
to. Aborreciendo lo malo, apli-
cándoos á lo bueno;
10 Amándoos recíprocamente
con amor fraternal; adelantán-
doos para honraros los unos á los
otros;
11 En hacer bien nada pere-
zosos; fervorosos de espíritu,
sirviendo al Señor;

12 En la esperanza gozosos; en la tribulacion sufridos; en la oracion perseverantes;
13 Socorriendo las necesidades de los Santos; exercitando la hospitalidad.
14 Bendecid á vuestros perseguidores; bendecidlos, y no los maldigais.
15 Gozaos con los que se gozan; llorad con los que lloran;
16 Sintiendo entre vosotros una misma cosa; no blasonando de cosas altas, sino acomodándoos á las humildes. No seais sabios en vuestra opinion;
17 No pagando á nadie mal por mal; procurando bienes, no solo delante de Dios, sino tambien delante de todos los hombres.
18 Si ser puede, quanto esté de vuestra parte, teniendo paz con todos los hombres.
19 No defendiéndoos á vosotros mismos, muy amados, mas dad lugar á la ira; porque escrito está: A mí me pertenece la venganza; yo pagaré, dice el Señor.
20 Por tanto si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber: porque si esto hicieres, carbones encendidos amontonarás sobre su cabeza.
21 No te dexes vencer de lo malo; mas vence el mal con el bien.

CAPITULO XIII.

1 TODA alma esté sometida á las potestades superiores: Porque no hay potestad, sino de Dios; y las que son, de Dios son ordenadas.
2 Por lo qual el que resiste á la potestad, resiste á la ordenacion de Dios; y los que le resisten, ellos mismos atraen á sí la condenacion.
3 Porque los Príncipes no son para temor de los que obran lo bueno, sino lo malo. ¿Quieres tú no temer á la potestad? haz lo bueno, y tendrás alabanza de ella:
4 Porque es Ministro de Dios para tu bien. Mas si hicieres lo malo, teme; porque no en vano trae la espada; pues es Ministro de Dios; vengador en ira contra aquel, que hace lo malo.
5 Por lo qual es necesario, que le esteis sometidos, no solamente por la ira, mas tambien por la conciencia.
6 Por esta causa pagais tambien tributos; porque son Ministros de Dios, sirviéndole en esto mismo.
7 Pues pagad á todos lo que se les debe; á quien tributo, tributo; á quien pecho, pecho; á quien temor, temor; á quien honra, honra.
8 No debais nada á nadie; sino que os ameis los unos á los otros; porque el que ama á su próximo, cumplió la Ley.
9 Porque: No adulterarás; no matarás; no hurtarás; no dirás falso testimonio; no codiciarás; y si hay algun otro mandamiento, se comprehende sumariamente en esta palabra: Amarás á tu próximo, como á tí mismo.
10 El amor del próximo no obra mal; y así la caridad es el cumplimiento de la Ley.
11 Y esto sabiendo el tiempo, que es ya hora de levantarnos del sueño; porque ahora está

mas cerca nuestra salud, que quando creímos.

12 La noche pasó, y el dia se acercó. Pues desechemos las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz.

13 Caminemos como de dia, honestamente, no en glotonerías y embriagueces, no en sensualidades y disoluciones, no en pendencias y envidia:

14 Mas vestíos de nuestro Señor Jesu-Cristo; y no hagais caso de la carne en sus apetitos.

CAPITULO XIV.

1 Y al que es flaco en la fé, sobrellevadle, no en contestaciones de opiniones:

2 Porque uno cree, que puede comer de todas cosas; mas el que es flaco, no coma sino legumbres.

3 El que come, no desprecie al que no come; y el que no come, no juzgue al que come: porque Dios le ha recibido por suyo.

4 ¿Quien eres tú, que juzgas al siervo ageno? Para su Señor está en pie, ó cae; mas estará firme; porque poderoso es Dios para hacerlo estar firme.

5 Uno hace diferencia entre dia y dia, y otro considera iguales todos los dias; cada uno abunde en su sentido.

6 El que distingue el dia, para el Señor le distingue; y el que come, para el Señor come; porque á Dios da gracias. Y el que no come, para el Señor no come, y da gracias á Dios.

7 Porque ninguno de nosotros para sí vive, y ninguno para sí muere.

8 Porque si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Y así, que vivamos, que muramos, del Señor somos.

9 Porque por esto murió el Señor, y resucitó, para ser Señor de muertos y de vivos.

10 Y tú ¿por que juzgas á tu hermano? ó tú ¿por que menosprecias á tu hermano? Pues todos compareceremos ante el tribunal de Cristo.

11 Porque escrito está: Vivo yo, dice el Señor, que ante mí se doblará toda rodilla, y toda lengua dará loor á Dios.

12 Y así cada uno de nosotros dará cuenta á Dios de sí mismo.

13 Pues no nos juzguemos ya mas los unos á los otros; ántes bien pensad de no poner tropiezo, ó escándalo al hermano.

14 Yo sé, y estoy persuadido en el Señor, que nada hay inmundo de suyo, y que no hay cosa inmunda, sino para aquel que cree que es inmunda.

15 Pues si por causa de la comida contristas á tu hermano, ya no andas en caridad. No pierdas tú por tu manjar á aquel por quien Cristo murió.

16 Pues no sea blasfemado nuestro bien.

17 Porque el reyno de Dios no es comida ni bebida; sino justicia, y paz, y gozo en el Espíritu Santo:

18 Y quien en esto sirve á Cristo, agrada á Dios, y tiene la aprobacion de los hombres.

19 Por lo qual sigamos las cosas que son de paz; y las que son de edificacion, guardémoslas los unos con los otros.

20 No quieras destruir la obra de Dios por causa de la vianda.

Todas las cosas en verdad son
limpias; pero malo es al hombre que come con escándalo.
21 Bueno es no comer carne,
ni beber vino, ni cosa en que tu hermano halla tropiezo, ó se le escandaliza, ó se le enflaquece.
22 ¿Tú tienes fé? Pues tenla
en tí mismo delante de Dios: Bienaventurado el que no se condena á sí mismo en aquello que aprueba.
23 Mas el que hace distincion,
si lo comiere, es condenado; porque no lo come por fé. Y todo lo que no es segun fé, es pecado.

CAPITULO XV.

1 Y así nosotros, como mas
fuertes, debemos sufrir las enfermedades de los flacos, y no complacernos á nosotros mismos.
2 Cada uno de vosotros haga
placer á su próximo en bien, para edificacion.
3 Porque Cristo no se hizo
placer á sí mismo; mas ántes como está escrito: Los vituperios de los que te vituperan cayéron sobre mí.
4 Porque todas las cosas que
han sido escritas, para nuestra enseñanza están escritas, para que por la paciencia y consolacion de las Escrituras tengamos esperanza.
5 Mas el Dios de la paciencia
y del consuelo os dé á sentir una misma cosa entre vosotros conforme á Jesu-Cristo:
6 Para que unánimes, á una
boca glorifiqueis al Dios, y Padre de nuestro Señor Jesu-Cristo.
7 Por tanto recibíos los unos
á los otros, como Cristo os recibió para gloria de Dios.
8 Digo pues, que Jesu-Cristo
fué Ministro de la circuncision por la verdad de Dios, para confirmar las promesas de los padres:
9 Y los Gentiles glorifiquen á
Dios por la merced que os hizo, como está escrito: Por esto yo te confesaré, Señor, entre las Gentes, y cantaré á tu nombre.
10 Y en otro lugar: Alegraos,
Gentes, con su pueblo.
11 Y otra vez: Alabad al Se-
ñor todas las Gentes; y ensalzadle todos los pueblos.
12 Y así mismo dice Isaías:
Será raiz de Jessé, y el que se levantará á regir las Gentes, en él esperarán las Gentes.
13 El Dios de la esperanza os
colme de todo gozo, y de paz en el creer; para que abundeis en esperanza y en la virtud del Espíritu Santo.
14 Mas yo estoy cierto, her-
manos mios, por lo que toca á vosotros, que estais tambien llenos de caridad, llenos de todo saber; de manera que os podeis amonestar los unos á los otros.
15 No obstante, hermanos, os
he escrito con alguna osadía, como trayéndoos esto á la memoria, á causa de la gracia que á mí me es dada de Dios,
16 Para que yo sea ministro
de Jesu-Cristo en las Gentes; santificando el Evangelio de Dios, á fin que sea agradable la ofrenda de las Gentes, y santificada en Espíritu Santo.
17 Tengo pues gloria en Je-
su-Cristo para con Dios.
18 Porque no oso hablar cosa
alguna de aquellas, que no hace

Cristo por mí, para traer á la obediencia á las Gentes por palabras, y por hechos:

19 Por eficacia de señales y de prodigios, en virtud del Espíritu Santo; de manera que desde Jerusalém y tierras comarcanas hasta el Ilirico, lo he llenado todo del Evangelio de Cristo.

20 Y así he anunciado este Evangelio, no en donde se habia hecho ya mencion de Cristo, por no edificar sobre cimiento de otro; mas como está escrito:

21 Aquellos á quienes no fué predicado de él, verán; y los que no oyéron, entenderán.

22 Por lo qual muchas veces no he podido ir á veros, y he sido impedido hasta aquí.

23 Mas ahora no teniendo ya motivo para detenerme mas en estas tierras, y deseando muchos años ha pasar á veros:

24 Quando me encamináre para España, espero que al paso os veré, y que me acompañareis hasta allá, despues de haber gozado algun tanto de vosotros.

25 Mas ahora me parto á Jerusalém en servicio de los Santos.

26 Porque la Macedonia, y la Acaia tuviéron por bien hacer una colecta para los pobres de entre los Santos, que están en Jerusalém.

27 Porque así lo tuviéron por bien, y tambien les son deudores; porque si los Gentiles han sido hechos participantes de sus bienes espirituales, deben tambien ellos asistirles en los temporales.

28 Pues quando haya cumplido esto, y les haya entregado este fruto, iré á España pasando por ahí.

29 Sé en verdad, que quando venga á vosotros, vendré en abundancia de bendicion del Evangelio de Cristo.

30 Pues ruégoos, hermanos, por nuestro Señor Jesu-Cristo, y por el amor del Espíritu Santo, que me ayudeis con vuestras oraciones por mí á Dios,

31 Para que me libre de los infieles, que hay en la Judéa, y sea grata á los Santos de Jerusalém la ofrenda de mi servicio,

32 Para que yo venga á vosotros con gozo por la voluntad de Dios, y sea recreado con vosotros.

33 Y el Dios de la paz sea con todos vosotros. Amen.

CAPITULO XVI.

1 OS encomiendo á Febe nuestra hermana, que está en el servicio de la Iglesia de Cencrea,

2 Que la recibais en el Señor, como deben los Santos, y la ayudeis en todo lo que os hubiere menester; porque ella ha asistido á muchos, y á mí en particular.

3 Saludad á Prisca, y á Aquila, que trabajáron conmigo en Jesu-Cristo:

4 (Los que por mi vida expusiéron sus cabezas; y no lo agradezco yo solo, mas tambien todas las Iglesias de las Gentes.)

5 Y del mismo modo á la Iglesia, que está en su casa. Saludad á Epenéto mi amigo, que es las primicias del Asia en Cristo.

6 Saludad á María, la que trabajó mucho entre vosotros.

7 Saludad á Andrónico, y á

Junia, mis parientes, y cautivos
conmigo; los quales se han se-
ñalado en el Apostolado, y fuéron
ántes que yo en Cristo.
8 Saludad á Ampliato, á quien
amo entrañablemente en el Se-
ñor.
9 Saludad á Urbano, que ha
trabajado conmigo en Jesu-
Cristo, y á mi amado Estachys.
10 Saludad á Apeles, probado
en Cristo.
11 Saludad á aquellos, que
son de la casa de Aristóbulo.
Saludad á Herodión mi pariente.
Saludad á los de la casa de Nar-
ciso, que son en el Señor.
12 Saludad á Trifena, y á
Trifosa, que trabajan en el Se-
ñor. Saludad á nuestra amada
Pérside, que trabajó mucho en el
Señor.
13 Saludad á Rufo, escogido
en el Señor, y á su madre y
mia.
14 Saludad á Asincrito, á
Flegonte, á Hérmas, á Patrobas,
á Hermes, y á los hermanos que
están con ellos.
15 Saludad á Filólogo, y á
Julia, á Nereo, y á su hermana,
y á Olympiade, y á todos los
Santos, que con ellos están.
16 Saludáos los unos á los
otros en ósculo santo. Todas las
Iglesias de Cristo os saludan.
17 Y os ruego, hermanos, que
no perdais de vista á aquellos,
que causan divisiones, y escán-
dalos contra la doctrina, que ha-
beis aprendido; y que os apar-
teis de ellos.
18 Porque los tales no sirven
á nuestro Señor Jesu-Cristo,
sino á su vientre; y con dulces
palabras, y con bendiciones en-
gañan los corazones de los sen-
cillos.
19 Porque vuestra obediencia
es manifiesta á todos; por lo
qual yo me gozo en vosotros.
Mas quiero que seais sabios en
el bien, y simples en el mal.
20 Y el Dios de la paz que-
brante presto á Satanás debaxo
de vuestros pies. La gracia de
nuestro Señor Jesu-Cristo sea
con vosotros.
21 Salúdaos Timotéo mi coad-
jutor, y Lucio, y Jason, y Sosi-
patro, mis deudos.
22 Yo Tercio, que he escrito
esta carta, os saludo en el Señor.
23 Salúdaos Cayo mi huésped,
y toda la Iglesia. Salúdaos Eras-
to, Tesorero de la ciudad, y
Quarto hermano.
24 La gracia de nuestro Se-
ñor Jesu-Cristo sea con todos
vosotros. Amen.
25 Y al que es poderoso para
confirmaros segun mi Evangelio,
y la predicacion de Jesu-Cristo,
segun la manifestacion del mis-
terio escondido desde tiempos
eternos,
26 El qual ahora se ha descu-
bierto por las Escrituras de los
Profetas, segun el mandamiento
del eterno Dios, declarado á to-
das las Gentes para obedecer á
la fé,
27 A Dios que es solo sabio, á
él la honra y la gloria por Jesu-
Cristo en los siglos de los siglos.
Amen.

EPISTOLA PRIMERA

DE SAN PABLO

A LOS CORINTIOS.

CAPITULO I.

1 PABLO llamado Apóstol de Jesu-Cristo por voluntad de Dios, y Sostenes el hermano,

2 A la Iglesia de Dios, que está en Corinto, á los santificados en Jesu-Cristo, llamados Santos, con todos los que en qualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesu-Cristo, de ellos, y nuestro:

3 Gracia á vosotros, y paz de Dios nuestro Padre, y del Señor Jesu-Cristo.

4 Gracias doy incesantemente á mi Dios por vosotros por la gracia de Dios, que os ha sido dada en Jesu-Cristo:

5 Porque en todas cosas sois enriquecidos en él, en toda palabra, y en toda ciencia:

6 Así como ha sido confirmado en vosotros el testimonio de Cristo:

7 De manera que nada os falta en ninguna gracia, esperando la manifestacion de nuestro Señor Jesu-Cristo,

8 El que tambien os confirmará hasta el fin sin culpa, en el dia del advenimiento de nuestro Señor Jesu-Cristo.

9 Fiel es Dios, por el que habeis sido llamados á la compañía de su Hijo nuestro Señor Jesu-Cristo.

10 Mas os ruego, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesu-Cristo, que todos digais una misma cosa, y que no haya divisiones entre vosotros; ántes sed perfectos en un mismo ánimo y en un mismo parecer.

11 Porque de vosotros, hermanos mios, se me ha significado por los que son de Cloe, que hay contiendas entre vosotros.

12 Y digo esto, porque cada uno de vosotros dice: Yo en verdad soy de Pablo, y yo de Apolo; pues yo de Cefas, y yo de Cristo.

13 ¿Está dividido Cristo? ¿Por ventura Pablo fué crucificado por vosotros? ¿ó habeis sido bautizados en el nombre de Pablo?

14 Gracias á Dios, porque no he bautizado á ninguno de vosotros, sino á Crispo y á Cayo;

15 Para que ninguno diga, que en mi nombre habeis sido bautizados.

16 Y tambien bauticé la familia de Estéfana; y no sé si he bautizado á algun otro.

17 Porque no me envió Cristo á bautizar, sino á predicar el Evangelio; no en sabiduría de palabras, para que no sea hecha vana la cruz de Cristo.

18 Porque la palabra de la cruz á la verdad locura es para los que perecen; mas para los que se salvan, esto es, para nosotros, es virtud de Dios.

19 Porque escrito está: Destruiré la sabiduría de los sabios, y desecharé la prudencia de los prudentes.

20 ¿En donde está el sabio? ¿en donde el Escriba? ¿en don-

de el escudriñador de este siglo?
¿No hizo Dios loco el saber de
este mundo?
21 Y así por quanto en la sa-
biduría de Dios no conoció el
mundo á Dios por la sabiduría,
quiso Dios hacer salvos á los que
creyesen en él, por la locura de
la predicacion.
22 Puesto que los Judíos pi-
den milagros, y los Griegos bus-
can sabiduría;
23 Mas nosotros predicamos á
Cristo crucificado, que es escán-
dalo para los Judíos, y locura
para los Gentiles;
24 Mas para los que han sido
llamados, tanto Judíos, como
Griegos, predicamos á Cristo,
virtud de Dios, y sabiduría de
Dios:
25 Pues lo que parece loco
en Dios, es mas sabio que los
hombres; y lo que parece flaco
en Dios, es mas fuerte que los
hombres.
26 Y así, hermanos, ved vues-
tra vocacion, que no sois mu-
chos sabios segun la carne, no
muchos poderosos, no muchos
nobles:
27 Mas las cosas locas del
mundo escogió Dios, para con-
fundir á los sabios; y las cosas
flacas del mundo escogió Dios,
para confundir las fuertes;
28 Y las cosas viles, y despre-
ciables del mundo escogió Dios,
y aquellas que no son; para des-
truir las que son;
29 Para que ningun hombre
se jacte delante de él.
30 Y por el mismo sois voso-
tros en Jesu-Cristo, el qual nos
ha sido hecho por Dios sabidu-
ría, y justificacion, y santifica-
cion, y redencion;
31 Para que como está escrito:
El que se gloría, gloríese en el
Señor.

CAPITULO II.

1 Y yo, hermanos, quando
vine á vosotros, no
vine con sublimidad de palabra
ni de sabiduría á anunciaros el
testimonio de Cristo.
2 Porque yo no he creido sa-
ber algo entre vosotros, sino á
Jesu-Cristo, y este crucificado.
3 Y yo estuve entre vosotros
con pusilanimidad, y temor, y
mucho temblor;
4 Y mi conversacion, y mi
predicacion no fué en palabras
persuasivas de humano saber,
sino en demostracion de espíri-
tu, y de virtud;
5 Para que vuestra fé no con-
sistiese en sabiduría de hom-
bres, sino en virtud de Dios.
6 Esto no obstante entre los
perfectos hablamos sabiduría;
mas no sabiduría de este siglo,
ni de los Príncipes de este siglo,
que son destruidos;
7 Sino que hablamos sabidu-
ría de Dios en misterio, la que
está encubierta, la que Dios
predestinó ántes de los siglos
para nuestra gloria,
8 La que no conoció ninguno
de los Príncipes de este siglo;
porque si la hubieran conocido,
nunca hubieran crucificado al
Señor de la gloria.
9 Antes como está escrito:
Que ojo no vió, ni oreja oyó, ni
en corazon de hombre subió, lo
que preparó Dios para aquellos
que le aman:
10 Mas Dios nos lo reveló á
nosotros por su Espíritu; porque
el Espíritu lo escudriña todo,
aun las profundidades de Dios.

11 Porque ¿ quien de los
hombres sabe las cosas del hom-
bre, sino el espíritu del hombre,
que está en él? así tampoco na-
die conoció las cosas de Dios,
sino el Espíritu de Dios.
12 Y nosotros no hemos reci-
bido el espíritu de este mundo,
sino el Espíritu que es de Dios,
para que conozcamos las cosas,
que Dios nos ha dado :
13 Lo qual tambien anuncia-
mos, no con doctas palabras de
humana sabiduría, sino con doc-
trina de espíritu, acomodando lo
espiritual á lo espiritual.
14 Mas el hombre animal no
percibe aquellas cosas, que son
del Espíritu de Dios; porque le
son una locura, y no las puede
entender ; por quanto se juzgan
espiritualmente.
15 Mas el espiritual juzga to-
das las cosas ; y él no es juzga-
do de nadie.
16 Porque ¿quien conoció el
consejo del Señor, para que le
pueda instruir ? Mas nosotros
sabemos la mente de Cristo.

CAPITULO III.

1 Y yo, hermanos, no os
pude hablar como á
espirituales, sino como á carna-
les. Como á párvulos en Cristo.
2 Leche os dí á beber, no
vianda; porque entónces no po-
diais, y ni aun ahora podeis;
porque todavía sois carnales.
3 Pues habiendo entre voso-
tros envidia y contienda, ¿no
es así que sois carnales, y andais
segun el hombre?
4 Porque diciendo el uno : Yo
ciertamente soy de Pablo; y el
otro, yo de Apolo ; ¿ no es claro,
que sois aun hombres? ¿ Pues
que es Apolo? ¿ó que es Pablo?
5 Ministros de aquel, en quien
creísteis, y segun que el Señor
dió á cada uno.
6 Yo planté, Apolo regó ; mas
Dios es el que ha dado el creci-
miento.
7 Y así ni el que planta es
algo, ni el que riega ; sino Dios,
que da el crecimiento.
8 Y el que planta, y el que
riega son una misma cosa. Mas
cada uno recibirá su propio ga-
lardon segun su trabajo.
9 Porque somos coadjutores
de Dios ; labranza de Dios sois,
edificio de Dios sois.
10 Segun la gracia de Dios,
que se me ha dado, eché el ci-
miento, como sabio arquitecto ;
mas otro edifica sobre él. Pero
mire cada uno, como edifica so-
bre él.
11 Porque nadie puede poner
otro cimiento, que el que ha sido
puesto, que es Jesu-Cristo.
12 Y si alguno sobre este fun-
damento pone oro, plata, piedras
preciosas, madera, heno, paja,
13 Manifiesta será la obra de
cada uno ; porque el dia del Se-
ñor la demostrará, por quanto en
fuego será descubierta ; y qual
sea la obra de cada uno, el fuego
lo probará.
14 Si permaneciere la obra,
del que labró encima, recibirá
galardon.
15 Si la obra de alguno se
quemare, será perdida ; y él
será salvo ; mas así como por
fuego.
16 ¿ No sabeis, que sois tem-
plo de Dios, y que el Espíritu de
Dios mora en vosotros ?
17 Si alguno violare el templo
de Dios, Dios le destruirá. Por-
que el templo de Dios, que sois
vosotros, santo es.

18 Ninguno se engañe á sí
mismo: Si alguno entre voso-
tros se tiene por sabio en este
mundo, hágase necio, para que
sea sabio.
19 Porque la sabiduría de
este mundo es locura delante de
Dios. Por quanto escrito está:
Yo prenderé á los sabios en la
astucia de ellos.
20 Y otra vez: El Señor co-
noce los pensamientos de los sa-
bios, que son vanos.
21 Por lo qual ninguno se
gloríe entre los hombres.
22 Porque todas las cosas son
vuestras; sea Pablo, sea Apolo,
sea Cefas, sea mundo, sea vida,
sea muerte, sean presentes, sean
por venir, todo es vuestro,
23 Y vosotros de Cristo, y
Cristo de Dios.

CAPITULO IV.

1 ASI nos tenga el hom-
bre, como Ministros de
Cristo, y dispensadores de los
misterios de Dios.
2 Ahora lo que se requiere en
los dispensadores es, que cada
qual sea hallado fiel.
3 En quanto á mí poco me
importa ser juzgado de vosotros,
ó de humano dia; pues ni aun
yo me juzgo á mí mismo.
4 Porque de nada me arguye
la conciencia; mas no por eso
soy justificado; pues el que me
juzga, es el Señor.
5 Por lo qual no juzgueis án-
tes de tiempo, hasta que venga
el Señor; el qual aclarará aun
las cosas escondidas de las tinie-
blas, y manifestará los designios
de los corazones; y entónces
cada uno tendrá de Dios la ala-
banza.
6 Mas yo, hermanos, he re-
presentado estas cosas en mí, y
en Apolo, por amor de vosotros;
para que en nosotros aprendais,
que el uno por causa del otro no
se ensoberbezca contra el otro,
fuera de lo que está escrito.
7 Porque ¿quien te distin-
gue? ¿y que tienes tú, que no
hayas recibido? Y si lo has reci-
bido, ¿por que te glorías, como
si no lo hubieras recibido?
8 Ya estais hartos, ya estais
ricos; sin nosotros reynais; y
plegue á Dios que reyneis, para
que nosotros reynemos tambien
con vosotros.
9 Porque entiendo que Dios
nos ha puesto por los últimos de
los Apóstoles, como sentencia-
dos á muerte; porque somos
hechos espectáculo al mundo,
y á los Angeles, y á los hom-
bres.
10 Nosotros necios por Cris-
to, y vosotros sabios en Cristo;
nosotros flacos, y vosotros fuer-
tes; vosotros nobles, y nosotros
viles.
11 Hasta esta hora padece-
mos hambre, y sed, y andamos
desnudos, y somos abofeteados,
y no tenemos morada segura,
12 Y trabajamos obrando por
nuestras propias manos; nos
maldicen, y bendecimos; nos
persiguen, y lo sufrimos;
13 Somos blasfemados, y ro-
gamos; hemos llegado á ser co-
mo las basuras de este mundo,
como la escoria de todos hasta
ahora.
14 No os escribo esto por
avergonzaros, mas os amonesto
como á hijos mios muy amados.
15 Porque aunque tengais
diez mil ayos en Cristo; mas no
muchos padres. Porque yo soy,

el que os he engendrado en Jesu-Cristo por el Evangelio.
16 Por tanto os ruego, que seais mis imitadores, como tambien yo lo soy de Cristo.
17 Por esta causa os envié á Timoteo, que es mi hijo muy amado, y fiel en el Señor; que os hará saber mis caminos, que son en Jesu-Cristo, como yo enseño por todas partes en cada Iglesia.
18 Algunos andan hinchados, como si yo no hubiera de ir á vosotros.
19 Mas presto iré á vosotros, si el Señor quisiere; y exâminaré, no las palabras de los que así andan hinchados, sino la virtud.
20 Porque el reyno de Dios no está en palabras, sino en virtud.
21 ¿Que quereis? ¿iré á vosotros con vara, ó con caridad y con espíritu de mansedumbre?

CAPITULO V.

1 POR cosa cierta se dice, que hay entre vosotros fornicacion, y tal fornicacion, qual ni aun entre los Gentiles; tanto que alguno abusa de la muger de su padre.
2 Y andais aun hinchados; y ni ménos habeis mostrado pena, para que fuese quitado de entre vosotros, el que hizo tal maldad.
3 Yo en verdad aunque ausente con el cuerpo, mas presente con el espíritu, ya he juzgado como presente á aquel que así se portó.
4 En el nombre de nuestro Señor Jesu-Cristo congregados vosotros y mi espíritu, con la potestad de nuestro Señor Jesus,
5 Sea el tal entregado á Satanás para mortificacion de la carne, y que su alma sea salva en el dia de nuestro Señor Jesu-Cristo.
6 No es buena vuestra jactancia. ¿No sabeis, que un poco de levadura corrompe toda la masa?
7 Limpiad la vieja levadura, para que seais una nueva masa, como sois ázimos. Porque Cristo, que es nuestra Pascua, ha sido inmolado.
8 Y así solemnicemos el convite, no con levadura vieja, ni con levadura de maldad, ni de pecado; mas con ázimos de sinceridad y de verdad.
9 Os envié á decir en la carta: Que no os mezcláseis con los fornicarios.
10 No ciertamente con los fornicarios de este mundo, ó con los avaros, ó ladrones, ó que adoran ídolos; porque si no debiérais salir de este mundo.
11 Mas ahora os he escrito, que no os mezcleis; esto es, si aquel, que se llama hermano, es fornicario, ó avaro, ó idólatra, ó maldiciente, ó dado á la embriaguez, ó ladron, con este tal ni aun tomar alimento.
12 Porque ¿que me va á mí en juzgar de aquellos, que están fuera? ¿Por ventura no juzgais vosotros de aquellos, que están dentro?
13 Pues Dios juzgará á los que están fuera. Quitad de en medio de vosotros á ese iniqüo.

CAPITULO VI.

1 ¿OSA alguno de vosotros teniendo negocio con-

tra otro, ir á juicio ante los ini-
qüos, y no delante de los Santos?
2 ¿ Y que no sabeis, que los
Santos juzgarán de este mundo ?
Y si vosotros habeis de juzgar el
mundo, ¿ no seréis dignos de juz-
gar cosas de poquisima monta ?
3 ¿ No sabeis, que juzgarémos
á los Angeles ? pues ¿ quanto
mas las cosas del siglo ?
4 Por tanto si tuviéreis dife-
rencias por cosas del siglo; es-
tableced á los que son de menor
estimacion en la Iglesia para
juzgarlas
5 Para confusion vuestra lo
digo. ¿ Pues que no hay entre
vosotros algun hombre sabio,
que pueda juzgar entre sus her-
manos ?
6 ¿ Sino que el hermano trae
pleyto con el hermano; y esto
en el tribunal de los infieles ?
7 De manera que cierto hay
ya culpa en vosotros en traer
pleytos los unos con los otros.
¿ Por que no sufris ántes la in-
juria ? ¿ Por que no tolerais án-
tes el daño ?
8 Mas vosotros sois los que
injuriais y dañais ; y esto á los
hermanos.
9 ¿ No sabeis, que los iniqüos
no poseerán el reyno de Dios ?
No os engañeis ; pues ni los for-
nicarios, ni los adoradores de
ídolos, ni los adúlteros,
10 Ni los afeminados, ni los
de pecados nefandos, ni los la-
drones, ni los avaros, ni los da-
dos á la embriaguez, ni los mal-
dicientes, ni los robadores po-
seerán el reyno de Dios.
11 Y tales habeis sido algu-
nos ; mas habeis sido lavados,
mas habeis sido santificados, mas
habeis sido justificados en el
nombre de nuestro Señor Jesu-
Cristo, y por el Espíritu de nues-
tro Dios.
12 Todo me es permitido, mas
no todo me conviene ; todo me
es permitido, mas yo no me pon-
dré baxo del poder de ninguno.
13 Las viandas para el vien-
tre, y el vientre para las vian-
das ; mas Dios destruirá á aquel
y á estas : y el cuerpo no es pa-
ra la fornicacion, sino para el
Señor ; y el Señor para el
cuerpo.
14 Y Dios resucitó al Señor ;
y nos resucitará tambien á noso-
tros por su virtud.
15 ¿ No sabeis, que vuestros
cuerpos son miembros de Cristo ?
¿ Quitaré pues yo los miembros
de Cristo, y los haré miembros
de ramera ? No por cierto.
16 ¿ No sabeis, que el que se
allega á una ramera, un cuerpo
se hace con ella ? Porque serán,
dixo, dos en una carne.
17 Mas el que se allega al
Señor, un espíritu es.
18 Huid la fornicacion. Todo
pecado que hiciere el hombre,
es fuera del cuerpo ; mas el que
comete fornicacion, peca contra
su mismo cuerpo.
19 ¿ O no sabeis, que vuestros
miembros son templo del Espíritu
Santo, que está en vosotros, el
que teneis de Dios, y que no sois
vuestros ?
20 Porque comprados fuísteis
por grande precio. Glorificad
á Dios, y llevadle en vuestro
cuerpo.

CAPITULO VII.

1 POR lo que hace á las
cosas sobre que me
escribísteis, bueno seria á un
hombre no tocar muger :

2 Mas por evitar la fornicacion, cada uno tenga su muger, y cada una tenga su marido.

3 El marido pague á su muger lo que le debe; y de la misma manera la muger al marido.

4 La muger no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino el marido. Y asimismo el marido no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino la muger.

5 No os defraudeis el uno al otro, sino de acuerdo por algun tiempo, para dedicaros á la oracion; y de nuevo volved á cohabitar, porque no os tiente Satanás por vuestra incontinencia.

6 Mas esto digo por indulgencia, no por mandamiento.

7 Porque quiero, que todos vosotros seais tales, como yo mismo; mas cada uno tiene de Dios su propio don; el uno de una manera, y al otro de otra.

8 Digo tambien á los solteros y á las viudas, que les es bueno si permanecen así, como tambien yo.

9 Mas si no tienen don de continencia, cásense. Porque mas vale casarse, que abrasarse.

10 Mas á aquellos que están unidos en matrimonio, mando no yo, sino el Señor, que la muger no se separe del marido:

11 Y si se separare, que se quede sin casar, ó que haga paz con su marido. Y el marido tampoco dexe á su muger.

12 Pero á los demas, digo yo, no el Señor: Si algun hermano tiene muger infiel, y ella consiente morar con él, no la dexe.

13 Y si una muger fiel tiene marido infiel, y él consiente morar con ella, no dexe al marido:

14 Porque el marido infiel es santificado por la muger fiel; y santificada es la muger infiel por el marido fiel; porque sino vuestros hijos no serian limpios, mas ahora son santos.

15 Y si el infiel se separare, sepárese; porque el hermano, ó la hermana no está sujeto á servidumbre en tales cosas; mas Dios nos ha llamado en paz.

16 Porque ¿donde sabes tú, muger, si salvarás al marido? ¿ó donde sabes tú, marido, si salvarás á la muger?

17 Sino que cada uno, como Dios le haya repartido, y cada uno como Dios le haya llamado, así ande; y esto es como yo lo ordeno en todas las Iglesias.

18 ¿Es llamado alguno siendo circuncidado? que no busque prepucio. ¿Es llamado alguno en prepucio? que no se circuncide.

19 La circuncision nada es, y el prepucio nada es; sino la guarda de los mandamientos de Dios.

20 Cada uno en la vocacion en que fué llamado, en ella permanezca.

21 ¿Fuíste llamado siendo siervo? no te dé cuidado; y si puedes ser libre, aprovéchate mas bien.

22 Porque el siervo que fué llamado en el Señor, liberto es del Señor; asimismo el que fué llamado siendo libre, siervo es de Cristo.

23 Por precio sois comprados, no os hagais siervos de hombres.

24 Pues cada uno, hermanos, estése delante de Dios, en aquello en que fué llamado.

25 Quanto á las vírgenes, no tengo mandamiento del Señor; mas doy consejo, así como quien

ha alcanzado misericordia del Señor, para ser fiel.

26 Pienso pues, que esto es bueno, á causa de la necesidad que apremia, porque bueno es al hombre el estarse así.

27 ¿Estás ligado á muger? no busques soltura. ¿Estás libre de muger? no busques muger.

28 Mas si tomares muger, no pecaste. Y si la vírgen se casare, no pecó; pero los tales quebranto tendrán de la carne. Mas yo os perdono.

29 Pues lo que digo, hermanos, es que el tiempo es corto; lo que resta es, que los que tienen mugeres, sean como si no las tuviesen;

30 Y los que lloran, como si no llorasen; y los que se alegran, como si no se alegrasen; y los que compran, como si no poseyesen;

31 Y los que usan de este mundo, como si no usasen; porque pasa la figura de este mundo.

32 Quiero pues, que vivais sin inquietud. El que está sin muger, está cuidadoso de las cosas que son del Señor, como ha de agradar á Dios.

33 Mas el que está con muger, está afanado en las cosas del mundo, como ha de dar gusto á su muger, y anda dividido.

34 Y la muger soltera, y la vírgen piensa en las cosas del Señor, para ser santa de cuerpo, y de alma; mas la que es casada, piensa en las cosas que son del mundo, y como agradar al marido.

35 En verdad esto digo para provecho vuestro; no para echaros lazo, sino solamente para lo que es honesto, y que os dé facultad de orar al Señor sin estorbo.

36 Mas si á alguno le parece que no le es honesto á su vírgen, si se le pasa la edad de casarse, y que así es necesario que se cumpla, haga lo que quisiere; no peca, si se casa.

37 Porque el que tomó en sí una firme resolucion, no obligándole necesidad, sino ántes teniendo potestad de su propia voluntad, y determinó en su corazon guardar su vírgen, bien hace.

38 Y así el que casa á su vírgen, hace bien; y el que no la casa, hace mejor.

39 La muger está atada á la ley, miéntras vive su marido; pero si muriese su marido, queda libre; cásese con quien quiera; con tal que sea en el Señor.

40 Pero será mas bienaventurada, si permaneciere así, segun mi consejo; y pienso que yo tambien tengo Espíritu de Dios.

CAPITULO VIII.

1 Y quanto á las cosas que son sacrificadas á los ídolos, sabemos que todos tenemos ciencia. La ciencia hincha, mas la caridad edifica.

2 Y si alguno cree saber algo, aun no ha conocido de que manera le convenga saber.

3 Si alguno ama á Dios, este es conocido de él.

4 Y quanto á las viandas, que son sacrificadas á los ídolos, sabemos que el ídolo es nada en el mundo, y que no hay otro Dios sino solo uno.

5 Porque aunque haya algunos que se llamen dioses, ya en el cielo, ya en la tierra (pues

hay muchos dioses, y muchos
señores;)
6 Mas para nosotros es solo
un Dios, el Padre, de quien son
todas las cosas, y nosotros en él;
y solo un Señor Jesu-Cristo, por
quien son todas las cosas, y nosotros por él.
7 Mas no en todos hay conocimiento. Porque algunos hasta
ahora con conciencia del ídolo,
comen como sacrificado á ídolo;
y la conciencia de estos, como
enferma, es contaminada.
8 Y la vianda no nos hace
agradables á Dios: Porque ni
comiéndola, serémos mas ricos;
ni serémos mas pobres, no comiéndola.
9 Mas mirad, que esta libertad que teneis, no sea ocasion de
tropiezo á los flacos.
10 Porque si alguno viere al
que tiene ciencia, estar sentado
á la mesa en el lugar de los ídolos; ¿por ventura con su conciencia enferma, no se alentará
á comer de lo sacrificado á los
ídolos?
11 ¿Y por tu ciencia perecerá el hermano enfermo por el
qual murió Cristo?
12 Y de este modo pecando
contra los hermanos, y llagando
su débil conciencia, pecais contra Cristo.
13 Por lo qual, si la vianda
sirve de escándalo á mi hermano; nunca jamas comeré carne,
por no escandalizar á mi hermano.

CAPITULO IX.

1 ¿NO soy yo libre? ¿no
soy Apóstol? ¿no he
visto á Jesu-Cristo Señor nuestro? ¿no sois vosotros obra mia
en el Señor?
2 Y aunque para los otros
no fuera Apóstol, para vosotros
ciertamente lo soy; porque vosotros sois el sello de mi Apostolado en el Señor.
3 Esta es mi defensa para con
aquellos, que me preguntan.
4 ¿Acaso no tenemos potestad de comer y de beber?
5 ¿Por ventura no tenemos
potestad de llevar por todas partes una muger hermana, así como
los otros Apóstoles, y los hermanos del Señor, y Cefas?
6 ¿O yo solo, y Bernabé no
tenemos potestad de hacer esto?
7 ¿Quien jamas va á campaña á sus expensas? ¿Quien
planta viña, y no come del fruto
de ella? ¿Quien apacienta ganado, y no come de la leché del
ganado?
8 ¿Por ventura digo yo esto
como hombre? ¿O no lo dice
tambien la Ley?
9 Porque escrito está en la
Ley de Moisés: No atarás la
boca al buey que trilla. ¿Acaso tiene Dios cuidado de los
bueyes?
10 ¿Y que no dice esto por
nosotros? Sí ciertamente, por
nosotros están escritas estas cosas. Porque el que ara, debe
arar con esperanza; y él que
trilla, con esperanza de percibir
los frutos.
11 Si nosotros os sembramos
las cosas espirituales, ¿es gran
cosa, si recogemos las carnales
que pertenecen á vosotros?
12 Si otros participan de esta
potestad sobre vosotros, ¿por
que no mas bien nosotros? Mas
no hemos hecho uso de esta facultad; ántes todo lo sufrimos,
por no poner algun estorbo al
Evangelio de Cristo.

13 ¿No sabeis, que los que trabajan en el santuario, comen de lo que es del santuario; y que los que sirven al altar, participan juntamente del altar?

14 Así tambien el Señor ordenó, que los que anuncian el Evangelio, vivan del Evangelio.

15 Pero yo de nada de esto he usado: Ni tampoco he escrito esto para que se haga así conmigo; porque tengo por mejor morir, ántes que ninguno me haga perder esta gloria.

16 Porque si predico el Evangelio, no tengo de que gloriarme; porque me es impuesta obligacion; pues ay de mí, si yo no evangelizáre.

17 Por lo qual si lo hago de voluntad, tendré premio; mas si por fuerza, la dispensacion me ha sido encargada.

18 ¿Qual pues es mi galardon? Que predicando el Evangelio, dispense yo el Evangelio sin causar gasto, para no abusar de mi potestad en el Evangelio.

19 Por lo qual siendo libre para con todos, me he hecho siervo de todos, para ganar mucho mas.

20 Y me he hecho para los Judíos como Judío, para ganar á los Judíos.

21 A los que están baxo de Ley (como si yo estuviera baxo de Ley) no estando baxo de Ley, por ganar aquellos que estaban baxo de Ley; y á los que estaban sin Ley, como si yo estuviera sin Ley, (aunque no estaba sin la Ley de Dios; ántes estando en la Ley de Cristo) por ganar á los que estaban sin Ley.

22 Me he hecho enfermo con los enfermos, por ganar á los enfermos. Me he hecho todo para todos, para salvarlos á todos.

23 Y todo lo hago por el Evangelio; para hacerme participante de él.

24 ¿No sabeis, que los que corren en el Estadio, todos en verdad corren, mas uno solo lleva la joya? Corred de tal manera que la alcanceis.

25 Y todo aquel que ha de lidiar, de todo se abstiene; y aquellos ciertamente, por recibir una corona corruptible; mas nosotros incorruptible.

26 Pues yo así corro, no como á cosa incierta; así lidio, no como quien da golpes al ayre:

27 Mas castigo mi cuerpo, y le pongo en servidumbre; porque no acontezca, que habiendo predicado á otros, me haga yo mismo reprobado.

CAPITULO X.

1 PORQUE no quiero, hermanos, que ignoreis, que nuestros padres estuviéron todos debaxo de la nube, y todos pasáron la mar,

2 Y todos fuéron bautizados en Moisés, en la nube, y en la mar:

3 Y todos comiéron una misma vianda espiritual,

4 Y todos bebiéron una misma bebida espiritual; (porque bebian de una piedra espiritual, que los iba siguiendo; y la piedra era Cristo.)

5 Mas de muchos de ellos Dios no se agradó; por lo qual fuéron postrados en el desierto.

6 Mas estas cosas fuéron hechas en figura de nosotros, para que no seamos codiciosos de cosas malas, como ellos las codiciáron.

7 Ni os hagais idólatras como algunos de ellos, conforme está escrito: Se sentó el pueblo á comer y á beber, y se levantáron á jugar.

8 Ni forniquemos, como algunos de ellos fornicáron, y muriéron en un dia veinte y tres mil.

9 Ni tentemos á Cristo, como algunos de ellos le tentáron, y fuéron muertos por las serpientes.

10 Ni murmureis como murmuráron algunos de ellos, y los mató el exterminador.

11 Todas estas cosas les acontecian á ellos en figura; mas fuéron escritas para escarmiento de nosotros, en quienes los fines de los siglos han llegado.

12 Y así el que piensa que está en pie, mire no cayga.

13 No os tome tentacion sino humana; mas fiel es Dios, que no permitirá que seais tentados mas allá de vuestras fuerzas; ántes hará que saqueis provecho de la misma tentacion, para que podais perseverar.

14 Por lo qual, muy amados mios, huid de adorar ídolos:

15 Como á prudentes os hablo, vosotros mismos juzgad lo que digo.

16 El cáliz de bendicion, al qual bendecimos, ¿no es la comunion de la sangre de Cristo? y el pan que partimos, ¿no es la participacion del Cuerpo del Señor?

17 Porque un pan, un cuerpo somos muchos, todos aquellos, que participamos de un mismo pan.

18 Considerad á Israél segun la carne: Los que comen las víctimas, ¿por ventura no tienen parte con el altar?

19 ¿Pues que? ¿digo, que lo que ha sido sacrificado á los ídolos, es alguna cosa? ¿ó que el ídolo es alguna cosa?

20 Antes digo, que las cosas que sacrifican los Gentiles, las sacrifican á los demonios, y no á Dios. Y no quiero, que vosotros tengais sociedad con los demonios; no podeis beber el cáliz del Señor, y el cáliz de los demonios;

21 No podeis ser participantes de la mesa del Señor, y de la mesa de los demonios.

22 ¿Queremos irritar con zelos al Señor? ¿Somos acaso mas fuertes que él? Todo me es permitido, mas no todo me conviene.

23 Todo me es permitido, mas no todo es de edificacion.

24 Ninguno busque lo que es suyo, sino lo que es del otro.

25 De todo lo que se vende en la plaza, comed, sin preguntar nada por causa de la conciencia.

26 Porque del Señor es la tierra, y quanto hay en ella.

27 Si alguno de los infieles os convida, y quereis ir, comed de todo lo que os pongan delante, no preguntando nada por causa de la conciencia.

28 Y si alguno dixere: Esto ha sido sacrificado á los ídolos, no lo comais en atencion de aquel, que lo advirtió, y de la conciencia:

29 Conciencia digo, no la tuya, sino la del otro. Porque ¿á que fin mi libertad es juzgada por conciencia agena?

30 Si yo con gracia participo, ¿á que fin soy blasfemado por lo que doy gracias?

31 Pues si comeis, ó si bebeis, ó haceis qualquiera otra cosa; hacedlo todo á gloria de Dios.

32 Sed tales, que no ofendais,
ni á los Judíos, ni á los Gentiles,
ni á la Iglesia de Dios:
33 Como tambien yo en todo
procuro agradar á todos, no buscando mi provecho, sino el de muchos; para que sean salvos.

CAPITULO XI.

1 SED imitadores mios, como yo tambien lo soy
de Cristo.
2 Y os alabo, hermanos, porque en todo os acordais de mí; y guardais mis instrucciones, como yo os las enseñé.
3 Pero quiero, que vosotros sepais, que Cristo es la cabeza de todo varon; y el varon la cabeza de la muger; y Dios la cabeza de Cristo.
4 Todo hombre, que ora, ó profetiza con la cabeza cubierta, deshonra su cabeza.
5 Y toda muger, que ora, ó profetiza con la cabeza descubierta deshonra su cabeza; por que es lo mismo que si estuviera raida.
6 Porque si no se cubre la muger, trasquílese tambien. Y si es cosa fea á una muger el trasquilarse, ó raerse, cubra su cabeza.
7 El varon en verdad no debe cubrir su cabeza; porque es imágen y gloria de Dios; mas la muger es gloria del varon.
8 Porque no fué hecho el varon de la muger, sino la muger del varon.
9 Porque no fué criado el varon por causa de la muger, sino la muger por causa del varon.
10 Por eso debe la muger llevar la potestad sobre su cabeza por causa de los Angeles.
11 Mas ni el varon sin la muger, ni la muger sin el varon en el Señor.
12 Porque como la muger fué hecha del varon, así tambien el varon por la muger; mas todas las cosas de Dios.
13 Juzgad vosotros mismos: ¿Es decente, que una muger haga oracion á Dios no teniendo velo?
14 Que ni la misma naturaleza os enseña, que le seria ignominioso al varon el criar cabello:
15 Mas al contrario le es decoroso á la muger criar cabello; porque los cabellos le han sido dados en lugar de velo.
16 Con todo eso, si alguno parece ser contencioso; nosotros no tenemos tal costumbre, ni la Iglesia de Dios.
17 Esto os mando; mas no apruebo, el que os congregais, no para mejor, sino para peor.
18 Porque en primer lugar oigo, que quando os congregais en la Iglesia, hay disensiones entre vosotros; y en parte lo creo.
19 Pues es necesario que haya tambien heregías, para que los que son aprobados sean manifiestos entre vosotros.
20 De manera que quando os congregais en uno, ya no es para comer la cena del Señor.
21 Porque cada uno toma ántes su propia cena para comer. Y el uno tiene hambre; y el otro está muy harto.
22 ¿Por ventura no teneis casas para comer y beber? ¿ó despreciais la Iglesia de Dios, y avergonzais á aquellos que no tienen? ¿Que os diré? ¿Os alabaré? en esto no os alabo.
23 Porque yo recibí del Se-

ñor, lo que tambien os enseñé á
vosotros, que el Señor Jesus, en
la noche en que fué entregado,
tomó el pan,
24 Y dando gracias, le partió,
y dixó: Tomad, y comed; este
es mi Cuerpo, que será entrega-
do por vosotros; haced esto en
memoria de mí.
25 Asímismo tomó el cáliz,
despues de haber cenado, di-
ciendo: Este cáliz en el Nuevo
Testamento en mi Sangre. Ha-
ced esto, quantas veces lo be-
biéreis, en memoria de mí.
26 Porque quantas veces co-
miéreis este pan, y bebiéreis
este cáliz; anunciaréis la muer-
te del Señor, hasta que venga.
27 De manera, que el que co-
miere este pan, ó bebiere el cá-
liz del Señor indignamente; será
reo del Cuerpo y de la Sangre
del Señor.
28 Por tanto pruébese el
hombre á sí mismo; y así coma
de aquel pan, y beba del cáliz.
29 Porque el que come y be-
be indignamente, come y bebe
su propio juicio; no haciendo
discernimiento del Cuerpo del
Señor.
30 Por esto hay entre voso-
tros muchos enfermos y flacos, y
duermen muchos.
31 Pero si nos exâminásemos
á nosotros mismos, ciertamente
no seriamos juzgados.
32 Mas quando somos juzgados,
somos corregidos del Señor, para
que no seamos condenados con
este mundo.
33 Pues, hermanos mios,
quando os juntais para comer,
esperaos unos á otros.
34 Y si alguno tiene hambre,
coma en casa; porque no os
junteis para juicio. Las demas
cosas las ordenaré, quando vi-
niere.

CAPITULO XII.

1 Y sobre los dones espiri-
tuales no quiero, her-
manos, que vivais en ignorancia.
2 Sabeis, que quando érais
Gentiles, os ibais á los ídolos
mudos, como érais llevados.
3 Por tanto os hago saber,
que ninguno que habla por Espí-
ritu de Dios, dice anatema á
Jesus. Y ninguno puede decir,
Señor Jesus, sino por el Espíritu
Santo.
4 Pues hay repartimientos de
gracias, mas uno mismo es el
Espíritu;
5 Y hay repartimientos de
ministerios, mas uno mismo es el
Señor;
6 Y hay repartimientos de
operaciones, mas uno mismo es
el Dios, que obra todas las cosas
en todos.
7 Y á cada uno es dada la
manifestacion del Espíritu para
provecho.
8 Porque á uno por el Espí-
ritu es dada palabra de sabidu-
ría; á otro palabra de ciencia
segun el mismo Espíritu;
9 Á otro fé por el mismo Es-
píritu; á otro gracia de sanida-
des en un mismo Espiritu;
10 Á otro operacion de virtu-
des; á otro profecía; á otro dis-
crecion de espíritus; á otro li-
nages de lenguas; á otro inter-
pretacion de palabras.
11 Mas todas estas cosas obra
solo uno y el mismo Espíritu,
repartiendo á cada uno como
quiere.
12 Porque así como el cuerpo
es uno, y tiene muchos miem-

bros, y todos los miembros del
cuerpo, aunque sean muchos,
son no obstante un solo cuerpo;
así tambien Cristo.
13 Porque en un mismo Espíritu hemos sido bautizados todos nosotros para ser un mismo cuerpo, ya Judíos, ó Gentiles, ya siervos, ó libres; y todos hemos bebido en un mismo Espíritu.
14 Porque tampoco el cuerpo es un solo miembro sino muchos.
15 Si dixere el pie: Porque no soy mano, no soy del cuerpo, ¿dexa por eso de ser del cuerpo?
16 Y si dixere la oreja: Porque no soy ojo, no soy del cuerpo, ¿dexa por eso de ser del cuerpo?
17 Si todo el cuerpo fuese ojo, ¿donde estaria el oido? Y si todo fuese oido, ¿donde estaria el olfato?
18 Mas ahora Dios ha puesto los miembros en el cuerpo, cada uno de ellos así como quiso.
19 Y si todos los miembros fuesen uno, ¿donde estaria el cuerpo?
20 Mas ahora los miembros en verdad son muchos, pero el cuerpo es uno solo.
21 Y el ojo no puede decir á la mano: No te he menester; ni tampoco la cabeza á los pies: No me sois necesarios.
22 Antes los miembros del cuerpo que parecen mas flacos, son mas necesarios:
23 Y los que tenemos por mas viles miembros del cuerpo, á esos cubrimos con mas decoro; y los que en nosotros son mas feos, los adornamos con mas decencia.
24 Porque los que en nosotros son mas honestos, no tienen necesidad de nada; mas Dios templó el cuerpo, dando honra mas cumplida á aquel que no la tenia en sí,
25 Para que no haya disension en el cuerpo, sino que todos los miembros conspiren entre sí á ayudarse unos á otros.
26 De manera que si algun mal padece un miembro, todos los miembros padecen con el; ó si un miembro es honrado, todos los miembros se regocijan con él.
27 Pues vosotros sois cuerpo de Cristo, y miembros de miembro.
28 Y así á unos puso Dios en la Iglesia, en primer lugar Apóstoles, en segundo Profetas, en tercero Doctores, despues virtudes, luego gracias de curaciones, socorros, gobernaciones, géneros de lenguas, interpretaciones de palabras.
29 ¿Por ventura son todos Apóstoles? ¿son todos Profetas? ¿son todos Doctores?
30 ¿O todos virtudes? ¿ó todos tienen gracia de curaciones? ¿ó todos hablan lenguas? ¿ó todos interpretan?
31 Aspirad pues á los mejores dones. Yo os muestro un camino aun mas excelente.

CAPITULO XIII.

1 SI yo hablara lenguas de hombres y de Angeles, y no tuviera caridad, soy como metal que suena, ó campana que retiñe.
2 Y si tuviere profecía, y supiere todos los misterios, y quanto se puede saber; y si tuviese toda la fé, de manera que tras-

pasase los montes, y no tuviere caridad, nada soy.

3 Y si distribuyere todos mis bienes en dar de comer á pobres, y si entregare mi cuerpo para ser quemado, y no tuviere caridad, nada me aprovecha.

4 La caridad es paciente, es benigna; la caridad no es envidiosa, no obra precipitadamente, no se ensoberbece,

5 No es ambiciosa, no busca sus provechos, no se mueve á ira, no piensa mal,

6 No se goza de la iniquidad, mas se goza de la verdad:

7 Todo lo sobrelleva, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

8 La Caridad nunca fenece; aunque se hayan de acabar las profecías, y cesar las lenguas, y ser destruida la ciencia.

9 Porque en parte conocemos, y en parte profetizamos.

10 Mas quando viniere lo que es perfecto, abolido será lo que es en parte.

11 Quando yo era niño, hablaba como niño, sentia como niño, pensaba como niño. Mas quando fuí ya hombre hecho, dí de mano á las cosas de niño.

12 Ahora vemos como por espejo en obscuridad; mas entónces cara á cara. Ahora conozco en parte; mas entónces conoceré, como soy conocido.

13 Y ahora permanecen estas trés cosas, la Fé, la Esperanza, y la Caridad; mas de estas, la mayor es la Caridad.

CAPITULO XIV.

1 SEGUID la Caridad; codiciad los dones espirituales, y sobre todo el de profecía.

2 Porque el que habla una lengua, no habla á hombres, sino á Dios; porque ninguno le oye. Y en Espíritu habla misterios.

3 Mas el que profetiza, habla á hombres para edificacion, y exhortacion, y consolacion.

4 El que habla una lengua, se edifica á sí mismo; mas el que profetiza, edifica á la Iglesia de Dios.

5 Quiero pues, que vosotros todos hableis lenguas; pero mas bien que profeticeis; porque mayor es el que profetiza, que el que habla lenguas; á no ser que tambien interprete, de manera que la Iglesia reciba edificacion.

6 Pues ahora, hermanos, si yo fuere á vosotros hablando lenguas; ¿que os aprovecharé, si no os habláre, ó en revelacion, ó en ciencia, ó en profecía, ó en doctrina?

7 Ciertamente las cosas inanimadas que dan sonido, como la fláuta, y el harpa, si no hacen diferencia de sonidos, ¿como se distinguirá lo que se canta á la fláuta, ó lo que se tañe al harpa?

8 Y si la trompeta diere un confuso sonido, ¿quien se apercibirá á la batalla?

9 Así tambien vosotros, si por la lengua no diereis palabras inteligibles, ¿como se entenderá lo que se dice? porque hablaréis al ayre.

10 Hay, por exemplo, tantos linages de lenguas en este mundo, y nada hay sin voz.

11 Pues si yo no entendiere el valor de la voz, seré bárbaro para aquel á quien hablo; y el que habla, lo será para mí.

12 Así tambien vosotros, por quanto sois codiciosos de dones

espirituales, procurad abundar
en ellos para edificacion de la
Iglesia.
13 Y por esto el que habla
una lengua, pida la gracia de in-
terpretarla.
14 Porque si oráre en una
lengua, mi espíritu ora; mas mi
mente queda sin fruto.
15 ¿ Pues que haré ? oraré
con el espíritu, oraré tambien
con la mente; cantaré con el
espíritu, cantaré tambien con la
mente.
16 Mas si bendixeres con el
espíritu, el que ocupa lugar
del simple pueblo, ¿ como dirá,
Amen, sobre tu bendicion ?
puesto que no entiende lo que
tú dices.
17 Verdad es, que tú das bien
las gracias; mas el otro no es
edificado.
18 Gracias doy á mi Dios,
porque hablo en lengua de todos
vosotros.
19 Y mas bien quiero hablar
en la Iglesia cinco palabras de
mi inteligencia, y para instruir
tambien á los otros, que no diez
mil palabras en lengua.
20 Hermanos, no seais niños
en el sentido; mas sed pequeñi-
tos en la malicia, y sed per-
fectos en el sentido.
21 En la Ley está escrito:
Que en otras lenguas, y en otros
lábios hablaré á este pueblo; y
ni aun así me oiran, dice el Se-
ñor.
22 Y así las lenguas son para
señal no á los fieles, sino á los
infieles; mas las profecías no á
los infieles, sino á los fieles.
23 Pues si toda la Iglesia se
congregare en uno, y todos ha-
blasen lenguas diversas, entran-
do entónces idiotas ó infieles;
¿ no dirán que estais fuera de
juicio?
24 Pero si todos profetizaren,
y entrare algun infiel, ó idiota,
de todos será convencido, de to-
dos será juzgado;
25 Las cosas ocultas de su
corazon se harán manifiestas; y
así postrado sobre el rostro, ado-
rará á Dios, declarando, que
Dios verdaderamente está en
vosotros.
26 ¿ Pues que hay, herma-
nos? quando os congregais, ca-
da uno de vosotros tiene salmo,
tiene doctrina, tiene revelacion,
tiene lengua, tiene interpreta-
cion; hágase todo para edifica-
cion.
27 Si alguno habláre en len-
gua, sea por dos, lo mas por tres,
y esto á veces, y que uno inter-
prete.
28 Y si no hubiere intérprete,
calle en la Iglesia, y hable á sí
mismo, y con Dios.
29 En quanto á los Profetas,
hablen dos ó tres, y los demas
juzguen.
30 Y si á otro que estuviere
sentado hubiere sido revelada
alguna cosa, calle él primero.
31 Y todos uno por uno po-
deis profetizar; para que todos
aprendan, y todos sean amones-
tados:
32 Y los espíritus de los Pro-
fetas están sujetos á los Pro-
fetas.
33 Porque Dios no es Dios de
disension, sino de paz; como yo
tambien enseño en todas las
Iglesias de los Santos.
34 Las mugeres callen en las
Iglesias; porque no les es dado
hablar, sino que estén sujetas,
como tambien lo dice la Ley.
35 Y si quieren aprender al-

guna cosa, pregunten en casa á sus maridos. Porque indecente cosa es á una muger hablar en la Iglesia.
36 ¿Por ventura la palabra de Dios salió de vosotros? ¿ó ha llegado á solos vosotros?
37 Si alguno se tiene por Profeta, ó por espiritual, conozca que las cosas que os escribo, son mandamientos del Señor.
38 Y quien no conociere, no será conocido.
39 Y así, hermanos, codiciad el profetizar; y no vedeis el hablar lenguas.
40 Mas todo se haga con decencia y con órden.

CAPITULO XV.

1 OS hago pues presente, hermanos, el Evangelio que os prediqué, el que tambien recibísteis, y en el que perseverais,
2 Por el qual asimismo sois salvos, si le guardais al tenor de lo que yo os prediqué, á no ser que en vano hayais creido.
3 Porque desde el principio yo os enseñé lo mismo que habia aprendido; que Cristo murió por nuestros pecados segun las Escrituras;
4 Y que fué sepultado, y que resucitó al tercero dia segun las Escrituras;
5 Y que se apareció á Cefas, y despues de esto á los once;
6 Despues fué visto por mas de quinientos hermanos estando juntos; de los quales aun hoy dia viven muchos, y otros ya fináron;
7 Despues apareció á Santiago, y luego á todos los Apóstoles;
8 Y el postrero de todos, como á un abortivo, me apareció tambien á mí.
9 Porque yo soy el menor de los Apóstoles, que no soy digno de ser llamado Apóstol, porque perseguí la Iglesia de Dios.
10 Mas por la gracia de Dios soy aquello que soy, y su gracia no ha sido vana en mí; ántes he trabajado mas copiosamente, que todos ellos; mas no yo, sino la gracia de Dios conmigo:
11 Porque sea yo, ó sean ellos, así predicamos, y así habeis creido.
12 Y si se predica, que Cristo resucitó de entre los muertos, ¿como dicen algunos entre vosotros, que no hay resurreccion de muertos?
13 Pues si no hay resurreccion de muertos; tampoco Cristo resucitó.
14 Y si Cristo no resucitó, luego vana es nuestra predicacion, y tambien es vana vuestra fé:
15 Y somos asimismo hallados por falsos testigos de Dios; porque dimos testimonio contra Dios diciendo, que resucitó á Cristo; al qual no resucitó, si los muertos no resucitan.
16 Por que si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó.
17 Y si Cristo no resucitó, vana es vuestra fé, porque aun estais en vuestros pecados.
18 Y por consiguiente tambien los que durmiéron en Cristo han perecido.
19 Si en esta vida tan solamente esperamos en Cristo, los mas desdichados somos de todos los hombres.
20 Mas ahora Cristo resucitó

de entre los muertos, primicias de los que duermen.
21 Porque como la muerte fué por un hombre, tambien por un hombre la resurreccion de los muertos.
22 Y así como en Adam mueren todos, así tambien todos serán vivificados en Cristo.
23 Mas cada uno en su órden; las primicias Cristo; despues los que son de Cristo, que creyéron en su advenimiento.
24 Luego será el fin; quando hubiere entregado el reyno á Dios y al Padre, quando hubiere destruido todo principado, y potestad, y virtud.
25 Porque es necesario que él reyne, hasta que ponga á todos sus enemigos debaxo de sus pies.
26 Y la enemiga muerte será destruida la postrera: Porque todas las cosas sujetó debaxo de los pies de él. Y quando dice:
27 Todo está sujeto á él, se exceptua sin duda aquel que cometió á él todas las cosas.
28 Y quando todo le estuviere sujeto, entónces aun el mismo Hijo estará sometido á aquel que sometió á él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos.
29 De otra manera, ¿que harán los que se bautizan por los muertos, si de ningun modo los muertos resucitan? ¿Pues por que se bautizan por ellos?
30 ¿Y por que nosotros estamos á peligro en cada hora?
31 Cada dia, hermanos, muero por vuestra gloria, la qual tengo en Jesu-Cristo Señor nuestro.
32 (Si como hombre) lidié yo con las bestias en Efeso, ¿que me aprovecha, si no resucitan los muertos? Comamos y bebamos, que mañana morirémos.
33 No querais ser engañados: Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres.
34 Velad, justos, y no pequeis; porque algunos no tienen el conocimiento de Dios, para vergüenza vuestra lo digo.
35 Mas dirá alguno: ¿Como resucitarán los muertos? ¿ó en que calidad de cuerpo vendrán?
36 Necio, lo que tú siembras, no se vivifica, si ántes no muere.
37 Y quando siembras, no siembras el cuerpo que ha de ser, sino el grano desnudo, así como de trigo, ó de alguno de los otros.
38 Mas Dios le dá el cuerpo, como quiere; y á cada una de las semillas su propio cuerpo.
39 No toda carne es una misma carne; mas una ciertamente es la de los hombres, otra la de las bestias, otra la de las aves, y otra la de los peces.
40 Y cuerpos hay celestiales, y cuerpos terrestres; mas una es la gloria de los celestiales, y otra de los terrestres:
41 Una es la claridad del Sol, otra la claridad de la Luna, y otra la claridad de las estrellas. Y aun hay diferencia de estrella á estrella en la claridad:
42 Así tambien la resurreccion de los muertos. Se siembra en corrupcion, resucitará en incorrupcion.
43 Es sembrado en vileza, resucitará en gloria; es sembrado en flaqueza, resucitará en vigor;
44 Es sembrado cuerpo animal, resucitará cuerpo espiri-

tual. Si hay cuerpo animal, lo
hay tambien espiritual, así como
está escrito:
45 Fué hecho el primer hombre Adam en alma viviente, el postrer Adam en espíritu vivificante.
46 Mas no ántes lo que es espiritual, sino lo que es animal; despues lo que es espiritual.
47 El primer hombre de la tierra, terreno; el segundo hombre del cielo, celestial.
48 Qual el terreno, tales tambien los terrenos; y qual el celestial, tales tambien los celestiales.
49 Por lo qual, así como traximos la imágen del terreno, llevemos tambien la imágen del celestial.
50 Mas digo esto, hermanos: Que la carne y la sangre no pueden poseer el reyno de Dios; ni la corrupcion poseerá la incorruptibilidad.
51 He aquí os digo un Mysterio: Todos ciertamente resucitaremos, mas no todos seremos mudados.
52 En un momento, en un abrir de ojo, en la final trompeta; pues la trompeta sonará, y los muertos resucitarán incorruptibles; y nosotros seremos mudados.
53 Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorruptibilidad; y esto que es mortal, se vista de inmortalidad.
54 Y quando esto, que es mortal fuere revestido de inmortalidad, entónces se cumplirá la palabra que está escrita: Tragada ha sido la muerte en la victoria.
55 ¿Donde está, ó muerte, tu victoria? ¿donde está, ó muerte, tu aguijon?
56 El aguijon pues de la muerte es el pecado, y la fuerza del pecado es la Ley;
57 Mas gracias á Dios, que nos dió la victoria por nuestro Señor Jesu-Cristo.
58 Y así, amados hermanos mios, estad firmes y constantes, creciendo siempre en la obra del Señor, sabiendo que vuestro trabajo no es vano en el Señor.

CAPITULO XVI.

1 MAS en quanto á las colectas que se hacen para los Santos, haced tambien vosotros, así como lo ordené en las Iglesias de Galacia.
2 El primer dia de la semana cada uno de vosotros ponga aparte, y guarde en su casa lo que guste, para que no se hagan las colectas quando yo viniere.
3 Y quando estuviere presente, los que vosotros aprobareis por cartas, aquellos enviaré para que lleven á Jerusalém vuestro socorro.
4 Y si la cosa mereciere que yo tambien vaya, irán conmigo.
5 Mas iré á vosotros, luego que hubiere pasado por la Macedonia; porque por Macedonia pasaré.
6 Y por ventura me quedaré con vosotros, y pasaré tambien el invierno, para que me acompañeis adonde hubiere de ir.
7 Porque no os quiero ahora ver de paso; ántes espero detenerme algun tiempo con vosotros, si el Señor lo permitiere.
8 Y estaré en Efeso hasta Pentecostés.
9 Porque se me ha abierto

una puerta grande, y espaciosa; y los adversarios son muchos.
10 Y si viniere Timotéo, cuidad que esté sin temor entre vosotros; porque trabaja en la obra del Señor, así como yo.
11 Por tanto ninguno le tenga en poco; ántes acompañadle en paz, para que venga á mí; porque le espero con los hermanos.
12 Y os hago saber del hermano Apolo, que le rogué mucho, que pasase á vosotros con los hermanos; y en verdad no fué su voluntad de ir ahora á vosotros; mas irá quando tuviere oportunidad.
13 Velad, estad firmes en la fé, portaos varonilmente, y sed fuertes.
14 Todas vuestras cosas sean hechas en caridad.
15 Y os ruego, hermanos, ya conoceis la casa de Estéfana, y de Fortunato, y de Acáico; porque son las primicias de la Acaya, y se consagráron al servicio de los Santos:
16 Que vosotros esteis obedientes á estos tales, y á todo aquel que nos ayuda, y trabaja.
17 Y me huelgo de la venida de Estéfana, y de Fortunato, y de Acáico; porque lo que á vosotros faltaba, ellos lo supliéron:
18 Porque recreáron mi espíritu, y el vuestro. Tened pues consideracion á tales personas.
19 Os saludan las Iglesias de Asia. Os saludan mucho en el Señor Aquila, y Priscila con la Iglesia de su casa, en la que me hallo hospedado.
20 Os saludan todos los hermanos. Saludaos los unos á los otros en ósculo santo.
21 La salutacion de mi propia mano, Pablo.
22 Si alguno no ama á nuestro Señor Jesu-Cristo, sea excomulgado, perpetuamente exêcrable.
23 La gracia de nuestro Señor Jesu-Cristo sea con vosotros.
24 Mi amor sea con todos vosotros en Jesu-Cristo. Amen.

EPISTOLA SEGUNDA
DE SAN PABLO
A LOS CORINTIOS.

CAPITULO I.

1 PABLO Apóstol de Jesu-Cristo por la voluntad de Dios, y Timotéo el hermano, á la Iglesia de Dios, que está en Corinto, con todos los Santos, que están en toda la Acaia:
2 Gracia sea á vosotros, y paz de Dios nuestro Padre, y del Señor Jesu-Cristo.
3 Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesu-Cristo, el Padre de las misericordias, y Dios de toda consolacion,
4 El qual nos consuela en toda nuestra tribulacion; para que podamos tambien consolar, á los que están en toda angustia,

tes, ahora presentes, serle agradables.

10 Porque es necesario, que todos nosotros seamos manifestados ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba, segun lo que ha hecho, ó bueno, ó malo, estando en el propio cuerpo.

11 Ciertos pues del temor que se debe al Señor, persuadimos á los hombres; mas á Dios estamos descubiertos; y espero que tambien estamos descubiertos en vuestras conciencias.

12 No nos alabamos de nuevo á vosotros, mas solamente os damos ocasion de gloriaros por nosotros; para que tengais que decir, á los que se glorían en la apariencia, y no el corazon.

13 Porque si extáticos nos enagenamos, es para Dios; y si somos sóbrios, es para vosotros.

14 Porque el amor de Cristo nos estrecha; considerando esto, que si uno murió por todos, por consiguiente todos son muertos:

15 Y Cristo murió por todos; para que los que viven, no vivan ya para sí, sino para aquel, que murió por ellos, y resucitó.

16 Y así nosotros desde hoy mas no conocemos á ninguno segun la carne. Y si conocimos á Cristo segun la carne, mas ahora ya no le conocemos.

17 Pues si alguna criatura es hecha nueva en Cristo, las cosas viejas ya pasáron: he aquí todas son hechas nuevas.

18 Y todas son de Dios, que nos reconcilió á sí por Cristo; y nos dió el ministerio de la reconciliacion.

19 Porque ciertamente Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo consigo, no imputándoles sus pecados, y puso en nosotros la palabra de la reconciliacion.

20 Nosotros pues somos embaxadores en nombre de Cristo, como que Dios os amonesta por nosotros. Os rogamos por Cristo, que os reconcilieis con Dios.

21 A aquel, que no habia conocido pecado, le hizo pecado por nosotros, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.

CAPITULO VI.

1 Y asi nosotros como coadjutores, os exhortamos á que no recibais la gracia de Dios en vano.

2 Porque él dice: Te oí en tiempo agradable, y te ayudé en dia de salud. He aquí ahora el tiempo favorable, he aquí ahora el dia de la salud.

3 No demos á nadie ocasion de escándalo, porque no sea vituperado nuestro ministerio:

4 Antes en todas cosas nos mostremos como Ministros de Dios en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias,

5 En azotes, en cárceles, en sediciones, en trabajos, en vigilias, en ayunos,

6 En pureza, en ciencia, en longanimidad, en mansedumbre, en Espíritu Santo, en caridad no fingida,

7 En palabra de verdad, en virtud de Dios, por armas de justicia á diestro y á siniestro:

8 Por honra y por deshonra; por infamia y por buena fama; como seductores, aunque verdaderos; como desconocidos, aunque conocidos;

9 Como muriendo, y he aquí que vivimos; como castigados, mas no amortiguados;

10 Como tristes, mas siempre alegres; como pobres, mas enriqueciendo á muchos; como que no tenemos nada, mas poseyéndolo todo.

11 Nuestra boca abierta está para vosotros, ó Coríntios; nuestro corazon se ha dilatado.

12 No estais estrechos en nosotros; mas estais estrechos en vuestras entrañas:

13 Y correspondiendo igualmente, os hablo como á hijos; ensanchaos tambien vosotros.

14 No traygais yugo con los infieles. Porque ¿que comunicacion tiene la justicia con la injusticia? ¿O que compañía la luz con las tinieblas?

15 ¿O que concordia Cristo con Belial? ¿O que parte tiene el fiel con el infiel?

16 O que concierto el templo de Dios con los ídolos? Porque Vosotros sois el Templo del Dios vivo, como dice Dios: Que yo moraré en ellos, y andaré entre ellos, y seré el Dios de ellos, y ellos serán mi Pueblo.

17 Por tanto salid de medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toqueis lo que es inmundo;

18 Y yo os recibiré, y os seré Padre, y vosotros me seréis en lugar de hijos é hijas, dice el Señor Todo-Poderoso.

CAPITULO VII.

1 TENIENDO pues nosotros estas promesas, muy amados mios, limpiémonos de toda contaminacion de carne y de espíritu, perfeccionando nuestra santificacion en temor de Dios.

2 Dadnos lugar. A nadie hemos hecho injuria, á nadie hemos pervertido, á nadie hemos engañado.

3 No lo digo para condenaros. Porque ya os dixe ántes de ahora, que estais en nuestros corazones, para morir, ó para vivir juntamente.

4 Tengo grande confianza de vosotros y mucho motivo de gloriarme por vosotros, lleno estoy de consolacion, abundo sobre manera de gozo en toda nuestra tribulacion.

5 Porque aun quando pasamos á Macedonia, ningun reposo tuvo nuestra carne; ántes sufrimos toda tribulacion; combates de fuera, temores de dentro.

6 Mas Dios, que consuela á los humildes, nos consoló con la venida de Tito.

7 Y no solo con su venida, mas tambien con la consolacion, que él tuvo en vosotros, contándonos vuestro deseo, vuestro llanto, y vuestro zelo por mí; de manera que yo recibí mas gozo.

8 Por quanto aunque os contristé con aquella carta, no me arrepiento; y si me arrepintiera, viendo que aquella carta os contristó aunque por poco tiempo:

9 Ahora me gozo; no porque os contristásteis, sino porque os contristásteis para penitencia. Porque os contristásteis segun Dios, de manera que ninguna pérdida habeis padecido por nosotros.

10 Porque la tristeza que es segun Dios, engendra penitencia estable para salud; mas la

tristeza del siglo engendra muerte.

11 Y ved aquí, este mismo contristaros segun Dios, quanta solicitud engendra en vosotros; mas aun defensa, mas indignacion, mas temor, mas deseo, mas zelo, mas venganza. En todo os habeis mostrado puros en este negocio.

12 Y así, aunque os escribí, no lo hice por causa de aquel que hizo la injuria, ni por el que la padeció; sino por manifestar nuestra solicitud, que tenemos por vosotros

13 Delante de Dios: y por esto nos hemos consolado. Mas en nuestra consolacion aun mas nos hemos gozado por el gozo de Tito, por quanto su espíritu fué recreado de todos vosotros.

14 Y si en alguna cosa yo me he gloriado con él de vosotros, no me avergüenzo de ello; ántes bien como todo lo que habiamos dicho de vosotros fué en verdad, así tambien el habernos gloriado con Tito, se ha hallado ser verdad,

15 Y sus entrañas están muy aficionadas á vosotros, quando se acuerda de la obediencia de todos vosotros, de como le recibísteis con temor y con reverencia.

16 Me gozo de que tengo confianza de vosotros en todo.

CAPITULO VIII.

1 ASIMISMO, hermanos mios, os hacemos saber la gracia de Dios que ha sido dada en las Iglesias de la Macedonia:

2 Como en grande prueba de tribulacion tuviéron ellos abundancia de gozo; y su profunda pobreza abundó en riquezas de su benignidad:

3 Porque yo les doy testimonio, que segun sus fuerzas, y aun sobre sus fuerzas han sido voluntarios,

4 Rogándonos con mucha instancia, que comunicásemos la gracia y servicio que se hace para los Santos.

5 Y no como lo esperábamos; mas aun se diéron á sí mismos, primero al Señor, y despues á nosotros por voluntad de Dios;

6 De manera que rogamos á Tito, que así como comenzó, así tambien acabe en vosotros esta gracia.

7 Para que como en todo abundais en fé, y en palabra, y en ciencia, y en toda diligencia, y además en el afecto que nos teneis, así tambien abundeis en esta gracia.

8 No lo digo como quien manda; mas por la solicitud acerca de los otros, y tambien para experimentar la buena índole de vuestra caridad.

9 Porque sabeis la gracia de nuestro Señor Jesu-Cristo, que siendo rico, se hizo pobre por amor vuestro, á fin de que vosotros fuéseis ricos por su pobreza.

10 Y os doy consejo en esto; porque esto es lo que os cumple; puesto que no solo lo comenzásteis á hacer, mas ya tuvísteis el designio desde el año pasado:

11 Pues ahora cumplidlo de hecho; para que así como la voluntad está pronta para quererlo, así tambien lo esté para cumplirlo de aquello que teneis.

12 Porque si la voluntad está pronta, segun aquello que tiene es acepta, no segun aquello que no tiene.

13 No que los otros hayan de tener alivio, y vosotros quedeis en estrechez, sino que haya igualdad.

14 Al presente vuestra abundancia supla la indigencia de aquellos; para que la abundancia de aquellos sea tambien suplemento á vuestra indigencia, de manera que haya igualdad, como está escrito:

15 Al que mucho, no le sobró; y al que poco, no le faltó.

16 Y gracias á Dios, que puso en el corazon de Tito el mismo cuidado por vosotros:

17 Porque en verdad recibió la exhortacion; mas estando él muy solícito, de su voluntad se partió para vosotros.

18 Enviamos tambien con él al hermano cuya alabanza es en el Evangelio por todas las Iglesias:

19 Y no tan solamente esto, sino que las Iglesias nos le diéron por compañero de nuestra peregrinacion para esta gracia, de que nos encargamos para gloria del Señor, y para mostrar nuestra pronta voluntad:

20 Evitando que nadie nos pueda censurar en esta abundancia, de que somos los Administradores.

21 Porque procuramos lo honesto, no solamente de Dios, sino tambien delante de los hombres.

22 Enviamos asimismo con ellos á nuestro hermano, al qual muchas veces hemos experimentado diligente; mas ahora lo será mucho mas por la grande confianza que tenemos en vosotros,

23 Ya sea por Tito, que es mi compañero y coadjutor para con vosotros, ya sean nuestros hermanos, que son Legados de las Iglesias, gloria de Cristo.

24 Pues manifestad para con ellos ante la faz de las Iglesias la muestra de vuestro amor, y de que sois nuestra gloria.

CAPITULO IX.

1 PORQUE de la administracion que se hace para los Santos, por demas me es escribiros.

2 Porque conozco la prontitud de vuestro corazon; de la qual me glorío yo delante de los Macedonios: Porque Acaia está pronta desde el año pasado, y vuestro zelo ha alentado á muchísimos.

3 Y he enviado á los hermanos, para que lo que nos gloriamos acerca de vosotros, no dexe de tener efecto en esta parte, para que esteis prevenidos, como lo he dicho:

4 No sea que quando vinieren los de Macedonia conmigo, y os hallen desprevenidos, tengamos que avergonzarnos nosotros, por no decir vosotros, por esta causa.

5 Por tanto, he creido que era necesario rogar á los hermanos, que vayan ántes á vosotros, y apronten la bendicion ya prometida, así como bendicion, y no como avaricia.

6 Y digo esto: Que quien escasamente siembra, tambien segará escasamente; y el que siembra en bendiciones, de bendiciones tambien segará.

7 Cada uno, como propuso en su corazan, no con tristeza, ni como por fuerza; porque Dios ama al que alegremente dá.

8 Y poderoso es Dios para

hacer abundar en vosotros toda gracia; para que estando siempre abastecidos en todo, abundeis para toda obra buena,
9 Así como está escrito: Derramó, dió á los pobres; su justicia permanece en el siglo del siglo.
10 Y el que suministra simiente al sembrador, dará tambien pan para comer, y multiplicará vuestra simiente, y aumentará los acrecentamientos de los frutos de vuestra justicia:
11 Para que enriquecidos en todas cosas, abundeis en toda sinceridad, la qual hace que por nosotros sean dadas gracias á Dios.
12 Porque la administracion de esta ofrenda no solamente suple lo que á los Santos falta, sino que abunda tambien en muchas acciones de gracias al Señor,
13 Por la experiencia de este servicio, dando gloria á Dios por la sumision que mostrais al Evangelio de Cristo, y por la sinceridad de vuestra comunicacion con ellos y con todos,
14 Y en la oracion que hacen por vosotros, los quales os aman de corazon á causa de la eminente gracia de Dios que hay en vosotros.
15 Gracias sean á Dios por su don inefable.

CAPITULO X.

1 MAS yo mismo Pablo os ruego por la mansedumbre y modestia de Cristo, yo, que quando estoy entre vosotros me muestro humilde, mas ausente soy osado con vosotros.
2 Os ruego pues, que quando estuviere presente, no me vea obligado á usar con libertad de la osadía, que se me atribuye contra algunos, que nos juzgan como si anduviésemos segun la carne.
3 Porque aunque andamos en carne, no militamos segun la carne.
4 Porque las armas de nuestra milicia no son carnales; sino poderosísimas en Dios para destruir fortalezas, derribando consejos,
5 Y toda altura que se levanta contra la ciencia de Dios, y reduciendo á cautiverio todo entendimiento para que obedezca á Cristo,
6 Y teniendo á la mano el poder para castigar toda desobediencia, quando fuere cumplida vuestra obediencia.
7 Mirad las cosas que son segun la faz. Si alguno está confiado que él es de Cristo, piense esto tambien dentro de sí; que como él es de Cristo, así tambien nosotros.
8 Porque aunque yo me gloríe algo mas del poder que el Señor nos dió para vuestra edificacion, y no para vuestra destruccion, no tendré por que avergonzarme:
9 Mas para que no parezca, que os quiero como aterrar por cartas:
10 Porque en verdad las cartas, dicen algunos, son graves y fuertes; mas la presencia del cuerpo es flaca, y la palabra despreciable:
11 El tal que así siente, entienda, que quales somos en la palabra por cartas estando ausentes, tales seremos en el hecho quando estemos presentes.
12 Porque no osamos entre-

meternos ó compararnos con al-
gunos, que se alaban á sí mis-
mos ; mas nos medimos con no-
sotros mismos, y nos compara-
mos á nosotros mismos.
13 Nosotros pues no nos glo-
riaremos fuera de medida, sino
segun la medida de la regla con
que Dios nos ha medido, medida
de alcanzar hasta vosotros.
14 Porque no nos extende-
mos con exceso como si no al-
canzásemos á vosotros ; porque
hasta vosotros hemos llegado en
el Evangelio de Cristo :
15 No gloriándonos fuera de
medida en los trabajos agenos ;
mas esperando que creciendo
vuestra fé, seremos en abundan-
cia engrandecidos en vosotros
segun nuestra regla,
16 Y que anunciarémos el
Evangelio en los lugares, que
están mas allá de vosotros, no en
medida de otro, para gloriarnos
en lo que ya estába aparejado.
17 Mas el que se gloría, glo-
ríese en el Señor.
18 Porque no el que se alaba
á sí mismo, el tal es aprobado ;
sino aquel á quien Dios alaba.

CAPITULO XI.

1 PLUGUIESE á Díos
que sufriéseis un poco
mi imprudencia ; mas toleradme :
2 Porque os zelo con zelo de
Dios. Pues os he desposado
con Cristo, para presentaros co-
mo vírgen pura al único Esposo.
3 Mas temo, que como la ser-
piente engañó á Eva con su as-
tucia, así sean viciados vuestros
sentidos, y se aparten de la sin-
ceridad, que es en Cristo.
4 Porque si aquel que viene,
predica otro Cristo que noso-
tros no hemos predicado, ó si re-
cibis otro Espíritu que no ha-
beis recibido, ú otro Evangelio
que no habeis abrazado, bien lo
toleraríais.
5 Mas entiendo, que no hice
yo ménos que los grandes Após-
toles.
6 Porque aunque tosco en
lenguage, mas no en el saber ;
y en todo nos hemos dado á co-
nocer á vosotros.
7 ¿O por ventura cometí de-
lito, humillándome á mí mismo,
para que vosotros fuéseis enzal-
zados ? ¿porque sin interés os
prediqué el Evangelio ?
8 Yo despojé las otras Igle-
sias, tomando asistencias para
serviros á vosotros.
9 Y quando estaba con voso-
tros, y me hallaba necesitado,
á ninguno fuí gravoso ; porque
lo que me faltaba, lo supliéron
los hermanos, que viniéron de
Macedonia ; y en todo me he
guardado de serviros de carga, y
me guardaré.
10 La verdad de Cristo está
en mí, que no será quebrantada
en mí esta gloria, en quanto á
las regiones de Acaia.
11 ¿Y por que? ¿es porque no
os amo ? Dios lo sabe.
12 Mas esto lo hago y lo haré,
para cortar la ocasion á aquellos
que buscan ocasion de ser halla-
dos tales como nosotros, para
hacer alarde de ello.
13 Porque los tales falsos
Apóstoles son obreros engaño-
sos, que se transfiguran en Após-
toles de Cristo.
14 Y no es de extrañar ; por-
que el mismo Satanás se trans-
figura en Angel de luz.
15 Y así no es mucho, si sus
Ministros se transfiguran en Mi-

nistros de justicia; cuyo fin será
segun sus obras.
16 Otra vez lo digo, para que
nadie me tenga por imprudente,
y sino tenedme en hora buena
por imprudente, á trueque de
gloriarme aun un poquito,
17 Lo que hablo por lo que
hace á esta materia de gloria,
no lo digo segun Dios, mas como
por imprudencia.
18 Y ya que muchos se glo-
rían segun la carne, yo tam-
bien me gloriaré.
19 Porque de buena gana su-
frís á los necios, siendo vosotros
sabios:
20 Porque sufrís á quien os
pone en servidumbre, á quien
os devora, á quien de vosotros
toma, á quien se ensalza, á quien
os hiere en la cara.
21 Lo digo quanto á la afren-
ta, como si nosotros hubiésemos
flaqueado en esta parte. En lo
que otro tiene osadía, hablo con
imprudencia, tambien yo la
tengo:
22 Son Hebréos, yo tambien.
Son Israelitas, yo tambien. Son
linage de Abraham, tambien yo.
23 Son Ministros de Cristo,
hablo como ménos sabio, yo mas;
en mayores trabajos, en cárceles
mas; en azotes sin medida, en
riesgos de muerte muchas veces.
24 De los Judíos he recibido
cinco quarentenas de azotes,
ménos uno.
25 Tres veces fuí azotado con
varas, una vez fuí apedreado,
tres veces padecí naufragio, no-
che y dia estuve en lo profundo
de la mar,
26 En caminos muchas veces,
en peligros de rios, en peligros
de ladrones, en peligros de los
de mi nacion, en peligros de los
Gentiles, peligros en la ciudad,
peligros en el desierto, peligros
en la mar, peligros de falsos
hermanos:
27 En trabajo y fatiga, en
muchas vigilias, en hambre y
sed, en muchos ayunos, en frio y
en desnudez:
28 Sin las cosas que son de
fuera, mis ocurrencias urgentes
de cada dia, la solicitud que
tengo de todas las Iglesias.
29 ¿Quien enferma, y yo no
enfermo? ¿Quien se escandali-
za, y yo no me abraso?
30 Si es menester gloriarse,
me gloriaré en la cosas que son
de mi flaqueza.
31 El Dios y Padre de nues-
tro Señor Jesu-Cristo, que es
bendito en los siglos, sabe que
no engaño.
32 En Damasco el Goberna-
dor de la provincia por el Rey
Aretas, habia puesto guardas por
la ciudad, para prenderme:
33 Y por una ventana me
descolgáron por el muro en una
espuerta, y así escapé de sus
manos.

CAPITULO XII.

1 SI es necesario gloriarse,
lo que no conviene en
verdad, vendré á las visiones,
y á las revelaciones del Señor.
2 Conozco á un hombre en
Cristo, que catorce años ha fué
arrebatado; si fué en el cuer-
po, no lo sé, ó si fuera del cuer-
po, no lo sé, Dios lo sabe; hasta
el tercer cielo.
3 Y conozco á este tal hom-
bre; si fué en el cuerpo, ó fuera
del cuerpo, no lo sé, Dios lo
sabe;
4 Que fué arrebatado al Pa-

raiso, y oyó palabras secretas, que al hombre no le es lícito hablar.

5 De este tal me gloriaré; mas de mí no me gloriaré, sino en mis flaquezas.

6 Porque aun quando me quisiere gloriar, no seré necio; porque diré verdad; mas dexo esto, para que ninguno piense de mí fuera de lo que vé en mí, ú oye de mí.

7 Y para que la grandeza de las revelaciones no me ensalce, me ha sido dado un aguijon de mi carne, el Angel de Satanás, que me abofetée.

8 Y por esto rogué al Señor tres veces, para que se apartase de mí:

9 Y me dixo: Te basta mi gracia; porque la virtud se perfecciona en la enfermedad. Por tanto de buena gana me gloriaré en mis enfermedades, para que more en mí la virtud de Cristo.

10 Por lo qual me complazco en mis enfermedades, en las afrentas, en las necesidades, en las persecuciones, en las angustias por Cristo; Porque quando estoy enfermo, entónces soy fuerte

11 Me he hecho imprudente; vosotros me obligásteis á ello. Porque yo debia ser loado de vosotros; puesto que en nada fuí inferior á los mas excelentes Apóstoles; aunque yo nada soy:

12 Con todo eso las señales de mi Apostolado fuéron hechas sobre vosotros en toda paciencia, en milagros, y prodigios, y virtudes.

13 Porque ¿que es en lo que vosotros habeis sido inferiores á las otras Iglesias, sino en que yo mismo no os fuí de gravamen? Perdonadme esta injuria.

14 Ved aquí, estoy aparejado para ir á vosotros la tercera vez; y no os seré gravoso; porque no busco vuestras cosas, sino á vosotros. Pues no deben los hijos atesorar para los padres, sino los padres para los hijos.

15 Y yo de muy buena gana daré lo mio, y me daré á mí mismo por vuestras almas; aunque amándoos yo mas, sea amado ménos.

16 Mas sea así; yo no os he gravado; pero como soy astuto, os tomé por dolo.

17 ¿Por ventura os engañé por alguno de aquellos que os envié?

18 Rogué á Tito, y envié con él un hermano. ¿Por ventura Tito os engañó? ¿no anduvimos con un mismo espíritu, y por unas mismas pisadas?

19 ¿O pensais aun que nos escusamos con vosotros? Dios es testigo, que en Cristo hablamos, y todo, muy amados mios, para vuestra edificacion.

20 Porque me temo, que quando yo viniere, no os halle quales yo quiero; y que vosotros me hallaréis qual no quereis; que por desgracia no haya entre vosotros contiendas, envidias, riñas, disensiones, detracciones, chismes, hinchazones, bandos:

21 No sea que quando yo venga, me humille Dios otra vez entre vosotros; y que llore á muchos de aquellos que ántes pecáron, y no hiciéron penitencia de la inmundicia, y fornicacion, y deshonestidad que cometiéron.

CAPITULO XIII

1 VED que voy á vosotros
la tercera vez: En la
boca de dos ó tres testigos esta-
rá toda palabra.
2 Ya lo dixe ántes estando
presente, y lo digo ahora au-
sente, que si yo voy otra vez, no
perdonaré á los que ántes pecá-
ron, ni á todos los demas.
3 ¿O buscais prueba de aquel,
que habla en mí Cristo, el qual
no es flaco en vosotros, ántes es
poderoso en vosotros?
4 Pues aunque fué crucifica-
do por enfermedad, mas vive
por el poder de Dios. Porque
nosotros somos tambien enfer-
mos en él; mas vivirémos con
él por la virtud de Dios en voso-
tros.
5 Exâminaos á vosotros mis-
mos si estais en fé; probaos á
vosotros mismos. ¿O no os co-
noceis á vosotros mismos, que
Jesu-Cristo está en vosotros? si
ya no sois reprobados.
6 Mas espero que conocereis
que nosotros no somos reproba-
dos.
7 Y rogamos á Dios, que no
hagais mal ninguno; no porque
nosotros parezcamos aprobados,
mas á fin que vosotros hagais lo
bueno, aunque nosotros seamos
como reprobados.
8 Porque nada podemos con-
tra la verdad, sino por la ver-
dad.
9 Porque nos gozamos de ser
flacos, miéntras vosotros sois fuer-
tes. Y aun rogamos por vuestra
perfeccion.
10 Por tanto yo os escribo es-
to ausente, para que estando
presente no emplee con severi-
dad la autoridad, que Dios me
dió para edificacion, y no para
destruccion:
11 Por lo demas, hermanos,
gozaos, sed perfectos, amones-
taos, sentid una misma cosa, te-
ned paz, y el Dios de la paz
y de la caridad será con voso-
tros.
12 Saludaos unos á otros en
ósculo santo. Todos los Santos
os saludan.
13 La gracia de nuestro Se-
ñor Jesu-Cristo y la caridad de
Dios y la comunicacion del Es-
píritu Santo sea con todos voso-
tros. Amen.

EPISTOLA

DEL APOSTOL SAN PABLO

A LOS GALATAS.

CAPITULO I.

1 PABLO Apóstol, no de
los hombres, ni por
hombre, mas por Jesu-Cristo, y
por Dios Padre, que le resucitó
de entre los muertos:
2 Y todos los hermanos que
están conmigo, á las Iglesias de
Galacia:
3 Gracia sea á vosotros y paz
de Dios Padre y de nuestro Se-
ñor Jesu-Cristo,
4 El qual se dió á sí mismo

por nuestros pecados, para li-
bra̋rnos de este presente siglo
malo, segun la voluntad de Dios
y Padre nuestro,
5 Al qual es la gloria en los
siglos de los siglos: Amen.
6 Me maravillo, como así tan
de ligero os pasais de aquel que
os llamó á la gracia de Cristo, á
otro Evangelio:
7 Porque no hay otro, sino
que hay algunos que os pertur-
ban, y quieren trastornar el
Evangelio de Cristo.
8 Mas aun quando nosotros,
ó un Angel del cielo os evange-
lize fuera de lo que nosotros os he-
mos evangelizado, sea anatema.
9 Así como ántes lo diximos,
ahora tambien de nuevo lo digo:
Si alguno os predicare fuera de
lo que habeis recibido, sea ana-
tema.
10 ¿Pues yo ahora hago la
causa de los hombres, ó de Dios?
¿ó pretendo agradar á hombres?
Si agradase aun á los hombres,
no seria siervo de Cristo.
11 Porque os hago saber, her-
manos, que el Evangelio que yo os
he predicado, no es segun hombre:
12 Porque yo ni le he recibi-
do ni aprendido de hombre, sino
por revelacion de Jesu-Cristo.
13 Porque ya habeis oído de
que manera vivia en otro tiempo
en el Judaismo; y con que ex-
ceso perseguia la Iglesia de
Dios, y la destruia,
14 Y aprovechaba en el Ju-
daismo mas que muchos coetá-
neos mios de mi nacion, siendo
en extremo zeloso de las tradi-
ciones de mis padres.
15 Mas quando plugo á aquel
que me destinó desde el vientre
de mi madre, y me llamó por su
gracia,
16 Para revelar á su Hijo por
mí, á fin que yo le predicase
entre las Gentes, desde aquel
punto no me acomodé á carne y
sangre,
17 Ni vine á Jerusalém á los
que eran Apóstoles ántes que yo,
mas partí para Arabia; y de
nuevo volví á Damasco:
18 Desde allí al cabo de tres
años vine á Jerusalém á ver á
Pedro, y estuve con él quince
dias:
19 Y no ví á otro alguno de
los Apóstoles, sino á Santiago el
hermano del Señor.
20 Y en esto, que os escribo,
os digo delante de Dios, que no
engaño.
21 Desde allí fuí á tierra de
Siria, y de Cilicia.
22 Y las Iglesias de Cristo
que habia en la Judéa, ni aun
de vista me conocian:
23 Mas solamente habian oido
decir: Aquel, que ántes nos
perseguia, ahora predica aquella
fé que en otro tiempo combatia:
24 Y glorificaban á Dios en
mí.

CAPITULO II.

1 CATORCE años des-
pues subí otra vez á
Jerusalém, con Bernabé, toman-
do tambien conmigo á Tito.
2 Y subí segun revelacion; y
comuniqué con ellos el Evange-
lio, que predico entre los Gen-
tiles, y particularmente con
aquellos, que parecian de mayor
consideracion; por temor de no
correr en vano, ó de haber cor-
rido.
3 Mas ni aun Tito, que esta-
ba conmigo, siendo Gentil, fué
apremiado á que se circuncidase

4 Ni aun por los falsos hermanos, que se entremetiéron á escudriñar nuestra libertad, que tenemos en Jesu-Cristo, para reducirnos á servidumbre.
5 A los quales ni una hora sola quisimos estar en sujecion, para que permanezca entre vosotros la verdad del Evangelio:
6 Mas de aquellos, que parecian ser algo, quales hayan sido algun tiempo, nada me toca. Dios no acepta la apariencia del hombre, á mí ciertamente los que parecian ser algo, nada me comunicáron.
7 Mas al contrario, visto, que me habia sido encomendado á mí el Evangelio del prepucio, como á Pedro el de la circuncision:
8 (Porque el que obró en Pedro para el Apostolado de la circuncision, tambien obró en mí para con las Gentes.)
9 Y como Santiago, Cefas, y Juan, que parecian ser las columnas, conociéron la gracia, que se me habia dado, nos diéron las diestras á Bernabé, y á mí en señal de compañía; para que nosotros fuésemos á los Gentiles, y ellos á la circuncision.
10 Solamente, que nos acordásemos de los pobres; lo mismo, que tambien procuré hacer con esmero.
11 Y quando vino Cefas á Antiochía, le resistí en su cara, porque merecia reprehension.
12 Por quanto ántes que viniesen algunos de parte de Santiago, comia con los Gentiles; mas despues que viniéron, se retiraba, y separaba, temiendo á los que eran de la circuncision.
13 Y los otros Judíos consintiéron en su disimulacion, tal que aun Bernabé fué inducido por ellos en aquella simulacion.
14 Mas quando yo ví que no andaban derechamente conforme á la verdad del Evangelio, dixe á Cefas delante de todos: Sí tú, siendo Judío, vives como los Gentiles, y no como los Judíos, ¿como obligas á los Gentiles á judaizar?
15 Nosotros somos Judíos de naturaleza, y no pecadores de entre los Gentiles.
16 Mas sabemos, que el hombre no es justifica por las obras de la Ley, sino por la fé de Jesu-Cristo; y nosotros creemos en Jesu-Cristo para obtener la justicia por la fé de Cristo, y no por las obras de la Ley; por quanto por las obras de la Ley no será justificada toda carne.
17 Pues si nosotros, que buscamos ser justificados en Cristo, somos tambien hallados pecadores, ¿es por ventura Cristo ministro de pecado? No por cierto.
18 Porque si yo vuelvo á edificar lo mismo, que he destruido, me hago á mí mismo prevaricador.
19 Porque yo por la Ley soy muerto á la Ley, á fin de vivir para Dios; estoy enclavado en la Cruz juntamente con Cristo.
20 Y vivo, ya no yo; mas vive Cristo en mí; y lo que vivo ahora en carne; lo vivo en la fé del Hijo de Dios, que me amó, y se entregó á sí mismo por mí.
21 No desecho la gracia de Dios; porque si la justicia es por la Ley, síguese, que Cristo murió en vano.

CAPITULO III.

1 ¡O insensatos Gálatas! ¿quien os ha embaí-

do, para no obedecer á la verdad; vosotros, ante cuyos ojos ha sido ya representado Jesu-Cristo, como crucificado en vosotros mismos?

2 Solo quiero saber esto de vosotros; ¿habeis recibido el Espíritu por las obras de la Ley, ó por el oido de la fé?

3 ¿Tan necios sois, que habiendo comenzado por espíritu, acabeis por carne?

4 ¿Tantas cosas habeis sufrido en vano? sí empero es en vano.

5 ¿Aquel pues, que os comunica el Espíritu, y obra virtudes en vosotros, es por las obras de la Ley, ó por el oido de la fé?

5 Así como está escrito: Abraham creyó á Dios, y le fué imputado á justicia.

7 Reconoced pues, que los que son de la fé, los tales son hijos de Abraham.

8 Mas viendo ántes la Escritura, que Dios por la fé justifica las gentes, anunció primero á Abraham: En tí serán benditas todas las Gentes.

9 Y así los que son de la fé, serán benditos con el fiel Abraham.

10 Porque todos los que son de las obras de la Ley, están baxo de maldicion. Porque escrito está: Maldito todo el que no permaneciere en todas las cosas que están escritas en el libro de la Ley, para hacerlas.

11 Y que ninguno en la Ley sea justificado delante de Dios, es manifiesto; porque el justo vive de la fé.

12 Y la Ley no es de la fé; mas, quien hiciere aquellas cosas, vivirá en ellas.

13 Jesu-Cristo nos redimió de la maldicion de la Ley, hecho por nosotros maldicion; porque está escrito: Maldito todo aquel que es colgado en un madero:

14 Para que la bendicion de Abraham fuese comunicada á los Gentiles por Jesu-Cristo, á fin de que por la fé recibamos la promesa del Espíritu.

15 Hermanos, hablo como hombre, aunque un testamento sea de un hombre, con todo siendo confirmado, ninguno le reprueba, ni le pone de mas.

16 Las promesas fuéron dichas á Abraham, y á su simiente. No dice: Y á las simientes, como de muchos; sino como de uno: Y á tu simiente, que es Cristo.

17 Mas digo esto: Que el testamento confirmado por Dios, la Ley que fué hecha quatrocientos y treinta años despues, no lo abroga para anular la promesa.

18 Porque si la herencia es por la Ley, ya no es por la promesa. Y Dios por promesa le hizo á Abraham la donacion.

19 ¿Pues para que la Ley? Por causa de las transgresiones fué puesta, hasta que viniese la simiente á quien habia hecho la promesa, ordenada por Angeles en manos de un mediador.

20 Mas el mediador no es de uno solo; y Dios es uno.

21 ¿Luego la Ley es contra las promesas de Dios? No por cierto. Porque si la Ley dada pudiese vivificar, la justicia en verdad seria por la Ley.

22 Mas la Escritura todas las cosas encerró baxo de pecado, para que la promesa fuese dada á los creyentes por la fé en Jesu-Cristo.

23 Mas ántes que la

niese, estábamos baxo la guarda de la Ley encerrados, para aquella fé que habia de ser revelada.
24 Y así la Ley fué el Ayo que nos conduxo á Cristo, para que fuésemos justificados por la fé.
25 Mas desde que vino la fé, no estamos ya baxo del Ayo.
26 Pues todos sois hijos de Dios por la fé, que es en Jesu-Cristo.
27 Porque todos los que habeis sido bautizados en Cristo, estais revestidos de Cristo.
28 No hay Judío, ni Griego; no hay siervo, ni libre; no hay macho, ni hembra; porque todos vosotros sois uno en Jesu-Cristo.
29 Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente la simiente de Abraham sois, los herederos segun la promesa.

CAPITULO IV.

1 DIGO pues, que quanto tiempo el heredero es niño, en nada difiere del siervo, aunque sea Señor de todo:
2 Mas está debaxo de tutores, y curadores hasta el tiempo determinado por el Padre:
3 Así tambien nosotros, quando éramos niños, serviamos baxo los rudimentos del mundo.
4 Mas quando vino el cumplimiento del tiempo, envió Dios á su Hijo, hecho de muger, hecho sujeto á la Ley,
5 Para redimir á aquellos que estaban baxo de la Ley, para que recibiésemos la adopcion de hijos.
6 Y por quanto vosotros sois hijos, ha enviado Dios á vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: Abba, Padre.
7 Y así ya no es siervo, sino hijo: Y si hijo, tambien heredero por Dios.
8 Mas entónces que no conocíais á Dios, serviais á los que por naturaleza no son Dioses.
9 Pero ahora habiendo conocido á Dios, ó por mejor decir, siendo conocidos de Dios, ¿cómo os volveis otra vez á los rudimentos flacos y pobres, á los quales quereis de nuevo servir?
10 Guardais los dias, y los meses, y los tiempos, y los años.
11 Me temo de vosotros, que no haya trabajado en vano en vosotros.
12 Sed como yo, porque yo tambien soy como vosotros: Os ruego, hermanos: En nada me habeis agraviado.
13 Y sabeis que al principio os prediqué el Evangelio con enfermedad de la carne: y vuestra tentacion en mi carne,
14 No la despreciásteis, ni desechásteis; ántes me recibísteis como á un Angel de Dios, como á Jesu-Cristo.
15 ¿Donde está pues vuestra bienaventuranza? Porque os doy testimonio, que si ser pudiese, os hubiérais sacado los ojos, y me los hubiérais dado.
16 ¿Me he hecho pues enemigo vuestro, diciéndoos la verdad?
17 Os zelan no bien; porque os quieren separar, para que los sigais á ellos.
18 Sed pues zelosos del bien en bien siempre; y no tan solamente quando yo estoy con vosotros.
19 Hijitos mios, de los que otra vez estoy de parto, hasta

que Cristo sea formado en vosotros,
20 Querria ciertamente estar
ahora con vosotros, y mudar mi
voz ; porque estoy avergonzado
en vosotros.
21 Decidme, os ruego, los
que quereis estar baxo de la
Ley, ¿no habeis leido la Ley?
22 Porque escrito está: Que
Abraham tuvo dos hijos, uno de
la sierva, y otro de la libre.
23 Mas el de la sierva nació
segun la carne ; y el de la libre,
por la promesa :
24 Las quales cosas fuéron
dichas por alegoría. Porque estos son los dos testamentos. El
uno ciertamente en el monte
Sina, que engendra para servidumbre ; este es Agar :
25 Porque el Sina es un monte en la Arabia, que tiene enlace con la que ahora es Jerusalém, la qual sirve con sus
hijos.
26 Mas aquella Jerusalém
que está arriba, es libre ; la
qual es nuestra madre.
27 Porque escrito está : Alégrate la estéril, que no pares;
esfuérzate y dá voces, la que no
estás de parto ; porque son muchos mas los hijos de la desolada
que de aquella que tiene marido.
28 Y nosotros, hermanos, somos hijos de la promesa segun
Isaac.
29 Mas como entónces aquel
que habia nacido segun la carne,
perseguia al que era segun el
espíritu ; así tambien ahora.
30 ¿Pero que dice la Escritura? Echa fuera á la sierva, y
á su hijo; porque no será heredero el hijo de la sierva con el
hijo de la libre.
31 Y así, hermanos, no somos
hijos de la sierva, sino de la libre ; con cuya libertad Cristo
nos hizo libres.

CAPITULO V.

1 ESTAD firmes, y no os
sometais otra vez al
yugo de servidumbre.
2 Mirad que os digo yo Pablo, que si os circuncidáreis,
Cristo no os aprovechará nada.
3 Y de nuevo protexto á todo
hombre que se circuncida, que
está obligado á guardar toda la
Ley.
4 Vacios sois de Cristo, los
que os justificais por la Ley ; habeis caido de la gracia.
5 Porque nosotros aguardamos por el Espíritu la esperanza
de la justicia, por la fé.
6 Porque en Jesu-Cristo ni la
circuncision vale algo, ni el prepucio, sino la fé que obra por
caridad.
7 Vosotros corriais bien :
¿Quien os ha impedido el no
obedecer á la verdad?
8 Esta persuasion no es de
aquel que os llama.
9 Un poco de levadura aceda
toda la masa.
10 Yo confio de vosotros en
el Señor, que no sentiréis otra
cosa ; mas el que os inquieta,
quien quiera que él sea, llevará
sobre sí la condenacion.
11 Yo ciertamente, hermanos,
si aun predico la circuncision ;
¿á que fin padezco aun persecucion? Luego se ha acabado el
escándalo de la Cruz.
12 Oxalá fuesen tambien cortados, los que os inquietan.
13 Porque vosotros, hermanos, habeis sido llamad

bertad; solamente que no deis
la libertad por ocasion de la carne; mas servios unos á otros por la caridad del Espíritu.
14 Porque toda la Ley se resume en una palabra: Amarás á tu próximo como á tí mismo.
15 Mas si os mordeis, y os comeis los unos á los otros; guardaos no os consumais los unos á los otros.
16 Digo pues: Andad en Espíritu, y no cumpliréis los deseos de la carne.
17 Porque la carne codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne; porque estas cosas son contrarias entre sí; para que no hagais todas las cosas que quisiéreis.
18 Y si sois guiados del espíritu, no estais baxo de la Ley.
19 Mas las obras de la carne están patentes, como son fornicacion, impureza, deshonestidad, luxuria,
20 Idolatría, hechicerías, enemistades, contiendas, zelos, iras, riñas, discordias, sectas,
21 Envidias, homicidios, embriagueces, glotonerías y otras cosas como estas, sobre las quales os denuncio, como ya lo dixe: Que los que tales cosas hacen, no alcanzarán el reyno de Dios.
22 Mas el fruto del espíritu es caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad,
23 Mansedumbre, fé, modestia, continencia, castidad. Contra estas cosas no hay Ley.
24 Y los que son de Cristo, crucificáron su propia carne con sus vicios y concupiscencias.
25 Si vivimos por espíritu, andemos tambien por espíritu.
26 No seamos codiciosos de vana gloria, irritándonos los unos á los otros, envidiándonos los unos á los otros.

CAPITULO VI.

1 HERMANOS, si alguno como hombre fuere sorprehendido en algun delito, vosotros que sois espirituales amonestadle con espíritu de mansedumbre, y tú considérate á tí mismo, no seas tambien tentado.
2 Llevad los unos las cargas de los otros, y de esta manera cumpliréis la Ley de Cristo.
3 Porque si alguno estima ser algo, no siendo nada, él mismo se engaña.
4 Mas pruebe cada uno su obra, y así él tendrá gloria en sí mismo solamente, y no en otro.
5 Porque cada qual llevará su carga.
6 Y el que es doctrinado en la palabra, comunique en todos los bienes al que le doctrina.
7 No querais errar: Dios no puede ser burlado.
8 Porque aquello que sembrare el hombre, eso tambien segará. Y así el que siembra en su carne, de la carne segará corrupcion; mas el que siembra en el Espíritu, del espíritu segará vida eterna.
9 No nos cansemos pues de hacer bien; porque á su tiempo segaremos, si no desfallecemos.
10 Y así miéntras tenemos tiempo, hagamos bien á todos, y mayormente á los domésticos de la fé.
11 Mirad que carta os he escrito de mi mano.
12 Porque todos los que quieren agradar en la carne, estos

os apremian á que os circuncideis, solo por no padecer ellos la persecucion de la Cruz de Cristo.

13 Porque ni aun los que se circuncidan guardan la Ley; sino que quieren que vosotros seais circuncidados, para gloriarse en vuestra carne.

14 Mas nunca Dios permita que yo me gloríe, sino en la Cruz de nuestro Señor Jesu-Cristo; por el qual el mundo me es crucificado á mí, y yo al mundo.

15 Porque en Jesu-Cristo nada vale ni la circuncision, ni el prepucio, sino la nueva criatura.

16 Y todos los que siguieren esta regla, paz sobre ellos, y misericordia, y sobre el Israél de Dios.

17 De aquí adelante nadie me sea molesto; porque yo traygo en mi cuerpo las marcas del Señor Jesus.

18 La gracia de nuestro Señor Jesu-Cristo sea, hermanos, con vuestro Espíritu. Amen.

EPISTOLA

DEL APOSTOL SAN PABLO

A LOS EFESIOS.

CAPITULO I.

1 PABLO Apóstol de Jesu-Cristo por voluntad de Dios, á todos los Santos que hay en Efeso, y fieles en Jesu-Cristo.

2 Gracia sea á vosotros y paz de Dios nuestro Padre, y del Señor Jesu-Cristo.

3 Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesu-Cristo, que nos bendixo con toda bendicion espiritual en bienes celestiales en Cristo,

4 Así como nos eligió en él mismo ántes del establecimiento del mundo, para que fuésemos santos, y sin mancilla delante de él en caridad.

5 El que nos predestinó para adoptarnos en hijos por Jesu-Cristo en sí mismo; segun el propósito de su voluntad,

6 Para loor de gloria de su gracia, por la qual nos ha hecho agradables en su amado Hijo.

7 En el que tenemos la redencion por su sangre, la remision de los pecados, segun las riquezas de su gracia,

8 La qual ha abundado en nosotros copiosamente en toda sabiduría é inteligencia:

9 Para hacernos conocer el sacramento de su voluntad, segun su beneplácito, que habia propuesto en sí mismo,

10 Para restaurar en Cristo todas las cosas en la dispensacion del cumplimiento de los tiempos; así las que hay en el cielo, como en la tierra, en él mismo:

11 En el qual fuimos tambien llamados por suerte, predestinados segun el decreto de aquel, que obra todas las cosas, segun el consejo de su voluntad,

12 Para que seamos en loor

de su gloria nosotros, que ántes
habiamos esperado en Cristo:
13 En el qual tambien vosotros, quando oísteis la palabra de la verdad, el Evangelio de vuestra salud; y habiendo creido en él, fuísteis sellados con el Espíritu Santo, que era prometido,
14 El qual es la prenda de nuestra herencia, para redencion de la posesion adquirida, para loor de la gloria de él mismo.
15 Por esto yo tambien habiendo oido la fé, que teneis vosotros en el Señor Jesus, y el amor para con todos los Santos,
16 No ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones;
17 Para que el Dios de nuestro Señor Jesu-Cristo, el Padre de la gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelacion por su conocimiento;
18 Iluminados los ojos de vuestro corazon, para que sepais, qual es la esperanza de su vocacion, y quales las riquezas de la gloria de su herencia en los Santos,
19 Y qual es aquella soberana grandeza del poder que obra en nosotros, que creemos segun la eficacia de su poderosa virtud,
20 La qual efectuó en Cristo, resucitándole de los muertos, y colocándole á su derecha en los cielos,
21 Sobre todo Principado, y Potestad, y Virtud, y Dominacion, y sobre todo nombre que se nombra, no solo en este siglo, mas aun en el venidero.
22 Y todas las cosas sometió baxo los pies de él; y le puso por cabeza sobre toda la Iglesia,
23 La qual es su cuerpo, y el cumplimiento de aquel, que lo llena todo en todas cosas.

CAPITULO II.

1 YA vosotros, estando muertos por vuestros delitos y pecados,
2 En que anduvisteis en otro tiempo conforme á la costumbre de este mundo, conforme al Príncipe de la potestad de este ayre, que es el espíritu, que ahora obra sobre los hijos de la infidelidad;
3 Entre los quales vivimos tambien todos nosotros en otro tiempo segun nuestros deseos carnales, haciendo la voluntad de la carne y de sus pensamientos, y eramos por naturaleza hijos de ira, como tambien los otros;
4 Mas Dios, que es rico en misericordia, por su extremada caridad con que nos amó,
5 Aun quando estábamos muertos por los pecados, nos dió vida juntamente en Cristo, por cuya gracia sois salvos,
6 Y con él nos resucitó, y nos hizo sentar en los Cielos con Jesu-Cristo;
7 Para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia por su bondad sobre nosotros en Jesu-Cristo:
8 Porque de gracia sois salvos por la fé, y esto no de vosotros; porque es un don de Dios:
9 No por obras, para que nadie se glorie:
10 Porque somos hechura de él mismo, criados en Jesu-Cristo para buenas obras, las que preparó Dios para que anduviésemos en ellas.

11 Por tanto acordaos, que en algun tiempo vosotros los Gentiles en carne, que erais llamados prepucio por los que en carne tienen la circuncision hecha por mano:

12 Que estábais en aquel tiempo sin Cristo, separados de la comunicacion de Israél, y extrangeros de los testamentos, no teniendo esperanza de la promesa, y sin Dios en este mundo.

13 Mas ahora por Jesu-Cristo, vosotros que en otro tiempo estábais léjos, os habeis acercado por la sangre de Jesu-Cristo.

14 Porque él es nuestra paz, el que de ambos ha hecho un pueblo, deshaciendo en su carne la pared intermedia de la cerca, las enemistades:

15 Derogando con sus decretos la Ley de los preceptos, para formar en sí mismo los dos en un hombre nuevo, haciendo la paz;

16 Y para reconciliarlos con Dios á ambos en un cuerpo por la Cruz, matando las enemistades en sí mismo.

17 Y viniendo evangelizó paz á vosotros, que estábais léjos; y paz á aquellos que estaban cerca:

18 Por quanto por él los unos y los otros tenemos entrada al Padre en un Espíritu.

19 Demanera que ya no sois extrangeros, ni advenedizos; sino que sois Ciudadanos de los Santos y domésticos de Dios:

20 Edificados sobre el fundamento de los Apóstoles y Profetas, en el mismo Jesu-Cristo, que es la principal piedra angular:

21 En el qual todo el edificio que se ha levantado crece para ser un templo santo en el Señor;

22 En el qual vosotros sois tambien juntamente edificados, para morada de Dios en Espíritu.

CAPITULO III.

1 POR esta causa yo Pablo el prisionero de Jesu-Cristo, por vosotros los Gentiles,

2 Si es que oísteis la dispensacion de la gracia de Dios, que me fué dada para con vosotros:

3 Puesto que por revelacion se me ha hecho conocer el Sacramento, como arriba escribí en pocas palabras:

4 En donde si leeis, podeis conocer la inteligencia, que tengo en el misterio de Cristo;

5 El qual en otras generaciones no fué conocido de los hijos de los hombres, así como ahora ha sido revelado á sus Santos Apóstoles y Profetas en Espíritu,

6 Que los Gentiles son coherederos, é incorporados, y participantes de su promesa en Jesu-Cristo por el Evangelio;

7 Del qual yo he sido hecho Ministro, segun el don de la gracia de Dios, que se me ha dado segun la operacion de su virtud.

8 A mí que soy el menor de todos los Santos, me ha sido dada esta gracia de predicar á los Gentiles las inapeables riquezas de Cristo,

9 Y de manifestar á todos, qual sea la comunicacion del Sacramento escondido desde los siglos en Dios, que lo crió todo.

10 Para que la multiforme sabiduría de Dios, sea notificada por la Iglesia á los Principados y Potestades en los Cielos,

11 Conforme á la determinacion de los siglos, que ha cumplido en Jesu-Cristo nuestro Señor:

12 En el que tenemos la seguridad, y el llegarnos á él confiadamente por su fé.

13 Por lo qual os pido, que no desmayeis en mis tribulaciones por vosotros, que es vuestra gloria.

14 Por esta causa doblo mis rodillas al Padre de nuestro Señor Jesu-Cristo,

15 Del que toda paternidad toma el nombre en los Cielos y en la tierra,

16 Para que segun las riquezas de su gloria, os dé que seais corroborados en virtud por su Espíritu en el hombre interior,

17 Para que Cristo more por la fé en vuestros corazones, arraygados y cimentados en caridad,

18 Para que podais comprehender con todos los Santos, qual sea la anchura, y la longura, y la altura, y la profundidad,

19 Y conocer tambien la caridad de Cristo, que sobrepuja todo entendimiento, para que seais llenos de toda la plenitud de Dios.

20 Y á aquel que es poderoso para hacer todas las cosas, mas abundantemente que pedimos ó entendemos, segun la virtud que obra en nosotros,

21 A él la gloria en la Iglesia, y en Jesu-Cristo, por todas las edades del siglo de los siglos. Amen.

CAPITULO IV.

1 Y así os ruego yo el prisionero en el Señor, que andeis como conviene á la vocacion, con que habeis sido llamados,

2 Con toda humildad y mansedumbre, con paciencia, sobrellevándoos unos á otros en caridad;

3 Solícitos en guardar la unidad del espíritu en vínculo de paz.

4 Un cuerpo y un espíritu, como fuísteis llamados en una esperanza de vuestra vocacion.

5 Un Señor, una fé, un bautismo.

6 Un Dios y Padre de todos, que es sobre todos, y por todas las cosas, y en todos nosotros.

7 Mas á cada uno de nosotros ha sido dada la gracia segun la medida de la donacion de Cristo.

8 Por lo qual dice: Quando él subió á lo alto, llevó cautiva la cautividad; dió dones á los hombres.

9 Y que subió, ¿que es, sino porque ántes habia descendido á los lugares mas baxos de la tierra?

10 El que descendió, ese mismo es el que subió sobre todos los cielos, para llenar todas las cosas.

11 Y el mismo dió á unos ciertamente Apóstoles, y á otros, Profetas, y á otros, Evangelistas, y á otros, Pastores y Doctores,

12 Para la consumacion de los Santos, en la obra del ministerio, para edificar el cuerpo de Cristo;

13 Hasta que todos lleguemos en la unidad de la fé, y del conocimiento del Hijo de Dios, á varon perfecto, segun la medida de la edad cumplida de Cristo:

14 Para que no seamos ya ni-

ños fluctuantes, y nos dexemos traer en rededor de todo viento de doctrina, por la malignidad de los hombres que engañan con astucia en error.

15 Antes siguiendo verdad en caridad, crezcamos en todas cosas en aquel que es la cabeza, Cristo:

16 Por el qual todo el cuerpo coligado y unido por toda coyuntura por donde se le suministra el alimento, obrando á proporcion he cada miembro, toma aumento el cuerpo, para edificarse él en caridad.

17 Pues esto digo y requiero en el Señor, que no andeis ya, como andan las Gentes en la vanidad de su sentido,

18 Teniendo el entendimiento obscurecido de tinieblas, enagenados de la vida de Dios, por la ignorancia que hay en ellos, por la ceguedad de su corazon,

19 Los que desesperando, se entregáron á sí mismos á la disolucion, á obras de toda impureza, á la avaricia.

20 Mas vosotros no habeis aprendido así á Cristo,

21 Si es que lo habeis oido, y habeis sido enseñados en él, como está la verdad en Jesus.

22 A despojaros del hombre viejo, segun el qual fué vuestra antigua conversacion, que se vicia segun los deseos del error.

23 Renovaos pues en el espíritu de vuestro entendimiento,

24 Y vestios del hombre nuevo, que fué criado segun Dios en justicia, y en santidad de verdad.

25 Por lo qual dexando la mentira, hablad verdad cada uno con su próximo; porque somos miembros los unos de los otros.

26 Ayraos, y no pequeis: El sol no se ponga sobre vuestra ira:

27 No deis lugar al diablo:

28 El que hurtaba, ya no hurte; ántes bien trabaje obrando de sus manos lo que es bueno, para que tenga de donde dar al que padece necesidad.

29 Ninguna palabra mala salga de vuestra boca; sino solo la que sea buena para edificacion de la fé, de manera que dé gracia á los que la oyen.

30 Y no contristeis al Espíritu Santo de Dios, en el qual estais sellados para el dia de la redencion.

31 Toda amargura, y enojo, é indignacion, y griteria, y blasfemia con toda malicia, sea desterrada de entre vosotros.

32 Antes sed los unos con los otros benignos, misericordiosos, perdonándoos los unos á los otros, como tambien Dios por Cristo os ha perdonado.

CAPITULO V.

1 SED pues imitadores de Dios, como hijos muy amados;

2 Y andad en caridad, así como Cristo tambien nos amó, y se entregó á sí mismo por nosotros ofrenda y hostia á Dios en olor de suavidad.

3 Por tanto, fornicacion, y toda impureza, ó avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene á Santos;

4 Ni palabras torpes, ni necias, ni chanzas, que son impertinentes; sino ántes acciones de gracias.

5 Porque habeis de saber y entender, que ningun fornica-

rio, ó inmundo, ó avaro, lo qual es
culto de ídolos, no tiene herencia en el reyno de Cristo, y de
Dios.
6 Ninguno os engañe con palabras vanas; pues por esto viene la ira de Dios sobre los hijos
de la incredulidad.
7 No tengais pues cosa comun con ellos.
8 Porque en otro tiempo erais
tinieblas; mas ahora sois luz en
el Señor. Andad como hijos de
luz:
9 Pues el fruto de la luz consiste en toda bondad, y en justicia, y en verdad:
10 Aprobando lo que es agradable á Dios:
11 Y no comuniqueis con las
obras infructuosas de las tinieblas; mas al contrario condenadlas.
12 Porque las cosas que ellos
hacen en secreto, vergüenza es
aun el decirlas.
13 Mas todas las que son reprehensibles, se descubren por
la luz; porque todo lo que se manifiesta, es luz.
14 Por lo qual dice: Despierta tú que duermes, y levántate
de entre los muertos, y te alumbrará Cristo.
15 Y así mirad, hermanos, que
andeis avisadamente; no como
necios,
16 Mas como sabios, redimiendo el tiempo; porque los
dias son malos.
17 Por tanto no seais indiscretos; mas entended qual es la
voluntad de Dios.
18 Y no os entregueis con exceso al vino, en el que hay luxuria; mas llenaos de Espíritu
Santo,
19 Hablando entre vosotros
mismos en salmos, y en himnos,
y canciones espirituales, cantando y loando al Señor en vuestros corazones,
20 Dando siempre gracias al
Dios y Padre por todo en el
nombre de nuestro Señor Jesu-Cristo.
21 Sometidos los unos á los
otros en temor de Cristo.
22 Las mugeres estén sujetas á sus maridos, como al Señor:
23 Porque el marido es cabeza de la muger; como Cristo
es Cabeza de la Iglesia, de la
que él mismo es Salvador, como
de su cuerpo.
24 Y así como la Iglesia está
sometida á Cristo, así lo estén
las mugeres á sus maridos en
todo.
25 Vosotros, maridos, amad á
vuestras mugeres, como Cristo
amó tambien á la Iglesia, y se
entregó á sí mismo por ella,
26 Para santificarla, purificándola con el bautismo de agua
por la palabra de vida,
27 Para presentársela á si
mismo Iglesia gloriosa, que no
tenga mancha, ni arruga, ni cosa semejante, sino que sea santa
y sin mancilla.
28 Así tambien deben amar
los maridos á sus mugeres, como
á sus propios cuerpos. El que
ama á su muger, á sí mismo
ama.
29 Porque nadie aborreció jamas su carne; ántes la mantiene y abriga, así como tambien
Cristo á la Iglesia:
30 Porque somos miembros de
su cuerpo, de su carne, y de sus
huesos.
31 Por esto dexará el hombre
á su padre, y á su madre, y se

allegará á su muger; y serán
dos en una carne.
32 Este Sacramento es grande; mas yo digo en Cristo y en la Iglesia.
33 Empero tambien vosotros cada uno de por sí ame á su muger como á sí mismo; y la muger reverencie á su marido.

CAPITULO VI.

1 HIJOS, obedeced á vuestros padres en el Señor; porque esto es justo.
2 Honra á tu padre, y á tu madre, que es el primer mandamiento con promesa,
3 Para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra.
4 Y vosotros, padres, no provoqueis á ira á vuestros hijos; mas criadlos en disciplina, y correccion del Señor.
5 Siervos, obedeced á vuestros Señores temporales con temor, y con respeto, en sencilez de vuestro corazon, como á Cristo:
6 No sirviéndoles al ojo, como por agradar á hombres; sino como siervos de Cristo, haciendo de corazon la voluntad de Dios,
7 Sirviendo con buena voluntad, como al Señor, y no como á los hombres:
8 Sabiendo que cada uno recibirá del Señor aquel bien ó mal que hiciere, ya sea siervo, ya libre.
9 Y vosotros los señores haced eso mismo con ellos, dexando las amenazas; sabiendo que el Señor de ellos y el vuestro está en los cielos, y que no hay acepcion de personas para con él.
10 En lo demas, hermanos, confortaos en el Señor, y en el poder de su virtud.
11 Vestíos la armadura de Dios, para que podais estar firmes contra las asechanzas del diablo:
12 Porque nosotros no tenemos que luchar contra la carne, y la sangre; sino contra los principados, y potestades, contra los gobernadores de estas tinieblas del mundo, contra los espíritus de maldad en los ayres.
13 Por tanto tomad toda la armadura de Dios, para que podais resistir en el dia malo, y estar cumplidos en todo.
14 Estad pues firmes, ceñidos vuestros lomos en verdad, y vestidos de la lóriga de la justicia,
15 Y teniendo los pies calzados en la preparacion del Evangelio de la paz;
16 Sobre todo embrazando el escudo de la fé, con que podais apagar todos los dardos encendidos del maligno:
17 Tomad tambien el yelmo de la salud, y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios.
18 Orando en todo tiempo con toda deprecacion, y ruego en espíritu; y velando para esto mismo con todo fervor, y rogando por todos los Santos:
19 Y por mí, para que me sea dada palabra en el abrir de mi boca con confianza, para hacer conocer el misterio del Evangelio:
20 Por el qual aun estando en la cadena hago oficio de Embaxador, de manera que yo hable libremente por el, como debo hablar.
21 Y para que sepais tambien el estado de mis cosas, y lo que yo hago, os informará de todo Tychico nuestro hermano muy

amado, y Ministro fiel en el Señor:

22 Á quien os he enviado para esto mismo, para que sepais lo que es de nosotros, y que consuele vuestros corazones.

23 Paz sea á los hermanos, y caridad con fé, de Dios Padre, y del Señor Jesu-Cristo.

24 La gracia sea con todos los que aman á nuestro Señor Jesu-Cristo con toda pureza. Amen.

EPISTOLA

DEL APOSTOL SAN PABLO

A LOS FILIPENSES.

CAPITULO I.

1 PABLO, y Timotéo, siervos de Jesu-Cristo, á todos los Santos en Jesu-Cristo, que están en Filippos, con los Obispos y Diáconos.

2 Gracia sea á vosotros, y paz de Dios nuestro Padre, y del Señor Jesu-Cristo.

3 Gracias doy á mi Señor cada vez que me acuerdo de vosotros,

4 Rogando siempre con gozo por todos vosotros en todas mis oraciones,

5 Sobre vuestra comunicacion en el Evangelio de Cristo desde el primer dia hasta ahora.

6 Teniendo por cierto esto mismo, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el dia de Jesu-Cristo.

7 Como es justo, que yo sienta esto de todos vosotros; porque os tengo en el corazon, y en mis prisiones, y en la defensa, y confirmacion del Evangelio, que sois vosotros todos compañeros de mi gozo.

8 Porque Dios me es testigo, de que modo os amo á todos vosotros en las entrañas de Jesu-Cristo.

9 Y esto ruego, que vuestra caridad abunde mas y mas en ciencia, y en todo conocimiento:

10 Para que aprobeis lo mejor, y seais sincéros, y sin tropiezo para el dia de Cristo.

11 Llenos de fruto de justicia por Jesu-Cristo, para gloria y loor de Dios.

12 Quiero pues, hermanos que sepais, que todas las cosas, que me han sucedido, han contribuido mas al provecho del Evangelio:

13 De manera, que mis prisiones se han hecho notorias en Cristo por todo el Pretorio, y por todos los otros,

14 Y muchos de los hermanos en el Señor, cobrando ánimo con mis prisiones, han osado mas alentadamente hablar la palabra de Dios sin temor.

15 Verdad es, que algunos predican á Cristo por envidia y porfia; mas otros tambien lo hacen con buena voluntad:

16 Otros por caridad; sabiendo, que yo he sido puesto para defensa del Evangelio:

17 Mas otros predican á Je-

su-Cristo por contencion no sinceramente, creyendo acrecentar afliccion á mis cadenas.
18 ¿ Mas que importa ? Con tal, que Jesu-Cristo en todas maneras sea anunciado, ó por pretexto, ó por verdad, en esto me gozo, y aun me gozaré.
19 Porque sé, que esto se me convertirá en salud, por vuestra oracion, y por el socorro del Espíritu de Jesu-Cristo,
20 Segun mis ansias y esperanza, de que en ninguna cosa seré confundido; ántes con toda confianza, así como siempre, tambien ahora será Cristo engrandecido en mi cuerpo, ya sea por vida, ya por muerte.
21 Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir ganancia.
22 Y si el vivir en carne, este es para mí fruto del trabajo, no sé en verdad que debo escoger.
23 Pues me veo estrechado por dos partes ; tengo deseo de ser desatado de la carne, y estar con Cristo, que me es mucho mejor :
24 Mas el permanecer en carne, es necesario por vosotros.
25 Y persuadido de esto, sé que quedaré; y permaneceré con todos vosotros, para provecho vuestro, y gozo de la fé :
26 Para que vuestro regocijo abunde por mí en Cristo Jesus, por mi nueva ida á vosotros.
27 Solo que converseis como conviene al Evangelio de Cristo: para que, ó sea que vaya á veros, ó que esté ausente, oiga de vosotros, que permaneceis unánimes en un mismo espíritu, trabajando á una en la fé del Evangelio,
28 Y en nada os espanteis de vuestros adversarios ; lo qual á ellos es motivo de perdicion, y á vosotros de salud, y esto de Dios :
29 Porque á vosotros os es dado por Cristo, no tan solo que creais en él, sino que padezcais tambien por él ;
30 Sufriendo el mismo combate, que vísteis en mí, y ahora habeis oido de mí.

CAPITULO II.

1 POR tanto, si hay alguna consolacion en Cristo, si algun refrigerio de caridad, si alguna comunicacion de espíritu, si algunas entrañas de compasion,
2 Haced cumplido mi gozo, sintiendo una misma cosa, teniendo una misma caridad, un mismo ánimo, unos mismos pensamientos :
3 Nada hagais por porfia, ni por vanagloria ; sino con humildad teniendo cada uno por superiores á los otros,
4 No atendiendo uno á las cosas, que son suyas propias, sino á las de los otros.
5 Y el mismo sentimiento haya en vosotros que hubo tambien en Jesu-Cristo ;
6 Que siendo en forma de Dios, no tuvo por usurpacion el ser él igual á Dios ;
7 Sino que se anonadó á sí mismo tomando forma de siervo, hecho á la semejanza de hombres, y hallado en la condicion como hombre,
8 Se humilló á sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz.
9 Por lo qual Dios tambien le ensalzó, y le dió un nombre, que es sobre todo nombre :

10 Para que al nombre de
Jesus se doble toda rodilla de los
que están en los Cielos, en la
tierra, y en los infiernos,
11 Y toda lengua confiese,
que el Señor Jesu-Cristo está en
la gloria de Dios Padre.
12 Por tanto, muy amados
mios, puesto que siempre fuísteis obedientes, obrad vuestra
salud con temor y con temblor,
no solo como en mi presencia,
sino mucho mas ahora en mi ausencia:
13 Porque Dios es el que
obra en vosotros así el querer,
como el executar segun su buena voluntad.
14 Y haced todas las cosas sin
murmuraciones, ni dudas:
15 Para que seais irreprehensibles, y sencillos hijos de Dios
sin tacha en medio de una nacion depravada, y aviesa; entre
los quales resplandeceis como
lumbreras en el mundo,
16 Reteniendo la palabra de
vida para gloria mia en el dia de
Cristo, porque yo no he corrido
en vano, ni he trabajado en
vano.
17 Mas aun quando yo sea
inmolado sobre el sacrificio, y
víctima de vuestra fé, me huelgo, y me doy el parabien con
todos vosotros.
18 Y vosotros tambien gozaos,
y dadme el parabien á mí por
esto mismo.
19 Y espero en el Señor Jesus, que presto os enviaré á Timoteó; para que yo tambien esté de buen ánimo, sabiendo el
estado de vuestras cosas.
20 Porque no tengo ninguno
tan unido de corazon conmigo,
que con sincéra aficion muestre
solicitud por vosotros.
21 Porque todos buscan sus
propias cosas, y no las que son
de Jesu-Cristo.
22 Y en prueba de ello sabed,
que como hijo á padre, sirvió
conmigo en el Evangelio.
23 Espero pues enviárosle
luego que hubiere visto el estado de mis negocios.
24 Y confio en el Señor, que
yo mismo iré presto á vosotros.
25 Y he tenido por necesario
enviaros á Epafrodito mi hermano, y coadjutor, y compañero, y
vuestro Apóstol, y que me ha
asistido en mis necesidades:
26 Porque él deseaba veros á
todos vosotros; y estaba angustiado, porque habíais sabido su
enfermedad.
27 Y cierto que enfermó hasta punto de morir; mas Dios
tuvo de él misericordia; y no
solo de él, sino tambien de mí,
para que no tuviese yo tristeza
sobre tristeza.
28 Y así le he enviado mas
presto, para que viéndole, os
goceis de nuevo, y yo esté sin
tristeza.
29 Recibidle pues con todo
gozo en el Señor, y tened en honor á tales personas:
30 Puesto que por la obra de
Cristo llegó hasta la muerte, entregando su vida por suplir lo
que vosotros no podíais en mi
servicio.

CAPITULO III.

1 RESTA, hermanos mios,
que os goceis en el
Señor. A mí no me es molesto el escribiros las mismas
cosas, y os necesario para vosotros.
2 Guardaos de los perros, guar-

daos de los malos obreros, guardaos de la tajadura.

3 Porque nosotros somos la circuncision, los que servimos á Dios en espíritu, y nos gloriamos en Jesu-Cristo, y no tenemos confianza en la carne :

4 Aunque yo tenga tambien de que confiar en la carne. Si algun otro piensa, que tiene de que confiar en la carne, yo mas,

5 Que he sido circuncidado al octavo dia, del linage de Israél, de la tribu de Benjamin, Hebréo de Hebréos, quanto á la Ley, Fariséo,

6 Quanto al zelo, perseguidor de la Iglesia de Dios, quanto á la justicia de la Ley, he vivido irreprehensible :

7 Pero las cosas que me fuéron ganancias, las he reputado como pérdidas por Cristo.

8 Y en verdad todo lo tengo por pérdida por el eminente conocimiento de Jesu-Cristo mi Señor ; por el qual todo lo he perdido, y lo tengo por basura, con tal que gane á Cristo,

9 Y que sea hallado en él, no teniendo mi justicia, que es de la Ley, sino aquella que es de la fé de Jesu-Cristo; la justicia, que viene de Dios por la fé,

10 Para conocerle á él, y la virtud de su resurreccion, y la comunicacion de sus aflicciones ; siendo hecho conforme á su muerte :

11 Por si de alguna manera puedo llegar á la resurreccion, que es de los muertos :

12 No que la haya ya alcanzado, ó que sea ya perfecto ; mas voy siguiendo, por si de algun modo podré alcanzar aquello para lo que yo fuí tomado de Jesu-Cristo.

13 Hermanos, yo juzgo haberlo ya alcanzado. Mas esto solo ; que olvidando lo que queda atrás, y extendiéndome ácia lo que está delante,

14 Prosigo segun el fin propuesto al premio de la soberana vocacion de Dios en Jesu-Cristo.

15 Y así todos los que somos perfectos, vivamos en estos sentimientos ; y si sentís algo de otra manera, Dios tambien os lo revelará.

16 Mas en quanto á lo que hemos ya llegado, tengamos unos mismos sentimientos, y permanezcamos en una misma regla.

17 Sed imitadores mios, hermanos, y no perdais de vista á los que así andan, segun que teneis nuestro exemplo.

18 Porque muchos andan, de quienes otras veces os decia, y ahora tambien lo digo llorando, que son enemigos de la Cruz de Cristo.

19 Cuyo fin es la perdicion : cuyo Dios es el vientre ; y su gloria es para confusion de ellos, que gustan solo de lo terreno.

20 Mas nuestra morada está en los cielos ; de donde tambien esperamos al Salvador nuestro Señor Jesu Cristo,

21 El qual reformará nuestro cuerpo, abatido para hacerle conforme á su cuerpo glorioso, segun la operacion con que tambien puede sujetar á sí todas las cosas.

CAPITULO IV.

1 POR tanto, muy amados y deseados hermanos mios, gozo mio, y corona mia,

estad así firmes en el Señor, carísimos.
2 Ruego á Evodia, y suplico á Sintique, que sientan lo mismo en el Señor.
3 Y tambien te ruego á tí, fiel compañero, que asistas á aquellas, que trabajáron conmigo en el Evangelio con Clemente, y con los otros que me ayudaron, cuyos nombres están en el libro de la vida.
4 Gozaos siempre en el Señor; otra vez digo, gozaos.
5 Vuestra modestia sea manifiesta á todos los hombres; el Señor está cerca.
6 No tengais solicitud de cosa alguna; mas con mucha oracion y ruegos, con hacimiento de gracias sean manifiestas vuestras peticiones delante de Dios.
7 Y la paz de Dios, que sobrepuja todo entendimiento, guarde vuestros corazones, y vuestros sentimientos en Jesu-Cristo.
8 Resta, hermanos, que todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo santo, todo lo amable, todo lo que es de buena fama, si hay alguna virtud, si hay alguna alabanza de costumbres, esto pensadlo.
9 Lo que aprendísteis, y recibísteis, y oísteis, y vísteis en mí, esto hacedlo; y el Dios de la paz será con vosotros.
10 En gran manera me he gozado en el Señor, de que ya por fin habeis renovado vuestro cuidado acerca de mí; pues aunque lo teníais, mas os faltaba la oportunidad.
11 No lo digo como por necesidad; porque yo he aprendido á contentarme con lo que tengo.
12 Sé vivir humillado, y sé vivir en abundancia; de todos modos estoy hecho á todo, á tener hartura, y á sufrir hambre, á tener abundancia, y á padecer necesidad.
13 Todo lo puedo, en aquel que me conforta.
14 Sin embargo habeis hecho bien, en haber entrado á la parte de mi tribulacion.
15 Y sabeis tambien vosotros, Filipenses, que en el principio del Evangelio, quando salí de Macedonia, ninguna Iglesia comunicó conmigo en razon de dar y de recibir, sino vosotros solos:
16 Porque una y dos veces me enviásteis á Tesalónica lo que habia menester.
17 No porque yo busco dádivas, mas busco fruto que abunde á cuenta vuestra.
18 Así que tengo y abundo de todo; lleno estoy de lo que me enviásteis, y recibí por Epafrodito, como olor de suavidad, hostia acepta, agradable á Dios.
19 Mi Dios pues cumpla todos vuestros deseos, segun sus riquezas, en gloria, en Jesu-Cristo.
20 Y sea á Dios y nuestro Padre gloria en los siglos de los siglos. Amen.
21 Saludad á cada uno de los Santos en Jesu-Cristo.
22 Los hermanos, que están conmigo, os saludan; todos los Santos os saludan, y mayormente los que son de casa de César.
23 La gracia de nuestro Señor Jesu-Cristo sea con vuestro espíritu. Amen.

EPISTOLA
DEL APOSTOL SAN PABLO
A LOS COLOSSENSES.

CAPITULO I.

1 PABLO Apóstol de Jesu-Cristo por voluntad de Dios, y Timotéo el hermano:
2 A los Santos y fieles hermanos en Jesu-Cristo, que están en Colossas.
3 Gracia sea á vosotros, y paz de Dios nuestro Padre, y de nuestro Señor Jesu-Cristo. Gracias damos al Dios, y Padre de nuestro Señor Jesu-Cristo, orando siempre por vosotros;
4 Oyendo vuestra fé en Jesu-Cristo, y el amor que teneis á todos los Santos,
5 Por la esperanza que os está guardada en los cielos; de la qual habeis oido por la palabra muy verdadera del Evangelio;
6 El qual ha llegado á vosotros, como está tambien en todo el mundo; y dá fruto, y crece como entre vosotros, desde el dia en que oísteis, y conocísteis la gracia de Dios segun la verdad;
7 Como lo aprendísteis de Epafras nuestro consiervo muy amado, que es por vosotros fiel Ministro de Jesu-Cristo;
8 El que tambien nos informó de vuestro amor segun el espíritu:
9 Por eso nosotros tambien desde el dia que lo oimos, no cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seais llenos del conocimiento de su voluntad, en toda sabiduría é inteligencia espiritual;
10 Para que andeis dignos de Dios, agradándole en todo, fructificando en toda buena obra, y creciendo en la ciencia de Dios;
11 Siendo confortados en toda virtud segun el poder de su gloria, en toda paciencia y longanimidad con gozo;
12 Dando gracias á Dios Padre, que nos hizo dignos de participar la suerte de los Santos en luz;
13 Que nos libró del poder de las tinieblas, y nos trasladó al reyno de su Hijo muy amado,
14 En el qual por su sangre tenemos la redencion, la remision de los pecados;
15 El que es imágen del Dios invisible, el primogénito de toda criatura:
16 Porque en él fuéron criadas todas las cosas, que hay en los cielos y en la tierra; las visibles y las invisibles, ahora sean Tronos, ó Dominaciones, ó Principados, ó Potestades; todas fuéron criadas por él mismo, y en él mismo:
17 Y él es ante todas las cosas, y todas subsisten por él:
18 Y él mismo es la Cabeza del cuerpo de la Iglesia, que es principio, primogénito de los muertos: de manera que él tiene el primado en todas las cosas:
19 Porque en él quiso hacer morar toda plenitud;
20 Y reconciliar por él á sí mismo todas las cosas, pacificando por la sangre de su Cruz: tanto lo que está en la tierra, como lo que está en el cielo.

21 Y vosotros, que en otro tiempo érais extraños, y enemigos de corazon por las malas obras,

22 Mas ahora os ha reconciliado en el cuerpo de su carne por la muerte, para presentaros Santos, y sin mancilla, é irreprehensibles delante de él;

23 Si es que perseverais cimentados en la fé, y firmes, y sin moveros de la esperanza del Evangelio, que habeis oido, que ha sido predicado á toda criatura que hay debaxo del cielo; del qual yo Pablo he sido hecho Ministro.

24 Que me gozo ahora en las aflicciones que he padecido por vosotros, y suplo en mi carne lo que resta de los sufrimientos de Cristo, por el cuerpo de él, que es la Iglesia:

25 De la que he sido yo hecho Ministro, segun la dispensacion de Dios que me fué dada para con vosotros, para dar cumplimiento á la palabra de Dios;

26 El misterio que ha estado escondido en los siglos y generaciones, mas ahora ha sido manifestado á sus Santos;

27 A los quales ha querido Dios hacer conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los Gentiles, que Cristo es en vosotros la esperanza de la gloria;

28 A quien nosotros anunciamos, amonestando á todo hombre, y enseñando á todo hombre en toda sabiduría, para que presentemos á todo hombre perfecto en Jesu-Cristo.

29 En lo que aun trabajo, combatiendo segun la eficacia, que obra en mí por su poder.

CAPITULO II.

1 PORQUE quiero qúe se pais quan grande es la solicitud que tengo por vosotros, y por aquellos que están en Laodicéa, y por quantos no viéron mi rostro en carne;

2 Para que sus corazones sean consolados, estando guarnecidos de caridad y de todas riquezas de cumplida inteligencia, para conocer el misterio de Dios Padre, y de Jesu Cristo;

3 En el qual están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia

4 Y digo esto, porque ninguno os engañe con sublimidad de palabras.

5 Porque aunque no estoy presente con el cuerpo, mas estoy con vosotros con el espíritu, gozándome, y viendo vuestro concierto, y la firmeza de vuestra fé, que es en Cristo.

6 Pues así como recibísteis al Señor Jesu-Cristo, andad en él;

7 Arraygados, y sobreedificados en él, y fortificados en la fé, como lo aprendísteis, creciendo en él en hacimiento de gracias.

8 Estad sobre aviso, que ninguno os engañe con filosofías, y vanos sofismas, segun la tradicion de los hombres, segun los elementos del mundo, y no segun Cristo:

9 Porque en él habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente:

10 Y estais cumplidos en aquel, que es la cabeza de todo Principado y Potestad:

11 En el que tambien estais circuncidados de circuncision no hecha por mano en el despojo

del cuerpo de la carne, sino en
la circuncision de Cristo:
12 Estando sepultados juntamente con él en el Bautismo, en el que tambien resucitásteis mediante la fé en el poder de Dios, que le resucitó de los muertos.
13 Y á vosotros, que estábais muertos en vuestros pecados, y en el prepucio de vuestra carne, os dió la vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados:
14 Cancelando la cédula del decreto, que habia contra nosotros, que nos era contrario; y la quitó de en medio, enclavándola en la Cruz:
15 Y despojando los Principados y Potestades, los sacó confiadamente en público triumfando de ellos en sí mismo.
16 Por tanto ninguno os juzgue por la comida, ó por la bebida, ó por respecto del dia de fiesta, ó de neoménia, ó de sábados;
17 Que son sombra de las cosas venideras; mas el cuerpo es en Cristo.
18 Nadie os extravíe, afectando en humildad dar culto á los Angeles, que nunca vió, andando hinchado vanamente en el sentido de su carne,
19 Y sin estar unido con la cabeza, de la qual todo el cuerpo fornido, y organizado por sus ligaduras y coyunturas, crece en aumento de Dios.
20 Por tanto si estais muertos con Cristo á los rudimentos de este mundo, ¿por que todavía dogmatizais, como si viviéseis al mundo?
21 No comais, no gusteis, no toqueis:
22 Las quales cosas son todas para muerte, usándolas segun los preceptos, y doctrinas de los hombres:
23 Estas cosas á la verdad tienen apariencia de sabiduría en culto indebido, y humildad, y en maltratamiento del cuerpo, y en la escasez de lo necesario para sustentar la carne.

CAPITULO III.

1 POR lo qual, si resucitásteis con Cristo, buscad las cosas que son de arriba, en donde está Cristo sentado á la diestra de Dios:
2 Pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra.
3 Porque estais ya muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.
4 Quando apareciere Cristo, que es vuestra vida; entónces tambien vosotros apareceréis con él en gloria.
5 Mortificad pues vuestros miembros, que están sobre la tierra; fornicacion, impureza, lascivia, deseos malos, y avaricia, que es servicio de ídolos:
6 Por las quales cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de la incredulidad;
7 En las quales vosotros tambien anduvísteis en otro tiempo, quando viviais en ellas.
8 Mas ahora dexad tambien vosotros todas estas cosas; ira, enojo, malicia, blasfemia, palabra torpe de vuestra boca.
9 No mintais los unos á los otros, despojándoos del hombre viejo con sus hechos,
10 Y vistiéndoos del nuevo, de aquel que se renueva por el conocimiento, conforme á la imágen de aquel que le crió.
11 En donde no hay Gentil y

Judio, circuncision y prepucio, Bárbaro y Scitha, siervo y libre; mas Cristo es todo en todos.

12 Vosotros pues como escogidos de Dios, Santos y amados, revestíos de entrañas de misericordia, de benignidad, de humildad, de modestia, de paciencia:

13 Sufriéndoos los unos á los otros, y perdonándoos mútuamente, si alguno tiene quexa del otro; así como el Señor os condonó á vosotros, así tambien vosotros.

14 Mas sobre todo esto tened caridad, que es el vínculo de la perfeccion:

15 Y triunfe en vuestros corazones la paz de Cristo, en la que tambien fuisteis llamados en un cuerpo; y sed agradecidos.

16 La palabra de Cristo more en vosotros abundantemente en toda sabiduría, enseñándoos y amonestándoos los unos á los otros con salmos, himnos, y canciones espirituales, cantando de corazon á Dios con gracia.

17 Qualquier cosa que hagais sea de palabra ó de obra, hacedlo todo en el nombre de nuestro Señor Jesu-Cristo, dando gracias por él á Dios y Padre.

18 Casadas, estad sujetas á vuestros maridos, como conviene, en el Señor.

19 Maridos, amad á vuestras mugeres, y no seais desabridos con ellas.

20 Hijos, obedeced á vuestros padres en todo; porque esto es agradable al Señor.

21 Padres, no provoqueis á ira á vuestros hijos, para que no se hagan de ánimo apocado.

22 Siervos, obedeced en todas cosas á vuestros Señores temporales, no sirviendo al ojo, como por agradar á hombres, sino con sencillez de corazon, temiendo á Dios.

23 Todo lo que hagais, hacedlo de corazon como por el Señor, y no por los hombres:

24 Sabiendo que recibiréis del Señor el galardon de la herencia. Servid á Cristo el Señor.

25 Pues el que hace injusticia, recibirá lo que hizo injustamente; porque no hay accepcion de personas en Dios.

CAPITULO IV.

1 VOSOTROS Señores, haced con vuestros siervos, lo que es de justicia y equidad; sabiendo que tambien teneis Señor en el cielo.

2 Perseverad en oracion, velando en ella con hacimiento de gracias:

3 Orando tambien por nosotros, para que Dios nos abra la puerta de la palabra para anunciar el misterio de Cristo, por el qual todavía estoy preso,

4 Y que lo pueda manifestar así como es necesario que yo hable.

5 Conducios en sabiduría con aquellos que están fuera, redimiendo el tiempo.

6 Vuestra conversacion sea siempre sazonada con gracia, con sal, para que sepais, como debeis responder á cada uno.

7 Mi muy amado hermano Tychico, fiel ministro y consiervo mio en el Señor, os hará saber el estado de todas mis cosas;

8 Al qual os he enviado expresamente para que sepa el estado de vuestras cosas, y consuele vuestros corazones,

9 Juntamente con Onesimo, mi muy amado y fiel hermano, que es de vosotros: ellos os informarán de todo lo que aquí se hace.

10 Os saluda Aristarco, que es mi compañero en la prision, y Márcos primo de Bernabé, sobre el que os tengo ya hechos mis encargos; si fuere á vosotros, recibidlo:

11 Y Jesus que se llama Justo; los quales son de la circuncision; estos solos son los que me ayudan en el reyno de Dios, y han sido mi consuelo.

12 Os saluda Epafras, que es de vosotros, siervo de Jesu-Cristo, siempre solícito por vosotros en sus oraciones, para que seais perfectos, y cumplidos en toda voluntad de Dios.

13 Porque le doy este testimonio, que tiene mucho trabajo por vosotros, y por los que están en Laodicéa, y por los que están en Hierápolis.

14 El muy amado Lucas Médico os saluda, y tambien Demas.

15 Saludad á los hermanos que están en Laodicéa, y á Nimfas, y á la Iglesia que está en su casa.

16 Y leida que fuere esta Carta entre vosotros, hacedla leer tambien en la Iglesia de los Laodicenses; y leed vosotros la de los de Laodicéa.

17 Y decid á Archîppo: Mira, que cumplas el ministerio que has recibido del Señor.

18 La salutacion de mi mano Pablo. Acordaos de mis prisiones. La gracia sea con vosotros. Amen.

EPISTOLA PRIMERA

DEL APOSTOL SAN PABLO

A LOS TESSALONICENSES.

CAPITULO I.

1 PABLO, y Silvano, y Timotéo á la Iglesia de los Tessalonicenses, en Dios Padre, y en el Señor Jesu-Cristo.

2 Gracia sea á vosotros, y paz. Siempre damos gracias á Dios por todos vosotros, haciendo memoria de vosotros en nuestras oraciones sin cesar,

3 Acordándonos delante de Dios, y nuestro Padre, de la obra de vuestra fé, y del trabajo, y caridad, y de la paciencia de la esperanza en nuestro Señor Jesu-Cristo;

4 Como que sabemos, amados hermanos, que vuestra eleccion es de Dios;

5 Por quanto nuestro Evangelio no fué á vosotros tan solamente en palabra, mas tambien en virtud, y en Espíritu Santo, y en grande plenitud, como sabeis quales fuimos entre vosotros por vosotros.

6 Y vosotros os hicísteis imitadores nuestros, y del Señor, recibiendo la palabra con mucha tri-

bulacion, con gozo del Espíritu
Santo:
7 De modo que os habeis hecho modelo á todos los que han
creido en Macedonia, y en
Acaya.
8 Porque por vosotros fué divulgada la palabra del Señor, no
solo en la Macedonia, y en la
Acaya, sino que se propagó por
todas partes la fé que teneis en
Dios, de modo que nosotros no
tenemos necesidad de decir cosa
alguna.
9 Porque ellos mismos publican de nosotros qual entrada tuvimos á vosotros; y como os
convertísteis de los ídolos á Dios,
para servir al Dios vivo y verdadero,
10 Y para esperar de los cielos á su Hijo Jesus, á quien resucitó de los muertos, el que nos
libró de la ira, que ha de venir.

CAPITULO II.

1 PORQUE vosotros mismos sabeis, hermanos,
que nuestra entrada á vosotros
no fué vana:
2 Antes habiendo primero padecido, y sido afrentados, como
sabeis, en Filippos, tuvimos libertad en nuestro Dios para predicaros el Evangelio de Dios
con mucha solicitud.
3 Porque nuestra exhortacion
no fué de error, ni de inmundicia, ni por engaño,
4 Mas así como fuimos aprobados de Dios, para que se nos
confiase el Evangelio; así hablamos, no como para agradar á
hombres, sino á Dios, que prueba nuestros corazones.
5 Porque nuestro lenguage
nunca fué de adulacion, como sabeis; ni un pretexto de avaricia;
Dios es testigo:
6 Ni buscando gloria de los
hombres, ni de vosotros, ni de
otros.
7 Pudiendo como Apóstoles
de Cristo seros gravosos; mas
nos hicimos párvulos en medio
de vosotros, como una nodriza
que acaricia á sus hijos.
8 Y así amándoos mucho, deseábamos con ansia daros no solo
el Evangelio de Dios, mas aun
nuestras propias vidas; porque
nos fuísteis muy amados.
9 Pues ya os acordais, hermanos, de nuestro trabajo, y fatiga; trabajando de noche, y de
dia, por no gravar á ninguno de
vosotros, predicamos entre vosotros el Evangelio de Dios.
10 Vosotros sois testigos, y
Dios, de quan santa, y justa, y
sin querella fué nuestra mansion
con vosotros que creísteis:
11 Así como sabeis de que
manera á cada uno de vosotros, como un padre á sus hijos,
12 Os amonestábamos, y consolábamos, protestándoos, que
anduviéseis de una manera digna de Dios, que os llamó á su
reyno, y gloria.
13 Por lo qual damos tambien
sin cesar gracias á Dios; porque
quando oyéndonos recibísteis de
nosotros la palabra de Dios, la
recibísteis, no como palabra de
hombres, mas, segun ello es en
verdad, como palabra de Dios,
el qual obra en vosotros, los que
creísteis.
14 Porque vosotros, hermanos, os habeis hecho imitadores
de las Iglesias de Dios, que hay
por la Judéa en Jesu-Cristo;
por quanto las mismas cosas su-

fristeis tambien de los de vuestra
nacion, que ellos de los Judíos:
15 Los quales tambien matáron al Señor Jesus, y á los Profetas, y nós han perseguido á nosotros, y no son del agrado de Dios, y son enemigos de todos los hombres,
16 Prohibiéndonos hablar á los Gentiles, para que sean salvos, á fin de cumplir ellos siempre sus pecados; porque llegó la ira de Dios sobre ellos hasta el cabo.
17 Mas nosotros, hermanos, privados por un poco de tiempo de vosotros, de vista, no de corazon, tanto mas nos hemos apresurado con mucho deseo para veros en persona:
18 Por lo qual quisimos ir á vosotros; yo Pablo en verdad una y otra vez; mas Satanás nos lo estorbó.
19 Porque ¿qual es nuestra esperanza, ó nuestro gozo, ó corona de gloria? ¿Por ventura no sois vosotros ante nuestro Señor Jesu-Cristo en su venida?
20 Ciertamente vosotros sois nuestra gloria, y nuestro gozo.

CAPITULO III.

1 POR lo qual no pudiéndolo mas sufrir, nos ha parecido quedarnos solos en Atenas:
2 Y hemos enviado á Timotéo nuestro hermano, y Ministro de Dios en el Evangelio de Cristo, para fortaleceros, y consolaros por vuestra fé:
3 A fin que nadie se conmueva por estas tribulaciones; pues vosotros mismos sabeis que para esto hemos sido destinados.
4 Pues aun estando con vosotros, os deciamos que habíamos de pasar tribulaciones, como ha acontecido, y lo sabeis.
5 Y por esto no pudiendo yo sufrir mas, he enviado á reconocer vuestra fé, temiendo no os haya tentado aquel que tienta, y que se hiciese vano nuestro trabajo.
6 Mas ahora viniendo Timotéo á nosotros despues de haberos visto, y haciéndonos saber vuestra fé y caridad, y como siempre teneis buena memoria de nosotros, y que deseais veros, como nosotros tambien á vosotros:
7 Por esto, hermanos, en medio de toda nuestra estrechez y afliccion, hemos sido consolados en vosotros, por causa de vuestra fé;
8 Por quanto ahora vivimos, si vosotros estais firmes en el Señor.
9 Y en efecto ¿qué hacimiento de gracias podemos dar al Señor por vosotros, por todo el gozo, con que nos gozamos á causa de vosotros delante de nuestro Dios,
10 Rogándole noche y dia con la mayor instancia, que podamos pasar á veros, y que cumplamos lo que falta á vuestra fé?
11 Y el mismo Dios, y Padre nuestro, y nuestro Señor Jesu-Cristo encamine nuestros pasos para vosotros.
12 Y el Señor os multiplique, y haga crecer más y mas vuestra caridad entre vosotros, y para con todos, así como nosotros tambien os la tenemos:
13 Para confirmar vuestros corazones sin reprehension en santidad delante de Dios y Padre nuestro en la venida de

nuestro Señor Jesu-Cristo con todos sus Santos. Amen.

CAPITULO IV.

1 Y en lo que resta, hermanos, os rogamos y os exhortamos en el Señor Jesus, que como habeis recibido de nosotros de que manera os conviene conversar, y agradar á Dios; así tambien converseis para ir cediendo.

2 Porque ya sabeis, que preceptos os he dado por el Señor Jesus.

3 Pues esta es la voluntad de Dios, vuestra santificacion; que os abstengais de fornicacion,

4 Que sepa cada uno de vosotros poseer su vaso en santificacion y honor:

5 No en afecto de concupiscencia, como los Gentiles, que no conocen á Dios:

6 Y que ninguno oprima, ni engañe en nada á su hermano; porque el Señor es vengador de todas estas cosas, como ya ántes os lo hemos dicho y protestado.

7 Porque no nos llamó Dios para inmundicia, sino para santificacion.

8 Y así el que desprecia esto, no desprecia á un hombre, sino á Dios; que ha puesto tambien su Espíritu Santo en nosotros.

9 Y por lo que mira á la caridad fraterna, no hay necesidad de escribiros; por quanto vosotros mismos aprendísteis de Dios que os ameis los unos á los otros.

10 Y en verdad lo haceis así con todos los hermanos por la Macedonia. Mas os rogamos, hermanos, que crezcais mas y mas,

11 Y que procureis vivir en sosiego, y que hagais vuestra hacienda, y que trabajeis con vuestras manos, como os lo tenemos mandado; y que converseis honestamente con los que están fuera; y no codicieis cosa alguna de nadie.

12 Tampoco queremos, hermanos, que ignoreis acerca de los que duermen, para que no os entristezcais como los otros, que no tienen esperanza.

13 Porque si creemos que Jesus murió y resucitó; así tambien Dios traerá con Jesus á aquellos, que durmiéron por él.

14 Esto pues os decimos en palabra del Señor, que nosotros que vivimos, que hemos quedado aquí para la venida del Señor, no nos adelantarémos á los que durmiéron.

15 Porque el mismo Señor con mandato, y con voz de Arcangel y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los que muriéron en Cristo, resucitarán los primeros.

16 Despues nosotros, los que vivimos, los que quedamos aquí, serémos arrebatados juntamente con ellos en las nubes á recibir á Cristo en los ayres; y así estarémos para siempre con el Señor.

17 Por tanto consolaos los unos á los otros con estas palabras.

CAPITULO V.

1 Y acerca de los tiempos y de los momentos, no habeis menester, hermanos, que os escribamos.

2 Porque vosotros mismos sabeis bien, que el dia del Señor vendrá, como un ladron de noche.

3 Porque quando dirán paz y seguridad ; entónces les sobrecogerá una muerte repentina, como el dolor á la muger que está en cinta, y no escaparán.

4 Mas vosotros, hermanos, no estais en tinieblas, de modo que aquel dia os sorprehenda, como ladron :

5 Porque todos vosotros sois hijos de luz, é hijos del dia ; nosotros no lo somos de la noche, ni de las tinieblas.

6 Pues no durmamos como los otros ; ántes velemos y vivamos con templanza.

7 Porque los que duermen, de noche duermen ; y los que se embriagan, de noche se embriagan.

8 Mas nosotros, que somos del dia, seamos sóbrios, vestidos de cota de fé y de caridad, y por yelmo esperanza de salud :

9 Porque no nos ha puesto Dios para ira, sino para alcanzar la salud por nuestro Señor Jesu-Cristo,

10 Que murió por nosotros ; para que ó que velemos, ó que durmamos, vivamos juntamente con él.

11 Por lo qual consolaos mútuamente ; y edificaos los unos á los otros, así como lo haceis.

12 Y os rogamos, hermanos, que seais reconocidos á los que trabajan entre vosotros, y que os gobiernan en el Señor, y os amonestan ;

13 Que los mireis con mayor caridad por la obra que hacen ; tened paz con ellos.

14 Os rogamos tambien, hermanos, que corrijais á los inquietos, consoleis á los pusilánimes, soporteis á los flacos, seais sufridos con todos.

15 Mirad que ninguno vuelva á otro mal por mal ; ántes seguid siempre lo que es bueno entre vosotros, y para con todos.

16 Estad siempre gozosos.

17 Orad sin cesar.

18 En todo dad gracias ; porque esta es la voluntad de Dios en Jesu-Cristo para con todos vosotros.

19 No apagueis el Espíritu.

20 No desprecieis las profecías.

21 Exâminadlo todo ; y abrazad lo que es bueno.

22 Guardaos de toda apariencia de mal.

23 Y el mismo Dios de la paz os santifique en todo ; para que todo vuestro espíritu, y el alma, y el cuerpo se conserven sin reprehension en la venida de nuestro Señor Jesu-Cristo.

24 Fiel es, el que os ha llamado ; el qual tambien lo cumplirá.

25 Hermanos, orad por nosotros.

26 Saludad á todos los hermanos en ósculo santo.

27 Conjúroos por el Señor, que se lea esta Carta á todos los Santos hermanos.

28 La gracia de nuestro Señor Jesu-Cristo sea con vosotros. Amen.

EPISTOLA SEGUNDA
DEL APOSTOL SAN PABLO
A LOS TESSALONICENSES.

CAPITULO I.

1 PABLO, y Sylvano, y Timotéo; á la Iglesia de los Tessalonicenses en Dios nuestro Padre, y en el Señor Jesu-Cristo.
2 Gracia sea á vosotros, y paz de Dios nuestro Padre, y del Señor Jesu-Cristo.
3 Debemos, hermanos, dar á Dios gracias sin cesar por vosotros, como es justo; porque vuestra fé va en grande crecimiento, y abunda la caridad de cada uno de vosotros entre vosotros mismos:
4 Tanto que aun nosotros nos gloriamos de vosotros en las Iglesias de Dios, por vuestra paciencia, y fé en todas vuestras persecuciones y tribulaciones, que sufris.
5 En prueba del justo juicio de Dios, para que seais tenidos por dignos en el reyno de Dios, por el qual asimismo padeceis.
6 Puesto que justo es delante de Dios, que él dé en paga afliccion á los que os afligen:
7 Y á vosotros, que sois atribulados, descanso juntamente con nosotros, quando apareciere el Señor Jesus del cielo con los Angeles de su virtud,
8 En llama de fuego, para dar el pago á aquellos que no conociéron á Dios, y que no obedecen al Evangelio de nuestro Señor Jesu-Cristo.
9 Los quales pagarán la pena eterna de perdicion ante la faz del Señor, y de la gloria de su poder:
10 Quando vendrá á ser glorificado en sus Santos, y á hacerse maravilloso en todos los que creyéron, porque ha sido creido de vosotros nuestro testimonio acerca de aquel dia.
11 Por lo qual rogamos tambien sin cesar por vosotros; para que nuestro Dios os haga dignos de su vocacion, y cumpla todo el consejo de bondad, y la obra de fé por su poder.
12 Para que sea glorificado el nombre de nuestro Señor Jesu-Cristo en vosotros, y vosotros en él, segun la gracia de nuestro Dios, y del Señor Jesu-Cristo.

CAPITULO II.

1 MAS rogámoos, hermanos, por el advenimiento de nuestro Señor Jesu-Cristo, y de nuestra reunion con él:
2 Que no os movais facilmente de vuestra inteligencia, ni os perturbeis, ni por espíritu, ni por palabra, ni por carta como enviada de nos, como si el dia del Señor estuviese ya cerca.
3 Y no os dexeis seducir de nadie en manera alguna; porque no será, sin que ántes venga la apostasía, y sea manifestado el hombre de pecado, el hijo de perdicion,
4 El qual se opone, y se levanta sobre todo lo que se llama

Dios, ó que es adorado; de manera que se sentará en el templo de Dios, mostrándose como si fuese Dios.
5 ¿No os acordais, que quando estaba todavía con vosotros os decia estas cosas?
6 Y sabeis que es lo que ahora le detiene, á fin que sea manifestado á su tiempo.
7 Porque ya está obrando el misterio de la iniquidad; solo que el que está firme ahora, manténgase, hasta que sea quitado de en medio.
8 Y entónces se descubrirá aquel perverso, á quien el Señor Jesus matará con el aliento de su boca, y le destruirá con el resplandor de su venida:
9 La venida de aquel es segun operacion de Satanás, en toda potencia, y en señales, y en prodigios mentirosos,
10 Y en toda seduccion de la iniquidad para aquellos que perecen; porque no recibiéron el amor de la verdad para ser salvos. Por eso les enviará Dios operacion de error, para que crean á la mentira,
11 Y sean condenados todos los que no creyéron á la verdad, ántes consintiéron á la iniquidad.
12 Mas nosotros debemos siempre dar gracias á Dios por vosotros, hermanos amados de Dios; porque Dios os escogió primicias para salud, en la santificacion del espíritu, y en la fé de la verdad:
13 En la qual os llamó tambien por nuestro Evangelio, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesu-Cristo.
14 Y así, hermanos, estad firmes; y conservad las tradiciones que aprendísteis, ó por palabra, ó por Carta nuestra.
15 Y el mismo Señor nuestro Jesu-Cristo, y Dios, y Padre nuestro, el qual nos ha amado, y nos ha dado la consolacion eterna, y la buena esperanza en gracia,
16 Consuele vuestros corazones, y los confirme en toda buena obra, y palabra.

CAPITULO III.

1 RESTA pues, hermanos, que oreis por nosotros, y la palabra de Dios se propague, y sea glorificada, como lo es entre vosotros:
2 Y que seamos librados de hombres importunos, y perversos; porque la fé no es de todos.
3 Mas fiel es Dios, que os confirmará, y guardará de mal.
4 Y confiamos en el Señor de vosotros, que haceis, y haréis lo que os mandamos.
5 Y el Señor enderece vuestros corazones en el amor de Dios, y en la paciencia de Cristo.
6 Mas os denunciamos, hermanos, en el nombre de nuestro Señor Jesu-Cristo, que os aparteis de todo hermano que anduviere fuera de órden, y no segun la tradicion, que recibiéron de nosotros.
7 Porque vosotros mismos sabeis como debeis imitarnos; por quanto no anduvimos desordenadamente entre vosotros:
8 Ni comimos de valde el pan de alguno; ántes con trabajo, y con fatiga, trabajando de noche, y de dia, por no ser de gravámen á ninguno de vosotros.
9 No porque no tuviésemos potestad, sino para ofreceros en

nosotros mismos un dechado que imitaseis.

10 Porque aun quando estábamos con vosotros os denunciábamos esto: Que si alguno no quiere trabajar, no coma.

11 Por quanto hemos oido que andan algunos entre vosotros inquietos que en nada entienden, sino en indagar lo que no les importa.

12 A estos pues que así se portan, les denunciamos, y rogamos en nuestro Señor Jesu-Cristo, que coman su pan, trabajando en silencio.

13 Y vosotros, hermanos, no os canseis de hacer bien.

14 Y si alguno no obedeciere á lo que ordenamos por nuestra Carta, notadle á este tal, y no tengais comunicacion con él, para que se avergüence:

15 Mas no lo mireis como á enemigo; ántes bien corregidle como á hermano.

16 Y el mismo Señor de la paz os dé la paz sin fin en todo lugar. El Señor sea con todos vosotros.

17 La salutacion de mi mano, Pablo; que es la señal en cada Carta. Así escribo.

18 La gracia de nuestro Señor Jesu-Cristo sea con todos vosotros. Amen.

EPISTOLA PRIMERA

DEL APOSTOL SAN PABLO

A TIMOTEO.

CAPITULO I.

1 PABLO Apóstol de Jesu-Cristo segun el mandamiento de Dios nuestro Salvador, y de Jesu-Cristo nuestra esperanza:

2 A Timotéo amado hijo en la fé. Gracia, misericordia, y paz de Dios Padre, y de nuestro Señor Jesu-Cristo.

3 Como te rogué que te quedases en Efeso, quando me partia para Macedonia, para que amonestases á algunos, que no enseñasen de otra manera,

4 Ni se ocupasen en fábulas y genealogías interminables; las quales ántes ocasionan qüestiones, que edificacion de Dios, que es en la fé,

5 Y el fin del mandamiento es la caridad de corazon puro, y de buena conciencia, y de fé no fingida.

6 De lo qual apartándose algunos, se han dado á discursos vanos,

7 Queriendo ser Doctores de la Ley, sin entender ni lo que dicen, ni lo que afirman.

8 Sabemos pues que la Ley es buena para aquel que usa de ella legítimamente:

9 Sabiendo esto que la Ley no fué puesta para el justo, sino para los injustos, y desobedientes, para los impios, y pecadores, para los iniqüos, y profanos, para los parricidas, y matricidas, para los homicidas,

10 Para los fornicarios, sodo-

mitas, robadores de hombres, para los mentirosos, y perjuros, y si hay alguna otra cosa que sea contraria á la sana doctrina,

11 Que es segun el Evangelio de la gloria de Dios bendito, el qual se me ha encargado á mí.

12 Gracias doy á aquel que me ha confortado, á Jesu-Cristo nuestro Señor, porque me tuvo por fiel, poniéndome en el Ministerio :

13 Habiendo sido ántes blasfemo, y perseguidor, é injuriador ; mas alcancé misericordia de Dios, porque lo hice por ignorancia en la incredulidad.

14 Mas la gracia de nuestro Señor abundó en grande manera con la fé y caridad, que es en Jesu-Cristo.

15 Fiel es esta palabra, y digna de toda aceptacion ; que Jesu-Cristo vino á este mundo para salvar á los pecadores, de los quales el primero soy yo.

16 Mas por esto hallé misericordia ; para que en mí el primero, mostrase Jesu-Cristo su extremada paciencia, para dechado de los que habian de creer en él para la vida eterna.

17 Pues al Rey de los siglos inmortal, invisible, á Dios solo sea honra, y gloria en los siglos de los siglos. Amen.

18 Este mandamiento te encargo, hijo Timotéo, segun las profecías, que de tí precediéron, que milites por ellas buena milicia,

19 Teniendo fé, y buena conciencia, la que desechando de sí algunos, naufragáron en la fé :

20 De este número son Himenéo, y Alexandro, que he entregado á Satanás, para que aprendan á no blasfemar.

CAPITULO II.

1 TE encargo pues ante todas cosas, que se hagan peticiones, oraciones, rogativas, hacimientos de gracias por todos los hombres :

2 Por los Reyes, y por todos los que están puestos en altura, para que tengamos una vida quieta, y tranquila en toda piedad y honestidad.

3 Porque esto es bueno, y acepto delante de Dios nuestro Salvador :

4 Que quiere, que todos los hombres sean salvos, y que vengan al conocimiento de la verdad.

5 Porque uno es Dios, y uno el Medianero entre Dios, y entre los hombres, Jesu-Cristo hombre :

6 Que se dió á sí mismo en redencion por todos, para ser testimonio en sus tiempos :

7 En lo que yo he sido puesto por Predicador y Apóstol ; verdad digo, no engaño, Doctor de las Gentes en fé y verdad.

8 Quiero pues, que los hombres oren en cada lugar, levantando las manos puras sin ira ni disension.

9 Asimismo oren las mugeres en trage honesto, ataviándose con modestia y sobriedad, y no con cabellos encrespados, ó con oro, ó perlas, ó vestidos costosos :

10 Sino como corresponde á mugeres, que demuestran piedad por buenas obras.

11 La muger aprenda en silencio con toda sujecion.

12 Pues yo no permito á la muger, que enseñe, ni que tenga señorío sobre el marido; sino que esté en silencio.

13 Porque Adam fué formado el primero; y despues Eva:

14 Y Adam no fué engañado; mas la muger fué engañada en prevaricacion.

15 Esto no obstante, se salvará por los hijos, que dará al mundo, si permaneciere en fé, y caridad, y en santidad, y modestia.

CAPITULO III.

1 FIEL palabra; Si alguno desea Obispado, buena obra desea.

2 Pues es necesario, que el Obispo sea irreprehensible, esposo de una sola muger, sóbrio, prudente, respetable, modesto, amador de la hospitalidad, propio para enseñar,

3 No dado al vino, no violento, sino moderado; no rencilloso, no codicioso, mas

4 Que sepa gobernar bien su casa; que tenga sus hijos en sujecion con toda honestidad.

5 Porque el que no sabe gobernar su casa; ¿como cuidará de la Iglesia de Dios?

6 No sea neófito; porque hinchado de soberbia, no cayga en la condenacion del diablo.

7 Tambien es menester que tenga buen testimonio de aquellos, que son de fuera; porque no cayga en desprecio, y en lazo del diablo.

8 Asimismo los Diáconos sean modestos, no dobles en palabras, no dados á mucho vino, ni sequaces de ganancias torpes:

9 Que conserven el misterio de la fé en conciencia pura.

10 Y estos sean ántes probados; y así exerciten el ministerio, si son hallados irreprehensibles.

11 Que las mugeres asimismo sean honestas, no maldicientes, sóbrias, fieles en todo.

12 Los Diáconos sean esposos de una sola muger; que gobiernen bien sus hijos, y sus casas.

13 Porque los que hubieren exercitado bien su ministerio, se ganarán un buen grado, y mucha confianza en la fé, que es en Jesu-Cristo.

14 Estas cosas te escribo, esperando que en breve pasaré á verte.

15 Y si tardare, para que sepas como debes portarte en la casa de Dios, que es la Iglesia del Dios vivo, columna y apoyo de la verdad.

16 Y es grande á todas luces el sacramento de la piedad, en que Dios se ha manifestado en carne, ha sido justificado en espíritu, ha sido visto de los Angeles, ha sido predicado á los Gentiles, ha sido creido en el mundo, ha sido recibido en gloria.

CAPITULO IV.

1 MAS el espíritu manifiestamente dice, que en los postrimeros tiempos apostatarán algunos de la fé, dando oidos á espíritus de error, y á doctrinas de demonios,

2 Que con hipocresía hablarán mentira, y que tendrán cauterizada su conciencia,

3 Que prohibirán casarse, y el uso de las viandas que Dios

crió, para que con hacimiento de
gracias participasen de ellas los
fieles, y los que conociéron la
verdad.
4 Porque toda criatura de
Dios es buena, y no es de desechar
nada de lo que se participa
con hacimiento de gracias :
5 Por quanto se santifica por
la palabra de Dios, y por la oracion.
6 Proponiendo esto á los hermanos,
serás buen Ministro de
Jesu-Cristo, criado con las palabras
de la fé, y de la buena
doctrina, que alcanzaste.
7 Y desecha las fábulas impertinentes
y de viejas ; y exercítate
en piedad.
8 Porque el exercicio corporal
para poco es provechoso ;
mas la piedad vale para todo ;
porque tiene promesa de la vida,
que ahora es, y de la que ha de
ser.
9 Fiel palabra es esta, y digna
de toda aceptacion.
10 Pues por esto trabajamos,
y somos denostados ; porque esperamos
en el Dios vivo, que es
Salvador de todos los hombres,
mayormente de los fieles.
11 Manda estas cosas, y enseñalas.
12 Ninguno tenga en poco tu
juventud ; pero has de ser dechado
de los fieles en palabra, en
buena vida, en caridad, en fé,
en pureza.
13 Hasta que yo vaya, ocúpate,
en leer, en exhortar, y en
enseñar.
14 No tengas en poco la gracia
que hay en tí, que te ha sido
dada por profecía con la imposicion
de las manos de los Presbíteros.
15 Medita estas cosas ; ocúpate
en ellas ; á fin que tu aprovechamiento
sea manifiesto á
todos.
16 Vela sobre tí mismo, y sobre
la doctrina, persevera en
estas cosas. Porque haciendo
esto, te salvarás á tí mismo, y á
los que te oyeren.

CAPITULO V.

1 NO increpes al anciano ;
mas amonéstale como
á padre ; á los jóvenes como á
hermanos ;
2 A las ancianas, como á madres ;
y á las jovencitas, como á
hermanas con toda castidad :
3 Honra á las viudas, que son
verdaderamente viudas.
4 Y si alguna viuda tuviere
hijos, ó nietos, aprenda primero
á gobernar su casa, y á corresponder
á sus padres ; porque
esto es accepto delante de Dios.
5 Mas la que verdaderamente
es viuda y desamparada, espere
en Dios, y esté perseverante
en rogar y orar noche y dia.
6 Porque la que vive en deleytes,
viviendo está muerta.
7 Manda pues esto, para que
ellas sean irreprehensibles.
8 Y si alguno no tiene cuidado
de los suyos, y mayormente
de los de su casa, negó la fé, y
es peor que un infiel.
9 La viuda sea elegida no
menor que de sesenta años, que
no haya tenido mas de un marido,
10 Aprobada con testimonio
de buenas obras, si ha educado
á sus hijos, si ha exercitado la
hospitalidad, si lavó los pies á
los Santos, si acudió al alivio de
los atribulados, si ha practicado
toda obra buena.

11 Mas no admitas viudas jóvenes. Porque despues de haber vivido licenciosamente contra Cristo, quieren casarse :

12 Teniendo su condenacion, porque hiciéron vana la primera fé.

13 Y estando además ociosas, se acostumbran á andar de casa en casa ; y no solo están en ocio ; sino que son parleras y curiosas, hablando lo que no es menester.

14 Quiero pues que las que son jóvenes se casen, crien hijos, gobiernen la casa, y que no den ocasion al adversario para que hable mal.

15 Porque algunas se pervirtiéron para ir en pos de Satanás.

16 Si alguno de los fieles tiene viudas, manténgalas, y no sea gravada la Iglesia ; á fin de que haya lo que baste para las que son verdaderamente viudas.

17 Los Presbíteros, que gobiernan bien, son dignos de doblada honra ; mayormente los que trabajan en predicar, y enseñar.

18 Porque dice la Escritura : No embozarás al buey que trilla. Y : El obrero es digno de su jornal.

19 No recibas acusacion contra el Presbítero, sino con dos ó tres testigos.

20 A los que pecaren repréhendelos delante de todos ; para que tambien los otros teman.

21 Te conjuro delante de Dios, y de Jesu-Cristo, y de sus Angeles escogidos, que guardes estas cosas sin preocupacion, no haciendo nada por inclinacion particular.

22 No impongas de ligero las manos sobre alguno, ni te hagas participante de los pecados agenos : Guárdate puro á tí mismo.

23 No bebas mas agua sola, sino usa de un poco de vino por causa de tu estómago, y de tus freqüentes enfermedades.

24 Los pecados de algunos hombres son manifiestos ántes de exâminarse en juicio ; mas los de otros se manifiestan despues.

25 Asimismo las buenas obras tambien son manifiestas ; y las que son de otra manera, no pueden estar escondidas.

CAPITULO VI.

1 TODOS los siervos que están baxo de yugo, estimen á sus señores por dignos de toda honra, para que el nombre del Señor y su doctrina no sea blasfemada.

2 Y los que tienen señores fieles, no los tengan en poco, porque son hermanos ; ántes sírvanles mejor, porque son fieles y amados, que participan del beneficio. Esto enseña, y amonesta.

3 Si alguno enseña de otra manera, y no abraza las sanas palabras de nuestro Señor Jesu-Cristo, y aquella doctrina que es conforme á piedad :

4 Soberbio es, nada sabe, mas ántes flaquea sobre qüestiones y contiendas de palabras ; de donde se originan envidias, rencillas, blasfemias, sospechas malas,

5 Altercaciones de hombres perversos de entendimiento, y que están privados de la verdad, creyendo que la piedad es una grangería.

6 Mas es grande ganancia la piedad con lo que basta.

7 Porque nada metimos en este mundo; y es cierto que tampoco podrémos sacar nada.

8 Teniendo pues con que sustentarnos, y con que cubrirnos, contentémonos con esto.

9 Porque los que quieren hacerse ricos, caen en tentacion, y en lazo del diablo, y en muchos deseos inútiles, y perniciosos, que anegan á los hombres en muerte, y en perdicion.

10 Porque raiz de todos los males es la avaricia; la qual codiciando algunos se descamináron de la fé, y se enredáron en muchos dolores.

11 Mas tú, ó hombre de Dios, huye de estas cosas; y sigue la justicia, la piedad, la fé, la caridad, la paciencia, la mansedumbre.

12 Pelea buena batalla de fé; echa mano de la vida eterna, á la que fuíste llamado, habiendo tambien hecho buena confesion ante muchos testigos.

13 Te mando delante de Dios, que vivifica todas las cosas, y delante de Jesu-Cristo, que baxo de Poncio Pilato, dió testimonio, una buena confesion:

14 Que guardes el mandamiento sin mácula, ni reprehension, hasta la venida de nuestro Señor Jesu-Cristo:

15 La qual mostrará á su tiempo el bienaventurado y solo poderoso, el Rey de los Reyes, y Señor de los Señores:

16 El que solo tiene inmortalidad, y habita una luz inaccesible; á quien ninguno de los hombres ha visto, ni puede ver; al qual sea honra, é imperio sin fin. Amen.

17 Manda á los ricos de este siglo, que no sean altivos, ni esperen en la incertidumbre de las riquezas; sino en el Dios vivo, que nos dá abundantemente todas las cosas para nuestro uso,

18 Que hagan bien, que se hagan ricos en buenas obras, que den, y que repartan francamente,

19 Que se hagan un tesoro, y un fundamento sólido para lo venidero, á fin de alcanzar la vida verdadera.

20 O Timotéo, guarda el depósito, evitando las novedades profanas de voces, y de contradicciones de ciencia de falso nombre,

21 La que prometiendo algunos, se descamináron de la fé. La gracia sea contigo. Amen.

EPISTOLA SEGUNDA
DEL APOSTOL SAN PABLO
A TIMOTEO.

CAPITULO I.

1 PABLO Apóstol de Je-
su-Cristo por volun-
tad de Dios, segun la promesa
de la vida, que es en Jesu-
Cristo :
2 A Timotéo muy amado hijo,
gracia, misericordia, paz de Dios
Padre, y de nuestro Señor Jesu-
Cristo.
3 Gracias doy á Dios, á quien
desde mis ascendientes sirvo con
conciencia pura, de que sin ce-
sar hago memoria de tí en mis
oraciones, noche y dia.
4 Deseando verte, acordán-
dome de tus lágrimas, para lle-
narme de gozo,
5 Trayendo á la memoria a-
quella fé, que hay en tí no fingi-
da ; la qual moró primero en tu
abuela Loide, y en tu madre
Eunice ; y estoy cierto, que
tambien en tí.
6 Por lo que te amonesto, que
avives la gracia de Dios que hay
en tí por la imposicion de mis
manos :
7 Porque Dios no nos dió es-
píritu de temor ; sino de forta-
leza, y de caridad, y de tem-
planza.
8 Por tanto no te avergüen-
ces del testimonio de nuestro
Señor, ni de mí que soy su pre-
so ; ántes trabaja conmigo en el
Evangelio segun la virtud de
Dios :
9 Que nos libró, y llamó con
su santa vocacion, no segun nues-
tras obras, sino segun su propó-
sito, y gracia, que nos ha sido
dada en Jesu-Cristo ántes de los
tiempos de los siglos.
10 Y que ahora ha sido ma-
nifestada por la aparicion de
nuestro Salvador Jesu-Cristo, el
qual destruyó en verdad la muer-
te, y sacó á luz la vida, y la
inmortalidad por el Evange-
lio :
11 En el que yo he sido pues-
to Predicador, y Apóstol, y
Maestro de las Gentes.
12 Por cuya causa tambien
padezco esto ; mas no me aver-
güenzo. Porque sé á quien he
creido, y estoy cierto de que es
poderoso para guardar mi depó-
sito para aquel dia.
13 Guarda la forma de las
sanas palabras que me has
oido, en la fé, y amor en Jesu-
Cristo.
14 Guarda el buen depósito
por el Espíritu Santo, que mora
en nosotros.
15 Sabes esto, que se han
apartado de mí todos los que es-
tán en el Asia ; de los quales es
Figelo, y Hermógenes.
16 El Señor haga merced á la
casa de Onesíforo ; porque mu-
chas veces me consoló, y no tuvo
vergüenza de mi cadena :
17 Antes quando vino á Ro-
ma, me buscó con diligencia, y
me halló.
18 Déle el Señor que halle
misericordia delante del Señor
en aquel dia. Y quanto servi-
cio me hizo en Efeso, mejor lo
sabes tú.

CAPITULO II.

1 PUES tú, hijo mio, fortifícate en la gracia, que es en Jesu-Cristo:
2 Y las cosas que has oido de mí delante de muchos testigos, encomiéndalas á hombres fieles, que sean capaces de instruir tambien á otros.
3 Trabaja como buen soldado de Jesu-Cristo.
4 Ninguno que milita para Dios, se embaraza en los negocios del siglo; á fin de agradar á aquel á quien se alistó.
5 Porque tambien el que lidia en los juegos públicos, no es coronado si no lidiáre segun ley.
6 Conviene que el labrador que trabaja recoja de los frutos el primero.
7 Entiende lo que digo; porque el Señor te dará inteligencia en todo.
8 Acuérdate, que el Señor Jesu-Cristo del linage de David, resucitó de los muertos, segun mi Evangelio,
9 En el que trabajo hasta estar en prisiones, como un malhechor; mas la palabra de Dios no está conmigo atada.
10 Por tanto lo sufro todo por los escogidos, para que ellos alcancen tambien la salud, que es en Jesu-Cristo, con la gloria del cielo.
11 Fiel palabra: Pues si somos muertos con él, tambien con él vivirémos:
12 Si sufriéremos, reynarémos tambien con él; si le negáremos, él tambien nos negará:
13 Si no creemos, él permanece fiel; no puede negarse á sí mismo.
14 Amonesta estas cosas; dando testimonio delante del Señor. Huye de contiendas de palabras, que para nada aprovechan, sino para trastornar á los que las oyen.
15 Cuida mucho de presentarte á Dios digno de aprobacion, operario, que no tiene de que avergonzarse, que maneja bien la palabra de verdad.
16 Mas evita las pláticas vanas y profanas; porque sirven mucho para la impiedad:
17 Y la plática de ellos cunde como cáncer; de los quales es Hymenéo y Fileto,
18 Que se han extraviado de la verdad, diciendo que la resurreccion era ya hecha, y pervirtiéron la fé de algunos.
19 Pero el fundamento de Dios está firme, el qual tiene este sello: El Señor conoce á los que son de él; y apártese de iniquidad todo aquel, que invoca el nombre del Señor.
20 Mas en una casa grande no solo hay vasos de oro y de plata, sino tambien de madera y de barro; y los unos á la verdad son para honor, mas los otros para usos viles.
21 Si alguno pues se purificare de estas cosas, será un vaso de honor santificado y útil para el servicio del Señor, aparejado para toda obra buena.
22 Huye de deseos juveniles; y sigue la justicia, la fé, la esperanza, la caridad, y la paz con aquellos que invocan al Señor de puro corazon.
23 Desecha qüestiones necias y que no sirven para instruccion; sabiendo que engendran contiendas.
24 Porque al siervo del Señor no le conviene altercar, sino ser

manso para con todos, propio
para instruir, sufrido,
25 Que corrija con modestia
á los que resisten á la verdad;
por si en algun dia les dá Dios
arrepentimiento para conocer la
verdad,
26 Y que salgan de los lazos
del diablo, en que están cautivos
á voluntad de él.

CAPITULO III.

1 MAS has de saber esto,
que en los últimos
dias vendrán tiempos peligrosos:
2 Porque habrá hombres amadores
de sí mismos, codiciosos,
altivos, soberbios, blasfemos, desobedientes
á sus padres, desagradecidos,
malvados,
3 Sin aficion, sin paz, calumniadores,
incontinentes, crueles,
sin benignidad,
4 Traidores, protervos, orgullosos,
y amadores de placeres
mas que de Dios;
5 Teniendo apariencia de
piedad; pero negando la virtud
de ella. Huye tambien de
estos tales:
6 Porque de estos son los que
se entran por las casas, y llevan
cautivas á las mugercillas cargadas
de pecados, las quales son
arrastradas de diversas pasiones:
7 Que siempre están aprendiendo,
y nunca llegan á la ciencia
de la verdad.
8 Y así como Janes y Mambres
resistiéron á Moisés; así
estos resisten á la verdad, hombres
corrompidos de corazon,
réprobos acerca de la fé,
9 Mas no irán adelante; porque
se hará manifiesta á todos su
necedad, como tambien se hizo
la de aquellos.
10 Mas tú ya has comprehendido
mi doctrina, institucion, intento,
fé, longanimidad, caridad,
paciencia,
11 Persecuciones, vejaciones;
quales me fuéron hechas en Antiochía,
Icónio, y en Listras;
cuyas persecuciones he sufrido,
y de todas me libró el Señor.
12 Y todos los que quieren
vivir piamente en Jesu-Cristo
padecerán persecucion.
13 Mas los hombres malos, é
impostores, irán en peor; errando,
y metiendo á otros en error.
14 Mas tú persevera en las
cosas que has aprendido, y te se
han encomendado; sabiendo de
quien las aprendiste.
15 Y que desde la niñez aprendiste
las sagradas letras, que te
pueden hacer sabio para la salud
por la fé, que es en Jesu-Cristo.
16 Toda escritura divinamente
inspirada es útil para enseñar,
para reprehender, para corregir,
y para instruir en la justicia:
17 Para que el hombre de
Dios sea perfecto, y esté prevenido
para toda obra buena.

CAPITULO IV.

1 PROTESTO delante de
Dios, y de Jesu-Cristo,
que ha de juzgar vivos y
muertos, en su venida, y en su
reyno:
2 Que prediques la palabra,
que instes á tiempo, y fuera de
tiempo; reprehende, ruega, amonesta
con toda paciencia y
doctrina.
3 Porque vendrá tiempo, en
que no sufrirán la sana doctrina,
ántes amontonarán Maestros
conforme á sus deseos, teniendo
comezon en las orejas:

4 Y apartarán los oidos de la verdad, y los aplicarán á las fábulas.

5 Mas tú vela, trabaja en todas las cosas, haz la obra de Evangelista, cumple tu Ministerio. Sé sóbrio.

6 Porque yo ya estoy á punto de ser sacrificado, y cerca está el tiempo de mi muerte.

7 Yo he peleado buena batalla, he acabado mi carrera, he guardado la fé.

8 Por lo demas me está reservada la corona de la justicia, que el Señor justo Juez me dará en aquel dia; y no solo á mí, sino tambien á aquellos que aman su venida. Procura venir presto á mí.

9 Porque Démas me ha desamparado, amando este siglo, y se ha ido á Tessalonica:

10 Crescente á Galacia, Tito á Dalmácia.

11 Lucas está solo conmigo. Toma á Márcos, y traele contigo; porque me es del caso para el Ministerio.

12 A Tichîco envié á Efeso.

13 Tráete contigo á la venida el capote, que dexé en Troas en casa de Carpo, y los libros, y mayormente los pergaminos.

14 Alexandro el Calderero muchos males me hizo; el Señor le pagará segun sus obras:

15 Y tú guardate tambien de él; porque hizo una fuerte resistencia á nuestras palabras.

16 Ninguno me asistió en mi primera defensa, mas todos me desampparáron; plegue á Dios que no les sea imputado.

17 Mas el Señor me asistió, y me confortó, para que fuese cumplida por mí la predicacion, y la oyesen todos los Gentiles; y fuí librado de la boca del Leon.

18 Me libró el Señor de toda obra mala; y me preservará para su reyno celestial; á él sea la gloria en los siglos de los siglos. Amen.

19 Saluda á Prisca y á Aquílas, y á la casa de Onesiforo.

20 Erasto se quedó en Corinto. Y á Trofimo lo dexé enfermo en Mileto.

21 Apresúrate á venir ántes del invierno. Te saludan Eubulo, y Pudente, Lino, y Claudia, y todos los hermanos.

22 El Señor Jesu-Cristo sea con tu espíritu. La gracia sea con vosotros. Amen.

EPISTOLA

DEL APOSTOL SAN PABLO

A TITO.

CAPITULO I.

1 PABLO siervo de Dios, y Apóstol de Jesu-Cristo segun la fé de los escogidos de Dios, y el conocimiento de la verdad, que es segun la piedad.

2 Para la esperanza de la vida eterna, que aquel Dios, que no puede engañar, prometió ántes de los tiempos de los siglos:

3 Y manifestó en sus tiempos su palabra por la predicacion, que me fué confiada segun el precepto de Dios Salvador nuestro:

4 A Tito hijo amado segun la fé, que nos es comun, sea gracia, y paz de Dios Padre, y de Jesu-Cristo Salvador nuestro.

5 Yo te dexé en Creta, para que arreglases lo que falta, y establecieses Presbíteros en las ciudades, como yo te lo habia ordenado.

6 El que fuere sin tacha, marido de una muger, que tenga hijos fieles, y que no puedan ser acusados de disolucion, ó que sean desobedientes.

7 Porque es necesario, que el Obispo sea sin crímen, como que es el Ecónomo de Dios; no soberbio, ni iracundo, no dado al vino, no violento, no codicioso de torpes ganancias:

8 Sino amigo de hospitalidad, benigno, sóbrio, justo, santo, continente,

9 Que abrace firme la palabra de fé, que es segun la doctrina; para que pueda exhortar segun sana doctrina, y convencer á los que contradicen.

10 Porque hay aun muchos desobedientes, habladores de vanidades, é impostores; mayormente los que son de la circuncision:

11 A quienes es menester convencer; que trastornan las casas enteras, enseñando lo que no conviene, por torpe ganancia.

12 Dixo uno de entre ellos, propio Profeta suyo: Que los de Creta siempre son mentirosos, malas bestias, vientres perezosos.

13 Este testimonio es verdadero. Por tanto reprehéndelos reciamente, para que sean sanos en la fé,

14 Y que no dén oidos á fábulas Judaicas, ni á mandamientos de hombres, que se apartan de la verdad.

15 Para los limpios todas las cosas son limpias; mas para los impuros é infieles nada hay limpio; ántes están contaminados sus ánimos, y su conciencia.

16 Dicen, que conocen á Dios, mas le niegan con los hechos; siendo abominables, y rebeldes, y reprobados para toda obra buena.

CAPITULO II.

1 MAS tú habla *lo* que conviene á la sana doctrina:

2 Los ancianos, que sean só-

brios, honestos, prudentes, sanos
en la fé, en la caridad, en la pa-
ciencia:
3 Las ancianas asimismo en
un porte santo, no calumniado-
ras, no dadas á mucho vino,
muestras de lo bueno:
4 Que enseñen prudençia á
las mugeres jóvenes, á que amen
á sus maridos, y quieran á sus
hijos,
5 Que sean prudentes, castas,
templadas, que tengan cuidado
de la casa, benignas, obedientes
á sus maridos, para que no sea
blasfemada la palabra de Dios:
6 Asimismo amonesta á los
jóvenes, que sean sóbrios.
7 Muéstrate á tí mismo en
todo por dechado de buenas
obras en la doctrina, en la pure-
za de las costumbres, en la gra-
vedad,
8 Palabra sana, irreprehensi-
ble; para que el que es contra-
rio, se confunda, y no tenga
que decir mal ninguno de noso-
tros.
9 Que los siervos sean obe-
dientes á sus señores, dándoles
gusto en todo, no respondones.
10 Que no les defrauden, mas
muéstrenles en todo buena leal-
tad; para que adornen en todo
la doctrina de Dios nuestro Sal-
vador.
11 Porque se manifestó á to-
dos los hombres la gracia de
Dios Salvador nuestro,
12 Enseñándonos, que renun-
ciando á la impiedad, y á los de-
seos mundanos, vivamos en este
siglo sobria, y justa, y piamente,
13 Aguardando la esperanza
bienaventurada, y el adveni-
miento glorioso del grande Dios,
y Salvador nuestro Jesu-Cristo:
14 Que se dió á sí mismo por
nosotros, para redimirnos de to-
do pecado, y purificarnos para sí
como pueblo agradable, segui-
dor de buenas obras.
15 Predica estas cosas, y ex-
horta, y reprehende con toda au-
toridad. Nadie te desprecie.

CAPITULO III.

1 AMONESTALES, que
estén sujetos á los
Príncipes, y á las Potestades;
que les obedezcan; que estén
prevenidos para toda obra buena:
2 Que no digan mal de nadie,
que no sean pendencieros, sino
modestos, mostrando toda man-
sedumbre para con todos los
hombres.
3 Porque nosotros en algun
tiempo eramos tambien necios,
incrédulos, descaminados, escla-
vos de varios afectos, y deleytes,
viviendo en malicia, y en envi-
dia, aborrecibles, y aborrecién-
donos los unos á los otros.
4 Mas quando apareció la
bondad del Salvador nuestro
Dios, y su amor para con los
hombres;
5 No por obras de justicia
que hubiésemos hecho nosotros,
mas segun su misericordia nos
hizo salvos por el bautismo de
regeneracion, y renovacion del
Espíritu Santo,
6 El qual difundió sobre no-
sotros abundantemente por Jesu-
Cristo nuestro Salvador;
7 Para que justificados por su
gracia, seamos herederos segun
la esperanza de la vida eterna.
8 Palabra fiel; y quiero que
esto afirmes; para que procuren
aventajarse en buenas obras los
que creen en Dios. Estas son co-
sas buenas, y útiles á los hombres.

9 Mas tú desecha las qüestiones necias, las genealogías, y debates, y disputas sobre la Ley; porque son inútiles, y vanas.
10 Huye del hombre Herege, despues de la primera, y segunda correccion:
11 Sabiendo, que el que es tal, está pervertido, y peca, siendo condenado por su propio juicio.
12 Quando te enviaré á Artemas, ó á Tichîco, apresúrate á venir á mí á Nicópolis; porque he determinado pasar allí el invierno.
13 Envia delante á Zenas Doctor de la Ley, y á Apolo, procurando que nada les falte.
14 Y aprendan tambien los nuestros á ser los primeros en buenas obras para las cosas que son menester, para que no sean sin fruto.
15 Te saludan todos los que están conmigo; saluda á los que nos aman en la fé. La gracia de Dios sea con todos vosotros. Amen.

EPISTOLA

DEL APOSTOL SAN PABLO

A FILEMON.

1 PABLO prisionero de Jesu-Cristo, y Timotéo el hermano: á Filemon amado, y coadjutor nuestro,
2 Y á Appia nuestra muy amada hermana, y á Archîppo camarada nuestro, y á la Iglesia que está en tu casa.
3 Gracia sea á vosotros, y paz de Dios nuestro Padre, y del Señor Jesu-Cristo.
4 Gracias doy á mi Dios, haciendo siempre memoria de tí en mis oraciones,
5 Oyendo tu caridad, y la fé que tienes en el Señor Jesus, y para con todos los Santos:
6 Para que la comunicacion de tu fé sea clara por el conocimiento de toda obra buena, que hay en vosotros por Jesu-Cristo.
7 Pues he tenido grande gozo, y consuelo en tu caridad; por quanto las entrañas de los Santos han sido recreadas por tí, hermano mio.
8 Por lo qual aunque tenga yo mucha libertad en Jesu-Cristo para mandarte lo que te conviene:
9 Mas ántes te ruego por caridad, porque tú eres tal, como Pablo, viejo, y aun ahora prisionero de Jesu-Cristo:
10 Te ruego por mi hijo Onesimo, el que yo he engendrado en las prisiones,
11 El que en algun tiempo te fué inútil, mas ahora es útil para tí, y para mí,
12 El que te he vuelto á enviar. Y tú recíbele como á mis entrañas:
13 Yo le habia querido detener conmigo, para que me sirviese por tí en las prisiones del Evangelio:

14 Mas sin tu consentimiento
no he querido hacer nada, para
que tu beneficio no fuese como
por necesidad, sino voluntario.
15 Y él quizá no se apartó de
tí por algun tiempo, sino para
que le recobrases para siempre:
16 No ya como siervo, mas en
vez de siervo como hermano muy
amado, mayormente de mí ;
¿ pues quanto mas de tí, en la
carne, y en el Señor ?
17 Por tanto si me tienes por
compañero, recíbele como á mí :
18 Y si algun daño te hizo, ó
te debe algo, apúntalo á mi
cuenta.
19 Yo Pablo lo escribí de mi
puño: yo lo pagaré, por no decirte, que aun á tí mismo te me
debes:
20 Sí hermano: Me gozaré
yo de tí en el Señor; recrea mis
entrañas en el Señor.
21 Yo fiado en tu obediencia
te he enviado mi Carta, sabiendo que harás aun mas de quanto
digo.
22 Mas tambien con esto prevenme posada; porque espero
por vuestras oraciones, que seré
concedido á vosotros.
23 Te saluda Epafras, que está preso conmigo por Jesu-Cristo,
24 Marcos, Aristarco, Demas, y Lucas, que me ayudan.
25 La gracia de nuestro Señor Jesu-Cristo sea con vuestro
espíritu. Amen.

EPISTOLA

DEL APOSTOL SAN PABLO

A LOS HEBREOS.

CAPITULO I.

1 HABIENDO hablado
Dios muchas veces,
y en muchas maneras á los padres en otro tiempo por los Profetas, últimamente
2 En estos dias nos ha hablado por el Hijo, al qual constituyó heredero de todo, por quien
hizo tambien los siglos:
3 El qual siendo el resplandor
de la gloria, y la figura de su
substancia, y sustentándolo todo
con la palabra de su virtud, habiendo hecho la purificacion de
los pecados, está sentado á la
diestra de la Magestad en las
alturas:
4 Hecho tanto mas excelente
que los Angeles, quanto heredó
mas excelente nombre que ellos.
5 ¿ Porque á quien de los Angeles dixo jamas: Tú eres mi
Hijo, yo hoy te he engendrado?
Y otra vez: ¿ Yo le seré á él
Padre, y él me sera á mi Hijo?
6 Y otra vez quando introduce al Primogénito en la redondez de la tierra, dice: Y adórenle todos los Angeles de Dios.
7 Asimismo sobre los Angeles
dice: El que hace á sus Angeles espíritus, y á sus Ministros
llama de fuego.
8 Mas al Hijo: Tu trono
Dios en el siglo del siglo; vara
de equidad, la vara de tu reyno.

9 Tú has amado la justicia, y
has aborrecido la maldad; por
eso te ungió Dios, el Dios tuyo,
con óleo de alegría sobre tus
compañeros.
10 Y: Tú, Señor, en el prin-
cipio fundaste la tierra; y obras
de tus manos son los cielos:
11 Ellos perecerán, mas tú
permanecerás, y todos se enve-
jecerán como vestidura:
12 Y los mudarás como un
manto, y serán mudados; mas
tú el mismo eres, y tus años no
menguarán.
13 ¿Pues á qual de los An-
geles dixo alguna vez: Siéntate
á mi derecha, hasta que ponga
tus enemigos por estrado de tus
pies?
14 ¿Por ventura no son todos
espíritus administradores, envia-
dos para ministerio en favor de
aquellos, que han de recibir la
heredad de salud?

CAPITULO II.

1 POR tanto nos es nece-
sario guardar mas cum-
plidamente las cosas que hemos
oido, á fin que no nos olvidemos.
2 Porque si la Ley que fué di-
cha por los Angeles fué firme,
y toda prevaricacion, y desobe-
diencia recibió la justa paga que
merecia,
3 ¿Como la evitaremos noso-
tros, si despreciamos tan grande
salud? la qual habiendo comen-
zado á ser anunciada por el Se-
ñor, fué despues confirmada en-
tre nosotros por aquellos que la
oyéron,
4 Confirmándola al mismo
tiempo Dios con señales, y con
maravillas, y con virtudes diver-
sas, y con dones del Espíritu
Santo, que repartió segun su vo-
luntad.
5 Porque no sometió Dios á
los Angeles el mundo venidero,
del que hablamos.
6 Y uno en cierto lugar dió
testimonio, diciendo: ¿Que co-
sa es el hombre, que así te acuer-
das de él, ó el hijo del hombre,
que así le visitas?
7 Tú le has hecho un poco
menor que los Angeles; le has
coronado de gloria y de honra,
y le has constituido sobre las
obras de tus manos.
8 Todas las cosas pusiste ba-
xo de sus pies. En esto mismo
de haber sometido á él todas las
cosas, ninguna dexó que no fue-
se sometida á él. Mas ahora
aun no vemos todas las cosas so
metidas á él.
9 Mas á aquel Jesus, que por
un poco fué hecho menor que
los Angeles, le vemos por la pa-
sion de la muerte coronado de
gloria y de honra, para que por
la gracia de Dios gustase la
muerte por todos.
10 Porque convenia, que a-
quel por quien son todas las co-
sas, y para quien son todas las
cosas, habiendo de llevar mu-
chos hijos á la gloria, consumase
por la pasion al autor de la salud
de ellos.
11 Porque el que santifica, y
los que son santificados, todos
son de uno. Y por esta causa
no tuvo rubor de llamarlos her-
manos, diciendo:
12 Anunciaré tu nombre á
mis hermanos; te alabaré en
medio de la Iglesia.
13 Y otra vez: Yo confiaré
en él. Y en otro lugar: Heme
aquí yo, y mis hijos, que Dios
me dió.

14 Y por quanto los hijos tuviéron carne, y sangre comun, él tambien participó de las mismas cosas; para destruir por su muerte al que tenia el imperio de la muerte, es á saber, al diablo;

15 Y para librar á aquellos, que por el temor de la muerte estaban en servidumbre toda la vida.

16 Porque él en ningun lugar tomó á los Angeles, mas tomó á la simiente de Abraham.

17 Por lo qual fué necesario que en todo semejase á los hermanos, para que fuese delante de Dios un Pontífice pio y fiel, para expiar los pecados del pueblo.

18 Porque en quanto padeció, y fué tentado, es poderoso para ayudar tambien á aquellos que son tentados.

CAPITULO III.

1 POR lo qual, hermanos santos, que sois participantes de la vocacion celestial, considerad al Apóstol y Pontífice de nuestra confesion, Jesus:

2 El qual es fiel al que le constituyó, así como Moisés lo era en toda su casa.

3 Porque este es tenido por digno de mucha mayor gloria que Moisés, quanto el que edificó la casa tiene mayor honra que la misma casa.

4 Porque toda casa es edificada de alguno; mas el que ha criado todas las cosas, es Dios.

5 Y Moisés á la verdad fué fiel en toda la casa de Dios como un siervo, para testificar aquellas cosas que se habian de denunciar:

6 Mas Cristo como Hijo en su casa propia; la qual casa somos nosotros, con tal que tengamos firme la confianza, y la gloria de la esperanza hasta el fin.

7 Por lo qual, como dice el Espíritu Santo: Si oyéreis hoy su voz,

8 No querais endurecer vuestros corazones, como en la irritacion, en el dia de la tentacion en el desierto,

9 En donde me tentáron vuestros padres; hiciéron prueba, y viéron mis obras

10 Por espacio de quarenta años. Por esto me indigné con esta generacion, y dixe: Estos siempre yerran de corazon. Y ellos no conociéron mis caminos;

11 Y así les juré en mi ira: No entrarán en mi reposo.

12 Guardaos, hermanos, que no haya en alguno de vosotros corazon malo de incredulidad, apartándoos del Dios vivo:

13 Antes amonestaos vosotros mismos los unos á los otros cada dia, entretanto que se nombre Hoy, para que no sea endurecido alguno de vosotros por engaño del pecado.

14 Por quanto somos hechos participantes de Cristo, con tal que conservemos firme hasta el fin el principio de la substancia de él.

15 Miéntras que se dice: Si su voz oyéreis hoy, no querais endurecer vuestros corazones, así como en aquella irritacion.

16 Porque algunos habiéndole oido, le provocáron á saña, aunque no todos los que habian salido de Egipto por Moisés.

17 ¿Y con quiénes estuvo indignado quarenta años? ¿Por ventura no fué con aquellos que

pecáron, cuyos cadáveres quedáron tendidos en el desierto?

18 ¿Y á quiénes juró que no entrarian en su reposo, sino á aquellos que no le creyéron?

19 Y vemos, que no pudiéron entrar por causa de su incredulidad.

CAPITULO IV.

1 TEMAMOS, pues que alguno de vosotros desechada la promesa de entrar en su reposo, no parezca quedar frustrado:

2 Porque se nos ha anunciado á nosotros tambien como á ellos. Mas no les aprovechó la palabra que oyéron, por no ir acompañada de la fé en las cosas que oyéron.

3 Porque entraremos en el reposo los que creimos; de la manera que dixo: *Así como juré en mi ira: No entrarán en mi reposo*: y en verdad acabadas las obras desde la creacion del mundo.

4 Porque en cierto lugar dixo así del dia séptimo: Y reposó Dios en el dia séptimo de todas sus obras.

5 Y otra vez aquí: No entrarán en mi reposo.

6 Pues porque aun resta que algunos entren en él, y que aquellos á quien primero fué anunciado, no entráron por su incredulidad,

7 Determina de nuevo un cierto dia, diciendo por David, tanto tiempo despues, Hoy, como queda dicho arriba: Si oyéreis Hoy la voz de él, no querais endurecer vuestros corazones.

8 Porque si Jesus les hubiera dado el reposo, jamas en adelante hubieran hablado de otro dia.

9 Por lo qual queda el sabatismo para el Pueblo de Dios.

10 Porque el que ha entrado en su reposo, él tambien ha reposado de sus obras, así como Dios de las suyas.

11 Apresurémonos pues á entrar en aquel reposo; para que ninguno cayga en igual exemplo de incredulidad.

12 Porque la palabra de Dios es viva, y eficaz, y mas penetrante que toda espada de dos filos; y que alcanza hasta la division del alma y del espíritu, y aun de las coyunturas y de los tuétanos, y que discierne los pensamientos é intenciones del corazon.

13 Y no hay ninguna criatura que esté encubierta en su acatamiento; y todas las cosas están desnudas y descubiertas á los ojos de aquel de quien hablamos.

14 Teniendo pues aquel grande Pontífice, que penetró los cielos, Jesus el Hijo de Dios, conservemos nuestra confesion

15 Porque no tenemos un Pontífice que no pueda compadecerse de nuestras enfermedades; mas tentado en todas cosas á semejanza nuestra, excepto el pecado.

16 Pues lleguemos confiadamente al trono de la gracia, á fin de alcanzar misericordia, y de hallar gracia para ser socorridos á tiempo conveniente

CAPITULO V.

1 PORQUE todo Pontífice tomado de entre los hombres es puesto á favor de

los hombres en aquellas cosas que tocan á Dios, para que ofrezca dones y sacrificios por los pecados:

2 El qual se pueda condoler de aquellos que ignoran y yerran, por quanto él tambien está cercado de enfermedad:

3 Y por esta causa debe, como por el pueblo, así tambien por sí mismo ofrecer por los pecados.

4 Y ninguno usurpa para sí esta honra, sino el que es llamado de Dios, como Aaron.

5 Así tambien Cristo no se glorificó á sí mismo para hacerse Pontífice; sino aquel que le dixo: Tú eres mi Hijo, yo hoy te he engendrado.

6 Como tambien dice en otro lugar: Tú eres Sacerdote eternamente, segun el órden de Melchisedech.

7 En qual en los dias de su mortalidad, ofreciendo con grande clamor, y con lágrimas, preces y ruegos á aquel que le podia salvar de muerte, fué oido por su reverencia:

8 Y á la verdad siendo Hijo de Dios, aprendió la obediencia por las cosas que padeció;

9 Y consumado, fué hecho autor de salud eterna para todos los que le obedecen,

10 Llamado por Dios Pontífice segun el órden de Melchisedech.

11 Del qual tenemos muchas cosas que decir, y dificiles de declarar; porque sois flacos para oir.

12 Pues debiendo ser ya maestros por el tiempo, teneis aun necesidad de que os enseñen quales son los elementos del principio de las palabras de Dios; y os habeis vuelto tales, que habeis menester leche, y no manjar sólido.

13 Porque qualquiera que usa de leche, es incapaz de la palabra de justicia; porque es niño.

14 Mas el manjar sólido es de los perfectos; de aquellos, que por la costumbre tienen los sentidos exercitados, para discernir el bien y el mal.

CAPITULO VI.

1 POR lo qual dexando ya los rudimentos de los que empiezan á creer en Cristo, pasemos á cosas mas perfectas, no echando de nuevo el fundamento de penitencia de las obras muertas, y de la fé en Dios:

2 De la doctrina de los Bautismos, y de la imposicion de las manos, y de la resurreccion de los muertos, y del juicio eterno.

3 Y esto harémos, si Dios lo permitiere.

4 Porque los que una vez fuéron iluminados, y gustáron el don del Cielo, y fuéron hechos participantes del Espíritu Santo,

5 Gustáron igualmente la buena palabra de Dios, y las virtudes del siglo venidero,

6 Si despues de esto han caido, es imposible sean otra vez renovados á penitencia, pues crucifican de nuevo al Hijo de Dios en sí mismos, y lo exponen al escarnio.

7 Porque la tierra que embebe la lluvia, que cae muchas veces sobre ella, y produce yerba provechosa á aquellos, que la labran, recibe bendicion de Dios;

8 Mas si ella produce espinas y abrojos, es reprobada, y está

cerca de maldicion, cuyo fin es ser quemada.
9 Pero de vosotros, ó muy amados, esperamos mejores cosas, y mas cercanas á salud, aunque hablamos así.
10 Porque no es Dios injusto, de modo que se olvide de vuestra obra, y de la caridad que mostrásteis en su nombre, los que habeis suministrado á los Santos, y suministrais.
11 Mas deseamos, que cada uno de vosotros muestre el mismo zelo hasta el fin para el cumplimiento de su esperanza:
12 Para que no os hagais floxos, sino imitadores de aquellos, que por fé y por paciencia heredarán las promesas.
13 Porque quando hizo Dios á Abraham la promesa, como no tuvo otro mayor por quien jurase, juró por sí mismo,
14 Diciendo: Ciertamente bendecir te bendeciré, y multiplicar te multiplicaré.
15 Y así esperando con larga paciencia, alcanzó la promesa.
16 Porque los hombres juran por el que es mayor que ellos; y el juramento es la mayor seguridad, para terminar sus contiendas.
17 Por lo qual queriendo Dios mostrar mas cumplidamente á los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento:
18 Para que por dos cosas infalibles, en las quales es imposible, que Dios falte, tengamos un poderosísimo consuelo los que nos refugiamos á alcanzar la esperanza propuesta:
19 La qual tenemos como una áncora firme, y segura del alma, y que penetra hasta las cosas, que están del velo adentro:
20 En donde entró por nosotros Jesus nuestro precursor, constituido Pontífice eternamente segun el órden de Melchîsedéch.

CAPITULO VII.

1 PORQUE este Melchîsedéch, Rey de Salém, Sacerdote del Dios altísimo, que salió á recibir á Abraham, quando volvió de la derrota de los Reyes, y le bendixo:
2 A quien Abraham dió tambien el diezmo de todas las cosas; primeramente quiere decir Rey de justicia; y luego tambien Rey de Salém, que es, Rey de paz,
3 Sin padre, sin madre, sin genealogía, que ni tiene principio de dias, ni fin de vida; mas hecho semejante al Hijo de Dios, permanece Sacerdote para siempre.
4 Considerad pues quan grande sea éste, á quien aun el Patriarca Abraham dió diezmos de las mejores cosas.
5 Y ciertamente los que de entre los hijos de Leví reciben el Sacerdocio, tienen mandamiento de tomar los diezmos del pueblo segun la Ley, esto es, de sus hermanos; aunque ellos tambien saliéron de los lomos de Abraham.
6 Mas aquel, cuyo linage no es contado entre ellos, tomó diezmos de Abraham, y bendixo al que tenia las promesas.
7 Y sin ninguna contradiccion, lo que es ménos, recibe bendicion de lo que es mas.
8 Y aquí ciertamente toman

diezmos hombres que mueren;
mas allí aquel de quien se da
testimonio, que vive.
9 Y, por decirlo así, Leví
mismo, que recibió los diezmos,
fué dezmado en Abraham:
10 Porque aun estaba él en
los lomos de su padre quando
Melchîsedéch salió á encontrar
á Abraham.
11 Y si la perfeccion fuese
por el Sacerdocio Levítico, por
quanto el pueblo baxo de éste
recibió la Ley, ¿que necesidad
habia de que se levantase des-
pues otro Sacerdote llamado se-
gun el órden de Melchîsedéch,
y no segun el órden de Aaron?
12 Pues mudado el Sacerdo-
cio, es necesario que se haga
tambien mutacion de la Ley.
13 Porque aquel de quien es-
to se dice, de otra tribu es, de la
qual ninguno asistió al altar.
14 Porque manifiesta cosa es
que del linage de Judá nació
nuestro Señor; en la qual tribu
nada habló Moisés tocante á los
Sacerdotes.
15 Y aun esto se manifiesta
mas claro; si á semejanza de
Melchîsedéch se levanta otro Sa-
cerdote,
16 El qual no fué hecho se-
gun la Ley del mandamiento
carnal, sino segun la virtud de
vida inmortal.
17 Porque dice así: Tú eres
Sacerdote eternamente, segun el
órden de Melchîsedéch.
18 El mandamiento primero
es á la verdad abrogado por su
flaqueza, é inutilidad:
19 Porque la Ley ninguna
cosa llevó á perfeccion; sino
que fué introductora de mejor
esperanza, por la qual nos acer-
camos á Dios.
20 Y quanto no es sin jura-
mento (porque los otros Sacer-
dotes á la verdad fuéron hechos
sin juramento;
21 Mas éste con juramento
por aquel que le dixo á él: Juró
el Señor, y no se arrepentirá;
tú eres Sacerdote eternamente:)
22 Por tanto Jesus fué hecho
fiador de testamento mucho mas
perfecto.
23 Y á la verdad los otros
fuéron hechos muchos Sacerdo-
tes, por quanto la muerte no
permitia que durasen:
24 Mas éste, porque perma-
nece para siempre, posee un Sa-
cerdocio eterno.
25 Y por esto puede salvar
perpetuamente á los que por él
se acercan á Dios, viviendo siem-
pre para interceder por noso-
tros.
26 Porque tal Pontífice con-
venia que tuviésemos nosotros,
santo, inocente, inmaculado, se-
gregado de los pecadores, y en-
salzado sobre los cielos:
27 Que no tiene necesidad,
como los otros Sacerdotes, de
ofrecer cada dia sacrificios, pri-
meramente por sus pecados, des-
pues por los del pueblo; porque
esto lo hizo una vez, ofrecién-
dose á sí mismo.
28 Porque la Ley constituyó
Sacerdotes á hombres, que tie-
nen enfermedad; mas la pala-
bra del juramento, que es des-
pues de la Ley, constituye al
Hijo perfecto eternamente.

CAPITULO VIII.

1 LA suma pues de todo lo
que habemos dicho es
esta: Tenemos un tal Pontí-
fice, que está sentado en los

Cielos á la diestra del trono de
la grandeza,
2 Ministro de las cosas santas,
y del verdadero tabernáculo,
que fixó el Señor, y no el
hombre.
3 Porque todo Pontífice está
constituido para ofrecer dones,
y sacrificios; por lo qual es necesario
que éste tenga tambien
algo que ofrecer:
4 Pues si él estuviese sobre
la tierra, ni aun seria Sacerdote;
porque habria quienes ofreciesen
los dones segun la
Ley,
5 Los quales sirven de modelo
y sombra de las cosas celestiales;
como le fué respondido
á Moysés, quando estaba para
acabar el tabernáculo: Mira,
dice, que hagas todas las cosas
segun el modelo, que te fué mostrado
en el monte.
6 Mas ahora él ha alcanzado
tanto mejor ministerio, quanto
es mediador de mejor testamento,
el qual está establecido en
mejores promesas.
7 Porque si aquel primero hubiera
sido sin defecto, cierto no
se buscaria lugar para el segundo.
8 Y así dice reprehendiéndolos:
He aquí vendrán dias, dice
el Señor, en que consumaré sobre
la casa de Israél, y sobre la
casa de Judá, un testamento
nuevo.
9 No como el testamento que
hice con los padres de ellos, en
el dia que los tomé por la mano
para sacarlos de la tierra de
Egipto; por quanto ellos no perseveráron
en mi testamento, yo
tambien los he menospreciado,
dice el Señor:
10 Porque este es el testamento,
que ordenaré á la casa
de Israél despues de aquellos
dias, dice el Señor: Dando mis
leyes en la mente de ellos, las
escribiré tambien sobre su corazon;
y seré á ellos por *Dios*, y
ellos serán á mí por pueblo;
11 Y no enseñará cada uno á
su próximo, ni cada uno á su
hermano, diciendo: Conoce al
Señor; porque todos me conocerán
desde el menor hasta el
mayor de ellos:
12 Porque yo les perdonaré
sus iniquidades, y no me acordaré
mas de sus pecados.
13 Pues llamándolo nuevo,
dió por antiquado el primero: Y
lo que se da por antiquado y viejo,
cerca está de perecer.

CAPITULO IX.

1 EL primero en verdad
tuvo reglamentos sagrados
del culto, y un Santuario
temporal.
2 Porque el tabernáculo fué
construido el primero, en que
estaban los candeleros, y la mesa,
y la proposicion de los panes,
lo que se llama el Santuario.
3 Y despues del segundo velo,
el tabernáculo que se llama el
Santísimo:
4 En donde estaba un incensario
de oro, y el arca del testamento,
cubierta al rededor de
oro por todas partes, en la que
habia un vaso de oro, que contenia
el maná; y la vara de Aaron
que habia reverdecido, y las tablas
del testamento,
5 Y sobre ella estaban los
Querubines de gloria, que cubrian
el propiciatorio; de las
quales cosas no es este lugar de
hablar en particular.

6 Y dispuestas así estas cosas, entraban siempre en el primer tabernáculo los Sacerdotes, para cumplir las funciones de sus ministerios;

7 Mas en el segundo solo el Pontífice una vez en el año, no sin sangre, que ofrece por su ignorancia y por la del pueblo:

8 Significando con esto el Espíritu Santo, que el camino del santuario no estaba aun descubierto, miéntras que estaba en pie el primer tabernáculo.

9 Lo qual es figura de lo que pasaba en aquel tiempo; en el que se ofrecian dones y sacrificios, que no podian purificar la conciencia del que sacrificaba por medio solamente de viandas y de bebidas,

10 Y de diversos lavamientos y justicias de la carne, puestas hasta el tiempo de la correccion.

11 Mas estando Cristo ya presente, Pontífice de los bienes venideros, por otro mas excelente y perfecto tabernáculo, no hecho por mano, es á saber, no de esta creacion,

12 Ni por sangre de machos de cabrío, ni de becerros, mas por su propia sangre entró una sola vez en el Santuario, habiendo hallado una redencion eterna.

13 Porque si la sangre de los machos de cabrío y de los toros, y la ceniza esparcida de la ternera santifica á los inmundos para purificacion de la carne,

14 Quanto mas la sangre de Cristo, el qual por Espíritu Santo se ofreció á sí mismo sin mancilla á Dios, limpiará nuestra conciencia de obras de muerte, para servir al Dios vivo?

15 Y por esto es mediador de un nuevo Testamento; para que interviniendo la muerte para expiacion de aquellas prevaricaciones que habia debaxo del primer Testamento, reciban la promesa de la herencia eterna los que han sido llamados.

16 Porque donde hay testamento, necesario es que intervenga la muerte del testador.

17 Porque el testamento no tiene fuerza, sino por la muerte: de otra manera no vale miéntras que vive el que hizo el testamento.

18 Y por eso, ni aun el primero fué celebrado sin sangre.

19 Porque Moisés habiendo leido á todo el pueblo todo el mandamiento de la Ley, tomando sangre de becerros, y de machos de cabrío con agua, y con lana bermeja, y con hysopo, roció al mismo libro, y tambien á todo el pueblo,

20 Diciendo: Esta es la sangre del testamento, que Dios os ha mandado.

21 Y roció asimismo con sangre el tabernáculo, y todos los vasos del ministerio:

22 Y casi todas las cosas segun la Ley se purifican con sangre; y sin efusion de sangre no hay remision.

23 Y así es necesario que las figuras de las cosas celestiales sean purificadas con tales cosas; mas las mismas cosas celestiales con víctimas mejores que estas.

24 Porque no entró Jesus en un Santuario hecho de mano, que era figura del verdadero; sino en el mismo Cielo, para presentarse ahora delante de Dios por nosotros.

25 Y no para ofrecerse muchas veces á sí mismo, como el

Pontífice cada año entra en el
Santuario con sangre agena:
26 De otra manera le hubiera
sido necesario padecer muchas
veces desde el principio del
mundo; mas ahora apareció una
sola vez en la consumacion de
los siglos, para destruccion del
pecado, por el sacrificio de sí
mismo.
27 Y así como está establecido
á los hombres, que mueren
una sola vez, y despues el juicio,
28 Así Cristo fué una sola
vez inmolado para agotar los pecados
de muchos; y la segunda
aparecerá sin pecado á los que
le esperan para salud.

CAPITULO X.

1 PORQUE la Ley teniendo
la sombra de los
bienes venideros, no la misma
imágen de las cosas, nunca podia
por aquellas mismas víctimas
que se ofrecen sin cesar cada
año, hacer perfectos á los que
se llegan:
2 De otra manera hubieran
cesado de ofrecerse; porque no
se tendrian por pecadores de allí
adelante, los que una vez habian
sido purificados:
3 Mas en los mismos sacrificios
se hace memoria de los pecados
cada año.
4 Porque es imposible que
con sangre de toros, y de machos
de cabrío se quiten los pecados.
5 Por lo qual entrando en el
mundo, dice: Sacrificio, y ofrenda
no quisiste; mas me apropiaste
cuerpo:
6 Holocaustos por el pecado
no te agradáron.
7 Entónces dixe: Heme aquí
que vengo: en el principio del
libro está escrito de mí: Para
hacer, ó Dios, tu voluntad.
8 Diciendo arriba: Sacrificios,
y ofrendas, y holocaustos
por pecado no quisiste, ni te son
agradables las cosas, que se ofrecen
segun la Ley,
9 Entónces dixe: Heme aquí
que vengo, para hacer, ó
Dios, tu voluntad: quita lo primero,
para establecer lo segundo.
10 En la qual voluntad somos
santificados por la ofrenda del
cuerpo de Jesu-Cristo hecha una
vez.
11 Y así todo Sacerdote se
presenta cada dia á exercer su
ministerio, y á ofrecer muchas
veces unos mismos sacrificios,
que nunca pueden quitar los pecados:
12 Mas éste, habiendo ofrecido
un solo sacrificio por los pecados,
está sentado para siempre
á la diestra de Dios,
13 Esperando lo que resta,
hasta que sus enemigos sean
puestos por estrado de sus pies
14 Porque con una sola ofrenda
hizo perfectos para siempre á
los que ha santificado.
15 Y el Espíritu Santo tam
bien nos lo atestigua. Porque
despues de haber dicho:
16 Este es el testamento que
yo haré con ellos despues de aquellos
dias, dice el Señor: Dando
mis Leyes, las escribiré sobre
los corazones de ellos, y sobre
sus entendimientos,
17 Y nunca jamas me acordaré
de los pecados de ellos ni
de las maldiciones de ellos:
18 Pues en donde hay remision
de estos, no es ya menester
ofrenda por el pecado.

19 Por tanto, hermanos, teniendo confianza de entrar en el Santuario por la sangre de Cristo,

20 Por un camino nuevo, y de vida que nos consagró el primero por el velo, esto es, por su carne,

21 Y que tenemos un grande Sacerdote sobre la casa de Dios,

22 Lleguémonos á él con verdadero corazon, con fé cumplida, purificados los corazones de conciencia mala, y lavados los cuerpos con agua limpia,

23 Conservemos firme la profesion de nuestra esperanza, porque fiel es el que hizo la promesa;

24 Y considerémonos los unos á los otros, para estimularnos á caridad, y á buenas obras:

25 No abandonando nuestra congregacion, como es costumbre de algunos, mas alentándonos; y tanto mas, quanto viéreis que se acerca el dia.

26 Porque si pecamos nosotros voluntariamente despues que conocimos la verdad, no resta ya mas sacrificio por los pecados,

27 Sino una esperanza terrible del juicio, y el ardor de un fuego zeloso, que ha de devorar á los adversarios.

28 Si alguno quebranta la Ley de Moisés, siéndole probado con dos, ó con tres testigos, muere sin misericordia alguna:

29 ¿Pues de quanto mayores tormentos creeis que es digno el que holláre al Hijo de Dios, y tuviere por vil, y profanáre la sangre del testamento en que fué santificado, y que hiciere ultraje al espíritu de gracia?

30 Porque conocemos al que dixo: Á mí la venganza, y yo recompensaré. Y otra vez: Juzgará el Señor á su pueblo.

31 Espantosa cosa es caer en las manos del Dios vivo.

32 Traed pues á la memoria los dias primeros, en que despues de haber sido iluminados, sufrísteis grande combate de trabajos;

33 Por una parte con oprobrios, y tribulaciones fuísteis hechos un espectáculo; y por otra fuísteis hechos compañeros de los que se hallaban en el mismo estado.

34 Porque os compadecísteis de los encarcelados, y llevásteis con gozo, que ós robasen vuestras haciendas, conociendo que teneis patrimonio mas excelente, y durable.

35 Pues no querais perder vuestra confianza, que tiene un crecido galardon.

36 Porque os es necesaria la paciencia; para que haciendo la voluntad de Dios, alcanceis la promesa.

37 Porque aun un poquito de tiempo, el que ha de venir, vendrá, y no tardará.

38 Mas mi justo vive por fé. Pero si se apartare, no agradará á mi alma.

39 Mas nosotros no somos hijos de apartamiento para perdicion; sino de fé para ganancia del alma.

CAPITULO XI.

1 ES pues la fé la substancia de las cosas que se esperan, argumento de las cosas que no aparecen.

2 Porque por esta alcanzáron testimonio los antiguos.

3 Por fé entendémos que fuéron formados los siglos por la palabra de Dios; para que lo visible fuese hecho de lo invisible.

4 Por fé ofreció Abél á Dios mayor sacrificio que Caín, por la que alcanzó testimonio de que era justo, dando Dios testimonio á sus dones; y él estando muerto aun habla por ella.

5 Por fé fué trasladado Henóch, para que no viese la muerte, y no fué hallado, por quanto Dios le habia trasladado; porque ántes de la translacion, tuvo testimonio de haber agradado á Dios.

6 Y así sin fé es imposible agradar á Dios. Pues es necesario que el que se llega á Dios crea que hay Dios, y que es remunerador de los que le buscan.

7 Por fé Noé, despues que recibió respuesta de cosas que todavía no eran vistas, temiendo fué aparejando una arca para salvamento de su casa, por la qual condenó al mundo; y fué hecho heredero de la justicia, que es por la fé.

8 Por fé aquel que es llamado Abraham obedeció para salir á la tierra, que habia de recibir por herencia; y salió, no sabiendo á donde iba.

9 Por fé moró en la tierra de la promesa, como en tierra agena, habitando en cabañas con Isaac, y Jacob herederos con él de la misma promesa.

10 Porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y fundador es Dios.

11 Por fé tambien la misma Sara que era estéril recibió virtud para concebir aun fuera del tiempo de la edad; porque creyó que era fiel el que lo habia prometido.

12 Por lo qual de uno solo, y que estaba amortiguado, salió muchedumbre sin cuento, así como las estrellas del Cielo, y como la arena, que está á la orilla de la mar.

13 En fé muriéron todos estos, sin haber recibido las promesas, mas mirándolas de léjos, y saludándolas, y confesando que ellos eran peregrinos, y huéspedes sobre la tierra.

14 Porque los que esto dicen, declaran que buscan la patria.

15 Y si tuvieran memoria de aquella de donde saliéron, á la verdad tenian tiempo para volverse.

16 Mas ahora aspiran á otra mejor, esto es, á la celestial. Y por eso Dios no se desdeña de llamarse Dios de ellos; porque les aparejó ciudad.

17 Abraham por fé ofreció á Isaac, quando fué probado; y ofreció á su hijo unigénito, el que habia recibido las promesas;

18 A quien se habia dicho: En Isaac te será llamada simiente;

19 Considerando que Dios le podia resucitar aun de los muertos; por lo qual lo recibió tambien en esta representacion.

20 Por fé bendixo tambien Isaac á Jacob, y á Esaú acerca de las cosas que habian de venir.

21 Por fé Jacob, estando para morir, bendixo á cada uno de los hijos de Josef; y adoró la altura de su vara.

22 Por fé, quando Josef estaba para morir, hizo mencion de la partida de los hijos de Is-

raél, y dió disposicion sobre sus huesos.

23 Moisés, quando nació, por fé le tuviéron escondido sus padres tres meses, porque le viéron niño hermoso, y no temiéron el mandamiento del Rey.

24 Moisés, quando fué grande, por fé negó ser hijo de la hija de Faraon,

25 Y mas quiso ser afligido con el pueblo de Dios, que gozar las delicias temporales del pecado,

26 Teniendo por mayores riquezas el oprobrio de Cristo, que los tesoros de los Egipcios; porque miraba la recompensa.

27 Por fé dexó á Egipto, no temiendo la saña del Rey; porque estuvo firme, como si viera al invisible.

28 Por fé celebró la Pascua, y el derramamiento de la sangre; para que no los tocase, el que mataba á los primogénitos.

29 Por fé pasáron el mar bermejo así como por tierra seca; y probándose á lo mismo los Egipcios, quedáron anegados.

30 Por fé cayéron los muros de Jerico, con rodearlos siete dias.

31 Por fé Rahab, que era una ramera, no pereció con los incrédulos, recibiendo á los espías con paz.

32 ¿Y que diré á mas de esto? Porque me faltará el tiempo contando de Gedeon, de Barac, de Samson, de Jefté, de David, de Samuél, y de los Profetas:

33 Los quales por fé conquistáron reynos, obráron justicia, alcanzáron las promesas, cerráron las bocas de los leones,

34 Apagáron la violencia del fuego, evitáron el filo de la espada, convaleciéron de enfermedades, fuéron fuertes en guerra, pusiéron en huida exércitos extrangeros:

35 Las mugeres recobráron sus muertos por resurreccion: Los unos fuéron estirados, no queriendo rescatar su vida, por alcanzar mejor resurreccion:

36 Otros sufriéron escarnios, y azotes, y cadenas, y cárceles:

37 Fuéron apedreados, aserrados, probados, muriéron muerte de espada, anduviéron de acá para allá, cubiertos de pieles de ovejas, y de cabras, desamparados, angustiados, afligidos:

38 De los quales el mundo no era digno; andando descaminados por los desiertos, en los montes, y en las cuevas, y en las cabernas de la tierra.

39 Y todos estos probados por el testimonio de la fe, no recibiéron la promesa.

40 Habiendo dispuesto Dios alguna cosa mejor á favor nuestro, para que ellos no fuesen perfeccionados sin nosotros.

CAPITULO XII.

1 Y por eso teniendo tambien puesta sobre nosotros una tan grande nube de testigos, dexando todo el peso del pecado que nos cerca, corramos con paciencia á la batalla, que nos está propuesta:

2 Poniendo los ojos en el autor y consumador de la fe, Jesus, el qual habiéndole sido propuesto gozo, sufrió Cruz, menospreciando la deshonra, y está sentado á la diestra del trono de Dios.

3 Considerad pues atentamen-

te á aquel, que sufrió tal contra-
diccion de los pecadores contra
su persona; para que no os fa-
tigueis, desfalleciendo en vues-
tros ánimos.
4 Pues aun no habeis resisti-
do hasta la sangre, combatiendo
contra el pecado:
5 Y estais olvidados de aque-
lla consolacion, que habla con
vosotros como con hijos, dicien-
do: Hijo mio, no desprecies la
correccion del Señor, ni des-
mayes quando te reprehende:
6 Porque el Señor castiga al
que ama, y azota á todo el que
recibe por hijo.
7 Perseverad firmes en cor-
reccion. Dios se ofrece á voso-
tros como á hijos: ¿Porque qual
es el hijo, á quien no corrige su
padre?
8 Mas si estais fuera de cor-
reccion, de la qual todos han si-
do hechos participantes, luego
sois bastardos, y no hijos.
9 Fuera de esto si tuvimos á
nuestros padres carnales, que
nos corrigiesen, y los mirábamos
con respeto, ¿como no obede-
cerémos mucho mas al Padre de
los espíritus, y vivirémos?
10 Y aquellos en verdad en
tiempo de pocos dias nos corre-
gian segun su voluntad; mas
este en aquello, que nos es pro-
vechoso, para recibir su santi-
ficacion.
11 Toda correccion al pre-
sente en verdad no parece ser de
gozo, sino de tristeza; mas des-
pues dará un fruto muy apacible
de justicia á los que por ella
han sido exercitados.
12 Por lo qual alzad las ma-
nos caidas, y las rodillas des-
coyuntadas,
13 Y dad pasos derechos con
vuestros pies; para que el que
claudica no se desvie, ántes sea
sanado.
14 Seguid la paz con todos y
la santidad, sin la qual ninguno
verá á Dios:
15 Atendiendo á que ninguno
falte á la gracia de Dios; por-
que brotando alguna raiz de a-
margura no os impida, y por ella
sean muchos contaminados.
16 No haya ningun fornicario,
ó profano, como Esaú; el qual
por una vianda vendió su primo-
genitura.
17 Pues sabed, que deseando
él despues heredar la bendicion,
fué desechado; porque no halló
lugar de arrepentimiento, aun-
que lo solicitó con lágrimas.
18 Porque no os habeis aun
llegado al monte palpable, y al
fuego encendido, y al torbelli-
no, y á la obscuridad, y tempes-
tad,
19 Y al sonido de la trompe-
ta, y á la voz de las palabras,
que los que la oyéron, suplicáron
que no se les hablase mas.
20 Pues no podian sufrir lo
que se intimaba: Que si una
bestia tocare al monte, será ape-
dreada.
21 Y era tan espantoso lo que
se veia, que Moisés dixo: Es-
pantado estoy y temblando.
22 Mas os habeis llegado al
monte Sion, y á la Ciudad del
Dios vivo, Jerusalém la del Cie-
lo, y á la compañia de muchos
millares de Angeles,
23 Y á la Iglesia de los pri-
mogénitos, que están alistados
en los Cielos, y á Dios el Juez
de todos, y á los espíritus de los
justos consumados,
24 Y á Jesus medianero del
nuevo Testamento, y á la asper-

sion de la sangre, que habla me-
jor que la de Abél.
25 Mirad que no deseecheis al
que habla. Porque si no esca-
páron aquellos que desecháron
al que les hablaba sobre la tier-
ra, mucho ménos nosotros, si
desechamos al que nos habla de
los Cielos:
26 Cuya voz movió entónces
la tierra; mas ahora nos intima,
diciendo: Aun una vez, y yo
moveré no tan solo la tierra, mas
tambien el Cielo.
27 En esto que dice: Aun
una vez, demuestra la mudan-
za de las cosas movibles, como
cosas hechas, para que perma-
nezcan aquellas que son inmo-
bles.
28 Y así recibiendo un reyno
inmovible, tenemos gracia, por
la que agradando á Dios, le sir-
vamos con temor y reverencia.
29 Porque nuestro Dios es
fuego consumidor.

CAPITULO XIII.

1 LA caridad fraternal per-
manezca entre voso-
tros.
2 Y no olvideis la hospitali-
dad; porque por esta algunos
sin saberlo hospedáron Angeles.
3 Acordaos de los presos, co-
mo si lo estuviérais junto con
ellos; y de los afligidos, como
que vosotros morais tambien en
cuerpo.
4 Sea honesto en todos el ma-
trimonio, y el lecho sin manci-
lla. Porque Dios juzgará á los
fornicarios y á los adúlteros.
5 Sean las costumbres sin
avaricia, contentándose con las
cosas presentes; porque él dixo:
No te dexaré, ni desampararé.
6 De manera que digamos con
confianza: El Señor es quien
me ayuda; no temeré cosa que
me pueda hacer hombre.
7 Acordaos de vuestros Pre-
lados, que os han hablado la pa-
labra de Dios; cuya fé habeis
de imitar, considerando qual
haya sido el fin de su conversa-
cion.
8 Jesu-Cristo ayer y hoy; él
mismo tambien en los siglos.
9 No os dexeis sacar de ca-
mino por doctrinas varias y pe-
regrinas. Porque es muy bue-
no fortificar el corazon con la
gracia, no con viandas, que no
aprovecháron á los que anduvié-
ron en ellas.
10 Tenemos un altar, del qual
no tienen facultad de comer los
que sirven al tabernáculo.
11 Porque los cuerpos de a-
quellos animales, cuya sangre
mete el Pontífice en el Santua-
rio por el pecado, son quemados
fuera de los reales.
12 Por lo qual tambien Jesus,
para santificar al pueblo por
su sangre, padeció fuera de la
puerta.
13 Salgamos pues á él fuera
de los reales, llevando sus im-
properios.
14 Porque no tenemos aquí
ciudad permanente, mas busca-
mos la que está por venir.
15 Pues ofrezcamos por él á
Dios sin cesar sacrificio de ala-
banza, que es el fruto de los la-
bios que confiesan su nombre.
16 Y no olvideis hacer bien y
comunicar con otros vuestros
bienes; porque de tales ofren-
das se agrada Dios.
17 Obedeced á vuestros su-
periores, y estadles sumisos.
Porque ellos velan, como que

han de dar cuenta de vuestras
almas, para que hagan esto con
gozo, y no gimiendo ; pues esto
no es provechoso para vosotros.
18 Orad por nosotros ; porque
tenemos confianza que en nin-
guna cosa nos acusa la con-
ciencia deseando portarnos bien
en todo.
19 Y tanto mas os ruego que
hagais esto, para que yo os sea
mas presto restituido.
20 Y el Dios de la paz, que
por la sangre del testamento
eterno resucitó de los muertos
al grande Pastor de las ovejas,
nuestro Señor Jesu-Cristo,
21 Os haga idóneos en todo
bien, para que hagais su volun
tad ; haciendo él en vosotros lo
que sea agradable á sus ojos por
Jesu-Cristo ; al qual es gloria
por siglos de siglos. Amen.
22 Mas ruegoos, hermanos,
que sufrais esta palabra de ex-
hortacion. Porque os he escrito
brevemente.
23 Sabed que nuestro herma-
no Timotéo está en libertad ;
con quien, si viniere presto, iré
á veros.
24 Salud á todos vuestros Pre-
lados, y á todos los Santos. Os
saludan los hermanos de Italia.
25 La gracia sea con todos
vosotros. Amen.

EPISTOLA CATOLICA

DEL APOSTOL SANTIAGO.

CAPITULO I.

1 SANTIAGO, siervo de
Dios, y de nuestro Se-
ñor Jesu-Cristo, á las doce tri-
bus que están en dispersion, sa-
lud.
2 Hermanos mios, tened por
sumo gozo, quando fuéreis en-
vueltos en diversas tribulacio-
nes :
3 Sabiendo que la prueba de
vuestra fé obra paciencia.
4 Mas la paciencia contiene
obra perfecta, para que seais
perfectos y cabales, sin faltar en
cosa alguna.
5 Y si alguno de vosotros tie-
ne falta de sabiduría, demánde-
la á Dios, que la dá á todos co-
piosamente, y no zahiere ; y le
será concedida.
6 Pero pídala con fé, sin du-
dar en nada ; porque el que du-
da, es semejante á la ola de la
mar, quando la mueve el viento,
y la trae acá y allá.
7 Y así no piense aquel hom-
bre que recibirá cosa alguna del
Señor.
8 El varon de ánimo doble es
inconstante en todos sus cami-
nos.
9 El hermano que es humilde,
préciese en su exâltacion :
10 Y el rico en su humildad,
porque él pasará como flor de
yerba :
11 Porque salió el Sol con ar-
dor, y secó la yerba, y cayó la
flor de ella, y pereció su vistosa
hermosura : así tambien el rico
se marchitará en sus caminos.
12 Bienaventurado el varon,
que sufre tentacion ; porque des
pues que fuere probado, recibi-

rá la corona de vida, que Dios ha prometido á los que le aman.

13 Nadie diga, quando fuere tentado, que es tentado de Dios; porque Dios no intenta los males; y él no tienta á ninguno.

14 Mas cada uno es tentado, arrastrado, y alhagado de su concupiscencia.

15 Y la concupiscencia despues que ha concebido, pare pecado; y el pecado, quando es consumado, engendra muerte.

16 Pues no querais errar, hermanos mios muy amados,

17 Toda dádiva excelente, y todo don perfecto es de lo alto, que desciende del Padre de las lumbres, en el qual no hay mudanza ni sombra de variacion.

18 Porque de su voluntad nos ha engendrado por palabra de verdad, para que seamos como primicias de sus criaturas.

19 Vosotros lo sabeis, hermanos mios muy amados. Por esto todo hombre sea pronto para oir; pero tardo para hablar, y tardo para ayrarse.

20 Porque la ira del varon no obra la justicia de Dios.

21 Por tanto desechando toda inmundicia, y abundancia de malicia, recibid con mansedumbre la palabra, que ha sido ingerida en vosotros, y que puede salvar vuestras almas.

22 Sed pues hacedores de la palabra, y no oidores tan solamente, engañándoos á vosotros mismos.

23 Porque si alguno es oidor de la palabra, y no hacedor; este será comparado á un hombre, que contempla en un espejo su rostro nativo:

24 Porque se consideró á sí mismo, y se fué; y luego se olvidó qual haya sido.

25 Mas el que contemplare en la Ley perfecta, que es la de la libertad, y perseverare en ella, siendo no oidor olvidadizo, sino hacedor de obra, este será bienaventurado en su hecho.

26 Si alguno pues se tiene por religioso, y no refrena su lengua, sino que engaña su corazon, la religion de este es vana.

27 La religion pura y sin mancilla delante de Dios y Padre, es esta: Visitar los huérfanos, y las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin ser inficionado de este siglo.

CAPITULO II.

1 HERMANOS mios, no querais poner la fé de la gloria de nuestro Señor Jesu-Cristo en acepcion de personas.

2 Porque si entrare en vuestro congreso algun varon, que tenga anillo de oro con vestidura preciosa, y entrare tambien un pobre con vestido humilde,

3 Y atendiendo al que viene vestido magníficamente, le dixéreis: Tú siéntate aquí en este buen lugar; y dixéreis al pobre: Estate tú allá en pie; ó siéntate aquí debaxo del estrado de mis pies:

4 ¿No es cierto, que haceis distincion dentro de vosotros mismos, y que sois jueces de pensamientos iniqüos?

5 Oid, hermanos mios muy amados, ¿por ventura no ha elegido Dios á los pobres de este mundo, para ser ricos en fé, y herederos del reyno, que prometió Dios á los que le aman?

6 Pero de mayor gracia. Por esto dice: Dios resiste á los soberbios, y á los humildes da gracia.

7 Someteos pues á Dios; y resistid al diablo, y huirá de vosotros.

8 Acercaos á Dios, y él se acercará á vosotros. Pecadores, limpiad las manos; y los que sois de ánimo doble, purificad los corazones.

9 Afligíos, y lamentad, y llorad; vuestra risa se convierta en llanto, y vuestro gozo en tristeza.

10 Humillaos en la presencia del Señor, y él os ensalzará.

11 No digais mal los unos de los otros, hermanos. El que dice mal de su hermano, ó que juzga á su hermano, dice mal de la Ley, y juzga la Ley. Y si juzgas la Ley, no eres hacedor de la Ley, sino Juez.

12 Uno es el dador, y el Juez de la Ley, que puede salvar, y perder.

13 ¿Mas tú quien eres, que juzgas á tu próximo? Ea, ahora vosotros los que decís: Hoy ó mañana iremos á aquella ciudad, y pasaremos allí un año, y mercaremos, y ganaremos:

14 Y no sabeis lo que será en el dia de mañana.

15 ¿Porque que cosa es vuestra vida? es un vapor, que aparece por un poco, y luego desaparecerá; en lugar de decir: Si el Señor quisiere. Y: Si viviéremos, harémos esto ó aquello.

16 Mas ahora os jactais en vuestras soberbias. Toda jactancia semejante, es maligna.

17 Aquel pues, que sabe hacer lo bueno, y no lo hace, tiene pecado.

CAPITULO V.

1 EA pues ricos, llorad ahullando por las miserias que vendrán sobre vosotros.

2 Vuestras riquezas se han podrido, y vuestras ropas han sido comidas de la polilla.

3 Vuestro oro, y vuestra plata se han enmohecido; y el orin de ellos os será en testimonio, y comerá vuestras carnes como fuego. Os habeis atesorado ira para los dias postreros.

4 Mirad que el jornal que defraudasteis á los trabajadores, que segáron vuestros campos, clama; y el clamor de ellos suena en las orejas del Señor de los Exércitos.

5 Habeis vivido en delicias sobre la tierra, y en disoluciones habeis cebado vuestros corazones para el dia del sacrificio.

6 Condenásteis, y matásteis al justo, y no hizo resistencia contra vosotros.

7 Tened pues paciencia, hermanos, hasta la venida del Señor. Mirad como el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia hasta recibir la lluvia temprana, y tardia.

8 Esperad pues tambien vosotros con paciencia, y fortificad vuestros corazones; porque se ha acercado la venida del Señor.

9 No os resintais, hermanos, uno contra otro, para que no seais juzgados. Mirad que el Juez está delante de la puerta.

10 Tomad, hermanos, por exemplo del fin que tiene la afliccion, el trabajo, y la paciencia, á los Profetas, que habláron en el nombre del Señor.

11 Ved que tenemos por bie-

naventurados á los que sufriéron. Oísteis el sufrimiento de Job, y vísteis el fin del Señor; porque el Señor es misericordioso, y piadoso.
12 Mas ante todas cosas, hermanos, no jureis, ni por el cielo, ni por la tierra, ni otro juramento alguno. Mas vuestra palabra sea: Sí, sí: No, no; porque no caygais baxo de juicio.
13 ¿Hay alguno triste entre vosotros? haga oracion: ¿Está alegre? cante salmos.
14 ¿Enferma alguno entre vosotros? llame á los Presbíteros de la Iglesia, y oren sobre él, ungiéndole con óleo en el nombre del Señor:
15 Y la oracion de la fé salvará al enfermo, y le aliviará el Señor; y si estuviere en pecados, le serán perdonados.
16 Confesad pues vuestros pecados uno á otro, y orad los unos por los otros, para que seais salvos; porque vale mucho la oracion perseverante del justo.
17 Elías era hombre semejante á nosotros, sujeto á padecer; hizo oracion, que no lloviese sobre la tierra, y por tres años y seis meses no llovió.
18 Y oró de nuevo; y el Cielo dió lluvia, y la tierra dió su fruto.
19 Hermanos mios, si alguno de vosotros se desviáre de la verdad, y alguno le convirtiere:
20 Debe saber, que el que hiciere á un pecador convertirse del error de su camino, salvará su alma de la muerte, y cubrirá la muchedumbre de los pecados.

EPISTOLA PRIMERA

DEL APOSTOL SAN PEDRO.

CAPITULO I.

1 PEDRO Apóstol de Jesu-Cristo, á los extrangeros que están dispersos por el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, elegidos,
2 Segun la presciencia de Dios Padre, en santificacion del Espíritu, para obedecer, y ser rociados con la sangre de Jesu-Cristo: Gracia y paz os sea multiplicada.
3 Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesu-Cristo, que segun su grande misericordia nos ha reengendrado para esperanza de vida, por la Resurreccion de Jesu-Cristo de entre los muertos,
4 Para una herencia incorruptible, y que no puede contaminarse, ni marchitarse, reservada en los Cielos para vosotros,
5 Que sois guardados en la virtud de Dios por fé para la salud, que está aparejada para ser mostrada en el tiempo postrero.
6 En lo que os gozaréis, aunque al presente conviene que seais afligidos un poco de tiempo con varias tentaciones:
7 Para que la prueba de vuestra fé mucho mas preciosa que el oro, el qual es acrisolado con fuego, sea hallada en loor, y en

gloria, y en honra, quando Jesu-Cristo fuere manifestado:

8 A quien amais, aunque no le habeis visto; en quien aun ahora creeis sin verle; y creyendo en él os gozaréis con gozo inefable y lleno de gloria;

9 Alcanzando el fin de vuestra fé, que es la salud de las almas.

10 De la qual salud los Profetas, que vaticináron de la gracia que habia de venir á vosotros, inquiriéron é indagáron:

11 Escudriñando quando y en que punto de tiempo significaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, anunciando los sufrimientos que habian de ser en Cristo, y las glorias que los seguirian:

12 A los quales fué revelado, que no para sí mismos, sino para vosotros administraban las cosas, que ahora os son anunciadas por aquellos que os han predicado el Evangelio, habiendo sido enviado del Cielo el Espíritu Santo, en quien desean mirar los Angeles.

13 Por tanto ceñidos los lomos de vuestra mente, viviendo con templanza, esperad enteramente en aquella gracia que os es ofrecida, para la manifestacion de Jesu-Cristo:

14 Así como hijos obedientes, no conformándoos con los deseos que ántes teniais en vuestra ignorancia:

15 Mas segun es Santo aquel que os llamó; sed vosotros tambien Santos en todas las acciones:

16 Porque escrito está: Santos seréis, porque yo soy Santo.

17 Y si invocais como padre á aquel que sin acepcion de personas juzga segun la obra de cada uno, vivid en temor el tiempo de vuestra peregrinacion.

18 Sabiendo que habeis sido rescatados de vuestra vana conversacion, que recibísteis de vuestros padres, no por oro, ni por plata, que son cosas perecederas;

19 Sino por la preciosa sangre de Cristo, como de un cordero inmaculado, y sin mancilla:

20 Predestinado en verdad ya ántes del establecimiento del mundo, pero manifestado en los últimos tiempos por amor de vosotros,

21 Que por él sois fieles en Dios, el qual le resucitó de los muertos, y le ha dado gloria, para que vuestra fé y vuestra esperanza fuese en Dios:

22 Haciendo puras vuestras almas en la obediencia de caridad, en amor de hermandad, con sencillo corazon amaos intensamente unos á otros:

23 Puesto que habeis renacido, no de simiente corruptible, sino de incorruptible por la palabra del Dios vivo, y que permanece eternamente:

24 Porque toda carne es como la yerba, y toda su gloria como la flor de la yerba; se secó la yerba, y cayó su flor.

25 Mas la palabra del Señor permanece para siempre. Y esta es la palabra que os ha sido evangelizada.

CAPITULO II.

1 DEXANDO pues toda malicia, y todo engaño, y fingimiento, y envidias, y toda suerte de detracciones,

2 Como niños recien nacidos codiciad la leche racional, y sin dolo; para que con ella crezcais en salud:
3 Si es caso que habeis gustado quan dulce es el Señor.
4 Al qual allegándoos, que es la piedra viva, desechada en verdad por los hombres, mas escogida de Dios, y honrada:
5 Y sobre ella vosotros mismos como piedras vivas sed edificados casa espiritual, Sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, que sean acceptos á Dios por Jesu-Cristo:
6 Por lo qual se halla en la Escritura: He aquí yo pongo en Sion la principal piedra del ángulo, escogida, preciosa, y el que creyere en ella, no será confundido.
7 Ella es pues honra á vosotros que creeis; mas á los incrédulos, la piedra, que desechâron los que edifican, esta fué hecha la cabeza del ángulo;
8 Y piedra de tropiezo, y piedra de escándalo, para los que tropiezan en la palabra, y no creen en quien fuéron puestos.
9 Mas vosotros sois el linage escogido, el Sacerdocio real, gente santa, pueblo de adquisicion; para que publiqueis las grandezas de aquel, que de las tinieblas os llamó á su maravillosa luz:
10 Que en algun tiempo érais no pueblo, mas ahora sois pueblo de Dios; que no habíais alcanzado misericordia, mas ahora habeis alcanzado misericordia.
11 Ruegoos, muy amados mios, como á extrangeros, y peregrinos, que os abstengais de los deseos carnales que combaten contra el alma,
12 Teniendo buena conversacion entre los Gentiles; para que así como ahora murmuran de vosotros como de malhechores, considerándoos por vuestras buenas obras, glorifiquen á Dios en el dia de la visitacion.
13 Someteos pues á toda humana criatura, y esto por Dios; ya sea al Rey, como soberano que es:
14 Ya á los Gobernadores, como enviados por él para tomar venganza de los malhechores, y ya para alabanza de los buenos:
15 Porque así es la voluntad de Dios, que haciendo bien hagais enmudecer la ignorancia de los hombres imprudentes:
16 Como libres, y no teniendo la libertad como velo para cubrir la malicia, mas como siervos de Dios.
17 Honrad á todos; amad la hermandad; temed á Dios; dad honra al Rey.
18 Siervos, sed obedientes á los señores con todo temor, no tan solamente á los buenos, y moderados, sino aun á los de recia condicion.
19 Porque esta es gracia, si alguno por respeto á Dios sufre molestias, padeciendo injustamente.
20 ¿Porque que gloria es, si pecando sois abofeteados, y lo sufris? Mas si haciendo bien, sufris con paciencia; esta es gracia delante de Dios.
21 Pues para esto fuísteis llamados; puesto que Cristo padeció tambien por nosotros, dexándoos exemplo para que sigais sus pisadas.
22 Que no hizo pecado, ni fué hallado engaño en su boca:
23 El que quando le malde-

cian, no maldecia; padeciendo, no amenazaba; mas se entregaba á aquel que le juzgaba injustamente:

24 El mismo que llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que muertos á los pecados, vivamos á la justicia; por cuyas llagas habeis sido sanados.

25 Porque érais como ovejas descarriadas; mas ahora os habeis convertido al Pastor y Obispo de vuestras almas.

CAPITULO III.

1 ASIMISMO las mugeres sean obedientes á sus maridos; para que si algunos no creen á la palabra, por trato de sus mugeres sean ganados sin la palabra.

2 Considerando vuestra santa vida, que es en temor.

3 *No sea el adorno de estas exterior, ó cabellera rizada, ó* atavíos de oro, ó gala de vestidos:

4 Sino el hombre interior del corazon, en incorruptibilidad de un espíritu pacífico y modesto, que es rico delante de Dios.

5 Porque así tambien antiguamente se ataviaban las santas mugeres, que esperaban en Dios, estando sujetas á sus propios maridos.

6 Como Sara obedecia á Abraham, llamándole señor; de la qual sois hijas haciendo bien, y no temiendo ninguna perturbacion.

7 Y los maridos asimismo habitando con ellas segun ciencia, tratándolas con honor, como á vaso mugeril mas flaco, y como á herederas con vosotros de la gracia de la vida; para que no hallen estorbo vuestras oraciones.

8 Y finalmente sed todos de un mismo corazon, compasivos, amadores de la hermandad, misericordiosos, modestos, humildes:

9 No volviendo mal por mal, ni maldicion por maldicion, sino por el contrario bendiciendo; pues para esto fuisteis llamados, para que poseais bendicion por herencia.

10 Porque el que quiere amar la vida, y ver los dias buenos, refrene su lengua de mal, y sus labios no hablen engaño.

11 Apártese del mal, y haga bien; busque paz, y vaya en pos de ella:

12 Porque los ojos del Señor sobre los justos, y sus orejas á los ruegos de ellos; mas el rostro del Señor está sobre los que hacen mal.

13 *¿Y quien es el que os* podrá dañar, *si* abrazais el bien?

14 Y tambien si alguna cosa padeceis por la justicia, sois bienaventurados. Por tanto no temais por el temor de ellos, y no seais turbados.

15 Mas santificad en vuestros corazones al Señor Cristo, aparejados siempre para responder á todo el que os demandare razon de aquella esperanza que hay en vosotros.

16 Mas con modestia y con temor, teniendo una buena conciencia; para que en lo que dicen mal de vosotros, sean confundidos los que desacreditan vuestra santa conversacion en Cristo.

17 Porque mejor es [illegible]

bien, si es voluntad de Dios, padecer, que haciendo mal.

18 Porque tambien Cristo una vez murió por nuestros pecados, el justo por los injustos, para ofrecernos á Dios, siendo á la verdad muerto en la carne, mas vivificado por el espíritu.

19 En el que tambien fué á predicar á aquellos espíritus que estaban en cárcel;

20 Los que en otro tiempo habian sido incrédulos, quando en los dias de Noé contaban sobre la paciencia de Dios, miéntras que se fabricaba el arca; en la qual pocas personas, es á saber, ocho se salváron por agua.

21 Lo que era figura del bautismo de ahora, el qual os hace salvos; no la purificacion de las inmundicias de la carne, mas la promesa de buena conciencia para con Dios por la Resurreccion de Jesu-Cristo,

22 El qual está á la diestra de Dios, despues de haber devorado la muerte, para que fuésemos herederos de la vida eterna; habiendo subido al Cielo, y estándole sumisos los Angeles, y las Potestades, y Virtudes.

CAPITULO IV.

1 HABIENDO pues Cristo padecido en la carne, armaos tambien vosotros de esta misma consideracion; que aquel que ha padecido en la carne, cesó de pecados:

2 De suerte que el tiempo, que le queda en carne, lo viva no á las pasiones de hombres, sino á la voluntad de Dios.

3 Pues basta para estos, que en el tiempo pasado hayan cumplido la voluntad de los Gentiles, viviendo en luxurias, en concupiscencias, en embriagueces, en glotonerías, en excesos de beber, y en abominables idolatrías.

4 Por lo que extrañan mucho, de que no concurrais á la misma ignominia de luxuria, llenándoos de vituperios.

5 Los quales darán cuenta á aquel, que está aparejado para juzgar vivos y muertos.

6 Pues por esto ha sido tambien predicado el Evangelio á los muertos, para que en verdad sean juzgados segun hombres en carne, mas vivan segun Dios en espíritu.

7 Mas el fin de todas las cosas se ha acercado. Por tanto sed prudentes, y velad en oraciones.

8 Y ante todas cosas teniendo entre vosotros mismos constante caridad; porque la caridad cubre la muchedumbre de pecados.

9 Exercitad la hospitalidad los unos con los otros sin murmuracion.

10 Cada uno segun la gracia que recibió, comuníquela á los otros, como buenos dispensadores de la gracia de Dios que es de muchas maneras.

11 Si alguno habla, sean como palabras de Dios; si alguno ministra, sea conforme á la virtud que Dios da; para que en todas cosas sea Dios honrado por Jesu-Cristo; el qual tiene la gloria, y el imperio en los siglos de los siglos: Amen.

12 Carísimos, no os sorprehendais en el fuego de la tribulacion, que es para prueba vuestra, como si os acaeciese alguna cosa de nuevo:

13 Mas gozaos de ser participantes de la pasion de Cristo, para

que os goceis tambien con júbilo en la aparicion de su gloria.

14 Si sois vituperados por el nombre de Cristo, bienaventurados sereis; porque lo que es de la honra, de la gloria, y de la virtud de Dios, y lo que es de su espíritu, reposa sobre vosotros.

15 Pero ninguno de vosotros padezca como homicida, ó ladron, ó maldiciente, ó codiciador de lo ageno.

16 Mas si padeciere como Cristiano, no se avergüence; ántes dé loor á Dios en este nombre.

17 Porque es tiempo que empiece el juicio por la Casa de Dios. Y si primero comienza por nosotros; ¿qual será el paradero de aquellos que no creen al Evangelio de Dios?

18 Y si el justo apénas será salvo, ¿el impío, y el pecador en donde comparecerán?

19 Y así aquellos que sufren segun la voluntad de Dios, encomienden sus almas á su fiel Criador, haciendo bien.

CAPITULO V.

1 RUEGO pues á los Presbíteros que hay entre vosotros, yo Presbítero como ellos, y testigo de la pasion de Cristo; y participante de la gloria que se ha de manifestar en lo venidero:

2 Apacentad la grey de Dios, que está entre vosotros, teniendo cuidado de ella, no por fuerza, sino de voluntad segun Dios; ni por amor de vergonzosa ganancia, mas de grado:

3 Ni como que quereis tener señorío sobre la clerecía, sino hechos dechado de la grey:

4 Y quando apareciere el Príncipe de los Pastores, recibiréis corona de gloria, que no se puede marchitar.

5 Asimismo, mancebos, obedeced á los ancianos. Y *todos* inspiraos la humildad los unos á los otros, porque Dios resiste á los soberbios, y da gracia á los humildes.

6 Pues humillaos baxo la poderosa mano de Dios, para que os ensalce en el tiempo de su visita:

7 Echando sobre él toda vuestra solicitud; porque él tiene cuidado de vosotros.

8 Sed sóbrios, y velad; porque el diablo vuestro adversario anda como leon rugiendo al rededor de vosotros, buscando á quien tragar:

9 Resistidle fuertes en la fé, sabiendo que vuestros hermanos esparcidos por el mundo sufren la misma tribulacion.

10 Mas el Dios de toda gracia, el que nos llamó en Jesu-Cristo á su eterna gloria, despues que hayais padecido un poco, él os perficionará, fortificará, y consolidará.

11 A él la gloria, y el imperio en los siglos de los siglos: Amen.

12 Por Silvano, que os es, á lo que entiendo, hermano fiel, os he escrito brevemente; amonestándoos, y protestándoos, que esta es la verdadera gracia de Dios, en la qual estais firmes.

13 Os saluda la Iglesia, que está en Babilonia, elegida con vosotros, y Marcos mi hijo.

14 Saludaos los unos á los otros en ósculo santo. Gracia sea á todos vosotros, los que estais en Jesu-Cristo. Amen.

EPISTOLA SEGUNDA

DEL APOSTOL SAN PEDRO.

CAPITULO I.

1 SIMON Pedro, siervo y Apóstol de Jesu-Cristo á los que alcanzáron igual fe con nosotros en la justicia de nuestro Dios, y Salvador Jesu-Cristo.

2 Gracia y paz cumplida sea á vosotros en el conocimiento de Dios, y de Jesu-Cristo nuestro Señor:

3 Como todas las cosas que miran á la vida y á la piedad nos han sido dadas de la divina potencia, por el conocimiento de de aquel que nos llamó por su propia gloria y virtud,

4 Por el qual nos ha dado muy grandes y preciosas promesas, para que por ellas seais hechos participantes de la naturaleza divina, huyendo de la corrupcion de la concupiscencia que hay en el mundo.

5 Vosotros pues aplicando todo cuidado, juntad á vuestra fé virtud, y á la virtud ciencia,

6 Y á la ciencia templanza, y á la templanza paciencia, y á la paciencia piedad,

7 Y á la piedad amor de vuestros hermanos, y al amor de vuestros hermanos caridad

8 Porque si estas cosas se hallaren, y abundaren en vosotros, no os dexarán vacios, é infructuosos en el conocimiento de nuestro Señor Jesu-Cristo.

9 Mas el que no tiene pronto estas cosas, ciego es, y anda tentando con la mano, olvidado de la purificacion de sus pecados antiguos.

10 Por tanto, hermanos mios, sed muy solícitos para hacer cierta vuestra vocacion y eleccion por las buenas obras; porque haciendo esto, no pecaréis jamas.

11 Porque así os será dada largamente la entrada en el reyno eterno de nuestro Señor, y Salvador Jesu-Cristo.

12 Por lo qual no cesaré de amonestaros siempre sobre estas cosas; y esto aunque esteis instruidos y confirmados en la presente verdad.

13 Porque tengo por cosa justa, miéntras que estoy en este tabernáculo, de excitaros con amonestaciones;

14 Estando cierto de que luego tengo de dexar mi tabernáculo, segun que tambien me lo ha dado á entender nuestro Señor Jesu-Cristo.

15 Y tendré cuidado que aun despues de mi fallecimiento podais vosotros tener memoria de estas cosas:

16 Porque no os hemos hecho conocer el poder y la presencia de nuestro Señor Jesu-Cristo siguiendo fábulas ingeniosas; sino como que contemplamos con nuestros propios ojos su magestad.

17 Porque recibió de Dios Padre honra y gloria, quando descendió á él de la magnífica gloria una voz de esta manera: Este es mi Hijo el amado, en quien yo me he complacido, á él oid.

18 Y nosotros oimos esta voz enviada del Cielo, estando con él en el Monte Santo.

19 Y aun tenemos mas firme la palabra de los Profetas; á la qual haceis bien de atender, como á una antorcha que luce en un lugar tenebroso, hasta que el dia esclarezca, y el lucero nazca en vuestros corazones;
20 Entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura se hace por interpretacion propia.
21 Porque en ningun tiempo fué dada la profecía por voluntad de hombre; mas los hombres Santos de Dios habláron siendo inspirados del Espíritu Santo.

CAPITULO II.

1 HUBO tambien en el pueblo falsos Profetas, así como habrá entre vosotros falsos Doctores, que introducirán sectas de perdicion, y negarán á aquel Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos apresurada ruina.
2 Y muchos seguirán sus disoluciones, por quienes será blasfemado el camino de la verdad:
3 Y por avaricia con palabras fingidas harán comercio de vosotros; cuya condenacion ya de largo tiempo no se tarda, y la perdicion de ellos no se duerme.
4 Y si Dios no perdonó á los Angeles que pecáron, sino que atándolos con amarras de infierno los arrojó al abismo para ser atormentados, y reservados para el juicio.
5 Y si al mundo original no perdonó, mas guardó á Noé octavo pregonero de justicia, trayendo el diluvio sobre un mundo de impíos.
6 Y condenó las ciudades de los de Sodoma, y de Gomorra, reduciéndolas á cenizas, poniéndolas por escarmiento de aquellos que viviesen en impiedad:
7 Y libró á Lot el *justo*, afligido de los ultrages de aquellos abominables, y de su vida relajada.
8 Porque de vista, y de oidas era justo, habitando entre aquellos que cada dia atormentaban un alma justa con obras detestables.
9 El Señor sabe librar de tentacion á los justos, y reservar los malos para que sean atormentados en el dia del juicio;
10 Y mayormente aquellos que siguiendo la carne andan en deseos impuros, y desprecian la potestad, osados, pagados de sí mismos, no temen introducir nuevas sectas, blasfemando;
11 Como quiera que los Angeles, que son mayores en fortaleza, y en virtud, no pronuncian contra sí *juicio de exêcracion*.
12 Mas estos como bestias sin razon naturalmente hechas para presa, y para perdicion, blasfemando de las cosas que no saben, perecerán en su corrupcion,
13 Recibiendo la paga de su injusticia, reputando por placer las delicias del dia; que son contaminaciones y manchas, entregándose con exceso á los placeres, mostrando su disolucion en los convites que celebraban con vosotros,
14 Teniendo los ojos llenos de adulterio, y de pecado que nunca cesa. Atrayendo con halagos las almas inconstantes, teniendo un corazon exercitado en avaricia, como hijos de maldicion;

15 Que dexando el camino
derecho se extraviáron, siguien-
do el camino de Balaam de Bo-
sor, que amó el premio de la
maldad:
16 Mas recibió el castigo de
su locura; una bestia muda en
que iba montado, hablando en
voz de hombre, refrenó la locu-
ra del Profeta.
17 Estos son fuentes sin agua,
y nieblas agitadas de torbelli-
nos, para los quales está reserva-
da la obscuridad de las tinieblas.
18 Porque hablando palabras
arrogantes de vanidad, atraen á
los deseos impuros de la carne á
los que poco ántes habian huido
de los que viven en error;
19 Prometiéndoles libertad,
siendo ellos mismos esclavos de
la corrupcion; porque todo a-
quel que fué vencido, queda es-
clavo del que le venció.
20 Y si despues de haberse
apartado de las contaminaciones
del mundo por el conocimiento
de Jesu-Cristo nuestro Señor, y
Salvador, enredados de nuevo en
ellas son vencidos; les fué he-
cho lo postrero peor que lo pri-
mero.
21 Porque mejor les era no
haber conocido el camino de la
justicia, que despues del conoci-
miento, volver las espaldas á
aquel mandamiento santo que les
fué dado.
22 Pues les ha acontecido lo
que dice aquel proverbio verda-
dero: Tornóse el perro á lo que
vomitó, y la puerca lavada á re-
volcarse en el cieno.

CAPITULO III.

1 ESTA es, muy amados,
la segunda Carta que
os escribo, en la que despierto
con amonestaciones vuestro áni-
mo sencillo,
2 Para que tengais presentes
las palabras de los Santos Pro-
fetas de que ya os hablé, y los
mandamientos del Señor, y Sal-
vador, que os dió por sus Após-
toles.
3 Sabiendo esto primeramen-
te, que en los últimos tiempos
vendrán impostores artificiosos,
que andarán segun sus propias
concupiscencias,
4 Diciendo: ¿Donde está la
promesa ó venida de él? porque
desde que los padres durmiéron,
todo permanece así como en el
principio de la creacion.
5 Cierto ellos ignoran volun-
tariamente, que los cielos eran
primeramente, y la tierra de a-
gua, y por agua estaba asenta-
da por palabra de Dios:
6 Por las quales cosas aquel
mundo de entónces pereció ane-
gado en agua.
7 Mas los Cielos, que son
ahora, y la tierra, por la misma
palabra se guardan, reservados
para el fuego en el dia del jui-
cio, y de la perdicion de los
hombres impíos.
8 Mas esto solo no se os en-
cubra, muy amados, que un dia
delante del Señor es como mil
años, y mil años como un dia.
9 No tarda el Señor su pro-
mesa, como algunos lo piensan;
sino que espera con paciencia
por amor de vosotros, no que-
riendo que ninguno perezca, si-
no que todos se conviertan á pe-
nitencia.
10 Vendrá pues como la-
dron el dia del Señor; en el
qual pasarán los Cielos con gran-
de ímpetu, y los elementos con
el calor serán deshechos, y la

tierra y todas las obras que hay
en ella serán abrasadas.
11 Pues como todas estas cosas hayan de ser deshechas,
¿quales os conviene ser en santidad de vida y de piedad,
12 Esperando y apresurándoos para la venida del dia del
Señor, en el qual los Cielos ardiendo serán deshechos, y los elementos se fundirán con el ardor del fuego?
13 Pero esperamos segun sus
promesas, Cielos nuevos y tierra nueva, en los que mora la justicia.
14 Por tanto, muy amados,
esperando estas cosas, procurad que seais de él hallados en paz inmaculados é irreprehensibles.
15 Y tened por salud la larga
paciencia de nuestro Señor; así como tambien Pablo nuestro muy amado hermano os escribió segun la sabiduría que le fué dada,
16 Como tambien en todas sus
Cartas, hablando en ellas de esto, en las quales hay algunas cosas difíciles de entender, las que adulteran los indoctos é inconstantes, como tambien las otras Escrituras, para ruina de sí mismos.
17 Vosotros pues, hermanos,
avisados estad alerta, para que no caygais de vuestra firmeza engañados de los insensatos.
18 Mas creed en la gracia
y conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesu-Cristo. A él sea la gloria ahora y hasta el dia de la eternidad. Amen.

EPISTOLA PRIMERA

DEL APOSTOL SAN JUAN.

CAPITULO I.

1 LO que fué desde el
principio, lo que oimos, lo que vimos con nuestros ojos, lo que miramos, y palpáron nuestras manos del Verbo de la vida:
2 Y la vida fué manifestada,
y la vimos, y damos de ella testimonio, y nosotros os anunciamos esta vida eterna, que era en el Padre, y nos apareció á nosotros:
3 Lo que vimos y oimos, eso
os anunciamos, para que tengais tambien vosotros comunion con nosotros, y que nuestra comunion sea con el Padre, y con Jesu-Cristo su Hijo.
4 Y estas cosas os escribimos
para que os goceis, y vuestro gozo sea cumplido.
5 Y esta es la nueva, que
oimos de él mismo, y que os anunciamos á vosotros: Que Dios es luz, y no hay en él ningunas tinieblas.
6 Si dixéremos, que tenemos
comunion con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no hacemos verdad.
7 Mas si andamos en luz,
como él está tambien en luz, tenemos comunion los unos con los otros, y la sangre de Jesu-Cristo su Hijo nos limpia de todo pecado.

8 Si dixéremos, que no tenemos pecado, nosotros mismos nos engañamos, y no hay verdad en nosotros.

9 Si confesáremos nuestros pecados, fiel es y justo, para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad.

10 Si dixéremos, que no hemos pecado, le hacemos á él mentiroso, y su palabra no está en nosotros.

CAPITULO II.

1 HIJITOS mios, esto os escribo, para que no pequeis. Mas si alguno pecare, tenemos por Abogado con el Padre, á Jesu-Cristo el justo :

2 Y él es propiciacion por nuestros pecados ; y no tan solo por los nuestros, mas tambien por los de todo el mundo.

3 Y en esto sabemos, que le hemos conocido, si guardamos sus mandamientos.

4 El que dice, que le conoce, y no guarda sus mandamientos, es mentiroso, y no hay verdad en él.

5 Mas el que guarda su palabra, la caridad de Dios está verdaderamente perfecta en él ; y por esto sabemos, que estamos en él.

6 El que dice, que está en él, este debe andar, como él anduvo.

7 Carísimos, no os escribo mandamiento nuevo, sino mandamiento antiguo, que habeis tenido desde el principio : El mandamiento antiguo es la palabra, que habeis oido.

8 Mas otra vez os escribo un mandamiento nuevo, lo que es verdadero en él mismo, y en vosotros ; porque las tinieblas ya pasáron, y la verdadera luz ya luce.

9 El que dice, que está en luz, y aborrece á su hermano, en tinieblas está hasta ahora.

10 El que ama á su hermano, en luz mora, y no hay escándalo en él.

11 Mas el que aborrece á su hermano, está en tinieblas, y anda en tinieblas, y no sabe á donde vá ; porque las tinieblas cegáron sus ojos.

12 Os escribo á vosotros, hijitos, porque os son perdonados vuestros pecados por su nombre.

13 Os escribo á vosotros, padres, porque habeis conocido á aquel, que es desde el principio. Escribo á vosotros, mancebos, porque habeis vencido al maligno.

14 Os escribo á vosotros, ó niños, porque habeis conocido al Padre. Os escribo, ó jóvenes, porque sois fuertes, y la palabra de Dios permanece en vosotros, y habeis vencido al maligno.

15 No querais amar al mundo, ni las cosas, que hay en el mundo. Si alguno ama el mundo, la caridad del Padre no está en él :

16 Porque todo lo que hay en el mundo, es concupiscencia de carne, y concupiscencia de ojos, y soberbia de vida ; la qual no es del Padre, sino del mundo.

17 Y el mundo se pasa, y su concupiscencia. Mas el que hace la voluntad de Dios, permanece para siempre.

18 Hijitos, ya es la última hora ; y como habeis oido, que el Anti-Cristo viene, así ahora muchos se han hecho Anti-Cris-

tos; de donde conocemos, que
es la última hora.
19 Saliéron de entre nosotros,
mas no eran de nosotros; porque si hubieran sido de nosotros, hubieran cierto permanecido con nosotros; mas para que se vea claro, que no todos son de nosotros.
20 Pero vosotros teneis la uncion del Santo, y sabeis todas las cosas.
21 No os he escrito á vosotros, como si ignoráseis la verdad, mas como á los que la sabeis; y porque ninguna mentira es jamas de la verdad.
22 ¿Quien es mentiroso, sino aquel que niega, que Jesus es el Cristo? Este tal es el Anti-Cristo, que niega al Padre, y al Hijo.
23 Qualquiera que niega al Hijo, no tiene al Padre. El que confiesa al Hijo, tiene tambien al Padre.
24 Lo que oísteis desde el principio, permanezca en vosotros. Si permaneciere en vosotros lo que oísteis desde el principio, vosotros tambien permaneceréis en el Hijo, y en el Padre.
25 Y esta es la promesa que él nos prometió, la vida eterna.
26 Os he escrito estas cosas sobre aquellos que os engañan.
27 Y permanezca en vosotros la uncion que recibísteis de él. Y no teneis necesidad que ninguno os enseñe; mas como su uncion os enseña en todas las cosas, y es verdad, y no es mentira. Y como ella os ha enseñado, permaneced en ello.
28 Y ahora, hijitos, permaneced en ello; para que quando apareciere, tengamos confianza, y no seamos confundidos por él en su venida.
29 Si sabeis que él es justo, sabed tambien que todo aquel que hace la justicia, es nacido de él.

CAPITULO III

1 CONSIDERAD qual caridad nos ha dado el Padre, queriendo que tengamos nombre de hijos de Dios, y lo seamos. Por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoce á él.
2 Carísimos, ahora somos hijos de Dios; y no aparece aun lo que habemos de ser. Sabemos que quando él apareciere, seremos semejantes á él; por quanto nosotros le veremos así como él es.
3 Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se santifica á sí mismo, así como él es Santo.
4 Todo aquel que hace pecado, hace tambien injusticia; porque el pecado es injusticia.
5 Y sabeis que él apareció para quitar nuestros pecados; y no hay pecado en él.
6 Todo aquel que permanece en él, no peca; y todo el que peca, no le ha visto, ni le ha conocido.
7 Hijitos, no os engañe ninguno. El que hace justicia, justo es; así como él tambien es justo.
8 El que comete pecado, es del diablo; porque el diablo desde el principio peca. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo.
9 Todo aquel que es nacido de Dios, no hace pecado; porque su simiente está en él, y no

puede pecar, porque es nacido de Dios.

10 En esto son conocidos los hijos de Dios, y los hijos del diablo. Todo aquel que no es justo, no es de Dios, y el que no ama á su hermano:

11 Porque esta es la doctrina, que habeis oido desde el principio, que os ameis unos á otros.

12 No así como Caín, que era del maligno, y mató á su hermano. ¿Y por que le mató? Porque sus obras eran malas, y las de su hermano buenas.

13 No extrañeis, hermanos, si os aborrece el mundo.

14 Nosotros sabemos que hemos sido trasladados de muerte á vida, en que amamos á los hermanos. El que no ama, está en muerte:

15 Qualquiera que aborrece á su hermano, es homicida. Y sabeis que ningun homicida tiene vida eterna que permanezca en sí mismo.

16 En esto hemos conocido la caridad de Dios, en que puso él su vida por nosotros; y nosotros debemos poner nuestra vida por los hermanos.

17 El que tuviere riquezas de este mundo, y viere á su hermano tener necesidad, y le cerrare sus entrañas, ¿como está la caridad de Dios en él?

18 Hijitos mios, no amemos de palabra, ni de lengua, sino de obra, y de verdad.

19 En esto conocemos que somos de la verdad, y que nosotros persuadiremos nuestros corazones delante de Dios.

20 Porque si nuestro corazon nos reprehendiere, mayor es Dios que nuestro corazon, y sabe todas las cosas.

21 Carísimos, si nuestro corazon no nos reprehende, confianza tenemos delante de Dios:

22 Y quanto le pidiéremos, recibiremos de él; porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables en su presencia.

23 Y este es su mandamiento: Que creamos en el nombre de su Hijo Jesu-Cristo, y nos amemos unos á otros, como nos lo ha mandado.

24 Y el que guarda sus mandamientos, está en Dios, y Dios en él; y en esto sabemos que él permanece en nosotros por el Espíritu que nos ha dado.

CAPITULO IV.

1 CARISIMOS, no querais creer á todo espíritu, mas probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos Profetas se han levantado en el mundo.

2 En esto se conoce el Espíritu de Dios; todo espíritu que confiesa que Jesu-Cristo vino en carne, es de Dios:

3 Y todo espíritu, que divide á Jesus, no es de Dios; y este tal es un Anti-Cristo, de quien habeis oido que viene, y que ahora ya está en el mundo.

4 Vosotros, hijitos, sois de Dios, y vencísteis á aquel; porque el que está en vosotros, es mayor que el que está en el mundo.

5 Ellos del mundo son; por eso hablan del mundo, y el mundo los oye.

6 Nosotros de Dios somos. Quien á Dios conoce, nos oye; el que no es de Dios, no nos oye: en esto conocemos el espí-

ritu de verdad, y el espíritu de error.

7 Carísimos, amémonos los unos á los otros; porque la caridad procede de Dios: Y todo aquel que ama, de Dios es nacido, y conoce á Dios.

8 El que no ama, no conoce á Dios; porque Dios es caridad.

9 En esto se demostró la caridad de Dios ácia nosotros, en que Dios envió al mundo á su Hijo Unigénito, para que vivamos por él.

10 En esto consiste la caridad; no que nosotros hayamos amado á Dios, sino que él nos amó primero á nosotros, y envió su Hijo en propiciacion por nuestros pecados.

11 Carísimos, si Dios nos amó de esta manera, tambien debemos amarnos los unos á los otros.

12 Ninguno vió jamas á Dios. Si nos amáremos los unos á los otros, Dios está en nosotros, y su caridad es perfecta en nosotros.

13 En esto conocemos que estamos en él, y él en nosotros, en que nos ha dado de su Espíritu.

14 Y nosotros lo vimos, y damos testimonio, que el Padre envió á su Hijo para ser Salvador del mundo.

15 Qualquiera que confesare que Jesus es el Hijo de Dios, Dios está en él, y él en Dios.

16 Y nosotros hemos conocido, y creido á la caridad, que Dios tiene por nosotros. Dios es Caridad, y quien permanece en caridad, en Dios permanece, y Dios en él.

17 Por esto fué consumada la caridad de Dios con nosotros, para que tengamos confianza en el dia del juicio; pues como él es, así somos nosotros en este mundo.

18 En la caridad no hay temor; mas la caridad perfecta echa fuera el temor; porque el temor tiene pena; y así el que teme, no es perfecto en la caridad.

19 Pues amemos nosotros á Dios, porque Dios nos amó primero.

20 Si alguno dixere yo amo á Dios, y aborreciere á su hermano, mentiroso es. Porque quien no ama á su hermano á quien ve, ¿como *puede* amar á *Dios* á quien no ve?

21 Y este mandamiento tenemos de Dios; que el que ama á Dios, ame tambien á su hermano.

CAPITULO V.

1 TODO aquel que cree que *Jesus* es el *Cristo*, es nacido de *Dios*. Y *todo* el que ama á aquel que le engendró ama tambien al que de él nació.

2 En esto conocemos que amamos á los hijos de Dios, si amamos á Dios, y guardamos sus mandamientos.

3 Porque este es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos; y los mandamientos de él no son pesados.

4 Porque todo lo que nace de Dios, vence al mundo; y esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fé.

5 ¿Quien es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesus es el Hijo de Dios?

6 Este es Jesu-Cristo, que vino por agua, y por sangre; no

por agua tan solamente, sino por agua, y sangre. Y él espíritu es el que dá testimonio, que Cristo es la verdad.

7 Porque tres son los que dan testimonio en el Cielo; el Padre, el Verbo, y el Espíritu Santo; y estos tres son una misma cosa.

8 Y tres son los que dan testimonio en la tierra; el Espíritu, y el agua, y la sangre; y estos tres son una misma cosa.

9 Si recibimos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios; pues este es el testimonio de Dios, que es el mayor, porque él ha testificado de su Hijo.

10 El que cree en el Hijo de Dios, tiene en sí el testimonio de Dios. El que no cree al Hijo, le hace mentiroso; porque no cree en el testimonio que Dios ha dado de su Hijo.

11 Y este es el testimonio, que Dios nos ha dado vida eterna. Y esta vida está en su Hijo.

12 El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo, no tiene la vida.

13 Estas cosas os escribo, para que sepais que teneis vida eterna, los que creeis en el nombre del Hijo de Dios.

14 Y esta es la confianza que tenemos en él: Que él nos oye en todo lo que le pedimos, siendo conforme á su voluntad.

15 Y sabemos que nos oye en todo lo que le pidiéremos; lo sabemos, porque tenemos las peticiones, que le habemos demandado.

16 El que sabe que su hermano comete un pecado que no es de muerte, pida, y será dada vida á aquel que peca no de muerte. Hay pecado de muerte: no digo yo, que ruegue alguno por él.

17 Toda iniquidad es pecado: y hay pecado, que es de muerte.

18 Sabemos que todo aquel que es nacido de Dios, no peca; mas el nacimiento que tiene de Dios le guarda, y el maligno no le toca.

19 Sabemos que somos de Dios; y todo el mundo está puesto en el maligno.

20 Y sabemos que vino el Hijo de Dios; y que nos dió entendimiento para que conozcamos al verdadero Dios, y estemos en su verdadero Hijo. Este es el verdadero Dios, y la vida eterna.

21 Hijitos, guardaos de los ídolos. Amen.

EPISTOLA SEGUNDA

DEL APOSTOL SAN JUAN.

1 EL Presbítero á la Señora Electa, y á sus hijos, á los que yo amo en verdad; y no yo solo, mas tambien todos los que han conocido la verdad,

2 Por la verdad que permanece en nosotros, y que estará eternamente con nosotros.

3 Sea con vosotros gracia, misericordia, paz de Dios Padre,

y de Jesu-Cristo Hijo del Padre, en verdad y en caridad.

4 Mucho me he gozado, porque he hallado de tus hijos, que andan en verdad, así como hemos recibido el mandamiento del Padre.

5 Y ahora ruégote, Señora, no como si te escribiese un nuevo mandamiento, sino el que hemos tenido desde el principio, que nos amemos unos á otros.

6 Y esta es la caridad, que andemos segun los mandamientos de Dios. Porque este es el mandamiento, que camineis en él, como lo habeis oido desde el principio:

7 Porque muchos impostores se han levantado en el mundo, que no confiesan que Jesu-Cristo vino en carne; este tal es impostor, y Anti-Cristo.

8 Guardaos á vosotros mismos, para que no perdais lo que habeis obrado; sino que recibais galardon cumplido.

9 Todo el que se aparta, y no persevera en la doctrina de Cristo, no tiene á Dios: el que persevera en la doctrina, este tiene al Padre, y al Hijo.

10 Si alguno viene á vosotros, y no hace profesion de esta doctrina, no le recibais en casa, ni le saludeis.

11 Porque el que le saluda, comunica en sus malas obras.

12 Teniendo muchas cosas que escribiros, no he querido por papel ni por tinta; porque espero ir á vosotros, y hablaros boca á boca, para que vuestro gozo sea cumplido.

13 Los hijos de tu hermana Electa te saludan.

EPISTOLA TERCERA

DEL APOSTOL SAN JUAN.

1 EL Presbítero al muy amado Gayo, á quien yo amo en verdad.

2 Carísimo, ruego al Señor que te prospere en todo, y que te conserve en salud, así como tu alma se halla en buen estado.

3 Mucho me he gozado por la venida de los hermanos, y por el testimonio que han dado de tu verdad, así como tú andas en la verdad.

4 No tengo yo mayor gozo de otra cosa, que de oir que mis hijos andan en verdad.

5 Carísimo, te portas con fidelidad en todo lo que haces con los hermanos, y particularmente con los peregrinos,

6 Que han dado testimonio de tu caridad en presencia de la Iglesia; á los quales, si encaminares como conviene segun Dios, harás bien.

7 Porque por su nombre se pusiéron en camino, no tomando nada de los Gentiles.

8 Nosotros pues debemos recibir á estos tales, á fin de cooperar á la verdad.

9 Hubiera por ventura escrito á la Iglesia; mas aquel que pretende tener el principado entre ellos, Diotrefes, no nos recibe.

10 Y por esto si yo fuere allá, daré á entender las obras que hace, esparciendo palabras malignas contra nos; y como si esto no le bastase, no quiere recibir aun á nuestros hermanos, y veda á los que los reciben que no lo hagan, y los echa de la Iglesia.

11 Carísimo, no quieras seguir lo malo, sino lo que es bueno. El que hace bien, es de Dios; quien mal hace, no vió á Dios.

12 Todos dan testimonio de Demétrio, y aun la misma verdad; y nosotros tambien lo damos; y tú sabes que nuestro testimonio es verdadero.

13 Muchas cosas tenia que escribirte; mas no he querido escribirte por tinta ni por pluma.

14 Porque espero verte en breve, y hablaremos boca á boca. Paz á tí. Te saludan los amigos. Saluda á nuestros amigos á cada uno en particular.

EPISTOLA

DEL APOSTOL SAN JUDAS.

1 JUDAS siervo de Jesu-Cristo, y hermano de Santiago, á aquellos que son amados en Dios Padre, y guardados y llamados en Jesu-Cristo.

2 Misericordia, y paz, y caridad cumplida sea á vosotros.

3 Carísimos, deseando yo con ansia escribiros acerca de vuestra comun salud, me ha sido necesario escribiros ahora para exhortaros á que combatais por la fé, que ya fué dada á los Santos.

4 Porque se han entrado disimuladamente ciertos hombres impíos, que están de antemano destinados para este juicio, los quales cambian la gracia de nuestro Dios en luxuría, y niegan que Jesu-Cristo es solo nuestro Soberano y Señor.

5 Mas quieroos traer á la memoria, puesto que ya habeis sabido todo esto, como Jesus salvando al pueblo de tierra de Egipto, destruyó despues á aquellos que no creyéron:

6 Y que á los Angeles, que no guardáron su principado, sino que desampararon su lugar, los tiene reservados con cadenas eternas en tinieblas para el juicio del grande dia.

7 Así como Sodoma y Gomorra, y las ciudades comarcanas que fornicáron como ellas, y yendo en pos de otra carne, fuéron puestas por escarmiento, sufriendo pena de fuego eterno.

8 De la misma manera estos tambien contaminan su carne, y desprecian la dominacion, y blasfeman de la Magestad.

9 Quando el Arcangel Miguel disputando con el diablo, altercaba sobre el cuerpo de Moisés, no se atrevió á fulminarle sentencia de blasfemo; mas dixo: Mándete el Señor.

10 Y estos blasfeman de todas las cosas, que no saben; y se

pervierten como bestias irracionales en aquellas cosas, que saben naturalmente.

11 Ay de ellos, porque anduviéron en el camino de Caín, y por precio se dexáron llevar del error de Balaam, y pereciéron en la sedicion de Coré:

12 Estos son los que contaminan los festines, banqueteando sin rubor, apacentándose á sí mismos, nubes sin agua que llevan de acá para allá los vientos, árboles de otoño, sin fruto, dos veces muertos, desarraygados,

13 Ondas furiosas de la mar, que arrojan las espumas de su abominacion, estrellas errantes; para los que está reservada la tempestad de las tinieblas eternas.

14 Y Enoch que fué el séptimo despues de Adam, profetizó tambien de estos, y dixo: He aquí vino el Señor entre millares de sus Santos,

15 A hacer juicio contra todos, y á convencer á todos los impíos de todas las obras de su impiedad, que malamente hiciéron, y de todas las palabras injuriosas, que los pecadores impíos han hablado contra Dios.

16 Estos son murmuradores querellosos, que andan segun sus pasiones, y su boca habla cosas soberbias, que muestran admiracion de las personas por causa de interes.

17 Mas vosotros, carísimos, acordaos de las palabras que os fuéron dichas por los Apóstoles de nuestro Señor Jesu-Cristo,

18 Los quales os decian, que en los últimos tiempos vendrán impostores, que andarán segun sus deseos llenos de impiedad.

19 Estos son los que se separan á sí mismos, sensuales, que no tienen el Espíritu.

20 Mas vosotros, amados, edificándoos á vosotros mismos sobre el cimiento de vuestra santísima fé, orando en Espíritu Santo.

21 Conservaos á vosotros mismos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesu-Cristo para vida eterna.

22 Y reprehended á los unos que están ya sentenciados;

23 Y salvad á los otros, arrebatándolos del fuego. Y de los demas tened compasion con temor, aborreciendo aun hasta la ropa que está contaminada de la carne.

24 Y á aquel que es poderoso para guardaros sin pecado, y para presentaros sin mancilla, y llenos de alegría ante la vista de su gloria en la venida de nuestro Señor Jesu-Cristo.

25 A solo Dios Salvador nuestro por Jesu-Cristo nuestro Señor sea gloria y magnificencia, imperio y poder ante todos los siglos, y ahora y en todos los siglos de los siglos. Amen.

EL APOCALYPSIS
O REVELACION
DEL APOSTOL SAN JUAN.

CAPITULO I.

1 LA Revelacion de Jesu-Cristo, que Dios le
dió, para manifestar á sus sier-
vos las cosas que conviene sean
hechas luego: y las declaró,
enviándolas por su Angel á Juan
su siervo,
2 El qual ha dado testimonio
de la palabra de Dios, y testi-
monio de Jesu-Cristo, de todas
las cosas que vió.
3 Bienaventurado el que lee
y oye las palabras de esta profe-
cía; y guarda las cosas que en
ella están escritas; porque el
tiempo está cerca.
4 Juan á las siete Iglesias
que hay en Asia. Gracia á vo-
sotros, y paz de aquel, que es,
y que era, y que ha de venir; y
de los siete Espíritus que están
delante de su trono;
5 Y de Jesu-Cristo, que es el
testigo fiel, el primogénito de los
muertos, y el Príncipe de los
Reyes de la tierra, que nos amó,
y nos lavó de nuestros pecados
con su sangre,
6 Y nos ha hecho reyno, y
Sacerdotes para Dios, y su Pa-
dre; á él sea la gloria, y el im-
perio en los siglos de los siglos:
Amen.
7 He aquí que viene con las
nubes, y le verá todo ojo, y los
que le traspasáron. Y se heri-
rán los pechos al verle todos los
linages de la tierra. Así será:
Amen.
8 Yo soy el alfa, y el omega,
el principio, y el fin, dice el Se-
ñor Dios, que es, y que era, y
que ha de venir, el Todopode-
roso.
9 Yo Juan vuestro hermano,
y participante en la tribulacion,
y en el reyno, y en la paciencia
en Jesu-Cristo, estuve en una
isla que se llama Patmos, por la
palabra de Dios, y por el testi-
monio de Jesus:
10 Yo fuí en espíritu un dia
de Domingo, y oí en pos de mí
una grande voz como de trom-
peta,
11 Que decia: Lo que ves,
escríbelo en un libro; y envíalo
á las siete Iglesias, que hay en
el Asia, á Efeso, y á Smirna, y
á Pérgamo, y á Tiatira, y á
Sárdis, y á Filadelfia, y á Lao-
dicéa:
12 Y me volví para ver la
voz, que hablaba conmigo. Y
vuelto, ví siete candeleros de
oro;
13 Y en medio de los siete
candeleros de oro á uno seme-
jante al Hijo del hombre, vesti-
do de una ropa talar, y ceñido
por los pechos con una cinta de
oro;
14 Y su cabeza, y sus cabe-
llos eran blancos como lana blan-
ca, y como nieve, y sus ojos co-
mo llama de fuego;
15 Y sus pies semejantes á
laton fino, quando está en un
horno ardiente, y su voz como
ruido de muchas aguas;

16 Y tenia en su derecha siete estrellas; y salia de su boca una espada aguda de dos filos; y su rostro resplandecia como el Sol en su fuerza.

17 Y así que le ví, caí ante sus pies como muerto. Y puso su diestra sobre mí, diciendo: No temas; yo soy el primero, y el postrero,

18 Y el que vivo, y he sido muerto, y he aquí que vivo en los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte, y del infierno.

19 Escribe pues las cosas que has visto, y las que son, y las que han de ser despues de estas.

20 El misterio de las siete estrellas, que has visto en mi diestra, y los siete candeleros de oro; las siete estrellas, son los Angeles de las siete Iglesias; y los siete candeleros, son las siete Iglesias.

CAPITULO II.

1 ESCRIBE al Angel de la Iglesia de Efeso: Esto dice, el que tiene las siete estrellas en su diestra, el que anda en medio de los siete candeleros de oro:

2 Sé tus obras, y tu trabajo, y tu paciencia, y que no puedes sufrir los malos; y que probaste á aquellos, que se dicen ser Apóstoles, y no lo son; y los has hallado mentirosos:

3 Y tienes paciencia, y has sufrido por mi nombre, y no has desfallecido.

4 Mas tengo contra tí, que has dexado tu primera caridad.

5 Acuérdate pues de donde has caido; y arrepiéntete, y haz [illegible]imeras obras; porque si no, vengo á tí, y moveré tu candelero de su lugar, si no te corrigieres.

6 Mas esto tienes, que aborreces los hechos de los Nicolaítas, que yo tambien aborrezco.

7 El que tiene oreja, oiga lo que el Espíritu dice á las Iglesias: Al vencedor daré á comer del árbol de la vida, que está en medio del Paraiso de mi Dios.

8 Y al Angel de la Iglesia de Smirna escribe: Esto dice el primero, y el postrero, que murió, y vive:

9 Sé tu tribulacion, y tu pobreza, mas rico eres; y eres blasfemado por aquellos, que dicen que son Judíos, y no lo son, mas son sinagoga de Satanás.

10 No temas ninguna de estas cosas que has de padecer. He aquí el diablo ha de echar en cárcel á algunos de vosotros, para que seais probados; y tendreis tribulacion diez dias. Sé fiel hasta la muerte, y te daré la corona de la vida.

11 El que tiene oreja, oiga lo que el Espíritu dice á las Iglesias: El que venciere, no recibirá daño de la segunda muerte.

12 Y escribe al Angel de la Iglesia de Pérgamo: Esto dice el que tiene la espada de dos filos:

13 Sé en donde moras, en donde está la silla de Satanás; y conservas mi nombre, y no negaste mi fé. Y en aquellos dias Antipas mi fiel testigo, que fué muerto entre vosotros, donde Satanás mora.

14 Mas tengo contra tí algunas cosas; porque tienes ahí los que siguen la doctrina de Balaam, que enseñaba á Balac á poner tropiezo delante de los hi-

jos de Israél, que comiesen, y fornicasen:

15 Así tienes tú tambien los que siguen la doctrina de los Nicolaitas.

16 Pues arrepiéntete; porque de otra manera, vendré á tí presto, y pelearé contra ellos con la espada de mi boca.

17 El que tiene oreja, oiga lo que dice el Espíritu á las Iglesias: Al vencedor daré yo maná escondido, y le daré una piedrecita blanca; y en la piedrecita un nombre nuevo escrito, que no sabe ninguno, sino aquel que lo recibe.

18 Y escribe al Angel de la Iglesia de Tiatíra: El Hijo de Dios, que tiene los ojos como llama de fuego, y sus pies semejantes á laton fino, dice esto:

19 Yo conozco tus obras, y tu fé, y caridad, y servicios, y tu paciencia, y las postreras obras que hiciste, que exceden á las primeras.

20 Pero tengo algunas cosas contra tí; porque tú permites á Jezabél, muger que se dice Profetisa, predicar, y engañar á mis siervos, fornicar, y comer de las cosas sacrificadas á los ídolos.

21 Y le he dado tiempo para que hiciese penitencia; y ella no quiere arrepentirse de su fornicacion.

22 He aquí la reduciré á una cama; y los que adulteran con ella, se verán en grande tribulacion, sino hicieren penitencia de sus obras.

23 Y castigaré de muerte sus hijos, y sabrán todas las Iglesias, que yo soy el que escudriño las entrañas, y los corazones; y daré á cada uno de vosotros segun sus obras. Pero os digo á vosotros,

24 Y á los demas, que estais en Tiatíra: Todos los que no siguen esta doctrina, y que no han conocido las profundidades de Satanás, como ellos las llaman, que yo no pondré sobre vosotros otra carga:

25 Mas guardad bien aquello, que teneis hasta que yo venga.

26 Y al que venciere, y guardare mis obras hasta el fin, yo le daré potestad sobre las Gentes,

27 Y las regirá con vara de hierro, y serán quebrantadas como vaso de ollero,

28 Así como tambien yo la recibí de mi Padre; y le daré la estrella de la mañana.

29 El que tenga oreja, oiga lo que el Espíritu dice á las Iglesias.

CAPITULO III.

1 Y escribe al Angel de la Iglesia de Sárdis: Esto dice el que tiene los siete Espíritus de Dios, y las siete estrellas: Yo conozco tus obras, que tienes nombre, que vives, y estás muerto.

2 Sé vigilante, y fortifica las otras cosas, que estaban para morir. Porque no hallo tus obras cumplidas delante de mi Dios.

3 Acuérdate pues de lo que has recibido, y oido, y guárdalo, y haz penitencia. Porque sino velares, vendré á tí como ladron, y no sabrás en que hora vendré á tí.

4 Mas tienes algunas personas en Sárdis, que no han contaminado sus vestiduras; las quales andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas.

5 El que venciere, será así vestido de vestiduras blancas, y no borraré su nombre del Li-

bro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus Angeles.
6 El que tiene oreja, oiga lo que dice el Espíritu á las Iglesias.
7 Y escribe al Angel de la Iglesia de Filadelfia: Esto dice el Santo, y el Verdadero, el que tiene la llave de David; el que abre, y ninguno cierra; cierra, y ninguno abre:
8 Yo conozco tus obras. He aquí puse delante de tí una puerta abierta, que ninguno puede cerrar; porque tienes un poco de virtud, y has guardado mi palabra, y no has negado mi nombre.
9 He aquí daré de la sinagoga de Satanás, los que dicen, que son Judíos, y no lo son, mas mienten: He aquí los haré venir, y que adoren ante tus pies; y sabrán, que yo te he amado.
10 Porque has guardado la palabra de mi paciencia, y yo te guardaré de la hora de la tentacion, que ha de venir sobre todo el mundo, para probar á los moradores de la tierra.
11 Mira, que vengo luego; guarda lo que tienes, para que ninguno tome tu corona.
12 A quien venciere, le haré columna en el templo de mi Dios, y no saldrá jamas fuera; y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalém, que descendió del Cielo de mi Dios, y mi nombre nuevo.
13 Quien tiene oreja, oiga lo que el Espíritu dice á las Iglesias.
14 Y escribe al Angel de la Iglesia de Laodicéa: Esto dice el Amen; el testigo fiel, y verdadero, el que es principio de la criatura de Dios.
15 Sé tus obras; que ni eres frio, ni caliente; oxalá fueras frio, ó caliente:
16 Mas porque eres tibio, que ni eres frio, ni caliente, te comenzaré á vomitar de mi boca.
17 Porque dices: Rico soy, y estoy lleno de bienes, y de nada tengo falta; y no conoces que eres un cuitado y miserable, y pobre, y ciego, y desnudo.
18 Yo te aconsejo que compres de mí *oro* afinado en fuego, para que seas rico, y te vistas de ropas blancas, y no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio para que veas.
19 Yo á los que amo, reprehendo y castigo. Armate pues de zelo, y arrepiéntete.
20 He aquí que estoy á la puerta, y llamo; si alguno oyere mi voz, y me abriere la puerta, entraré á él, y cenaré con él, y él conmigo.
21 Al que venciere, le hare sentar conmigo en mi trono; así como yo tambien he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono.
22 El que tiene oreja, oiga lo que el Espíritu dice á las Iglesias.

CAPITULO IV.

1 DESPUES de esto miré; y vi una puerta abierta en el Cielo, y la primera voz que oí, era como de trompeta, que hablaba conmigo, diciendo: Sube acá, y te mostraré las cosas que es necesario sean hechas despues de estas.

2 Y luego fuí en espíritu; y he aquí un trono, que estaba puesto en el Cielo, y sobre el trono estaba uno sentado.

3 Y el que estaba sentado, era al parecer semejante á una piedra de jaspe, y de sárdia; y habia al rededor del trono un Iris, de color de esmeralda.

4 Y al rededor del trono veinte y quatro sillas, y sobre las sillas veinte y quatro Ancianos sentados, vestidos de ropas blancas, y en sus cabezas coronas de oro:

5 Y del trono salian relámpagos, y voces, y truenos; y delante del trono siete lámparas ardiendo, que son los siete Espíritus de Dios.

6 Y á la vista del trono habia como un mar transparente como el vidrio semejante al cristal; y en medio del trono, y al rededor del trono, quatro animales llenos de ojos delante y detras.

7 Y el primer animal semejante á un Leon, y el segundo animal semejante á un Becerro; y el tercer animal, que tenia cara como de Hombre, y el quarto animal semejante á una Aguila volando.

8 Y los quatro animales, cada uno de ellos tenia seis alas; y al rededor, y dentro están llenos de ojos; y no cesaban dia y noche de decir: Santo, Santo, Santo, el Señor Dios omnipotente, el que era, y el que es, y el que ha de venir.

9 Y quando aquellos animales daban gloria, y honra y bendicion al que estaba sentado sobre el trono, que vive en los siglos de los siglos,

10 Los veinte y quatro Ancianos se postraban delante del que estaba sentado en el trono, y adoraban al que vive en los siglos de los siglos, y echaban sus coronas delante del trono, diciendo:

11 Digno eres Señor Dios nuestro, de recibir gloria, y honra, y virtud; porque tú has criado todas las cosas, y por tu voluntad eran, y fuéron criadas.

CAPITULO V.

1 Y vi en la mano derecha del que estaba sentado sobre el trono, un libro escrito dentro y fuera, sellado con siete sellos.

2 Y vi un Angel fuerte, que decia á grandes voces: ¿Quien es digno de abrir el libro, y de desatar sus sellos?

3 Y ninguno podia, ni en el Cielo, ni en la tierra, ni debaxo de la tierra abrir el libro, ni mirarlo.

4 Y yo lloraba mucho, porque no fué hallado ninguno digno de abrir el libro, ni de mirarlo.

5 Y uno de los Ancianos me dixo: No llores; he aquí el Leon de la tribu de Judá, la raiz de David, que ha vencido, para abrir el libro, y desatar sus siete sellos.

6 Y miré; y vi en medio del trono y de los quatro animales, y en medio de los Ancianos un Cordero en pie así como muerto, que tenia siete cuernos, y siete ojos, que son los siete Espíritus de Dios, enviados por toda la tierra.

7 Y vino, y tomó el libro de la mano derecha del que estaba sentado en el trono.

8 Y quando hubo abierto el libro, los quatro animales, y los

veinte y quatro Ancianos se postráron delante del Cordero, teniendo cada uno harpas, y copas de oro llenas de perfumes, que son las oraciones de los Santos:

9 Y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres, Señor, de tomar el libro, y de abrir sus sellos; porque fuíste muerto, y nos has redimido para Dios con tu sangre, de toda tribu, y lengua, y pueblo, y nacion:

10 Y nos has hecho para nuestro Dios reyno y Sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra.

11 Y ví, y oí voz de muchos Angeles al rededor del trono, y de los animales, y de los Ancianos; y era el número de ellos millares de millares,

12 Que decian en alta voz: Digno es el Cordero, que fué muerto, de recibir virtud, y divinidad, y sabiduría, y fortaleza, y honra, y gloria, y bendicion.

13 Y á toda criatura que hay en el Cielo, y sobre la tierra, y debaxo de la tierra, y las que hay en la mar, y quanto allí hay; oí decir á todas: Al que está sentado en el trono, y al Cordero; bendicion, y honra, y gloria, y poder en los siglos de los siglos.

14 Y los quatro animales decian: Amen. Y los veinte y quatro Ancianos cayéron sobre sus rostros; y adoráron al que vive en los siglos de los siglos.

CAPITULO VI.

1 Y ví que el Cordero abrió uno de los siete sellos, y oí que uno de los quatro animales decia, como con voz de trueno: Ven, y verás.

2 Y miré; y ví un caballo blanco; y el que estaba sentado sobre él, tenia un arco, y le fué dada una corona, y salió victorioso para vencer.

3 Y quando abrió el segundo sello, oí al segundo animal, que decia: Ven, y verás.

4 Y salió otro caballo bermejo; y fué dado poder al que estaba sentado sobre él, para que quitase la paz de la tierra, y que se matasen los unos á los otros, y le fué dada una grande espada.

5 Y quando abrió el tercer sello, oí al tercer animal, que decia: Ven, y verás. Y apareció un caballo negro; y el que estaba sentado sobre él, tenia en su mano una balanza.

6 Y oí como una voz en medio de los quatro animales que decian: Dos libras de trigo por un denario, y seis libras de cebada por un denario, mas no hagas daño al vino ni al aceyte.

7 Y quando abrió el quarto sello, oí la voz del quarto animal, que decia: Ven, y verás.

8 Y apareció un caballo pálido; y el que estaba sentado sobre él, tenia por nombre Muerte, y le seguia el Infierno; y le fué dado poder sobre las quatro partes de la tierra, para matar con espada, con hambre, y con mortandad, y con bestias de la tierra.

9 Y quando abrió el quinto sello, ví debaxo del Altar las almas de los que habían sido muertos por la palabra de Dios, y por el testimonio que tenian,

10 Y clamaban en voz alta, diciendo: ¿Hasta quando Señor, Santo, y verdadero, no juzgas, y no vengas nuestra sangre de los que moran sobre la tierra?

11 Y fuéron dadas á cada uno de ellos unas ropas blancas; y les fué dicho, que reposasen aun un poco de tiempo, hasta que se cumpliese el número de sus consiervos y el de sus hermanos, que tambien han de ser muertos como ellos.

12 Y miré quando abrió el sexto sello; y he aquí fué hecho un grande terremoto, y se tornó el Sol negro come un saco de cilicio; y la Luna fué hecha toda como sangre:

13 Y las estrellas del Cielo cayéron sobre la tierra, como la higuera dexa caer sus higos, quando es movida de grande viento.

14 Y el Cielo se recogió como un libro que se arrolla; y todo monte, y toda isla fuéron movidas de sus lugares;

15 Y los Reyes de la tierra, y los Príncipes, y los Tribunos, y los ricos, y los poderosos, y todo siervo, y libre se escondiéron en las cavernas, y entre las peñas de los montes;

16 Y decian á los montes, y á las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos de la presencia del que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero;

17 Porque llegado es el grande dia de la ira de ellos; ¿y quien podrá sostenerse en pie?

CAPITULO VII.

1 DESPUES de esto vi quatro Angeles que estaban sobre los quatro ángulos de la tierra, y tenian los quatro vientos de la tierra, para que no soplasen sobre la tierra, ni sobre la mar, ni en ningun árbol.

2 Y vi otro Angel que subia del nacimiento del Sol, y tenia la señal del Dios vivo; y clamó en alta voz á los quatro Angeles, á quienes era dado poder de dañar á la tierra, y á la mar,

3 Diciendo: No hagais mal á la tierra, ni á la mar, ni á los árboles, hasta que señalemos á los siervos de nuestro Dios en sus frentes.

4 Y oí el número de los señalados, que eran ciento y quarenta y quatro mil señalados, de todas las Tribus de los hijos de Israél.

5 De la tribu de Judá, doce mil señalados: De la Tribu de Rubén, doce mil señalados: De la Tribu de Gad, doce mil señalados:

6 De la Tribu de Asér, doce mil señalados: De la Tribu de Neftali, doce mil señalados: De la Tribu de Manassés, doce mil señalados:

7 De la Tribu de Simeón, doce mil señalados: De la Tribu de Leví, doce mil señalados: De la Tribu de Issacár, doce mil señalados:

8 De la Tribu de Zabulón, doce mil señalados: De la Tribu de Josef, doce mil señalados: Y de la Tribu de Benjamin, doce mil señalados.

9 Despues de esto vi una grande muchedumbre, que ninguno podia contar, de todas naciones, y tribus, y pueblos, y lenguas, que estaban en pie ante el trono, y delante del Cordero, cubiertos de vestiduras blancas, y palmas en sus manos:

10 Y clamaban en voz alta diciendo: La salud á nuestro Dios, que está sentado sobre el trono, y al Cordero.

11 Y todos los Angeles esta-

ban en pie al rededor del trono, y de los Ancianos, y de los quatro animales; y se dexáron caer ante el trono sobre sus rostros, y adoráron á Dios,

12 Diciendo, Amen. La bendicion, y la claridad, y la sabiduría, y la accion de gracias, y la honra, y la virtud, y la fortaleza á nuestro Dios en los siglos de los siglos. Amen.

13 Y tomando la palabra uno de los Ancianos, me dixo: Estos que están cubiertos de vestiduras blancas, ¿quiénes son? ¿y de donde viniéron?

14 Y le dixe: Mi Señor, tú lo sabes. Y díxome: Estos son los que viniéron de grande tribulacion, y laváron sus ropas, y las emblanqueciéron en la sangre del Cordero:

15 Por esto están ante el trono de Dios, y le sirven dia y noche en su *templo*; y el que está sentado en el *trono*, morará sobre ellos.

16 No tendrán hambre, ni sed nunca jamas, ni caerá sobre ellos el Sol, ni ningun ardor:

17 Porque el Cordero, que está en medio del trono, los guardará, y los llevará á fuentes de aguas, y enxugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos.

CAPITULO VIII.

1 Y quando él abrió el séptimo sello, fué hecho silencio en el Cielo; casi por media hora.

2 Y ví siete Angeles que estaban en pie delante de Dios; y les fuéron dadas siete trompetas.

3 Y vino otro Angel, y se paró delante del altar, teniendo un incensario de oro; y le fuéron dados muchos perfumes, para que pusiese de las oraciones de todos los Santos sobre el altar de oro, que estaba ante el trono de Dios.

4 Y subió el humo de los perfumes de las oraciones de los Santos de mano del Angel delante de Dios.

5 Y el Angel tomó el incensario, y lo llenó del fuego del Altar, y lo echó en la tierra, y fuéron hechos truenos, y voces, y relámpagos, y terremoto grande.

6 Y los siete Angeles, que tenian las siete trompetas, se aprestáron para tocarlas.

7 Y el primer Angel tocó la trompeta, y fué hecho granizo, y fuego, mezclados con sangre, lo que cayó sobre *la tierra*, y fué abrasada la tercera parte de la tierra, y fué abrasada la tercera parte de los árboles, y quemada toda la yerba verde.

8 Y el segundo Angel tocó la trompeta; y fué echado en la mar *como* un grande *monte* ardiendo en fuego, y se tornó en sangre la tercera parte de la mar:

9 Y murió la tercera parte de las criaturas, que habia animadas en la mar; y la tercera parte de los navíos pereció.

10 Y el tercer Angel tocó la trompeta; y cayó del Cielo una grande estrella, ardiendo como una hacha, y cayó en la tercera parte de los rios, y en las fuentes de las aguas:

11 Y el nombre de la estrella se dice Ajenjo; y la tercera parte de las aguas se convirtió en ajenjo; y muriéron muchos hombres por las aguas, porque se tornáron amargas.

12 Y el quarto Angel tocó la

trompeta; y fué herida la tercera parte del Sol, y la tercera
parte de la Luna, y la tercera parte de las estrellas, de manera
que se obscureció la tercera parte de ellos, y no resplandecia
la tercera parte del dia, y lo mismo de la noche.
13 Y ví, y oí la voz de un
águila, que volaba por medio del
Cielo, que decia en alta voz:
Ay, ay, ay de los moradores de
la tierra, por las otras voces de
los tres Angeles, que habian de
tocar la trompeta.

CAPITULO IX.

1 Y el quinto Angel tocó
la trompeta; y ví, que
una estrella cayó del Cielo en la
tierra, y le fué dada la llave del
pozo del abismo.
2 Y abrió el pozo del abismo;
y subió humo del pozo, como humo de un grande horno; y se
obscureció el Sol y el ayre con
el humo del pozo:
3 Y del humo del pozo saliéron langostas á la tierra; y les
fué dado poder, como tienen poder los escorpiones de la tierra:
4 Y les fué mandado, que no
hiciesen daño á la yerba de la
tierra, ni á cosa alguna verde,
ni á ningun árbol; sino solamente á los hombres, que no
tienen la señal de Dios en sus
frentes:
5 Y les fué dado, que no los
matasen; sino que los atormentasen cinco meses; y su tormento, como tormento de escorpion quando hiere á un hombre.
6 Y en aquellos dias buscarán
los hombres la muerte, y no la
hallarán; y desearán morir, y
huirá la muerte de ellos.
7 Y las figuras de las langostas eran parecidas á caballos
aparejados para batalla; y sobre
sus cabezas tenian como coronas semejantes al oro; y sus caras eran así como caras de hombres.
8 Y tenian cabellos como cabellos de mugeres. Y sus dientes eran como dientes de leones:
9 Y vestian lorigas como lorigas de hierro; y el estruendo
de sus alas, como estruendo de
carros de muchos caballos, que
corren al combate:
10 Y tenian colas semejantes
á las de los escorpiones, y habia
aguijones en sus colas; y su poder para dañar á los hombres
cinco meses; y tenian sobre sí
11 Por Rey un Angel del
abismo, llamado en Hebréo Abaddon, en Griego Apollion, y
en Latin Exterminans.
12 El un ay pasó ya, y he aquí siguen aun dos ayes despues
de estas cosas.
13 Y el sexto Angel tocó la
trompeta; y oí una voz de los
quatro cuernos del altar de oro,
que está ante los ojos de Dios,
14 Que decia al sexto Angel,
que tenia la trompeta: Desata
los quatro Angeles, que están
atados en el grande rio Eufrates.
15 Y fuéron desatados los quatro Angeles, que estaban aprestados para la hora, y dia, y mes,
y año; para matar la tercera
parte de los hombres.
16 Y el número del exército
de á caballo veinte mil veces diez
veces mil. Y oí número de
ellos.

17 Y así ví los caballos en vision; y los que los cabalgaban, vestian lorigas de fuego, y de color de jacinto, y de azufre; y las cabezas de los caballos eran como cabezas de leones; y de su boca salia fuego, y humo, y azufre.

18 Y de estas tres plagas fué muerta la tercera parte de los hombres, del fuego, y del humo, y del azufre, que salian de la boca de ellos.

19 Porque el poder de los caballos está en la boca de ellos, y en sus colas. Pues las colas de ellos semejantes á serpientes, que tienen cabezas; y con ellas dañan.

20 Y los otros hombres, que no fuéron muertos de estas plagas, ni se arrepintiéron de las obras de sus manos, para que no adorasen demonios, é idolos de oro, y de plata, y de metal, y de piedra, y de madera, los quales ni pueden ver, ni oir, ni andar,

21 Y no se arrepintiéron de sus homicidios, ni de sus maleficios, ni de su fornicacion, ni de sus hurtos.

CAPITULO X.

1 Y ví otro Angel fuerte descender del Cielo, cubierto de una nube, y el Iris sobre su cabeza, y su cara era como el Sol, y sus pies como columnas de fuego:

2 Y tenia en su mano un librito abierto; y puso su pie derecho sobre la mar, y el izquierdo sobre la tierra:

3 Y clamó en alta voz, como un leon quando ruge. Y luego que hubo clamado, siete truenos habláron sus voces.

4 Y quando los siete truenos habláron sus voces, yo las iba á escribir; y oí una voz del Cielo que me decia: Sella las cosas que han hablado los siete truenos, y no las escribas.

5 Y el Angel, que ví estar sobre la mar, y sobre la tierra, levantó su mano al Cielo:

6 Y juró por el que vive en los siglos de los siglos, que crió el Cielo, y las cosas que hay en él, y la tierra, y las cosas que hay en ella, y la mar, y las cosas que hay en ella: Que no habrá ya mas tiempo:

7 Mas en los dias de la voz del séptimo Angel, quando comenzare á sonar la trompeta, será consumado el misterio de Dios, como lo anunció por sus siervos los Profetas.

8 Y oí la voz del Cielo que hablaba otra vez conmigo, y que decia: Ve, y toma el libro abierto de mano del Angel, que está sobre la mar, y sobre la tierra.

9 Y me fuí al Angel, y le dixe, que me diese el libro. Y me dixo: Toma el libro, y trágalo: Y hará amargar tu vientre, mas en tu boca será dulce como la miel.

10 Y tomé el libro de mano del Angel, y le tragué; y era dulce en mi boca como la miel; y quando le hube tragado, fué mi vientre amargado:

11 Y me dixo: Es necesario que otra vez profetices á muchas Gentes, y á pueblos, y á lenguas, y á Reyes.

CAPITULO XI.

1 Y me fué dada una caña semejante á una vara,

y se me dixo: Levántate, y mide el Templo de Dios, y el Altar, y á los que adoran en él.
2 Mas el átrio, que está fuera del Templo, déxalo fuera, y no lo midas; porque se ha dado á las Gentes, y hollarán la Ciudad Santa quarenta y dos meses:
3 Y daré á mis dos testigos, y profetizarán mil doscientos y sesenta dias, vestidos de sacos.
4 Estos son dos olivos, y dos candeleros, que están delante del Señor de la tierra.
5 Y si alguno les quisiere dañar, saldrá fuego de la boca de ellos, y tragará sus enemigos, y si alguno les quisiere hacer daño, es necesario que tambien él sea muerto.
6 Estos tienen poder de cerrar el Cielo, que no llueva en los dias de la profecía de ellos; y tienen poder sobre las aguas para convertirlas en sangre, y para herir la tierra con toda suerte de plagas, quantas veces quisieren.
7 Y quando acabaren su testimonio, lidiará contra ellos una bestia que sube del abismo, y los vencerá, y los matará.
8 Y los cuerpos de ellos yacerán en las plazas de la grande ciudad, que es llamada espiritualmente Sodoma, y Egipto, donde el Señor de ellos fué tambien crucificado.
9 Y los de las Tribus, y pueblos, y lenguas, y naciones verán los cuerpos de ellos tres dias y medio; y no permitirán que sus cuerpos sean puestos en sepulcros.
10 Y los moradores de la tierra se gozarán por la muerte de ellos, y se alegrarán; y se enviarán presentes los unos á los otros, porque estos dos Profetas atormentáron á los que moraban sobre la tierra.
11 Y despues de tres dias y medio, entró en ellos el espíritu de vida enviado de Dios. Y se alzáron sobre sus pies, y vino grande temor sobre los que los viéron.
12 Y oyéron una grande voz del Cielo, que les decia: Subid acá. Y subiéron al Cielo en una nube; y los viéron los enemigos de ellos.
13 Y en aquella hora fué hecho un grande terremoto, y cayó la décima parte de la ciudad; y en el terremoto fuéron muertos los nombres de siete mil hombres; y los demas fuéron atemorizados, y diéron gloria á Dios del Cielo.
14 Se pasó el segundo ay; y he aquí el tercer ay vendrá presto.
15 Y el séptimo Angel tocó la trompeta; y hubo en el Cielo grandes voces, que decian: El reyno de este mundo ha sido reducido á nuestro Señor, y á su Cristo, y reynará en los siglos de los siglos: Amen.
16 Y los veinte y quatro Ancianos, que delante de Dios están sentados en sus sillas, se postráron sobre sus rostros, y adoráron á Dios, diciendo:
17 Gracias te damos, Señor Dios Todopoderoso, que eres, y que eras, y que has de venir; porque has recibido tu gran poderío, y has entrado en tu reyno.
18 Y las Gentes se han airado, mas ha llegado tu irá, y el tiempo de ser juzgados los muer-

tos, y de dar el galardon á tus siervos los Profetas, y los Santos, y á los que temen tu nombre, á los pequeñitos, y á los grandes, y de exterminar á los que inficionáron la tierra.

19 Y se abrió el templo de Dios en el Cielo; y el Arca de su testamento fué vista en su templo, y fuéron hechos relámpagos, y voces, y terremoto, y grande pedrisco.

CAPITULO XII.

1 Y apareció en el Cielo una grande señal: Una muger cubierta del Sol, y la Luna debaxo de sus pies, y en su cabeza una corona de doce estrellas:

2 Y estando en cinta, clamaba con dolores de parto, y sufria dolores por parir.

3 Y fué vista otra señal en el Cielo; y he aquí un grande dragon bermejo, que tenia siete cabezas, y diez cuernos; y en sus cabezas siete diademas:

4 Y la cola de él arrastraba la tercera parte de las estrellas del Cielo, y las hizo caer sobre la tierra; y el dragon se paró delante de la muger, que estaba de parto, á fin de tragarse al hijo, luego que ella le hubiese parido.

5 Y parió un hijo varon, que habia de regir todas las Gentes con vara de hierro; y su hijo fué arrebatado para Dios, y para su trono:

6 Y la muger huyó al desierto, en donde tenia un lugar aparejado de Dios, para que allí la alimentasen mil doscientos y sesenta dias.

7 Y hubo una grande batalla en el Cielo: Miguél y sus Angeles lidiaban con el dragon, y lidiaba el dragon, y sus Angeles:

8 Y no prevaleciéron estos, y nunca mas fué hallado su lugar en el Cielo.

9 Y fué lanzado fuera aquel grande dragon, aquella antigua serpiente, que se llama diablo y Satanás, que engaña á todo el mundo; y fué arrojado en tierra, y sus Angeles fuéron lanzados con él.

10 Y oí una grande voz en el Cielo, que decia: Ahora se ha cumplido la salud, y la virtud, y el reyno de nuestro Dios, y el poder de su Cristo; porque es ya derribado el acusador de nuestros hermanos, que los acusaba delante de nuestro Dios dia y noche.

11 Y ellos le han vencido por la sangre del Cordero, y por la palabra de su testimonio; y no amáron sus vidas hasta la muerte.

12 Por lo qual regocijaos, Cielos, y los que morais en ellos. Ay de la tierra, y de la mar, porque descendió el diablo á vosotros con grande ira, sabiendo que tiene poco tiempo.

13 Y quando el dragon vió que habia sido derribado en tierra, persiguió á la muger que parió el hijo varon:

14 Y fuéron dadas á la muger dos alas de grande águila, para que volase al desierto á su lugar, en donde es guardada por un tiempo, y dos tiempos, y la mitad de un tiempo, de la presencia de la serpiente.

15 Y la serpiente lanzó de su boca en pos de la muger, agua

como un rio, con el fin de que fuese arrebatada de la corriente.

16 Mas la tierra ayudó á la muger; y abrió la tierra su boca, y sorbió el rio, que habia lanzado el dragon de su boca.

17 Y se ayró el dragon contra la muger; y se fué á hacer guerra contra los otros de su linage, que guardan los mandamientos de Dios, y tienen el testimonio de Jesu-Cristo.

18 Y se paró sobre la arena de la mar.

CAPITULO XIII.

1 Y vi salir de la mar una bestia, que tenia siete cabezas, y diez cuernos, y sobre sus cuernos diez coronas, y sobre sus cabezas nombres de blasfemia.

2 Y la bestia que ví, era semejante á un leopardo, y sus pies como pies de oso, y su boca como boca de leon. Y le dió el dragon su poder, y grande fuerza.

3 Y vi una de sus cabezas como herida de muerte; y fué curada su herida mortal. Y se maravilló toda la tierra en pos de la bestia.

4 Y adoráron al dragon, que dió poder á la bestia; y adoráron á la bestia, diciendo: ¿Quien hay semejante á la bestia? ¿Y quien podrá lidiar con ella?

5 Y le fué dada boca con que hablaba altanerías, y blasfemias; y le fué dado poder de hacer aquello quarenta y dos meses.

6 Y abrió su boca en blasfemias contra Dios, para blasfemar su nombre, y su tabernáculo, y á los que moran en el Cielo.

7 Y le fué dado que hiciese guerra á los Santos, y que los venciese. Y le fué dado poder sobre toda tribu, y pueblo, y lengua, y nacion:

8 Y le adoráron todos los moradores de la tierra; aquellos cuyos nombres no están escritos en el Libro de la vida del Cordero que fué muerto desde el principio del mundo.

9 Si alguno tiene oreja, oiga.

10 El que hiciere á otro esclavo, en esclavitud parará; quien con cuchillo matare, con cuchillo es preciso que muera. Aquí está la paciencia y la fé de los Santos.

11 Y vi otra bestia que subia de la tierra, y que tenia dos cuernos semejantes á los del Cordero, mas hablaba como el dragon,

12 Y exercia todo el poder de la primera bestia en su presencia; é hizo que la tierra, y sus moradores adorasen á la primera bestia, cuya herida mortal fué curada.

13 E hizo grandes maravillas, de manera que aun fuego hacia descender del Cielo á la tierra á la vista de los hombres;

14 Y engañó á los moradores de la tierra con los prodigios que se le permitiéron hacer delante de la bestia, diciendo á los moradores de la tierra, que hagan la figura de la bestia, que tiene la herida de espada, y vivió.

15 Y le fué dado que comunicase espíritu á la figura de la bestia, y que hable la figura de la bestia; y que haga que sean muertos todos aquellos que no adoraren la figura de la bestia.

16 Y á todos los hombres pe-

queños y grandes, ricos y pobres, libres y siervos, hará tener una señal en su mano derecha, ó en sus frentes.

17 Y que ninguno pueda comprar, ó vender, sino aquel que tiene la señal, ó nombre de la bestia, ó el número de su nombre.

18 Aquí hay sabiduría. Quien tiene inteligencia, calcule el número de la bestia: porque es número de hombre; y el número de ella seiscientos sesenta y seis.

CAPITULO XIV.

1 Y miré; y he aquí el Cordero, que estaba en pie sobre el monte Sion, y con él ciento y quarenta y quatro mil, que tenian escrito sobre sus frentes el nombre de él, y el nombre de su Padre.

2 Y oí una voz del Cielo, como voz de muchas aguas, y como voz de grande trueno; y la voz que oí, era como de tañedores de harpa, que tañian sus harpas.

3 Y cantaban como un cántico nuevo delante del trono, y delante de los quatro animales, y de los Ancianos; y ninguno podia decir aquel cántico, sino aquellos ciento, y quarenta, y quatro mil, que fuéron comprados de la tierra.

4 Estos son los que no se contamináron con mugeres: Porque son vírgenes. Estos siguen al Cordero á donde quiera que vaya. Estos fuéron rescatados de entre los hombres por primicias para Dios, y para el Cordero:

5 Y en la boca de ellos no fué hallada mentira; porque están sin mancilla ante el trono de Dios.

6 Y ví otro Angel volando por medio del Cielo, que tenia el Evangelio eterno, para predicarlo á los moradores de la tierra, y á toda nacion, y tribu, y lengua, y pueblo,

7 Diciendo en alta voz: Temed al Señor, y dadle honra, porque vino la hora de su juicio; y adorad á aquel que hizo el Cielo, y la tierra, la mar, y las fuentes de las aguas.

8 Y otro Angel le siguió diciendo: Cayó, cayó aquella Babilonia la grande, que dió á beber á todas las gentes del vino de la ira de su fornicacion.

9 Y los siguió el tercer Angel, diciendo en alta voz: Si alguno adorare la bestia, y su imágen, y tomare la señal en su frente, ó en su mano,

10 Este beberá tambien del vino de la ira de Dios, que está mezclado con puro en el cáliz de su ira, y será atormentado con fuego, y azufre delante de los santos Angeles, y delante del Cordero:

11 Y el humo de los tormentos de ellos subirá en los siglos de los siglos: y no tienen reposo dia ni noche, los que adoráron la bestia, y la figura de ella, y el que tomare la señal de su nombre.

12 Aquí está la paciencia de los Santos que guardan los mandamientos de Dios, y la fé de Jesus.

13 Y oí una voz del Cielo, que me decia: Escribe: Bienaventurados los muertos, que

mueren en el Señor. Desde hoy
mas dice el Espíritu, que des-
cansen de sus trabajos; porque
las obras de ellos los siguen.
14 Y miré, y he aquí una nu-
be blanca; y sobre la nube sen-
tado uno semejante al Hijo del
hombre, que tenia en su cabeza
una corona de oro, y en su ma-
no una hoz aguda.
15 Y salió otro Angel del tem-
plo, clamando en voz alta al que
estaba sentado sobre la nube:
Echa tu hoz, y siega; porque es
venida la hora de segar, por es-
tar ya seca la mies de la tierra.
16 Y el que estaba sentado
sobre la nube, echó su hoz so-
bre la tierra, y la tierra fué se-
gada.
17 Y salió otro Angel del
templo, que hay en el Cielo, que
tenia tambien una hoz aguda.
18 Y salió del altar otro An-
gel, que tenia poder sobre el
fuego; y clamó en voz alta á
aquel que tenia la hoz aguda,
diciendo: Mete tu hoz aguda, y
vendimia los racimos de la viña
de la tierra; porque maduras
están las uvas de ella.
19 Y metió el Angel su hoz
aguda en la tierra, y vendimió la
viña de la tierra, y echó la ven-
dimia en el grande lago de la ira
de Dios:
20 Y fué hollado el lago fue-
ra de la ciudad, y salió sangre
del lago hasta los frenos de los
caballos por mil y seiscientos es-
tadios.

CAPITULO XV.

1 Y vi otra señal en el
Cielo grande y mara-
villosa, siete Angeles, que te-
nian las siete plagas postreras:
Porque en ellas es consumada
la ira de Dios.
2 Y vi así como un mar de
vidrio revuelto con fuego, y á
los que venciéron la bestia, y su
figura, y el número de su nom-
bre que estaban sobre la mar
de vidrio, teniendo las harpas de
Dios:
3 Y que cantaban el cántico
de Moisés siervo de Dios, y el
cántico del Cordero, diciendo:
Grandes y maravillosas son tus
obras, Señor Dios Todopoderoso;
justos, y verdaderos son tus ca-
minos, Rey de los siglos.
4 ¿Quien no te temerá, Se-
ñor, y engrandecerá tu nombre?
porque solo eres piadoso; y to-
das las Gentes vendrán, y ado-
rarán delante de tí, porque se
han manifestado tus juicios.
5 Y despues de esto, miré, y
he aquí, que se abrió en el Cie-
lo el templo del tabernáculo del
testimonio:
6 Y saliéron siete Angeles del
templo, que traian siete plagas,
vestidos de un lino limpio y blan-
co, y ceñidos por el pecho de
bandas de oro.
7 Y uno de los quatro anima-
les dió á los siete Angeles siete
copas de oro, llenas de la ira de
Dios, que vive en los siglos de
los siglos.
8 Y el templo se hinchió de
humo por la magestad de Dios,
y de su virtud; y no podia en-
trar ninguno en el templo, hasta
que fuesen consumadas las siete
plagas de los siete Angeles.

CAPITULO XVI.

1 Y oí una grande voz del
templo, que decia á

los siete Angeles: Id, y derra-
mad las siete copas de la ira de
Dios sobre la tierra.
2 Y fué el primero, y derra-
mó su copa sobre la tierra; y
vino una llaga cruel y maligna
sobre los hombres, que tenian la
señal de la bestia; y sobre aque-
llos, que adoráron su imágen.
3 Y el segundo Angel derra-
mó su copa sobre la mar, y se
tornó sangre como de un muer-
to; y murió en la mar toda alma
viviente.
4 Y el tercero derramó su co-
pa sobre los rios, y sobre las
fuentes de las aguas, y se con-
virtiéron en sangre.
5 Y oí decir al Angel de las
aguas: Justo eres, Señor, que
eres, y que eras Santo, porque
esto has juzgado:
6 Porque derramáron la san-
gre de los Santos, y de los Pro-
fetas, les has dado tambien á be-
ber sangre; porque lo merere-
cen.
7 Y oí, que dixo otro desde
el altar: Ciertamente, Señor
Dios Todopoderoso, verdaderos,
y justos son tus juicios.
8 Y el quarto Angel derramó
su copa sobre el Sol, y le fué da-
do afligir á los hombres con ardor
y fuego.
9 Y ardiéron los hombres de
grande ardor; y blasfemáron el
nombre de Dios, que tiene po-
der sobre estas plagas, y no se
arrepintiéron para darle gloria.
10 Y el quinto Angel derra-
mó su copa sobre la silla de la
bestia; y se tornó su reyno te-
nebroso, y se comieron sus len-
guas de dolor.
11 Y blasfemáron al Dios del
Cielo por sus dolores, y por sus
heridas, y no se arrepintiéron de
sus obras.
12 Y el sexto Angel derramó
su copa sobre aquel grande rio
Eufrates; y secó su agua, para
que se aparejase camino para los
Reyes del Oriente.
13 Y ví salir de la boca del
dragon, y de la boca de la bes-
tia, y de la boca del falso profe-
ta tres espíritus inmundos á ma-
nera de ranas.
14 Porque son espíritus de
demonios, que hacen prodigios, y
van á los Reyes de toda la tierra
para juntarlos en batalla, para el
grande dia del Dios Todopode-
roso.
15 He aquí, que vengo como
ladron. Bienaventurado el que
vela, y guarda sus vestiduras,
para que no ande desnudo, y
vean su fealdad.
16 Y los congregará en un lu-
gar, que en Hebréo se llama Ar
magedon.
17 Y el séptimo Angel derra-
mó su copa por el ayre, y salió
una grande voz del templo desde
el trono, que decia: Esto es he-
cho.
18 Y fuéron hechos relámpa-
gos, y voces, y truenos, y hubo
un grande temblor de tierra;
tal, y tan grande terremoto qual
nunca fué desde que los hom-
bres fuéron sobre la tierra.
19 Y la ciudad grande fué
partida en tres partes; y cayé-
ron las ciudades de las Gentes,
y Babilonia la grande vino en
memoria delante de Dios, para
darle el cáliz del vino de la in-
dignacion de su ira.
20 Y toda isla huyó, y los
montes no fuéron hallados.
21 Y cayó del Cielo un gran-

de pedrisco sobre los hombres, como un talento; y los hombres denostáron á Dios por la plaga del pedrisco, que fué grande en extremo.

CAPITULO XVII.

1 Y vino uno de los siete Angeles, que tenian las siete copas, y me habló, diciendo: Vén acá, y te mostraré la condenacion de la grande ramera, que está sentada sobre las muchas aguas;

2 Con quien fornicáron los Reyes de la tierra, y se embriagáron los moradores de la tierra con el vino de su prostitucion.

3 Y me arrebató en espíritu al desierto. Y ví una muger sentada sobre una bestia bermeja, llena de nombres de blasfemia, que tenia siete cabezas, y diez cuernos.

4 Y la muger estaba cercada de púrpura, y de escarlata, y adornada de oro, y de piedras preciosas, y de perlas, y tenia un vaso de oro en su mano lleno de abominacion, y de la inmundicia de su fornicacion.

5 Y en su frente escrito un nombre: Misterio: Babilonia la grande, madre de las fornicaciones y abominaciones de la tierra.

6 Y ví aquella muger embriagada de la sangre de los Santos, y de la sangre de los Mártires de Jesus. Y quando la ví, quedé maravillado de grande admiracion.

7 Y me dixo el Angel: ¿Por que te maravillas? Yo te diré el misterio de la muger, y de la bestia, que la trae, la qual tiene siete cabezas, y diez cuernos.

8 La bestia, que has visto, fué, y no es, y saldrá del abismo, é irá en muerte: y se maravillarán los moradores de la tierra, aquellos cuyos nombres no están en el Libro de la vida desde la creacion del mundo, quando vean la bestia, que era, y no es.

9 Y aquí hay sentido, que tiene sabiduría: Las siete cabezas son siete montes, sobre los que está sentada la muger; y tambien son siete Reyes.

10 Los cinco muriéron, el uno es, y el otro aun no vino; y quando viniere, conviene que dure poco tiempo.

11 Y la bestia que era, y no es; y ella es la octava; y es de los siete, y va á perdicion.

12 Y los diez cuernos que has visto, son diez Reyes; que aun no recibiéron reyno, mas recibirán poder como Reyes por una hora en pos de la bestia.

13 Estos tienen un mismo designio, y darán su fuerza y poder á la bestia.

14 Estos pelearán contra el Cordero, y el Cordero los vencerá; porque es el Señor de los Señores, y el Rey de los Reyes; y los que están con él, son llamados, escogidos, y fieles.

15 Y me dixo: Las aguas que viste en donde la ramera está sentada, son pueblos, y gentes, y lenguas.

16 Y los diez cuernos que viste en la bestia, estos aborrecerán á la ramera, y la reducirán á desolacion, y la dexarán desnuda, y comerán sus carnes, y á ella la quemarán con fuego.

17 Porque Dios ha puesto en

sus corazones, que hagan lo que le place; que den su reyno á la bestia, hasta que estén cumplidas las palabras de Dios.

18 Y la muger que viste, es la grande ciudad, que tiene Señorío sobre los Reyes de la tierra.

CAPITULO XVIII.

1 Y despues de esto ví descender del Cielo otro Angel, que tenia gran poder; y la tierra fué esclarecida de su gloria.

2 Y exclamó fuertemente, diciendo: Cayó, cayó Babilonia la grande; y se ha convertido en morada de demonios, y en guarida de todo espíritu inmundo, y en alvergue de toda ave sucia y abominable:

3 Porque todas las Gentes han bebido del vino de la ira de su fornicacion; y los Reyes de la tierra han fornicado con ella; y los Mercaderes de la tierra se han enriquecido con el poder de sus delicias.

4 Y oí otra voz del Cielo, que decia: Salid de ella, pueblo mio, para que no tengais parte en sus pecados, y que no recibais de sus plagas.

5 Porque sus pecados han llegado hasta el Cielo; y se ha acordado el Señor de sus maldades.

6 Tornadle á dar así como ella os ha dado; y pagadle al doble segun sus obras: en la copa, que ella os dió á beber, dadle á beber doblado.

7 Quanto ella se ha glorificado, y ha vivido en deleytes, tanto dareis de tormento y llanto; porque dice en su corazon: Yo estoy sentada Reyna, y no soy viuda, y no veré llanto.

8 Por esto en un dia vendrán sus plagas, muerte, y llanto, y hambre; y será quemada con fuego: porque es fuerte el Dios, que la juzgará.

9 Y llorarán, y se herirán los pechos sobre ella los Reyes de la tierra, que fornicáron con ella, y viviéron en deleytes, quando ellos vieren el humo de su quema:

10 Estando léjos por miedo de los tormentos de ella, dirán: Ay, ay de la gran ciudad de Babilonia, aquella ciudad fuerte; porque en una hora vino tu condenacion.

11 Y los Mercaderes de la tierra llorarán, y se lamentarán sobre ella; porque ninguno comprará mas sus mercaderías;

12 Mercaderías de oro, y de plata, y de piedras preciosas, y de margaritas, y de lino finisimo, y de escarlata, y de seda, y de grana, y toda madera olorosa, y todo vaso de marfil, y todo vaso de piedras preciosas, y de cobre, y de hierro, y mármol,

13 Y canela, y de olores, y de ungüentos, y de incienso, y de vino, y de aceyte, y de flor de harina, y de trigo, y de bestias de carga, y de ovejas, y de caballos, y de carrozas, y de esclavos, y de almas de hombres.

14 Y las frutas del deseo de tu alma se retiráron de tí, y todas las cosas gruesas, y hermosas te han faltado, y no las hallarán ya mas.

15 Los Mercaderes de estas cosas, que se enriqueciéron, estaran léjos de ella por miedo de

los tormentos de ella, llorando, y
haciendo llanto,
16 Y diciendo: Ay, ay de a-
quella grande ciudad, que esta-
ba cubierta de lino finisimo, y
de escarlata, y de grana, y cu-
bierta de oro, y de piedras pre-
ciosas, y de margaritas:
17 Que en una hora han desa-
parecido tantas riquezas. Y to-
do gobernador, y todos los que
navegan en mar, y los marine-
ros, y quantos trafican sobre la
mar, estuviéron á lo léjos,
18 Y viendo el lugar del in-
cendio de ella, diéron voces di-
ciendo: ¿Que ciudad hubo se-
mejante á esta grande ciudad?
19 Y echáron polvo sobre sus
cabezas, y diéron alaridos, y llo-
rando, y lamentando, decian:
Ay, ay de aquella grande ciudad,
en la qual se enriqueciéron todos
los que tenian navíos en la mar,
de los precios de ella; porque en
una hora ha sido desolada.
20 Regocíjate sobre ella, Cie-
lo, y vosotros Santos Apóstoles,
y Profetas; porque Dios ha juz-
gado vuestra causa quanto á
ella.
21 Y un Angel fuerte alzó
una piedra como una grande pie-
dra de molino, y la echó en la
mar, diciendo: Con tanto ímpe-
tu será echada Babylonia aque-
lla grande ciudad, y ya no será
hallada jamas.
22 Ni jamas en tí se oirá voz
de tañedores de cítara, ni de
músicos, ni de tañedores de flau-
ta, y trompeta no se oirá en tí
mas; y maestro de ninguna ar-
te no será hallado en tí jamas;
y ruido de muela no se oirá en tí
jamas;
23 Y luz de antorcha no luci-
rá jamas en tí; y voz de Esposo
ni de Esposa no será oida mas
en tí: porque tus Mercaderes
eran los Príncipes de la tierra;
porque en tus hechicerías errá-
ron todas las gentes.
24 Y en ella ha sido hallada la
sangre de los Profetas, y de los
Santos, y de todos los que fué-
ron muertos sobre la tierra.

CAPITULO XIX.

1 DESPUES de esto oí
como voz de muchas
gentes en el Cielo, que decian:
Aleluya: La salud, y la gloria,
y el poder es á nuestro Dios.
2 Porque sus juicios verdade-
ros son y justos, que ha condé-
nado á la grande ramera, que
pervirtió la tierra con su prosti-
tucion, y ha vengado la sangre
de sus siervos de las manos de
ella.
3 Y otra vez dixéron: Ale-
luya. Y el humo de ella sube
en los siglos de los siglos.
4 Y se postráron los veinte
y quatro Ancianos, y los qua-
tro animales, y adoráron á Dios,
que estaba sentado sobre el
trono, y decian: Amen: Ale-
luya.
5 Y salió del trono una voz,
que decia: Decid loor á nuestro
Dios todos sus siervos, y los
que le temeis, pequeños y gran-
des.
6 Y oi como voz de mucha
gente, y como ruido de muchas
aguas, y como voz de grandes
truenos, que decian: Aleluya;
porque reynó el Señor nuestro
Dios el Todopoderoso.
7 Gocémonos, y alegrémonos,
y démosle gloria; porque son

venidas las bodas del Cordero, y
su Esposa está ataviada.
8 Y le fué dado, que se cubra
de finísimo lino resplandeciente
y blanco. Y este lino fino son
las virtudes de los Santos.
9 Y me dixo: Escribe: Bie-
naventurados los que han sido
llamados á la cena de las bodas
del Cordero, y me dice: Estas
palabras de Dios son verdade-
ras.
10 Y me postré á sus pies pa-
ra adorarle. Y me dice: Mira,
no lo hagas; yo soy siervo con-
tigo, y con tus hermanos, que
tienen el testimonio de Jesus.
Adora á Dios. Porque el testi-
monio de Jesus es espíritu de
profecía.
11 Y ví el Cielo abierto, y
pareció un caballo blanco; y el
que estaba sentado sobre él, era
llamado Fiel y Veraz, el qual
con justicia juzga, y pelea.
12 Y sus ojos eran como lla-
ma de fuego, y en su cabeza
muchas coronas, y tenia un nom-
bre escrito, que ninguno ha co-
nocido sino él mismo.
13 Y vestia una ropa teñida
en sangre; y su nombre es lla-
mado el Verbo de Dios.
14 Y le seguian las huestes
que hay en el Cielo en caballos
blancos, vestidos todos de lino
finísimo blanco y limpio.
15 Y salia de su boca una es-
pada de dos filos para herir con
ella á las Gentes. Y él mismo
las regirá con vara de hierro; y
él pisa el lagar del vino del fu-
ror de la ira de Dios Todopo-
deroso.
16 Y tiene en su vestidura, y
en su muslo escrito: Rey de
Reyes, y Señor de Señores.
17 Y ví un Angel, que estaba
en el Sol, y clamó en voz alta,
diciendo á todas las aves que
volaban por medio del Cielo:
Venid, y congregaos á la grande
cena de Dios,
18 Para comer carnes de
Reyes, y carnes de Tribunos, y
carnes de poderosos, y carnes de
caballos, y de los que en ellos
cabalgan, y carnes de todos, li-
bres, y esclavos, y pequeños, y
grandes.
19 Y ví la bestia, y los Reyes
de la tierra, y las huestes de
ellos congregadas para pelear
con el que estaba sentado sobre
el caballo, y con su hueste.
20 Y fué presa la bestia, y
con ella el falso profeta, que
hizo en su presencia las señales,
con que habia engañado á los
que recibiéron la marca de la
bestia y adoráron su imágen.
Estos dos fuéron lanzados vivos
en un estanque de fuego ardien-
do, y de azufre:
21 Y los otros muriéron con la
espada que sale de la boca del
que estaba sentado sobre el ca-
ballo; y se hartáron todas las
aves de las carnes de ellos.

CAPITULO XX.

1 Y ví descender del Cielo
un Angel, que tenia la
llave del abismo, y una grande
cadena en su mano.
2 Y prendió al dragon, la ser-
piente antigua, que es el dia-
blo y Satanás; y le ató por mil
años:
3 Y lo metió en el abismo, y
lo encerró, y puso sello sobre él,
para que no engañe mas á las
gentes, hasta que sean cumpli-

dos los mil años; y despues de esto conviene, que sea desatado por un poco de tiempo.

4 Y ví sillas, y se sentáron sobre ellas, y les fué dado juicio; y las almas de los degollados por el testimonio de Jesus, y por la palabra de Dios, y los que no adoráron la bestia, ni á su imágen, ni recibiéron su marca en sus frentes, ó en sus manos, y viviéron, y reynáron con Cristo mil años.

5 Los otros muertos no entráron en vida, hasta que se cumpliéron los mil años. Esta es la primera resurreccion.

6 Bienaventurado y Santo el que tiene parte en la primera resurreccion; en estos no tiene poder la segunda muerte; ántes serán Sacerdotes de Dios, y de Cristo, y reynarán con él mil años.

7 Y quando fueren acabados los mil años, será desatado Satanás, y saldrá de su cárcel, y engañara las Gentes, que están en los quatro ángulos de la tierra, á Gog, y á Magog, y los congregará para batalla, cuyo número es como la arena de la mar.

8 Y subiéron sobre la anchura de la tierra, y cercáron los reales de los Santos, y la ciudad amada.

9 Y Dios hizo descender fuego del Cielo, y los tragó. Y el diablo, que los engañaba, fué metido en el estanque de fuego, y de azufre; en donde tambien la bestia,

10 Y el falso Profeta serán atormentados dia y noche en los siglos de los siglos.

11 Y ví un grande trono blanco, y uno que estaba sentado sobre él, de cuya vista huyó la tierra y el Cielo, y no fué hallado el lugar de ellos.

12 Y ví los muertos, grandes y pequeños, que estaban en pie delante del trono, y fuéron abiertos los libros; y fué abierto otro libro, que es el de la vida; y fuéron juzgados los muertos por las cosas, que estaban escritas en los libros, segun sus obras.

13 Y dió la mar los muertos que estaban en ella; y la muerte y el Infierno diéron los muertos que estaban en ellos; y fué hecho juicio de cada uno de ellos segun sus obras.

14 Y el Infierno y la muerte fuéron arrojados en el estanque del fuego. Esta es la muerte segunda.

15 Y el que no fué hallado escrito en el libro de la vida, fué lanzado en el estanque del fuego.

CAPITULO XXI.

1 Y ví un Cielo nuevo, y una tierra nueva. Porque el primer Cielo, y la primera tierra se fuéron, y la mar ya no es.

2 Y yo Juan ví la ciudad santa, la Jerusalém nueva, que de parte de Dios descendia del Cielo, y estaba aderezada, como una Esposa ataviada para su Esposo.

3 Y oí una grande voz del trono, que decia: Ved aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y morará con ellos. Y ellos serán su pueblo; y el mismo Dios en medio de ellos será su Dios;

4 Y limpiará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y la muerte no será ya mas; y no habrá mas llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasáron.

5 Y dixo el que estaba sentado en el trono: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas. Y me dixo: Escribe, porque estas palabras son muy fieles y verdaderas.

6 Y me dixo: Hecho es. Yo soy el Alfa, y la Omega; el principio, y el fin. Yo daré de valde á beber al que tuviere sed, de la fuente del agua de la vida.

7 El que venciere, poseerá estas cosas, y seré yo su Dios, y él será mi hijo.

8 Mas á los cobardes, é incrédulos, y malditos, y homicidas, y fornicarios, y hechiceros, y á los idólatras, y á todos los mentirosos, la parte de ellos será en el lago, que arde en fuego, y en azufre; que es la segunda muerte.

9 Y vino uno de los siete Angeles, que tenian las siete copas llenas de las siete plagas postreras, y habló conmigo, diciendo: Ven acá, y te mostraré la Esposa, que tiene al Cordero por Esposo.

10 Y me llevó en espíritu á un monte grande y alto, y me mostró la Ciudad santa de Jerusalém, que descendia del Cielo de la presencia de Dios,

11 Que tenia la claridad de Dios; y la lumbre de ella era semejante á una piedra preciosa de jaspe, á manera de cristal.

12 Y tenia un muro grande y alto con doce puertas; y en las puertas doce Angeles, y los nombres escritos, que son los nombres de las doce tribus de los hijos de Israél.

13 Por el Oriente tenia tres puertas, por el Septentrion tres puertas, por el Mediodia tres puertas, y tres puertas por el Occidente.

14 Y el muro de la Ciudad tenia doce fundamentos, y en estos doce los nombres de los doce Apóstoles del Cordero.

15 Y el que hablaba conmigo tenia una medida de una caña de oro para medir la Ciudad, y sus puertas y el muro.

16 Y la Ciudad es quadrada, tan larga como ancha; y midió la Ciudad con la caña de oro, y tenia doce mil estadios; y la longura, y la altura, y la anchura de ella son iguales.

17 Y midió su muro, y tenia ciento y quarenta y quatro codos, de medida de hombre, que era la de Angel.

18 Y el material de este muro era de piedra jaspe; mas la Ciudad era oro puro, semejante á un vidrio limpio.

19 Y los fundamentos del muro de la Ciudad estaban adornados de toda piedra preciosa. El primer fundamento era jaspe; el segundo zafiro; el tercero calcedonia; el quarto esmeralda;

20 El quinto sardónica; el sexto sárdio; el séptimo crisólito; el octavo beril; el nono topacio; el décimo crisopasio; el undécimo jacinto; el duodécimo ametisto.

21 Y las doce puertas son doce margaritas, una en cada una; y cada puerta era de una margarita; y la plaza de la Ciudad

oro puro, como vidrio transparente.

22 Y no ví templo en ella; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero.

23 Y la Ciudad no ha menester Sol, ni Luna, que alumbren en ella; porque la claridad de Dios la alumbró, y la lámpara de ella es el Cordero.

24 Y andáran las gentes en su lumbre; y los Reyes de la tierra llevarán á ella su gloria y honra.

25 Y sus puertas no serán cerradas de dia; porque no habrá allí noche.

26 Y á ella llevarán la gloria, y la honra de las naciones.

27 No entrará en ella ninguna cosa contaminada, ni ninguno, que cometa abominacion y mentira; sino solamente los que están escritos en el libro de la vida del Cordero.

CAPITULO XXII.

1 Y me mostró un rio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salia del trono de Dios, y del Cordero.

2 En medio de su plaza, y de la una, y de la otra parte del rio el árbol de la vida, que da doce frutos, en cada mes su fruto; y las hojas del árbol para sanidad de las Gentes.

3 Y no habrá allí jamas maldicion; sino que los tronos de Dios, y del Cordero estarán en ella, y sus siervos le servirán.

4 Y verán su cara; y su nombre estará en las frentes de ellos.

5 Y allí no habrá jamas noche; y no habrán menester lumbre de antorcha, ni lumbre de Sol; porque el Señor Dios los alumbrará, y reynarán en los siglos de los siglos.

6 Y me dixo: Estas palabras son muy fieles y verdaderas. Y el Señor Dios de los espíritus de los Profetas envió su Angel, para mostrar á sus siervos las cosas que han de ser hechas presto.

7 Y he aquí vengo aprisa. Bienaventurado el que guarda las palabras de la Profecía de este Libro.

8 Y yo Juan soy el que he oido, y he visto estas cosas. Y despues que las oí y las ví, me postré á los pies del Angel, que me las mostraba, para adorarle:

9 Y me dixo: Guárdate no lo hagas; porque yo siervo soy contigo, y con tus hermanos los Profetas, y con aquellos que guardan las palabras de la Profecía de este Libro: Adora á Dios.

10 Y me dice: No selles las palabras de la Profecía de este Libro; porque el tiempo está cerca.

11 El que daña, dañe aun; y el que está en suciedades, ensúciese aun; y el que es justo, sea aun justificado; y el que es san to, sea aun santificado.

12 He aquí, que vengo presto, y mi galardon va conmigo, para recompensar á cada uno segun sus obras.

13 Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el postrero, principio y fin.

14 Bienaventurados los que lavan sus vestiduras en la sangre

del Cordero, para que tengan parte en el árbol de la vida, y que entren por las puertas en la Ciudad.

15 Fuera los perros, y los hechiceros, y los lascivos, y los homicidas, y los que sirven á ídolos, y todo el que ama y hace mentira.

16 Yo Jesus he enviado mi Angel, para daros testimonio de estas cosas en las Iglesias. Yo soy la raiz y el linage de David, la estrella resplandeciente, y de la mañana.

17 Y el espíritu, y la Esposa dicen: Ven. Y el que lo oye diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiere, tome del agua de la vida de valde.

18 Porque protesto á todo el que oye las palabras de la Profecía de este Libro: Que si alguno añadiere á ellas alguna cosa, pondrá Dios sobre él las plagas que están escritas en este Libro.

19 Y si alguno quitare de las palabras del Libro de esta Profecía, quitará Dios su parte del Libro de la vida, y de la Ciudad santa, y de las cosas que están escritas en este Libro.

20 Dice el que da testimonio de estas cosas: Ciertamente vengo presto. Amen. Ven, Señor Jesus.

21 La gracia de nuestro Señor Jesu-Cristo sea con todos vosotros. Amen.

FIN.

9th Edition.



